JOHN COLLIER

Fantasías y buenas noches

Prólogo de Ray Bradbury
Traducción de Natalia Herrero Martínez,
Ariadna Molinari Tato *et al.*

perla ediciones

FANTASÍAS Y BUENAS NOCHES

JOHN COLLIER

Prólogo de Ray Bradbury
Traducción de Enrique Calderón, Ana Inés Fernández, Natalia Herrero, Hugo tabravo, Ariadna Molinari, Mariana Morales y Ana Sánchez Vilchis

perla ediciones

Fantasías y buenas noches

Título original: *Fancies and Goodnights* D. R. © 1951, John Collier
D. R. © 2003, Ray Bradbury, por el prólogo. Licencia otorgada por Casanovas & Lynch Literary Agency.
D. R. © 2021, Enrique Calderón. Ana Inés Fernández. Natalia Herrero, Hugo Labravo, Ariadna Molinari, Mariana Morales y Ana Sánchez Vilchis, por la traducción.

Ilustración de portada: Manuel Monroy.

Primera edición: diciembre de 2021

D. R. © 2021, de la presente edición en castellano para todo el mundo: Perla Ediciones ®, S. A. de C. V.
Venecia 84-504, colonia Clavería. alcaldía Azcapotzalco, C. P. 02080, Ciudad de México www.Derlaediciones.com / contacto@perlaediciones.com Facebook / Instagram / Twitter: @perlaediciones
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ISBN: 9786079952525
Impreso en México / *Printed in Mexico*
Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

perla ediciones

Conversión eBook:
Mutáre, Procesos Editoriales y de Comunicación

PRÓLOGO

Cuando tenía veintidós años, un día mientras paseaba por la tienda departamental May Company, en el centro de Los Ángeles, descubrí un libro que estaba a punto de ser descartado por la librería del establecimiento y cuyo precio de oferta era de veinticinco centavos. El nombre en la portada era el de John Collier, y el título de la obra era *Presenting Moonshine*, una colección de cuentos cortos. Jamás había oído hablar de John Collier, pero, al llegar a casa y leer el libro, sus historias me cambiaron la vida. Y debo decir que la influencia de John Collier en mi vida, junto con la de Steinbeck, Hemingway, Heinlein y Kuttner, ha sido extraordinaria.

En el momento en que los editores de este volumen me contactaron y me pidieron que lo prologara, no pude contener la alegría. porque llevaba tres décadas atestiguando que, cuando mencionaba los nombres de Updike. Salinger o Cheever en las reuniones literarias, a la gente se le iluminaba el rostro, pero, si me atrevía a arrojar el nombre de John Collier al pozo literario, éste caía y se hundía sin pena ni gloria. La obra de John Collier debió reimprimirse una y otra vez durante los últimos treinta o cuarenta años. Pero, por desgracia, no ha sido el caso. Por lo tanto, esta es su oportunidad para renacer, y ya era hora de que así fuera.

Me han pedido que seleccione mis historias favoritas de John Collier. pero el problema es que todas son mis favoritas. No me atrevo a nombrar a otro escritor del siglo xx cuya obra me brinde un placer tan absoluto. Sin embargo, si me obligaran a elegir mi momento predilecto de entre tantas histonas favoritas, supongo que señalaría el comienzo de “Otra tragedia americana”. Helo aquí:

Un joven entró al consultorio de un distinguido odontólogo y se recostó en la silla. Con cierto desaire, hizo a un lado el espejo y el periodontal con los que el dentista sonriente se le aproximó.

—Sáquemelos todos —le exigió.

—¡Pero si sus dientes se ven perfectamente bien! —exclamó el

dentista.

—¿Sabe qué también se ve bien? —respondió el joven—. Mi dinero.

Y así es como se empieza un cuento.

Ahora bien, si John Collier es tan extraordinario como afirmo, ¿por qué es tan poco conocido en la actualidad? En parte puede deberse a que el propio Collier descuidó su carrera como escritor de relatos, aunque fuera su principal talento. Con el paso de los años se enfocó cada vez más en la escritura de guiones para cine y televisión. Por ejemplo, John Collier pulió el guión de *La reina africana*, pero no se le dio crédito. También escribió siete episodios de *Alfred Hitchcock presenta*. Además, uno de sus cuentos. El perseguidor, sirvió de base para un episodio de *La dimensión desconocida* en los años sesenta.

También escribió un guión basado en *El paraíso perdido* de Milton, el cual Knopf publicó en 1973 bajo el título *Milton:s Paradise Lost: Screenplay for Cinema of the Mind*. En mi opinión, ese guión es por sí solo una obra soberbia. Al examinar otros de los guiones de Collier, empezando por *Sylvia Scarlett* (1935) y *Elephant Boy* (1937), y siguiendo con *l Am a Camera* (1955) y *The War Lord* (1965), en realidad no encuentro un vínculo obvio entre su trabajo para cine y su interés menguante en la escritura de relatos breves. A lo mucho podría decirse que, en cierto momento de su vida, la fascinación de crear esas historias simplemente se esfumó. No obstante. Collier debía de saber que la gente que escribe guiones cae en el olvido tan pronto como la película sale al mercado. Nadie recuerda a los guionistas de *Lo que el viento se llevó, Rebecca* o *La edad de la inocencia.*

¿Qué tipo de escritor de relatos cortos es John Collier? Su obra existe en un mundo similar al de P. G. Wodehouse y su Reginald Jeeves, Saki (seudónimo de H. H. Munro) y Thorne Smith, autor de *Topper y los fantasmas joviales*. Wodehouse escribió comedias desternillantes sobre las excentricidades ridículas de la clase alta, y obtuvo reconocimiento gracias a que le dio a su público la oportunidad de observar esa ridiculez y sentirse superior a ella. Saki, por su parte, fue descubierto a principios de los años veinte. Publicaba libros de esos que uno siempre exhibe en casa, como un perro de pedigrí, para convencer a las amistades de que tiene algo de cerebro. Los relatos de Thorne Smith sobre deslices sexuales aparecieron a comienzos de la década de los treinta. Entonces parecían meros coqueteos, y la gente examinaba sus novelas con microscopio en busca de las moléculas de lujuria. Hoy día. encontrar esas moléculas es casi imposible, pero en esa época logró que el tipo de ridiculeces de clase alta que él representaba en su obra les resultaran significativas a muchachitos de quince años que se llevaban sus libros a la cama.

Sin embargo, ¿qué pasa con Collier en la actualidad? Al examinar

sus libros tantos años después, podría decirse que Collier resalta porque no es políticamente correcto ni políticamente incorrecto. Entre sus historias y la política hay una desconexión absoluta. No hay un cordón umbilical entre los personajes del mundo de Collier y el mundo en que vivimos. El suyo es un mundo donde puede ocurrir cualquier cosa, y donde cualquier cosa ocurre. Puesto que el de John Collier es un mundo de pureza, es muy difícil discutirlo con colegas intelectuales una vez que dejas de lado el libro. Es posible parafrasear sus relatos, pero es imposible vincularlos con argumentos de índole sociopolítica.

Por ende, una razón por la que John Collier ha pasado al olvido es que era un excéntrico con la ceja arqueada y una sonrisa única. Al no encajar en las etiquetas de la corrección o incorrección política, se adelantó unos cuarenta o cincuenta años a su tiempo. ¡Y gracias a Dios las historias aquí contenidas no son serias! Vivimos en una época que se ha vuelto demasiado seria, que nos inunda con noticias tristes. Pero a John Collier le gustaba viajar ligero. Reconocía la ironía en los encuentros humanos y lo divertido que era ponerla en papel.

Una de las razones por las que me sumé a la mesa de escritores del programa de televisión *Alfred Hitchcock presenta* fue por su interés en John Collier. Aquella serie adaptó quince de sus relatos, entre los cuales "Sábado húmedo" ocupó un lugar central. Si Hitch es suficientemente bueno para Collier, es suficientemente bueno para mí, pensé.

Años después, tras asistir a una cena de premiación con Rod Serling, el creador y anfitrión de *La dimensión desconocida*, me confesó que. aunque estaba por comenzar una serie nueva, no sabía mucho sobre fantasía y ciencia ficción. "Ven", le dije, y lo llevé a mi sótano para enfundarlo con libros de Richard Matheson, Charles Beaumont, Roald Dahl y la cereza del pastel: John Collier. "Listo. Ahí tienes tu dimensión desconocida." Rob se fue con los brazos llenos de tesoros.

Siempre quise cenar con John Collier para preguntarle: "¿Cuál es tu secreto para lograr esto?". Y mi gran oportunidad llegó el día que me invitaron a una cena navideña en Hollywood Hills. En circunstancias habituales, habría rechazado la invitación, pues provenía de una dama a la que conocía muy poco, además de que estaría rodeado de desconocidos.

—Tienes que venir —insistió ella—. El señor John Collier y su esposa nos acompañarán.

—¡Ahí estaré! —exclamé.

Asistí, la cena estuvo bien, y me senté frente a Collier y su esposa, con aquella pregunta estremeciéndome los labios. Pero la señora Collier conversó durante los cocteles, relató sus viajes durante la ensalada, continuó viajando durante el plato principal y seguía sin

terminar cuando llegó el postre, al cual siguieron más remembranzas hasta cerca de la medianoche.

Finalmente, poco antes de las doce, los Collier se prepararon para partir. Sin dejar de conversar con medio mundo, la señora Collier guio a John hasta la puerta, donde él se dio media vuelta, sonrió y abrió la boca para decir algo.

Por fin, pensé. Es ahora o nunca.

—¡Feliz navidad! —dijo John Collier y cerró la puerta al salir.

¡Maldición!

Gracias a eso. nunca sabremos la respuesta a esa pregunta.

RAY BRADBURY
Mayo de 2003

CADA CUAL SU BOTELLA

Franklin Fletcher soñaba con una vida llena DE lujos, como pieles de tigre y mujeres hermosas, aunque de ser necesario podría sobrevivir sin las pieles de tigre. Por desgracia para él, las mujeres hermosas parecían ser igual de escasas e inaccesibles. Tanto en su oficina como en la casa de huéspedes donde vivía, las chicas eran escurridizas como ratoncitas, o maliciosas como felinas, o coquetas como mininas, o no habían leído sus avisos de ocasión con detenimiento; no conocía mujeres de otro tipo. A los treinta y cinco años se había dado por vencido y había decidido que lo reconfortaría tener un pasatiempo, aunque se tratara de un mísero premio de consolación.

Empezó a pasear por los rincones más apartados de la ciudad, mirando por las ventanas de las tiendas de antigüedades y baratijas, en busca de algo que coleccionar. Un día se detuvo frente a una tienda humilde, en un callejón humilde, en cuyo aparador polvoriento reposaba un objeto: un barco en miniatura completamente armado en el interior de una botella. Pensó que él también se sentía atrapado como esa minúscula embarcación, y decidió entrar a la tienda y preguntar cuánto costaba.

El local era pequeño y estaba prácticamente vacío. Los muros estaban tapizados de repisas desvencijadas, sobre las cuales reposaban botellas de distintos tamaños y formas con objetos diversos en su interior, que sólo resultaban interesantes por estar embotellados. Mientras Franklin recorría la tienda, se abrió una puertecilla. de la cual emergió el dueño del local, arrastrando un poco los pies; era un hombre viejo y arrugado, con un fez sobre la cabeza, que se veía un tanto sorprendido y a la vez complacido de tener un cliente.

Le mostró a Franklin ramos de flores, aves del paraíso, la batalla de Gettysburg, jardines japoneses diminutos y hasta una cabeza de jíbaro; todos conservados en botellas.

—¿Qué son esos objetos que están en el último estante? —

preguntó Frank.

—No son la gran cosa —respondió el viejo—. Mucha gente piensa que baratijas. Pero en lo personal, me gustan. —El viejo extrajo algunos especímenes de la polvorienta oscuridad en que se encontraban. Uno parecía contener sólo una mosca disecada; otros guardaban pelo de caballo o paja, o meras briznas de cosas imposibles de identificar; y unos más parecían estar llenos de humo grisáceo o tornasol—. Son diversos tipos de espíritus, genios, sibilas, demonios y cosas por el estilo. Pienso que algunos son mucho más difíciles de introducir en una botella que un barco con todas sus velas izadas.

—¡Pero, hombre, esto es Nueva York! —arguyó Frank.

—Por eso es de esperarse que existan los más extraordinarios genios embotellados. Permíteme mostrarte lo que tengo. Espera un momento. La tapa está un poco atascada.

—¿Quieres decir que hay un genio ahí dentro? —preguntó Frank —, ¿Vas a liberarlo?

—¿Por qué no? —dijo el viejo, desistiendo de abrir la botella, para luego alzarla e inspeccionarla a contraluz—. Esta… ¡Cielo santo! Pero si me está fallando la vista. Por poco abro la botella equivocada. Aquí vive un tipo repugnante. ¡Cielos! Qué bueno que no la destapé; lo mejor será regresarla a su lugar. Que no se me olvide que está en la esquina inferior derecha. Un día de estos le pondré una etiqueta para diferenciarla del resto. Aquí hay algo más inofensivo.

—¿Qué es? —inquirió Frank.

—Se supone que es la mujer más bella del mundo —aseguró el viejo—. No está mal. si valoras ese tipo de cosas. En lo personal, nunca me ha interesado destapar esa botella. Estoy seguro de que daré con algo más interesante.

—En realidad, desde un punto de vista científico… —intervino Frank.

—La ciencia no lo es todo —lo interrumpió el viejo—. Mira esto. —Alzó una botella que contenía un objeto minúsculo, momificado y de apariencia insectívora que apenas se distinguía a través de la mugre—. Pega la oreja al cristal —le indicó.

Frank obedeció y escuchó una especie de voz silbante que repetía una y otra y otra vez:

—Louisiana Lad, Saratoga, cuatro con quince. Louisiana Lad, Saratoga. cuatro con quince.

—Pero, ¿qué demonios es eso? —dijo Frank.

—Se trata de la auténtica sibila cumana. Es interesantísima. Se aficionó a las carreras de caballos.

—Sin duda es muy interesante —dijo Frank—, De cualquier manera, preferiría echarle un vistazo a la otra. Adoro las cosas bellas.

—Así que tienes alma de artista, ¿eh? —dijo el viejo—. Confía en mí; lo que más te conviene es alguien bueno y servicial. Mira, aquí hay uno. Por experiencia te recomiendo a este hombrecillo. Resulta muy práctico y te consigue lo que desees.

—De acuerdo —contestó Frank—. Pero, si es cierto lo que dices, ¿por qué no tienes un palacio, pieles de tigre y esa clase de cosas?

—Sí tuve esas cosas —admitió el viejo—. Y él fue quien me las consiguió. Sí, esta fue mi primera botella. Las demás provinieron de él. Primero tuve un palacio, obras de arte, objetos de mármol, esclavos. Y, como dices, pieles de tigre. Le pedí que metiera a Cleopatra en una de las botellas.

—¿Y cómo era ella? —preguntó Frank. asombrado.

—No estaba mal —respondió el viejo—, si valoras ese tipo de cosas. La verdad es que me aburrí. Luego supe que lo que en realidad quería era tener un modesto establecimiento con los objetos más variopintos almacenados en botellas. Entonces le pedí que se encargara de ese asunto. Él fue quien me consiguió a la sibila. También me consiguió al sujeto feroz que ves ahí. De hecho, los consiguió a todos.

—Entonces, ¿está en esa botella? —dijo Frank.

—Sí, ahí está —contestó el viejo—. Escúchalo.

Frank pegó la oreja a la botella y escuchó la voz más lastimera posible que repetía las siguientes palabras:

—¡Déjame salir! Vamos. Por favor, déjame salir. Haré lo que me pidas. Déjame salir. Soy inofensivo. Por favor, déjame salir. Aunque sea por un ratito. Déjame salir. Vamos, déjame salir. Haré lo que sea. Por favor…

Frank miró al viejo:

—No cabe duda de que está ahí —afirmó—. No cabe duda.

—Pues claro que está ahí —dijo el viejo—. Sería incapaz de venderte una botella vacía. ¿Por quién me tomas? Es más, por motivos sentimentales, no le vendería esta botella a nadie. Es sólo que hace mucho que tengo esta tienda y tú eres mi primer cliente.

Frank volvió a acercar la oreja a la botella.

—¡Déjame salir! ¡Déjame salir! Por favor, déjame salir. Haré…

—¡Dios mío! —exclamó Frank, consternado—. ¿Nunca para de hablar?

—Supongo que no —contestó el viejo—. Debo admitir que nunca lo escucho. Prefiero la radio.

—Debe ser una situación difícil para él —dijo Frank con compasión.

—Puede que sí —reconoció el viejo—. Al parecer los de su especie tienen aversión a las botellas. En cambio, yo las amo. Me resultan

fascinantes. Por ejemplo, yo…

—Dime la verdad —le suplicó Frank—. ¿En serio es inofensivo?

—Sí, claro —confirmó el viejo—. Por supuesto que sí. Algunas personas los consideran embusteros, por aquello de la sangre oriental y demás, pero a mí él nunca me lo ha parecido. Antes lo dejaba salir: él hacía sus cosas y luego volvía a meterse a la botella. Debo reconocer que es muy eficiente.

—¿Y podría conseguirme cualquier cosa?

—Lo que sea.

—¿Cuánto quieres por él? —preguntó Frank.

—Hum, no lo sé —respondió el viejo—. Tal vez diez millones de dólares.

—¡Por Dios! No tengo tanto dinero. Aun así, si es tan bueno como dices, tal vez podríamos establecer un esquema de pago a plazos.

—No te preocupes. En vez de eso. dejémoslo en cinco dólares. En realidad, tengo todo lo que necesito. ¿Quieres que lo envuelva para regalo?

Frank pagó los cinco dólares acordados y se apresuró a llegar a casa con la preciada botella, pues temía romperla. Tan pronto entró a su habitación, retiró la tapa. Del interior de la botella escapó una gran cantidad de humo oleaginoso que de inmediato se materializó en la figura de un desagradable y corpulento hombre oriental, de más de dos metros de altura, con abundantes lonjas, nariz aguileña, una blancura espeluznante en los ojos y papada prominente, muy parecido a un mafioso italiano, aunque de mayor tamaño. Desesperado por encontrar algo que decir, Frank ordenó shashlik. kebabs y otras delicias turcas. Y dichos manjares aparecieron de inmediato.

Tras recomponerse, Frank se percató de que esos modestos alimentos eran de la más alta calidad, además de estar dispuestos sobre vajillas de oro macizo, con grabados soberbios y tan pulidas que tenían un brillo deslumbrante. Detalles como éstos revelaban la mano de un sirviente de primera. Aunque Frank estaba encantado, contuvo un poco el entusiasmo.

—La vajilla de oro está muy bien —dijo—, Pero vayamos al grano. Me gustaría tener un palacio.

—Sus deseos —respondió el fornido siervo— son órdenes.

—Deberá ser de buen tamaño, estar bien ubicado, bien amueblado, bien decorado con obras de arte, objetos de mármol, tapices y todas esas cosas. Quisiera que hubiera muchas pieles de tigre. Adoro las pieles de tigre.

—Así será —contestó su esclavo.

—Como bien señaló tu anterior dueño —prosiguió Frank—. tengo alma de artista. Mi arte, por así llamarlo, requiere la presencia de un

grupo de jóvenes, algunas rubias, otras castañas, algunas pequeñas, otras majestuosas, algunas lánguidas, otras vivaces, todas ellas hermosas, pero que no vistan con recato. Odio el recato porque raya en la vulgaridad. ¿Entendiste todo?

—Sí —respondió el genio.

—Entonces, dámelo —exigió Frank.

—Sólo tengo una condición —dijo el sirviente—: que cierre los ojos durante un minuto, y al abrirlos se encontrará rodeado de los objetos agradables que ha descrito.

—De acuerdo —dijo Frank— Pero nada de trucos, ¿eh?

Cerró los ojos como se lo habían solicitado. Un zumbido grave y musical, similar a un soplido, se escuchó primero fuerte y después débil. Transcurrido un minuto, Frank miró a su alrededor: había arcos, pilares, objetos de mármol, tapices, etcétera, del palacio más exquisito que pudiera imaginarse, y dondequiera que miraba había pieles de tigre, y sobre cada piel de tigre se recostaba una joven de belleza incomparable que. por supuesto, no vestía con vulgar recato.

Nuestro querido Frank estaba, por decir lo menos, extasiado. Revoloteaba de un lado a otro como abeja en florería. En cada rincón lo recibían sonrisas empalagosas como la miel y miradas abierta o disimuladamente sugerentes. Una mejilla sonrojada por aquí, un guiño por allá. El rostro encendido de la pasión. Un torso girándose de hombros, pero nunca lo suficiente como para dar la espalda. Ahí lo acogían con los brazos abiertos, ¡y vaya, qué brazos! Ahí existía el amor encubierto, aunque inútilmente. Ahí triunfaba el amor.

—Debo admitir —dijo Frank horas más tarde— que he pasado una tarde maravillosa. La he disfrutado como nunca.

—Entonces, si no es mucha molestia, quisiera pedirle —dijo el genio, que en ese momento le servía la cena— que me conceda el honor de ser su mayordomo, así como administrador general de sus placeres, en vez de regresarme a esa abominable botella.

—No veo por qué no —contestó Frank—. Sin duda alguna, después de lo que has hecho por mí, resulta un poco cruel devolverte al confinamiento de la botella. Pues bien, acepto que seas mi mayordomo, pero debes entender que. sin importar cuál sea la costumbre, nunca deberás entrar a una habitación sin avisar. Y, por sobre todas las cosas: nada de trucos.

Con sonrisa fingida, el genio le dio las gracias y salió de la habitación, mientras que Frank se retiró poco después para reunirse con su harén, con el que pasó una velada igual de placentera que su tarde.

Luego de dedicar varias semanas a esos agradables pasatiempos, Frank, obedeciendo a una ley que ni el genio más eficiente podía

descontar, se volvía cada vez más quisquilloso, se sentía cada vez más hastiado, y notaba que era más propenso a criticar y encontrar errores.

—Estas chaturas son jóvenes y muy hermosas, si valoras ese tipo de cosas, pero dudo que sean de gran calidad. De lo contrario, sentiría mayor interés por ellas. A fin de cuentas, soy un conocedor; nada puede complacerme si no es lo mejor de lo mejor. Llévatelas. Y enrolla todas las pieles de tigre, excepto una.

—Sus deseos son órdenes —aceptó el genio—, ¡Listo!

—Y quiero que, sobre esa piel de tigre restante —prosiguió Frank —, hagas aparecer a la mismísima Cleopatra.

En un abrir y cerrar de ojos, Cleopatra se materializó en el lugar y, dicho sea de paso, lucía más espléndida de lo imaginado.

—¡Hola! —dijo ella—, ¡Heme aquí otra vez, sobre una piel de tigre!

—¿Otra vez? —exclamó Frank, recordando de pronto al viejo de la tienda—. Ten. Llévatela y tráeme a Helena de Troya.

En un abrir y cerrar de ojos, Helena de Troya se materializó en el lugar.

—¡Hola! —dijo ella—, ¡Heme aquí otra vez, sobre una piel de tigre!

—¿Otra vez? —exclamó Frank—, ¡Maldito anciano! Llévatela y tráeme a la reina Ginebra.

Ginebra profirió exactamente las mismas palabras; y así también lo hicieron madame de Pompadour, lady Hamilton, y todas las mujeres bellas y famosas que se le ocurrieron a Frank.

—¡Ahora entiendo por qué ese viejo está tan arrugado! ¡El viejo pillo! ¡El viejo diablo! Les ha robado el brillo. Dirán que soy celoso, pero no seré el plato de segunda mesa de ese horrible viejo bribón. ¿Dónde encontraré a esa criatura perfecta y digna de los afectos de un conocedor como yo?

—Disculpe mi atrevimiento —dijo el genio—. pero, si esa pregunta va dirigida a mí, le recuerdo que en aquella tienda había una botellita que mi antiguo amo nunca se atrevió a abrir, y que le ofrecí luego de que perdiera el interés en esta clase de asuntos. No obstante, se rumora que contiene a la mujer más hermosa del mundo.

—Tienes razón —exclamó Frank—. Tráeme esa botella de inmediato.

En cuestión de segundos, la botella apareció frente a él.

—Tómate la tarde libre —le anunció Frank al genio.

—Gracias —respondió el genio—. Iré a visitar a mi familia a Arabia. Hace tiempo que no los veo.

Luego hizo una reverencia y salió de la habitación. Frank volvió su atención hacia la botella, que tardó muy poco en abrir.

Del interior de la botella emergió la mujer más hermosa imaginable. Comparadas con ella. Cleopatra y las demás no eran más que viejos esperpentos.

—¿Dónde estoy? —dijo ella— ¿Qué es este hermoso palacio? ¿Qué hago recostada sobre una piel de tigre? ¿Quién es este joven y apuesto príncipe?

—¡Soy yo! —exclamó Frank, embelesado—. ¡Soy yo!

La tarde transcurrió en un auténtico idilio. Antes de que Frank lo notara, el genio había regresado y estaba listo para servir la cena. Frank debía merendar con la joven que lo había hechizado, pues esta vez estaba enamorado y se trataba de un amor verdadero. Al entrar al cuarto con las viandas, el genio quedó pasmado ante tanta belleza, y su mirada adoptó un brillo picaresco.

Sucedió que Frank, en un arrebato de amor y agitación, salió corriendo al jardín entre dos bocados para cortar una rosa y llevársela a su amada. Con la excusa de servirle otra copa de vino, el genio se acercó bastante a la joven.

—No sé si me recuerdes —le susurró al oído—. Estaba en la botella contigua a la tuya. Solía admirarte a través del cristal.

—Ah. sí —dijo ella—. Te recuerdo muy bien.

En ese momento, Frank regresó. El genio ya no podía seguir hablando, pero se paseaba por la habitación inflando su pecho monstruoso y presumiendo sus músculos morenos y rechonchos.

—No temas —dijo Frank—, Es sólo un genio. No le prestes atención. Dime si en verdad me amas.

—Claro que te amo —dijo ella.

—Bueno, pues dilo —demandó Frank—. ¿Por qué no lo dices?

—Ya lo he dicho —respondió ella—. Claro que te amo. Eso es decirlo, ¿no?

Esa respuesta ambigua y evasiva ensombreció la felicidad de Frank, como si una nube hubiera tapado el sol. En su mente se sembró la duda, lo que arruinó de inmediato esos momentos de alegría exquisita.

—¿En qué piensas? —le preguntaba Frank.

—No lo sé —respondía ella.

—Bueno, pues deberías saberlo —decía él, y eso daba pie a una pelea.

Incluso en una o dos ocasiones le ordenó que regresara a su botella, y ella obedeció con una sonrisa maliciosa y furtiva.

—¿Por qué me sonreirá de esa manera? —le dijo Frank al genio, a quien le confesó su angustia.

—No lo sé —respondió el genio—. A menos que tenga un amante escondido allí dentro.

—¿Eso es posible? —exclamó Frank, consternado.

—Le sorprendería saber cuánto espacio hay dentro de una de estas botellas —comentó el genio.

—¡Sal de ahí! —exclamó Frank—, ¡Sal de ahí en este instante! —Su joven hechicera emergió obedientemente—, ¿Hay alguien más en esa botella? —exclamó Frank.

—¿Cómo podría haberlo? —preguntó ella con exagerada inocencia.

—No evadas la pregunta —dijo él—. Respóndeme sí o no.

—Si o no —respondió ella, remedándolo.

—¡Maldita perra mentirosa y embustera! —exclamó Frank—. Yo mismo entraré a esa botella para cerciorarme de que no haya nadie ahí. Y, si encuentro a alguien, ¡que Dios los ampare a ambos! —Con eso, y una gran determinación, se introdujo en la botella. Miró a su alrededor: no había nadie. De pronto escuchó un ruido por encima de su cabeza. Miró hacia arriba y vio cómo empujaban el tapón de la botella—. ¿Qué hacen? —exclamó Frank.

—Estamos poniendo la tapa —dijo el genio.

Frank maldijo, rogó, rezó e imploró.

—¡Déjenme salir! —exclamó—. ¡Déjenme salir! Por favor, déjenme salir. Vamos, déjenme salir. Haré lo que me pidan. Déjenme salir, ¿sí?

Sin embargo, el genio tenía otros asuntos que atender. A través de las paredes cristalinas de su prisión Frank atestiguó, mortificado. esos otros asuntos. Al día siguiente recogieron su botella, la alzaron por los aires y luego la depositaron en la tiendita polvorienta, entre las demás botellas, donde nadie se había percatado siquiera de su ausencia.

Ahí permaneció por un periodo interminable, acumulando polvo, loco de rabia cada vez que pensaba en lo que sucedía en su exquisito palacio, entre el genio y la hechicera infiel. Finalmente, un grupo de marineros entró a la tienda por casualidad y, al escuchar que esta botella contenía a la mujer más hermosa del mundo, acordaron comprarla entre todos. Cuando destaparon la botella en altamar y descubrieron que su único tripulante era el pobre Frank, su decepción fue inconmensurable, lo que los llevó a tratarlo con el mayor salvajismo posible.

DE MORTUIS

El señor Rankin era un hombre corpulento Y demacrado que hasta con el traje más nuevo se veía anticuado, como si se tratara de una fotografía tomada hace veinte años. Esto se debía a la forma cuadrada y plana de su torso, que parecía confeccionado por un fabricante de cajas de embalaje. Además, su rostro era rígido y parecía esculpido a medias, y su pelo se asemejaba a una peluca despeinada. Sus manos eran enormes y torpes, lo cual resultaba útil para el médico de un pueblito estadounidense donde la gente aún conservaba el gusto por lo absurdo, como creer que, cuanto más se pareciera una mano a la garra de un simio, más precisa sería en la delicada práctica de una amigdalectomía.

En el caso del doctor Rankin. esta conclusión se justificaba a la perfección. Por ejemplo, aquella hermosa mañana en particular, pese a que su tarea no implicaba más que cubrir de cemento un pedazo de piso en el sótano, empleó esas manos largas y torpes con la seguridad de quien nunca olvidaría una esponja dentro de un cuerpo ni dejaría una cicatriz antiestética en la piel.

El doctor supervisó su trabajo desde todos los ángulos; añadió un toque aquí y otro allá hasta conseguir una superficie lisa, casi perfecta. Barrió los últimos restos de tierra y los arrojó al horno. Hizo una pausa antes de guardar el pico y la pala que había estado usando, y aprovechó el momento para hacer otro barrido artístico con su espátula, con lo que emparejó la nueva superficie con el piso circundante. En ese momento de máxima concentración, la puerta del porche en la planta superior se cerró de golpe y emitió un sonido similar a la caída de un pedazo de artillería, lo cual, como era de esperarse, hizo que el doctor Rankin se sobresaltara como si le hubieran disparado.

El doctor levantó el rostro y frunció el ceño, al tiempo que agudizaba el oído. Escuchó dos pares de pies caminar sobre el resonante piso del porche. Oyó que se abría la puerta principal de la

casa y que los visitantes entraban al vestíbulo, el cual comunicaba con el sótano a través de unos cuantos escalones. Escuchó silbidos y luego las voces de Buck y Bud.

—¡Doc! ¡Hola, Doc! ¡Están mordiendo el anzuelo! —exclamaban.

Ya fuera porque el doctor no estaba dispuesto a pescar ese día o porque, al igual que otros hombres de complexión robusta, sentía aversión a las sorpresas, o porque simplemente ansiaba terminar la tarea en cuestión sin interrupciones para después retomar otras labores de mayor importancia, no respondió de inmediato a la escandalosa invitación de sus amigos. En vez de eso, se quedó escuchando el llamado hasta que éste cesó, para luego transformarse en un diálogo confuso y alarmante.

—Supongo que salió.

—Dejaré una nota que diga que fuimos al arroyo, que nos alcance allá.

—Podríamos decirle a Irene.

—Pero tampoco está aquí. Uno pensaría que al menos ella estaría aquí.

—Por el aspecto del lugar, es obvio que no.

—Ya lo dijiste, Bud. Basta con mirar esta mesa. Podrías escribir tu nombre en el polvo…

—¡Shhh! ¡Mira!

Evidentemente, el último en hablar había notado que la puerta del sótano estaba entreabierta y que había una luz prendida abajo. Entonces la puerta se abrió de par en par. y Bud y Buck se asomaron abajo.

—¡Doc, ahí estás!

—¿No escuchaste nuestros gritos?

El doctor, poco complacido con lo que había escuchado, esbozó una sonrisa forzada mientras sus amigos bajaban las escaleras.

—Creí haber escuchado a alguien —dijo.

—Estuvimos gritando como desquiciados —dijo Buck—. Pensamos que no había nadie en casa ¿Dónde está Irene?

—De visita —respondió el doctor—. Fue de visita.

—Oye, ¿qué pasa? —inquirió Bud—. ¿Qué haces? ¿Estás enterrando a uno de tus pacientes o qué?

—Es que se ha estado filtrando el agua en el piso —comentó el doctor—. Pensé que tal vez se había abierto un manantial subterráneo o algo así.

—¿En serio? —preguntó Bud, asumiendo de inmediato la loable postura ética del agente inmobiliario—. Caray, Doc, fui yo quien te vendió esta propiedad. No me digas que te dejé embarcado con un cuchitril atravesado por un manantial subterráneo.

—Había agua —insistió el doctor.

—Sí, Doc. pero puedes consultar el mapa geológico que tienen en el club Kiwanis. No existe una mejor franja de subsuelo en el pueblo que ésta.

—Parece que te dio gato por liebre —dijo Buck, sonriendo.

—No —afirmó Bud—. Mira, cuando el Doc llegó aquí, aún era muy ingenuo. Estarás de acuerdo conmigo en que era muy inocente. ¡Las cosas que ignoraba!

—Compró la carcacha de Ted Webber —añadió Buck.

—Habría comprado la propiedad de Jessop si se lo hubiera permitido —continuó Bud—. pero me rehusé a engañarlo.

—Claro, eso iría en contra de los principios del estafador de la pobre y humilde ciudad de Poughkeepsie —dijo Buck.

—Algunas personas se hubieran aprovechado de él —argumentó Bud—, Tal vez algunos lo hicieron, pero yo no. Le recomendé esta propiedad. Irene y él se mudaron tan pronto se casaron. Nunca le hubiera sugerido comprar un cuchitril con un manantial bajo los cimientos.

—No te preocupes —interrumpió el doctor, avergonzado de aquella muestra de escrupulosidad—. Seguro fueron las lluvias torrenciales.

—¡Por Dios! —exclamó Buck, mirando la parte manchada del pico —. Sí que cavaste profundo. Hasta dar con la arcilla, ¿eh?

—Está a poco más de un metro de profundidad, ¿no? Me refiero a la arcilla —agregó Bud.

—Cuarenta y cinco centímetros —lo corrigió el doctor.

—Poco más de un metro —insistió Bud—. Puedo mostrarte los planos.

—Vamos, nada de excusas —dijo Buck—, ¿Cómo ves. Doc? Una hora o dos en el arroyo, ¿eh? Están mordiendo el anzuelo. —No puedo ir, muchachos —aseguró el doctor—. Debo ver a un par de pacientes.

—Anda. Doc, vive y deja vivir —reiteró Bud—. Déjalos recuperarse. ¿O acaso vas a despoblar esta mugrosa ciudad?

El doctor bajó la mirada, sonrió y masculló, como lo hacía cada vez que esa broma salía a colación.

—Lo siento, muchachos —concluyó—. No puedo ir.

—Bueno —dijo Bud. decepcionado—. Supongo que será mejor que partamos. ¿Cómo está Irene?

—¿Irene? —preguntó el doctor—. Está mejor que nunca. Fue de visita a Albany. Tomó el tren de las once.

—¿El tren de las once? —dudó Buck— ¿A AIbany?

—¿Dije Albany? —recapacitó el doctor—. Quise decir Watertown.

—¿Tiene amistades en Watertown? —inquirió Buck.

—La señora Slater —dijo el doctor—. El señor y la señora Slater. Irene dijo que habían sido sus vecinos cuando era niña, en la calle Sycamore.

—¿Los Slater? —preguntó Bud—. ¿Vecinos de Irene? No en esta ciudad.

—Oh, sí —respondió el doctor—. Me contó todo sobre ellos ayer en la noche. Recibió una carta de la señora Slater. Al parecer ella cuidó de Irene en una ocasión que su madre estuvo en el hospital.

—No —insistió Bud.

—Eso es lo que ella me contó —continuó el doctor—. Claro que fue hace muchos años.

—Mira, Doc —dijo Buck—, Bud y yo crecimos en esta ciudad. Conocemos a los padres de Irene desde que éramos pequeños. Entrábamos y salíamos de su casa todo el tiempo. Nunca tuvieron vecinos de apellido Slater.

—Tal vez —propuso el doctor— la señora se volvió a casar. Tal vez en ese entonces tenía otro apellido.

Bud negó con la cabeza.

—¿A qué hora se fue Irene a la estación? —preguntó Buck.

—Hum, hace como un cuarto de hora —afirmó el doctor.

—¿No la llevaste en auto? —cuestionó Buck.

—Prefirió caminar —aseguró el doctor.

—Nosotros atravesamos la calle principal —dijo Buck— y no nos cruzamos con ella.

—Tal vez se fue por el campo —sugirió el doctor.

—Es un camino complicado para ir con maleta —argumentó Buck.

—Sólo llevaba un par de cosas en una bolsa pequeña —dijo el doctor.

Bud aún negaba con la cabeza.

Buck miró a Bud y luego el pico que yacía sobre el cemento nuevo y húmedo en el piso.

—¡Válgame Dios! —exclamó él.

—¡Por Dios, Doc! —se sumó Bud—, ¡Un hombre como tú!

—¿Qué rayos están pensando, par de idiotas? —preguntó el doctor —, ¿Qué intentan decirme?

—¡Un manantial! —exclamó Bud—. Debí saber de inmediato que no había ningún manantial.

El doctor miró la sección en donde había puesto el cemento, el pico y las expresiones preocupadas de sus dos amigos. Entonces se enfureció.

—¿Estoy alucinando o acaso insinúan que yo… que Irene, mi

esposa…? ¡Váyanse a la mierda! ¡Largo de aquí! Sí, lárguense y vayan por el alguacil. Díganle que venga aquí y empiece a cavar. ¡Fuera de aquí, los dos!

Bud y Buck se miraron, arrastraron un poco los pies y permanecieron de pie en su lugar.

—Váyanse —dijo el doctor.

—No lo sé —confesó Bud.

—Tiene motivos de sobra —sugirió Buck.

—Dios sabe que sí —dijo Bud.

—Dios sabe que sí —coincidió Buck—. Tú lo sabes. Yo lo sé. El pueblo entero lo sabe. Pero trata de convencer a un jurado.

El doctor se llevó una mano a la cabeza.

—¿Cómo? —preguntó—, ¿De qué hablan? ¿Cuál es el problema? ¿A qué se refieren?

—¡Vaya si nos has puesto entre la espada y la pared! —dijo Buck —. Doc, ya sabes a lo que nos referimos. Sólo hay que reflexionar un poco. Hemos sido amigos desde el principio. Grandes amigos.

—Pero tenemos que pensar —agregó Bud—. Esto es cosa seria. Con o sin motivos, hay leyes. Y nos pueden acusar de ser tus cómplices.

—Ustedes hablaban de motivos —continuó el doctor.

—Tienes razón —dijo Buck—, Además, eres nuestro amigo, y si algo puede justificarse…

—Tenemos que solucionar esto de alguna forma —añadió Bud.

—¿Justificarse? —inquirió el doctor.

—Lo ibas a descubrir tarde o temprano —dijo Buck.

—Pudimos habértelo dicho —confesó Bud—. Es sólo que… ¡Bah!, ¿qué más da?

—Pudimos haberlo hecho —aceptó Buck—. Estuvimos a punto de hacerlo. Hace cinco años. Incluso antes de que te casaras con ella. No llevabas ni seis meses aquí, pero nos encariñamos contigo. Pensamos en darte una pista. Lo discutimos. ¿Te acuerdas, Bud?

Bud asintió con la cabeza.

—Es curioso —opinó Bud—. No te oculté nada sobre la propiedad de Jessop. No te dejé comprarla. Doc. Pero casarse es algo mucho más serio. Pudimos habértelo dicho.

—Tal es nuestro sentido de la responsabilidad —remató Buck.

—Tengo cincuenta —dijo el doctor—. Supongo que soy bastante viejo para Irene.

—Aunque fueras Johnny Weissmüller a los veintiún años, daría exactamente lo mismo —comentó Buck.

—Sé que mucha gente piensa que Irene dista mucho de ser la esposa perfecta —continuó el doctor—. Tal vez no lo sea. Pero es

joven y está llena de vida.

—¡Ahórrate el discurso! —dijo Buck con brusquedad, mirando el cemento fresco—, ¡Ahórratelo, Doc, por amor de Dios!

El doctor se pasó una mano por la cara.

—No todos quieren lo mismo —prosiguió—. Yo soy un tipo más bien seco. Me cuesta trabajo abrirme con la gente. Pero Irene… Ella es muy alegre.

—Sí que lo es —se burló Buck.

—Sé que no es un ama de casa hecha y derecha —agregó el doctor —. Sin embargo, eso no es lo único que quiere un hombre. Ella se la ha pasado bien.

—Sí que lo ha hecho —se mofó Buck.

—Eso es lo que amo de ella —continuó el doctor—. Porque yo no soy así. No es una persona de mente profunda. Está bien, lo acepto, quizás es un poco estúpida. Pero no me importa. Tal vez es algo floja, desordenada. Bueno, pues yo soy suficientemente ordenado por los dos. Ella ha sabido divertirse. Es algo hermoso. Es inocente. Como si se tratara de una niña.

—Sí. Si sólo se tratara de eso —insinuó Buck.

—A ver—dijo el doctor, mirándolo fijamente—, al parecer tú sabes algo más.

—Todos lo saben —reveló Buck.

—Un hombre decente llega a un lugar como éste y se casa con la zorra del pueblo —comentó Bud con amargura—, Y nadie dice nada, sólo observan desde lejos.

—Y se ríen —añadió Buck—. Todos, incluidos tú y yo, Bud.

—Le dijimos a Irene que no anduviera en malos pasos —confesó Bud—, Se lo advertimos.

—Todos se lo advirtieron —intervino Buck—. Pero la gente se hartó. Cuando empezó a salir hasta con camioneros…

—Pero nosotros nunca lo hicimos, Doc —dijo Bud con sinceridad —. Al menos no desde que llegaste a la ciudad.

—El pueblo estará de tu lado —aseguró Buck.

—Eso no servirá de mucho cuando el caso llegue a juicio en la sede del condado —arguyó Bud.

—¡Ay! —exclamó el doctor súbitamente—. ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?

—Depende de ti, Bud —dijo Buck—, Yo no puedo denunciarlo ante la policía.

—Tranquilo, Doc —aseguró Bud—. Relájate. Mira. Buck, cuando entramos aquí, la calle estaba desierta, ¿no es así?

—Creo que sí —respondió Buck—, De cualquier modo, nadie nos

vio bajar al sótano.

—Y en realidad no hemos bajado —afirmó Bud, dirigiéndose al doctor con firmeza—, ¿Entiendes, Doc? Te llamamos desde el piso de arriba, permanecimos uno o dos minutos, y nos fuimos. Pero nunca bajamos al sótano.

—Desearía que no lo hubieran hecho —admitió el doctor, apesadumbrado.

—Lo único que tienes que hacer es decir que Irene salió a pasear y nunca regresó —sugirió Buck—, Bud y yo diremos que la vimos salir de la ciudad con un tipo en un…, bueno, digamos que en un sedán marca Buick. Nadie dudará de nuestra histona. Nos encargaremos de ello, pero después. Ahora debemos irnos.

—Y recuerda, apégate a la historia. Nunca bajamos al sótano y no te hemos visto en todo el día —dijo Bud—. ¡Hasta pronto!

Buck y Bud subieron los escalones con una precaución absurda.

—Más vale que cubras eso —dijo Buck por encima del hombro.

Una vez a solas, el doctor tomó asiento sobre una caja vacía y se sostuvo la cabeza con ambas manos. Seguía sentado en esa misma posición cuando escuchó azotarse la puerta de la entrada. Esta vez no se sorprendió; sólo escuchó. La puerta principal se abrió y se cerró, y una voz exclamó: —¡Yuju, yuju! ¡Ya regresé!

Despacio, el doctor se puso de pie.

—¡Estoy aquí abajo, Irene! —gritó.

La puerta del sótano se abrió de par en par y reveló a una joven parada en lo alto de las escaleras.

—¡Perdí el estúpido tren! ¿Puedes creerlo? —dijo ella.

—¡Ay! —contestó el doctor—, ¿Regresaste por el campo?

—Sí, como una verdadera estúpida —confesó ella—. Podría haber pedido aventón y alcanzado el tren más adelante. Pero no se me ocurrió. Si me llevas al cruce, aún podría alcanzarlo.

—Tal vez —respondió el doctor—, ¿Te cruzaste con alguien en el camino?

—Ni un alma —dijo ella—, ¿No habías terminado ya esa estúpida reparación?

—Mucho me temo que tendré que rehacerla —admitió el doctor—, ¿Por qué no bajas, querida? Para que te la muestre.

AMOR DE ALMACÉN

Escrito en una libreta de papel Bond Highlife, comprada por la señorita Sadie Brodribb en la tienda departamental Bracey's por veinticinco centavos.

Veintiuno de marzo. Hoy tomé la decisión: darle la espalda a ese mundo burgués que aborrece a los poetas. Alejarme, salirme, escaparme…

Y lo logré. ¡Soy libre! ¡Libre como la mota de polvo que danza al interior de un rayo de sol! ¡Libre como una mosca que viaja en primera clase en un avión de lujo! ¡Libre como mis versos! Libre como el alimento que comeré, el papel en el que escribo, las suaves y lábiles zapatillas de lana que usaré.

Esta mañana no tenía ni para pagar el transporte, y ahora estoy aquí, en Jauja. Sé que mueres por saber más sobre este paraíso, tanto así que te gustaría organizar viajes a este lugar, explotarlo, enviar a tus suegros, quizás incluso visitarlo tú mismo. Después de todo, es casi imposible que este diario llegue a tus manos hasta que yo haya muerto. Casi me atrevo a afirmarlo.

Estoy en Bracey's Giant Emporium, tan feliz como un ratón frente a un enorme pedazo de queso, y el mundo nunca volverá a saber de mí.

Ahora viviré feliz, felicísimo, resguardado bajo una imponente montaña de alfombras, en un rincón que me gustaría decorar con edredones, vestiduras de angora y fundas para almohadas como las de Cleopatra. Estaré muy cómodo.

Me colé en este santuario muy entrada la tarde, y al poco rato escuché las pisadas mortecinas de la hora de cierre. De ahora en adelante, sólo me esforzaré por evadir al guardia nocturno. Los poetas sabemos evadir.

Ya realicé mi primera exploración; me escabullí como ratón. Caminé de puntitas hasta el departamento de papelería y, con timidez,

regresé corriendo apenas con estos materiales de escritura, la necesidad básica de cualquier poeta. Ahora los haré a un lado y buscaré cubrir otras necesidades: comida, vino, la tela suave de mi sofá y un elegante blazer para fumar. Este lugar me estimula. Escribiré aquí.

Día siguiente, al amanecer. Supongo que nadie en el mundo se ha sentido tan sorprendido y abrumado como yo me siento esta noche. Es increíble. Y, sin embargo, lo creo. ¡Qué interesante es la vida cuando las cosas se disponen de esta manera!

Salí de mi escondite, como dije que lo haría, y encontré el gran almacén envuelto en una mezcla de luz y oscuridad. El vestíbulo central estaba medio iluminado; las galerías circundantes se amontonaban unas con otras, como un desplome de luces y sombras dignas de un grabado fileno de Piranesi. Las escaleras delgadas y los puentes colgantes habían perdido su utilidad para convertirse en productos de fantasía. Las prendas de seda y terciopelo centelleaban como fantasmas, mientras cientos de modelos en ropa interior lanzaban sonrisas y besos al aire desértico. Había anillos, broches y pulseras que brillaban con frialdad ante la desoladora ausencia de palabras como “Cariño” o “Papi".

Al recorrer con sigilo los pasillos perpendiculares, que estaban sumidos en una gran oscuridad, me sentí como un pensamiento errante en el cerebro soñador de una corista venida a menos. Aunque, por supuesto, el cerebro de esas chicas no es tan grande como Bracey’s Giant Emporium. Y no había ningún hombre a la vista.

Ninguno, salvo por el guardia nocturno. Me había olvidado de él. Mientras cruzaba un espacio abierto en el piso del mezanine, abrazando a sotavento una muestra de seductores chales, escuché un golpeteo regular, que bien podría haber sido el latido de mi propio corazón. De pronto me di cuenta de que el ruido provenía del exterior. Eran pisadas y estaban a tan sólo unos pasos de distancia. Con la velocidad de un rayo, tomé una extravagante chalina, me envolví con ella y permanecí de pie con un brazo en el aire, como una Carmen petrificada en pleno gesto de desdén.

Tuve éxito. Pasó a mi lado, dándole vueltas a la cadena con la llavecita y tarareando su tonta cancioncita. mientras sus ojos reflejaban el brillo del amanecer.

—¡Vamos, mortal! —susurré y me permití una risa silenciosa.

Pero ésta se me congeló en los labios. El corazón me dio un vuelco. Un nuevo temor se apoderó de mí.

Tenía miedo de moverme. Tenía miedo de mirar a mi alrededor.

Sentí que algo me atravesaba con la mirada. Era un sentimiento completamente distinto al de la emergencia común y corriente provocada por el todavía más común y corriente guardia nocturno. Mi impulso consciente fue el más obvio: mirar hacia atrás. Pero mis ojos eran más sabios. Permanecí petrificado y con la mirada fija al frente.

Los ojos trataban de decirme algo que el cerebro se rehusaba a creer. Y cumplieron su cometido, pues mi mirada se cruzó con otro par de ojos, ojos humanos, pero grandes, planos, luminosos. Había visto esos ojos entre las criaturas nocturnas que reptan bajo la azulada luz de luna artificial en el zoológico.

El dueño de esos ojos estaba a unos cuatro metros de mí. El guardia había pasado entre nosotros, más cerca de él que de mí, pero no se había percatado de su presencia. Yo llevaba varios minutos mirando hacia donde él estaba, pero tampoco lo había visto.

Estaba medio recargado en una tarima baja donde había chicas de rostros limpios y cerosos modelando trajes deportivos en patrones de espina de pescado, cuadros y tartán, sobre un piso tapizado de hojas rojizas y rodeado por hilados ondulantes y brillantes. Se recargó luego sobre la falda de una de esas Dianas; los dobleces al parecer le ocultaban la oreja, el hombro y un poco del costado derecho. Él. por su parte, vestía a la moda, con ropa de tweed de las islas Shetland en Escocia, zapatos de ante y una camisa con amplios motivos de colores olivo, rosa y gris. Era tan pálido como una criatura hallada bajo una piedra. Sus brazos largos y delgados desembocaban en manos que colgaban flotantes, y que más que manos comunes y corrientes, eran como aletas transparentes que se arrastran o como hebras de chifón. Entonces habló. Su voz no era una voz, sino más bien un susurro bajo la lengua.

—¡No está nada mal, para un principiante!

Comprendí que me elogiaba, si bien de forma satírica, por mi incipiente hazaña de camuflaje. Luego tartamudeé al contestar. —Lo siento. No sabía que había más gente viviendo aquí. —Noté que. al decir eso, estaba imitando su voz silbante.

—Oh, sí —dijo—. Nosotros vivimos aquí. Es maravilloso.

—¿Nosotros?

—Sí, todos nosotros. ¡Mira! —Estábamos casi al final de la primera galería. Hizo un barrido con la mano larga que abarcó toda la extensión de la tienda. Seguí su mano con la mirada, pero no vi nada. Tampoco escuché nada, excepto el paso sordo del vigilante nocturno que retrocedía infinitamente hacia el fondo de algún pasillo del sótano —. ¿Acaso no lo ves?

¿Conoces esa sensación de mirar con atención en la penumbra de un vivero? Al principio, sólo ves cortezas de árbol, guijarros, algunas

hojas y nada más. Y de pronto observas que una piedra respira, pero se trata de un sapo; luego descubres que ahí hay un camaleón, y otro, y una culebra enroscada, y una mantis escondida entre las hojas. De pronto, la jaula entera parece crepitar de vida. Quizás el mundo también sea así. Uno sólo se mira la manga, los pies.

Lo mismo sucedía con la tienda. Por más que la miraba, parecía estar vacía. Luego la volví a mirar, y vi salir a una viejecita de su escondite detrás de un monstruoso reloj. Había tres mujeres, tres viejas damiselas terriblemente demacradas que tonteaban a la entrada de la perfumería. Su pelo era delgado como hilo dental y pálido como una gasa. Había un hombre igualmente frágil y descolorido, parecido a un coronel sureño, que me miraba de pie mientras se acariciaba los bigotes dignos de un camarón de cristal. Una mujer vulgar, tal vez aficionada a la literatura, emergió de entre las cortinas y persianas.

Todos se agolparon a mi alrededor; revoloteaban y silbaban, como pedazos de chifón sacudidos por el viento. Tenían ojos grandes y llanamente brillantes. Pero sus iris carecían por completo de color.

—¡Se ve muy verde!

—¡Es un detective! ¡Llamen a los Hombres Oscuros!

—No soy detective, sino poeta. Y he renunciado al mundo.

—Es un poeta que llegó con nosotros. El señor Roscoe fue quien lo encontró.

—Nos admira.

—Tiene que conocer a la señora Vanderpant.

Me llevaron a conocer a la señora Vanderpant, quien resultó ser la Gran Anciana de la tienda y era prácticamente transparente.

—¿Así que es poeta, señor Snell? Aquí encontrará inspiración. Soy la habitante más antigua del recinto. Aun después de tres fusiones y una remodelación, ¡no lograron deshacerse de mí!

—Cuéntele de la vez que salió de día. querida señora Vanderpant, y que casi la compran por error pensando que era parte del *Retrato de la madre del artista* del pintor Whistler.

—Eso fue antes de la guerra. En ese entonces era más robusta. Pero, cuando llegaron a la caja, de pronto recordaron que no traían ningún marco. Y, cuando regresaron para contemplarme de nuevo…

—…se había esfumado.

Su risa se asemejaba al estridor de los fantasmas de los saltamontes.

—¿Dónde está Emma? ¿Dónde está mi caldo?

—Fue por él, señora Vanderpant. Ya vendrá.

—¡Esa criaturita cansina! Es nuestra huérfana, señor Snell. No es del todo como nosotros.

—¿En serio, señora Vanderpant? ¡Vaya, vaya!

—Viví sola aquí, señor Snell, durante muchos años. Me refugié aquí durante aquellos terribles días en los ochenta. En ese entonces era una jovencita muy hermosa, o al menos eso era lo que decía la gente amable, pero mi pobre padre perdió su fortuna. Bracey's significaba mucho para una jovencita en el Nueva York de aquellos tiempos, señor Snell. La idea de no poder entrar aquí a diario de la forma tradicional me parecía terrible. Así que decidí venir a quedarme de forma permanente. Me preocupó mucho cuando otros comenzaron a venir, luego de la caída de la bolsa en 1907. Pero fueron el querido juez, el coronel, la señora Bilbee…

Hice una reverencia. Me estaban presentando.

—La señora Bilbee es dramaturga. Viene de una antigua familia de Filadelfia. Verá que aquí somos amables, señor Snell.

—Me siento privilegiado, señora Vanderpant.

—Y, por supuesto, nuestros queridos jóvenes llegaron en 1929. Sus pobres padres se aventaron de los rascacielos —me explicó la señora Vanderpant. Hice muchas reverencias y emití silbidos de aprecio. Las presentaciones tomaron mucho tiempo. ¿Quién hubiera imaginado que había tanta gente viviendo en Bracey's?—. Y por fin llegó Emma con mi caldo.

Entonces me di cuenta de que, después de todo, los jóvenes no eran tan jóvenes, pese a sus sonrisas, sus manierismos, su vestimenta ingenua. La chica huérfana, Emma. era adolescente. Pese a que vestía con prendas tomadas del mugriento mostrador de la tienda, tenía la apariencia de una flor viviente en un cementerio francés, o de una sirena entre pólipos.

—¡Ven aquí, estúpida criatura! —la reprendió la señora Vanderpant.

—La señora Vanderpant te está esperando.

Su palidez era distinta a la del resto: no era como la de algo que brilla o huye cuando levantas una piedra. Su palidez era como la de una perla.

¡Emma! ¡La perla de esta remota y fantástica cueva! ¡Pequeña sirena, ignorada y oprimida por objetos de una blancura mortífera, como tentáculos! No puedo escribir más.

Veintiocho de marzo. Bueno, me estoy acostumbrando con rapidez a este nuevo mundo crepuscular, a la extraña compañía. Estoy aprendiendo las intrincadas leyes del silencio y el camuflaje que gobiernan los paseos y las reuniones aparentemente casuales del clan de medianoche. ¡Cómo aborrecen al guardia nocturno, cuya existencia les impone estas leyes sobre sus festivales del ocio!

—¡Criatura odiosa y vulgar! ¡Apesta al áspero sol!

En realidad, es bastante apuesto y bastante joven para ser guardia nocturno, tan joven que pienso que quizá lo hirieron en la guerra. Pero ellos quieren hacerlo pedazos.

Conmigo, en cambio, son muy amables. Se alegran de tener a un poeta entre sus filas. Pero a mí no me agradan del todo. La misteriosa facilidad con que hasta las señoras más viejas trepan de balcón en balcón como arañas me hiela la sangre. ¿O será porque son groseras con Emma?

Ayer tuvimos una fiesta en la que jugamos bridge. Y hoy se presentará la breve obra de la señora Bilbee: *Amor en la tierra de las sombras*. ¿Puedes creerlo? Otra colonia, de la tienda Wanamaker's, vendrá en masa a presenciar la obra. Al parecer hay gente viviendo en todos los grandes almacenes. Esta visita se considera un gran honor, ya que a esas criaturas las caracteriza un esnobismo intenso. Hablan con horror sobre un marginado social que abandonó un establecimiento de clase alta en la avenida Madison y que ahora lleva una vida de holgazanería y vagabundeo en una charcutería. Y relatan la trágica historia de un hombre de la tienda Altman's que desarrolló tal pasión por un elegante saco de tartán, que emergió de su escondite y se lo arrebató de las manos a un cliente. Por miedo a que hubiera una investigación, parece que obligaron a los miembros de la colonia de Altman’s a mudarse a una de esas tiendas de todo por un dólar. Bueno, ahora debo arreglarme para asistir a la obra.

Catorce de abril. Al fin encontré una oportunidad para hablar con Emma No me atreví antes porque en este lugar uno siente que una multitud de ojos pálidos lo observa en secreto. Pero ayer en la noche, durante la obra, tuve un ataque de hipo. Me pidieron de manera poco sutil que abandonara el recinto y me escondiera en el sótano, entre los botes de basura, una zona a la que nunca entra el guardia nocturno.

Ahí, en medio de la oscuridad embrujada por las ratas, escuché a alguien ahogar un sollozo.

—¿Qué es eso? ¿Eres tú? ¿Eres Emma? ¿Qué te acongoja, pequeña? ¿Por qué lloras?

—Ni siquiera me dejaron ver la obra.

—¿Eso es todo? Permíteme consolarte.

—Soy muy infeliz. —Me contó su trágica historia. ¿Cómo ves? Resulta que, cuando era niña, una pequeñita de apenas seis años, se alejó de sus padres y se quedó dormida detrás del mostrador de una tienda mientras su madre se probaba un sombrero Cuando despertó, la tienda estaba en completa oscuridad—. Entonces comencé a llorar, y

ellos vinieron y me sujetaron por la fuerza. “Si la dejamos ir, nos delatará", dijeron. Otros dijeron: “Llama a los Hombres Oscuros". Luego intervino la señora Vanderpant. “Déjenla quedarse", dijo. “Será una buena sirvienta para mí”.

—¿Quiénes son esos Hombres Oscuros, Emma? Los mencionaron cuando llegué aquí.

—¿No lo sabes? ¡Ay, es horrible! ¡Es horrible!

—Cuéntamelo, Emma. Compartamos esto juntos.

Ella temblaba de miedo.

—¿Has oído hablar de Journey’s End, los funerarios que van a las casas cuando la gente muere?

—Sí, Emma.

—Bueno, pues en esa tienda, al igual que aquí, y en Gimbel’s, y en Bloomingdale s, viven personas como ellos.

—¡Qué repugnante! Pero Emma, ¿de qué pueden vivir en una funeraria?

—¡No me preguntes a mí! Ahí llega la gente muerta para ser embalsamada. ¡Ay, son criaturas terribles! Hasta la gente de aquí les tiene miedo. Pero, si alguien muere, o si un ladrón entra a la fuerza y ve a esa gente, y cabe la posibilidad de que suelte la lengua…

—¿Sí? Continúa.

—Entonces mandan llamar a los otros, a los Hombres Oscuros.

—¡Cielo santo!

—Sí, y meten el cuerpo entre el material quirúrgico, o al ladrón atado, si se trata de un ladrón, y mandan llamar a esos otros, y luego todos se esconden, y entonces entran los otros. ¡Ay! Son como trozos de oscuridad. Los vi en una ocasión. Fue horrible.

—¿Y luego?

—Entran al lugar donde está la persona muerta o el pobre ladrón. Y ahí tienen cera y toda clase de cosas. Cuando se van, sólo queda un modelo de cera sobre la mesa. Y luego nuestra gente le pone un vestido o un traje de baño, y lo mezcla con el resto de los modelos, y nadie nunca se entera.

—Pero, ¿no son más pesados estos modelos de cera que los otros? Uno pensaría que serían más pesados.

—No. No son más pesados. Creo que más bien ya no tienen mucho dentro.

—¡Dios mío! Entonces, ¿eso es lo que planeaban hacerte cuando eras niña?

—Sí, pero la señora Vanderpant dijo que mejor fuera su sirvienta.

—Estas personas no me agradan, Emma.

—A mí tampoco. Me gustaría ver un pájaro.

—¿Por qué no entras a la tienda de mascotas?

—No sería lo mismo. Quiero verlo en una rama llena de hojas.

—Emma, reunámonos de nuevo. Bajemos sigilosamente y veámonos aquí. Y te hablaré sobre pájaros, y ramas y hojas.

Primero de mayo. Durante las últimas noches, ha habido agitación en la tienda por la noticia de un inminente recorte en Bloomingdale's. Hoy era la noche ideal.

—¿Aún no te cambias? Salimos a las dos en punto.

Roscoe se había autoproclamado, o lo habían designado, mi guía o guardia.

—Roscoe, todavía soy un novato. Me aterran las calles.

—¡Patrañas! No tiene mayor ciencia. Salimos en grupos de dos o tres, nos paramos en la banqueta, nos subimos a un taxi. ¿A poco nunca saliste tarde en los viejos tiempos? Si es así, seguro nos viste muchas veces.

—¡Cielos, pues creo que sí! Y a menudo me pregunté de dónde venían. ¡Y era de aquí! Pero, Roscoe, me arde la frente. Tengo dificultad para respirar. Temo resfriarme.

—En ese caso, deberías quedarte aquí. Sería una desgracia y un infortunio para nuestro grupo que alguien estornudara.

Apostaba por el apego a su rigurosa etiqueta, basada en gran medida en su miedo a ser descubiertos, y tenía razón. Poco después se fueron, flotando a la deriva, como hojas abandonadas al viento. Rápidamente me puse ropa nueva: unos pantalones de franela, zapatos de lona y una sofisticada playera deportiva que tomé de la tienda. Encontré un lugar silencioso y seguro, lejos de la ruta habitual del guardia nocturno. Ahí, sobre la mano alzada de una modelo, coloqué un frondoso helecho extraído de la florería, y de inmediato fue como tener un árbol joven y primaveral. La alfombra parecía llena de arena, como la playa de un lago. Un vaporoso mantel blanco; dos pasteles, cada uno con su respectiva cereza; sólo faltaba imaginar el lago y encontrar a Emma.

—Pero, ¿qué es todo esto, Charles?

—Soy poeta. Emma, y, cuando un poeta conoce a una chica como tú, piensa en un día de campo. ¿Ves este árbol? Llamémoslo nuestro árbol. Ahí está el lago; el lago más hermoso imaginable. Aquí hay pasto y hay flores. También hay pájaros, Emma. Me dijiste que te gustan los pájaros.

—Ay, Charles, eres muy lindo. Ya los escucho cantar.

—Y aquí está nuestra comida. Pero, antes de comer, busca detrás de esa roca para ver qué encuentras. —La escuché gritar de placer al

ver el vestido de verano que le había dejado ahí. Cuando volvió, el día primaveral le sonrió al verla, y el lago brilló más que antes—. Emma, disfrutemos nuestro almuerzo. Divirtámonos. Nademos un poco. Te imagino a la perfección con uno de esos trajes de baño nuevos.

—Mejor sentémonos aquí, Charles, y conversemos.

Así que nos sentamos y conversamos, y el tiempo transcurrió como en un sueño. Nos hubiéramos quedado ahí, olvidándonos de todo, de no haber sido por la araña.

—Charles, ¿qué estás haciendo?

—Nada, querida. Es sólo una arañita traviesa que intenta trepar por tu rodilla. Es puramente imaginaria, por supuesto, pero a veces esas son las peores. Tenía que intentar atraparla.

—No lo hagas, Charles. Ya es tarde. Es muy tarde. Volverán dentro de muy poco. Será mejor que vuelva a casa.

La llevé a su casa, que estaba en la sección de cocina de la planta baja, y le di un beso de buenos días. Emma. sin embargo, sólo me ofreció su mejilla. Eso me preocupa.

Diez de mayo. —Emma. te amo. —Se lo dije así, tal cual. Nos hemos reunido muchas veces. He soñado con ella durante el día. Ni siquiera he podido escribir en mi diario. Mucho menos escribir poesía —. Emma. te amo. Mudémonos al departamento de lencería. No te angusties, querida. Si así lo prefieres, podemos irnos de aquí. Viviremos en el restaurantito que está en Central Park. Ahí hay cientos de pájaros.

—¡Por favor, no hables así!

—Pero te amo con todo el corazón.

—No deberías.

—Siento que sí debo. No puedo evitarlo. Emma, no estás enamorada de alguien más, ¿o sí?

Lloró un poco.

—Ay, Charles, sí, lo estoy.

—¿Amas a otro, Emma? ¿A uno de éstos? Pensé que no los soportabas. Debe ser Roscoe. Es el único que conserva algo humano. Mientras nosotros hablamos de arte, de la vida y de esa clase de cosas, ¡él te robó el corazón!

—No, Charles, no. Él es igual que el resto. Los odio a todos. Me provocan escalofríos.

—Entonces, ¿quién es?

—Es él.

—¿Quién?

—El guardia nocturno.

—¡Imposible!

—No. Huele a sol.

—Ay, Emma. me rompiste el corazón.

—Por favor, Charles, sé mi amigo.

—Lo seré. Seré tu hermano. ¿Cómo te enamoraste de él?

—Ay, Charles, fue tan maravilloso. Pensaba en los pájaros y fui imprudente. No me delates. Charles. Me castigarán.

—No. No. Continúa.

—Fui imprudente, y entonces apareció él justo al dar vuelta a la esquina. Y no había sitio en dónde esconderse: yo llevaba puesto un vestido azul. Sólo había unas modelos de cera en ropa interior.

—Por favor, continúa.

—No pude evitarlo. Me quité el vestido y me quedé quieta.

—Ya veo.

—Y él se detuvo junto a mí, Charles. Y me miró. Y me tocó la mejilla.

—¿Advirtió algo?

—No. Hacía frío. Pero Charles, entonces él dijo: “Ay, querida, ojalá las hicieran como tú en la Octava Avenida’. ¿No te parece un comentario lindo, Charles?

—Personalmente, yo hubiera dicho ParK Avenue.

—Ay, Charles, no seas como la gente de aquí. A veces pienso que te estás volviendo un poco como ellos. No importa la calle. Charles: fue un comentario muy lindo.

—Sí, pero tengo el corazón roto. ¿Y qué puedes hacer con él? Emma, él pertenece a otro mundo.

—Sí, Charles, a la Octava Avenida. Quiero ir ahí. ¿En verdad eres mi amigo, Charles?

—Soy tu hermano, es sólo que tengo el corazón roto.

—Entonces te diré todo. Lo haré. Me pararé ahí de nuevo, para que me vea.

—¿Y después?

—Quizá me vuelva a hablar.

—Mi queridísima Emma. te estás torturando. Estás empeorando las cosas.

—Ciertamente no, Charles, porque le responderé. Y él me llevará con él.

—Emma, no puedo soportarlo.

—¡Shhh! Alguien viene. Veré pájaros, pájaros de verdad, Charles, y flores que crecen en libertad. Ahí vienen. Debes marcharte.

Trece de mayo. Los últimos tres días han sido una tortura. Esta tarde me quebré. Roscoe decidió acompañarme y estuvo sentado un largo rato, mirándome. Luego me puso la mano en el hombro y dijo:
—Te ves deshecho, viejo amigo. ¿Por qué no vas a Wanamaker's a esquiar un rato?

Su amabilidad exigía una respuesta honesta.

—Es algo mucho más profundo, Roscoe. Estoy acabado. No puedo comer, no puedo dormir. No puedo escribir, hombre, ni siquiera puedo escribir.

—¿Cuál es el problema? ¿Hambre matutina?

—Roscoe; es el amor.

—¿Acaso estás enamorado de alguna de las empleadas, Charles? ¿O de las dientas? Porque eso está estrictamente prohibido.

—No, no es eso, Roscoe. Pero es igual de imposible.

—Querido y viejo amigo, no soporto verte así. Permíteme ayudarte. Déjame compartir tu pena.

Entonces le conté todo. Se me escapó. Confiaba en él. O creo que confiaba en él. De verdad creo que mi intención no era traicionar a Emma ni frustrar su escape para mantenerla aquí hasta que su corazón favoreciera el mío. Si acaso fue intencional, lo hice de manera inconsciente, lo juro.

Pero le conté todo. ¡Todo! Fue compasivo, aunque detecté algo de reserva astuta en su empatía.

—¿Respetarás mi confesión, Roscoe? Esto debe ser un secreto entre nosotros.

—Tan secreto como la tumba, viejo amigo.

Supongo que fue directamente con la señora Vanderpant. Esta noche la atmósfera es distinta. La gente vacila de un lado al otro, sonriendo de forma nerviosa, horrible, con una especie de exaltación temerosa y sádica. Cuando me dirijo a ellos, responden de forma evasiva, se agitan y desaparecen. Incluso se canceló un baile informal. No puedo encontrar a Emma. Me escaparé. La buscaré de nuevo.

Más tarde. ¡Cielos! Ya sucedió. Entré desesperado a la oficina del gerente, desde cuyo mostrador de vidrio se aprecia toda la tienda. Y me quedé ahí, vigilando hasta el punto de la medianoche. Entonces vi a un pequeño grupo de figuras oscuras que, como hormigas, transportaban a una víctima. Estaban cargando a Emma. La llevaron al departamento quirúrgico. Y se llevaron también algunas otras cosas.

Al volver aquí, pasaron junto a mí, revoloteando y susurrando, mirando por encima de sus hombros en medio del entusiasta éxtasis del pánico, en busca de sus escondites. Yo también me escondí. ¿Cómo

describir a esas oscuras criaturas inhumanas que pasaron junto a mí, silenciosas como sombras? Entraron ahí, adonde estaba Emma.

¿Qué puedo hacer? Sólo hay una cosa que puedo hacer. Encontrar al guardia nocturno. Le contaré todo. Él y yo la salvaremos. Y si nos superan…, bueno, dejaré esto en un mostrador. Mañana, si sobrevivimos, podré recuperarlo.

De no ser así, busca en las ventanas. Busca las tres figuras nuevas: dos hombres, uno de apariencia sensible, y una mujer. Emma tiene los ojos azules, como flores de bígaro, y tiene el labio superior ligeramente alzado.

Búscanos.

¡Oblígalos a salir! ¡Destrúyelos! ¡Vénganos!

DINERO EMBRUJADO

Foiral llevó una pila de corcho hasta la carretera, donde vio el camión de Perpiñán. Luego regresó al pueblo, caminando a paso tranquilo junto a su muía, sin pensar en nada, cuando se cruzó con un loco que daba pasos largos e iba medio desnudo, un tipo de persona que nunca se había visto en esta comarca de los Pirineos Orientales.

No era el típico tonto de cabeza grande, como dos o tres que había en el pueblo. Tampoco era un hombre delgado y trastornado, como el viejo padre de Bañiles después de que se quemó la casa. Tampoco tenía una cabeza pequeña, encogida y parlanchina, como el joven Lloubes. Era un tipo totalmente nuevo.

Foiral lo veía como una especie de loco desquiciado, estridente y escandaloso, molesto como el sol. Su piel roja se desparramaba a través de sus pequeños trozos de ropa de colores: brazos rojos, rodillas rojas, cuello rojo, y una gran cara roja y redonda que escupía palabras, risas, carcajadas.

Foiral lo halló en lo alto de la colina. Miraba hacia abajo, hacia el valle, como un hombre aturdido.

—¡Dios mío! —le dijo a Foiral—. ¡Sólo mira!

Foiral miró. No había nada malo.

—He estado caminando de arriba abajo durante semanas en estos malditos Pirineos, ¡verdes como un plato de ejotes!, en medio de praderas, abedules, pinos, cascadas… Y aquí está lo que he estado buscando todo el tiempo. ¿Por qué nadie me lo dijo? —preguntó el loco Jack.

Esa era la maldita pregunta que debía responder. Sin embargo, los locos se responden a sí mismos. Foiral golpeó a su muía y se puso en marcha por el camino, pero el loco lo siguió.

—¿Qué pasa, por el amor de Dios? —dijo—. ¿Un trozo de España se extravió en la frontera o qué? Podría ser un cráter en la luna. No hay agua, supongo. Dios mío, ¡mira ese círculo de colinas rojas! ¡Mira esa tierra rosa y amarilla! ¿Lo que está allá abajo son aldeas? ¿O son

los huesos de algunas criaturas que han muerto?

"Me gusta —continuó—. Me gusta la forma en que las higueras brotan de la piedra. Me gusta la forma en que las semillas de los higos se desbordan. ¿Has oído hablar del surrealismo?

Esto es el surrealismo hecho realidad. ¿Qué es eso? ¿Bosques de corcho? Parecen ogros petrificados. Extraordinarios ogros, que sangran cuando estos impúdicos mortales les quitan la piel. Con mi pequeño pincel, en mi pequeño trozo de lienzo, ¡les devolveré una buena parte de su vida!

Foiral, que no era creyente en nada, tomó la precaución razonable de continuar su camino solo. Pero el tipo lo siguió y lo siguió, durante dos o tres kilómetros, y Foiral le respondía con un “sí”, un “no" o un gruñido.

—¡Este es mi país! —gritó el loco—. Lo hicieron para mí. ¡Me alegro de no haber ido a Marruecos! ¿Este es tu pueblo? Es una maravilla. Mira esas casas, de tres o cuatro pisos. ¿Por qué parece que las amontonaron ahí los habitantes de las cuevas, habitantes de cuevas que no lograron encontrar un acantilado? ¿O son cuevas que se desprendieron del acantilado y quedaron intranquilas a la luz del sol, apretadas? ¿Por qué no tienen ventanas? Me gusta ese campanario amarillo. Es un poco español. Me gusta cómo cuelga la campana en esa jaula de hierro. Negra como tu sombrero. Muerto. Tal vez por eso es tan silencioso aquí.

¡Ruido muerto, ahorcado contra el azul! ¡Ja! ¡Ja! No te parece gracioso, ¿verdad? ¿No te interesa el surrealismo? Tanto peor, amigo mío, porque tú eres la materia de la que ese tipo de sueño está hecho. Me gusta la ropa negra que llevan todos. Otra vez el toque español, supongo. Los hace parecer como agujeros en la luz.

—Adiós —se despidió Foiral.

—Un momento —intervino el forastero— ¿Dónde puedo alojarme en este pueblo? ¿Hay alguna posada?

—No —respondió Foiral. dirigiéndose a su patio.

—¡Caray! —dijo el forastero—. Supongo que alguien tendrá una habitación donde pueda dormir.

—No —contestó Foiral.

Eso hizo retroceder un poco al tipo.

—Bueno —dijo al fin—, de todos modos, tendré que buscar por ahí.

Así que subió por la calle. Foiral lo vio hablando con madame Arago, mientras ella negaba con la cabeza. Luego lo vio hacer otro intento en la panadería, y el panadero también negó con la cabeza. Sin embargo, ahí compró un pan, algo de queso y vino de Badiles. Se sentó en la banca de afuera y se lo comió; luego se fue refunfuñando

por la ladera.

Foiral pensó que debía vigilarlo, así que fue hasta la cima del pueblo, desde donde podía ver toda la ladera. El tipo no hacía más que dar vueltas; no recogía nada, no hacía nada. Entonces empezó a acercarse a una pequeña granja, donde está el pozo, a unos cientos de metros por encima del resto de las casas.

Resulta que era propiedad de Foiral, por medio de su esposa: un buen sitio para vivir, si hubieran tenido un hijo. Al ver que el forastero se dirigía hacia allá. Foiral lo siguió, no demasiado rápido, por supuesto, pero tampoco demasiado lento. Al llegar, el hombre se asomó por los resquicios de las persianas, e incluso intentó abrir la puerta. Podía estar tramando cualquier cosa.

Miró a su alrededor cuando Foiral se acercó.

—¿No vive nadie aquí? —preguntó.

—No —respondió Foiral.

—¿A quién le pertenece? —inquirió el desconocido.

Foiral apenas sabía qué decir. Al final tuvo que admitir que le pertenecía a él.

—¿Me la alquilas? —preguntó el desconocido.

—¿Qué dices? —dijo Foiral.

—Quiero la casa por seis meses —explicó el desconocido.

—¿Para qué? —inquirió Foiral.

—¡Maldita sea! —dijo el forastero—. Para vivir en ella.

—¿Por qué? —preguntó Foiral.

El desconocido levanta la mano. Se toma el pulgar. Dice, muy despacio:

—Soy un artista, un pintor.

—Sí —dice Foiral.

Entonces el desconocido mueve el dedo índice.

—Puedo trabajar aquí. Me gusta. Me gusta la vista. Me gustan esos dos arbustos.

—Muy bien —responde Foiral.

Entonces el forastero mueve el dedo medio.

—Quiero quedarme aquí seis meses.

—Si —dice Foiral.

Entonces el desconocido se toma el dedo anular.

—Debo decir que esta casa, con este suelo amarillo, se parece curiosamente a un muerto en un desierto, ¿o parece una calavera?

—¡Ah! —contesta Foiral.

Entonces el forastero se toma el dedo meñique y le dice:

—¿Cuánto quieres por dejarme vivir y trabajar en esta casa durante seis meses?

—¿Por qué? —pregunta Foiral.

Al oír esto, el forastero empezó a dar patadas hacia arriba y hacia abajo. Hubo una gran discusión. Foiral zanjó el asunto diciendo que la gente no alquilaba casas en esa parte del mundo: cada uno tenía la suya propia.

—Es necesario —dijo el forastero, rechinando los dientes— que pinte cuadros aquí.

—Tanto peor —respondió Foiral.

El desconocido lanzó una serie de gritos en una jerga extranjera, quizá la del propio infierno.

—Veo tu alma —dijo— como un mármol negro, un pequeño y muy estéril mármol negro, sobre los residuos de un álcali blanco ardiente.

Foiral, sujetando sus dos dedos centrales bajo el pulgar, extendió el primero y el cuarto en dirección al desconocido, sin importarle si se ofendía.

—¿Cuánto aceptas por la casucha? —preguntó el desconocido—. Tal vez la compre.

Para Foiral supuso un gran alivio darse cuenta de que, después de todo, era un simple y vulgar lunático. Sin unos pantalones adecuados a su trasero, se ofrecía a comprar esta excelente casa compacta, por la que Foiral habría pedido veinte mil francos, si hubiera habido alguien a quien pedírselos.

—Entonces, ¿cuánto? —insistió el desconocido.

Foiral, pensando que ya había perdido mucho tiempo, y sin resistirse a una agradable sensación, dijo:

—Cuarenta mil.

—Te daré treinta y cinco —respondió el desconocido.

Foiral soltó una carcajada.

—Esa es una buena risa —dijo el extranjero—. Me gustaría pintar una risa así. La expresaría con una mezcla de raíces de dientes recién extraídos. Bueno, ¿qué te parece? ¿Treinta y cinco? Puedo darte un depósito ahora mismo.

Sacó una cartera, este rey Creso entre los locos, y agitó uno, dos, tres, cuatro, cinco billetes de mil francos en la cara de Foiral.

—Me dejará en la ruina —aseguró—. Aun así, espero poder venderla de nuevo.

—Si Dios quiere —respondió Foiral.

—De todos modos, podría venir aquí de vez en cuando —dijo el otro—. ¡Dios mío! Aquí puedo pintar una exposición entera en seis meses. Todo Nueva York se volvería loco. Luego regresaré y pintaré otra exposición.

Foiral, cautivado, dejó de intentar comprender. Comenzó a elogiar su casa con ímpetu: llevó al hombre al interior, le mostró el horno,

golpeó las paredes, lo hizo mirar por la chimenea, por el cobertizo, por el pozo.

—Está bien. Está bien —aceptó el forastero—. Es magnífico. Todo es magnífico. Lava las paredes. Búscame una mujer que venga a limpiar y cocinar. Regresaré a Perpiñán y me presentaré en una semana con mis cosas. Sabes, quiero esa mesa que está tirada, dos o tres de las sillas y la base de la cama. Yo conseguiré lo demás. Aquí está tu depósito.

—No, no —dijo Foiral—. Todo debe hacerse correctamente, con testigos. Luego, cuando venga el abogado, puede encargarse del papeleo. Por favor, venga conmigo. Llamaré a Arago. es un hombre muy honesto. Guis, muy honesto. Vigné, honesto como la buena tierra. Y una botella de vino viejo. Lo tengo. No costará nada.

—¡Bien! —contestó el bendito loco, enviado por Dios.

Volvieron. Entraron Arago, Guis, Vigné, todos tan honestos como el día. Se pagó la fianza, se abrió el vino, el forastero pidió más, se juntó una multitud; los que no pudieron entrar se quedaron fuera para escuchar las risas. Cualquiera diría que había una boda, o alguna maldición, en la casa. De hecho, la esposa de Foiral iba y se paraba en la puerta de vez en cuando, sólo para que la gente la viera.

No cabía duda alguna, había algo grandioso en este loco. Al día siguiente, después de que se fue, todos hablaron mucho sobre él.

—Escucharlo —dijo el pequeño Guis— es emborracharse sin gastar un céntimo. Crees que entiendes; parece que vuelas por los aires; y por último tienes que soltar una carcajada.

—De alguna manera, tuve la encantadora impresión de que yo era rico —comentó Arago—. No con algo en la chimenea, sino como si…, bueno, como si fuera a gastarlo. Y algo más.

—Me cae muy bien —confesó el pequeño Guis—. Es mi amigo.

—Parecen tontos —criticó Foiral—, Está loco. Y soy yo el que trata con él.

—Pensé que tal vez no estaba tan loco cuando dijo que la casa era como una vieja calavera que miraba desde el suelo —dijo Guis, mirando de reojo, como pudo.

—¿Y mentiroso, tal vez? —preguntó Foiral—. Te cuento que también dijo que era como un muerto en un desierto. ¿Puede ser ambas cosas?

—En un momento dijo que venía de París —señaló Arago—. Al siguiente, que era americano.

—Ay, sí. Sin duda, un gran mentiroso —dijo Qués—. Tal vez sea uno de los mayores picaros de todo el mundo, de esos que van y vienen. Pero, por fortuna, también loco.

—Y además se compra una casa —dijo Lafago—. Si tuviera la

cordura, un mentiroso de ese tamaño, la tomaría sin más. Y la compra. ¡Treinta y cinco mil francos!

—La locura pone a un hombre de cabeza, como un saco —afirmó Arago—. Y si también es tan rico…

—Se ve que hay dinero por todos lados —comentó Guis.

Nada podía ser más conveniente. Esperaron con impaciencia el regreso del forastero. Foiral limpió la casa, las chimeneas y puso todo en orden. Hizo una búsqueda exhaustiva de cualquier cosa que el padre de su mujer pudiera haber dejado escondida ahí hace años, y de la que aquel hombre pudiera haber escuchado. Dicen que en París están dispuestos a todo.

El forastero volvió y todo el día estuvieron con las muías sacando sus cosas de donde las había dejado el camión. Al anochecer se reunieron en la casa, con testigos, ayudantes y todo: sólo quedaba pendiente el pequeño asunto de pagar el dinero.

Foiral lo insinuó con la mayor delicadeza del mundo. El forastero, muy sonriente y dispuesto, entró en la habitación donde estaban apiladas sus maletas, y pronto salió con una especie de libro en la mano, lleno de billetitos, como los que intentan vender para la lotería en Perpiñán. Arrancó el de arriba.

—Aquí tienes —le dijo a Foiral, tendiéndoselo—: treinta mil francos.

—No —respondió Foiral.

—¿Y ahora qué? —preguntó el forastero.

—He visto ese tipo de cosas —afirmó Foiral— Y no por treinta mil francos, amigo mío, sino por tres millones. Y después te dicen que no ganó. Yo preferiría el dinero.

—Este es el dinero —dijo el forastero—. Es tan válido como el dinero de cualquier modo. Presenta esto y te darán treinta billetes de mil francos, como los que te di.

Foiral no sabía qué pensar. En estos lugares es habitual liquidar una venta a fin de mes. Pero era cierto que no quería correr el riesgo de que el trato se frustrara. Así que se metió en la bolsa el trozo de papel, le dio los buenos días al tipo y se fue con los demás al pueblo.

El forastero se instaló. Pronto llegó a conocer a todo el mundo. Foiral, un poco inquieto, lo interrogaba cada vez que hablaban. Al fin y al cabo, parecía que sí venía de París, pues había vivido ahí, y que sí era americano, pues había nacido ahí.

—Entonces, ¿no tiene parientes de este lado del mundo? —preguntó Foiral.

—Ningún pariente.

¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno! Foiral esperaba que no hubiera problema con el dinero. Sin embargo, había algo más que eso. ¡No tenía

parientes! Era algo para pensarse. Foiral retuvo ese dato en el fondo de su mente: pensaba darle vueltas alguna noche que no pudiera dormir.

Al final del mes. sacó el papel y se dirigió de nuevo a la casa. Allí estaba el tipo, tres cuartas partes desnudo, sentado bajo uno de los arbustos, pintando en un lienzo. ¿Y qué había elegido para pintar? Los olivos marchitos de Roustand. que no habían dado una sola cosecha en toda su vida.

—¿Qué pasa? —inquirió el loco—. Estoy ocupado.

—Esto —dijo Foiral, extendiendo el trozo de papel—: necesito el dinero.

—Entonces, ¿por qué diablos no vas a buscar el dinero, en lugar de venir a molestarme? —preguntó el otro.

Foiral nunca lo había visto con esa actitud. Pero muchas de estas personas sonrientes dejan de reír cuando se trata de dinero contante y sonante.

—Mira —dijo Foiral—, esto es un asunto muy serio.

—Mira aquí —replicó el forastero—: esto es un cheque. Yo te lo doy. Tú lo llevas a un banco. El banco te da el dinero.

—¿Qué banco? —preguntó Foiral.

—Tu banco. Cualquier banco. El banco de Perpiñán —dijo el forastero—. Ve ahí. Ellos te ayudarán.

Foiral, que seguía deseando tener el dinero en efectivo, explicó que era un hombre muy pobre, y que tardaba un día entero en llegar a Perpiñán. algo considerable para alguien tan extremadamente pobre como él.

—Oye —lo llamó el forastero—, sabes muy bien que has hecho un buen negocio con esta venta. Déjame seguir con mi trabajo. Lleva el cheque a Perpiñán. Vale la pena. Te he pagado bastante.

Entonces Foiral entendió que Guis había estado hablando del precio de la casa. “Muy bien, mi pequeño Guis, pensaré en ello alguna larga tarde, cuando empiecen las lluvias.” Sin embargo, no había nada que hacer, tenía que ponerse su mejor ropa, llevar la mula a Estagel, y ahí tomar el camión, y el camión lo llevaría a Perpiñán.

En Perpiñán parecen monos. Te empujan, te miran de arriba abajo, se ríen en tu cara. Si un hombre tiene un negocio, con un banco, digamos, y se pone en la acera de enfrente para apreciarlo bien, le dan varios codazos en tan sólo cinco minutos, y tiene suerte si sale con vida.

No obstante, Foiral entró por fin en el banco. Era un espectáculo tremendo. Mostradores metálicos, decoraciones de madera pulida, un reloj lo suficientemente grande como para ocupar el atrio de una iglesia, empleadillos vestidos de algodón, sentados entre montones de

dinero como ratones en un queso.

Se quedó en la parte de atrás durante una media hora, esperando, y nadie le hizo caso. Al final, uno de los ejecutivos le hizo señas para que se acercara al mostrador metálico. Foiral hurgó en su bolsillo y sacó el cheque. El empleado lo miró como si fuera nada. "¡Virgen santa!", pensó Foiral.

—Quiero cambiarlo —pidió.

—¿Es usted cliente del banco?

—No.

—¿Desea serlo?

—¿Me puede dar el dinero?

—Claro. Firme esto. Firme esto. Firme en el reverso del cheque. Tome esto. Firme esto. Gracias. Buenos días.

—¿Y los treinta mil francos? —exclamó Foiral.

—Para eso, mi querido señor, debemos esperar hasta que el cheque sea autorizado. Vuelva dentro de una semana.

Foiral, medio aturdido, se fue a casa. Fue una mala semana. Durante el día se sentía bastante seguro del dinero, pero por la noche, en cuanto cerraba los ojos, se veía a sí mismo entrando en ese banco, y a todos los empleados jurando que nunca lo habían visto. Aun así, lo superó y, en cuanto se cumplió el plazo, se presentó de nuevo en el banco.

—¿Quiere una chequera?

—No. Sólo el dinero. El dinero.

—¿Todo? ¿Quiere cerrar la cuenta? ¡Bueno, bueno! Firme aquí. Firme aquí.

Foiral firmó.

—Aquí tiene. Veintinueve mil ochocientos noventa.

—Pero, señor, eran treinta mil.

—Son los cargos, mi querido señor.

Foiral se dio cuenta de que no era momento de discutir. Se fue con su dinero. Estaba bien. ¡Pero los otros ciento diez! Eso se le clava a uno en la garganta.

Tan pronto llegó a casa, Foiral interrogó al forastero.

—Soy un hombre pobre —dijo.

—Yo también lo soy —respondió el forastero—. Demasiado pobre para pagarte más porque no puedes cobrar un cheque de forma civilizada.

Esta era una mentira bastante impúdica. Foiral había visto con sus propios ojos un bloque entero de esos maravillosos billetitos de treinta mil francos en el cuadernillo del cual el forastero había arrancado el suyo. Pero, una vez más, no había nada que hacer al respecto: un

hombre honesto y sencillo siempre acaba desconcertado y derrotado. Foiral se fue a su casa y puso sus veintinueve mil y pico francos en la cajita detrás de la chimenea de piedra. ¡Qué diferencia si hubieran sido treinta mil cerrados! ¡Qué gran injusticia!

Era algo para reflexionar por las noches. Foiral lo pensó mucho. Al final decidió que era imposible actuar solo, y llamó a Arago, Qués, Lafago, Vigné. Badiles. A Guis no. Fue Guis quien le dijo al tipo que había pagado demasiado por la casa, y eso lo enojó. Era mejor que Guis se quedara al margen.

—Ni un pariente en toda la campiña —le hizo saber al resto con voz enérgica—. Y en ese cuadernillo, mis queridos amigos, ustedes mismos lo han visto, diez, doce, quince, tal vez veinte de esos maravillosos billetitos.

—¿Y si alguien viene tras él? ¿Alguien de América?

—Se fue de allá, caminando, loco, tal como vino aquí. Cualquier cosa puede pasarle a un loco, caminando, despilfarrando dinero.

—Es cierto. Cualquier cosa puede ocurrir.

—Pero debería ocurrir antes de que venga el abogado.

—Eso es cierto. Hasta ahora ni siquiera el cura lo ha visto.

—Debe haber justicia, mis queridos amigos, la sociedad no puede existir sin ella. Un hombre, un hombre honesto, no debe ser despojado de ciento diez francos.

—No, eso es intolerable.

A la noche siguiente, estos hombres tan honrados salieron de sus casas, esas casas cuyas altas columnas de yeso blanco y sombra negra parecen, a la luz de la luna incluso más que a la luz del sol, un montón de huesos descoloridos tirados en el desierto.

Casi sin cruzar palabra, subieron la colina y tocaron a la puerta del forastero.

Poco después volvieron, aún sin cruzar palabra, cada uno atravesó las oscuras entradas de sus casas, y eso fue todo.

Durante una semana no hubo ningún cambio perceptible en el pueblo. Si acaso, su oscuridad y sus silencios, agujeros en la luz intensa, se volvieron más profundos. En cada negro hogar había un hombre con dos de estos maravillosos billetitos, cada uno de los cuales valía treinta mil francos. Tener algo así alegra los ojos, aminora el sabor de la soledad, y le permite a un hombre, como hubiera dicho el artista, participar de la naturaleza de la tarántula de Fabre, inmóvil en una esquina de su guarida. Pero ya no les resultaba fácil recordar al artista. Su plática, su risa, incluso su último grito, no dejó ningún eco. Todo había desaparecido, como el ruido y los destellos de la tormenta de ayer.

Así que. más allá de las tareas de la mañana y la tarde, que

llevaban a cabo por fuerza de la costumbre, se sentaban solos en sus casas. Sus esposas apenas se atrevían a hablarles, y ellos eran demasiado ricos para hablar entre sí. Guis lo descubrió, porque no era ningún secreto excepto para el mundo exterior, y se puso furioso. Pero su mujer lo regañaba desde la mañana hasta la noche, y no le dejaba energía para recriminar a sus vecinos.

Al terminar la semana. Bañiles pasó por la entrada de su casa. Llevaba los pulgares metidos en el cinturón, su rostro estaba enrojecido, había pasado del color del plomo al de la ciruela, su expresión comunicaba un propósito siniestro.

Cruzó hasta la casa de Arago, llamó y se apoyó en el poste de la puerta. Al salir, Arago se recargó en el otro poste. Hablaron durante un rato de nada. Luego Badiles tiró la colilla de su cigarrillo e hizo una referencia, indirecta y cordial, a un cierto pequeño terreno que le pertenecía a Arago, donde había un cobertizo, unas cuantas enredaderas y un gran huerto de aceitunas.

—Es el mismísimo diablo ese gusano que se mete en las aceitunas estos días —dijo Barilles—. En alguna época un olivar como ese podría haber valido algo.

—Es peor que el diablo —añadió Arago—. Créeme o no, mi querido amigo, en varios años no saco más de tres mil francos de ese olivar.

Barilles soltó lo que en aquella parte del mundo podría considerarse una carcajada.

—¡Perdóname! —dijo—. Creí que habías dicho tres mil. Trescientos…, sí. Supongo que en un buen año se podría ganar eso.

La conversación siguió, pasó por momentos de civilidad, sarcasmo, rabia, furia y desesperación hasta que terminó con un cordial apretón de manos, y la venta del terreno a Barilles por veinticinco mil francos. Llamaron a los testigos: Barilles entregó uno de sus billetitos y recibió cinco mil en efectivo de la caja que Arago guardaba en su chimenea. Todo el mundo se alegró de la venta: se sentía que las cosas empezaban a moverse en el pueblo.

Y así fue. Antes de que la compañía se separara, ya se habían iniciado los trámites para la venta de las muías de Vigné a Qués por ocho mil, la concesión de corcho de Lloubes a Foiral por quince mil, el matrimonio de la hija de Roustand con el hermano de Vine con una dote de veinte mil, y la venta de una colección variada de objetos de latón pertenecientes a madame Arago por sesenta y cinco francos, después de un intenso regateo.

Sólo Guis quedó fuera, pero de camino a casa, Lloubes, con vino corriendo por la sangre, se aventuró a entrar en el portal del excluido, y miró a su mujer, Filomena, de arriba abajo, de pies a cabeza, tres

veces. Un leve interés, disimulado con torpeza, suavizó la expresión amarga y hosca del rostro de Guis.

Eso fue sólo el principio. Pronto las propiedades empezaron a cambiar de manos a un ritmo desconcertante y a precios cada vez más altos. Era un auge positivo. Con frecuencia, se sacaba el cambio de debajo de las losas, del interior amarillento de los colchones, de los huecos de las vigas y los agujeros de las paredes. Con la liberación de estos créditos congelados, el pueblo floreció como una orquídea que brota de un palo seco. El vino corría con cada transacción. Los viejos enemigos se daban la mano. Las solteronas ancianas abrazaban a jóvenes pretendientes. Los viudos ricos se casaron con jóvenes novias. Varios de los más débiles vestían cada día con sus mejores prendas. Uno de ellos era Lloubes. que pasaba las tardes en la casa de Guis. Guis se paseaba por el pueblo al anochecer, ya sin mal humor, y se le veía regateando por un juego de arreos en casa de Lafago y por una pistola de primera en casa de Roustand. Se hablaba de un festejo muy especial que vendría después de la vendimia, pero esto sólo se rumoraba, para que el cura no se enterara en una de sus visitas.

Foiral conservó su reputación de líder e hizo una propuesta asombrosa. Se trataba nada menos que de mejorar el camino de herradura desde la carretera asfaltada en el borde de las colinas, para que los camiones pudieran llegar al pueblo. Le objetaron que la mano de obra sería muy cara.

—Sí —aceptó Foiral—, pero nosotros mismos cobraremos los sueldos. Volveremos a recibir la mitad por nuestro trabajo.

La propuesta se aprobó. Los muchachos del pueblo compartían ahora la abundancia. Badiles llamó a su pequeña tienda “Gran Café Glaciar del Universo y los Pirineos". La viuda Loyau ofrecía alojamiento, comida y ropa a ciertas jóvenes solteras, y organizaba selectas fiestas por las noches.

Badiles fue a Perpiñán y regresó con un aspersor que duplicaría el rendimiento de su nuevo olivar. Lloubes fue y regresó con un auténtico fardo de ropa interior femenina, diseñado, se podría decir, por el mismísimo diablo. Dos o tres entusiastas jugadores de cartas fueron y volvieron con nuevas barajas, tan radiantes que el juego que te repartían parecía ser todo ases y reyes. Vigné fue y regresó con la cara larga.

Las negociaciones, cada vez más intensas, exigían cada vez más dinero. Foiral hizo una nueva propuesta.

—Iremos todos a Perpiñán, todos, marcharemos al banco, les aventaremos nuestros billetes y les enseñaremos a los pequeños banqueros a quién le pertenece el dinero. Ya verán, muchachos, que los dejaremos sin un franco.

—Tendrán los ciento diez —dijo Qués.

—¡Al diablo con los ciento diez! —exclamó Foiral—. Y, muchachos, después de eso…, ¡ja! Todos los hombres pecan alguna vez. Dicen que sólo el olor de una de esas criaturas vale cincuenta francos. ¡Qué embriagante! Alfombras de escalera, pelo rojo, toda clase de travesuras. ¡Mañana!

—¡Mañana! —gritaron todos, y al día siguiente salieron, con sus ropas más caras y sus rostros radiantes. Todos fumaban como una chimenea y todos se habían lavado los pies

El viaje fue tremendo. Hicieron que el camión se detuviera en todas las tiendas de la carretera, y no hubo nada por lo que no preguntaran el precio. En Perpiñán se mantuvieron juntos en un grupo compacto; si la gente del pueblo se les quedaba viendo, nuestros amigos les devolvían la mirada con el doble de fuerza. Al cruzar hacia el banco, Foiral preguntó:

—¿Dónde está Guis? —dijo Foiral, mientras aparentaba buscarlo entre el grupo—, ¿A él no le deben nada?

La pregunta hizo reír a todos. Por mucho que lo intentaron, no pudieron quedarse serios. Todos se ahogaron de risa mientras las puertas giratorias se cerraban tras ellos.

¿SE TE HIZO TARDE O SE ME HIZO TEMPRANO?

EN la campiña, acepto la rutina normal y tradicional, y hago lo que hacen los demás hombres: me levanto temprano, me alimento cuando es debido, me subo el cuello del abrigo cuando llueve. Entiendo por qué la gente de la campiña lo hace, y por eso me rasuro a la misma hora todas las mañanas.

En la ciudad es distinto. Cuando vivo en la ciudad, no me inspiran las horas pico, que se asemejan a una migración de estorninos. En ninguna cueva submarina del mundo hay una marea que fluya con tanta furia como la entrada y salida de gente de las frías bocas de las oficinas o de las bocas ardientes de los restaurantes. El tiempo no favorece el crecimiento, la lluvia es innecesaria, la sobriedad es absurda, la embriaguez no es disfrutable. los gastos no tienen sentido y la vida no sigue plan alguno. Existo en un laberinto ajeno, como un insecto entre hombres o un hombre en una ciudad de hormigas.

Desprecio la falsa superioridad del día gris frente a la noche sin estrellas. Siempre tengo las cortinas cerradas: duermo cuando cierro los ojos, me alimento cuando me acuerdo y leo y fumo sin cesar para permitirle a mi alma que abandone su carcasa derrochadora y descuidada, sin hacerle pregunta alguna cuando vuelve.

Mis aposentos están en los edificios de piedra de las residencias judiciales. Y ahí no tengo sirvientes, pues mi intención siempre es volver al campo al cabo de una semana, aunque en ocasiones me quedo ahí meses o…, no sé cuánto tiempo. Me aprovisiono de cantidades interminables de cigarrillos y los alimentos que recuerde, de modo que no me quede razón alguna para salir de los paisajes de Saturno o de los indescriptibles jardines de Turguéniev y adentrarme en las calles.

Tengo los dedos llenos de ampollas horribles, causadas por los cigarrillos que se consumen entre ellos mientras camino en compañía

de mujeres con cabeza de gato. Nada me parece extraño cuando despierto de esas ensoñaciones, salvo que abra las ventanas y me asome a la plaza. A veces tengo que apretarme el pecho con las manos para volver a respirar, pues se me olvida cómo hacerlo.

En una ocasión, la saturación del cenicero en el que mi mano no lograba encontrar espacio para apagar el cigarrillo me emboscó y derrotó, y olvidé los viajes, los amores y los lugares. El hábito que daba estructura a esas cosas exigió que encontrara otro receptáculo. Me puse de pie, sosteniendo mis ideas como quien sostiene un vaso rebosante, y me sentí impelido a ir al baño, atraído por el vago recuerdo de una jabonera que yacía abandonada como una almeja vacía sobre las costas desiertas de la mente en blanco. No obstante, la almeja ya no estaba, posiblemente devorada por quién sabe qué oleada doméstica, y mis ojos que revivían y que se desviaron sin sentido al principio, pronto volvieron a ponerme en alerta porque, ¡ay, pobre Crusoe!, vi en el tapete de corcho la marca nueva, húmeda y resplandeciente de un pie desnudo.

De inmediato me aseguré de estar seco, tener el pijama puesto y traer pantuflas, y descubrí entonces que no me había bañado. Ese pie, la huella de esos dedos redondos como perlas aplanadas, no era largo como el de un hombre, ni aterrador como la garra de un oso; tampoco era mío. Era el pie de una mujer, una ninfa, una Venus renacida. Concluí que mi espíritu aventurero había vuelto con una compañera proveniente de la costa de algún adivinador, de una almeja mucho más afortunada.

Bebí la huella húmeda con ojos ardientes; mientras la observaba, se fue secando. Pero no fue el aire lo que la evaporó; fui yo quien se la apropió. La examiné durante días y noches, especulando a partir de sus agraciadas redondeces el arco bien formado, los tobillos delicados, las pantorrillas torneadas. Deduje también las rodillas, los muslos, los pechos, los hombros, los brazos, las manos tersas y los dedos alargados, el cuello suculento, la cabeza pequeña y los largos rizos de cabello cobrizo, como la curva de una ola al romper.

Donde queda la huella de un pie debe haber indicios del otro, y no tenía duda de que pronto la vida me regalaría un vistazo del resplandor sordo de esa cabellera. Por ende, desarrollé un apetito que me hizo escabullirme a cada una de las habitaciones.

Con una confirmación semiconsciente, me percaté de que hasta la decoración descuidada había reaccionado a la presencia de la diosa y se mostraba tan limpia y pulcra como un turista en vacaciones. El tapete resplandecía con flores recién abiertas bajo sus pies invisibles, como si fuera Perséfone y no Venus. Y los rayos brillantes del sol entraban por la ventana abierta, acompañados de un viento cálido. ¿En qué momento abrí las cortinas e invité al sol y al aire a entrar?

Tal vez lo había hecho ella. No obstante. no había tiempo para fijarse en aquellas divinas trivialidades. Ansiaba con desesperación el resplandor de su cabello.

—¡Perdóname por haberme regocijado con la palidez de los muertos! ¡Perdóname por haber conversado con mujeres que olían a león! ¡Muéstrame tu cabello, por favor!

Me devoró una cruel nostalgia por ese ser que siempre estaba conmigo.

"Supongamos", pensé al despertar entre sábanas inesperadamente limpias, "supongamos que fuera una aparición aterradora en la oscuridad, tan blanca como el mármol e igual de fría". Entonces sentí una calidez intermitente en la mejilla y supe que ella estaba respirando a mi lado.

No había nada que abrazar, salvo el aire incorpóreo. Durante días anduve de un lado a otro, con la sangre aullando en mi interior como un perro que le llora a la luna. "No hay nada más que aire incorpóreo."

Intenté convencerme de que era una tontería, aunque hubiera visto los rastros de su belleza y sentido la calidez de su vida. Creía que, de forma gradual, un sentido tras otro se iría reflejando sobre la divina invisibilidad hasta esbozar su silueta, como una criatura de cristal, y luego la forjaría en carne y hueso. Tan pronto quedé bien convencido, vi su aliento condensado en el espejo.

Vi algunas flores que aparecieron, los pétalos que se abrieron cuando ella les acercó la nariz. Me apresuré a percibir el aroma, pero no de las flores, sino de su cabello.

Me tiré y me quedé tendido como un perro en el umbral de la puerta, donde una o dos veces al día sentía la sutil brisa de su paso. Estaba consciente del movimiento de su cuerpo o de los remolinos de luz que se formaban en los espacios que habitaba; estaba consciente también del sonido de los latidos de su corazón.

A veces, como de reojo, veía o me parecía ver la luz sobre su piel, mas no su piel luminosa, pero se desvanecía tan pronto volteaba hacia allá.

Sabía por dónde pasaba, cómo se movía, pero me carcomía una duda, pues nunca se dirigía hacia mí. ¿Había otro ente al que estuviera respondiendo, un ente menos tangible que ella? ¿O acaso era mi prisionera en contra de su voluntad? ¿Aquellos movimientos de los que yo no era objeto eran los de alguien que anhelaba escapar?

Era imposible saberlo. Pero suponía que podría descubrirlo si tan sólo me permitía escuchar su voz. Tal vez ella escuchaba la mía.

Día y noche le decía:

—Háblame. Déjame oírte. Dime que me has perdonado. Dime que

te quedarás aquí por siempre. Dime que eres mía.

Día y noche me quedaba esperando su respuesta.

Esperaba en medio del silencio inenarrable, como quien en una oscuridad igual de profunda esperaría la llegada de un rayo de luz proveniente de una estrella que tiene razones para creer que existe. Tan pronto dejé de esperar o creer, me volví consciente de un sonido o de algo tan cercano a un sonido como la luz a la piel de su mejilla.

Sin moverme, sin respirar, seguí esperando, con el sonido viviendo en mi oído. El sonido del fantasma se intensificó y fue pasando por una infinidad de gradaciones de extrañeza. Era como el sonido que se escucha un segundo antes de la tormenta; como el aleteo de un insecto; como palabras enturbiadas por el agua; como palabras que se lleva el viento; como palabras en una lengua extranjera. Sin embargo, se fue haciendo más distintivo, más cercano.

A veces me fallaba la audición, así como a veces nos falla la visión al nublarse de pronto por las lágrimas cuando, tras una ausencia inefable, ves el rostro de alguien a quien siempre has amado. O quizás es que ella guardaba silencio mientras yo seguía el sonido, como quien sigue el rumor de un río, pero lo pierde por culpa de la frondosidad de los árboles o el distanciamiento de la corriente. Pero luego lo reencontraba, y cada vez era más claro e intenso. Empecé incluso a distinguir palabras. Escuché la palabra “amor”. Escuché la palabra “feliz”.

Escuché, en todo el sentido de la palabra, la ingesta delicada del aire inhalado, el sonido mismo de sus labios al separarse. Estaba a punto de hablarme de nuevo.

Cada una de sus sílabas era clara, como una campanada.

—Es perfecto —dijo ella—. Es tan tranquilo que Harry puede trabajar muy bien. Supongo que tuvimos suerte de encontrarlo. Al inquilino anterior lo encontraron muerto en su silla, y de hecho dicen que está embrujado.

ESTRELLA CAÍDA

En el infierno, como en otros lugares de los que hemos oído hablar, las condiciones son bastante desagradables. Los diablos bien adaptados, enérgicos y ambiciosos se lo toman muy a pecho. Esperan mejorar su suerte y, en última instancia, convertirse en socios distinguidos.

En el gran grupo de los diablos comunes, dedicados, promedio, cualquier tendencia escapista se ventila debidamente con espectáculos similares a los de la radio y la televisión, donde se ofrecen vistazos de lo que consideran el paraíso, interrumpidos por estridentes anuncios publicitarios.

Sin embargo, hay ciertos diablos ociosos, despreciables y nada diabólicos que sueñan sin cesar con escapar de todo, y algunos de ellos lo han conseguido. Las autoridades no se esfuerzan por recapturarlos, ya que siempre son incapacitados crónicos para el trabajo y no son más que una carga para la comunidad.

Algunos de los fugitivos se han establecido en varios planetoides diminutos que están dispersos por aquí y por allá, a lo largo de los bordes exteriores de las Pléyades. Estos pequeños mundos se alzan como verdes arrecifes en el azul eterno.

Ahí los desertores construyen sus horribles casuchas y subsisten con la pesca poco metódica de almas. Viven como los vagabundos de la playa, engordando y volviéndose más perezosos cada año, y se comparan con los amotinados del Bounty.

Cuando quieren cambiar un poco, se bañan en el éter celeste, y a veces van hasta los acantilados del Cielo, sólo para echar un vistazo a las chicas, que son obviamente tan hermosas como los ángeles.

Los acantilados del Cielo, desde luego, están repletos de centros de veraneo y playas de baño bien vigiladas. También hay algunas ensenadas tranquilas, y bahías poco frecuentadas donde el éter baña las rocas doradas con olas de zafiro, y sobre arenas de una calidad que hace que cualquier excavador honesto busque una pala y una cubeta.

Aquí, donde no hay ningún socorrista con las alas desplegadas, está estrictamente prohibido bañarse. Esto se debe a la presencia ocasional de uno de esos demonios acechantes, con aspecto de tiburón, que se escapan, y quien se adentra desafiando las normas debe estar preparado para afrontar las consecuencias. A pesar del riesgo, o a causa de él. algunos de los más jóvenes del Cielo se deleitan en romper las reglas, como hacen los más jóvenes en todas partes.

Una mañana, cierta encantadora joven ángel bajó a una de estas cuevas prohibidas. El clima era magnífico, y su corazón vibraba tanto como una de las cuerdas de su arpa. Y sentía que su dichosa existencia podría convertirse en algo aún más dichoso en cualquier momento. Se sentó un largo rato en una roca saliente y cantó con tanta alegría como la alondra de la mañana. Luego se puso de pie. hizo una o dos poses, casi sin saber por qué. y por fin se lanzó en picada hacia el estimulante éter.

Un diablo anciano, gordo y muy poco atractivo había estado pasando el rato en la orilla, en las aguas poco profundas, con el único propósito de jugar al mirón. La visión de esta encantadora criatura despertó en el viejo réprobo un cosquilleo y un insistente anhelo, que surgieron en su negro corazón como un eructo en una caldera de alquitrán. Se balanceó, la apresó como un tiburón podría apresar a una belleza que se estuviera bañando, la arrastró desmayada a su pequeño planeta verde, y luego a la maltrecha entrada de su cabaña, que sobresalía de las rocas como una de esas chozas de pesca que se hallan en cualquier isla del trópico.

Ella volvió en sí con un grito sofocado y miró con horror a su repulsivo captor, cuya barriga se hundía sobre su grasiento cinturón, y cuyos deshilachados pantalones apenas bastaban para ocultar su diablura. Él, con un par de tijeras oxidadas, ya estaba cortando sus alas y recogiendo las plumas:

—Éstas —dijo— limpiarán mi pipa a la perfección. Me gusta fumar mientras pesco. Aquí está mi sedal favorito; es más fuerte y largo de lo que parece. Con él puedo adentrarme en las profundidades de los dormitorios de la YMCA. Como carnada utilizo algunos sueños breves y agradables que he tenido en alguna ocasión. Los guardo en esta cubeta de aquí; puedes tomar uno ahora mismo y ponerlo en el anzuelo.

—¡Cosas asquerosas, retorcidas y viscosas! —gritó ella, alejándose —. No las tocaría por nada del mundo.

—Más vale que lo hagas —sugirió él—, si alguna vez quieres probar el corazón y las mollejas de un tierno y joven estudiante.

—Me alimentaré yo sola —dijo ella, con una mueca de disgusto—. No como más que miel y flores, y a veces el huevo de un colibrí, cuando tengo mucha hambre.

—¡Qué arrogancia! —exclamó él—. ¡Qué presumida! Si crees que estás aquí para hacerte la dama fina, será mejor que lo pienses de nuevo. Suave, inofensivo y de buen corazón, así es el viejo Tom Truncheontail si le acaricias el pelaje de la forma adecuada. Pero, si te pasas de la raya, puedo ser rudo, duro e irascible. Pondrás el cebo a mis anzuelos cuando te lo diga, y limpiarás y lavarás y barrerás, y cocinarás la cena y cuidarás el alambique y harás la cama…

—¿Las camas? —preguntó ella— Haré mi propia cama. En cuanto a la tuya…

—Si haces una sin hacer la otra —dijo él—, me montarás de regreso al Cielo con una brida de margaritas. Dije cama En singular, pero sería mucho más singular si la usáramos en plural —agregó y se atacó de risa.

La joven ángel pensó que era un chiste muy malo.

—Sé que rompí las reglas —comentó ella—. Y sé que puedes esclavizarme y hacerme trabajar para ti. Pero nunca cometí un pecado, así que no puedes hacerme sufrir un destino peor que la muerte.

—Peor que la muerte, ¿eh? —dijo el diablo, con su vanidad herida —. Eso demuestra lo mucho que sabes al respecto.

—Si quisiera saber más, no te elegiría a ti como mi amo — respondió ella.

—¿Ni aunque te hiciera un collar brillante con las lágrimas de las niñas inocentes de un coro? —preguntó él.

—¡Gracias! —dijo ella— Quédate con tus joyas de oropel, y yo me quedo con mi honor.

—¡Oropel! —contestó él, indignado—. Está claro que no sabes qué hay en esta línea de joyería, ni tampoco en la del honor. Muy bien, querida, ¡hay muchas formas de domar a una pequeña gran fiera!

El viejo hedonista, sin embargo, subestimó a su huésped. En los días siguientes, intentó esto y aquello, pero ni la tiranía ni los halagos le sirvieron en lo más mínimo contra la blanca virtud de ella y contra su propio aspecto mugriento. Cuando él fruncía el ceño, ella sentía miedo, pero cuando él sonreía, ella lo odiaba como nunca se había odiado a un diablo.

—Puedo meterte en una botella de whisky, de la cual tendrás que salir cuando un comprador de pipa y guante saque el corcho —dijo él.

—Hazlo —respondió ella—. No puede ser más feo que tú, ni más molesto.

—Tal vez no —dijo él—. Aunque me imagino que tienes muy poca experiencia con los compradores de pipa y guante. Puedo hacer que te coma una ostra, para que salgas de ella aprisionada en una perla, y después te intercambien, en las circunstancias más embarazosas, por

una dote entera de la castidad que tanto aprecias.

—Gritaré "entra en razón" —repuso ella con frialdad— Y la víctima sacará su pistola calibre veintidós, y así nos salvaremos las dos.

—Muy bien —dijo él—. Pero puedo enviarte a la tierra como una joven de diecinueve o veinte años. Esa es la edad en que las tentaciones son más fuertes, y la resistencia es muy baja. Y la primera vez que pecas, tu cuerpo, tu alma, tu honor… Todo es mío durante los próximos siete años. Y eso —continuó él, haciendo un juramento— es lo que haré. Fui un tonto al no haberlo visto desde antes.

Dicho y hecho. La tomó por los tobillos y la lanzó a los mares del espacio. Vio su cuerpo descendiendo, girando, brillando, y fue tras ella como un niño tras una moneda de plata arrojada a una piscina.

Algunas personas que volvían a casa muy tarde por el puente de Brooklyn señalaron aquello que les pareció una estrella fugaz. y un poco más tarde un poeta borracho, que volvía de una fiesta nocturna, se inspiró en lo que creyó era un rosa amanecer, que brillaba a través de los escasos arbustos de Central Park. Sin embargo, no era el amanecer, sino nuestra bella y joven ángel, que había llegado a la tierra como una joven que había perdido tanto la ropa como la memoria, como ocurre a veces con las jóvenes, y que vagaba bajo los árboles en un estado de perfecta inocencia.

Es imposible decir cuánto tiempo habría seguido así, si no la hubieran encontrado tres amables ancianas, que siempre eran las primeras en llegar al parque por la mañana, con el propósito de llevar migajas a sus amigos los pájaros. Si nuestra joven ángel hubiera permanecido ahí hasta la hora de la comida, podría haber ocurrido cualquier cosa, ya que conservaba toda su belleza original, y estaba más rosada y perlada que cualquier amanecer. Era redonda, suave, más exquisita que los duraznos; tenía cierto atractivo que resultaba irresistible.

Las ancianas, con un gorjeo y un revoloteo como el de sus aves consentidas, rodearon con generosidad a esta rosada perfección de inocencia y deseabilidad.

—¡Pobre criatura! —exclamó la señorita Belfrage—. sin duda algún hombre la ha dejado así.

—¡Algún demonio! —dijo la señorita Morrison.

Este comentario le causó mucha gracia al diablillo, que permanecía invisible. No pudo resistirse a darle un pequeño pellizco a la señorita Morrison, algo que ella nunca había sentido de esa manera.

—¡Caramba! ¿Usted hizo eso, señorita Shank? —gritó la señorita Morrison—, ¿No fue usted?

—¿Yo? Yo no he hecho nada —respondió la señorita Shank—,

¿Qué pasó?

—Sentí una especie de pellizco —dijo la señorita Morrison.

—¡Yo también! —gritó la señorita Belfrage—. Sentí uno en este mismo momento.

—¡Yo también! —gritó la señorita Shank—, ¡Dios mío! Tal vez estemos perdiendo la memoria.

—Apurémonos a llevarla al hospital —dijo la señorita Morrison—, Hay algo raro en el parque esta mañana, y los pajaritos no se acercan. ¡Ellos lo saben! ¡Qué experiencias habrá tenido!

Las bondadosas ancianas llevaron a nuestra hermosa pero desafortunada ángel a un hospital para enfermedades nerviosas, donde la recibieron con amabilidad y, hasta cierto punto, con entusiasmo. Enseguida la metieron en una pequeña habitación, cuyas paredes eran de color verde huevo de pato, un tono que ha resultado muy tranquilizador para las chicas que descubren deambulando por Central Park sin ropa y con pérdida de memoria Un joven y brillante psicoanalista se encargó de su caso. Esos casos eran su especialidad, y rara vez fallaba en hacerles recuperar la memoria para bien.

El demonio, como era de esperarse, había llegado al hospital, y ahora estaba ahí, limpiándose los dientes con la uña y observando lo que ocurría. Le encantó ver que el joven psicoanalista era todo lo apuesto que podía ser. Sus rasgos eran varoniles y regulares. sus ojos oscuros y brillantes, y brillaron aún más cuando contemplaron a su nueva paciente. Y los de ella brillaron de tal forma que el diablo se frotó de nuevo las manos.

Todo el mundo estaba contento.

El psicoanalista era un modelo para su tan denostada profesión. Sus principios eran los más excelsos, y aún mayor era la pasión que sentía por su disciplina. Tras pedirles a las enfermeras que se retiraran, se sentó junto al diván en el que ella estaba acostada.

—Estoy aquí para curarte —manifestó—. Parece que has tenido una experiencia perturbadora. Quiero que me cuentes lo que puedas recordar.

—No puedo —respondió ella con voz débil—. No recuerdo nada.

—Tal vez estés aturdida —dijo el excelente y joven analista—. Dame tu mano, querida, para que pueda ver si está inusualmente caliente, o fría, o si tienes un anillo de boda.

—¿Qué es una mano? —murmuró la desafortunada y joven ángel —. ¿Qué es caliente? ¿Qué es el frío? ¿Qué es un anillo de boda?

—¡Ay, pobre chica! —dijo él—. Es evidente que has sufrido un sobresalto muy fuerte. Quienes olvidan lo que son los anillos de boda suelen llevarse la peor parte. Sin embargo, esta es tu mano.

—¿Y esa es la tuya? —preguntó ella.

—Sí, esta es la mía —respondió él.

La joven ángel no dijo nada más, miró su mano en la de él, y luego bajó sus encantadoras pestañas y suspiró un poco. Esto alegró el corazón del entusiasta joven científico, pues reconoció el comienzo de la transferencia, condición que aligera de forma indescriptible las labores de los psicoanalistas.

—¡Bueno, bueno! —dijo él por fin—. Tenemos que averiguar qué es lo que te ha hecho perder la memoria. Aquí está el informe médico. Parece que no te diste ningún golpe en la cabeza.

—¿Qué es una cabeza? —preguntó ella.

—Esta es tu cabeza —le dijo él—. Y estos son tus ojos, y esta es tu boca.

—¿Y qué es esto? —inquirió ella.

—Eso —dijo él— es tu cuello.

Esta adorable joven ángel era la mejor de las pacientes. No deseaba otra cosa que complacer a su analista, porque, tal es la naturaleza de la transferencia, él le parecía una figura gloriosa de su infancia olvidada. Su inocencia natural se vio reforzada por la inocencia de la amnesia, así que apartó la sábana que la cubría y le preguntó:

—¿Y qué son estos?

—¿Esos? —respondió él—. ¿Cómo es posible que los hayas olvidado? Yo no los olvidaré mientras viva. Nunca he visto un par de hombros más hermosos. —Encantada por su aprobación, la joven ángel preguntó una o dos cosas más, que al final hicieron que este digno joven analista se levantara de su silla y recorriera la habitación en un estado de considerable agitación—. Sin duda —murmuró— estoy experimentando la contratransferencia en su forma más pura, o al menos en la más intensa. Un ejemplo tan marcado de este fenómeno debería ser objeto de un experimento. Un poco de asociación libre parece apropiada, pero con una innovación en la técnica. En mi escrito lo llamaré: “El método somático demostrativo aplicado a los casos de amnesia completa”. Será mal visto por los ortodoxos, pero, al fin y al cabo, el propio Freud fue mal visto en su época.

Correremos un velo sobre la escena que siguió, pues los secretos del diván psicoanalítico son como los del confesionario. Aunque nada había que fuera sagrado para Tom Truncheontail. que a estas alturas se reía a carcajadas. “¿Qué pecado en el mundo puede ser mayor que hacer que un joven psicoanalista tan ejemplar se olvide de sí mismo, de su carrera y de toda la ética de su profesión?”, pensó.

En cierto momento, el viejo y astuto diablo se dejó ver, inclinándose sobre el extremo del sofá con una sonrisa cínica en su rostro curtido.

—Uy, ¿qué es eso. querido? —gritó la joven ángel, con tono de

frustración y asombro.

—¿Qué es qué? —preguntó el analista, que en ese momento estaba algo preocupado por sus investigaciones.

La joven ángel se quedó muy callada y melancólica. Sabía lo que había visto, y ahora recordaba cosas que desearía haber pensado antes. Es sabido que esto hace que los pecados de este tipo no sean menores.

—Ay —dijo ella—, creo que he recuperado la memoria.

—Entonces estás curada —exclamó el analista con deleite—, y mi método ha demostrado ser correcto, y lo adoptarán de modo unánime en la profesión. ¡Qué beneficio inestimable he legado a mis colegas, o al menos a aquellos cuyas pacientes son la mitad o la cuarta parte de hermosas que tú! Pero dime lo que recuerdas. Te lo pregunto, no como tu médico, sino como tu futuro marido.

¡Con qué facilidad un pecado le sigue a otro, en particular el pecado de mentir sobre el que se acaba de cometer! La pobre ángel no pudo encontrar en su corazón la manera de destruir su felicidad diciéndole que después de siete años tendría que renunciar a ella ante el desagradable y grosero demonio. Murmuró algo sobre haberse quedado dormida en el baño y su tendencia al sonambulismo. Su historia fue aprobada con emoción, y el feliz joven analista se apresuró a conseguir una licencia de matrimonio.

El demonio volvió a hacerse visible de inmediato, y sonrió a su víctima con abominable bondad.

—¡Trabajo rápido! —dijo—. Me has ahorrado un montón de problemas. Hay muchachas en esta ciudad que habrían permanecido vacilantes durante casi una semana. A cambio, te conseguiré una o dos cajas con algo de ropa, para que tu historia se sostenga. y puedas casarte con el tipo y ser feliz. Hay que reconocer que el viejo Tom T. no tiene ni un pelo de celoso.

La verdad es que el viejo bribón sabía que ella, tarde o temprano, se casaría con alguien, y como en realidad era tan celoso como un demonio, pensó que sería mejor estar celoso de uno que de dos. Además, se imaginó que ella podría elegir un buen proveedor, con una hielera llena y una vitrina de licores bien surtida, y calefacción en el sótano para que pudiera dormir caliente por las noches.

Los psicoanalistas siempre están bien equipados en estos aspectos. Y lo que al final lo convenció fue la idea de que un matrimonio que se funda en una mentira suele ser fértil en otras transgresiones, tan agradables a las fosas nasales de un demonio como las rosas y los lirios para el resto de nosotros.

En este último aspecto, podemos decir de inmediato que el viejo villano se decepcionó amargamente. Ninguna esposa podría ser más

angelical que nuestro ángel. De hecho, los dulces olores de las delicias del hogar se volvieron tan opresivos para el diablo, que se fue a Atlantic City para tomar aire fresco. La atmósfera de ese centro turístico le pareció tan estimulante que se quedó ahí la mayor parte de los siete años. Así, la bella ángel logró olvidar casi por completo el futuro en la absoluta felicidad del presente. Cuando terminó el primer año fue madre de un niño fornido, y al final del tercero tuvo una hermosa niña. El departamento en que vivían estaba decorado con el mejor de los gustos; su marido ascendía cada vez más en su profesión, y era elogiado hasta el cansancio en las principales reuniones de psicoanalistas. Sin embargo, cuando el séptimo año se acercaba a su fin, el demonio apareció para conocer cómo iban las cosas. Le contó mucho de lo que había visto en Atlantic City, y describió la vida que vivirían juntos cuando el tiempo de ella terminara. A partir de ese día. apareció con mucha frecuencia, y no sólo cuando ella estaba sola. Sin la menor delicadeza, dejaba que ella lo viera en momentos en los que hasta un diablo disfrazado de elefante se daría cuenta de que su presencia era incómoda. Ella cerraba los ojos, pero justo porque es más fácil ver a los demonios con los ojos cerrados. Y suspiraba con amargura.

—¿Cómo puedes suspirar con tanta amargura en un momento como éste? —le preguntó su marido.

La joven no podía explicarlo, y eso casi provocó que se abriera una brecha entre ellos.

—Me pregunto —dijo el analista en otra ocasión— si esto puede estar relacionado con tus experiencias antes de perder la memoria. ¿Es posible que tu curación no esté completa? Estoy a punto de perder la fe en mi método.

Tal pensamiento se apoderó de su mente hasta que estuvo a punto de sufrir un colapso.

—Mi trabajo está arruinado —dijo un día— Perdí la fe en mi gran descubrimiento. Soy un fracaso. Voy a ir cuesta abajo. Me dedicaré a la bebida. ¡Y además tengo una cana! ¿Qué es peor que un psicoanalista viejo, canoso y borracho, que perdió la fe en sí mismo y en su ciencia, que se creía a la altura de todo? Mis pobres hijos, ¡con qué padre tendrán que crecer! No tendrán un hogar agradable ni educación, y es probable que tampoco zapatos. Tendrán que esperar afuera de los bares. Tendrán complejos de inferioridad, y cuando estén casados se desquitarán con sus desafortunadas parejas, y ellas también tendrán que psicoanalizarse.

Ante esto, la pobre joven ángel se rindió por completo. Después de todo, sólo le quedaban unas pocas semanas. Pensó que destruir los últimos restos de su felicidad era mejor que arruinar la vida de su marido y sus hijos. Aquella noche se lo contó todo.

—Nunca hubiera creído en esas cosas —dijo su marido—, pero tú, querida, me has hecho creer en los ángeles, y de ahí a creer en los demonios hay un paso muy corto. Me devolviste la fe en mi ciencia, que con frecuencia ha sido comparada con la expulsión de demonios. ¿Dónde está él? ¿Puedo verlo?

—Muy fácil —respondió ella— Sube un poco antes de lo habitual y escóndete en mi armario. Cuando suba y empiece a desvestirme. seguro que se dejará ver.

—Muy bien —aceptó su marido—. Aunque tal vez esta noche, como hace bastante frío, no sea necesario…

—Ay, querido —dijo ella—, es demasiado tarde para preocuparse por nimiedades de ese tipo.

—Tienes razón —contestó él—, después de todo soy psicoanalista y, por lo tanto, de criterio amplio, y él es sólo un diablo.

De inmediato subió las escaleras y se ocultó, y su angelical esposa lo siguió poco después. Tal y como ella esperaba, el diablo apareció en un momento dado, tumbado en el diván y mirando con insolencia a la joven ángel. Llegó a darle a esta inocente criatura uno de sus graciosos pellizcos al pasar.

—Estás adelgazando —le comentó—. Sin embargo, pronto recuperarás tu antigua figura, una vez que hayamos comenzado nuestra luna de miel. ¡Qué bien la pasaremos juntos! No tienes idea de lo mucho que he aprendido en Atlantic City.

Siguió así durante algún tiempo. Al final el marido salió del armario y lo agarró de la muñeca.

—¡Deja mi muñeca! —dijo el diablo, tratando de liberarse, pues estos viejos, brutos y rijosos diablos son como niños asustados y huraños cuando un psicoanalista se apodera de ellos.

—No es tu muñeca lo que me interesa —respondió el analista con un tono de gran desapego—. Es esa cola tuya.

—¿Mi cola? —murmuró el viejo Tom. sorprendido por completo—. ¿Qué pasa con mi cola? ¿Qué tiene de malo?

—Estoy seguro de que es una cola muy buena —afirmó el analista —, Pero imagino que te gustaría deshacerte de ella.

—¡Deshacerme de mi cola! —gritó el diablo, sorprendido—. ¿Por qué, en nombre de todo lo impío, querría hacer eso?

—Cada quien sus gustos —dijo el analista encogiendo los hombros de manera despectiva— ¿Has visto alguna cola así en Atlantic City?

—Pues no. en realidad no —contestó el demonio, cabizbajo—. La verdad es que los demonios, que nos sugestionan tanto a los demás, son ellos mismos demasiado sugestionables. Por eso acabaron así.

—En mi opinión, esa cola es de origen puramente psíquico —dijo el analista—. Y creo que podría curarse sin mucha dificultad.

—¿Quién dijo que deseo que se cure? —preguntó el diablo, enojado.

—Nadie lo dijo —respondió el hombre de ciencia con tranquilidad —. Pero tú lo has pensado, y has tratado de reprimir el pensamiento. Como tú mismo has reconocido, eres un voyerista muy superior: luego abordaré las desventajas de eso. Al menos has visto lo que se considera normal y agradable en un varón bien formado, y sin duda te gustaría estar en esa línea.

—Me la paso bien —dijo el diablo, ahora muy a la defensiva.

El analista dejó que una sonrisa compasiva e incrédula se dibujara en su rostro. Se volvió hacia su mujer.

—Querida, debo pedirte que nos dejes solos. Las confidencias de estas retorcidas e infelices criaturas son sagradas.

La joven ángel se retiró de inmediato y cerró la puerta tras de sí, sin hacer un solo ruido. El analista se sentó cerca de la cabecera del diván donde se encontraba el desdichado diablo.

—¿Así que crees que te la pasas bien? —dijo en el tono más suave que se pueda imaginar.

—Así es —respondió el demonio, desafiante—. Y lo que es más, muy pronto espero tener mejores oportunidades.

—Es una mera hipótesis, por supuesto —dijo el analista—. No puede tratarse de algo más en esta primera fase del análisis. Pero sugiero que eso que consideras pasarla bien es sólo la máscara de un desajuste muy profundo. Los síntomas físicos son evidentes. Tienes un sobrepeso espantoso, y sospecho que esto, a su vez, ha producido una afección cardiaca.

—Es cierto que respiro un poco fuerte de vez en cuando —contestó el diablo con inquietud.

—¿Te molestaría decirme cuántos años tienes? —preguntó el analista.

—Tres mil cuatrocientos cuarenta —respondió el diablo.

—Pensé que podrías ser al menos mil años más viejo —dijo el analista—. No pretendo ser infalible, pero una cosa es muy cierta: eras un inadaptado en tu entorno original, de lo contrario no habrías huido. Y ahora intentas huir del análisis. Es una amenaza para tu cola. A nivel consciente, sabes que es una desfiguración terrible, pero no estás dispuesto a renunciar a ella.

—Eh, no sé nada de eso —respondió el demonio, dubitativo.

—Eh, sí, te aferras a ella como una marca de tu diablura —afirmó el analista con severidad—, ¿Y a qué equivale esa diablura? Creo que descubriremos que es una queja, que surge de un sentimiento de rechazo que puede remontarse al momento en que te convertiste en demonio. Incluso el nacimiento humano es una experiencia

traumática. Cuánto peor debe de ser nacer como un pobre diablo rechazado.

El desdichado demonio movió los hombros, se tiró de la papada y mostró otros signos de angustia. A continuación, el analista condujo la ofensiva, refiriéndose a los ataques de depresión, los temores vagos, el sentimiento de culpa, el complejo de inferioridad. los episodios de insomnio, la compulsión por comer y beber demasiado, y los dolores psicosomáticos. Al final, el pobre diablo suplicó ser analizado; lo único que pedía eran sesiones extra para poder curarse más rápido.

El analista estaba dispuesto a complacerlo. Envió a su mujer y a sus hijos a unas largas vacaciones de verano, y trabajó día y noche con su complicado paciente. Antes de que la joven ángel regresara, este diablo transformado había salido de la casa vestido con un traje gris perla, sin cola, relativamente más delgado y más despierto a nivel mental. Poco después se comprometió con una señora Schlager, una viuda que también había sido una paciente problemática en su momento.

Visitó la casa de su benefactor, jugó con los niños sobre sus rodillas y se disculpó con la dueña de la casa por todas las molestias que le había causado. Ella lo perdonó de buena gana, ya que, después de todo, su mal comportamiento había sido el efecto de impulsos inconscientes y había dado lugar a su matrimonio, de manera que lo sentía como un amigo de la familia. Fue un poco aburrido al relatar la histona de su caso, pero esto es muy habitual en quienes se han beneficiado del análisis. Al final, se fue a Wall Street, donde le fue tan bien que pronto pudo obsequiarle un magnífico consultorio al joven psicoanalista.

LA CLAVE ESTÁ EN LA NUEZ MOSCADA

Nuestro instituto mineralógico está subsidiado por una docena de empresas transnacionales, y la mayoría manda a un investigador de planta a nuestra sede. La biblioteca del instituto tiene la atmósfera íntima y brumosa de una discoteca, y, como Logan y yo éramos los más veteranos, ocupábamos los escritorios que daban al ventanal. Pegada a la pared, a un costado del ventanal, donde la luz no llegaba, había una mesita disponible para los novatos y los visitantes.

Una mañana vimos a un novato sentado en ese escritorio. No era necesario echarle un vistazo a los libros que había tomado de los estantes para saber que le interesaba más la estadística que las fórmulas. Su rostro era craneal, cadavérico, como si tuviera la piel tensada sobre los huesos. Podría decirse que ese era el sello distintivo de los estadísticos.

El hombre tenía unos labios sumamente disciplinados que se volvían convulsos ante el más mínimo indicio de relajación. Y sus manos eran el punto focal de su sutil morbosidad. Si tenía algún motivo para extenderlas —como para cambiar de lugar un libro abierto—, se las miraba fijamente durante un largo minuto. En esos momentos, los movimientos convulsos de la boca eran más notorios.

El recién llegado se encorvaba sobre la mesa cuando alguien pasaba atrás de él, como para reducir las probabilidades de interacción humana. En un momento dado sacó un cigarrillo, de inmediato se percató del cartel que decía “No fumar —al que nadie obedecía— y volvió a guardarlo. Antes del mediodía, disolvió una tableta en un vaso de agua, por lo que supuse que padecía de un trastorno de ansiedad desde hacía años.

Se lo comenté a Logan a la hora del almuerzo.

—Pero es que el pobre tipo se ve más infeliz que un gato mojado —opinó Logan.

A diferencia de mucha gente, a mí nunca me aliena ni me repele el ensimismamiento gris de la gente nerviosa e infeliz. Logan, que es menos curioso que yo, peca de tener un carácter demasiado bueno. Durante varios días observamos al hombre sentado en su solitaria celda depresiva, mientras la camaradería amena de la biblioteca fluía a su alrededor. Y luego, sin dudarlo, lo invitamos a almorzar con nosotros.

Accedió con una predecible reacción neurótica, pues antes de aceptar la invitación pareció sopesar media docena de objeciones sombrías. No obstante, al final nos acompañó y, antes de que terminara el almuerzo, confirmó mi sospecha de que anhelaba compañía, pero se sentía demasiado intimidado como para acercarse a otro ser humano. Para entonces ya sabíamos que se llamaba J. Chapman Reíd y trabajaba para la Corporación Walls Tyman. También mencionó una larga lista de ciudades en las que había vivido en algún momento, aunque era originario de Georgia. No compartió muchos más detalles. Sólo se mostró muy elocuente cuando hablamos de temas triviales, y cada tanto dio indicios de una agudeza mental intensa e incisiva, que en mi opinión es la mejor. Nos agradeció tanto la invitación casual, que rayó en el patetismo: nos dio las gracias cuando nos levantamos de la mesa, otra vez cuando salimos del restaurante y una vez más en la entrada de la biblioteca. Por eso nos pareció que lo más lógico era sugerir que organizáramos una velada tranquila pronto.

En el transcurso de las siguientes semanas, pasamos muchos ratos agradables en compañía de J. Chapman Reid. En lo personal, siento una particular debilidad por ese tipo de personajes herméticos y áridos que, en cada conversación, hacen uno o dos comentarios vividos y perspicaces que demuestran que hay, bajo la superficie, un núcleo volcánico que burbujea a una presión altísima. Habríamos podido afirmar que Reid era nuestro amigo, salvo porque él lo impedía en última instancia, pero no porque fuera demasiado reservado, lo cual yo supuse que era parte de su naturaleza, sino por su gratitud innecesaria. No daba discursos efusivos ni nada por el estilo, sino que se comportaba como un perro callejero que no necesita palabras para demostrar su dependencia y aprecio. Nos quedaba muy claro que, para J. Chapman Reid, nuestra compañía lo era todo.

Un día. Nathan Trimble. amigo de Logan, fue de visita a la biblioteca. Era periodista y quería matar una hora de su tiempo mientras esperaba la salida de su tren. Se sentó en el escritorio de Logan, de frente a la ventana, dándole la espalda a los libros. Me acerqué a conversar con Logan y con él. Y, justo cuando Trimble estaba por irse. Reíd llegó y se sentó en su escritorio. Trimble volteó a verlo, y sus miradas se encontraron.

Observé a Reid. Después del desconcierto de la primera interacción, no volvió a echarle siquiera un vistazo al visitante. Se quedó muy quieto durante un minuto o algo así, y fue agachando la cabeza poco a poco, con unos tironcitos, como si alguien se la estuviera empujando. Luego se puso de pie y se fue de la biblioteca.

—¡Cielos! —exclamó Trimble—. ¿Saben quién es ese tipo? ¿Saben en qué compañías andan?

—No —contestamos—, ¿Quién es?

—Jason C. Reíd.

—¿Jason C.? —pregunté—. No, es J. Chapman. Ah, ya veo. Es lo mismo. Bueno, ¿y eso qué?

—¿Acaso no leen los periódicos? ¿No se acuerdan del escándalo del carnicero de Pittsburgh?

—No —respondí.

—Un momento —dijo Logan—, Eso pasó hace como un año, ¿no? Algo leí al respecto.

—¡No jodas! —exclamó Trimble—. Fue la sensación de las primeras planas. Enjuiciaron a un tipo. Dijeron que destazó a un colega de trabajo. Me tocó ver las fotos. En mi vida había visto algo tan grotesco. ¡En verdad fue horrible! Un caso extraordinario.

—Bueno —dije—, dudo mucho que este tipo lo haya hecho. Supongo que no lo condenaron, o no estaría aquí.

—Trataron de enjaretarle al muerto —aclaró Trimble—. Pero no lo lograron. Aunque he de decir que todo fue muy sospechoso. Fue obra de un solo hombre. No hubo indicios de que participara alguien más. Pero no había motivos que lo explicaran. No sé. En serio no sé. Me tocó cubrir el juicio y fui al juzgado todos los días, pero nunca pude llegar a una conclusión. El tipo es indescifrable. Como sea. sugiero que no dejen sus machetes en la biblioteca.

Dicho eso, se despidió. Volteé a ver a Logan, y él me volteó a ver a mí.

—No lo puedo creer—confesó—. No creo que sea culpable.

—Con razón es un tipo tan nervioso.

—Claro —meditó Logan—, Debe ser terrible. Esa mala fama te sigue a todas partes, y ahora sabe que lo sabemos.

—Mira, le daremos a entender que nos importa tan poco que ni siquiera lo buscaremos en los periódicos.

—Buena idea —contestó Logan.

Reid volvió poco después, haciendo gestos que evidenciaban sus ansias de mantenerse bajo control. Se acercó adonde estábamos sentados.

—Si quieren, podemos cancelar los planes de esta noche —anunció —. Creo que sería lo mejor. Y le pediré a mi empresa que vuelva a

transferirme. Es que…

—Espera —interrumpió Logan— ¿Quién dijo algo de cancelar? Nosotros no.

—Pero él les contó todo, ¿no? —contestó Reíd—. Seguro que les contó.

—Dijo que te enjuiciaron —intervine— Y que te absolvieron. Con eso nos basta.

—Sigues absuelto —agregó Logan—. Y los planes siguen en pie. Y no volveremos a tocar el tema.

—Oh —exclamó Reíd—. ¡Oh!

—Fin de la conversación —sentenció Logan y volvió al trabajo.

Tomé a Reid del hombro y con un gesto amistoso le di un empujoncito hacia su escritorio. El resto de la tarde, evitamos voltear a verlo.

Esa noche, cuando llegamos al restaurante. Logan y yo estábamos un poco nerviosos. Era de esperarse, y probablemente Reíd se dio cuenta.

—Una cosa —dijo en cuanto terminamos de comer—, ¿les molestaría si no vemos una película esta noche?

—Por mí no hay problema —contestó Logan—. ¿Quieren ir por un trago a Chancey's?

—No —afirmó Reíd—, Me gustaría ir a algún lugar donde pudiéramos hablar. Los invito a mi departamento.

—Como quieras —respondí—, Pero no es necesario.

—Claro que lo es —dijo Reid—. Al mal paso, darle prisa.

Reid estaba sumamente nervioso, así que accedimos y fuimos a su departamento, el cual nunca habíamos visitado. Era una sola estancia con una cama plegable, un baño y una cocineta. Aunque llevaba más de dos meses en la ciudad, su vivienda no parecía habitada. Bien podría haber sido un cuarto que alquiló esa noche para tener una conversación incómoda como la que se avecinaba.

Tomamos asiento, pero Reid volvió a levantarse de inmediato y se puso entre nosotros, frente a una falsa chimenea.

—Preferiría no hablar de lo que pasó hoy —empezó—. Preferiría pasarlo por alto y esperar que lo olviden. Pero nadie puede olvidarlo. Y no tiene caso que me digan que no volverán a pensar en ello porque es obvio que lo harán. En su momento, todo mundo lo hizo. La empresa me mandó a Cleveland. Sin embargo, la gente se enteró. Y nadie deja nunca de pensar en ello, de cuchichear al respecto, de dudar. Claro, supongo que sería mucho más interesante que al final el tipo sí fuera culpable, ¿no? En fin, me alegra que haya salido a la luz. O sea. con ustedes. La mayoría de la gente… no quiere oír mi versión de los hechos. Pero ustedes… ustedes me han tratado bien, y quiero

que lo sepan todo. Todo.

"Me mudé de Georgia a Pittsburgh, donde trabajé diez años para Walls Tyman. Ahí… ahí conocí a Earle Wilson. También venía de Georgia, así que nos hicimos buenos amigos. Para ser sincero, nunca he sido muy sociable en realidad. Earle no sólo era mi mejor amigo, sino prácticamente mi único amigo. En fin, Earle tenía un puesto mejor remunerado que el mío, así que se pudo comprar una casita en los suburbios, y dos o tres veces por semana pasaba las tardes con él. Eran tardes tranquilas, pues no hablábamos mucho. Quiero que entiendan que me sentía muy a gusto en su casa. Él no actuaba como anfitrión ni yo me sentía como un invitado. Si me daba sueño, tenía la confianza de subir a su cuarto y tirarme en la cama y echarme una siesta de media hora. No es nada del otro mundo, ¿cierto?"

—No. Nada del otro mundo —concordó Logan.

—Pero algunas personas pensaban que sí —continuó Reid—. En fin, una noche fui a verlo después del trabajo. Cenamos, nos sentamos un rato en la sala, jugamos damas. Él sirvió la primera ronda de tragos, luego yo serví la segunda. Muy normal.

¿cierto?

—Sí, cierto —contestó Logan.

—Luego me dio sueño —dijo Reid—. Un sueño muy pesado. Le dije que subiría a descansar media hora porque eso siempre me sentaba bien. Y subí. Si necesito una siesta, duermo muy, muy profundamente durante media hora, y me siento de maravilla. Sin embargo, esa vez tuve una especie de pesadilla. Sentí que estaba en un ataque aéreo, e incluso escuché la voz de Earle llamándome, pero no desperté hasta que pasó la media hora. Entonces bajé. Todo estaba a oscuras. Llamé a Earle por su nombre y fui de las escaleras al interruptor de la luz. A medio camino me tropecé con algo que resultó ser una lámpara de piso que se había caído. Me desplomé y caí encima de él.

"En ese instante supe que estaba muerto. Me levanté y encontré el interruptor. ¡Parecía que lo había atacado un psicópata! Prácticamente lo habían cortado en pedazos. ¡Dios! Fui a buscar el teléfono para llamar a la policía. Naturalmente, mientras llegaban, observé el entorno. En medio del trance, caminé de un lado a otro. Al parecer, también volví a subir al cuarto. No lo recuerdo, pero encontraron sangre embarrada en la almohada. Y yo estaba todo cubierto de sangre. De pies a cabeza, claro, porque caí encima de él. Es comprensible que alguien en esas circunstancias se aturda, ¿cierto? Hasta es comprensible que vuelva a subir sin recordarlo, ¿no creen? ¿Verdad que sí?

—Sin duda —respondió Logan.

—No es nada descabellado —agregué.

—Y por eso pensaron que me tenían contra las cuerdas. Me lo dijeron así, con esas palabras. ¡Qué idiotas! O sea. recuerdo mirar a mi alrededor y ver con qué lo atacaron. Earle tenia un juego de cuchillos de cocina extraordinario, hecho por una de las subsidiarias de la empresa para la cual trabajábamos. Uno de los cuchillos era una hachuela como las que usan los carniceros. El asesino la dejó tirada en la alfombra. Cuando por fin llegó la policía, les dije lo que pude. Earle era un tipo tranquilo que no tenía enemigos. ¿Quién podría tener un enemigo así de sanguinario? Yo imaginé que debía de tratarse de un psicópata asesino. Y no faltaba nada, por lo que no fue un robo, a menos que el maldito sádico se hubiera metido a robar y al final hubiera quedado tan trastornado que decidiera no llevarse nada. Como sea. el asesino se fue sin dejar rastro. La policía no pudo encontrar nada. Yo tampoco. Buscaron huellas digitales, pero no había nada. Su protocolo para ese tipo de cosas es interminable, y no quiero aburrirlos con tanto detalle. Pero al parecer eso no bastó, pues el tipo se salió con la suya. Y tenían que arrestar a alguien, así que me acusaron.

"Sin embargo, tenían un caso muy endeble. Hasta la fecha, no sé por qué creyeron que podían ganar. O quizá no lo creían, pero les convenía despertar suficientes sospechas en mi contra para que yo terminara libre por indecisión del jurado, en lugar de admitir que no pudieron encontrar evidencia de verdad o que estaban coludidos con el verdadero asesino. Se preguntarán qué evidencias tenían en mi contra. ¡Pues que no pudieron encontrar indicios de la presencia de alguien más! Pero lo único que eso evidencia es su maldita ineficiencia. ¡y punto! ¿Cómo va un hombre a asesinar a su mejor amigo sin razón? Entonces se empeñaron en encontrar un motivo. Primero especularon que debía de tratarse de una mujer porque creen que la vida es como una novela barata. Luego husmearon en nuestras finanzas. Incluso intentaron pintarlo como un crimen pasional. No se imaginan lo que era estar rodeado de simios que parecían sacados de una revista pornográfica. Si alguna vez los acusan de asesinato, les recomiendo que se cuelguen en su celda la primera noche.

"Al final dijeron que fue por el juego de damas. ¡Un tonto e inofensivo juego de damas! Siempre conversábamos mientras jugábamos, así que a veces se nos olvidaba de quién era el tumo. Supongo que habrá gente que pierda la cabeza por un juego de niños, pero a mí me parece una cosa inconcebible. ¿Se imaginan que alguien asesine a su mejor amigo por un juego de mesa? Yo no. De hecho, recuerdo que esa noche tuvimos que reiniciar la partida un par de veces, primero cuando Earle fue a servir los tragos, y luego cuando fui a servirlos yo. Ambas veces se nos olvidó a quién le tocaba jugar. En

fin, argumentaron que fue por eso. Tenían que encontrar una explicación, por estúpida que fuera, y eso fue lo mejor que se les ocurrió. Claro que mi abogado los hizo trizas. Gracias a Dios, en el trabajo todo mundo se había obsesionado con jugar damas durante el almuerzo, así que no tardamos en encontrar media docena de colegas que declararon que ni Earle ni yo nos tomábamos el juego lo suficientemente en serio como para que eso me impulsara a matarlo. Después de eso, se quedaron sin argumentos. No se les ocurría nada. Ambos llevábamos vidas sencillas, ordinarias, tranquilas, y tan transparentes como una ventana. ¿Qué otra cosa podían decir? Habían sido incapaces de encontrar las pruebas que les pagaban por encontrar, así que se ensañaron y sugirieron que me condenaran a muerte. ¿Se imaginan?"

—Suena espantoso —coincidí.

—¡Sí! —dijo—. Eso fue: espantoso. Y lograron su objetivo real, que era que el jurado votara nueve a tres por la absolución, y gracias a eso no quedaron como unos incompetentes. Tuvieron la fortuna de que siempre pareció que iban por buen camino. En fin, podrán imaginar cómo ha sido mi vida desde entonces. Por eso les digo que, si algún día se meten en un problema así, les recomiendo que se cuelguen en su celda la primera noche, amigos.

—No digas esas cosas —intervino Logan—, Mira, fue un trago amargo. Muy amargo. Pero ya se acabó. Y ahora estás aquí. —Y nosotros estamos contigo —agregué—. Por si sirve de algo.

—¿Servir? —repitió Reíd—, ¡No se imaginan cuánto! ¡No tengo palabras para agradecerles! Como ven, no soy muy bueno para estas cosas. Los traje aquí, a los únicos humanos que me han tratado bien, y les aventé un montón de mierda sin siquiera ofrecerles un trago. Pero ahora se los prepararé, y les va a gustar.

—No me vendría mal un jaibol —aceptó Logan.

—Les serviré algo mejor—contestó Reíd mientras se dirigía a la cocineta—. En mis rumbos, en Georgia, servimos un trago muy especial. Pero no es fácil de preparar. Denme un minuto. —Se metió a la cocineta. y escuchamos que destapaba botellas, vertía líquidos y los mezclaba con una cuchara. Mientras tanto, siguió hablando—. Me da mucho gusto haberlos invitado —comentó—. Me da gusto haberles contado todo. No saben lo feliz que me hace que me crean…, ¡que me entiendan! ¡Siento que renací! —Salió entonces con una charola que contenía tres vasos—. Prueben esto —dijo con orgullo.

—¡Por el futuro! —exclamó Logan mientras alzábamos los vasos.

Bebimos e hicimos muecas de fascinación. Era una especie de flip flap, pero con una buena pizca de nuez moscada.

—¿Les gustó? —preguntó Reid con ansias—. Muy poca gente sabe

cómo se hace y qué ingredientes lleva. Y hay por ahí una que otra versión pirata, hecha por idiotas… ¡Una verdadera desgracia para Georgia! Me dan ganas de… ¡de tirarles la bebida en la cara! A ver, ustedes que son cultos sabrán discernir. ¡Sí, qué buena idea! ¡Juzguen por ustedes mismos! —Dicho eso, volvió corriendo a la cocineta e hizo todavía más escándalo que antes, mientras seguía parloteando desordenadamente, entre halagos para la versión ortodoxa de aquel trago y maldiciones para las imitaciones—. Miren, aquí está —dijo y salió cargando la charola con vasos muy parecidos a los anteriores, pero decorados diferente—. Estas aberraciones tienen macis y jengibre arriba, en lugar de nuez moscada. Pruébenlas. Sólo un sorbo. Si quieren, pueden escupirlas sobre la alfombra. Les prepararé otro de los buenos para que se quiten el mal sabor de boca. Sólo pruébenlos y díganme qué clase de zafio insistiría en que ese es un flip georgiano. Vamos. Pruébenlo.

Le dimos un sorbo. Sabían casi idénticos, pero preferimos darle gusto a nuestro interlocutor.

—¿Qué opinas, Logan? —inquirí— El primero es el bueno, sin duda.

—Sin duda alguna —contestó Logan—, El primero sí es auténtico.

—¡Exacto! —exclamó Reíd, sonrojado y con una mirada ardiente, como brasas—. El otro es una bazofia. Quien se atreva a decir que eso es un flip georgiano no es digno ni de lustrar botas. ¡Le falta la nuez moscada! Porque la clave está en la nuez moscada. Y quien no le pone nuez moscada… ¡Es que me dan ganas de…!

Extendió las manos para alzar la charola y se les quedó viendo. Se quedó muy, muy quieto, mirándose las manos.

LA CABAÑA DE LOS TRES OSOS

—Nuestra gallina puso dos huevos —anunció la señora Scrivener —, y los herví para el desayuno.

Mientras hablaba, desdobló una servilleta blanca como la nieve, mostró los tesoros obtenidos de la granja, y colocó el de color blanco en la huevera de su esposo y el de color marrón, en la suya.

Los Scrivener vivían en una casa de techo empinado con un frontispicio blanco, situada en una zona boscosa, entre jóvenes abedules. Era una vivienda diminuta, pero así también lo era la renta, por lo que la nombraron "La cabaña de los tres osos". El mobiliario era frugal, ya que Henry se había retirado a los cuarenta años para dedicarse a estudiar la naturaleza. No obstante, todo estaba siempre pulcro y reluciente, y su presencia ahí no era producto de la coincidencia. Cada semana, en el minúsculo jardín, una lechuga nueva se acercaba a la perfección. Día con día inspeccionaban minuciosamente su progreso y, en el momento en que alcanzaba la cresta y el pináculo de su desarrollo, la cortaban y se la comían.

Otro día se comían la coliflor.

La gente que vive de esa manera, que atesora cada detalle, invariablemente tiene una tez clara, casi transparente, y ojos brillantes de pájaro. También son muy sensibles a la diferencia entre un huevo recién puesto y otro, lo cual, como muchos otros detalles. a menudo pasa desapercibido en el bullicio de las ciudades. Los Scrivener sabían a la perfección que. contrario a la superstición fomentada por motivos comerciales, en realidad el huevo color marrón es superior en términos nutricionales, estéticos y gastronómicos. El señor Scrivener, por ende, notó que su esposa se había quedado con el huevo color marrón, y sus ojos se volvieron más redondos y mucho más parecidos a los de un pájaro que antes.

—Elsa —dijo él—, veo que me diste el huevo blanco y te quedaste con el marrón.

—Bueno —contestó ella—, ¿y por qué no? ¿Por qué no habría de

quedarme con el huevo marrón? Soy yo quien mantiene

todo limpio y ordenado en la casa, además de encerar la jaula del canario, algo que tú, si fueras un hombre de verdad, harías en

mi lugar. Lo único que haces es rascarte el ombligo en el jardín, y luego vas a echarte al bosque, a estudiar la naturaleza.

—No te refieras a Dickie como “el canario” —respondió su esposo —. A veces pienso que no sientes afecto por ninguna de las criaturas que te rodean, mucho menos por mí. Después de todo, soy yo quien alimenta a nuestra gallina a diario, y, cuando pone un huevo color marrón, creo que al menos merezco que me pregunten si me gustaría comerlo.

—Creo que está claro cuál sería la respuesta —argumentó su esposa con una risita—. No, Henry. No he olvidado cómo te comportaste cuando maduró el jitomate. Creo que, cuanto menos hablemos sobre quién tiene qué cosa en esta casa, mejor.

Henry no supo qué contestar. Malhumorado, miró el huevo blanco, que le pareció más despreciable que antes. Su esposa rebanó la tapa del huevo marrón con un sonido chirriante y ofensivo. Henry volvió a mirar su huevo color blanco. “¡Por Dios”, pensó, “no sólo es de color blanco, ¡sino que es mucho más pequeño!"

Aquello fue la gota que derramó el vaso.

—Elsa —señaló Henry—. sé que es probable que no tengas interés alguno en esa sección del diario que se llama “Aunque usted no lo crea, de Ripley", puesto que aborreces las maravillas de la naturaleza. Pero estoy casi seguro de que publicaron una fotografía de un huevo cocido que tenía un gusano sin digerir enroscado en el interior. Si no mal recuerdo, el huevo era color marrón.

—Este huevo no tiene ningún gusano —contestó Elsa. sin dejar de comer y sin dejarse intimidar— ¿Por qué no te asomas al tuyo? Seguro encontrarás uno ahí.

Como un búmeran a un operador inexperto, a Henry lo golpeó con fuerza la réplica mordaz de Elsa ante su esperanza de que le cediera el huevo marrón. Miró su propio huevo con detenimiento, tomó una cucharada y se dio cuenta de que había perdido el apetito.

—¡Rayos y centellas! —farfulló, ya que. al igual que muchos hombres de buenos modales, también sucumbía ante los ataques de furia, durante los cuales el lenguaje que profería lo tenía sin cuidado. Su esposa lo miró de reojo con el fin de avergonzarlo, pero sin apaciguado—. El egoísmo y la codicia —propuso él— han hecho del mundo lo que es hoy en día.

Elsa, sin disimular su deleite, devoró una cuantiosa cucharada. Con los labios apretados y los ojos encendidos, Henry se paró de la mesa, tomó su gorro y se precipitó fuera de la casa. Elsa, con la ceja un poco

arqueada, se apoderó del huevo que Henry había dejado atrás, cuyo sabor no le pareció notoriamente inferior al del suyo. Eso la puso de excelente humor y, con una sonrisa más juguetona que burlona, emprendió las tareas del hogar.

Por su parte. Henry se puso a cortar con salvajismo la maleza que había crecido de más en el camino que lo llevaba al bosque.

—¡Qué tonto fui al jubilarme tan joven, con la creencia de que la felicidad se encontraría en una cabaña! —murmuró para sus adentros —. Imaginé una vida simple y placentera, como en un cuento infantil. Dos tazas, una adornada con rosas y la otra con acianos. Dos platos, uno con un aro azul y el otro con uno rojo. Dos manzanas en el árbol, ambas rosadas, pero una un poco más grande que la otra. ¡Y esa sería para mí! Soy un hombre, y por ello me corresponde la manzana más grande. Sí, podríamos tener una vida divina, si tan sólo Elsa entendiera el orden de las cosas. Cuán feliz sería yo si tan sólo Elsa fuera menos avara, más templada. menos proclive a desempolvar viejos rencores, más cariñosa, un poco más rubia, más delgada… ¡y como veinte años más joven! Pero, ¿de qué sirve esperar que una mujer así cambie?

Sus meditaciones habían llegado a ese punto cuando, de pronto, un hongo particularmente bello del género *Clavaria* atrajo su mirada y lo hizo exclamar con deleite. Parte de la economía frugal que caracterizaba a "La cabaña de los tres osos" consistía en enriquecer los menús con cosas que encontraran en el bosque y en el campo, ya fueran moras silvestres y ensaladas de setos, o diversos tipos de hongos comestibles, los cuales les parecían particularmente deliciosos y nutritivos.

Por lo tanto, Henry recolectó ese hongo y lo envolvió en su pañuelo. Su primer impulso fue regresar a la cabaña y entrar radiante a mostrárselo a su pareja (o quizás entrar de forma lúgubre y con el tesoro oculto a sus espaldas para sorprenderla). Sea como fuere, la idea era presentarlo de forma exultante con un: "¡Helo aquí, amor mío, un admirable espécimen del género *Clavaria*! Prepara tu fogata, querida, y sírvelo ardiendo a la hora de la comida. Tú probarás un poco, y yo probaré otro poco, y así ambos comeremos la mitad". Pero ese impulso generoso desapareció en cuanto recordó que Elsa no era lo suficientemente templada, rubia, delgada o joven. “Además”, pensó él, se las ingeniará para quedarse con la mejor parte y, de cualquier modo, es un error cortar un hongo, pues eso hace que se escape el jugo nutritivo."

Miró en todas direcciones con la esperanza de encontrar otro igual, pero era el único. “¡Con cuánto entusiasmo lo llevaría a casa si me recibiera una criatura como la que siempre he imaginado!", pensó él. “Con gusto sacrificaría el jugo. Como están las cosas, será mejor que lo

tueste en una rama. Es una pena, porque de esa manera tienden a secarse."

Comenzó a buscar algunas ramitas con las cuales hacer una fogata, y casi de inmediato su ojo divisó otro hongo, de apariencia interesante y una palidez aperlada que le reveló muchas cosas al estudioso de la naturaleza. Al instante lo reconoció como "el ángel de la muerte", o *Amanita phalloides* (disculparán el latinismo, señoritas), que es el desagradable nombre con que lo distinguen los científicos más liberales. Este hongo combina una de las formas más animadas de la anatomía humana con un contenido mortífero, y el más mínimo bocado es capaz de partir a un hombre como un rayo. Henry contempló con respeto el admirable hongo y no pudo evitar estremecerse.

—No obstante —admitió—, el nombre le sienta bien. Es exactamente la clase de seta venenosa en la que uno espera ver sentada a una hadita, una deliciosa criaturita de cabellos dorados… En fin, en nombre de todo lo maravilloso —exclamó—, ¡me parece que eso es justo lo que veo (en sentido figurado, claro está)! —Con manos temblorosas, extrajo del suelo la golosina letal y la envolvió en su pañuelo junto al otro hongo, con cuidado de doblar el lino de cierta forma para evitar cualquier contacto entre ellos—. Elsa siempre se ha burlado de la naturaleza —continuó—. Y ahora la naturaleza se burlará de ella.

De inmediato emprendió el camino de regreso a la cabaña, donde Elsa lo recibió con una sonrisa. "Sonreír es fácil cuando desayunas dos huevos", pensó nuestro héroe. "Pero veamos cómo te comportas después de llevarte el *Amanita phalloides* a la boca." Esa reflexión le pareció sumamente graciosa, por lo que miró a su esposa con una sonrisa afectada, de la cual ella infirió que la discusión de esa mañana era cosa del pasado. Aquello le pareció gratificante, ya que ella era una criatura simple y primitiva, y la doble ración en el desayuno había hecho que la sangre fluyera con calidez y lentitud por sus venas.

—Mira lo que encontré —comentó Henry—, Dos hongos…, ¡y de variedades distintas! Este es un *Clavaria*, un hongo de sabor agradable y contenido nutricional decente.

—¿Y el otro hongo que se ve tan blanco y aperlado? —inquirió.

—Ah, ese es un *Eheu fugaces* —mintió.

—¡Qué bonito nombre! —exclamó ella—. Pero, ¡qué forma tan extraña! Claro, digo, para un hongo.

—No le prestes atención a eso —sugirió él—. Es mucho más nutritivo de lo que imaginas: es rico en minerales, urea, elastina, riboflavina, tiamina y ácido ascórbico. Por si fuera poco, su sabor es digno de un rey, así que yo mismo me lo comeré, ya que tú difícilmente pasarías por miembro de la realeza, pues esa no es tu

naturaleza.

—Es verdad —contestó ella con una risita—. Tienes toda la razón, cariño. ¡Ja, ja! Esa no es mi naturaleza.

Aquella respuesta desconcertó a Henry, pues esperaba que ella reclamara el mortífero hongo tan pronto él alabara su alto contenido nutricional y sabor. Sin embargo, como era un hombre ingenioso, de inmediato cambió de estrategia.

—Era broma —continuó él—. Te regalaré este magnífico hongo porque pienso que te lo mereces, querida.

—¡Qué lindo gesto, Henry! ¿Cómo puedo recompensar tu amabilidad? ¿Qué puede hacer una simple mujer para mostrar lo agradecida que está de tener un buen esposo?

—Pica los hongos y prepáralos por separado, para que no se confundan los sabores. Sírvelos sobre un trozo de pan tostado y cúbrelos con buenas cantidades de queso rallado.

—Eso haré —respondió ella—, aunque la idea de cortarlos me resulta dolorosa. —Elsa le dio un empujoncito a Henry y entró a la cocina, donde empezó a aderezar y preparar los hongos. Henry la esperó en la sala de estar mientras fantaseaba con una exquisita criatura de no más de veinte años. Elsa, asomada por la puerta y mirándolo con amor, reconoció el brillo en sus ojos de ave y siguió cocinando con alegría en el corazón. “Él se merece lo mejor, pensó ella, y lo tendrá. Comerá el mejor hongo, puesto que es un rey entre los hombres, además de que, según dijo, es altamente nutritivo. Después de todo, yo comí dos huevos en el desayuno, y esos, tralalá, fueron suficientes para nutrirme a mí”—. Ven, querido —le pidió ella cuando el almuerzo estuvo listo—. Aquí está nuestra comida, y aquí están nuestros dos platos, el mío con un aro azul y el tuyo con un aro rojo. Come con ganas, mi ángel, que pronto serás recompensado por tu amabilidad y consideración.

Henry, que estaba famélico por haber desayunado tan poco, deseaba más que nada en el mundo fortalecer sus tejidos para el día en que la verdadera Ricitos de Oro llegara a “La cabaña de los tres osos". Por esa razón, cortó un buen trozo del pan tostado y se lo metió al hocico. De pronto, salió disparado de su silla y comenzó a dar brincos, a retorcerse, tambalearse, dar vueltas, hacer cabriolas, girar, serpentear y patalear por toda la habitación. Al mismo tiempo, fue presa del mareo y las náuseas, vio estrellas en los ojos y experimentó palpitaciones, convulsiones, flatulencias y otros síntomas demasiado espantosos como para mencionarlos aquí.

—¿Qué demonios sucede, querido? —preguntó su esposa—, ¿Te sientes mal?

—¡El demonio! —jadeó—. ¡He ingerido "el demonio de la muerte”!

¡Me he comido el *Amanita phalloides*!

—¡Ay, querido! —dijo ella, sorprendida— ¡Qué palabras tan coquetas! ¿En qué estarás pensando?

—¡Maldita p…! —exclamó él—. ¿Te vas a quedar ahí parada haciendo insinuaciones soeces? ¡Me estoy muriendo! ¡Envenenado! Llama a un doctor. ¿Me escuchas?

—¿Envenenado? —repitió ella—. ¿Por ese hongo? Pero, Henry, ¡si ese es el que me querías dar a mí!

—Lo confieso —dijo él—. Me sentí herido y quería vengarme. Perdóname. Y, por el amor de Dios, consígueme un doctor o moriré en menos de cinco minutos.

—Te perdono por tratar de envenenarme —lo tranquilizó Elsa—. Pero no puedo olvidar esa palabrota que me dijiste hace un momento. No, Henry, una hembra canina no puede conseguirte un doctor. No iré más allá de donde está ese fornido y joven leñador que está talando un olmo en la hondonada. A menudo me chifla cuando paso por ahí, como un oriol en pleno canto. Le preguntaré qué opina de un hombre que se dirige a su esposa con esa palabrota y qué piensa de un hombre que trae a casa una cosa así para su esposa. Pero no te preocupes, que ya sé qué me responderá.

CINEMA INFERNO

Mientras soñaba con dinero, recostado y adormilado sobre la arena de Malibú, escuché un grito desolador. Se trataba de una gaviota que apenas se veía, similar a un copo blanco que brillaba y flotaba en el cielo abrasador y descolorido, pero sus alas y su blancura, y una especie de pesimismo profundo en su graznido, me hicieron pensar que quizá se trataba de mi ángel guardián.

Momentos después, desde el húmedo interior de la casa de verano, el teléfono elevó su seductora voz, y yo respondí a su llamado. Por supuesto, era mi agente.

—Charles, te agendé una cena de negocios esta noche. ¿Alguna vez has oído hablar de un tal Mahound?

—¿Es turco?

—Podría ser turco.

—Nunca.

—Para ser honesto, Charles, yo tampoco había oído hablar de él. Pero, créeme, es un tipo consolidado. Lo tiene todo: dinero, ideas novedosas, una gran capacidad de organización.

—¿Qué quiere de mí?

—Todo.

—Suena demasiado bueno para ser cierto.

—Mira, Charles, el tipo quiere hacer películas. Las películas tienen que escribirse, Charles, y tienen que producirse. Ahora, este tipo…

—¿Sabe cuáles son mis honorarios?

—Es lo que trato de decirte, Charles: será mucho más que un sueldo. Mucho más.

—¿En dónde y a qué hora debo reunirme con él?

A las ocho en punto, entré al vestíbulo del hotel Beverly-Ritz. Justo antes de culminar ese primer minuto, el chico del ascensor, con aire triunfal, descorrió la celosía, que chirrió ligeramente, y reveló, como un diamante Kohinoor al interior de un ataúd, a un personaje de

apariencia tan distinguida que por un momento pensé que se trataba de un maniquí, colocado ahí para darle un toque de elegancia al hotel. Pero estaba equivocado. El hombre inhaló el humo de un puro de diámetro incomparable; barrió con la mirada a la miserable congregación en el vestíbulo, y luego esa mirada vino a posarse sobre mi cabello, cuyo arreglo no respondía a un estilo en particular. Él me conocía a mí y yo lo conocía a él.

—Señor Rythym, esto es muy, muy amable de su parte. Ha venido hasta aquí desde Malibú.

—Sí. ¿Por qué hacer las cosas a medias?

—Un excelente principio, señor Rythym. Se lo he inculcado a mi chef, quien viaja conmigo siempre. Acompáñeme a mi suite para ver si he tenido éxito.

Guardó silencio en cuanto entramos a su suite, como esperando que yo reaccionara con sorpresa y admiración. Fue un impulso que reprimí con cierta dificultad, pero me encantó escucharlo decir con un dejo de mortificación: —Espero que la decoración no le parezca de mal gusto.

—En absoluto. Me gusta lo barroco; soy admirador de Tiziano.

—Confieso que me gusta la comodidad. Me gusta viajar con mis propias cosas. También pedí que hicieran algunas modificaciones arquitectónicas.

—¡Tiene excelente gusto, si me permite decirlo, y excelente criterio!

Él sabía que me había impresionado, pero yo sabía que él deseaba impresionarme. Estábamos empatados, salvo por el hecho de que él era el del dinero.

—Pondré ese elogio a prueba —dijo él—. ¿Confiará en mi buen gusto lo suficiente como para aceptar el ofrecimiento de un coctel que jamás ha probado?

—Estoy deseoso de tener una experiencia trascendental. ¡Y qué agradable es hablar así! ¿Quién de los dos empezó? Siento que en cualquier momento procederemos a intercambiar votos nupciales.

El novedoso coctel era de gran tamaño, y contenía un poco de la opalescencia turbia del ajenjo y uno de esos sabores ambiguos pero poderosos, como a recuerdos, remordimientos o desprecio por los remordimientos. Tomé el primer trago, y el segundo me tragó a mí. Emergí mucho más grandioso y codicioso que la vida misma, en medio de un banquete y una conversación.

—Beba un poco más de vino, señor Rythym. Como le decía, me gustaría convertirme en el líder por antonomasia de una nueva y mejorada industria fílmica.

—Sólo se necesita dinero y, por supuesto, talento.

—Entonces, ¿está conmigo?

—Toda vez que lo permita mi agente. ¡Pero debo advertirle que es un alma sórdida!

—Él nos acompañará más tarde, por la noche. Creo que podré hablarle en un lenguaje que él entenderá. Pero pruebe un poco de brandy, señor Rythym. Brindemos por una alianza larga y feliz.

Al día siguiente, visité las oficinas de Joe a primera hora. Al vernos, nuestras cejas ondearon como las antenas de las hormigas cuando se encuentran.

—¿Y bien, Joe? ¿Firmé algo ayer en la noche?

—Piensa en una cantidad —dijo él.

—Vamos, llevo toda la noche pensando en eso.

—Multiplícala por cinco —continuó Joe, sonriendo.

—¡Imposible! ¡No soy ningún Einstein!

—Aquí está el contrato, Charles. Revísalo tú mismo.

—¡Mira nada más cuántas páginas tiene! ¡Hey! ¡Aquí viene una lista interminable de opciones!

—Bueno, como dijiste anoche: ¡para toda la eternidad y por esa cantidad!

—Joe, me gustaría revisar el contrato contigo, punto por punto.

—Lo siento. Me está esperando otra dienta. ¿La viste?

—Debo admitir que vi algo parecido a un haz de luz en la sala de espera.

—Se trata de la señorita Belinda Windhover, de Inglaterra. Mírala de nuevo al salir.

—Antes de hacerlo, Joe, cuéntame un poco más sobre ese tal Mahound.

—Bueno —dijo mi agente, evasivamente—, ¿a ti qué te pareció?

—Parece haber estado en todas partes.

—Así lo parece.

—Conoce a todos.

—En efecto, eso parece.

—Tiene unos ojos asombrosos, Joe.

—Sí, Charles, son extraordinarios.

—Como sea —dije—, parece que tiene árboles de dinero.

—Es rico como… rico como el rey Creso —exclamó Joe. tras recobrar su personalidad alegre.

—Debe de ser mucho mayor de lo que parece. Joe. Describió un incidente que sucedió durante una de las guerras bóer.

—¿Ah, sí? ¡Ja, ja! Pensé que ibas a decir que en las Cruzadas.

—¿Cómo? ¿No crees que podría haber descrito un incidente que sucedió durante las Cruzadas?

—Si ya lo hizo. Ya me lo contó. Claro que la gente está dispuesta a decirle cualquier cosa a un agente.

—Joe, ¿ese tipo Mahound no te recuerda a alguien? ¿Su nombre no te suena conocido?

—Nunca he sido bueno para ponerles nombres a las caras, Charles. Pero te juro que nunca lo había visto.

—No, pero, siendo sinceros, Joe. ¿quién crees que sea?

—No me pagan por preguntarme quiénes son las personas, viejo amigo. Eso nunca funcionaría. ¡Mi trabajo es vender a mis clientes!

—Tú me vendiste, Joe. ¡Y que me caiga un rayo si no lo hiciste! ¡Que me caiga de cualquier forma! ¡Diablos!

—Mira, viejo amigo, lo mejor será que no te exaltes. Después de todo, así son las películas. Piensa en las personas a las que te he vendido en otras ocasiones.

—Sí, Joe, pero esas malditas opciones… No le diste opciones sobre mí para toda la eternidad, ¿o sí?

—Bueno, es sólo un decir.

—¡Un decir! ¡Ay, Dios!

—Después de todo, el tipo tiene una gran capacidad de organización. Apuesto a que también incluirá efectos impresionantes. Trabaja bien con él, Rythym, y tendrás un futuro brillante.

—Joe, ese contrato debe ser leonino. Estoy fuera.

—Lo siento, viejo amigo, pero es a prueba de balas. Además, piensa en el dinero. Piensa en mí. Los agentes vivimos de nuestra comisión, Charles. De cualquier forma, tal vez no sea como tú piensas. Tú eres escritor, un soñador; recuerda que estamos en el siglo xx. Tal vez sólo sea un anciano que descubrió las glándulas de mono durante las Cruzadas o en algún otro lugar.

—¿Con esas orejas?

—Tal vez en ese entonces era prestamista. Tal vez se las recortó un poco.

—¿Y esas uñas?

—Mira, Rythym, no empieces a aficionarte a la sátira. Conozco bien a esos productores. Soy un hombre con buen gusto, igual que tú. Como sea. así es la industria, ¿sabes? Hago muchos negocios con tipos como él. Y no puedo criticarlos sólo por diversión.

—Joe, creo que saldré a pasear un rato por las calles.

—¡Eso es todo! Sabía que terminarías por aceptarlo. Y juro por Dios que daría cualquier cosa por deshacerlo, Charles, pero cometí un pequeño error de cálculo.

Salí de la oficina de Joe y pasé frente a la señorita Belinda Windhover de camino a la salida. Parecía un ángel. ¿Eso qué significaba para mí? Esa noche volví a presentarme en el Hotel

Beverly-Ritz, pero esa vez alguien más me condujo a la suite del señor Mahound. Su saco lucía estupendo.

—Señor Mahound, ¿de casualidad usted estuvo en las Cruzadas?

—Señor Rythym, esa fue una misión muy interesante.

—Eso lo convierte en un hombre bastante viejo, ¿no?

—Bueno, uno es tan viejo como se siente. Hoy me siento endiabladamente joven, mi querido Rythym. Estar en el hotel Beverly-Ritz, contratando gente talentosa, ¡y a punto de reinventar la industria fílmica de Estados Unidos!

—¡Intente escapar lo más pronto posible!

—¡Querido amigo, estamos en el siglo XX!

—Bien, pues entonces, ¡salga de aquí!

—Fúmese un cigarrillo.

—Mire, no soy un cliente fácil.

—Yo tampoco. Lo cual me recuerda lo siguiente: pensé que tal vez podríamos hacer una nueva versión de Jekyll y Hyde. Y yo podría ser el protagonista. ¡Observe!

—¡Caray!

—¡Cielos! Todos odian verme así. Había una santa a la que visité en una ocasión que dijo que prefería pasar el resto de su vida parada sobre agujas calientes que volver a verme así, aunque fuera sólo un segundo. De cierta forma, fue halagador. Pero no se preocupe. Rythym, que usted y yo seremos como uña y mugre.

—¡Sí! ¡Claro que sí! Quédese como está y contará conmigo. Haré lo que me pida.

—Eso es lo que me gusta de los escritores. Bueno, pues, ¿ahora qué procede para hacer películas?

—Si quiere mi consejo, no le recomiendo hacer películas. No son más que puras preocupaciones. Además, tendrá que involucrarse con muchísimos actores.

—Los intérpretes siempre me han parecido muy simpáticos.

—Me parece que no ha estado muy metido en la industria a últimas fechas, amigo mío. No conoce a algunas de nuestras estrellas.

—Tendrá que disculparme, mi querido Rythym, pero suelo llevarme muy bien con la gente. Y, por lo que respecta a las preocupaciones… ¡Bah! Fui alto ejecutivo de una de las organizaciones más grandes que han existido, así que estoy acostumbrado a lidiar con gente rezongona y quejumbrosa. Ahora que estoy retirado, pienso disfrutarlo al máximo.

—¿Y por qué no descansar? —sugerí—. Descansar y relajarse.

—¡Debería ver mi trono! No, mi querido amigo, estoy ansioso por empezar a hacer películas. Usted dedíquese a encontrar una historia. Yo me quedaré aquí para hablar con la prensa. Y, por cierto, dentro de

poco llegará alguien a reunirse conmigo. Ese excelente agente suyo me la recomendó. Una chica inglesa muy sencilla ¡Fresca! ¡Impoluta!

—Conozco a las de esa calaña.

—No lo creo, Rythym. ¡Esta es prácticamente una niña! La prepararé para el estrellato. De hecho, quizá ya ande por aquí. —Presionó un timbre—, ¿Ya llegó una señorita de apellido Windhover?

—Sí, señor. Lo está esperando.

—Pídale que pase.

En un abrir y cerrar de ojos, la señorita Windhover había entrado, de nuevo como un haz de luz que eclipsó incluso el costoso brillo de la electricidad.

—Ay, señor Mahound. Yo… yo… yo…

Él le acarició la mano para tranquilizarla.

—¡Vamos, querida! No estás nerviosa, ¿o sí? Nunca olvides que tienes talento, y eso es algo que el dinero no puede comprar. No lo olvides. Te dará porte. La señorita Marlene Dietrich tiene porte. Y quiero que tú también tengas porte.

—Si usted supiera cómo han sido las cosas para mí, señor Mahound. La lucha por obtener papeles pequeños. Las casas de huéspedes de mal gusto. Y papá ha estado tan enfadado. Y mamá llora. ¿Por qué siempre la familia tiene que ser tan esnob? Son gente querida, por supuesto, querida y anticuada. ¿Por qué siempre la familia tiene que ser tan anticuada?

—Tranquila, querida. Todo eso quedó atrás. Piensa en los grandes reflectores. ¡La riqueza! ¡La fama! ¡Las fiestas en Beverly Hills!

—¡Y mi arte!

—Sí, sí. Tu arte.

—Esa es la prioridad. Y, por supuesto, los perritos.

—Así es. Mi querido Rythym, la señorita Windhover ama a los perros. ¿Acaso podría…?

Inconforme, levanté el teléfono y marqué el número de servicio a la habitación.

—Necesitamos unos perros para la señorita Belinda Windhover.

—Lo siento, señor. En este momento todas las tiendas de mascotas se encuentran cerradas.

—¿A eso le llaman “servicio”? ¿Acaso no hay ningún perro en el hotel?

—Sólo los de Myra de Falla.

—Apresúrese, que si no nos traga la tierra. Súbanlos a nuestra habitación.

Poco después llegó el sirviente con dos borzoi, cuatro scotties y un pug. Belinda Windhover estaba encantada.

—¡Ay, perritos!

—Mire cómo los besa, querido Rythym. ¿Cree que tiene madera de estrella?

—Escúcheme, Mahound. puedo ver que arruinará a esa chica.

—Tonterías. Aunque suene presuntuoso, considero que tengo aptitud para la gente. Quiero que salga con ella, estudie su psicología y escriba un buen papel para ella.

—Pero deje que ella estudie el papel. ¡Al diablo con su psicología!

—¡No diga esas cosas, querido Rythym!

—Me rehúso a hacerlo entonces —afirmé—. Y punto.

—¡Vaya, vaya! Mire nada más este piso de parqué. Uno de los bloques está suelto.

Mientras miraba al señor Mahound, él desprendió un pedazo del bloque con el dedo del pie. El efecto fue extraordinario. Parecía como si me asomara a una profundidad infinita y viera a una gran cantidad de figuras animadas en un escenario envuelto en llamas. El señor Mahound reacomodó el bloque, y la visión desapareció.

—¡Uf!

—¿Qué dijo, mi querido Rythym?

—Dije que “sí”.

—¿Pasará la tarde con la señorita Windhover?

—Sí.

—¿Y explorará su psicología?

—Sí.

—¡Ah, llegaron los reporteros! ¡Bienvenidos, caballeros! Acompáñenme. Quiero presentarles a la señorita Belinda Windhover. Abandonó un distinguido hogar para refinar su arte. Escriban eso.

—Okey. Lo sabemos. Sus padres son anticuados.

—Bueno, pues tómenle una foto. Aquí la tienen, preparándose para el estrellato en el estudio Mahound Pictures Incorporated. Aquí están sus amados perros.

—Okey. Los conocemos. ¡Hola, Mirza! ¡Hola, Bobbles! ¿Recuerdan cuando los tenía Nancy North, muchachos?

—Creo que a ella se la tragó la tierra.

—Y Lucille Lacey. A ella siempre le encantó el pug.

—A ella también se la tragó la tierra.

—Tal vez no los han educado como perros domésticos. De acuerdo. Preparemos el encuadre. ¿Quién es ese caballero?

—Soy escritor.

—¡Excelente! Entonces puedes detener la pata de mi tripié. Okey. Fotografía a la señorita Belinda Windhover. ¿Y usted es el señor Mahound?

—Les revelaré cuáles son mis intenciones sobre el renacimiento de la industria fílmica estadounidense.

—Está bien. Tomemos una foto de Belinda con los perros blancos. Son elegantes. ¿Dónde están sus sables, señorita Windhover?

—Unos sables para la señorita Windhover, mi querido Rythym.

—De acuerdo.

Molesto, volví a tomar el teléfono.

—Necesitamos sables.

—Lo siento, señor, pero no puedo comprar sables a esta hora.

—¿Qué clase de establecimiento es este? ¿Qué no tienen ningún sable en el hotel?

—Muchos, señor. Están los de la señorita Pauline Powell.

—Pues súbanlos a nuestra habitación, que si no me tragará la tierra.

Muy pronto se habían tomado todas las fotografías, y los miembros de la prensa se retiraron.

—Muy bien, jóvenes, les pediré que se retiren para que hagan amistad entre ustedes.

—Ay, señor Mahound. ¿no nos acompañará? —exclamó Belinda, haciendo puchero.

—Llámame Nicholas. querida. Esta noche, por desgracia, me es imposible. Tengo muchos asuntos que atender.

—Pero —inquirió ella—, ¿crees que deban verme paseando con un escritor?

—El señor Rythym es un escritor muy distinguido, querida. Además, es mi mano derecha.

—Sí, voy a explorar tu psicología. —Eso animó un poco a la futura estrella.

—Quiero saberlo todo sobre mi psicología —dijo ella mientras bajábamos en el elevador—. No seré una actriz ordinaria, señor Rythym. Seré una intelectual. Y, al mismo tiempo, no hay nada que disfrute más que cocinar, pero sólo cosas sencillas, con un delantal sencillo. Invitaré a Clark Gable y a Katharine Hepburn cuando ya sea conocida, y a Gary Cooper, y les daré galletas hechas por mí.

—¡Muy bien! Apégate a esa idea. Me gusta.

—¿Y me dirás todo sobre mi psicología?

—Claro —respondí—. Juntos nos adentraremos en ella. Vamos.

Al día siguiente, pasé buena parte del día con el señor Mahound. Su suite estaba a reventar de orquídeas y cablegramas.

—La gente se está emocionando —afirmó él, frotándose las manos.

—Sí.

—Haremos cosas grandiosas.

—Así es.

—Y bien, ¿qué hay de nuestra Belinda? ¿Puede adaptar un papel a su psicología?

—Sí. Estoy seguro de que sí.

—¿Acaso… dijo algo sobre mí anoche?

—Sí lo hizo. Piensa que usted es la crema y nata del pastel de cereza.

—Así que "la crema y nata del pastel de cereza ¿eh? Rythym, haremos cosas grandiosas. ¡Cosas grandiosas! Ahora, puede retirarse.

Fui al restaurante en donde me reuniría con Belinda. quien parecía haber adquirido porte de la noche a la mañana.

—Señor Rythym, ¿cómo le va?

—Mira. Un estudio de cine es la mejor democracia en el mundo, así que puedes llamarme Charlie.

—Claro. Si yo soy una mujer sencilla a la que le gusta cocinar. ¿Cómo está el señor Mahound?

—Belinda, está loco por ti.

—Dime, ¿en serio es uno de los mejores productores?

—El mejor de todos. Tiene todo el dinero del mundo.

—Sí, Charlie. Pero hay algo que el dinero no siempre puede comprar, al menos no en Inglaterra, ¿o sólo yo pienso así?

—Te refieres al talento. Puedo adivinarte el pensamiento, Belinda.

—Por favor, no hagas eso. Verás, mi familia es anticuada. Creo que me gustaría interpretar a Julieta.

—Pero ya se ha hecho antes.

—No como lo haré yo. Deberás escribir un nuevo guión, hecho a mi medida.

—Okey, lo modernizaremos. El departamento de los Capuleto está en un rascacielos de Nueva York. Romeo es un joven agente del FBI. egresado de Harvard, pero disfrazado de estudiante de Yale para burlar a los gánsteres. Capuleto es de Harvard, ¿entiendes? Da pie a una reconciliación, un final feliz. A Romeo le gusta el alpinismo; eso hace posible la escena del balcón. En un rascacielos, ¿entiendes? Sólo que no se llama Romeo, sino Don.

—Pero, ¿eso no es hacerlo diferente?

—Bueno, ya sabes lo que dijo Shakespeare: "Romeo, Romeo, ¿dónde estás, que no te veo?"

—Eso lo dijo Julieta.

—Bueno, como sea. eso muestra que había dudas.

—Tienes razón, pero nunca lo había pensado. Charlie, escribe mis pensamientos en un libro sobre Shakespeare y firmaré el contrato. No quiero ser una actriz común y corriente.

—No lo serás. Pero salgamos de aquí y reunámonos con Mahound. Está loco por ti.

—¿Y en serio es uno de los mejores productores?

—Lo es. Pero, permíteme decirte algo al oído. (¡Por Dios! ¡Es como una concha! ¡Una hermosa concha rosada!) Te iba a decir: recuerda que tienes talento. Anoche no eras más que un descubrimiento. Hoy… hoy eres lo que eres. Estás creciendo muy rápido. Piensa en grande. No dejes que nadie arruine tu estilo. Ni siquiera Mahound.

—No. Porque mi arte es sagrado.

—¡Magnífico!

Cuando entramos a su suite, el señor Mahound le tomó ambas manos.

—¡Qué detalle tan, pero tan encantador de parte de una dama tan, pero tan encantadora que hayas venido a ver a un pobre y viejo cineasta en su pequeño escondite en el Beverly-Ritz!

—Nicky, Charlie ha ideado un papel para mí. Julieta, pero mejorada.

—Espléndido. ¿Tiene a alguien en mente para interpretar a Romeo, mi querido Rythym?

—Eh, sí, a un tipo.

—Tiene que escalar por la fachada de un rascacielos, Nicky. Para que yo haga la escena del balcón, sosteniendo una rosa.

—¿Crees que tus protagonistas masculinos hollywoodenses puedan manejarlo, Rythym? No todos son tan jóvenes como debieran.

—Sí, claro. Ellos pueden escalar cualquier cosa. Y mira, habrá que meterle un toque de Juana de Arco para complementar el papel. Tiene que salvar la ciudad de Nueva York.

—¿Salvarla de qué?

—De los gánsteres. ¿Y cuál crees que será el clímax?

—¿Cuál?

—Balas de verdad.

—¡Ay, Rythym! ¡Pero por favor! Después de todo, el juego tiene reglas, ¿sabe? Hasta yo…

—Permítame explicárselo —exclamé—. El rol lo requiere. ¿O no, Belinda? ¿Cómo va a hacer de las suyas, cómo va a darlo todo, si usted la decepciona con el tema de las balas?

—Creo que debo tener balas de verdad. Nicky.

—Por supuesto —insistí— ¿A poco cree que Theda Bara hubiera interpretado a Cleopatra sin una perla de verdad?

—Pero, no piensa usar una pistola ASP de verdad, ¿o sí? —dijo Mahound, tratando de poner alguna excusa. Pero yo la ignoré.

—Sí, una pistola ASP de verdad, sólo que un modelo viejo. Con los

dientes de fuera. Se pueden usar balas viejas. Podemos contratar a viejos gánsteres y decir que murieron de insuficiencia cardiaca.

—De pronto suena usted muy rudo, mi querido Rythym.

—¿Rudo? ¡Y espere a que llegue al set!

—Tal vez el set tendrá piso de parqué.

—Sí, tal vez lo tenga —contesté, un tanto abatido—. Tal vez usemos cartuchos vacíos. En vez de eso, quizá vaya a comprar perlas de verdad. Porque le pondré un toque de Cleopatra, una escena donde entre enrollada en una alfombra.

—Hágalo, querido amigo. Tenemos un escritor con talento, Belinda

—Charlie está bien, pero se rinde con facilidad. Por favor, Nicky, quiero balas de verdad.

—Miren, muchachos —interrumpí—, me retiro para ir por esas perlas. Ustedes pónganse de acuerdo.

En el camino de regreso, me asaltaron las dudas. ¿Había ido demasiado lejos? Quizá las perlas eran un poco vulgares. Pensé en ir a mi habitación y ver cómo se verían sin dos o tres de las perlas del centro. Mientras cruzaba el pasillo, el elevador bajó, zumbando. El señor Mahound iba adentro. Él me vio. Sus labios formaron las palabras: "¡Ella es fantástica!" Dicho eso, desapareció.

Más tarde, subí a su suite. Belinda se encontraba allí sola, arrancando orquídeas.

—Parecen confeti —confesó ella—. Me resulta un poquitín… fascinante, tu señor Mahound.

Noté su acento centroeuropeo.

—Entonces, ¿conseguiste las balas?

—Charlie. mi papel involucra salvar la ciudad de una Flota Roja. Tendremos balas de verdad.

—Eso es cierto, cariño. Nick es un tipo grandioso. Durante años tuvo un trabajo de cuello blanco, Belinda. Tiene la experiencia necesaria. Si yo fuera una chica, pensaría que Nick es maravilloso. Pero no lo olvides: tú eres la del talento. No dejes que nadie arruine tu estilo. Tienes un futuro prometedor. Belinda. Tal vez creas que te has ganado la lotería. Pero, nena, esas no son más que migajas en comparación con lo que ganarás en el futuro, siempre y cuando no pierdas tu estilo.

—Tienes razón, Charlie. Es mi arte. Es sagrado.

Por la noche me reuní a solas con Mahound.

—¡Es maravillosa, Charles! Pero…, digo…

—¿Sí?

—¿Mencionó algo sobre las balas?

—Dijo que usted le había dicho algo sobre las balas.

—Quizá lo hice en un arranque de emoción. Es difícil. Charles. ¡Balas de verdad! Habrá problemas. No quiero acabar en la corte.

—¿Y a usted qué le importa?

—Me importan mis ambiciones cinematográficas. Además, Charles, no me gusta su guión. Perdóneme, viejo amigo. Es un gran guión, pero no me gusta. La realidad es que resulta demasiado caro.

No se atrevió a mirarme a los ojos. Me di cuenta de que le avergonzaba el hecho de que sus fondos no fueran tan ilimitados como prometía. Pensé que, en un contrato donde existe ese tipo de vanidad, también existe un poco de esperanza. Comencé a espolearlo.

—Pensé que tenía todo el dinero del mundo. Pensé que era un hombre consolidado. Sabe, la gente dice que usted es "tan rico como el diablo". —Claro que él no se habría atrevido a decir que no era más que un pobre diablo. Masculló algo sobre el hecho de que un presupuesto es un presupuesto—. Puedo escribirle una película de vaqueros si quiere —dije con sarcasmo—. ¿Podrá conseguir un caballo de verdad?

—He conseguido caer en una trampa de verdad, mi querido Rythym.

—Quizá sí. Muy bien, comenzaré a escribir algunas líneas. —Al día siguiente, llamé temprano a Belinda—. Bueno, cariño, rechazaron nuestro guión. Ahora estoy escribiendo una historia de época situada en un pueblito. Utilizas uno de esos bonetes enormes que esconden el rostro.

—No me digas, Charlie. Me gustaría entrar enrollada en una alfombra, con tres grandes perlas.

—Las perlas no son una opción, cariño. Hay restricciones económicas. Mira, incluso han eliminado tus balas. Son sólo tú y un caballo.

—No escribas ni una palabra, Charlie. Espera a que me reúna con Nick.

Después del almuerzo, una llamada telefónica me convocó a una reunión con el señor Mahound. Belinda estaba ahí, sonrojada y radiante.

—¡Balas de verdad, Charlie!

—Y campanas, Charles. Belinda y yo nos casaremos. ¿No es así, cariño?

—Sí, y yo tendré balas de verdad.

—Y verdaderos buques de guerra —propuse—. Esa sí que es una gran idea. Déjenme incluirla en el guión. ¡Buques de guerra subiendo por el río Hudson, consumidos por las llamas! Ese será mi regalo para la novia.

—¿Escuchaste lo que dijo, Nick? Ay, Charlie, ¡si que sabes escribir!

¡Verdaderos buques de guerra!

—Temo decirte que Charles está bromeando, querida. Le encantan las bromas sobre disparos. Pero tú y yo… hablemos sobre nuestra boda.

—Está bien, Nicky. Volaremos a Nueva York. Iremos a la Pequeña Iglesia a la Vuelta de la Esquina —¿Te refieres al pequeño juez a la vuelta de la esquina?

—No, cariño, me refiero a la Pequeña Iglesia.

—Eso no es para nosotros, cariño. Nosotros tendremos una ceremonia tranquila, frente a un juez.

—¿Qué? ¿Por quién me tomas? ¿Crees que soy de tu propiedad? ¿Tu esclava? ¿Soy o no soy una estrella de cine?

—Pero también eres una esposita, querida. Recuerda que eres una chica sencilla. Perritos…, galletas… Sus seguidores quieren que ella sea una esposita ideal, ¿verdad, Charles?

—Sí, Nicky, pero aún no accedo a interpretar el papel de esposa. No interpretaré ningún rol antes de haber firmado un contrato. Mi madre decía que una chica nunca debe actuar como una esposa hasta que realmente lo sea. Ella es anticuada. ¿Por qué nuestra familia es tan anticuada?

—Yo también soy anticuado, querida —confesó Nick—. No puedo ir a la Pequeña Iglesia a la Vuelta de la Esquina. Se me iría la vida en ello. Mira, cariño, sólo consigue a un juez común y corriente, y quizás entonces pueda ampliar un poco el presupuesto. Quizá logre conseguir uno o dos buques de guerra.

—Bueno, pero no olvides que ya me lo prometiste.

—¡Qué alivio! ¡Qué felicidad! —exclamó él—. ¡La verdadera felicidad! ¡Comencemos de una buena vez!

—Linda —susurré, mientras él reservaba un boleto de avión por teléfono—, no olvides tu prestigio. Pídele una luna de miel larga. Por lo menos dos meses, cariño. De lo contrario la gente creerá que no eres tan glamurosa.

—Tienes razón, Charlie. Eso haré.

Así que fueron a Yuma. Luego de varias semanas, recibí un telegrama: “Llegaremos a casa el viernes. Con amor, Nick y Linda". Poco después recibí otro: “Confidencial. ¿Podría desarrollar un guión alterno? Un western, en el mar del Sur o algún otro entorno natural. Repito, es confidencial. Nick”.

Después de pensarlo un rato, escribí el borrador de una historia situada en una granja, como esas que solía hacer Mabel Normand en los viejos tiempos. Pensé que apenas le gustaría a Belinda, pero estaba bajo contrato. Las órdenes son órdenes.

Me encontraba en el aeropuerto para recibirlos. Linda salió

primero, y de inmediato la asedió la prensa. Escuché las palabras esposo, perritos y galletas.

—Charles —susurró Mahound—, ¿puedo decirle algo al oído? ¿Tiene listo ese borrador? ¿Ese guión a medias?

—Sí, lo tengo. ¿Qué sucede? ¿Está retrasando la entrega de los buques de guerra?

—Charles, ella quiere la verdadera ciudad de Nueva York.

—¡Vaya, vaya, vaya! Bueno, olvídese de eso. Tengo una historia situada en una granja. Ella puede usar medias rayadas de verdad.

—Ella piensa en grande, Charles. Luego de la verdadera ciudad de Nueva York, seguro se sentirá defraudada.

—No se preocupe. Váyase al hotel. Todo está arreglado para su llegada. Los visitaré después de la cena.

Hacia el final de la tarde, fui a visitarlos. Por algún motivo me dio la impresión de que no todo era armonioso en ese arreglo romántico. Mahound fruncía el ceño mientras miraba una montaña de cuentas por pagar.

—Ha comprado una gran cantidad de orquídeas impresionantes, Charles —expuso Mahound con preocupación.

—Nada es demasiado bueno para usted y para Linda —respondí, sonriendo—. Ustedes son mis mejores amigos en el mundo de las películas.

—Sí, pero todo se carga a la cuenta de gastos.

—¡Ahí vas otra vez, querido! —exclamó Linda—, Se ha vuelto muy grosero, Charlie. Dice que no puede comprarme la ciudad de Nueva York para la escena del bombardeo donde salvo a la ciudad. No puedo actuar frente a una enorme cartulina, Charlie. Díselo tú.

—Tiene algo de razón, Nick—dije—. Aun así, mira, Linda, tengo un nuevo guión para ti. El papel es algo entrañable. Una granja. Pájaros que cantan. Pájaros de verdad. También hay gallinas. Tú entras esparciendo el maíz. Con medias cómicas. Medias de verdad. Comedia de verdad.

—Nick, ¿acaso se trata de una mala broma de bienvenida?

—Mira, querida —intervino Nick—. Dale una oportunidad al escritor. Ha puesto sangre, sudor y lágrimas en esta historia. Continúe, Charlie.

—Eso es verdad, Linda. Hay sonrisas y llanto en este guión.

—¿Sonrisas?

—Donde acabas con un calcetín en el coño y un pastel de natillas. Es un verdadero…

—Pero, ¿qué rayos tienes pensado para mí en el futuro? ¿Un acto burlesco? Renuncio. Esto se acabó.

—Juana de Arco empezó en una granja, querida.

—Juana de Arco nunca tuvo que lidiar con un pastel de natillas.

—Tuvo que lidiar con cosas peores, cariño, como ordeñar vacas —agregó Nick—. Yo estuve ahí. Yo lo arreglé.

—¿A qué te refieres con que estuviste ahí? —exclamó Belinda—. ¿Ya empezaste a mentirme desde ahora? Tomaré un vuelo a Reno. No, mejor no. No olvides lo que pusiste en mi contrato cuando estábamos en Yuma. Tengo que aprobar cada guión.

—Bueno, querida. Charles escribirá uno que sea de tu agrado. Quizás uno donde seas una chica joven que muere por subir a los escenarios. Entonces podrás recitar el parlamento de Julieta durante una fiesta, donde esté presente un gran productor…

—No, no lo hará.

—Sí lo hará.

—No, no lo hará. Y punto.

—Sí lo hará —insistió Mahound—. Un guión maravilloso. Un papel que hará que el mundo entero se vuelva loco por ti. El mundo real. ¿No es verdad, Charles?

—Bueno, en realidad —dije—, yo no…

—¿Qué?

—Mira el reloj. ¿No lo escuchaste marcar las doce?

—¿Y eso qué?

—Bueno, Nick —continué—, han pasado dos meses. Hoy, que ahora es ayer, mi primera opción para la renovación del contrato se venció. Me temo que la dejé pasar. ¡Soy libre!

—¡Diablos! ¡Que me trague la tierra!

—Nicky, tienes que contratar a un escritor que me ponga en Nueva York. Y que incluya papeles para mis perritos.

—Tus perritos están muertos —le confesé—. Se comieron tus galletas.

—¡Ay, Charlie! ¡Mis perritos!

—¡Que me trague la tierra! —masculló Nick—. ¡Cómo pudiste dejar pasar una opción!

—Sí —dije—, la dejé pasar. ¡Que se lo trague la tierra!

—Así será —exclamó y pisoteó con fuerza. Dicho eso, agarró a Belinda y, ¡zum!, se los tragó la tierra.

Escogí una de las orquídeas pequeñas para el ovillo de un botón y me fui a un centro nocturno. Al día siguiente, regresé a mi casa en Malibú.

SÁBADO HÚMEDO

ERA julio En la casa grande y sombría, estaban aprisionados por el silbido y el gorgoteo y los cientos de sonidos de la lluvia. Se encontraban en la sala de estar, detrás de cuatro ventanas altas y lacrimosas, rodeadas por un lago de chintz húmedo y desteñido.

Esta casa, descuidada y poco agraciada, era una necesidad para el señor Princey, quien detestaba a su esposa, a su hija y a su otro descomunal vástago. Su vida consistía en caminar por el pueblo y hacer reverencias con el sombrero, sin sonreír. Su frío placer era recapturar recuerdos instantáneos de los veranos infinitamente remotos de su infancia: entrar al huerto de naranjas y encontrar el caballo de madera que había perdido, el túnel en los setos de boj y la luz al final del mismo. Pero ahora todo eso estaba en riesgo —el orgullo austero que sentía por la posición que ocupaba en el pueblo, su apego apasionado por la casa—, y todo por culpa de Millicent, su hija, que era más tonta que un asno y había cometido un acto alarmante e increíblemente estúpido. El señor Princey se apartó de ella con repulsión y se dirigió a su esposa.

—La mandarían al manicomio —aseveró él—. Un manicomio para criminales. Tendríamos que mudarnos. Sería imposible.

Su hija comenzó a temblar otra vez.

—Me mataré —amenazó.

—Guarda silencio —la reprendió el señor Princey—. Tenemos muy poco tiempo. Y no hay tiempo para estupideces. Yo me encargaré de esto. —Entonces se dirigió a su hijo, quien se encontraba de pie, mirando por la ventana—. George. ven aquí. Escúchame. ¿Qué tanto mejoraste con tu medicamento antes de que te echaran y te dieran por un caso perdido?

—Tú lo sabes igual que yo —respondió George.

—¿Sabes lo suficiente…? Es decir, ¿lograron meterse en tu cabeza lo suficiente como para que seas capaz de adivinar lo que podría dilucidar un médico competente sobre una herida de este tipo?

—Bueno, pues es un… es un golpe o un puñetazo.

—¿Como si se hubiera caído una teja del techo? ¿O un pedazo de la albardilla?

—Bueno, jefe, verás, la cosa es que…

—¿Es factible?

—No.

—¿Porqué no?

—Eh. bueno, pues porque ella lo golpeó varias veces.

—Esto es insoportable —confesó la señora Princey.

—Tienes que soportarlo, querida —dijo su esposo— Y no te pongas histérica. Alguien podría escucharnos. Si alguien pregunta. estamos hablando sobre el clima. ¿Y si se hubiera caído al pozo, George, y se hubiera golpeado la cabeza varias veces?

—Me temo que no lo sé, jefe.

—Supongo que habría golpeado cada lado varias veces a lo largo de esos nueve o doce metros, pero tendría que hacerlo en los ángulos correctos. No, me temo que no. Tendremos que repasar la historia de principio a fin. Millicent.

—¡No! ¡No!

—Millicent, tenemos que repasar tu historia otra vez. Tal vez se te olvidó algo. El detalle más nimio podría salvarnos o arruinarnos. Sobre todo a ti, Millicent. No querrás que te encierren en un manicomio, ¿o sí? ¿o que te ahorquen? Porque podrían colgarte. Millicent. Deja de temblar. Y baja la voz, que estamos hablando del clima. Adelante.

—No puedo. Yo… yo…

—Guarda silencio, niña. Guarda silencio. —Acercó el rostro largo y frío al de su hija, pero se sintió asqueado por ella. Sus facciones eran gruesas, su mandíbula era pesada y su figura, aunque imponente, era repulsiva—. Contéstame —le exigió—. ¿Estabas en el establo?

—Sí.

—Pero, espera un momento. ¿Quién sabía que estabas enamorada de ese miserable sacerdote?

—Nadie. Nunca he dicho ni una sola pa…

—No te preocupes —intervino George—. Todo el maldito pueblo lo sabe. Llevan tres años burlándose de eso en el Arado.

—Era de esperarse —afirmó el señor Princey—. Era de esperarse. ¡Qué inmundicia! —Hizo un gesto como para limpiarse el dorso de las manos—. Bueno, pues, continuemos. ¿Estabas en el establo?

—Sí.

—¿Estabas guardando el equipo de croquet en su caja?

—Sí.

—¿Escuchaste que alguien atravesaba el jardín?

—Sí.

—¿Era Withers?

—Sí.

—¿Así que lo llamaste?

—Sí.

—¿A gritos? ¿Lo llamaste a gritos? ¿Pudo haberte escuchado alguien?

—No. padre. Estoy segura de que no. Yo no lo llamé. Él me vio mientras yo iba hacia la puerta. Sólo me saludó con la mano y vino adonde yo estaba.

—¿Cómo puedo hacerte recordar si había alguien por ahí? ¿Si alguien pudo haberlo visto?

—Estoy segura de que no, padre. Muy segura.

—Entonces, ¿ambos entraron al establo?

—Sí. Llovía a cántaros.

—¿Qué dijo él?

—Dijo: "Hola, Milly". Y me pidió que lo perdonara por entrar por la puerta trasera, pero que planeaba ir a Bass Hill.

—¿Qué más?

—Y dijo que. cuando cruzó el parque, vio la casa y de pronto pensó en mí, y se le ocurrió pasar un minuto para decirme algo. Dijo que estaba muy feliz, que quería compartirlo conmigo. Que el obispo le había dicho que él se quedaría con la vicaría. Y no sólo era eso. Además, eso significaba que podía casarse. Y comenzó a tartamudear. Y yo pensé que se refería a mí.

—No me digas lo que pensaste, sólo lo que él dijo. Y nada más.

—Bueno… ¡Ay, Dios!

—No llores. No puedes darte ese lujo. Dímelo.

—Dijo que no. Dijo que no se refería a mí, sino a Ella Brangwyn-Davies. Que lo sentía mucho y todo eso. Luego se preparó para irse…

—¿Y luego?

—Enloquecí. Me dio la espalda. Yo tenía el poste ganador del juego de croquet en la mano…

—¿Gritaste o aullaste? Es decir, ¿mientras lo golpeabas?

—No. Estoy segura de que no.

—¿Él gritó? Vamos, dímelo.

—No, padre.

—¿Y luego?

—Tiré el poste y entré directo a la casa. Eso es todo. ¡Desearía estar muerta!

—Y no te cruzaste con ninguno de los sirvientes. Nadie debe entrar

al establo. Verás, George. es probable que le haya dicho a la gente que iría a Bass Hill. Eso significa que nadie sabe que vino aquí. Podrían haberlo atacado en el bosque. Debemos considerar cada detalle… Un sacerdote, con la cabeza molida a golpes…

—¡No sigas, padre! —exclamó Millicent.

—¿Quieres ir a la horca? Un sacerdote, con la cabeza molida a golpes, descubierto en el bosque. ¿Quién querría asesinar a Withers?

Alguien llamó a la puerta, la cual se abrió de inmediato. Se trataba del napoleónico capitán Smollett, que nunca pasaba por ahí por mera cortesía.

—¿Quién asesinaría a Withers? —repitió—. Yo lo haría, con gusto. ¿Qué tal, señora Princey? Perdone que entré sin avisar.

—Te escuchó, padre —gimió Millicent.

—Querida, todos tenemos derecho a bromear de vez en vez —la tranquilizó su padre—. No te hagas la sorprendida. Se trata del asesinato hipotético de un sacerdote, Smollett. En estos tiempos, sólo hablamos de novelas de misterio.

—Sacerdocidio —propuso el capitán Smollett—. Sacerdocidio justificado. ¿Escuchaste lo de Ella Brangwyn-Davies? Se reirán de mí.

—¿Por qué? —preguntó el señor Princey—, ¿Por qué se reirán de ti?

—Yo también tuve mi oportunidad con ella —dijo Smollett con una fría serenidad—. Y también me dijo que sí, pero a medias. ¿No lo sabías? Se lo contó a casi toda la gente. Ahora parecerá que me cambió por una rata blanca con collar de perro.

—¡Qué mala suerte! —exclamó el señor Princey.

—Es el infortunio de la guerra —respondió el napoleónico capitán.

—Toma asiento —dijo el señor Princey—. Madre, Millicent, consuelen al capitán Smollett con su mejor conversación casual. George y yo tenemos un asunto que atender. Volveremos en un par de minutos, Smollett. Vamos, George. —En realidad, pasaron cinco minutos antes de que el señor Princey y su hijo regresaran—. Disculpa, querida —le dijo el señor Princey a su esposa—. Smollett, ¿te gustaría ver algo muy interesante? Acompáñame a los establos un momento. —Entraron al patio del establo. Las instalaciones ya no se usaban con los fines convenidos, sino como extraños cobertizos. Nadie entraba ahí. El capitán Smollett entró, seguido de George, y el señor Princey llegó al final. Mientras cerraba la puerta, agarró una pistola que se encontraba detrás de ella—, Smollett, hemos salido a dispararle a una rata a la cual George oyó chillar debajo de esa tina. Entonces, debes escucharme con atención, o de lo contrario te dispararemos por accidente. Lo digo en serio.

Smollett lo miró.

—De acuerdo —accedió—. Continúa.

—Esta tarde ocurrió un suceso muy trágico —le reveló el señor Princey—, Y se volverá mucho más trágico si no lo resolvemos.

—¿Qué es? —inquirió Smollett.

—Me escuchaste preguntar que quién querría asesinar a Withers —continuó el señor Princey—, Escuchaste a Millicent hacer un comentario al respecto, un comentario descuidado.

—¿Y bien? —preguntó Smollett—. ¿Qué hay con eso?

—No mucho —contestó el señor Princey—. A menos que hayas escuchado que Withers enfrentó un destino cruel esta misma tarde. Y eso. mi querido Smollett, es lo que escucharás.

—¿Lo mataste? —exclamó Smollett.

—Fue Millicent —confirmó el señor Princey.

—¡Qué infierno! —concedió Smollett.

—Sí que lo es —reconoció el señor Princey—. Tú te habrías acordado y lo habrías adivinado.

—Tal vez —dijo Smollett—. Sí, supongo que así habría sido.

—Por lo tanto, tú supones un problema.

—¿Por qué lo mató? —preguntó Smollett.

—Es una de esas cosas desagradables —detalló el señor Princey—. Lamentables, también. Ella se engañó a sí misma al creer que él la amaba.

—Ah. claro —dijo Smollett.

—Y él le contó sobre la chica Brangwyn-Davies.

—Ya veo.

—No quisiera que se le acusara de ser una loca o una asesina —continuó el señor Princey—, Después de eso. dudo que pudiera volver a vivir aquí.

—Supongo que no —afirmó Smollett.

—Por otro lado —prosiguió el señor Princey—. tú estás enterado de la situación.

—Sí —aceptó Smollett—. Me pregunto si podría mantener la boca cerrada. Si te lo prometiera…

—Me pregunto si te creería —arguyó el señor Princey.

—Pero si lo prometiera… —aventuró Smollett.

—Y si no enfrentáramos ningún contratiempo —dijo el señor Princey—, El problema vendría si hay algún tipo de sospecha, algún interrogatorio. Te daría miedo encubrir un delito.

—No lo sé —confesó Smollett.

—Yo sí lo sé —aseveró el señor Princey—. ¿Qué vamos a hacer entonces?

—No se me ocurre otra opción —dijo Smollett—. Y no serías tan

tonto como para asesinarme. No podrías deshacerte de dos cadáveres.

—Lo considero un riesgo mucho más aceptable —reconoció el señor Princey—. Podría tratarse de un accidente. O tanto Withers como tú podrían desaparecer. No sería descabellado.

—Espera —reclamó Smollett—, No puedes…

—Mira —dijo el señor Princey—, tal vez sí haya una salida. Existe una salida. Smollett. Tú mismo me diste la idea —¿Ah, sí? ¿Cuál es?

—Tú dijiste que matarías a Withers. Tienes un motivo.

—Sólo bromeaba —confesó Smollett.

—Tú siempre bromeas —increpó el señor Princey—. Y la gente piensa que algo se esconde tras las bromas. Mira, Smollett, no puedo confiar en ti, así que. por lo tanto, tú tendrás que confiar en mí. De lo contrario, te mataré ahora mismo, en el siguiente minuto. Lo digo en serio. Puedes elegir entre morir y vivir.

—Continúa —lo instó Smollett.

—Ahí hay una alcantarilla —prosiguió el señor Princey, hablando rápido y con voz contundente—. Ahí es donde pondré a Withers. Nadie más sabe que vino aquí esta tarde. Y nadie lo buscará ahí, a menos que tú se lo digas. Debo quedarme con pruebas de que asesinaste a Withers.

—¿Para qué? —preguntó Smollett.

—Para estar seguro de que nunca abrirás la boca al respecto —remató el señor Princey.

—¿Qué evidencia? —inquirió Smollett.

—George —dijo el señor Princey—, golpéalo en la cara con fuerza.

—¡Dios mío! —exclamó Smollett.

—Otra vez —demandó el señor Princey—. Pero no te lastimes los nudillos.

—¡Ay! —se quejó Smollett.

—Lo siento —dijo el señor Princey—. Debe haber evidencia de una pelea entre Withers y tú. Entonces no sería seguro que fueras a la policía.

—¿Por qué no confías en mi palabra? —interpeló Smollett.

—Lo haré cuando hayamos terminado —afirmó el señor Princey—. George, agarra ese poste de croquet y limpíalo con tu pañuelo, como te indiqué. Smollett, tú sólo sujeta la orilla del poste de croquet. Si no lo haces, te dispararé.

—¡Al diablo! —exclamó Smollett—. Está bien.

—Arráncale dos cabellos de la cabeza. George —ordenó el señor Princey—, Y recuerda lo que te dije que hicieras con ellos. Ahora, Smollett, agarra esa barra y levanta la losa grande que tiene un aro en el centro. Withers está en el siguiente establo. Tienes que arrastrarlo desde ahí y echarlo a la alcantarilla.

—Me rehúso a tocarlo —sentenció Smollett.

—Hazte a un lado, George —dijo el señor Princey y alzó la pistola.

—¡Espera! —exclamó Smollett—. ¡Espera un momento! —Entonces hizo lo que se le pidió.

El señor Princey se limpió el sudor del ceño.

—Escucha. No corres peligro. Recuerda, nadie sabe siquiera que Withers vino aquí. Todos piensan que se fue a Bass Hill. Tendrían que investigar un área campestre de ocho kilómetros. Nunca buscarán en nuestra alcantarilla. ¿Ves que estás seguro?

—Supongo que sí —reconoció Smollett.

—Ahora, acompáñanos a la casa —le pidió el señor Princey—, Nunca atraparemos a esa rata. —Entraron a la casa. La sirvienta llevaba el té a la sala de estar—. Ves, querida —le dijo el señor Princey a su esposa—, fuimos al establo a dispararle a una rata y nos encontramos con el capitán Smollett. No te ofendas, mi querido amigo.

—Seguro entraste por la puerta trasera —dijo la señora Princey.

—Sí, sí, así fue —respondió Smollett, algo confundido.

—Te abriste el labio —dijo George. ofreciéndole una taza de té.

—Yo… eh. sólo me di un golpe.

—¿Quieres que le diga a Bridget que nos traiga un poco de yodo? —preguntó la señora Princey. La sirvienta alzó la mirada, esperando la instrucción de su patrona.

—No te preocupes, por favor —contestó Smollett—. No es nada.

—Muy bien, Bridget —continuó la señora Princey—. Eso es todo.

—Smollett es muy amable —comentó el señor Princey—, Conoce nuestra situación. Podemos confiar en él. Nos dio su palabra.

—¿Ah, sí, capitán Smollett? —exclamó la señora Princey—. Usted es un buen hombre.

—No te preocupes, viejo amigo —prosiguió el señor Princey—. Nunca encontrarán nada.

Poco después, Smollett se preparó para emprender la retirada. La señora Princey le estrujó la mano con demasiada fuerza y los ojos se le llenaron de lágrimas. Los tres lo vieron bajar por el camino. Luego el señor Princey pasó unos cuantos minutos hablando con su esposa en un tono muy serio, y ambos subieron después para hablar con Millicent en un tono aún más serio. Poco después, luego de que la lluvia cesara, el señor Princey dio un breve paseo alrededor del jardín del establo. Al volver, tomó el teléfono.

—Comuníqueme a la estación de policía de Bass Hill —exigió—. Rápido… ¿Hola, hablo a la comisaría? Soy el señor Princey, de Abbott's Laxton. Me temo que algo terrible ha ocurrido aquí. ¿Podrían enviar a alguien de inmediato?

A LOS ROEDORES LES BRILLAN LOS OJOS

AL parecer tuve la mala suerte DE enamorarme DE una criatura magnífica, una amazona, una Diana genuina. Su refugio del penthouse consistía en una habitación enorme, decorada generosamente con las cabezas y las pieles de las víctimas de sus rifles Lee-Enfield, Ballard y el ligero Winchester. ¡Bang: una alfombra para la chimenea! ¡Crac: un abrigo de piel! ¡Pop, pop: un par de cómodos mitones!

En el fondo, la ropa la sofocaba. Como toda una nórdica de pies a cabeza, se paseaba por el amplio departamento ataviada sólo con una especie de vestido medieval. Éste revelaba cuatro magníficas extremidades bronceadas unos cuantos tonos más que la cabellera rubia de cazadora. Así que me enamoré. ¡Qué extremidades! ¡Qué cabello! ¡Qué amor!

Ella sólo se rio.

—Roedor —me llamaba "roedor—, no tiene caso. Pero eres un amor: me recuerdas a Bopotiti. Él vivía en un árbol en el Congo. Bogey —se dirigió a su pequeña y odiosa admiradora, quien siempre estaba recostada en alguna de las pieles—, Bogey, muéstrale la foto de Bopotiti.

—En serio —insistí— te aseguro que yo no soy así. Tengo mucha más gracia, como un pájaro.

—Sí, pero él solía traerme marihuana todas las mañanas.

—Yo te traeré amor a todas horas. Cásate conmigo.

—No.

—Vive conmigo.

—No, no. Yo vivo con mis armas. El mundo no puede tildar de asquerosa lascivia la actitud de una mujer casta que vive con sus rifles Lee-Enfield. Ballard y su ligero Winchester.

—El amor es mejor.

—¡Ja, ja! Perdóname, pero no puedo contener la risa. —Y se lanzó

sobre una piel de oso polar en un ataque de inmensa alegría.

Con el corazón hecho trizas, salí de ahí para acabar con mi vida. Hurgué en mi cerebro para encontrar el método más llamativo, pero entonces recordé a un hombre de apellido Harringay que era un taxidermista que frecuentaba sus fiestas, durante las cuales me observaba con amistoso interés.

Fui a visitarlo a su tienda y lo encontré solo.

—¡Harringay! ¡Rellénaме!

—Claro. ¿Con qué te gustaría? ¿Filete de res? ¿Chop suey? ¿Algo elegante?

—No, Harringay, con chapopote. Harringay, quiero que practiques tu arte sobre mí. Envíame con la señorita Bjornstjorm, y dale mis cumplidos. Para su colección. Yo la amo. —Ahí me descompuse. Harringay, ese hombre-búho, actuó de forma magnífica. Me compartió su filosofía y me inyectó una energía renovada.

—Ve tal cual eres —me aconsejó—. Tal vez así llegará el amor. Por fortuna, tus ojos son vidriosos por naturaleza. Sólo debes mantener la postura.

—¿Crees que llegará el amor?

—Cuando menos ella reconocerá que eres un compañero admirablemente inmóvil para…, ¿cómo se dice?… Lo tengo en la punta de la lengua…, una de esas cosas en la cima de los árboles desde donde se puede disparar.

—Yo tampoco recuerdo la palabra. Pero me arriesgaré. Harringay, eres un amigo de verdad.

—No, no. Esto también me dará buena publicidad.

—No, no. Tú eres un buen amigo. Estaré listo en un momento.

En cuanto estuve listo, me llevó cargando al departamento de ella.

—Brynhild. aquí hay algo más para tu museo de historia natural.

—¡Pero si es Roedor! ¿Lo disecaste?

—Por amor a ti, Brynhild.

—¡Qué real se ve! ¡Parece que está vivo! Harringay. eres el rey de los taxidermistas.

—Sí, pero tendré que darle mantenimiento todos los días. Es un método nuevo. Todo está arreglado. ¿Está bien si lo acomodo en ese hueco?

—Sí, y organizaremos una fiesta. Ahora mismo. Todos deben asistir. Bogey, llámalos a todos.

—¿Incluso al capitán Fenshawe-Fanshawe?

—Sí, por supuesto, incluso al capitán.

Rugiendo de risa, Brynhild colapso sobre una extravagante piel de tigre. Continuó riéndose hasta que llegaron los invitados. Mi rival, el

gigantesco capitán Fenshawe-Fanshawe, con su monóculo y barbilla de Habsburgo, y más alto que la misma Brynhild. se alzó por encima de los demás. Todos reían, conversaban y admiraban.

—¡Gran trabajo, señor Harringay! Cuando muera nuestro querido Pongo, se lo enviaré.

—Espero que pueda hacer lo mismo con nuestra Fifí, señor Harringay.

Harringay hizo una reverencia y sonrió.

—Dicen que lo hizo por amor.

—¡Por amor! —exclamó el capitán y me dio un golpecito en la nariz con el dedo. Casi me estremezco de rabia y preocupación.

—¡Ten cuidado! ¡Es una pieza muy delicada! —advirtió Harringay.

—¡El amor! —repitió el capitán—, ¡Un roedor! ¡Ja, ja! Se requiere un hombre de buen tamaño para almacenar una buena cantidad de amor. ¿Qué clase de corazón le encontraste, Harringay?

—Uno bastante bueno —respondió Harringay—. Claro que estaba roto.

La risa de Brynhild. que hasta entonces había sido una constante, cesó.

—¡Un roedor! —se burló el capitán—. No sabía que te gustaban los siervos pequeños, Brynhild. Si quieres, puedo regalarte un ratón disecado para las Navidades.

Él no había observado la expresión de Brynhild, pero yo sí. Fue como una de esas vistas aéreas del mundo que aparecen antes de un noticiario, donde todo da vueltas y vueltas: las nubes, los continentes, los mares, una cosa tras otra. De repente, en un solo movimiento convulsivo, se levantó de la extravagante piel de tigre y se estiró bocabajo sobre la piel funeraria de una pantera negra.

—¡Déjenme sola! —dijo, ahogando un grito—, ¡Váyanse todos! ¡Váyanse! ¡Váyanse!

Los invitados percibieron que algo andaba mal y comenzaron a dispersarse.

—¿También yo? —preguntó el capitán.

—¡Lárgate! —exclamó.

—¿Yo también? —inquirió Bogey.

—Todos —sollozó Brynhild. Sin embargo, una mujer debe tener por lo menos una amiga cerca, así que agarró a Bogey de la mano.

—¡Brynhild! ¿Qué sucede? Estás llorando. Nunca te había visto llorar. Cuéntamelo todo. Ya se fueron los demás.

—Bogey, lo hizo por amor.

—Sí.

—Apenas entendí lo que significa eso, Bogey. Antes no lo sabía. He

pasado toda la vida cazando cosas, asesinándolas, disecándolas. Bogey, eso se acabó. Él lo es todo para mí. Me casaré con él.

—No creo que puedas hacerlo si está disecado, Brynhild, cariño.

—Entonces viviré con él.

—¿Y el mundo…?

—El mundo no puede tildar de asquerosa lascivia la actitud de una mujer que vive con un hombre disecado, Bogey. Pero lo sentaré a la mesa y hablaré con él, igual que si estuviera vivo.

—¡Brynhild. eres maravillosa!

Estuve de acuerdo. Al mismo tiempo, eso me puso en una posición delicada. No es fácil aparentar estar disecado cuando tu amada te adora con pasión, está llena de remordimiento y te sienta a la mesa para conversar contigo a la luz de las velas, contarte todo y hasta llorar. Sin embargo, si me relajaba y le confesaba la verdad, temía que su nuevo amor por mí se marchitara desde el capullo.

A veces me acariciaba la ceja, le plantaba un beso ardiente, salía corriendo, se lanzaba sobre una piel de leopardo y hacía sus rutinas de ejercicio con frenesí e impotencia. Yo tenía que armarme de mucho autocontrol. Harringay iba a diario para “darme mantenimiento”, como él lo llamaba. Insistía en que Brynhild saliera durante una hora y fingía que entre nosotros existía un secreto profesional. Me daba mi sándwich, mi vaso de leche, me limpiaba de forma minuciosa y me masajeaba las articulaciones tensas.

—No hay masaje alguno que le quite la tensión a esta situación tan absurda —señalé.

—Confía en mí —sugirió.

—Está bien —condescendí—. Lo haré.

Brynhild regresó, como siempre, más o menos cinco minutos antes de lo acordado. Era incapaz de alejarse la hora entera. —Cuando salgo lo extraño demasiado —confesó—. Sin embargo, cuando vuelvo, él sigue disecado. Es demasiado terrible. —Quizá yo pueda ayudarte —propuso Harringay.

—No me atrevo a creerlo —dijo ella, con las manos sobre el corazón.

—¿Qué? —exclamó él—. ¿Acaso no eres la chica que les dispara a los tigres? Ármate de valor. ¿Te asustaría tanto creer en una pierna artificial?

—No —confesó ella—. Eso podría enfrentarlo.

—¿Una de esas piernas modernas que caminan, patean e incluso bailan de forma mecánica?

—Sí —respondió ella—. Creo en ellas.

—Ahora —continuó Harringay— por el bien de él, cree en dos de esas piernas.

—Lo haré. Creeré en ellas.

—Sé valiente. Cree en dos brazos también.

—Sí. Sí.

—Y así sucesivamente. Hasta podría hacer funcionar su mandíbula. Comerá. Abrirá y cerrará los ojos. Toda la cosa.

—¿Podrá hablar conmigo?

—Bueno, tal vez llegue a decirte "Mamá".

—¡La ciencia es maravillosa! Pero, ¿qué dirá el mundo?

—No lo sé. ¡Bravo! O algo por el estilo.

—No. Juzgarán de asquerosa lascivia que viva con él y me llame "Mamá". Y no puedo casarme con él porque está disecado. Ay, sabía que no serviría de nada.

—No te preocupes —la animó Harringay—. Esos son meros tecnicismos. Lo arreglaré todo. Mañana empezaré a resolverlo.

Brynhild lo acompañó a la salida y regresó meneando la cabeza. Estaba acongojada. Yo también lo estaba, pues conocía el rasgo de Diana que habitaba en ella. Y ella también lo reconocía. Pasó la tarde recostada sobre la piel de un enorme oso gris. Ansiaba estar a su lado y me sentía como si habitara la piel de un puercoespín.

De pronto, justo cuando las sombras empezaban a moverse a sus anchas en el vasto departamento, se escuchó que alguien tocaba la puerta. Ella abrió. Era el abominable Fenshawe-Fanshawe.

—¿Qué quieres? —preguntó ella.

—Adivina —respondió él.

—Ni en sueños.

—No es necesario soñar—dijo él, mientras se quitaba el saco.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió ella.

—He esperado lo suficiente —continuó él—. Mira, no me gusta ese vestido. No te favorece.

Sin embargo, de un salto Brynhild alcanzó la pared donde estaban sus armas. Y le apuntó con el rifle Lee-Enfield.

—¡Retrocede! —exclamó.

Con una expresión burlona en el rostro, el capitán siguió avanzando hacia ella.

Ella tiró del gatillo, y se escuchó un chasquido hueco. El capitán sonrió y se acercó todavía más.

Llegó hasta donde estaba el rifle Ballard. Clic. El rifle ligero Winchester. ¡Clic! ¡Clic! ¡Clic!

—Les quité los cartuchos —explicó el capitán—, mientras te reías con tanto gusto durante la fiesta.

—Ay, Roedor. ¡Si tan sólo pudieras ayudarme!

—Pero no puede. Está disecado.

—¡Ay, Roedor! ¡Ayúdame! ¡Roedor! Roe… —En ese momento, el capitán la atrapó, pero ella logró zafarse—. ¡Ayúdame!

—Faltaba más —dije y me levanté con rigidez de mi asiento. En el hueco sombrío, el efecto sin duda fue inquietante. El capitán gritó, horrorizado. Se dio media vuelta y huyó hacia la puerta. No obstante, yo estaba furioso, e ignorando mi dolor lo perseguí, agarrando un colmillo de elefante de trofeo a mi paso. Mientras el capitán luchaba por abrir el pestillo, lo golpeé con todas mis fuerzas y lo tiré al piso.

Sentí que Brynhild estaba a mi lado, que era una verdadera compañera.

—¡Perdóname! —dije—. Te he engañado.

—Me has salvado. ¡Mi héroe!

—Pero no estoy disecado —murmuré.

—Al menos —dijo ella— tienes más relleno que esa gran bestia.

—Ahora lo necesitará, Brynhild. De lo contrario, ese cadáver montañoso resultará ofensivo.

—Sí, llamaremos a Harringay.

—¡El viejo Harringay!

—¡Una muerte limpia, Roedor mío! ¡Qué gran cacería!

—Gracias.

Puse un pie sobre el imponente torso, luego el otro. Nuestros labios estaban al mismo nivel.

—¡Brynhild! ¿Puedo?

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí.

Fue un momento divino. Nos sumergimos en la piel de un panda gigante. Bogey tocó a la puerta en vano.

Al día siguiente, por supuesto, nos casamos.

CAMINO AL INFIERNO

Louis Thurlow ya había decidido quitarse la vida, por lo que también decidió tomarse su tiempo. Consultó su cuenta bancaria: tenía poco más de cien dólares.

—Muy bien —se dijo—. Me iré de este apestoso departamento y pasaré una maravillosa semana en el hotel Mutton. Gozaré ciertos placeres una vez más. antes de decirles adiós para siempre.

Reservó una suite en el hotel Mutton, donde mantuvo al personal sin descanso. En algún momento, los mandó corriendo a Piccadilly para que le consiguieran unos crisantemos con olor a otoño, ya que no llegaría a esa época del año. Después fueron a Soho a conseguirle unos cigarrillos franceses para que se sintiera en cierto hotel que da al Sena. También, con una sonrisa caprichosa, pidió que le mandaran un Manet de las Galerías Neuilly, "para probar qué se siente vivir con algo así". Si de algo podemos estar seguros es que comió y bebió de lo mejor; un poco de esto, un poco de aquello. Había muchas cosas de las cuales despedirse.

La última noche, llamó a Celia por teléfono, pues quería escuchar su voz una última vez. No hablaron, por supuesto, aunque pensó en decirle: "Deberías dejar de repetir "¿Hola?" y decir más bien "Adiós". Sin embargo, ella ya se lo había dicho alguna vez, y a él le habían enseñado que nunca hay que sacrificar el buen gusto por una mala palabra

Colgó el auricular y abrió el cajón donde guardaba las tabletas de Barbital. "Parecen demasiadas como para tragarlas de una sola vez", pensó. "Bueno, pero todo es relativo. Siempre me he jactado de no ser uno de esos cobardes suicidas que se dejan embargar por el pánico y se apresuran a quemarse las tripas con tragos de desinfectante. Aunque ahora apenas me parece un poco más civilizado terminar esta agradable semana con veinte tragos amargos entre sorbos de agua. No obstante, así es la vida. Me lo tomaré con calma."

Entonces arregló las almohadas de la manera más cómoda posible,

se congratuló por su pijama y apoyó una fotografía junto a su reloj despertador.

—No tengo apetito. Comí por compromiso para no quedar mal con mis amistades. No hay nada que aburra más que un amante desesperado. —Dicho esto, empezó a juguetear con su última y desabrida cena. Las tabletas no tardaron en surtir efecto. Nuestro héroe cerró los ojos, y se le dibujó una sonrisa en el rostro que cualquier hombre con buen gusto desearía tener al momento de ser encontrado muerto. Apagó ese motor que nos lleva de un momento a otro y se preparó para dejarse arrastrar al valle de las tinieblas. Sin embargo, el camino fue largo. Se había preparado para no aterrizar, y le sorprendió descubrir que no existe algo así como la nada, pero que sí existe algo así como estar muerto en la habitación más cómoda del hotel Mutton—. ¡Aquí estoy! —exclamó—. ¡Muerto! ¡En el hotel Mutton!

La idea era tan novelesca que sintió ansias de pararse de la cama de un brinco. Se dio cuenta entonces de que su cuerpo seguía ahí, y le dio gusto descubrir que su sonrisa seguía en su lugar y se veía muy bien. Se acercó al espejo más cercano para ver si con la cara actual era capaz de hacer una expresión igual de sutil, pero al voltear no vio nada. No obstante, era obvio que aún tenía brazos y piernas, y sentía que todavía podía hacer muecas. Por tanto, supuso que era básicamente lo mismo, pero diferente.

—Sólo soy invisible —concluyó—, y eso tiene ciertas ventajas.

Decidió salir de inmediato a divertirse. Bajó las escaleras y siguió a un huésped que iba de salida por la puerta giratoria, y en un par de minutos ya estaba vagando por la calle Cork. Parecía que apenas pasaban de las doce: había un policía, un par de taxis y unas cuantas damas. Ninguno de ellos pareció percatarse de su presencia.

Sin embargo, no había caminado ni veinte metros, y, de hecho, justo estaba pasando frente a su sastre, cuando una silueta delgada y oscura se separó de entre las sombras que colgaban de la reja frente al local, se le acercó por un costado y le dijo:

—¡Maldita sea, hombre, ya te habías tardado!

Louis se sobresaltó un poco al reparar en que no era tan invisible como creía. Aun así, miró de reojo al extraño y advirtió que sus ojos eran tan luminosos como los de un gato, de lo cual pudo concluir que tenía mejor vista que la mayoría.

—¿Quieres decir que te he dejado aquí esperando? —preguntó Louis.

—He estado aquí, congelándome, desde hace una semana —gruñó el desconocido.

Pero apenas era septiembre, y las noches, aunque eran frescas, no

habían sido tan frías. Louis comenzó entonces a atar cabos.

—¿Será posible que hayas estado esperando para, digamos, cobrarme las cuentas de mi suicidio? —preguntó entonces.

—Así es —respondió el demonio—. Vendrás sin oponer resistencia, supongo.

—Querido amigo —le explicó Louis—, yo sé que tienes un deber que cumplir y, en todo caso, no soy la clase de persona a la que le gusta montar escenas en la calle. Lamento mucho haberte dejado esperando tanto tiempo, pero la verdad es que no tenía idea de tu existencia, por lo que espero que no me guardes rencor.

—Yo siempre guardo rencor—rezongó el interlocutor—. Ya me dio catarro, ¡maldición! —Tras proferir eso, estornudó de forma miserable —. Lo peor de todo es que tenemos una manera muy humana de lidiar con esto. Estaré fuera de circulación al menos dos semanas.

—De verdad me pesa verte estornudar así —se lamentó nuestro héroe—, ¿Has probado el licor Quetsch del Club Ratonera?

—¿Qué licor? —inquirió el otro entre estornudos.

—Sabe a fuego líquido —le contó Louis—. Creo que está hecho con semillas de ciruela, aunque no estoy seguro de por qué. Seguramente para curar el resfriado.

—Fuego líquido, ¿eh? —caviló el extraño, cuyos ojos brillaban como colillas de cigarro.

—Vamos a que lo pruebes.

—No lo sé —vaciló el demonio—. Si llevamos una semana de retraso por tu culpa, no veo por qué no podemos retrasarnos media hora más por la mía. Pero supongo que nos meteríamos en problemas si se enteran.

Louis le aseguró que la última media hora también debería ir por su cuenta.

—Te enfermaste por mi retraso. Por ende, soy responsable por el tiempo que tardes en recuperarte.

El demonio obviamente le creyó, lo que le hizo pensar a nuestro héroe que se trataba de un demonio muy simplón. Se encaminaron entonces hacia La Ratonera. Pasando Piccadilly Circus, el demonio señaló el subterráneo.

—Ahí te llevaré cuando haya tomado mi trago de esa cosa.

—Eso no lleva al infierno —dijo Louis—. pero sí a Barons Court. Te lo perdono porque es una confusión que podría tener cualquiera.

—No es una confusión —respondió el demonio—. Crucemos por aquí para que te enseñe a qué me refiero.

Entraron al subterráneo y bajaron por las escaleras eléctricas en medio de una conversación amena. Estaba un poco lleno de pasajeros ordinarios, pero nuestros amigos no llamaron la atención en absoluto.

Hay muchos pasajeros demoniacos viajando siempre en el metro, y otros cuantos cadavéricos. Además, ahora que lo pienso, eran invisibles.

Cuando llegaron al nivel que normalmente es el más bajo, donde pasan los trenes, el demonio llamó a Louis y lo llevó a un pasadizo que nunca había visto, del cual provenían chirridos escandalosos. Vio un letrero que decía "Sigue al mal". Unos cuantos pasos los llevaron a una escalera eléctrica que nuestro héroe jamás habría imaginado, pues se arrastraba bajo sus pies con rugidos y bramidos provenientes de las profundidades de la tierra. El camino estaba iluminado con lámparas comunes, y Louis, cuya vista se había vuelto extremadamente aguda, observó que en un punto lejano de la curva las sombras negras se tornaban azules, y las lámparas se convertían en estrellas. Sin embargo, después de eso, parecía un camino infernalmente largo.

Por lo demás, el trayecto era como el de otras escaleras eléctricas, salvo por ciertos detalles. Los costados estaban adornados con anuncios de tentaciones, algunas de las cuales le parecieron muy interesantes a Louis. Pudo haberse saltado la escalera sin más, ya que no había ninguna barrera que se lo impidiera, pero, como ya sabemos, a Louis le gustaba tomarse su tiempo.

De cuando en cuando, Louis y su acompañante se cruzaban con otros demonios y sus encargos, aunque me temo que algunos de esos últimos se comportaban de manera soez y tenían que ser escoltados como presos. La sensación, por ende, era de humillación. Pero a Louis lo que le intrigaba era que la escalera aceleraba en cuanto sentía el peso de esos policías infernales y sus víctimas. Era un espectáculo tremendo ver esa cadena apenas iluminada, que rugía y descendía para unir la tierra y el infierno, y cuya longitud era mucho mayor de lo que cualquiera imaginaría

—¿Qué hacían antes de que esto se inventara? —preguntó Louis.

—Teníamos que saltar como rebecos de estrella en estrella —respondió el demonio.

—¡Espléndido! —exclamó Louis—. Ahora vamos por tu trago.

El demonio aceptó, y entonces fueron a La Ratonera. Se escabulleron en un cuartito detrás del bar y se hicieron de una botella grande del famoso coñac. El demonio desdeñó los vasos y se llevó la botella directamente a los labios, tras lo cual Louis notó con asombro que ese tipo de brandy hervía al contacto con la piel demoniaca. El demonio parecía complacido. Cuando el líquido se terminó, los bordes de la botella se derritieron como sorbetes cuando los chupan los niños. Se metió la botella derretida a la boca y sonrió; después, expulsó el vidrio de un soplido, como si estuviera exhalando la primera calada de un cigarrillo. Pero el vidrio soplado no tenía la misma forma de antes, sino que era una estatuilla de lo más maravillosa, realista e

impresionante.

—Adán y Eva —dijo lacónicamente, y la puso sobre la mesa para que se enfriara.

—¡Oh, es extraordinaria! ¿Puedes hacer a Venus y Marte?

—Oh, claro —respondió el demonio, y Louis de inmediato empezó a gestionar más botellas de coñac.

Pidió un par de piezas más que dudo que sean del interés del lector. Sin embargo, al demonio le parecía que las peticiones eran cada vez más interesantes, y por tanto casi se ahoga por el hipo que le causó lady Godiva. La verdad es que aquello se estaba poniendo un poco serio. Louis lo instó a que siguiera bebiendo y haciendo figurines, pero no tanto por su amor al arte, sino por sus pocas ganas de subirse a la escalera. Finalmente, el demonio no pudo más. Se puso de pie. sacudió su dinero (sí, los demonios tienen dinero; a eso hemos llegado) y soltó un bufido.

—¡Ups! —dijo entre ataques de hipo—. Creo que ya se me curó el resfriado. Y, si no, pues…, ¡al diablo! Es lo que siempre digo, ¡ja. ja!

Como se imaginarán, entonces Louis empezó a asegurarle que en el fondo era un buen tipo.

—Bueno —concluyó una vez que estaban en los peldaños de la entrada—, supongo que tú te irás por allá. Yo me iré por acá.

Hizo un ademán de cortesía, se levantó el sombrero y emprendió su camino: apenas respiró hasta que dio vuelta en la esquina.

—¡Dios mío! —suspiró Louis una vez que creyó estar a salvo—. Ya me deshice de ese tipo. Heme aquí, muerto e invisible, y la noche aún es joven. ¿Debería ir a ver qué está haciendo Celia?

Antes de que pudiera embarcarse en ese improvisado proyecto, sintió una pesada mano sobre el brazo, se dio la vuelta y vio a su custodio.

—Oh, ahí estás. Me preguntaba adonde te habías ido.

—Estoy borracho como una cuba —explicó el demonio sonriendo —. Entonces quedamos de vernos en casa, ¿eh?

No había más que hacer. Caminaron hacia Piccadilly Circus, y el demonio no dejó de agarrar a Louis de la muñeca, de forma inofensiva, claro, pero Louis habría preferido no estar en esa situación.

Una vez más, caminaron al metro sin dejar de conversar. Justo cuando llegaron al nivel de la línea de Piccadilly, que es donde los más privilegiados pueden ver la entrada al infierno, Louis reconoció al que era su archienemigo, ataviado con un sombrero de copa, pañuelo de seda y toda la cosa, que justo estaba subiéndose al tren que lo llevaría a casa.

—Apuesto —le dijo Louis al demonio de inmediato— que no eres lo suficientemente fuerte como para cargarme sobre tu espalda de

aquí a la escalera.

El demonio, con una sonrisita altanera, se inclinó de inmediato. En un esfuerzo desesperado, Louis abrazó a su archienemigo de la cintura y lo puso sobre la espalda del demonio, quien de inmediato le agarró las piernas y se echó a correr como semental.

—¡Te cargaré de aquí al infierno! —gritó el demonio, totalmente ebrio.

—¡Caray! —aulló Louis, haciéndose a un lado para presenciar el espectáculo.

Sintió el más exquisito de los placeres al ver que las escaleras aceleraban como nunca cuando el demonio puso un pie en ellas, con el archienemigo de Louis a cuestas.

Louis salió a la calle sintiéndose como un rey. Caminó un rato, pero de pronto decidió volver al hotel Mutton para ver cómo iba su cuerpo. Le frustró notar que la sonrisa que tanto orgullo le había provocado se estaba desvaneciendo. De hecho, estaba empezando a lucir muy estúpido. Sin pensarlo mucho, se metió de forma instintiva para ponerla en su lugar. Mientras lo hacía, movió un poco la nariz y le dieron ganas de estornudar; entonces abrió los ojos, y en un segundo volvió a estar más vivo que nunca en la magnífica habitación del hotel Mutton.

—¡Vaya! —exclamó, y volteó a ver la mesita de noche—. ¿Será posible que me haya desmayado después de tomarme dos pastillas? Definitivamente tiene ciertas ventajas tomarse su tiempo. Seguro que aquello fue un sueño lúcido.

Estaba feliz de estar vivo, y su alegría sólo aumentó dos días después, cuando le llegaron noticias que indicaban que lo ocurrido no había sido sólo un sueño. El archienemigo de Louis había desaparecido, y dos testigos confirmaron haberlo visto por última vez el martes, poco después de la medianoche, en la entrada de la estación del metro de Piccadilly Circus.

—¡Quién lo hubiera pensado! Bueno, supongo que lo mejor será ir a visitar a Celia.

Sin embargo, tras haber confirmado las ventajas de tomarse su tiempo, lo pensó mejor y decidió no ir. En vez de eso. fue a pasar el otoño a París, por lo que la moraleja de esta historia es que las muchachas no deberían andar jugando con los sentimientos de jóvenes de ojos azules, pues de otro modo podrían quedarse chiflando en la loma.

LA DAMA EN GRIS

RINGWOOD era el último miembro DE una familia irlandesa que llevaba unos tres siglos tentando al diablo en el condado de Clare. Al final tuvieron que vender sus mansiones o las perdieron luego de que los irlandeses históricamente segregados les prendieron fuego, y de las miles de hectáreas no les quedó ni un metro cuadrado. Sin embargo, Ringwood recibía una pensioncita anual, y, aunque los bienes de su familia se habían esfumado, al menos heredó su instinto, que lo impulsó a considerar a toda Irlanda como su terruño y a regocijarse en la amplia oferta de caballos, zorros, salmones, animales de cacería y mujeres.

En su búsqueda de aquellos deleites, Ringwood viajaba de Donegal a Wexford en cualquier estación del año. Condujo muchas cacerías en distintos momentos sobre un caballo prestado, cruzó incontables puentes en una fresca mañana de mayo y pernoctó en muchas posadas, donde se despatarró frente a la chimenea durante las húmedas tardes de invierno.

Tenía un amigo íntimo de apellido Bates, que era de la misma cepa y la misma calaña. Bates también era alto y enjuto, y estaba igual de quebrado, además de tener la misma cara huesuda y sonrojada por el viento, la misma arrogancia mezquina y la misma actitud señorial cuando se acercaba a las jovencitas en las mancebías y los establos.

Ninguno de los dos rufianes le escribía cartas al otro, pero por lo regular sabían dónde encontrarse. El revisor de los boletos del tren, quien se hacía de la vista gorda mientras sellaba el boleto de tercera clase de Ringwood en el compartimento de primera clase, le comentaba que el señor Bates había tomado aquella ruta el martes pasado y que había pasado una o dos semanas en Killorglin, tras la temporada de cacería. En la recámara húmeda de la posada de pescadores, la tímida mucama encontraba la ocasión para decirle a Bates que Ringwood había viajado a Lough Corrib a pescar lucios. Ese mismo patrón de transmisión verbal lo reproducían policías,

sacerdotes, cobradores, guardas de cotos de caza y hasta hojalateros. Y entonces, si a uno le daba la impresión de que el otro se traía algo bueno entre manos, empacaba su bolso, guardaba las cañas de pescar y las pistolas en sus estuches, y emprendía el camino para acompañarlo en la cacería.

Ocurrió entonces que, una tarde de invierno, mientras Ringwood volvía de una aventura especialmente improductiva en la ciénaga de Ballyneary, lo saludó un vendedor de caballos tuerto a quien conocía, el cual venía trotando en compañía de un grupo, como aún hacen algunas personas en Irlanda. Aquel bribón le dijo a nuestro colega que venía de Galway, donde había visto al señor Bates, quien iba camino a un poblado llamado Knockderry y le había insistido en que se lo mencionara al señor Ringwood en caso de encontrárselo en el camino.

Ringwood le dio vueltas en la cabeza a aquel mensaje y le pareció que era muy peculiar, pues no hubo mención alguna de si su amigo había emprendido un viaje de pesca o de caza, o si iría a reunirse con un dionisiaco que tuviera una cuadrilla de cazadores y que quisiera ponerla a su disposición.

—¡Si fuera algo por el estilo lo habría mencionado! Apuesto mi vida a que anda tras los huesos de unas hermanitas. ¡Seguro!

Esa idea lo hizo sonreír de oreja a oreja como un zorro, y no tardó en empacar su bolso y emprender el viaje a ese lugar llamado Knockderry, el cual nunca había visitado en sus excursiones por el país en busca de pieles, plumas y mujeres.

Descubrió que estaba bastante lejos de su zona de confort, y al llegar le pareció que era un lugar muy apacible. Estaba rodeado de colinas yermas por doquier, y un río cruzaba el valle, además de tener una torre típica en la ladera de una de las colinas, enmarcada por un bosquecillo frondoso, al cual se llegaba por una calle desfigurada.

El poblado en sí era como cualquier otro: unas cuantas casuchas destartaladas, un molino decadente, media docena de tiendas de cerveza y una posada en donde podría hospedarse un caballero acostumbrado a las inclemencias rurales.

El transporte que había contratado lo dejó afuera de la posada. Ringwood entró y encontró a la casera en la cocina, y le preguntó por el señor Bates.

—Pues sí, su señoría —contestó la casera—, el caballero se está hospedando aquí. O sea, en cierto sentido, sí, pero ahora no está.

—¿A qué se refiere? —le preguntó Ringwood.

—Su equipaje sigue aquí —aclaró la mujer—, y sus objetos siguen aquí, ocupando la más grande de las habitaciones (aunque tengo otra igual de cómoda), y se había quedado aquí buena parte de la semana. Pero antier salió a dar un paseo y… bueno, por increíble que parezca,

no le hemos visto ni el polvo desde entonces.

—Volverá —le aseguró Ringwood—. Lléveme a una habitación, y me quedaré ahí a esperarlo.

Según lo planeado, se instaló y esperó toda la tarde, pero Bates nunca llegó. No obstante, ese tipo de cosas no sorprenden a nadie en Irlanda, y lo único que impacientaba a Ringwood era lo relativo a las hermanas, a quienes ansiaba conocer cuanto antes. Pasó uno o dos días deambulando por las calles y los callejones de la localidad, con la esperanza de conocer a esas bellezas, o a alguna otra. Le daba lo mismo quien fuera, aunque en general habría preferido que fuera una campesina, pues no tenía ganas de perder el tiempo con jueguitos complicados.

El segundo día en la tarde, cuando empezaba a anochecer, estaba todavía como a kilómetro y medio del poblado cuando vio a un rebaño de vacas lodosas acercándose por el camino, guiadas por una jovencita. Nuestro amigo le echó un vistazo a la muchacha, se detuvo en seco y esbozó la sonrisa más zorruna del mundo.

La muchachita era todavía una adolescente, y tenía las piernas manchadas de lodo y rasgadas por las ramas, pero era tan hermosa que la sangre señorial de todos los Ringwood hirvió en las venas de su último descendiente, quien sintió el deseo incontrolable de beber un vaso de leche. Por ende, esperó uno o dos minutos, y luego la siguió calmadamente por el camino, con la intención de acercársele cuando llegaran al establo, suplicarle un trago de aquella inocente bebida y, quizá, sacarle algo de conversación casual.

Dicen por ahí que las bendiciones nunca llegan solas, como tampoco los infortunios. Mientras Ringwood seguía a aquella encantadora y juraba para sus adentros que no podía haber mujer más bella en el país, escuchó el trote de un caballo. Alzó la mirada y vio que. a paso lento, se acercaba un caballo gris que debía de haber llegado por algún otro camino, pues segundos antes no había visto indicios de ningún equino.

Un caballo gris no es nada del otro mundo, sobre todo cuando uno ansia con desesperación un vaso de leche, pero ese equino se distinguía de cualquier otro de su especie y color por dos razones. En primer lugar, no era un caballo de cacería ni de carreras, y alzaba las patas de forma extraña, pero tenía bien arqueado el cuello, una cabeza pequeña y unas fosas nasales únicas. En segundo lugar —lo cual superó la curiosidad de Ringwood sobre la raza y el linaje del animal —, este espécimen llevaba sobre el lomo a una chica que, evidentemente y sin lugar a dudas, era la más hermosa que Ringwood hubiera visto jamás.

Ringwood la miró mientras atravesaba la penumbra crepuscular y ella alzaba los ojos para verlo. De inmediato olvidó a la muchachita de

las vacas. De hecho, se olvidó de todo lo demás en el mundo.

El caballo se acercó más, y la chica siguió mirándolo, y Ringwood siguió mirándola, y aquello no fue un simple intercambio de miradas, sino toda una conquista matrimonial resumida en el encuentro perfecto de sus ojos.

Al momento siguiente, el caballo pasó a su lado, aceleró un poco el paso y lo dejó atrás, de pie en el sendero. Habría sido inútil correr tras él o gritarle; además, Ringwood estaba tan absorto que no podía moverse ni quitarle la mirada de encima.

Observó al caballo y su jinete atravesar el crepúsculo ventoso, y luego los vio entrar por un portón destartalado un poco más adelante. Antes de cruzar el umbral, la mujer volteó y chifló, y entonces Ringwood se percató de que el perro de la muchacha se había detenido junto a él y estaba olisqueándole las piernas. Por un instante creyó que era un pequeño sabueso, pero luego se dio cuenta de que era un ovejero alto, esbelto y peludo. Vio al perro correr tras ella, cojeando, con la cola entre las patas, y le pareció que al pobre diablo le habían dado una paliza hacía poco; de hecho, le pareció que tenía marcas de golpes en las costillas.

No obstante, en ese entonces no tenía cabeza para el perro. Tan pronto superó la emoción inicial, caminó hacia el portón. La chica ya no estaba ahí, pero Ringwood reconoció la calle desfigurada que llevaba a la torre desvencijada en la ladera de la colina.

Ringwood consideró que no había mucho más que hacer por el momento y volvió a la posada. Bates seguía sin dar indicios de vida, pero a su colega no le importó. Ringwood quería pasar la tarde solo para planear su estrategia de ataque.

—Ese caballo no costó ni veinte pavos —se dijo a sí mismo—. Así que no es una muchacha pudiente. ¡Gracias al cielo! Además, tampoco iba muy bien vestida; no sé qué era lo que traía puesto, como una capa o algo así. O sea, no lo compró en la gran ciudad. ¡Y vive en aquella vieja torre! Yo habría creído que era inhabitable. Pero bueno, supongo que tendrá todavía una o dos habitaciones en la planta inferior. ¡El palacio de la pobreza! Es de la vieja escuela, de sangre azul y sin un centavo, que sobrelleva la vida en este agujero olvidado de la mano de Dios, a varios kilómetros de la civilización. Seguramente no acostumbra ver hombres con frecuencia. ¡Con razón me miró así! ¡Dios! Si estuviera seguro de que vive sola, no necesitaría que nadie me la presentara. Sin embargo, es posible que haya un padre o un hermano o algo así. En fin, ya me las arreglaré. —En ese momento, llegó la casera con una lámpara—. Dígame una cosa —le preguntó—, ¿quién es la dama que anda en un caballo gris corpulento que parece de otra época?

—¿Una dama, señor? —dijo la casera con recelo—, ¿En un caballo

gris?

—Sí —contestó Ringwood—. Pasó a mi lado en el sendero de allá. Luego viró en la vieja calle que lleva a la torre.

—¡Jesús, María y José! —exclamó la buena mujer—. Debe de haber visto a la hermosa damisela Murrough.

—¿Murrough? ¿Así se apellida? ¡Bien! ¡Bien! Es un nombre de alcurnia por estos lares.

—Así es —respondió la casera—. Fueron los reyes y las reinas de Connaught antes de la llegada de los sajones. Y, según me dicen, ella tiene cara de princesa.

—Sin lugar a dudas —aseguró Ringwood—, Si me trae un whisky y agua, señora Doyle, me daré por bien servido.

Se sintió tentado a preguntar si la hermosa damisela Murrough vivía con un hermano o un padre en la torre, pero recordó una de sus máximas de vida: "menos ruido y muchas nueces", sobre todo en circunstancias triviales como ésa. Se sentó frente a la fogata mientras recordaba y saboreaba la mirada de la muchacha, y llegó a la conclusión de que no necesitaba más que una tonta excusa para ir de visita a la torre. A Ringwood nunca le faltaban excusas, así que al día siguiente se aliñó y se encaminó hacia la calle vieja. Atravesó el portón y siguió su camino bajo los árboles tristes que llevaban tanto tiempo a su suerte, y que tenían el tronco cubierto de hiedra y tanto follaje, que la sombra que proyectaban era muy oscura. Ringwood buscó la torre con la mirada, pero la calle viraba hacia un lado, y aun al llegar ahí, la torre seguía oculta entre los racimos de árboles.

Al llegar al final del camino, vio que había alguien ahí, de pie, y al mirarla más de cerca descubrió que era la muchacha, que estaba erguida y con la mirada en alto, como si lo estuviera esperando.

—Buenas tardes, señorita Murrough —dijo Ringwood cuando estuvo lo suficientemente cerca—. Le suplico que disculpe la intrusión, pero es que creo haber tenido el placer de conocer a un pariente suyo en Cork el mes pasado… —Para entonces, ya estaba tan cerca de ella que pudo verla a los ojos de nuevo, y sus mentiras se perdieron en el viento, pues aquello trascendía cualquier excusa o pretexto.

—Supuse que vendrías —afirmó ella.

—¡Cielos! —exclamó él—. Tenía que hacerlo. Dígame, ¿vive aquí sola?

—Completamente sola —contestó ella y le tendió la mano como para pedirle que la acompañara—. Pero háblame de tú, por favor. —Ringwood, que no podía creer su suerte, iba a tomarle la mano cuando el perro esbelto brincó entre ellos y estuvo a punto de tirarlo al suelo —. ¡Abajo! —gritó la mujer, con la mano en alto—. ¡Atrás! —El perro reculó entre chillidos y se echó detrás de ella, casi en posición fetal—.

No es un perro confiable —le dijo a Ringwood.

—Es un buen espécimen —comentó Ringwood—. Y se ve que sabe lo que hace. Me gustan los lurchers. Son muy listos. ¿Qué pasa? ¿Estás tratando de decirme algo, muchacho?

Ringwood siempre halagaba a los perros de las damas, pero en esa ocasión la criatura no dejaba de lloriquear y gimotear de forma inusual.

—¡Cállate! —exclamó la muchacha, de nuevo con la mano en alto, y el perro guardó silencio—. Es mestizo. ¿Acaso sólo viniste a lisonjear a un mestizo de poca monta? —Dicho eso, lo miró de nuevo a los ojos, y Ringwood se olvidó del perro maltrecho. Ella le tendió la mano de nuevo; esta vez él la tomó, y juntos se dirigieron a la torre.

Ringwood se sentía en el paraíso.

"¡Qué buena suerte tengo!", pensó. "En este momento, bien podría estar manoseando a esa triste campesina en un establo húmedo y apestoso. Y apuesto todo mi dinero a que después de un rato se cohibiría y saldría corriendo y llorando para contárselo a su mamita. Pero esto es otro nivel."

En ese instante, la joven empujó una puerta pesada y, tras ordenarle al perro que se echara, guio a nuestro amigo a un vestíbulo rocoso, amplio y vacío, que a su vez llevaba a una habitación abovedada que no se asemejaba en absoluto a un establo, salvo por el sutil olor a humedad y moho, como suele ocurrir en esas antiguas construcciones de piedra. De cualquier modo, había leños ardiendo en la chimenea, así como un sofá amplio y achaparrado frente a ella. Por lo demás, estaba adornado de forma muy simple y bastante anticuada.

"Un toque de Kathleen Ni Houlihan", pensó Ringwood. "¡Bien! ¡Bien! Nos sentaremos en el crepúsculo celta y soñaremos con amar. Es muy claro que esta mujer no se anda con rodeos."

La joven se sentó en el sofá y le hizo una seña para que la acompañara. Ninguno de los dos dijo una palabra; afuera no se oía más que el viento que soplaba, así como el perro que rascaba la puerta y gimoteaba con timidez.

Al fin, la joven alzó la voz.

—Eres heredero de los sajones —pronunció con seriedad.

—No es mi culpa —contestó Ringwood—. Mi familia llegó a estos lares en 1656. Claro que para la liga gaélica eso se traduce en minutos, pero sigo creyendo que queremos sacar lo mejor del país.

—Y sacarlo del país —respondió ella.

—¿En serio vamos a hablar de política? —preguntó, imprimiéndole un toque irlandés a su acento—, ¿Aquí, junto a la chimenea, tú y yo?

—Veo que preferirías hablar de amor —contestó ella con una sonrisa—, Pero eres un hombre que se aprovecha y se burla de las

pobres muchachas del Eire.

—Me confundes con alguien más —dijo Ringwood—. Soy un hombre que vive solo y afligido, a la espera del amor verdadero, aunque parece ser algo que nunca llegará.

—Ah. claro —continuó ella—. Pero ayer mirabas a una de las muchachas Connell mientras arreaba a sus vacas por el camino.

—¿Mirarla? Reconozco que la vi. Pero, cuando tu mirada y la mía se encontraron, me olvidé de ella por completo.

—Eso quería —reconoció ella y le dio ambas manos—. ¿Te quedarías aquí, conmigo?

—¡Por supuesto que sí! —exclamó él. arrebatado.

—¿Por siempre?

—Por siempre —contestó Ringwood—, Y para siempre jamás —agregó, pues creía que era mejor sentirse culpable de exagerar un poco que ser descortés con una dama. No obstante, mientras Ringwood hablaba, ella lo miró fijamente a los ojos, y parecía confiar tanto en sus palabras que él empezó a creerlas también—, ¡Ay! —exclamó—. ¡Me tienes hechizado! —Dicho eso, la tomó entre sus brazos.

Cuando sus labios se encontraron con los de ella, de inmediato se sintió extasiado. Por lo regular se enorgullecía de mantener la compostura en ese tipo de circunstancias, pero aquello era tan embriagante que lo superó; su mente se disolvió en dulzura y fuego, y cuando el fuego se apagó, dejó sus sentidos hechos cenizas. Conforme se carbonizaban, la escuchó exclamar:

—¡Por siempre! ¡Por siempre!

Después de eso, todo se oscureció, y Ringwood se quedó dormido.

Debió dormir un largo rato, y al parecer se despertó al oír que se abría y se cerraba una puerta pesada Por un instante lo inundó la confusión y no supo ni dónde estaba.

La habitación estaba muy oscura, y el fuego de la chimenea se había convertido en un tímido resplandor. Parpadeó, agitó las orejas e intentó pensar con claridad. De pronto escuchó la voz de Bates, que murmuraba también como si estuviera medio dormido o. probablemente, medio ebrio.

—Pero tenías que venir —dijo Bates—, Intenté detenerte por todos los medios.

—Hola —contestó Ringwood. creyendo que estaba dormido frente a la chimenea de la posada—. ¿Bates? ¡Uy, creo que dormí muy pesado! Me siento muy raro. ¡Mierda! ¿Todo fue un sueño? Enciende la luz. colega. Debe de ser tarde ya. Pediré que nos traigan la cena.

—No. por favor. ¡Te lo ruego! —exclamó Bates, con una voz inusual—. ¡No grites! Nos golpeará si lo haces.

—¿De qué hablas? —preguntó Ringwood—, ¿Golpearnos? ¿De qué demonios hablas?

En ese instante, uno de los leños de la chimenea se desplazó y encendió una pequeña llama. Y entonces Ringwood vio sus antebrazos largos y peludos, y entendió.

INCIDENTE EN UN LAGO

UN día después de cumplir cincuenta años. el señor Beaseley miró su reflejo mientras se afeitaba y admitió que tenía un enorme parecido con un ratón.

—¡Chiii, chiii! —le dijo a su reflejo, encogiéndose de hombros—. ¿Qué más me da? A decir verdad, creo que me daría lo mismo de no ser por María. Recuerdo que. cuando nos casamos, me parecía un poco frívola. Pero, ¡cómo ha madurado!

Se anudó la corbata filiforme y bajó corriendo las escaleras, aterrorizado ante la idea de llegar tarde al desayuno. Inmediatamente después tendría que ir a abrir su farmacia, la cual, aunque atendía a un poblado pequeño, lo mantendría ocupado —y con pocas ganancias — hasta las diez de la noche. Varias veces a lo largo del día, María visitaba al señor Beaseley para supervisar su trabajo, señalando sus errores y debilidades sin importar que hubiera clientes presentes.

Cada mañana, encontraba cierto consuelo cuando, tras abrir el periódico, leía el fascinante artículo escrito por el señor Ripley. Los viernes recibía un regalo mucho mejor: un ejemplar de su revista favorita: *Maravillas de las Ciencias Naturales*. Esa lectura servía como una especie de portal a través del cual escapaba de una existencia desesperanzadora e intolerable y se transportaba al mundo de lo increíble.

Esa mañana en particular, el mundo de lo increíble tuvo la gentileza de tocar a la puerta del señor Beaseley. Llegó en la forma de un sobre largo, con el hermoso papel membretado de un prominente despacho de abogados.

—No lo vas a creer, querida —le dijo el señor Beaseley a su esposa —, pero me han heredado cuatrocientos mil dólares.

—¿Dónde? ¡Déjame ver! —exclamó la señora Beaseley—, No monopolices la correspondencia de esa manera.

—Anda —la instó él—. Léela. Mete tus narices en ella. ¡De poco te servirá!

—¡Vaya, vaya! —dijo ella—. ¿Así que ya empezaste de arrogante?

—Sí —confesó él, limpiándose los dientes con el dedo—. Me han heredado cuatrocientos mil dólares.

—Con eso —especuló su esposa— podremos comprarnos un departamento en Nueva York o una casita en Miami.

—Puedes quedarte con la mitad del dinero y hacer lo que quieras con él —respondió el señor Beaseley—. En lo que a mí respecta. yo planeo viajar.

La señora Beaseley recibió el comentario con la angustia que siempre sentía ante la posibilidad de perder cualquier cosa que le perteneciera, sin importar cuán vieja o inútil fuera.

—¿Así que me abandonarías con tal de ir tras los huesos de una mujer nativa? —inquirió ella—. Pensé que ya habías superado esa etapa.

—Las únicas mujeres nativas que me interesaban —aseguró él— eran las que aparecían en las fotografías de Ripley; aquellas cuyos labios eran lo bastante grandes como para acomodar un plato extendido. En la revista *Maravillas de las Ciencias Naturales* figuraban también unas mujeres con cuellos tan largos como los de una jirafa. Me gustaría verlas a ellas, y a los pigmeos, y también las aves del paraíso y los templos de Yucatán. Ofrecí darte la mitad del dinero porque sé que te gusta la vida de la ciudad y la alta sociedad. Yo prefiero viajar. Pero, si quieres, supongo que puedes acompañarme.

—Lo haré —aseveró ella—, Y no olvides que lo hago por tu bien, para evitar que te desvíes del buen camino. Cuando al fin te canses de papar moscas y dar vueltas como gallina sin cabeza, tendremos un departamento en Nueva York y una casita en Miami.

Así que la señora Beaseley lo acompañó sin muchas ganas, preparada para atravesar el mismísimo infierno con tal de impedirle a su esposo disfrutar un pedazo de cielo. Sus viajes los adentraron en bosques profundos donde, desde su habitación vacía, cuyas paredes, piso y techo austeros estaban hechos de pino crudo, podían ver, enmarcado en cada ventana, un perfecto cuadrito de Cézanne, con la luz inclinada multiplicándose en tonos azulados a lo largo de la línea perpendicular de los pinos o irradiando una nueva tonalidad verduzca como una cascada flotante. Por otra parte, en los altos Andes, su ventana era un cuadrado de color azul ardiente que a veces enmarcaba una nube blanca como la nieve, como si fuera un rollo de algodón comprimido en un rincón inferior. En las cabañas de playa de las islas tropicales, encontraron que la marea, como si fuera un hotelero original y elegante, les dejaba un regalito afuera de su puerta cada mañana: el esqueleto de un abanico de algas violetas, una estrella de mar o una concha. La señora Beaseley, por ser una persona más del vulgo, hubiera preferido una botella de leche fresca y un

ejemplar del periódico *El Examinador*. Suspiraba sin cesar por la infelicidad que le causaba no tener un departamento en Nueva York y una casita en Miami, y todo el tiempo buscaba castigar al pobre hombre por negarle ese capricho.

Si un ave del paraíso se posaba sobre una rama por encima de la cabeza de su esposo, ella soltaba un grito estridente para ahuyentar a la interesante criatura antes de que el señor Beaseley tuviera oportunidad de examinarla. Le dijo que la visita a los templos mayas comenzaba a una hora equivocada, y distrajo su atención de un armadillo al fingir que se le había metido algo en el ojo. Al divisar una bandada de aves de Bali, agrupadas casi como racimos de uvas en el muelle, se dio media vuelta y volvió a subirse a la pasarela del barco, adonde condujo a su esposo entre protestas.

Ella insistió en que debían quedarse más tiempo en Buenos Aires para que le diera oportunidad de hacerse un permanente y un facial, y de comprarse algo de ropa elegante para ir a las carreras de caballos. El señor Beaseley accedió a complacerla, pues quería ser justo, así que rentaron una suite en la comodidad de un buen hotel. Una tarde, mientras su esposa se encontraba en las carreras, nuestro amigo entabló amistad con un petiso médico portugués en el salón del hotel, y al poco rato ya estaban conversando animosamente sobre hoacines, anacondas y ajolotes.

—En cuanto a este asunto —dijo el portugués—, hace poco volví de las cabeceras del Amazonas, donde los pantanos y lagos son estupendos. En uno de esos lagos, según los indios de la zona, vive una criatura totalmente desconocida por la ciencia: una criatura de un tamaño tremendo, algo parecida a un cocodrilo o a una tortuga acorazada, de cuello largo y dientes como sables.

—¡Debe de ser una criatura interesantísima! —exclamó el señor Beaseley, embelesado.

—Sí, sí —coincidió el portugués—. No cabe duda de que es interesante.

—¡Si tan sólo pudiera viajar ahí! —prorrumpió el señor Beaseley —, ¡Si tan sólo pudiera hablar con esos indios! ¡Si tan sólo pudiera ver a la criatura misma! ¿De casualidad estás libre? ¿Podría convencerte de que hagamos una pequeña expedición?

El portugués estuvo dispuesto, así que no tardaron en hacer los arreglos. La señora Beaseley regresó de las carreras y escuchó mortificada que dentro de muy poco emprenderían un viaje al Amazonas y pasarían una temporada en aquel lago desconocido, en la sociedad disgénica de los indios. Insultó al portugués, quien le respondió con una reverencia, pues tenía un agradable acuerdo económico con el señor Beaseley.

La señora Beaseley regañó a su esposo durante todo el trayecto río

arriba, insistiendo en que no existía la criatura que él buscaba y que no era más que la víctima crédula de un estafador. Aunque estaba acostumbrado a las quejas de su esposa, ésta en específico lo hirió y humilló frente al portugués. Además, el volumen de su voz era tan alto y el tono tan agudo, que. a lo largo de los miles de kilómetros que recorrieron río arriba, el señor Beaseley sólo veía cómo se ocultaban los traseros de tapires, monos araña y osos hormigueros que. al escucharla, se escondían deprisa en las profundidades impenetrables de la jungla.

Pero al fin llegaron al lago.

—¿Cómo sabemos que este es el lago del que hablaba? —interrogó la señora Beaseley a su esposo—. Seguro no es más que un lago cualquiera. ¿Qué le están diciendo esos indios? No entiendes ni una palabra de lo que dicen, ¿verdad? Confías en la gente a ciegas. Nunca verás un monstruo. Hay que ser tonto para creer en esas cosas.

El señor Beaseley no dijo una palabra. El portugués supo, luego de conversar con los indios, que había una choza de paja abandonada que encontraron tras un tiempo y esfuerzo considerables. Se mudaron ahí, y los días transcurrieron. El señor Beaseley se ponía en cuclillas sobre los juncos con sus binoculares, y los mosquitos lo picaban sin piedad. No había nada que ver en aquel lago.

La señora Beaseley adoptó un tono de satisfacción, pero sin atenuar sus reproches.

—Ya no pienso seguir tolerando esto —le advirtió a su esposo—. He permitido que me lleves de un lado a otro. He tratado de cuidarte. He recorrido cientos de kilómetros en la canoa de unos nativos. Ahora te veo desperdiciar nuestro dinero en un estafador. Saldremos con rumbo a Pará en la mañana.

—Si tú quieres, puedes irte —dijo él—. Te haré un cheque por doscientos mil dólares. Quizá logres persuadir a un nativo de que te lleve río abajo en su canoa. Pero yo no iré contigo.

—Ya veremos —lo amenazó. No tenía la más mínima intención de dejar solo a su esposo, pues temía que él la pasara bien en su ausencia. No obstante, luego de que él le firmara y le entregara el cheque, ella siguió amenazando con abandonarlo, ya que. si se daba por vencido, eso representaría un triunfo para ella, y si no lo hacía, agregaría otra crucecita negra a su sentencia.

Una mañana, la señora Beaseley se levantó temprano y salió a preparar su ingrato desayuno con algunas de las deliciosas frutas que colgaban profusamente en los árboles cercanos a la choza No se había alejado mucho cuando por casualidad se le ocurrió mirar el suelo arenoso, donde vio una huella de casi un metro de ancho, alargada, con púas y garras, cuyo dueño estaba apenas a tres metros de distancia.

La señora Beaseley miró esas estupendas huellas sin asombrarse ni interesarse en ellas; sólo sintió molestia ante la idea del triunfo de su esposo y la reivindicación del portugués. No gritó de sorpresa, ni pidió ayuda a los hombres que en ese momento dormían, sino que sólo emitió un resoplido parecido al sonido de un claxon. Después de agarrar una enorme hoja de palmera, la mujer sin escrúpulos destruyó las interesantísimas huellas que nunca antes habían sido vistas por los científicos de su país. Luego de borrar la huella, esbozó una sonrisa lúgubre y buscó la siguiente marca, y ésa también la borró. Un poco más adelante vio otra, y luego otra más, y así sucesivamente, hasta que borró todo rastro que llegara al tibio lecho del lago, donde la última huella estaba impresa junto a la orilla del agua.

Luego de borrar el último rastro, la señora Beaseley se puso de pie y volvió la mirada hacia la choza.

—Ya sabrás la verdad —anunció ella en tono amenazante, dirigiéndose a su esposo durmiente— cuando estemos instalados en Miami y seas demasiado viejo como para hacer algo al respecto.

En ese momento, se formó un remolino en el agua a sus espaldas, y de inmediato la apresaron unos dientes que, para fines prácticos, eran como sables. No tuvo tiempo de observar el resto de los rasgos mencionados por el médico portugués, pero no hay duda de que eran tal y como los había descrito. Profirió un grito breve mientras desaparecía, pero tenía la voz ronca por la furia con que había reprendido a su marido durante las semanas anteriores, y su grito, incluso si alguien lo hubiera escuchado, podría haberse confundido con la llamada de apareamiento del megaterio, una especie de perezoso que se creía extinto. De hecho, el último megaterio sobreviviente emergió de la jungla unos cuantos minutos después, miró en todas direcciones, encogió los hombros con resignación y regresó por donde había llegado.

Un poco más tarde, el señor Beaseley se despertó, notó la ausencia de su esposa y al final fue a despertar al portugués.

—¿Has visto a mi esposa? —preguntó.

—¿Hablas en serio? —respondió el portugués petiso y se volvió a dormir.

El señor Beaseley salió y miró a su alrededor, tras lo cual regresó con su amigo.

—Me temo que mi esposa se ha escapado. Encontré sus huellas yendo hacia el lago, donde supongo que encontró a un nativo en una canoa y lo convenció de transportarla río abajo. Siempre amenazaba con hacerlo para comprarse una casa en Miami.

—No es una mala ciudad —dijo el portugués—, pero, en estas circunstancias. Buenos Aires quizá sería una mejor opción. Ese

monstruo ha resultado ser una decepción, mi querido amigo. Mejor regresemos a Buenos Aires, donde te mostraré algunas cosas extraordinarias, pero de una índole completamente distinta, por supuesto, con las que tu querido Ripley ni siquiera ha soñado.

—¡Eres un compañero tan agradable! —confesó el señor Beaseley —, Haces que hasta la vida de la ciudad suene atractiva.

—Bueno, si te cansas de ella, siempre podemos irnos a otro lado —dijo el portugués—. Conozco algunas islas tropicales donde las chicas son verdaderas maravillas naturales, aunque sus labios no estén diseñados para sostener platos extendidos, y cuyos bailes son auténticas obras de arte.

HIPERASEGURADOS

Alice E Irwin llevaban una vida sencilla Y ALEGRE, como cualquier pareja joven en una película familiar. De hecho, eran incluso más felices que en las películas, pues la gente no los veía todo el tiempo y sus alegrías no estaban restringidas por códigos de censura. Por ende, es imposible describir el fervor con que Alice abrazaba a Irwin cuando éste volvía del trabajo, o el arrebato con que Irwin respondía a sus caricias.

Cuando él llegaba, faltaban aún dos horas para que empezaran siquiera a pensar en la cena. Incluso entonces, tardaban en llevar la comida a la mesa, pues durante el traslado de cada plato había muchas caricias, besos, mordiscos en la nuca, susurros al oído, abrazos, manoseos y toda clase de gestos amorosos.

Cuando por fin la comida estaba lista, la consumían con un apetito voraz, como era de esperarse. No obstante, Irwin siempre encontraba la forma de pasar la mejor parte de su plato al de ella, y ella nunca tardaba en pinchar el bocado más apetitoso de su plato para ponérselo a Irwin entre sus labios anhelantes.

Después de la cena, se sentaban en el mismo sillón, como si fueran dos inocentes periquitos en una jaula, y él la entretenía con un catálogo detallado de lo que más le gustaba de ella, lo que a ella la hacía confirmar que nadie tenía tan buen gusto y juicio como Irwin. No obstante, aquellos deleites no duraban lo suficiente, pues era indispensable irse a dormir temprano para despertar descansados a la mañana siguiente.

Las noches en que Irwin no despertaba más de dos veces y encendía la luz para asegurarse de que la presencia de ella no hubiera sido simplemente un sueño eran aburridas y pesadas. Ella parpadeaba bajo la tenue luz, pero no le molestaba en absoluto despertar en esas circunstancias, tras las cuales tenían una encantadora conversación y volvían a conciliar el sueño alegremente.

Es improbable que un esposo que disfruta tanto las tardes alegres

en casa acostumbre ir a bares o lupanares al salir del trabajo. Sólo en contadas ocasiones Irwin accedía a regañadientes a acompañar a sus colegas a ese tipo de lugares, pero incluso entonces pensaba repentinamente en su amada, en sus exquisitas curvas y su piel tersa y sus labios carnosos, y en ese momento daba un brinquito de alegría.

—¿Por qué demonios haces eso? —le preguntaban sus amigos—. ¿Creíste que alguien te estaba aplaudiendo o qué?

—No, no —contestaba él en tono evasivo—. Me animé de pronto. Me sentí lleno de vida.

Dicho eso. esbozaba una boba sonrisa de oreja a oreja y dejaba de prestarles atención. Luego volvía a casa tan rápido como podía, con ansias de asegurarse de que de verdad existían (y, por milagro divino, eran suyos) esos detalles tiernos, curvilíneos e infinitamente dulces que formaban parte de su exquisita y bella esposa.

En una de esas ocasiones en las que volvía a casa corriendo tan rápido como las piernas se lo permitían, olvidó mirar a ambos lados al cruzar la calle, y un taxi dio vuelta a la esquina a gran velocidad. Por fortuna, el conductor alcanzó a frenar, pues de otro modo Irwin habría salido volando por los aires como un pino de boliche y no habría vuelto a ver a la dueña de su corazón. Sin embargo, esa idea lo abrumó tanto que no pudo sacársela de la cabeza.

Esa noche, mientras estaban sentados juntos en el sillón, ella empezó a acariciarle las mejillas ligeramente caídas, como las de un bulldog, y él frunció los labios como un simio hambriento al ver un biberón para intentar darle besitos en la mano pasajera. Durante esa parte del ritual, él acostumbraba recitarle los sucesos de su largo día y mencionar lo mucho que la había extrañado.

—Eso me recuerda —comenzó a relatar— que por poco me extrañas para toda tu vida. Casi me atropella un taxi cuando estaba cruzando la calle. Y si el conductor no hubiera frenado, habría salido volando como un pino de boliche. Y quizás entonces no habría vuelto a ver a la dueña de mi corazón.

Al oír eso, los labios le temblaron a Alice y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Si no volvieras a verme —dijo—, yo tampoco volvería a verte.

—Eso es justo lo que me pasó por la cabeza —contestó Irwin.

—Siempre pensamos lo mismo —declaró ella No obstante, aquello no era ningún consuelo: esa tarde, sus pensamientos fueron de una tristeza muy profunda—. Todo el día de mañana —continuó ella mientras lloraba— te imaginaré aplastado sobre una alcantarilla. No lo voy a soportar. Me voy a morir.

—¡Ay! Ojalá no hubieras dicho eso —contestó Irwin—. Ahora te imaginaré tirada en la alfombra, muerta de dolor. Y enloqueceré o me

dará un infarto.

—¡Ay no! —exclamó Alice—. Ahora imaginaré que mueres porque crees que estoy muerta. Y, si eso llega a pasar, me moriría.

—Cada vez es peor —se lamentó Irwin— Imaginar que mueres porque piensas que yo morí, porque pensé que… ¡Es demasiado! ¡No lo soporto!

—¡Ni yo! —respondió ella.

Se abrazaron con mucha fuerza y se besaron las mejillas y los labios salados por el llanto. Se cree que eso les da un toque muy particular, como a los cacahuates, pues resalta su dulzura. Irwin y Alice estaban demasiado abrumados como para entender las implicaciones de sus razonamientos: ninguno de los dos pensaba en algo que no fuera en cómo se sentiría si el otro de pronto muriera. Por ende, ambos pasaron la noche entera en vela, e Irwin no tuvo el placer de soñar con su Alice, de encender la luz y descubrir que era real. Ella, por su parte, se privó de la alegría de parpadear ante la luz repentina y ver a Irwin mirándola con ojos de borrego a medio morir. Pero lo compensaron con el fervor y la pasión de sus abrazos. De ese modo, cuando el amanecer frío, gris y racional se asomó por su ventana, la pareja infeliz se sentía más fría, gris e irracional que nunca en su vida.

—Alice —dijo Irwin—, debemos enfrentarlo con valentía. Debemos plantarle cara a lo que pueda ocurrir y hacer lo posible por encontrar cualquier tipo de consuelo.

—Mi único consuelo será llorar—contestó Alice.

—Sí, el mío también —coincidió él—. Pero, ¿preferirías llorar en una buhardilla sin chimenea, donde tendrías que parar y levantarte y hacer los quehaceres del hogar, o preferirías llorar en un departamento agradable mientras usas un abrigo de visón y tienes muchos sirvientes que te lleven la comida?

—Creo que preferiría que me llevaran la comida —respondió ella —. Porque entonces podría seguir llorando. Y, si tuviera un abrigo de visón, no tendría que pasar frío y mis estornudos no interrumpirían mi llanto.

—Yo preferiría llorar en un yate —dijo él—, donde mis lágrimas pudieran confundirse con el agua del mar, para que nadie pensara que soy poco hombre. Tenemos que hacernos la promesa, amor, de que, si algo le pasa al otro, podremos llorar sin interrupción. Invirtamos noventa por ciento de nuestro dinero en seguros.

—Nos quedará poco para vivir en el día a día —argumentó ella—. Pero así será mejor, amor, porque entonces el consuelo será más grande.

—Eso es justo lo que pensé. Siempre pensamos lo mismo. Hoy mismo compraré las pólizas.

—Y asegura también a nuestro querido pájaro —agregó ella, y señaló la jaula llena de plumas que siempre dejaban descubierta de noche, de modo que el canto apasionado del ave acompañara sus divinos arrebatos nocturnos.

—Tienes razón —concordó Irwin—. Le pondré diez pavos al ave. Sus trinos serían para mí como un collar de perlas si llegara a quedarme solo. —Ese día, Irwin hizo arreglos para invertir noventa por ciento de sus ganancias—. Ahora somos pobres —anunció al volver a casa—, pero nos tenemos el uno al otro. Si algún día nos roban esa alegría, al menos tendremos nuestros miles y miles de dólares.

—No hay que hablar de eso —contestó Alice—. ¡Mugroso dinero!

—Tienes razón —dijo él—. Vamos a cenar. Comí muy poco en el almuerzo, y esta noche estoy famélico.

—No tardaré mucho en preparar la cena. Tuve que economizar en el mercado, así que compré cosas que no acostumbramos comer. Es sumamente barato y trae el alfabeto vitamínico completo, y basta para mantener a una familia entera energizada durante una semana entera. O eso dice en el empaque.

—¡Espléndido! Que de eso dependan tu tierno y dulce metabolismo, así como mi voraz metabolismo de oso, para que podamos deletrear todas las palabras de amor con ese mismo alfabeto.

Nada parecía más ideal, pero con el paso de los días sus metabolismos empezaron a tambalearse cuando llegaba la hora de enunciar las palabras de amor. O quizás el productor de aquel alimento se dejó engañar por un científico alienígeno y había colocado una descripción un tanto errada en el empaque. Irwin se debilitó tanto que ya no podía brincar al pensar en su amada, en sus curvas y su piel tersa y sus labios carnosos. Por su parte. Alice adelgazó tanto que perdió esas cualidades.

Ahora las medias se le arrugaban de forma grotesca sobre las piernas de palo.

“Creo que Alice ya no corre a recibirme con el alegre arrebato de antaño”, pensó Irwin. Quizá sea lo mejor. ¡Sería mucho mejor que me recibiera un buen filete en la mesa!”

Ese pensamiento perturbador, acompañado de la dieta a base de aserrín y las incontables preocupaciones financieras que cada vez afectaban más a la joven pareja, hizo que Irwin se viera obligado a pasar varias noches en vela, en las que ya no se sentía inspirado a prender la luz para deleitarse viendo a su amada. La última vez que lo hizo, le pareció que tenía cara de omelet.

—Ah. eres tú —murmuró ella y se volteó, irritada.

Le dieron de su nueva comida al ave, quien al poco tiempo cayó de

espaldas, patas arriba, y murió.

—Al menos nos darán cincuenta pavos por él —dijo Irwin—. Y eso que sólo es un pájaro.

—Espero que no estés pensando lo mismo que yo —contestó Alice.

—Claro que no. ¿Cómo se te ocurre?

—Pero si no se me ocurre —argumentó ella— ¿Cómo gastaremos el dinero? ¿Compramos otro canario?

—No —respondió él—. Compremos algo más grande. Algo así como un enorme pollo rostizado.

—Eso haremos —dijo ella—. Y también papas y champiñones y ejotes y pastel de chocolate y café con leche…

—Sí. Café también. Un buen café amargo y fuerte; algo que de verdad sirva, ¿sabes?

—Yo lo compro. Será el mejor y más fuerte y más amargo.

Esa noche, no tardaron en llevar los platos a la mesa ni en vaciarlos una vez que se sentaron a cenar.

—Este café sí que está fuerte —observó Irwin—. Y amargo.

—¿Verdad? —contestó ella—, ¿De casualidad no cambiaste las tazas de lugar mientras yo estaba en la cocina?

—No. mi amor. Pero me preguntaba si tú lo habrías hecho. Definitivamente está sirviendo.

—¡Ay, Irwin! —exclamó Alice—. ¿Será posible que, al final del día, hayamos pensado lo mismo?

—Creo que sí —gritó Irwin y corrió hacia la puerta más rápido que nunca, como cuando abandonaba los bares y los lupanares a toda prisa —. Debo ir al hospital.

—Yo también —dijo ella mientras se tambaleaba.

No obstante, el veneno funcionó sumamente rápido en sus metabolismos debilitados. Aunque intentaron rebasar al otro, cayeron juntos sobre el tapete de la entrada, donde al día siguiente el cartero los cubrió de sobres con recibos bancarios.

VIEJOS AMIGOS

EL departamento, que se encontraba en el quinto piso de un edificio ubicado en el *huitième arrondissement*, estaba inundado por el honorable olor a aceite para pulir muebles. La renta parisina de cuarenta mil francos anuales tiene ese aroma, el de cierto perfume que es indicativo de un nivel de vida distinto.

Monsieur y madame Dupres, quienes por naturaleza tenían el temperamento ideal para lidiar con los connubios rotundos de una residencia con aromas más astringentes, habían pasado los últimos veinte años de su vida confinados a la austeridad del aceite para pulir madera porque se negaban a reconocer la intensidad de sus celos, los cuales alguna vez causaron profunda mortificación a ambas partes.

Monsieur tenía celos porque sospechaba que Madame albergaba cierto arrepentimiento previo a su matrimonio. Madame, en cambio, experimentaba recelo como un tacaño que le paga mal a su sirviente y, por ende, sospecha de su honestidad. Es cierto que. en contadas ocasiones, cuando visitaban el café, Monsieur buscaba un ejemplar de *La Vie Parisienne* y, si encontraba una foto que le interesara, su mirada se clavaba en ella hasta por cinco largos minutos.

De ahí los muebles sosos, dignos del más parisino de los puritanismos, y el tratamiento semanal con resinas pungentes que les daban un toque de respetabilidad.

En la habitación se sumaba también el olor a medicamento. Madame Dupres yacía en su lecho de muerte a causa de una neumonía frugal. Su marido, sentado a su lado, desdoblaba y doblaba su pañuelo con la esperanza de soltar una lágrima, mientras ansiaba con desesperación un cigarrillo.

—Querido —dijo Madame con voz débil—, ¿en qué piensas? Te dije que te compraras los guantes que vendían en Pascal's. Sus precios son razonables.

—Querida —contestó el esposo—, lo lamento mucho. Estaba pensando en el pasado, en lo que solíamos hacer juntos Robert, tú y

yo, antes de que él se fuera a Martinica, antes de que tú y yo nos casáramos. ¡Éramos tan amigos! Habríamos compartido nuestro último cigarrillo.

—¡Robert! ¡Robert! —murmuró madame Dupres—, Ojalá pudieras asistir a mi funeral.

Dicho eso. un rayo de luz iluminó un recoveco olvidado de la mente de Monsieur.

—¡Por todos los santos! —exclamó y se dio un manotazo en la rodilla—. Entonces, ¿todo este tiempo fue Robert?

Madame Dupres guardó silencio; sonrió y exhaló su último aliento. Su marido, sin saber bien qué hacer, le dio un par de besos en el ceño inerte, intentó arrodillarse a su lado, se puso de pie y se limpió las rodillas.

—¡Veinte años! —murmuró y se miró al espejo—. Debo avisar al doctor, al notario, al sepulturero, a la tía Gabrielle. a las primas, a los Blanchard. Los citaré en el Mairie. Es difícil conseguir cigarrillos en el Mairie. Podría fumarme un cigarrillo aquí, pero si alguien entrara percibiría el olor y lo entendería como una falta de respeto a la muerte. Quizá, si salgo a la calle unos cinco minutos… Total, ¿qué son cinco minutos después de veinte años?

Monsieur Dupres bajó a la puerta principal y se quedó en el escalón exterior, consciente del aire suave de la tarde e inhalando el humo de su ansiado cigarrillo. Al darle la primera calada, en las mejillas regordetas se le dibujó una sonrisa de profunda

satisfacción.

—¡Ay, pobre monsieur Dupres! —dijo la portera al salir repentinamente de su cueva—. ¿Cómo sigue Madame? ¿Está sufriendo?

Consciente del cigarrillo y la sonrisa, monsieur Dupres se sintió incapaz de explicarle que su esposa había fenecido hacía un minuto.

—Gracias —contestó—. Ya no está sufriendo. Está dormida.

La portera se mostró optimista.

—Pues es que es una mujer de Angers. Y ya sabe lo que dicen de las mujeres de Angers.

La portera siguió parloteando al respecto, pero monsieur Dupres no le prestó atención.

“Cuando suba me toparé con el triste descubrimiento. Luego bajaré de nuevo a reconfortar a esta vieja bruja con un semblante más adecuado. Y luego, ¡Dios! Debo avisarle al médico, al notario, a la funeraria, a las tías, a las primas… Ya se acabó mi cigarrillo y apenas lo disfruté. En un país civilizado, al doliente deberían dejarlo a solas con su pesar.”

La portera se fue un momento, pero era obvio que pronto volvería

al ataque. Monsieur Dupres sintió que necesitaba otro cigarrillo, pero esta vez debía fumarlo en condiciones más adecuadas para que de verdad cumpliera con sus funciones curativas. Su nerviosismo merecía un asiento en un café modesto, con una copa de Pernod y el aire saludable de los cafés, que es mucho más fragante que el aceite para pulir muebles.

"Un cigarrillo y un Pernod", pensó monsieur Dupres. "Y, luego, una buena comida. Pero una buena comida debe ir acompañada de una copa de coñac al final, como digestivo. Es lo que recomiendan los médicos. Además, una copa de coñac no es ninguna."

—Déjame decirte una cosa —le dijo a un perro que iba pasando—: la primera copa de coñac no es más que utilitaria. Es como una mujer hermosa que. por desgracia, se ha empeñado sólo en hacer el bien, en cuidar a otros. No hay acto más admirable, pero podría al menos presentarte a su hermana. La segunda copa, en cambio, es esa hermana: es igual de bella, pero también se permite ciertas diversiones inofensivas… ¡Veinte años!

Monsieur subió a buscar su sombrero.

Decidió que iría al café Victoire, en el boulevard Montparnasse. Ahí solían celebrar los tres —Robert, ella y él— cuando eran estudiantes, siempre que tenían algo de dinero. "Será, sin duda alguna, un homenaje", pensó. "Será mejor que agobiarla con médicos y primas. Y recuerdo que la comida solía ser exquisita."

Al poco rato llegó al Victoire y pidió una copa grande de Pernod. Cada sorbo era como una caricia; y, como cualquier caricia, antojaba la siguiente. Como cereza en el pastel, monsieur Dupres se dio permiso de ojear *La Vie Parisienne*.

"No cabe la menor duda de que la vida es como uno quiere que sea", pensó para sus adentros. Miró a su alrededor en busca de una historia que contar. Esas dos muchachas de allá seguro son buenas a más no poder. Me pregunto si usarán cositas como las de esta foto."

En su imaginación conjuró una escena que le resultó sumamente divertida y lo hizo bufar de risa, al grado que le dieron ganas de abofetear a alguien. "¿Qué hicimos durante estos veinte años?", pensó. "¡Nada!"

Alzó de nuevo la mirada, con la intención de mirar de reojo a las muchachas que habían llamado su atención, pero le mortificó descubrir que se habían ido.

Miró de nuevo a su alrededor, con la esperanza de que sólo se hubieran cambiado de mesa, y para su sorpresa, a unos metros de él vio ni más ni menos que a madame Dupres en persona, frente a una copa grande de Pernod, rebosante de salud. Llevaba su sombrero gris preferido.

De inmediato Madame se percató de la mirada de su esposo, apretó los labios y contuvo la risa que devino en explosivas carcajadas internas. Luego lo miró inquisitivamente, como hacen los periquitos. Monsieur Dupres tomó su copa y se sentó junto a su esposa.

—Querida —dijo—, sólo salí a recobrar un poco la calma. —Madame no contestó; sólo se bebió de un trago la mitad restante del Pernod, dejó la copa y clavó la mirada en ella hasta que su marido llamó al mesero—. Otro Pernod, por favor —ordenó—. De hecho, que sean dos.

El poder de la conciencia es tan sutilmente extraordinario que, al sentirse descubierto en el café, monsieur Dupres no pudo evitar pensar que su esposa estaba al tanto de sus intenciones secretas, incluso en relación con las muchachitas de antes. Por ende, anticipó una volea de reproches, pero se imaginarán el alivio que sintió al ver que Madame lo miraba por encima de la copa con absoluta tolerancia y empatía, mientras los contenidos de la misma ascendían como por arte de magia a sus labios apretados.

—Quizás hemos llevado una vida demasiado mesurada. Marie —dijo él, esbozando una sonrisa—. A fin de cuentas, ¡estamos en el siglo xx! ¡Y tú eres una mujer extraordinaria! —Madame Dupres sonrió con indulgencia. En ese instante, se abrió de golpe la puerta del café. El recién llegado miró en todas direcciones y atrajo la mirada de monsieur Dupres—. ¡No puede ser! Como te decía, Marie, se me ocurrió una idea exquisita. Prepárate para la sorpresa.

No obstante, madame Dupres estaba prestando atención al recién llegado, a quien recibió con una sonrisa deleitosa, agitando la mano. También sonriendo, y sin dar indicios de su desconcierto, el hombre se acercó a su mesa deprisa.

—¡Robert! —exclamó madame Dupres.

—¡Por todos los cielos! —gritó Monsieur—. Pero si es Robert.

Es imposible poner en palabras lo felices que estaban los tres amigos, reunidos por recuerdos que el paso de veinte años no había hecho más que endulzar. Además, ya estaban un poco ebrios, pues al parecer Robert también había tomado un par de aperitivos por su cuenta.

—¡Qué grata sorpresa! —le dijo a monsieur Dupres—. Este mundo es un pañuelo. Vayas adonde vayas, siempre encuentras a alguien conocido. —Monsieur Dupres estaba igual de perplejo, y no se le ocurrió otra cosa más que darle una palmada a Robert en la espalda. Bebieron una última ronda y se pasaron al restaurante, en la parte trasera del local—, ¿Qué han hecho todos estos años? —preguntó Robert mientras tomaban asiento.

—No mucho —contestó madame Dupres.

—¡Uy! —exclamó Robert con una enorme sonrisa—, ¿En serio? ¡Pues nos espera una velada extraordinaria! Esta noche beberemos aquel vino para el que antes no nos alcanzaba. ¿Sabes a qué vino me refiero, Marie?

—¡Al Hermitage! —intervino monsieur Dupres, quien ya tenía la nariz metida en la carta de vinos—, ¡Ochenta francos! ¿Por qué no? ¡Al diablo esos ochenta francos! Un vino como ese le mete a uno cualquier idea en la cabeza. Empecemos mejor con champaña. ¿Por qué no? Como si estuviéramos en una boda. Pero mejor.

—¡Bravo! —exclamó Robert—, Ni yo hubiera podido expresarlo mejor.

—¿Qué habremos de comer? —preguntó monsieur Dupres—. Estudien el menú, hijos míos, en lugar de mirarse entre sí como si hubieran resucitado de entre los muertos. Se me antoja algo picante. Marie, si comes con ajo, habré de comer con ajo también. ¡Je, je, je!

—Nada de ajo —dijo Robert.

—Nada de ajo —repitió madame Dupres.

—¿Qué? —preguntó el esposo—. Pero si te encanta.

—Los gustos van cambiando con la edad —contestó Madame.

—Tienes razón —dijo el esposo—. Eso era justo lo que estaba diciendo cuando entró Robert. Ojalá estuvieran abiertas las boutiques, Marie, porque me gustaría comprarte un regalito. Es algo que vi en una revista. ¡Dios! ¡Cuánta maldad hay en el mundo! El aire pareciera estar cargado de ella. Marie. hemos desperdiciado la vida. Bebamos champaña. Pero primero brindemos. ¡Después de la cuaresma viene el carnaval! ¡Salud!

—¡Salud! —exclamaron los otros con alegría y chocaron sus copas.

—¿Por qué habríamos de avergonzarnos? —preguntó monsieur Dupres entre risas francas— Si llevamos veinte años de casados, Marie. Mientras tanto, Robert ha estado en Martinica. ¿Qué más da?

—¿Qué más da? —repitió Madame. apretándole la nariz a Robert y riendo sin control.

—¡Abrácense! —exclamó monsieur Dupres de pronto, con una voz atronadora. Se puso de pie y los tomó a ambos de un hombro—. Venga. ¡Bésala! Ella sentía cierta debilidad por ti en los viejos tiempos. Aunque tú no lo supieras, amigo. Pero yo sí. Yo sé todo. Recuerdo nuestra noche de bodas, en la que pensé: “Ella siente debilidad por alguien más”. ¡Veinte años! Marie, nunca te habías visto tan bella como hoy. ¿Cuánto será veinte por trescientos sesenta y cinco? — Abrumado por la inmensa cifra, monsieur Dupres rompió en llanto. Mientras lloraba, los otros dos, igual de ebrios que él. se inclinaron sobre la mesa y rieron de forma inane, chocando ocasionalmente el uno con el otro. Una vez que llegó el brandy, los ánimos de monsieur

Dupres se calmaron—. Hay que compensar el tiempo perdido. ¿No creen?

—Concuerdo —contestó Robert y le besó ambas mejillas.

—¡Mírala! —exclamó monsieur Dupres—. Una dama de cuarenta primaveras. Ah, si tan sólo estuvieran abiertas las boutiques. Robert, viejo amigo, ¿puedo confesarte algo?

Robert le acercó una oreja, pero monsieur Dupres fue incapaz de enunciar el secreto prometido. En vez de eso. soltó una carcajada que obligó a Robert a usar su servilleta como toalla.

—¡Al diablo con las boutiques! —prorrumpió Robert—. No necesitamos nada. Hay cafés, bares, bistrós, discotecas, cabarés…, ¡todo! ¡Vayamos juntos al boulevard!

Dicho eso. se levantó de un brinco. Los otros lo siguieron con paso torpe. En las calles, la gente los miraba con una sonrisa. El respetable sombrero gris de Madame le cubrió de pronto la nariz. Al darle un manotazo para acomodarlo, lo tiró hacia atrás. Tomados de los brazos, empezaron a cantar una canción sobre una cacerola rota.

Visitaron varios bares de los que salieron más risueños de lo que entraron. Los hombres, agachados hasta que sus gabardinas rozaron el suelo, caminaron imitando a los cangrejos, como solían hacer en sus tiempos de escolapios. Las carcajadas de Madame eran tan poderosas que. en un momento dado, se vio obligada a retirarse un instante al sombreado callejoncito solitario que conecta la calle Guillaume con la avenida Gascons.

—Supongo que deberíamos volver pronto a casa —dijo monsieur Dupres entre ataques de hipo cuando su esposa volvió.

Robert expresó su desacuerdo, pero no con palabras, sino con sonidos.

—*Mes amis*— añadió después, tomándolos a ambos de un hombro y examinándoles la expresión risueña y suplicante—, *mes amis, mes amis, pourquoi pas le bordel*?

Dicho eso. tuvo un ataque de risa incontrolable al que los otros dos hicieron eco.

—Afín de cuentas, estamos en el siglo xx—comentó monsieur Dupres entre risas—, Y hay que tomar en cuenta que nos acompaña nuestro amigo Robert.

—Es inherente a la ocasión —dijo Madame—, Una reunioncita.

Por lo tanto, se encaminaron hacia un tugurio conocido como Des Tres Jolies Anglaises. donde el personal seguramente habría usado suéteres de no ser por el calor excesivo que hacia en el interior, mismo que le pasó factura al pobre monsieur Dupres. Casi tan pronto se sentaron en la mesa del pub, le pareció indispensable refrescarse la cara con el cristal de la mesa, y se quedó dormido al instante.

Tras un intervalo prudente, unas manos amables lo escoltaron a la puerta y quizás hasta le dieron un ligero empujoncito que puso en marcha sus piernas, como si fueran las manecillas de un reloj. A pesar de todo, logró volver a casa de algún modo.

A la mañana siguiente, despertó en el estrecho sofá del comedor de su departamento y percibió de nuevo el aroma refrescante del aceite para pulir muebles. Descubrió que la cabeza y el estómago le daban vueltas, y tenía la mente medio embrutecida. Además, no guardaba más que un vago recuerdo del derroche hedonista de la noche anterior.

"¡Gracias a Dios que Marte no vivió para ver esto!", pensó y miró con culpabilidad la puerta cerrada de la habitación. "La habría alterado muchísimo. Pero, ¿será verdad? ¿Habré perdido la cabeza? ¿Estuvo conmigo anoche? ¿Qué clase de veneno me sirvieron anoche? Sin embargo… ¡No, es imposible!"

—Debo llamar al médico —exclamó—. Al sepulturero también. Al notario, las tías, las primas, las amigas y el resto del cortejo. ¡Ay, mi cabeza! —Mientras hablaba, se dirigió a la habitación y abrió la puerta. La cabeza volvió a darle un vuelco cuando descubrió que aquella convocatoria familiar no sería necesaria, después de todo. La cama estaba vacía. Madame Dupres se había ido.

Con la mano en el entrecejo, monsieur Dupres salió del departamento dando tumbos y bajó los cinco pisos de escaleras más como un bulto que como un ser humano.

—¡Madame! —llamó a la portera vigilante—, ¡Mi esposa se ha ido!

—Sí, la vi salir anoche —contestó la mujer—. Vi su sombrero gris pasar por la puerta poco después de que usted salió.

—¡Pero si está muerta! —gritó monsieur Dupres.

—¡Imposible! —respondió la portera—. No quisiera incordiarlo, Monsieur, pero Madame era una mujer de Angers. Y ya sabe lo que dicen sobre las mujeres de Angers.

Dicho eso. volvió a sus aposentos, encogiéndose de hombros.

—¡Entonces fue una conspiración entre mi esposa y el abominable Robert! Debo ir a la policía.

Tomó el tranvía hasta el Châtelet, y justo cuando más rápido iba, le pareció verlos pasar, aún ebrios, a plena luz del día. tambaleándose al virar en la esquina de la calle Clichy. Para cuando el tranvía se detuvo y monsieur Dupres pudo volver a esa misma esquina corriendo, ya se habían esfumado.

Abrumado y aturdido, monsieur Dupres se dio por vencido y decidió volver a casa a descansar un poco, por lo que tomó un taxi para llegar más rápido a su destino. El taxi se detuvo en un bloqueo, y, desde ahí, monsieur Dupres vio pasar en dirección contraria otro

taxi en el que venían su esposa y su amigo, abrazados, ahogados de borrachos e inconscientes de su presencia.

—¡Siga a ese taxi! —ordenó.

El taxista hizo su mejor intento y siguió al que creía que era el vehículo correcto hasta la Porte de Neuilly, pero quien bajó de él fue un elegante caballero mayor, con apariencia de embajador.

Monsieur Dupres pagó la tarifa, que no fue nada barata, y caminó hasta el metro. Justo cuando bajó del tren, vio a dos personas en el extremo opuesto del andén que tenían dificultad para abordar el vagón porque no querían soltarse de la cintura. Corrió hacia ellos tan rápido como pudo, pero las puertas se cerraron en todos los vagones, y el tren salió de la estación en cuestión de segundos.

Monsieur Dupres se recargó contra la pared.

—¿Acaso es mi viejo amigo Dupres? —preguntó un hombre que estaba en la plataforma—. ¡Sí que lo es! Amigo querido, ¿te sientes bien?

—Bien desanimado —contestó monsieur Dupres, con el alma hecha pedazos—. Mi esposa me dejó, querido Labiche. Me dejó por Robert Crespigny, y andan paseándose con absoluto descaro por toda la ciudad.

—¡No puede ser! ¡No, no, amigo querido! —contestó el otro—. Estate tranquilo, te lo imploro. A veces los esposos somos más suspicaces de lo que deberíamos. Te aseguro que Crespigny no pudo robarte a tu esposa, amigo querido. Lo vi apenas hace tres meses: volvió de Martinica y estaba hospitalizado. Falleció una semana después. Al parecer, vivir en ese país se presta a muchos excesos.

LAS LONJAS DEL PRÍNCIPE RANA

UN día, dos muchachos jóvenes se pusieron a filosofar sobre la vida. El más rico le dijo al más pobre:

—Paul, deberías casarte con mi hermana.

—Qué petición tan extraña —confesó Paul—, considerando lo que te he contado sobre mis deudas.

—No soy una persona de mundo —respondió Henry Vanhomry—. Preferiría que mi hermana se casara con un hombre intachable, decente y amable como tú. que con un rico indiferente, libertino, cínico, poco hombre, minihombre o antihombre.

—Es verdad que no soy indiferente —reconoció Paul—. Por otro lado, no tuve el placer de conocer a tu familia cuando estuve en Boston.

—Aprecio mucho a mi hermana —dijo Henry—, de cierto modo.

—¡Qué encantador! Supongo que fue como una madre para ti cuando eras niño. ¡Una madre chiquita!

—No. No. Ella es diez años menor que yo; de hecho, sólo tiene veintiocho.

—¡Ajá! O sea que habrá recibido su fideicomiso en el peor año de nuestra historia financiera.

—Por fortuna, ese dinero está bien invertido y le genera un ingreso de cuarenta mil al año.

—Me viene una objeción a la mente, Henry. Somos hombres de mundo. Pero, si perteneciéramos al otro sexo, estoy seguro de que también cometeríamos errores. Por más que me gusten los niños…

—Eso dependería por completo de ti.

—Henry, tu hermana parece ser una persona encantadora. Cuéntame más de ella. No es una mujer minúscula, ¿o sí? —Y Paul sostuvo su mano a unos ochenta centímetros del piso.

—Todo lo contrario.

—Todo lo contrario, ¿eh?

—Mi querido Paul, eso tampoco significa que mida uno noventa y cinco.

—¿Tal vez uno noventa y dos?

—Y medio. Pero quizá debas saber que es algo rechoncha. En realidad, de forma desmesurada.

—¡Cielo santo! Espero que tenga buen carácter.

—Es angelical. Deberías escucharla cuando acaricia a sus muñecas.

—Discúlpame, Henry, pero, ¿no tiene algún… retraso?

—Eso es subjetivo. Lee y escribe estupendamente.

—¡Qué encantadora! Podríamos escribimos cartas…, si yo estuviera de viaje.

—Seré honesto contigo, Paul: las cartas que le escribe a los boxeadores famosos son sumamente expresivas, aunque su ortografía dista mucho de ser perfecta.

—O sea que tiene capacidad de admirar a un buen hombre. Henry; su naturaleza debe de ser afectuosa.

—Casi resulta vergonzosa. Por lo que se aprecia en sus cartas, las cuales censuramos, creemos que sería una esposa devota. Sin embargo, mi familia es anticuada, y los boxeadores son brutos y cobardes. Me gustaría verla casada con alguien que le diera seguridad.

—Pero, hasta el momento, si te entiendo bien, ella es pura como la nieve, ¿cierto? ¡Qué encantador!

—Ella ha vivido más bien enclaustrada. Sin embargo, su naturaleza romántica tiene algo que me inquieta. Suponiendo que uno de los boxeadores respondiera a una de sus cartas, es posible que fuera descortés con ella.

—En cambio yo le escribiría las cartas más devotas y la recibiría con una reverencia, como caballero de antaño, en cada uno de nuestros encuentros. ¡Hum! Para ser honesto, sólo temo que una especie de confusa frialdad (que. por desgracia, es parte de mi naturaleza) le provoque dolor, insatisfacción o ansias.

—Bueno, mi querido Paul, eso es algo sobre lo cual no puedo especular. Sólo me resta recordarte que el mundo es de los audaces.

—De acuerdo, Henry. Al menos te acompañaré a visitar a tu hermana.

—Temo que no puedo acompañarte. Olvidas que la próxima semana viajaré a Europa. Sin embargo, te daré una carta de presentación para la familia.

Una vez solucionado esto, nuestro querido Paul dejó a su amigo y, luego de pasar un rato caminando algo distraído, decidió visitar el departamento de otra de sus amistades.

—Mi querida Olga —dijo después de un tiempo—. Te tengo noticias un tanto ridículas. Muy pronto dejaré de ser pobre.

—Sólo dime una cosa. Paul. ¿Ella es hermosa?

—Al parecer, no mucho. No la he visto, pero mide más de uno noventa y dos. y es desmesuradamente rechoncha.

—¡Mi pobre Paul! Por lo que me cuentas, seguro hasta tiene la cara peluda. ¿Qué será de ti?

—Encima de todo eso, al parecer tampoco es muy lista.

—Y, ahora que lo pienso, ¿qué será de mí?

—Recibe cuarenta mil dólares al año, mi querida Olga.

—Paul, las mujeres cometemos grandes locuras cuando somos celosas. Podría rehusarme a todo. Considero que soy capaz de sentir celos.

—Pero, por otro lado, ¿crees que tú o yo podamos vivir más tiempo sin una tajada de esos cuarenta mil dólares anuales?

—O de otros.

—Sí, pero, ¿qué otros, mi querida Olga? ¿Dónde hay otros cuarenta mil dólares?

—Es verdad. Paul. Por cierto, ¿es verdad que tu gigantesca futura novia tiene la mentalidad de una niña de nueve años? ¿O más bien de doce?

—Yo pensaría que más bien de siete, por lo que Henry me contó sobre ella. Posee una inocencia exuberante. Escribe cartas para boxeadores, pero acaricia muñecas.

—¿En serio? Eso es muy interesante. Las muñecas tienen muy pocos rasgos. Ahora bien, Paul, ¿tenemos prisa de recurrir a esta solución? Aún tengo esa pulsera que encontraste en Palm Beach. Con eso bastaría para que pasáramos nuestras últimas semanas juntos.

—En realidad, yo iba a sugerir que la pulsera fuera mi regalo para la novia, ya que me gusta hacer las cosas con estilo. Sin embargo, tal vez surja algo distinto. Confieso que te amo.

—Prométeme que te mantendrás lejos de Boston al menos un mes. Estaré muy ocupada, pero he decidido disfrutar el tiempo que nos queda, así que al menos nos veremos los fines de semana. Mientras tanto, debes despedirte de tu vida de soltero.

—Sí, Olga, tienes razón. Supongo que tendré que hacerlo.

Una vez acordado esto, la joven pareja pasó poco más de un mes viviendo como Olga había sugerido, y, al final de este periodo, ella lo vio partir hacia Boston, con una compostura que le pareció demasiado admirable

Él llegó a Boston, mostró la carta de presentación y fue muy bien recibido por la vieja señora Vanhomry. Se llevaron de maravilla

—¿Aún estás soltero? —le preguntó ella.

—Por más que lo intento, siento que las chicas modernas no pueden ser verdaderas compañeras. ¡Esos rizos, esa plana figura

masculina, esa dureza, esa excesiva sofisticación! ¿Dónde están las curvas, la inocencia, la calidez de antaño? En fin, no sé por qué te estoy contando todo esto…

—Te hubiera gustado nuestra querida Ethel, una chica grandota. sana, cariñosa y chapada a la antigua. Debes conocerla…, ¡y también a su prometido! ¿Tal vez puedas venir a la boda?

—Nada me encantaría más. Por desgracia, debo volver a Nueva York casi de inmediato.

A su regreso, lo primero que hizo Paul fue contactar a Olga, pero se encontró con la sorpresa de que el departamento de ella estaba cerrado con llave. No había dejado ninguna dirección de contacto; aun así, la buscó por todas partes.

Leyó en los periódicos una crónica de la boda de la señorita Vanhomry con un tal Colefax. Al parecer, la feliz pareja se dirigía al hotel Ritz-Carlton.

—Debería ir y sentarme en el lobby —dijo él—, para al menos consolarme con presenciar las desventajas que traen consigo esos cuarenta mil dólares al año. Entonces se sentó en el lobby. En poco tiempo, vio la enorme figura de la que sin duda era la feliz novia viniendo desde el elevador. “¡Cielo santo!", pensó. “Supongo que la vida simple no es tan terrible, después de todo. Al menos uno conserva su propia individualidad." Miró alrededor en busca del esposo. Al fin vio un rostro sensible cerca de las caderas de la esposa —. Ese debe de ser el esposo. ¡Qué encantador! En efecto, es muy encantador. Pero creo que lo he visto antes. —Para asegurarse de ello, se acercó más a la pareja de recién casados y se sorprendió al descubrir que el esposo era nada más y nada menos que su querida Olga, vestida con ropa de hombre. De inmediato, pidió hablar con ella en privado—. Mi querida Olga, me jugaste un muy buen truco. ¿Y qué piensa tu supuesta esposa de todo esto?

—Analiza la situación de manera racional, mi querido Paul.

—Me aterra que se desate un escándalo. No te imaginas lo que podrían decir las malas lenguas al respecto.

—Subestimas la inocencia de mi esposa, cuyas muñecas, tal y como sospeché, son de lo más ordinarias. Y debes admitir, Paul, que. si alguno de los dos ha de estar en esta posición, al menos yo daré menos motivos para sentir celos. Lo mejor sería que fueras mi secretario.

Paul accedió de buena gana, y durante mucho tiempo disfrutó su cargo con amplia tolerancia. Por fortuna. Henry Vanhomry se quedó en Europa.

En una ocasión, hubo una cena en la residencia Colefax, y algunos de los hombres invitados, entre los cuales estaban Paul, el amigable

secretario, y el apuesto y pequeño señor Colefax, se quedaron fumando juntos mucho después de que la gigantesca novia se fuera a dormir. La conversación giró en torno a las mujeres, un tema que el supuesto señor Colefax disfrutaba más que su secretario. Hablaron de lo que les atraía de ellas.

—Mi esposa —dijo el encantador impostor— es arrebatadoramente simple; ¿para qué ocultarlo? No obstante, tiene sepultada una personalidad increíble, por así decirlo, debajo de su ingenuidad. Estoy convencido de que está ahí, puedo sentirlo, y, sin embargo, me resulta difícil pensar un ejemplo para describirlo. ¿Cómo explicarse eso?

—Es muy simple, mi querido Colefax —intervino un médico prominente—. Tu esposa, si me permites decirlo, debe su adorable simplicidad, al igual que su constitución robusta, a una inadaptación glandular, la cual (suponiendo que quisieras lo que en la profesión consideramos una mejoría) se puede arreglar con facilidad. Quién sabe cuál sea su verdadera apariencia.

—Sin duda sería interesante averiguarlo —respondió el esposo falso, intrigado.

—Podría ser delgada y vivaz…, una auténtica mariposa —continuó el médico.

—Sería como extraer ámbar gris de una ballena —observó un reconocido aventurero que estaba presente.

—O destapar un túmulo neolítico —agregó un afamado arqueólogo.

—O desvestir a una esquimal en Navidad —propuso un célebre don Juan.

—Quizá no sería el descubrimiento que esperas —señaló Paul, sobrecogido por un presentimiento inexplicable.

Pero habló demasiado tarde. Todos esperaban con ansias llevar a cabo el experimento.

—Debes llevar a tu esposa a mi casita de París —recomendó el médico—, donde tengo todo lo necesario para darle el tratamiento.

—Iremos de inmediato. Tú, Paul, tendrás que quedarte aquí para arreglar lo que dejemos sin resolver.

Por lo tanto, Paul se quedó. Ethel y su esposo tomaron el siguiente barco a París, acompañados por el médico y, de hecho, también por el aventurero, el arqueólogo y el don Juan.

> Mi querido Paul:
>
> Te sorprenderá el resultado de nuestro experimento, y a la vez te desconcertará; aunque tú siempre has conocido bien la justicia poética. Bajo el tratamiento, Ethel ha perdido cerca de cuarenta y cinco kilos. Al extirpar esa prodigiosa cantidad de

grasa se reveló la presencia de un apuesto, delgado, ágil e ingenioso hombre. "¡Qué absurdo que la gente me llamara Ethel durante tanto tiempo!", me comentó, luego de enterarse de esta transformación. Para tranquilizarlo, le respondí de inmediato: "Igual de absurdo que el hecho de que me llamaran tu esposo" Después de todo, ya había soltado la sopa, y no había nada más que hacer.

Él recibió la noticia de forma muy positiva: "Tendremos que hacer que el castigo esté a la altura del crimen". Por mi parte, tardé muy poco en prometerle que nunca lo volvería a engañar.

Nos quedaremos de este lado del charco para evitar los chismes, puesto que la situación tiene un lado ridículo que a nosotros podría resultarnos doloroso. Pero no tan ridículo ni doloroso, mi querido Paul, como hubiera resultado en otras circunstancias, si tú hubieras obtenido tu deseo original.

Con cariño,
Olga

TEMPORADA DE BRUMAS

Cuando llegué al poblado DE T…, estaba listo para cualquier cosa. El año estaba por terminar. La hojarasca se arrastraba como un cangrejo por el asfalto de la explanada desierta. El viento se escabullía por los pasillos de los hoteles principales y se metía a las habitaciones indebidas.

En un lugar así, justo en esa temporada, uno puede encontrar amas de casa desesperadas o jóvenes cuya credulidad natural sobresale ansiosa ante los engaños más grotescos. La ilusión de las múltiples posibilidades se había ido, de la mano del licencioso carnaval de verano, las máscaras del bronceado descuidado y los hombres solitarios que se sientan en las dunas de arena. Sueños hambrientos caminan de un lado a otro de los salones de las casas de veraneo vacías o acechan entre las olas salvajes y las hojas marchitas.

El tipo de sonrisa oculto en mi sonrisa y el significado oculto en mis palabras me habrían hecho parecer una especie de Maquiavelo hipersistematizado en el efímero baile de apareamiento del mes de julio. Antes me tildaron de ser un tipo pesado, listillo y hasta desagradable o peligroso. Pero en esta ocasión, por el contrario, mi personalidad desinteresada era tan bienvenida como un rompecabezas en un par de manos temblorosas de aburrimiento. Me atreví incluso a comprar un suéter deportivo, y si mi bigote negro hubiera tenido una razón objetiva de existir, habría tenido la precaución de rasurármelo.

Aún me quedaba algo de dinero. Y no buscaba ganancias, sino placer. Deseaba embriagarme de emoción auténtica, y me preguntaba en cuál de las casas de veraneo que seguían ocupadas, en qué ridículo salón de una de esas casas, andando a hurtadillas por miedo a un esposo o una tía. realizaría toda clase de travesuras etílicas, inspiradas por la poción que eligiera.

Debido a mi capacidad premeditada y meticulosa de imitación con fines protectores, no pude evitar la tentación de hacer una travesurilla antes de la cena durante mi primera noche en el hotel. Entré al bar,

ostentando mi estilo desenfadado y saboreando en los labios una frase sagaz, como el monóculo tembloroso de un actor provinciano (aunque, en realidad, todos los actores son provincianos).

Aquella ocurrencia se quedó guardada, pues me pareció haber avistado un pez dorado. Pero era sólo la cabeza rubia de la camarera, quien estaba en un intríngulis; sin embargo, como ese lugar parecía la barra de cocteles para turistas de un crucero hundido hacía un par de años en las profundidades atemporales del océano grisáceo, me pareció que era un pez dorado. Y mis dudas se disiparon cuando alzó la cara ardorosa y resplandeciente por el sol que me hizo buscar instintivamente ramas de un vergel sobre su cabeza.

Aquello fue tan desconcertante que desarmó mi impostura. Resulta que esos rostros frescos y casi comestibles tienen un efecto muy particular en mí. "Antes de saludar siquiera, me despido de la esposa lánguida del marino, de la anemia ardorosa de la vicaría. Hay que partir", pensé.

Ordené una de las pociones embriagantes de baja calidad que estaban a espaldas de la joven y me distancié unos centímetros para cambiarme el nombre a Bert, un muchacho exitoso en los negocios, gracioso y a la vez tímido, que quizá también tenía la capacidad de ser serio. Nadie nunca sabía qué se me iría a ocurrir después.

Seguía pensando en eso cuando vi que ella, que no me había prestado la menor atención, se había replegado hacia los arbustos floreados de su ensimismamiento. Supuse que habían crecido y se habían enredado sin control durante los últimos dos meses, porque, antes de que pudiera dar vuelta y asomarse entre ellos, la devoraron por completo, como una potencial bella durmiente: luego, sin duda, bostezó.

Analicé aquel bostezo con la precisión distanciada de uno de esos científicos que siempre ayuda a los detectives de Scotland Yard. Descubrí que estaba supersaturado de suspiros y que provenía de una protesta lastimera contra la diferencia entre los sueños y la realidad. Aunque apenas estuviéramos a mediados de noviembre, lo diagnostiqué como un bostezo decembrino prematuro, y en diciembre se conforman con la realidad. Eso me envalentonó a actuar de inmediato.

Con ansias de consultar mi corazón, como si fuera un reloj de bolsillo, ahogué un suspiro, me mordí el labio y la observé entre desbocadas conjeturas. La gente nunca sabía si yo estaba bromeando.

—¿Cree usted en el amor a primera vista? —le pregunté con voz fervorosa.

—No, señor —contestó con seriedad—. Ese tipo de cosas no van conmigo, pero gracias por preguntar.

Era obvio que no llevaba más de siete u ocho semanas trabajando como camarera. Se asomó por detrás de su orgullo profesional para ver el efecto que tenía en mí; fue tan cautivador como cuando una niñita se prueba el sombrero más feo de su madre.

—No es broma —dije (aunque con algo menos de soberbia, como comprenderán)—. El punto es que, sin importar si usted cree en el amor a primera vista o no, yo soy una especie de psíquico. —Al enunciar esa palabra, que es la más útil, mas no la más hermosa de nuestro vocabulario, me miró a los ojos, que ostentaban como carnada una pizca de antigua sinceridad que acostumbro sacar del bolsillo en ocasiones así. También la usé para aderezar mi voz y añadí—: ¿Sabe qué pensé en el instante en que la vi?

—¿Qué cosa? —preguntó ella.

—Déjeme decírselo. Pensé: "Qué vida tan trágica. Qué desperdicio. Hay una especie de barrera entre ella y toda clase de sorpresas exquisitas. Ojalá fuera posible derrumbarla".

—¡Ay, no!

—¡Hablo en serio! —respondí— Deme su mano, que se la leeré como un libro, quizás incluso de su autor favorito. Porque sí que soy psíquico. Tuve una premonición cuando venía hacia acá. Sabía que me enamoraría sin remedio.

—Sé que no habla en serio —dijo, pero igual me tendió la mano, la cual resultó ser sumamente ilegible.

No obstante, seguí expresándome con absoluta confianza.

—Hoy estuvo pensando en el amor. Ha estado soñando con un desconocido. Y no lo niegue, por favor, porque está escrito en su mano. Pero eso no es todo.

—¿Qué más dice? —preguntó.

—Podría decirse que es el azar—afirmé con voz solemne—. Podría decirse que es la fortuna. Pero, mire aquí: digamos que es el destino. No se puede negar el destino, ¿sabe? Arruinaría todo. También dice que… ¿Qué cree?

—No sé —contestó—. Dígame.

Yo tampoco sabía. Seguí examinando su palma como un idiota. Ella se inclinó un poco más sobre la barra y empezó a mirarse la palma también. Nuestras frentes se encontraron. No me desmayé, pero el golpe rompió cualquier conexión entre la conciencia y la voluntad. Escuché mi propia respuesta con un estremecimiento divino.

—Dice que habremos de casarnos.

—Ah —dijo ella—. No lo sé.

—¿Qué? —grité, herido, dejando de lado cualquier precaución—. ¿No ve que esto es entendimiento mutuo? ¿Que son dos corazones que laten al unísono? No debemos empezar nuestra vida juntos con un

desacuerdo como éste.

—No era mi intención —respondió, un poco avergonzada.

—Perfecto —contesté—. Hemos superado nuestro primer pleito. ¿No cree que gracias a eso ahora nos conocemos mejor? ¿Que somos más cercanos? Si no, deberíamos serlo. Acérquese más.

El destino sin duda había triunfado. Su beso fue como primaveras con crema. Estaba enamorado, sin lugar a dudas, y ya no era responsable de mis acciones.

No obstante, en ese momento sonó un gong que hizo eco en las profundidades del hotel.

—Lo mejor será que se vaya —dijo ella, con una actitud casi conyugal—. Vaya por su cena. Yo seguiré aquí al rato.

Hice una reverencia de agradecimiento por el valor que ella le imprimía a la cena de Bert y partí. Cuando volví, seguía sin haber intrusos en el bar, y ella aún estaba ahí. Corrí hacia ella, la tomé en mis brazos y le di continuidad al beso que antes fuera interrumpido con tal brusquedad.

Me inundó entonces la agradable noción de que sabia a crema y mieles, más que a primaveras, pero en ese instante ella me empujó de golpe.

—¿Qué pasa? —pregunté y retrocedí—. ¿Ya se cansó de mí? Creo que al menos debió decírmelo con más dulzura.

—Llamaré al gerente —anunció.

—Adelante —contesté—. Llame también al capataz. Y a los meseros. Y a los residentes más prominentes de T… junto al mar. Que escuchen que usted prometió casarse conmigo antes de la cena, para luego rechazarme como un truhán por un simple beso.

—¿Que prometí casarme con usted? —exclamó—. ¿Antes de la cena? ¡Ah, claro! Seguro fue Bella. ¡Tiene que ser! ¡Fue Bella!

—¿Usted cómo se llama? —pregunté.

—Nellie —contestó.

—Pues ella fue —afirmé—. Fue Nellie. Fuiste tú, Nellie. Al diablo con la interferencia maliciosa de la tal Bella, la cual… —Sin embargo, mientras yo hablaba, ella se dio media vuelta y salió por la puerta trasera. Escuché entonces chillidos y risitas. “Espero que le esté dando a la maldita Bella una buena regañiza. ¡Hacerse pasar por ella! Con razón la pobre muchacha estaba confundida”, pensé. En ese momento, la puerta se abrió de nuevo, y salieron las dos mujeres, tomadas de las manos.

—Yo soy Nellie.

—Y yo soy Bella.

—Quédense quietas —dije con exagerada sorpresa—. Necesito un momento para procesarlo.

—¡Míralo! ¡Está todo hecho bolas!

—¿No es un dulce?

—Sí, es un gran partido. ¡Qué suerte tienes, Bella!

—Ya te tocará también.

Eso fue todo. Se me nubló la mente al pensar en un posible cuñado, pues ya se sabe lo bestias que son los hombres. Frente a mis ojos se enredaron mil celos complejos. Las chicas eran tan parecidas que iban en paquete, como quien dice. Además, ¿quién podría elegir entre primaveras y mieles?

Era hora de decir algo.

—¡Bien! —afirmé—. ¡Qué maravilla! ¡Ojalá el viejo Fred estuviera aquí!

—¿Quién es Fred?

—¿Fred? Les encantará Fred. Es un tipo extraordinario. Somos gemelos.

—¡No!

—Sí, gemelos idénticos. Nos parecemos más que ustedes dos. Nos vestimos igual. Nos gusta lo mismo. Pensamos lo mismo. Y uno siempre sabe qué está pensando el otro. ¡Caray! De hecho, en este instante está intentando comunicarse conmigo porque seguro sabe lo feliz que estoy. ¡Así es! ¡Me quiere felicitar! ¡Son oleadas de mensajes! Ahora quiere saber algo. ¿Qué es, querido Fred? ¿Que si hay qué? Ah, que si hay una para mí, Bert. Eso intenta decirme. ¿Qué le contesto, Nellie?

—Sólo sé que no sé.

—¿Por qué no lo invita un día? —dijo Bella.

—No puedo —contesté—. Estamos en un proyecto muy especial que nos dividimos, así que a cada quien le toca participar la mitad del tiempo. Pero les diré algo: le pediré que venga en mi lugar.

De ese modo, llegamos a un acuerdo. Pasé el resto de la tarde embelesado, y en la mañana me compré un nuevo suéter deportivo, me peiné distinto y volví, haciéndome pasar por Fred.

Entré al bar tapándome los ojos con las manos.

—¿Cuál de las dos es usted? —pregunté—. No quiero mirarla bien hasta saberlo. No vaya a ser que me enamore de la hermana equivocada.

—Soy Nellie.

—¡Bien! Para honrar este momento perfecto, me presentaré. Soy Fred. —Dicho eso, bajé la mano—, ¡Bendito sea Bert! —exclamé—. ¡Tiene un gusto impecable! ¡Es un tipo extraordinario!

—Es agradable, sí. Pero usted también lo es.

—¿En serio lo cree?

Al poco rato ya estábamos embelesados. Poco después llegó Bella, quien se deshacía en risitas, comparaciones y comentarios sobre alegrías futuras.

—¡Deberíamos casarnos los cuatro en la misma ceremonia! —dijeron ambas.

—No se puede —contesté—. Hablo en serio. Pregúntenle a Bert si no me creen. Él les dirá que no es posible.

Los siguientes días pasaron con la rapidez de un relámpago, y todo transcurrió con el doble de alegría de una campanada nupcial cualquiera. Renté dos casitas que decoré con muebles de la misma tienda, y pedí una semana de vacaciones para irme de luna de miel como Bert y la semana siguiente para irme de luna de miel como Fred.

Luego senté cabeza y me acostumbré a la vida de satisfacción singular y regular. Una noche. Nellie y yo recibíamos a Bella para cenar y pasábamos la noche hablando de lo increíble que era Bert: a la noche siguiente, Bella y yo invitábamos a Nellie y alabábamos al ausente Fred.

Después de un mes, me hice una pregunta indispensable: ¿quién de los dos es más feliz, Fred o Bert? Pero no sabía la respuesta. Y la duda no dejaba de atormentarme.

Me fui volviendo irritable y a veces me aislaba en alguna habitación vacía, con el pretexto de tener una jaqueca, para seguir ponderando aquella pregunta En una de esas ocasiones, salí al pasillo por unos cigarrillos que tenía en el abrigo y escuché las voces de las muchachas al otro lado de la puerta del salón.

“¡Mis queridas!", pensé. “Otra vez están hablando de sus mandos. Quizás eso me ayude a resolver el problema. Bella cree que Bert tiene una voz más agradable. Nellie afirma que Fred se sabe más canciones. ¿Qué demonios? ¡Nellie. me halagas! ¡Qué exagerada, Bella! ¡Ay, Nellie, eso ni siquiera es cierto!”

Poco después, escuché que Nellie se fue a casa Me reuní de nuevo con Bella, quien sin duda tenía muchas cosas en mente.

—¿Quién es mejor nadador, Bert? ¿Fred o tú? —preguntó.

—Nunca competimos, querida, porque sabemos que somos iguales.

—Me pregunto si de verdad lo son. Pero no podrán saberlo si no lo intentan —dijo Bella, quien seguía cavilando.

Al día siguiente, al volver a la otra casita, encontré a Nellie en una encrucijada similar.

—Dime una cosa: ya sé que Bella es mi hermana, mi gemela. Y nadie la ama más que yo. Pero, dime una cosa. Fred, ¿crees que siempre dice la verdad y nada más que la verdad?

—Sin duda —contesté—. Apostaría mi vida a que lo hace. También apostaría la de Bert, de ser necesario. Tu hermana es incapaz de

mentir.

—Bueno —dijo Nellie y se hundió más en sus pensamientos.

Con placer malsano observé la melancolía creciente de mis dos esposas.

“Tengo una idea para saber quién es más feliz, si Bert o Fred", pensé.

Como era de esperarse. Nellie no tardó en pasar una tarde a preguntar si Bert podía ayudarla a mover unos muebles pesados. Fui a asistirla, y después nos sentamos a conversar sobre gemelos, similitudes, diferencias, matrimonios, convenciones y amor; sobre lo que habría ocurrido si Fred hubiera conocido a Bella antes que yo, y sobre si algo que no lastima a nadie en realidad es malo.

Tardé largo rato en resolver esos problemas hasta que ambos quedamos satisfechos, pero esa tarde me privé de la compañía de Bella durante varias horas. No obstante, la situación se compensó al día siguiente, pues Bella fue a buscar a Fred para pedirle que la ayudara a reparar una fuga, y entonces tuvimos una discusión casi idéntica que tardó casi lo mismo en devenir en una resolución satisfactoria

Quedé entonces en un estado de gozo extremo y complejo. Era obvio que Bert no tenía motivos para envidiar a Fred. y que la felicidad de Fred era idéntica a la de Bert en todos sentidos. No sólo tenía dos esposas encantadoras, sino que mi felicidad doméstica doble se multiplicó gracias a una infidelidad doblemente exquisita.

Un día, sin embargo, mientras encarnaba a Bert, sentado frente a la chimenea, disfrutando la felicidad legal con Bella, embelesado con su conversación y complacido de que hubiera recobrado los ánimos, de pronto me vino a la mente un pensamiento tan desgarrador como un relámpago. “¡Pero si esta mujer me está engañando!"

Me puse de pie, mascullé un pretexto vago y salí corriendo de aquel hogar mancillado. Caminé por la costa hasta entrada la noche, aprisionado por las reflexiones más amargas. Tuve que aceptar que era en gran medida mi culpa, pero al menos yo sabía que eso daba igual. Ella no tenia pretextos para haber decidido destruir nuestro paraíso.

Volví a casa mucho después de medianoche, dormí mal y salí corriendo en la mañana, con ansias de intercambiar la personalidad patética del esposo engañado por el personaje rebelde del traidor.

Encamando a Fred, volví con una sonrisa ufana. Nellie me recibió.

—¿Cómo estaba Bert cuando lo dejaste? —preguntó.

—¿Bert?—dije—. ¿Bert?

Sin decir otra palabra, subí con pesadez las escaleras y me miré al espejo. El reflejo me enloqueció. Me daban ganas de ahorcarlo. Quería correr a la casa contigua y contarle mis problemas a mi adorada amante, pero en el fondo de mi corazón sabía que era una arpía tan

falsa como su hermana.

Pensé en divorciarme y sopesé las acciones y reacciones que tenía al alcance de las manos, y de paso me torcí un par de dedos. Además, tendría que enfrentar los terribles rumores públicos.

Al fin tomé una decisión. Salí corriendo hacia la estación y compré un boleto para el último tren que iba a la ciudad. Mientras estaba ahí, escribí las siguientes dos cartas:

> "Amada Nellie: Descubrí tu secreto. Le pediré a Bert que vayamos a nadar al mar. Y nunca volverá. Fred."

> "Amada Bella: Lo sé todo. Convenceré a Fred de que nos demos un chapuzón nocturno en el mar. No volverás a verlo. Bert."

Después de enviarlas, tomé los dos suéteres deportivos, los llevé a la playa y los puse uno junto al otro.

Apenas me dio tiempo de volver a la estación y tomar el tren hacia B…, donde luego conocí a la señora Wilkinson.

GRANDES POSIBILIDADES

Hay personas que no maduran por completo hasta después de los cincuenta años, y entre ellas se encuentran los varones de apellido Murchison. Los Murchison no son nada sin sus mejillas rosadas, bigotes blancos y oporto añejo. Ninguna hembra lleva ese apellido, a menos que sea por accidente. De hecho, cabe preguntarse cómo se perpetúa la raza, dado que la soltería es el cuarto atributo esencial de un verdadero Murchison. Por fortuna, suelen ser abogados de la vieja escuela, y los abogados familiares de la vieja escuela conocen toda clase de secretos peculiares.

Luego de trabajar veinticuatro horas al día durante más de cincuenta años, el señor Benjamin Murchison había logrado convertirse en un espécimen casi perfecto de su raza. Era apto para ser disecado y colocado dentro de un museo, aunque ahí, por supuesto, no habría brillado ni centelleado con tanta benevolencia.

Vivía cómodamente, y podría haber sido muy rico, pero algunos de los ámbitos legales mejor remunerados le desagradaban. De hecho, se había vuelto tan quisquilloso que, si por él fuera, se habría retirado por completo, pero muchos de sus viejos amigos habían muerto y dejado herencias que había que dividir entre sus hijos, y el señor Murchison era albacea, depositario, consejero, amigo y tío de esas numerosas crías.

Nada le complacía más que visitar a sus jóvenes amigos, y a ellos nada los complacía más que recibirlo.

Aunque era casi perfecto, el señor Murchison tenía una pequeña excentricidad que mantenía en secreto extremo. Era una cosa de nada, un pensamiento, un capricho: resulta casi injusto mencionarlo. El hecho es que sentía que nada sería más agradable en el mundo que prenderle fuego a una casa y verla calcinarse.

¿Qué daño hay en eso? ¿Quién no ha tenido esa misma visión brillante en algún momento de su vida? No hay duda al respecto; sería agradable, muy agradable, absolutamente maravilloso. Pero muchos

estamos demasiado adoctrinados y descartamos la idea como algo irrealizable. El señor Murchison, en cambio, notó que la idea se enraizaba en su mente y germinaba como una sensual flor.

Cuando tenía pensamientos de esa encantadora naturaleza, lo cual sucedía cada vez más a menudo, esbozaba una enorme sonrisa y se frotaba las manos con un entusiasmo muy agradable de atestiguar. Luego de frotarse las manos, las extendía al frente, como para disfrutar el alegre resplandor de una fogata navideña. Nada era más generoso que su aspecto cuando daba rienda suelta a esa pequeña idiosincrasia. Las jóvenes esposas que se habían casado con alguno de sus pupilos y protegidos de inmediato lo consideraban una especie de padrino.

El señor Murchison siempre era el primero en inspeccionar y elogiar un nuevo hogar.

—¡Ah! —exclamó al visitar la casa de Millicent y Rodney—. Me da gusto que hayan elegido el estilo colonial. Me da gusto que hayan construido con madera; es una gran tradición. Es fresca durante el verano y puede ser cálida, muy cálida durante el invierno. ¿Y supongo que tienen un buen sótano? ¡Excelente! ¡Excelente! Y ahí está la puerta de entrada; imagino que por aquí está la puerta trasera, ¿cierto? Sí, esto está muy bien planeado. No hay nada como una buena corriente de aire. Me gustan estas cortinas largas, Millicent. A algunas personas les gustan las cortinas pequeñas, baratas y cortas; yo, en cambio, prefiero, por mucho, las largas. Pues bien, queridos, su casa es encantadora, pero espero que la hayan asegurado.

—Sí, claro. Eso está cubierto —contestó Rodney—. Pero, en cuanto a las preciadas antigüedades de Millie, ya sabes lo agotador que fue para ella estar yendo y viniendo a recogerlas en las subastas. Pero es obvio que no se pueden asegurar ni la sangre ni el sudor. Si algo les sucediera a sus tesoros, estaría desconsolada. Aun así, toquemos madera, y ojalá que no pase nada. En fin, ¿cómo llegamos a este tema?

Dicho eso. el señor Murchison perdió un poco de su brillo, ya que la idea de angustiar a sus jóvenes amigos arrojó un balde de agua fría sobre sus fantasías preferidas. La siguiente semana condujo al hogar de Buck e Ida. una casona antigua ubicada en una colina en los Berkshires. a poco más de seis kilómetros de una estación de bomberos de poca monta. La ubicación era soberbia. En una noche clara y airosa, la casa en llamas habría sido visible a ochenta kilómetros de distancia. Pero Buck era arquitecto, y en su tiempo libre hacía sus planos de competencia en casa. Por ende, su estudio estaba retacado de ellos.

En la casa de Dick y Lucy había tres aquilones altos, cuya presencia prometía los efectos más dramáticos imaginables, así que el señor

Murchison se frotó las manos como un campista que frota dos ramas de madera.

—Te frotas las manos con tanta fuerza, tío Ben —dijo Lucy, sonriendo con alegría al mirarlo—. que parece que te van a salir chispas de los dedos. O sea. chispas eléctricas.

Continuó contándole que Dick casi había terminado de escribir un libro sobre civilizaciones de insectos, y que el equivalente a cinco años de notas y borradores de capítulos estaban regados por toda la casa y pronto lo harían famoso.

Así que el señor Murchison continuó su viaje. Cecily tenía todos los libros de su padre, John tenía todas las fotos familiares. Tom y Lisbeth tenían al pequeño Tom y a la pequeña Lisbeth.

A veces, cuando el señor Murchison realizaba sus caminatas matutinas durante sus visitas de fin de semana, casi se veía orillado a entablar una conversación con cualquier granjero que pasara por ahí para preguntarle de quién era ese viejo granero y si cabía la posibilidad de que el dueño aceptara venderlo tal como estaba. Pero casi al instante suprimía esos impulsos, pues los consideraba indignos.

Era lamentable ver a aquel viejo y dulce caballero, obligado a visitar una tentadora serie de casas muy inflamables para luego toparse con algún pequeño obstáculo que habría disuadido a cualquiera menos amable que él.

Después de un tiempo, el señor Murchison recibió una carta de Mark y Vicky, a quienes no había visto desde hacía tiempo, en la que le rogaban, con signos de admiración, que viniera a inspeccionar su nueva y espléndida morada. “¡Ven a darle calor a nuestro hogar!”, le dijeron. Decidió ir a visitarlos el fin de semana siguiente, y Mark y Vicky lo recogieron en la estación.

—Bueno, pero, ¿qué es todo esto? —inquirió él—. ¡Una casa nueva y apenas me entero de ello! Estoy muy emocionado, como podrán imaginarse. Díganme, ¿la mandaron construir o…?

—Pregúntale a Mark —respondió Vicky con recelo—. Yo no tuve nada que ver en la decisión. Pero me toca vivir en ella.

—Era del tío de mi madre —dijo Mark, al tiempo que forcejeaba con las velocidades del auto—. Y ahora es mía.

—Los pecados de los tíos de la madre recaen sobre los hijos —sentenció Vicky, en un esfuerzo por ser graciosa.

—Pero, ¿qué hay de su casita en Willowdale? —preguntó el señor Murchison—, Pensé que les gustaba mucho vivir ahí.

—Sí, claro que nos gustaba —afirmó Mark.

—No me hagas llorar —suplicó Vicky—. Cuando pienso en el jardín…

—Sí, no la hagas llorar—pidió Mark—. Tuvimos que poner a la

renta nuestra casa en Willowdale. Verás, hay que pagar los impuestos de este lugar. ¡Y tiene veintiocho recámaras! No podemos rentarla ni podemos venderla. Así que tuvimos que mudarnos ahí. Ahí está la reja. Ahora la verás. Mira.

—¡Vaya! —exclamó el señor Murchison—, ¡Vaya!

—Eso es lo que dicen todos —comentó Vicky—. ¡Un castillo en el Rin, construido con tablillas de madera!

—El otro lado tiene un toque del Taj Mahal —añadió Marte

—¡Vaya, vaya vaya! —repitió el señor Murchison—. Y, sin embargo…, y, sin embargo, ¿sabes?, tal vez me creas anticuado, pero siento que tiene posibilidades. ¡Esos pináculos! ¡Esas cosas que quizás intentaban parecer arcos arbotantes! ¡Y esa estructura tipo minarete en la cima de todo! Visto en las condiciones apropiadas… —Conforme hablaba, irradiaba cada vez más jovialidad de la que había expresado en meses.

—¡Ay, por favor, tío Ben! —se quejó Vicky.

—No me hagan caso —dijo él. frotándose las manos—. No le hagan caso a este viejo loco. Quizá sea un poco excéntrico. Y sí, quizá le falta una chispa de imaginación. Pero bueno… El punto es que sí, tiene posibilidades. El seguro debe ser muy alto.

—Los sinvergüenzas han hecho una fortuna con las pumas —compartió Mark—. Yo les pondré un alto. Por lo pronto, permíteme cargar tus maletas.

—Ten cuidado con la caja grande —le advirtió Murchison—. Tiene doce botellas de vino que pensé que te gustarían. Deja la caja en el sótano y yo mismo la desempacaré antes de la cena.

Con frecuencia, el señor Murchison llevaba botellas de vino para regalar a sus jóvenes amigos, pues sentía que era una de sus atenciones obligatorias como tío postizo. También creía que el tejido de paja que envolvía la base de las botellas podría resultar útil en algún momento.

Una vez que entraron a la casa, Vicky, con amarga alegría, le mostró la vasta sucesión de habitaciones a través de las cuales silbaba el viento, como para mantenerlas de buen humor.

—Sólo ocupamos un rincón de este mugroso lugar—se desahogó Vicky—, y seguro terminaremos enjutos y pálidos, con las uñas grandes y largas, viviendo entre telarañas.

—¡Vamos! —la tranquilizó el señor Murchison—. Estoy seguro de que algo bueno tendrá. Hay que invitar a los vecinos. Con una pizca de luz. de calor y de movimiento, la antigua casa lucirá muy diferente. Créeme, querida, las cosas podrían cambiar de la noche a la mañana.

Y, en efecto, cuando el señor Murchison bajó a desempacar el vino, en verdad parecía que así sería. Dispuso el tejido de paja con el que

habían empacado las botellas de forma admirable y emergió del sótano del mejor ánimo posible, frotándose las manos con un entusiasmo que hubiera encendido los berberechos de cualquier corazón. Su jovialidad resultó útil, pues de lo contrario la cena hubiera sido un evento muy sombrío. Mark y Vicky ya habían superado la etapa de las disputas.

—No puedo evitarlo —confesó Mark, respondiendo a quejas que el señor Murchison no había alcanzado a escuchar—. Te he dicho cientos de veces que nos iremos de aquí tan pronto podamos costearlo.

—Contra eso, ¿qué se puede hacer, tío Ben? —exclamó Vicky—. ¡Tan pronto podamos costear vivir en Willowdale, en una casa minúscula de seis habitaciones!

—¡Ay, por favor, olvídalo! —respondió Mark en voz alta—. Sólo será una temporada.

—No grites —le advirtió Vicky—. Con esos gritos, no me sorprende que al tío Ben se le haya ido el apetito.

—¿Qué? —dijo el señor Murchison—. Pero si Mark no ha hecho nada.

—¡Cielo santo! Entonces, ¿es el pescado? —exclamó Vicky—. Por favor, tío Ben, si es el caso, dímelo.

—No, no —aseguró él—. Está muy sabroso.

—Pero si no te lo has comido —observó ella—. Sólo lo olfateas.

—Te juro que lo está, Vicky —aseveró el señor Murchison, defendiendo su platillo—. La estoy pasando de maravilla.

—No me digas —continuó Vicky—. Si el pescado está bien, entonces quizás estés resfriado. ¡Ay, Dios!

—No, no lo estoy —aseguró él—. Lo cual me recuerda algo: está enfriando mucho por las noches, así que espero que tengas a la mano algo calientito con que taparte, querida.

—Estoy suficientemente caliente —dijo Vicky—. Pero, ¿tú tienes frío? La calefacción de este lugar es igual que el resto de las cosas.

—Gracias —respondió él—. Estoy muy cómodo. Sólo pensé…, en caso de que saliéramos. Al jardín, ¿sabes?

—¿El jardín? —preguntó Mark—. ¿Salir al jardín? ¿Por qué habríamos de salir al jardín?

—Bueno, sí, tienes razón. ¿Por qué habríamos de hacerlo? —dijo el señor Murchison, algo confundido—. Es una pregunta muy sensata. Luego, entonces, ¿de dónde me surgió la idea? ¡Qué ridiculez! Olvidémonos del asunto. Dime, Mark, ¿quién construyó este maravilloso lugar?

—Fue mi tío abuelo Coxon —respondió Mark.

—¿Coxon? ¿Te refieres al banquero? —preguntó el señor Murchison.

—Si —dijo Mark—. ¡Y luego se preguntan por qué fracasan los bancos!

—Fue padre de la famosa Annabel Coxon —añadió Vicky—, La gran belleza. Seguro que la conociste, tío Ben. ¿Fuiste uno de sus admiradores?

—Bueno… —dijo el señor Murchison, mientras la sonrisa desaparecía de su rostro.

—Este es el escenario de su adorable niñez —lo interrumpió Mark —. Se supone que su cuartito blanco se encontraba en una torre maldita.

—Ella nació aquí. Sí, por supuesto. Aquí pasó su niñez —murmuró el señor Murchison. pero la sonrisa se le esfumó del rostro.

—Era su santuario —dijo Mark—, el escenario de sus sueños de doncella. Seguro su bello fantasma está paseándose por el piso de arriba en este momento. En pantaletas o lo que sea que utilizaran en esa época. Desearía poder conocerlo.

—Eso no le cae en gracia al tío Ben —advirtió Vicky—. Apuesto a que estabas enamorado de ella, tío Ben. Cuéntanos.

—¿Yo? ¡Pero qué disparate! ¡Ay de mí! —exclamó el señor Murchison, algo perturbado—. Pero sí, era una criatura encantadora. Sí. “Su bello fantasma", dijiste. ¡Qué expresión tan alegre! ¡Vaya, vaya, vaya!

—Pero ya, en serio —continuó Mark—, ¿no es extraordinario? Seguro amaba este lugar, mientras que a nosotros nos está volviendo locos de melancolía.

—Sí que lo amaba —dijo Murchison—, Recuerdo que ella solía describirlo. Sí. en efecto, lo amaba.

—¿Ella era bonita? —preguntó Vicky—. ¿Estaba llena de vida?

—Oh, sí —respondió el señor Murchison—. Era encantadora. Muy viva. Viva de una forma… Bueno, tal vez es sólo que estoy envejeciendo. Hoy en día la gente no parece estar tan viva como en ese entonces. Viva como cuando canta un pájaro. Claro, con excepción tuya, querida —agregó con cortesía.

—¿Y era amable? —inquirió Vicky.

—Si —afirmó el señor Murchison—. Muy amable. Más tarde, algunas personas sintieron que se volvió un poco… diferente. Pero era muy joven cuando la conocí. Debió de haber venido de esta casa. Sí, era muy amable. “¡Su bello fantasma!" ¡Ay de mí! Bueno, pues me da gusto que estén cuidando la vieja casa, querido muchacho. Sería una pena que… que cayera en la ruina. ¡Dios mío!

—¿Qué? ¿Qué sucede, tío Ben?

—¿A qué huele? —exclamó—. ¿Algo se está quemando? ¡Sí, huele a quemado!

—¿A quemado? —dijo Mark.

—¡Ya sé! —prorrumpió el señor Murchison—. ¡Que no cunda el pánico! ¡Quédense exactamente en donde están! Regresaré en un momento. —Dicho eso. salió deprisa de la habitación.

—Bueno, pero, ¿qué diablos está pasando? —le dijo Mark a Vicky luego de mirarse el uno al otro un largo rato—. ¿Será que el viejo ha perdido la cabeza o qué?

—Creo que a mí también me olió a quemado —confesó ella— ¿Crees que haya dejado un cigarrillo prendido en el sótano?

—Tal vez —reflexionó Mark—. Supongo que nos avisará si es algo grave.

Poco después, el señor Murchison regresó.

—Falsa alarma —dijo él, sonriendo—. Sólo fue mi imaginación. Lo sabía.

—Pero tienes una enorme mancha negra en el rostro —señaló Vicky—. ¡Y mira tus manos! Tío Ben, dejaste un cigarrillo encendido en el sótano, ¿verdad?

—Bueno, tal vez eso fue. Sí, confieso que eso fue. No te enojes conmigo, Vicky.

—¿Enojarse? —dijo Mark. riendo—. En realidad, sí estamos molestos, pero porque lo apagaste. ¿Por qué no dejaste que se incendiara este maldito lugar?

—Mi querido muchacho —dijo el señor Murchison—. Sé que bromeas porque ese sería un crimen muy grave. Incendio premeditado, para ser exactos. Además, una casa no es como un… un pajar, ¿sabes? Las casas viejas tienen algo vivo, Mark. Tienen sus recuerdos.

—Cuando nosotros nos vayamos —aseveró Mark— esta casa tendrá una buena resaca.

—Me da la impresión de que este lugar te importa muy poco, muchacho —declaró el señor Murchison—. Dijiste que es difícil rentarla o venderla, ¿verdad?

—No es difícil —contestó Mark—, sino imposible.

—No es imposible —propuso el señor Murchison—. Podrías vendérmela a mí.

—¿A ti, tío Ben? —exclamó Vicky—. ¿Vivirías solo en este lugar tan lúgubre?

—A mí no me parece lúgubre —dijo el señor Murchison—. Tampoco creo que me sentiría solo.

Después de esa visita, los arreglos se hicieron con gran celeridad. En unas cuantas semanas, Mark y Vicky habían vuelto a Willowdale. Y algunos otros amigos del señor Murchison fueron a visitarlos.

—¿Y cómo le va allá? —preguntaban—. ¿Le gusta vivir ahí?

—Él piensa que está muy bien —comentó Mark—, Saben, el viejo es extraordinario. Siempre había sido el tipo perfecto. Y ahora es el típico abogado excéntrico. ¿Han oído lo que pasó entre el cuerpo de bomberos y él?

—No. Cuéntennos —exclamaron.

—Bueno —dijo Mark—, primero que nada, armó un alboroto. Dijo que el servicio era ineficiente. Escribió cartas, convocó una reunión y habló con todos los granjeros. ¡Sólo Dios sabe qué otras cosas hizo!

—¿Y luego?

—Luego debió darles un cheque o algo por el estilo. Lo eligieron como su presidente, su capitán o lo que sea. Estuvimos ahí la semana pasada, y los bomberos nos dijeron que los trae cortos. Los vimos atravesar el pueblo con su camión nuevo, y con ellos iba el tío Ben, sentado junto al conductor, con una sonrisa de oreja a oreja y una enorme hacha en la mano.

—Tiene sentido, —dijeron los otros—. Siempre le preocupó mucho la posibilidad de que algo se incendiara.

EN DETRIMENTO DE GALSWORTHY

Tan pronto abandoné los campos de golf, olfateé un poco.

—¡Maldita sea! ¡La poesía anda suelta! —dije. Siempre lo percibo; llevo esa estela conmigo—. ¿De dónde viene? ¿De los tonos del atardecer? ¿De tirar ochenta después de una ronda de dieciocho hoyos? ¿O qué será?

Pasé junto a un par de colegialas que se reían frente a una verja. Podía imaginar su conversación; una preguntándole a la otra: “¿Quién es el del bigote picaro?", y la otra contestando; “Ay, pero si es nuestro comandante”.

De pronto, la vida pareció una botella de champaña. Cheltenham se veía como una soberbia pintura al óleo, sólo que con mucha gente decente viviendo dentro de ella Ahí estaba Poona Lodge. “¡La buena Poona Lodge!” También estaba Amritsar. “¡Hasta luego, Amritsar!" Y también estaba mi garita, Los Laureles. Otra estela de poesía, como se puede deducir de ese nombre. Hubiera sido mejor, tal vez. ser un simple y tonto soldado cabeza hueca Aun así, de no ser por los socialistas furtivos…

Y bueno, entré. Adela se asomó desde la sala. ¡La buena Adela! Cuerda de pies a cabeza: buques, niños, una cabellera maravillosa. todo. Me dirigió una especie de siseo.

—Ya llegó —comentó.

Sabía de quién hablaba. Teníamos ese tipo de comunicación. Hablaba de la nueva camarera.

—¡Magnífico! —contesté—. Dile que por favor me lleve el té a la guarida.

Entré a la guarida, una pequeña y acogedora covacha, y me preparé un trago de whisky. “¡Hola! ¿Quién es? ¡La poesía se intensifica!" Eché un vistazo a mi alrededor y miré mi bigote en el espejo. “Eh, qué picaro." Esa era la palabra. Lo acaricié. Bueno, ¡carajo!", dije, a punto de estallar en carcajadas.

Entró con el té diez minutos después de las cinco, el momento en

que mi vida cambió por completo. Ahí había estado yo toda la vida, con mi estela de poesía, y ella era la mujer a la cual dedicársela. ¿Dije mujer? Poco más que una muchacha Un pedazo de muchacha, pero eso sí, con el toque de una diosa.

Estaba abatido, agotado. “Jack. estás acabado.” Háblame de poesía: te digo que vi a esa muchacha, desnuda, en la playa, en una especie de atardecer. La impresión me abrumó. ¿Sabes qué estuve a punto de decir? “¡Mira hacia acá, querida! Ponte un traje de baño, ¡por favor! Puede haber excursionistas alrededor.”

Por supuesto que no dije nada por el estilo, pero se me salió por los ojos, y ella pareció entender. Sabes a lo que me refiero. Bigote, muy bien. Diosa, muy bien. Pero, si una mujer no entiende a un hombre, y si un hombre no entiende a una mujer, no hay mucho que ver, ¿o sí? Aun así, ella parecía hacerlo. Si no fuera por esos malditos bolcheviques…

Como sea. ahí estaba yo, luchando por tiempo, peleando como un loco por enderezarme, enfrentar la situación, tomar las riendas, lo que fuera.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Gladys —respondió. Después de eso nadie dijo nada por un rato. Así nos quedamos. Luego continuó—: Señor, ¿le sirvo el té?

—Sí. siempre —afirmé. Sólo eso, ¿ves? Nada sobre la playa. Nada de nada. Simplemente: “Siempre".

—Muy bien, señor—contestó sin más.

¿Ves la delicadeza? Pensé: “Esa muchacha está bien educada”. Soy el verdadero demócrata, verás. O era, más bien. "Había un perro joven de algún subalterno deambulando por la cabaña en la que naciste, querida.” Lo pensé, pero no lo dije, naturalmente. Bien podría haber sido algún diplomático. “Muy bien, señor.”

Eso fue todo. Salió. Subió a su pequeña habitación, supongo. Me quedé solo, mirando el fuego, como un colega en una puesta en escena.

Escuché a Adela subir las escaleras. “Dios mío, ¡ahí está Adela!” La había olvidado. “¡Y los niños!” Chicos pulcros y decentes. “Dios, ¡también están los Carrington-Jones!” Qué arpía es esa mujer: con una lengua tan afilada como el kukri de los gurjas. Pensé en el viejo general en Lucknow Grange, el buen muchacho. Pensé en el regimiento: muchachos entusiasmados en el comedor; los llevé al infierno y de regreso. ¿Qué dirían? Recordé mi ronda de ochenta en el golf, a un muchacho llamado Uglow. Lo conocí un día en el bar del club Chutna. Jamás lo volví a ver; no sé por qué pensé en él.

Pero Adela estaba siempre en mi mente, escabullándose entre los demás. Entonces ocurrió una especie de milagro, pero no al revés, con esa pequeña diosa, en una playa, por así decirlo. Me fue muy difícil concentrarme.

¿Debería decirte las palabras que pensé en aquel entonces? "¡Arriésgate!" La mujer tiene el corazón roto, la vida arruinada. Es una vieja activista como Adela. ¡No! Pensé en el día en que encontramos una serpiente en la cama, en Chundrapore. Esa es otra historia. De todos modos, es un eslabón, ¿sabes?, ese tipo de cosas. Pero, ¿qué es una serpiente contra una diosa? Si no fuera por esos malditos revoltosos…

Hice mi mejor esfuerzo. La ignoré el domingo entero y el lunes por la mañana salí al pasillo. Ahí estaba, barriendo las escaleras, con la escoba y el recogedor. Sabes a lo que me refiero. Encontré a Adela en la sala.

—Adela, tengo que ir al pueblo para ver a Doggie Weaver.

Notó que me traía algo entre manos. Cuando me encuentro en aprietos, me gusta visitar a Doggie Weaver. Hemos estado en aprietos juntos.

—Está bien —me dijo—. Regresa al cuarto para las nueve.

—De acuerdo, lo haré.

Así que fui al pueblo. Vi a Doggie y le conté todo.

—Tengo que escoger, pero no puedo enfrentarlo.

—Sugiero que llegues a un acuerdo —me aconsejó.

—¿Qué?

—Cuanto menos se diga, mejor.

—¿Qué? —repetí.

—Ojos que no ven, corazón que no siente.

—Doggie, tú y yo somos compañeros de tragedias. Ahora pienso que eres un cínico obsceno y corrupto. No sabes lo que es una buena mujer, y desearía no haber compartido ninguna tragedia contigo.

Me fui. Después pensé en Piggy Hawkins. No me atrevería a afirmar que era el más popular en nuestro comedor, aunque tenía la impresión, quizá por mera intuición, de que Piggy era una buena alternativa. Lo busqué y le conté todo.

—Jack —me dijo—, no hay más. Está más claro que el agua: tienes que arriesgarte.

¿Ves? Las mismas palabras que yo me diría. Así que sabía que tenía razón. Nos dimos un apretón de manos.

—Piggy, nunca hemos sido compañeros de tragedias, pero, si algún día estoy en aprietos de nuevo, espero poder contar contigo.

Regresé a casa y la miré, sólo para estar seguro. Llamé a Adela a la guarida.

—Adela, mantén la compostura. Eres la hija de un soldado.

—Sí, Jack, y también la esposa de uno.

—Bueno, sí, hasta ahora.

—No me digas que hay otra mujer.

—No. Es una diosa.

—Ya veo. Ahora sólo soy la madre de los hijos de un soldado.

—Son unos chicos pulcros y decentes. Adela; tan perspicaces como unos terriers de caza bien educados.

—Sí, pulcros. Deben quedarse conmigo, Jack. Los mantendré pulcros.

—Quédatelos, Adela.

—Mantén la compostura, Jack, tienen que estar en la escuela correcta.

—Sí, Adela.

—Y en la casa correcta, con la madre correcta, también. ¿Sabes cómo me llaman? —dijo, casi rompiendo en llanto mientras me preguntaba—. Me llaman su "madre adorada". No puedo ser una “madre adorada" si uso un vestido raído de la temporada pasada. ¿verdad?

—De acuerdo. No quiero nada. Viviré en Waikiki o por ahí. En una playa.

—Pero necesitas tu tabaco, Jack —replicó en un tono que casi me hace llorar.

Después, por supuesto, vinieron su familia y sus abogados, tener que renunciar a todo y ser excluido, y los Carrington-Jones —la mujer arpía—. Todo. Mantuve la compostura, firmé los documentos, no dije nada ni miré a nadie, ya que no quería arrastrar a la pequeña diosa a todo esto. Ya habría tiempo para eso cuando llegáramos a Waikiki o donde fuera.

Al final se llevaron todos los muebles. Ahí estaba yo con mi copa Polo y una bolsa de palos de golf en la guarida. Nada de irme a Waikiki u otro lugar antes de lo que canta un gallo. Malditos sean estos reptiles de Moscú; no son ingleses.

Llamé a Gladys. Entró. La miré. De pronto las palabras salieron de mí. ¿Acaso alguna vez has visto una cortina de fuego avanzando frente al mejor batallón creado por Dios? Así es como lo sentí.

—Aquí estoy —exclamé—. Tómame. Juega con mi bigote. Recórtalo si quieres. Es tuyo, al igual que el resto de mi cuerpo.

—¿Perdón?

—Renuncié a todo. Todo. A Adela. A los niños. Al viejo general, el buen muchacho, pero no importa. A los Carrington-Jones. A Cheltenham. Al club, al regimiento, al dinero. Incluso renuncié a un compañero llamado Uglow que conocí en el club Chutna, pero

tampoco importa. Soy tuyo. Te vi, desnuda, en una playa al atardecer. Todo. Ponte el sombrero, Gladys. Dirijámonos a ese atardecer. Encontremos esa playa. ¡Sin un excursionista a la vista!

Me miró. Claro que sabía que estaría sorprendida. No quise decir nada mientras Adela estuviera en la casa. Fui cauteloso, ¿sabes? Aun así, estaban esas palabras: "Siempre" y "Muy bien, señor".

Pensé que lo iba a decir de nuevo, y que lo haría no como lo había hecho antes, como un ratón asomándose por un agujero rodeado de gatos poderosos, de rango, de alcurnia, en una habitación con Dios al acecho, si sabes a lo que me refiero, sino que lo haría triunfante, escandalosa y con un saltito al final.

Fue muy escandalosa. ¿Alguna vez viste estallar una bomba teledirigida? ¿Encima de un pobre hombre? Así es como lo sentí. Pensé: "Jack, estás noqueado. Estás acabado". Miré a mi alrededor. Se había ido.

Vi lo que pasó. La habían hostigado. ¡Esa basura de Moscú! Los malditos revoltosos. Los rojos malditos. Nadie es demasiado joven ni puro para ellos. Maldita sea: están en las escuelas sabatinas, en todos lados. Diosa, ¿qué es eso para ellos? Ojos, orejas pequeñas, todo…, no les importa un carajo. Clase contra clase, ese es su lema. Odio de clases. Guerra de clases.

EL DIABLO, GEORGE Y ROSIE

Érase una vez un joven a quien siempre desdeñaban las muchachas, pero no porque oliera mal, sino porque resultaba que era feo como un macaco. Tenía buen corazón, pero sus fracasos lo amargaban, y, aunque admitiera a regañadientes que las féminas eran muy agradables en forma, tamaño y textura, creía que por lo demás eran las perras más estúpidas, ciegas, perversas y hostiles que habían infestado la Tierra.

Expresaba esa opinión de forma enérgica y en cada ocasión que se le presentaba. Una noche, no paró de hablar al respecto con un círculo de compinches en el bar Horseshoe, al fondo de la calle Tottenham Court. No pudo evitar notar que sus comentarios atrajeron el interés de un individuo elegante y saturnino que estaba sentado en la mesa contigua y que tenía la apariencia más bien repulsiva de un detective encubierto que trataba de espiar en un club nocturno.

A nuestro amigo no le avergonzó en absoluto el escrutinio y continuó describiendo con pelos y señales cómo eran las muchachas y el tipo de cosas que hacían cada vez que se les presentaba la oportunidad. Él, que tenía menos evidencia de ello que cualquier otro hombre en el mundo, parecía pensar que se dejaban llevar sin control por la lujuria.

—O si no —continuó—. son todo lo contrario: unas mojigatas mercenarias o unas Dianas sádicas cuyo placer consiste en encender los fuegos del infierno en el pecho de un hombre y en otras partes de su cuerpo, para luego ir triunfantes a describirles aquellas agonías a sus amiguitas. Hablo de los fuegos del infierno: ojalá que existieran de verdad, para que esas arpías y coquetas acabaran ahí, y yo mismo las acompañaría contento, si así pudiera verlas crepitar y calcinarse.

Dicho eso. se levantó y se fue a casa. Se imaginarán entonces su sorpresa cuando, al subir las escaleras hacia su triste cuchitril de estudiante, encontró al desconocido cínico que lo había estado observando en el bar, que ahora lo esperaba tranquilamente de pie

sobre el tapete de entrada. Al primer vistazo se dio cuenta de que era ni más ni menos que el diablo en persona, cuya existencia había desdeñado durante muchos años.

—No tengo palabras —anunció la distinguida figura, con el aire relajado de un hombre de mundo— para describir el placer que me embarga al conocer a alguien tan profundo y brillante como usted, señor George Postlethwaite.

George protestó de diversas maneras, pero el diablo sonrió y le hizo una reverencia digna de un embajador. Al final consiguió halagarlo y se lo llevó a cenar a un restaurantito en la calle Jermyn, donde he de reconocer que eligió la botella de vino más soberbia.

—Me intrigaron sobremanera las opiniones que le oí expresar hace un rato. Es posible, por supuesto, que provinieran de una petulancia pasajera, de un rencor o de una vanidad herida, como sea que usted prefiera llamarla.

—¡Que me lleve el diablo si eso es cierto! —gritó George.

—¡Espléndido! —contestó su acompañante—. Se ve que usted y yo seremos grandes amigos. Ahora, mi querido muchacho, estoy enfrentando una pequeña dificultad: el dominio que tengo el honor y placer de presidir fue diseñado en sus inicios con una amplitud extraordinaria, pero ciertas tendencias recientes han hecho que sus confines resulten demasiado estrechos, y supervisarlos es demasiado oneroso para alguien que ya no es tan joven como antes.

—Lamento oírlo —dijo George.

—Podría lidiar con el aumento demográfico de este planeta —continuó el diablo—. E incluso habría lidiado con la emancipación de las mujeres. Pero, por desgracia, ambas cosas están conectadas y forman un círculo vicioso…

—Entiendo a la perfección a qué se refiere —coincidió George.

—Ojalá nunca hubiera inventado ese pecado en particular— exclamó el diablo—. En serio. Hay mil millones de mujeres en el mundo en este momento y. salvo por una o dos, están todas condenadas.

—¡Qué bien! —exclamó George.

—Muy bien, en efecto —dijo el diablo—, desde el punto de vista artístico. Pero piense en la presión que implica para el espacio y el dinamismo constante de la organización.

—¡Embútalas ahí dentro! —gritó George. entusiasmado—. Que queden bien apretujadas. Eso opino yo.

—Entonces creerían que están en una fiesta —replicó su nuevo amigo—, y no funcionaría. No, no. Cada reclusa que llega debe tener una atención personalizada. Pretendo abrir un nuevo departamento, e incluso he elegido ya el sitio. Los constructores están trabajando en él

en este mismo instante. Lo único que necesito es un superintendente con una personalidad de hierro.

—Me gustaría saber un poco más sobre el clima, el salario y las posibilidades de crecimiento profesional a futuro —dijo George, como si fuera un hombre de negocios.

—El clima se parece al de la calle Oxford en una tarde de verano —contestó el diablo—: el salario es bueno, y las posibilidades de crecimiento son infinitas. Pero si le interesa, amigo mío. permítame mostrarle el lugar. En todo caso, apreciaría su opinión al respecto.

Dicho y hecho. Se hundieron en las entrañas de la tierra y salieron en un suburbio de Sídney, Nueva Gales del Sur.

—¡Así que es aquí! —exclamó George.

—No, no —corrigió el diablo—. es un poco más adelante.

Procedieron raudos como cohetes hacia la esquina nordeste del universo, el cual George notó entonces que tenía la forma exacta de un tarro de cerveza, cuyas burbujas eran nébulas. Observó alarmado un par de labios enormes que se acercaban al borde superior de nuestro espacio.

—No se alarme —dijo el diablo—. Es solamente un joven estudiante de medicina que se llama Prior. Ha reprobado su examen tres veces seguidas. Sin embargo, pasarán veinte mil trillones de años hasta que sus labios alcancen el vidrio, porque una muchacha lo está deteniendo con la mirada. Para cuando beba, las burbujas se habrán reventado y la bebida estará tibia y sin gas.

—¡Pobre tipo! —gritó nuestro héroe—. ¡Malditas mujeres!

—No sienta lástima por él —dijo el diablo, tolerante—. Este es su quinto tarro, ya está borracho como un marqués, y se acerca la hora del cierre. Además, nuestro destino está cerca. —George vio que se acercaban a lo que en ocasiones se conoce como un “submarino” dentro de ese enorme tarro de cerveza. Al aproximarse, notó que era una estrella oscura de proporciones gigantes, alrededor de la cual giraba un satélite muchos cientos de veces más grande que la Tierra—, Es ese satélite —le explicó su guía—. Es el lugar que propongo colonizar con mi nuevo departamento. Iremos directo hacia allá, si no tiene ninguna objeción.

George asintió, y entonces aterrizaron en un campo estéril y saturnino, cerca de un palacio de basalto negro que cubría casi trescientas hectáreas.

—¡Qué casita tan acogedora! —comentó nuestro héroe.

—No es más que la choza de un pionero —contestó su acompañante—. Mi futuro capataz la pasará mal hasta que podamos armarle algo mejor.

George, sin embargo, notó que metían una cantidad prodigiosa de

barriles a una cava en la parte trasera del lugar. Por si fuera poco, vio a varios grupos de demonios que seguro debían de estar trabajando, pero en vez de eso estaban echados en una de las galerías inacabadas con cartas en las manos.

—¿En serio juegan poker aquí? —preguntó en un tono de satisfacción vivaz.

—Somos *connoisseurs* de todos los placeres mundanos —replicó el diablo, con una sonrisa—. Y, cuando jugamos cartas, todos tienen una mano excelente.

Le mostró a George varias obras maestras pintadas al óleo, algunas de las cuales eran un poco indecentes. También había cocinas espléndidas, ya dotadas de cocineros, así como perreras, establos, jaulas para halcones, armerías, salas de música, grandes salones, cuartitos acogedores, habitaciones dedicadas a todo tipo de pasatiempos y jardines dispuestos como los de Versalles, pero mucho más grandes. Había un sótano entero lleno de fuegos artificiales de todo tipo. No sólo eso, sino que había gran cantidad de otras delicias de una naturaleza enteramente nueva para el visitante. Había un observatorio, por ejemplo, desde el que se podía inspeccionar de cerca la conducta de cualquier muchacha en el mundo.

—Qué artilugio tan interesante —murmuró nuestro héroe.

—¡Venga! —dijo el demonio—. No debemos quedarnos aquí todo el día. Sin duda querrá conocer el resto de sus dominios.

—Sí, sin duda —respondió George—. Muéstreme dónde vamos a confinar a las prisioneras. Supongo que de vez en vez podré pedir que me traigan a una para darle una reprimenda especial.

El diablo entonces sobrevoló con él la superficie entera del planeta, que, una vez alejados del palacio y sus tierras, resultó tener un aspecto no muy distinto al de la carretera occidental, justo donde se acerca a Londres. A ambos lados estaban construyendo filas de celdas que estaban diseñadas igual que las casas de un desarrollo de vivienda moderno, para darle un toque final de refinamiento a la desgracia. Esposos de imitación, que no podían hablar ni oír nada, estaban plantados en sillas, con los pies subidos al mantel. Los armarios estaban llenos de ropa pasada de moda, y diablillos disfrazados de niños ensayaban por docenas en las estancias del primer piso. Las paredes tenían la propiedad peculiar de traducir el ruido de los vecinos en el de una fiesta, mientras que las ventanas estaban diseñadas para que hasta el peatón más desaliñado pareciera estar vestido al último grito de la moda.

Vastas fábricas de juanetes vomitaban humo entre las villas dementes, y toneladas de vello corporal se amontonaban en las calles. Le mostraron a George los imponentes gasómetros de las plantas de halitosis y otras muchas cosas que no me atrevo a imaginar siquiera.

Vio una muchedumbre de demonios aprendiendo a ser vendedores de puerta en puerta; a otros se les entrenaba como parientes políticos, cobradores de renta y embargadores. Hizo dos sugerencias que se acataron de inmediato: una fue un rasgador de medias, y la otra, una prenda que se rompiera en medio de cualquier vía pública llena de gente.

Como último aliciente, el diablo se lo llevó al continente principal del infierno mismo, que está ceñido por el Estigia como Saturno por sus anillos. El vasto crucero de Caronte acababa de atracar, y nuestro héroe tuvo el placer de ver una multitud de estrellas de cine, rubias infantiles, esposas infieles, hijas desobedientes, mecanógrafas frívolas, sirvientas flojas, pirujas, meseras descuidadas, coquetas crueles, quejositas, sirenas, estorbos, queridas impuntuales, abuelas aficionadas a la baraja, ayudantes estrafalarias, chismosas traviesas, seductoras, novelistas, debutantes locas, madres posesivas, madres negligentes, madres modernas, madres solteras, madres pasadas y futuras, de hecho, madres de cualquier índole: todas estaban ahí, desnudas como manos, recorriendo la pasarela, algunas sollozando, otras mirando a su alrededor con descaro, y otras más con una actitud de falsa modestia.

—Qué paisaje magnífico —comentó nuestro héroe.

—Bueno, querido amigo —dijo el diablo—, ¿es usted el apropiado para el puesto?

—¡Haré mi mejor esfuerzo! —chilló George con entusiasmo.

Se dieron la mano para cerrar el trato y negociaron los detalles. Antes de caer la noche, George estaba instalado como vasallo principal de las huestes infernales y como jefe supremo de un planeta poblado sólo por mujeres y demonios.

He de admitir que disfrutó su venganza. A diario salía, después de haberse puesto su gorra de invisibilidad, y se solazaba en los esfuerzos de sus súbditas por lidiar con las dificultades que había diseñado para ellas. A veces detenía el incesante ensuciado automático de platos, llevaba a acostar a los niños y los entretenía con el prospecto relajante de una matiné. Sin embargo, se aseguraba de que tuvieran que hacer fila para conseguir los asientos baratos y hacía que lloviera. Al final, anunciaba que la función se posponía.

Tenía mil maneras más de jugar con ellas, pero no las enumeraré aquí. Una de las mejores era mandar a llamar a una jovencita recién llegada que fuera famosa por su vanidad y darle la impresión durante un par de horas de que lo había conquistado, para luego (hasta donde fuera posible) desengañarla.

Al terminar la jornada, se sentaba a jugar cartas con sus principales oficiales, y, en efecto, todos siempre tenían buena mano, pero la suya era la mejor. Bebían como campeones, gracias a que el diablo no

dejaba de enviar las exquisiteces más selectas del infierno. Por ende, la palabra "excelente" habitaba de forma permanente en los labios de nuestro héroe, y el tiempo transcurría como un relámpago.

Un día, hacia el final del segundo año, nuestro potentado acababa de terminar su audiencia matutina, y se estaba refrescando con un paseo en una terracita privada que le gustaba mucho cuando le avisaron que el funcionario a cargo del puerto deseaba verlo. Nuestro héroe era el tipo más accesible del mundo y nunca se le subía la dignidad a la cabeza.

—Mándenme al viejo —ordenó—. Y, ¡hey!, traigan una botella y un par de copas cuando vuelvan.

La verdad era que a George le encantaba conversar con aquellos viejos oficiales de poca monta, que de cuando en cuando le contaban los pequeños y divertidos incidentes en la isla Ellis, ubicada en el infierno, o le compartían fragmentos de chismes sobre minucias del mundo que se colaban en los cargamentos de Caronte, como las lagartijas y las mariposas viajan a Covent Garden entre los plátanos.

Aquella vez, sin embargo, la cara del encargado del puerto expresaba una preocupación extrema.

—Me temo, señor —dijo—, que vengo a reportarle una pequeña irregularidad.

—Bueno, todos cometemos errores a veces —respondió George—. ¿Cuál es el problema?

—Es este, señor: en la última carga llegó una muchacha que yo creo que no entra acá —contestó el viejo lobo de mar.

—Ah, no pasa nada —lo tranquilizó George—. En absoluto. Estos días, recibimos toda la tirada Es una mujer y con eso basta. ¿Qué tiene en su lista de cargos?

—Un montón de cositas, señor, que no suman mucho —contestó el tipo con absoluta franqueza—. Lo que pasa es que no me dan las cuentas, señor. —Dicho eso, frunció los labios.

—¿No dan las cuentas? —exclamó George, asombrado.

—Así las cosas, señor —afirmó su subordinado con tristeza—. Esta muchachita no está del todo muerta.

George sintió una angustia profunda.

—¡Uf! —dijo—. Eso es grave, amigo mío.

—Si que es grave, señor —aceptó el viejo—. Yo no sabría qué hacer, se lo digo de una vez.

Aquello implicaba una infinidad de minucias legales. George envió una señal de auxilio a uno de los principales sofistas del infierno central, pero, por desgracia, estaban todos en comité, discutiendo los detalles del discurso iluminado que estaban preparando para los salvadores de Alemania. Por lo tanto, George sólo podía proceder

según los precedentes, y los precedentes dejaban claro que una mortal debía pecar de tal o cual manera, morir en tal o cual condición, ser registrada, verificada, etcétera. Era un caso tan complejo como cualquiera que se discutiera en un juzgado señorial bajo un estatuto basado en precedentes de los códigos sajones y normandos, derivados cada uno de forma distinta de una adaptación romana de un principio grecoegipcio con influencias prehistóricas de ritos y costumbres provenientes de la cuenca del Éufrates o del Indo. Era tan complejo como una declaración de impuestos. George se rascó la cabeza, desesperado.

Lo que empeoraba las cosas era que el diablo mismo le había advertido con absoluta seriedad que no cometiera ni la más mínima infracción al protocolo.

—Esto —dijo— apenas si es más legítimo que un mandato de la Sociedad de Naciones. Construimos, paso a paso y con un ingenio increíble, un sistema en el que vivimos de forma muy tolerable, pero sólo lo logramos caminando como demonios al borde del abismo metafísico. Si cruzo los estrictos límites legales, aunque sea un centímetro, volveré a mi trono ardiente en ese foso sin fondo que no extraño en absoluto. En cuanto a ti… —George tenía un gran incentivo para ser cauteloso. Revisó incontables tomos, rechinó los dientes y, al final, siguió sin entender nada—. Mándenme a la chica —ordenó.

Cuando llegó, resultó que no tenía más de diecisiete años, y sería una mentira descarada decir que era menos hermosa que una supermodelo.

En el fondo, George no era mal tipo. Al igual que la mayoría, era capaz de ser un tirano con las masas sin rostro, pero, cuando se enfrentaba a un individuo, ladraba mucho más de lo que mordía. De hecho, la mayoría de las jóvenes que había mandado llamar para regañarlas sólo se habían quejado de su volubilidad.

Llevaron a la chica ante su presencia, y los mismos lacayos que la traían pusieron los ojos tan en blanco que les brillaron como el faro de Eddystone. Era impecable hasta en el más mínimo detalle, y hasta el más mínimo de sus detalles era de la máxima calidad. Era una galería de arte, una antología de los mejores poetas, una precipitación de todo lo que se ha soñado sobre el amor: sus ojos eran divinos zafiros resplandecientes; su frente, blanco marfil; sus mejillas, manzanas enrojecidas por el sol; sus labios, cerezas que a los hombres a morder invitan; sus pechos, tazones de crema desnatada; sus pezones, azucenas en flor; su cuello níveo, una torre de mármol, y su cuerpo entero, una feria palaciega que ascendía con majestuosas escalas al trono del honor y la dulce pérgola de la castidad.

Se llamaba Rosie Dixon. Además, contrastaba con el entorno por el

simple hecho de que estaba viva. Era como si una prímula fuera a florecer de forma milagrosa entre los metales oscuros y estériles del inframundo, como si su aroma flotara hacia la nariz ajena, montado en el jaloque sucio, sofocante y enlatado de la región. No exagero al decir que era tan buena como era hermosa. Y era verdad que su linda cara estaba ligeramente salpicada de lágrimas.

—Querida —dijo George, tomándole la mano—, no hay razón para que llores así. ¿Qué no conoces el viejo dicho que dice “no te vuelvas arisca antes de los palos"?

—Dígame, señor—contestó ella, después de haberle echado un largo y lloroso vistazo a su cara de macaco, y de percibir bastante buena voluntad en ella—. Dígame, señor, tan sólo dígame, ¿en dónde estamos?

—En el infierno, por supuesto —respondió él con una risa afable.

—¡Ay, gracias a Dios! —gritó ella—. Creí que estaba en Buenos Aires.

—La mayoría lo cree —dijo nuestro héroe— a causa del crucero. Pero debo decir que eres la primera que se muestra contenta al enterarse de que no es cierto.

La conversación continuó un rato más en esos términos, y él la interrogó detenidamente para averiguar cómo había llegado a la nave de Caronte. Al parecer, trabajaba como vendedora en una tienda, y sus compañeras la atormentaban con frecuencia, sin que ella pudiera entender por qué. Sin embargo, un día tuvo que atender a un joven que fue a comprar medias para su hermana, y el joven le hizo un comentario que le subió el alma a los labios. En ese instante, la más envidiosa de sus compañeras maniobró para pasar detrás de ella y le encajó un pellizco tan rencoroso, repentino, hiriente y agonizantemente intenso, que su alma en vilo salió expulsada por el pecho. Luego extendió las alas y se llevó al cuerpo desmayado como las perdices cargan a sus crías. Cuando volvió en sí, estaba encerrada en uno de los estrechos camarotes de una vasta nave, vigilada por quienes creyó que eran capataces y entre los retumbos de las risas y los gritos histéricos de las demás cautivas, que parecían creer que iban camino a Buenos Aires.

George fue muy minucioso y examinó a detalle la poca evidencia que ella podía ofrecerle.

—No cabe duda de que recibiste un pellizco muy cruel —concluyó después de un rato, con un tono de gran simpatía—. Cuando tu torturadora caiga en mis manos, lo pagará mil veces.

—No, no —dijo ella—, ella no quería hacerme tanto daño. Estoy segura de que en el fondo es buena chica. Sólo que tiene ciertas mañas.

George quedó abrumado de admiración ante ese comentario, el cual, sin embargo, provocó un tremor que se extendió por el vasto palacio negro.

—¡Satanás mío! —exclamó—. No te puedo tener aquí. ¡Vas a tumbarlo todo a mi alrededor! Pero no me atrevo a meterte en una de nuestras celdas de castigo, porque, si lo hago en contra de tu voluntad, nos arrebatarían nuestro sistema de gobierno autónomo y volveríamos a las incomodidades burdas de los tiempos primitivos. Eso sería intolerable. Hay un museo en la capital que te helaría la sangre.

—¿No me podría enviar de vuelta a la Tierra? —preguntó ella.

—¡Ninguna mujer ha salido sola de aquí jamás! —gritó él, desolado—. Mi permanencia aquí es tan precaria que no me atrevo a innovar en nada.

—No me diga eso —contestó ella—. No soporto pensar que un caballero tan amable termine padeciendo los tormentos flamígeros. Me quedaré por voluntad propia, y quizás entonces no arme alboroto. Espero que no sea muy doloroso.

—¡Qué criatura tan adorable! —exclamó él—. Debo darte un beso, porque creo que lograste resolver el problema —Ella le respondió el beso de la forma más dulce y pura imaginable—, ¡Esto es horrible! —expresó él con gran angustia—. No soporto la idea de que sufras las miserias de este lugar. Mi niña querida…

—No me molesta —dijo ella—. A fin de cuentas, no puede ser peor que trabajar en una boutique de la calle Oxford.

Él le dio unas palmaditas y firmó un formulario: “Devuelta a custodia por petición propia[7].

—Además, sólo es temporal —señaló él— De lo contrario, no lo permitiría.

Una vez que estuvo aquello resuelto, ella se mantuvo impasible mientras se la llevaban a una casita odiosa, tan cruelmente equipada como las demás. George mantuvo el talante una semana entera, leyendo poemas de amor para distraerse. Pero, al final, no pudo seguir evadiendo la cuestión.

—Debo ir a ver cómo está —se dijo.

En el infierno, los funcionarios tienen la capacidad de viajar a una velocidad endemoniada. En pocos minutos, George había cruzado un par de continentes y estaba tocando a la fea puerta de la casita de la pobre Rosie. No había querido ponerse su gorra mágica como semilla de helecho, o quizá no se le ocurrió. En todo caso, ella abrió la puerta con tres o cuatro diablillos colgándole del mandil y lo reconoció de inmediato. Él notó que traía puesta la ropa gris y anticuada que suministraban las autoridades, con la cual parecía una rosa en un frasco de mermelada.

Lo que le quitó una carga intolerable del corazón fue ver que el horroroso vello corporal del infierno no había echado raíz en su carne. Al interrogarla al respecto, se enteró de que lo había usado para rellenar una almohada que había puesto bajo la cabeza del esposo de imitación, el cual roncaba despatarrado y sin gracia frente a la chimenea. El único lugar donde le habían salido algunos pelitos era el moretón donde la habían pellizcado, según le contó.

—Sin duda se caerán —dijo nuestro héroe en tono científico— cuando los tejidos recobren su condición normal. Esas cosas están diseñadas para florecer en la carroña, mientras que tú… —Tronó los labios y guardó silencio.

—Ojalá que se caigan —contestó ella—, porque no se pueden cortar con tijeras. Y, desde que le prometí al mayor de estos niños que cortaría un poco para hacerle un bigote falso, no ha crecido más.

—¿Quieres que intente quitártelos? —inquirió nuestro héroe.

—No, no —respondió ella, sonrojada—. Ya dejó de llorar. Todos eran muy chillones cuando llegué, pero han mejorado muchísimo.

Mientras hablaba, sus dedos se entretenían con una sucesión de quehaceres.

—Pareces estar terriblemente ocupada —se quejó George.

—Perdón —dijo ella, sonriendo—. Es que hay muchísimo que hacer. Pero ayuda a que pase más rápido el tiempo.

—¿Nunca quieres ir a la matiné? —preguntó él.

—No es buena idea —contestó ella—, ¿Y si aquel se despierta y quiere un té? —señaló al esposo de imitación—. Además, me entretengo mucho. Los vecinos parecen tener siempre una fiesta, y me hace bien oírlos reír y cantar. Aparte, cuando estoy limpiando las ventanas, porque lo necesitan muy seguido, veo pasar muchachas vestidas con las prendas más hermosas que haya visto jamás. Me encanta ver gente con ropa bonita.

—Pero la tuya no es muy atractiva —dijo George en tono melancólico.

—Es sencillita —comentó ella, riendo—, pero estoy muy ocupada como para pensar en eso. Sólo me gustaría que fuera de un material un poco más resistente. Las medias se me rasgaban tan seguido que tuve que dejar de usarlas. Y, cada vez que salgo por el mandado… Bueno, pero usted no quiere oír todo esto.

George se sentía tan carcomido por el remordimiento, que no tuvo ánimos para hacerle una pregunta interesante.

—Adiós —dijo mientras le apretaba una mano.

Ella le dedicó la mirada más dulce del universo: él, entonces, sintió que era su deber ofrecerle un beso de ánimo. De inmediato, las puertas empezaron a azotarse, la chimenea escupió humo y los

diablillos abrieron la boca para gritar.

—No, no —dijo ella, con suficiente modestia tácita como para suavizar el cruel golpe, y señaló al esposo de juguete frente al fuego.

—¡No te preocupes por él! —exclamó nuestro héroe—. Sólo es un muñeco.

Dicho eso. le dio una patada al monigote que lo volcó hacia la chimenea.

—Bueno, si no es un esposo de verdad —dijo Rosie—, supongo que no tiene nada de malo.

En ese momento le dio un beso que a George le pareció más exquisito que cualquier manjar, pero que, así como aumentó la alta estima en que la tenía, también aumentó su pena por haberla puesto en ese predicamento.

Al volver a casa, el pobre no podía comer ni dormir. Llamó a algunos de sus oficiales para pasar la noche jugando poker, pero, aunque obtuvo cuatro flores imperiales seguidas, no lo disfrutó en absoluto. Por la mañana, sonó el teléfono. El suyo era el único aparato en el planeta que no se descomponía en cuanto empezabas a hablar, pero en aquella ocasión con gusto habría cedido esa ventaja. El diablo estaba al otro lado de la línea y sonaba más furioso que nunca. No se anduvo con rodeos y acusó a nuestro héroe nada más y nada menos que de tener moral.

—Insultas y maldices muy bien —dijo la víctima con tono herido —. De todos modos, no fue mi culpa que acabara aquí. Me queda claro que podría convertirse en una influencia destructiva si se queda, pero, si no la puedo enviar de vuelta, no veo qué otra alternativa tengo.

—¡Pues tiéntala, idiota! —replicó el diablo—, ¿Acaso nunca has tentado a una mujer?

—Hasta donde yo sé, no —contestó George con franqueza.

—Bueno, pues siempre hay una primera vez —dijo el diablo con un tono muy sedoso que, sin embargo, sacó chispas azules por el teléfono—. Cuando nos apropiemos de su alma, nadie armará mucho alboroto por su cuerpo. Dejo el asunto en tus manos. Si me fallas, hay acá una o dos instituciones que disfrutaría revivir solamente para ti.

George detestaba la idea de tener que tentar a esa muchacha singularmente buena y hermosa: sin embargo, el prospecto no le era tan repulsivo como el de acabar sumergido en azufre hirviente. Se tomó un par de copas para ahogar sus remordimientos y mandó a llamar a Rosie para que lo acompañara a un pabellón de seda que había montado entre las arboledas y fuentes que rodeaban la ciudadela. Él creía que la tela era preferible a los bloques de basalto negro, en caso de que alguna frase bondadosa de la chica les tirara el techo encima.

Aunque le pareciera una eternidad, no pasó mucho tiempo antes de que ella llegara. Sólo Dios sabe cómo preservaba aquella salud fulgurosa a pesar del horrible aire gris de los suburbios exteriores del infierno, pero se veía más fresca y radiante que nunca, y hasta parecía brillar a través de su triste envoltorio como resplandece un durazno a través del papel de seda. Sin embargo, George siempre hacía las cosas con cautela, sobre todo si iba de por medio su conciencia. Sin dudar, la saludó con calidez, pero, si los científicos del mundo entero hubieran contenido esos abrazos y besos en un tubo de ensayo, no habrían podido extraer de ellos ni el más mínimo átomo de pecado, pues fueron más simples y naturales de lo que cualquiera podría desear.

Admito que lo simple y lo natural es un excelente inicio. George, sin embargo, procedió a ofrecerle una taza de té, cosa que sólo es pecaminosa en la universidad. Empezaron a hablar; él fue incapaz de resistir la tentación de contarle sus alegrías y tristezas cuando vivía en el barrio de la calle Tottenham Court, y es que quería que supiera todo sobre él. Ella no fue menos franca. Es imposible describir la sensibilidad con que George escuchó que se había quedado huérfana a los catorce años y que desde entonces vivía con una vieja tía propensa a la severidad. Durante aquel encuentro, el tiempo transcurrió como claveles en esa alegría preciosa y nívea que florece al borde del abismo.

La luz empezó a atenuarse: el gorjeo de mirlos y zorzales dio paso a un silencio del que no tardaron en surgir los esfuerzos divinos del ruiseñor. Aquel rincón lejano y silvestre del jardín tenía un efecto oriental, gracias a la profusión de sauces que se azulaban con el aire tenue. Nuestros jóvenes, sentados a la entrada de la tienda, sintieron que sus lenguas caían ociosas y se quedaron quietos en un letargo divino que, al igual que otro silencio, el silencio del alma, permitió que se volvieran audibles las primeras notas torpes de una nueva música en su corazón.

Entrelazaron los dedos. La luna, que en esos lares es de un tamaño enorme, por ser nada más ni nada menos que el mismo infierno, se elevó tras las siluetas de los árboles.

—Dicen que esas marcas de ahí son cráteres —comentó Rosie con voz soñadora.

No obstante, el sueño de una persona puede ser el despertar de otra. George sintió de inmediato un relámpago que lo activó.

—Ven —la llamó—. Ya es hora de cenar. Es mi cumpleaños, así que habrá mucha champaña.

Con esas palabras, esperaba tentar a la sencilla muchacha a que se diera un festín. Sin embargo, él empezó en desventaja, pues el sonido de su voz lo tenía embriagado como un marqués. La verdadera

naturaleza de un hombre se revela cuando se encuentra en esas circunstancias: George, por ende, decidió poner en riesgo su futuro por un capricho amoroso cuando su cerebro se tambaleó bajo el ataque de una legión de pensamientos virtuosos. Incluso concibió sugerirle al diablo que a quien debían tirar al azufre hirviente era al esposo de mentiras y que él debería tomar el lugar de esa efigie inservible, pero pensar en los diablillos lo hizo contenerse de cometer aquella locura.

Recordar a su amo lo llevó de vuelta al infierno en un parpadeo.

—Querida —dijo, dándole una palmadita en la mano—. ¿Te gustaría ser estrella de cine?

—Para nada —contestó ella.

—¿Qué?

—Para nada —repitió.

—¡Vaya! —exclamó él—. Pero, ¡qué tenemos aquí!

Sacó un collar de diamantes que llevaba en el bolsillo para tentarla, pero no se pudo contener y se lo colgó en el cuello de forma incondicional de tan encantado que quedó con su respuesta.

A ella, más que el regalo mismo, le gustó el espíritu con que se lo dio. Creía que George era el mejor y más amable de los hombres, y (tal vez por el vino, pero no seré yo quien lo diga) habría incluso asegurado que no era de malos bigotes.

En general, la cena transcurrió con la alegría propia de una recepción nupcial. La única desventaja era que George no veía indicios de una secuela apropiada. Algunas personas dirían que el azufre sería una secuela más que justa, pero él no estaba de acuerdo en absoluto. De hecho, una vez que jugó todas sus cartas con desgano, lo embargó de pronto la premonición horrible de su destino y no pudo reprimir un quejido de alarma.

—¿Qué te pasa, querido? —exclamó Rosie, con la más tierna de las voces.

—Ah, nada —contestó él—, nada en absoluto. Sólo que arderé por toda la eternidad si no logro seducirte.

—Eso mismo me dijo el joven en el mostrador de las medias —dijo ella, entristecida.

—Pero yo hablo de arder en azufre —le explicó él, herido—. Y te aseguro que la mía es una propuesta muy distinta al amor, sin importar lo que opinen los poetas.

—Tienes razón —contestó ella con más alegría de la apropiada—. El amor es muy distinto al azufre. —Dicho eso. le estrujó la mano.

—Me temo que no tendré paz para recordarte —dijo él mientras la fotografiaba de pies a cabeza con la mirada.

—Pero no arderás en azufre —le aseguró ella.

—¡Él dijo que no tenía alternativa! —exclamó George.

—Bueno, si… si pudiera salvarte que yo…

—¿Que tú qué? —la interrumpió George.

—Que me deje seducir… —vaciló Rosie.

George protestó muy poco: estaba arrobado por la forma tan encantadora en que ella se expresó. La tomó entre sus brazos y se dispuso a expresarle con un único beso la infinita gratitud que sentía por su gentileza, lo mucho que admiraba su belleza, lo muchísimo que respetaba su carácter y la infinita tristeza que le causaba que se hubiera quedado huérfana a los catorce años y terminara al cuidado de una tía propensa a la severidad. Es mucho que expresar con un solo beso: sin embargo, nuestro héroe hizo su mejor esfuerzo.

A la mañana siguiente, tenía que darle un informe telefónico al diablo.

—Te tomaré de la mano —dijo Rosie.

—Muy bien, querida —respondió él—. Eso me hará sentir mejor.

Transfirieron su llamada como un relámpago. El diablo, como un trueno, le preguntó cómo le había ido.

—La muchacha se dejó seducir —anunció George con brusquedad.

—¡Excelente! —exclamó el diablo—. Ahora, cuéntame con lujo de detalle cómo ocurrió.

—Creí que eras un caballero —dijo George.

—Lo pregunto en un ánimo estrictamente profesional —contestó el diablo—. Lo que quiero averiguar es qué la motivó a rendirse ante tu encanto casi sutil.

—¿Por qué? —gritó George—. ¿Crees que a esa virtuosa chica le gustaría verme arder en un lago de azufre hirviente? —¿Me estás diciendo que sólo sacrificó su virtud para librarte del castigo? —vociferó el diablo con una voz aterradora. —¿Qué otro incentivo crees que habría funcionado? —preguntó nuestro héroe.

—¡Eres un imbécil enamorado! —exclamó su amo y procedió a insultarlo con diez veces más fuerza que antes. George lo escuchó. aterrado e iracundo. Una vez que terminó de maldecirlo, el diablo prosiguió con más calma—. Sólo queda una cosa por hacer. Y deberías considerarte afortunado de que necesite que tú (sí, tú. gusano) participes en ella. De lo contrario, estarías chisporroteando antes del anochecer. Así como están las cosas, veo que debo dedicarle mi atención individual al asunto y el primer paso será que te cases con la chica.

—Por supuesto —contestó nuestro héroe con voz enérgica.

—Enviaré a un obispo a que celebre la ceremonia —continuó el demonio—. Y la semana siguiente, si mejora mi ataque de gota actual, te pediré que me presentes a tu esposa, y yo mismo me encargaré de

tentarla.

—¿De tentarla a qué? —preguntó George con profunda ansiedad.

—A cometer el pecado para el que las esposas son especialmente aptas —contestó el diablo— ¿Le gustan los bigotes engomados?

—¡Ah, querida! —le susurró George a Rosie—, Dice que si te gustan los bigotes engomados.

—No, querido —respondió Rosie—, Me gustan hirsutos y ásperos, como el tuyo.

—Dice que le gustan hirsutos y ásperos, como el mío —contestó George con un toque de complacencia.

—¡Excelente! Me presentaré con uno aún más hirsuto y áspero que el tuyo —aseguró el Diablo—, Mantenía a tu lado. Yo nunca he fallado. Y otra cosa, Postlethwaite…

—¿Qué? —preguntó George—, ¿Ahora qué pasa?

—Sé discreto —amenazó el diablo—. Si se entera de mis intenciones, terminarás nadando en azufre en menos de una hora.

George colgó.

—Discúlpame, querida —dijo—. Tengo que ir a reflexionar sobre lo que acabo de oír.

Caminó entre las arboledas de sauces frescos por el rocío matutino y estridentes por el gorjeo de las aves. De todas las mañanas de su vida, era en la que más habría apreciado su primer cigarrillo, de no ser por su conversación con el diablo. Con las cosas como eran, no se molestó en prender uno.

—La cosa —se dijo— es que va a triunfar o a fracasar. En el segundo caso, su furia será intolerable; en el primero, lo será la mía.

El problema parecía carecer de solución, y habría sido cierto de no ser porque el amor, cuyos efectos embriagantes han sido bastante loados en canciones e historias, tiene otro aspecto que por desgracia ha pasado desapercibido, en el cual la mente goza de los beneficios de una calma aclaradora. Una vez que pasó la primera ráfaga de perturbación, nuestro héroe percibió que su mente se había vuelto tan fría y despejada como el cielo marino en los albores del alba. De inmediato encendió un cigarrillo.

—Afín de cuentas, faltan algunos días —murmuró—, y el tiempo es relativo. Pensemos, por ejemplo, en el tal Prior, que en este mismo instante está por beberse el universo y que seguirá ocupado en ese acto mucho después de que terminen nuestras insignificantes vidas. Por otro lado, no me corresponde a mí negar que ciertos momentos exquisitos duran una aparente eternidad. Además, siempre podríamos escapar.

La idea se le coló en la mente con la misma modestia con que, sin duda, a Milton le vino la idea de escribir *El paraíso perdido*: “Mmm,

escribiré *El paraíso perdido”*.

“Además, siempre podríamos escapar." Cuatro simples palabras que. sin embargo, hacen toda la diferencia. Lo único que quedaba, en cualquier caso, era trabajar en los detalles.

Nuestro héroe era ingenioso. Además, contribuyó a sus reflexiones el grito ronco, como el de un cisne que vuelve a casa, de la sirena de Caronte. Era la hora en que aquel potentado, después de soltar amarras en el muelle del infierno, donde había dejado su carga masculina, dirigía su gran nave hacia el planeta de George. El navío apareció, rompiendo el azul matutino, resplandeciendo entre los haces del sol local y dejando tras de sí una estela como la de un avión, pero mucho más impresionante. Era una imagen gloriosa. George no tardó en ver a las mujeres que corrían por la borda, gritando.

—¿Llegamos a Buenos Aires?

No perdió el tiempo. Regresó a su palacio, se sentó en la sala más impresionante y envió a un mensajero al muelle.

—Pídele al barquero que venga a hablar conmigo —le ordenó. Los pasos de Caronte no tardaron en retumbar detrás del mensajero. Podría haberse sentido inclinado a refunfuñan pero se le iluminaron los ojos al ver una botella que tenía George en el escritorio. Contenía nada más y nada menos que el Viejo Ron Original del Infierno, un fuerte licor de lo más flamígero, y tan escaso como poco apreciado—. Barquero —dijo George—, tú y yo nos hemos llevado bien hasta ahora, me parece. Pero debo hacerte una pregunta que podría insinuar que dudo un poco de tus capacidades. Sin embargo, te garantizo que no la hago en nombre propio y, para demostrarte mi estima como amigo, como hombre, pero sobre todo como lobo de mar de la vieja escuela, te pediré de favor que te tomes un traguito conmigo primero.

Caronte era un hombre de pocas palabras.

—¡Sí! ¡Sí! —contestó.

George sirvió el ron. Cuando Caronte se hubo mojado la garganta. George dijo:

—El jefe te tiene cierto rencor por lo de la señora Soames, de Bayswater.

—Caramba —respondió Caronte, con el ceño fruncido.

—¿Se te olvidó que te la mencioné dos veces ya? —continuó nuestro héroe—. Ahora tiene ciento cuatro años y es tan cascarrabias que da miedo verla. El jefe quiere saber por qué no la trajiste desde hace meses.

Mientras hablaba, le rellenó la copa.

—Caramba —dijo el lobo de mar.

—Quizás, entre tus múltiples y onerosos deberes, esa orden expresa con respecto a un individuo te pareció poco merecedora de tu

atención. Estoy seguro de que a mí se me habría olvidado el asunto por completo si tuviera tus obligaciones. De todos modos, ya sabes cómo es. Ha estado hablando de hacer cambios en el almirantazgo, pero no es nada de lo que debas preocuparte. Yo debo ir de visita a la Tierra por un asunto importante y me parece que aquella muchacha que trajiste por un error tan lamentable tiene formación como enfermera hospitalaria. Te aseguro que entre los dos atraparemos a la vieja bruja en menos de lo que canta un gallo; el jefe la encontrará aquí cuando se recupere de su más reciente ataque de gota, y la mala sangre entre ustedes se diluirá por completo.

Dicho eso. vertió el resto del ron en la copa del viejo marino.

—¡Sí! ¡Sí! —contestó el potentado.

George tocó una campanita. y Rosie entró vestida con un uniforme hechizante.

—¡Al barco, de inmediato! —anunció.

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó Caronte.

—Te puedo llevar de regreso —le susurró George a su amada—, siempre y cuando no mires ni una sola vez hacia atrás. Si lo haces, estamos perdidos.

—Confía en mí —dijo ella—. Yo sólo quiero ver hacia el futuro.

Entonces abordaron el navío. Caronte creía que los marineros de agua dulce estaban locos; además, llevaba mucho tiempo sospechando que en el cuartel general maquinaban en su contra y agradecía que George se lo hubiera advertido. George ordenó que pusieran una caja entera del admirable ron (la última en existencia) en su camarote, para evitar que Caronte recordara que nunca nadie le había dicho el nombre de la vieja señora Soames.

Entre llamados en lenguaje naval, el enorme barco levó anclas. George, con la excusa de que debía mantener una comunicación constante con su jefe, se apropió de la cabina del operador inalámbrico. No cabe duda de que Satanás se puso furioso cuando se enteró de lo sucedido, pero el único efecto fue que sus miembros gotosos se inflamaron mil veces más, en particular cuando le fue imposible comunicarse con el barco.

Lo único que logró hacer fue conjurar en los baldíos intransitados del espacio imágenes bobas que pudieran tentar a Rosie a mirar hacia atrás. Una reproducción de París que flotaba como boya a estribor y que, un instante después (pues así de rápido se movía la nave) se tambaleaba muy por detrás de la popa. En otras ocasiones, imágenes de los actores más famosos del cine se sentaban en los planetas plateados de constelaciones lejanas a cepillarse el pelo. La expuso a cien tentaciones de ese tipo, pero lo más cruel fue que los diablillos la sometieron a un incesante jalón de pelos, a tirones de ropas, a la

sensación de tener una araña en la espalda y a toda suerte de excesos de confianza que sería muy ofensivo describir aquí. La devota muchacha, aferrada a la baranda de cubierta, ni siquiera parpadeó.

Tal devoción, combinada con la vigilancia de George en los audífonos y la borrachera de Caronte. les permitió arribar pronto a las latitudes terrestres. George y Rosie se deslizaron a una velocidad vertiginosa por una cuerda invisible y terminaron sanos y salvos en una cama, junto a la centenaria señora Soames.

A la anciana le entró una ira desenfrenada al encontrar a esa joven pareja a su lado.

—¡Salgan de aquí de inmediato! —gritó.

—Está bien —dijeron—. Ya nos vamos.

Al día siguiente los vi en la calle Oxford, asomados a los escaparates de las mueblerías, y George me contó aquella historia.

—¿Y dices que el universo en realidad es un gran tarro de cerveza? —le pregunté.

—Sí —contestó—. Todo es verdad. Para demostrarlo, te mostraré el lugar exacto donde aquella joven pellizcó a Rosie.

—¿El lugar exacto? —exclamé, con los ojos abiertos como platos.

—Sí —dijo él— Fue en aquella boutique de allá, en el mostrador de la derecha, junto a la entrada, justo donde termina la sección de medias y empieza la de lencería.

¡AH, LA UNIVERSIDAD!

A las afueras de Londres vivía un padre viejo que amaba mucho a su único hijo. Por consiguiente, cuando el jovencito cumplió dieciocho años, el viejo lo mandó llamar y, con un brillo benevolente en sus gafas de pasta, le dijo:

—Bueno, Jack, al fin terminaste la escuela. Seguro mueres de ganas de ir a la universidad.

—Sí, papá, así es —respondió el hijo.

—Eres un joven sensato —continuó el padre—. Sin lugar a dudas, los mejores años de la vida son los que pasamos en la universidad. Además de la diversa colmena educativa, las voces melosas de los profesores, los venerables edificios grises y la atmósfera de cultura y refinamiento, está la satisfacción de contar con una cómoda manutención.

—Sí, papá —contestó el hijo.

—Habitaciones propias —prosiguió el padre—, cenas con los amigos, crédito interminable con los vendedores, pipas, cigarrillos, vino clarete, vino de Borgoña. ropa.

—Sí, papá —repitió el hijo.

—Hay pequeños clubes exclusivos —insistió el viejo—, deportes de todo tipo, festejos de fin de año escolar, obras de teatro, bailes, fiestas, sociedades estudiantiles, parrandas sin fin, muros para saltarse, evasión del profesorado… Es decir, diversión de todos los sabores y colores.

—¡Sí! ¡Sí, papá! —exclamó el hijo.

—Sin duda no existe nada más maravilloso en el mundo que estar en la universidad —proclamó el padre—. ¡La primavera de la vida! ¡Placer tras placer! Es como si tuvieras no sólo uno, sino varios mundos a tus pies. ¡Ah, la universidad! Sin embargo, no te tocará conocerla.

—Entonces, ¿para qué me contaste todo eso? —preguntó el pobre Jack.

—Para que no creas que subestimo los placeres a los que te pediré que renuncies —respondió su padre—. Verás, Jack, mi salud no es óptima, y la champaña es lo único que me sienta bien. Si fumo un puro de segunda clase, me quedo con un sabor de boca de lo más vil. Mis gastos han aumentado de forma abominable, y tendré muy poco dinero que dejarte, pero lo que más deseo es verte vivir con comodidad.

—Si ese es tu deseo, podríamos cumplirlo mandándome a la universidad —sugirió Jack.

—Debemos pensar en el futuro —continuó su padre—. Tendrás que ganarte la vida en un mundo donde la cultura es uno de los bienes menos rentables. Salvo que quieras ser director de escuela o cura, la universidad no te servirá de mucho.

—Entonces, ¿a qué me dedicaré? —inquirió el joven.

—Hace algún tiempo leí las siguientes palabras, que iluminaron como un relámpago la oscuridad en que veía sumirse tu futuro: “Casi todos los jugadores son débiles”. Esta frase venía en un folletito sobre el maravilloso y universalmente popular juego del póker. Es un juego cuyo fin es obtener fichas, y cada una de esas fichas representa una cantidad conveniente de dinero.

—¿Quieres que me dedique a contar cartas? —preguntó el hijo, indignado.

—De ninguna manera —respondió el viejo enseguida—. Te pido que seas fuerte, Jack. Te pido que muestres iniciativa, individualidad. ¿Para qué aprender lo mismo que los demás? Tú, mi querido muchacho, serás el primero en estudiar el póker de forma tan sistemática como quienes estudian lenguas, ciencias, matemáticas y demás; el primero en concebir el juego como estudiante. He acondicionado una pequeña habitación con una silla, una mesa y varias barajas nuevecitas. En un librero hay algunos tratados elementales sobre el juego, y encima de la chimenea puse un retrato de Maquiavelo.

Las protestas del joven fueron en vano, así que se dispuso a estudiar de mala gana. Trabajó arduamente, estudió los libros al derecho y al revés, desgastó cientos de barajas y al final del segundo año salió al mundo con la bendición del padre y suficiente dinero como para participar en algunas partidas de póker de poca monta.

Tras la partida de Jack, el viejo se consolaba con su copa de champaña, su puro de primer nivel y aquellos otros placeres que reconfortan a las personas viejas y solitarias. Todo iba de maravilla hasta que de pronto un día sonó el teléfono. Era Jack, llamándolo del extranjero. El padre había olvidado por completo la existencia del hijo.

—¡Hola, papá! —exclamó el hijo con emoción—. Estoy en París, sentado en un juego de póker con unos chicos de Estados Unidos.

—¡Buena suerte! —respondió el viejo, preparándose para colgar el auricular.

—¡Escúchame, papá! —insistió el hijo—. La cosa está así. Bueno, sólo por esta ocasión, estoy jugando sin límites.

—¡Que Dios se apiade de ti! —sentenció el viejo.

—Dos de ellos siguen en el juego —continuó el hijo—. Han aumentado su apuesta a cincuenta mil dólares, y yo ya puse todo el dinero que tengo.

—Preferiría ver a un hijo mío en la universidad, que metido en un embrollo como éste —se quejó el viejo.

—¡Pero tengo cuatro reyes! —prorrumpió el joven.

—Te apuesto que los demás tienen ases o escaleras de color— aseveró el viejo—. Retírate ahora, mi pobre muchacho. Mejor sal a jugar por colillas con los clientes habituales de tu albergue.

—¡Pero, papá, escúchame! —suplicó el hijo—. Esta es una ronda de poker descubierto, sin comodines. He visto pasar un as. He visto pasar todos los dieces y los cincos. Es imposible hacer una escalera de color.

—Ah. ¿sí? —meditó el padre—. Que no se diga que nunca apoyé a mi muchacho. Detén el juego. Iré a ayudarte.

El hijo regresó a la mesa y les rogó a sus contrincantes posponer el juego hasta la llegada de su padre, y ellos, sonriéndoles a sus cartas, estuvieron más que dispuestos a concederle esa cortesía. Un par de horas después, el viejo llegó en avión al aeropuerto de Le Bourget. y poco después alcanzó a su hijo junto a la mesa de póker. Venía frotándose las manos y sonriendo con gesto afable, mientras la luz se reflejaba con alegría en sus gafas de pasta. Les dio la mano a los estadounidenses y se percató de su apariencia próspera.

—Veamos, ¿qué tenemos aquí? —dijo él, deslizándose en el asiento de su hijo y sacando su dinero.

—La apuesta —señaló uno de sus rivales— se mantiene firme en cincuenta mil dólares. Yo ya pagué por ver. Ahora tú debes pagar por ver o subir la apuesta.

—O salir corriendo —propuso el otro.

—Confío en el criterio de mi hijo —aclaró el viejo—. Apostaré cincuenta mil dólares más antes de siquiera mirar mi mano. — Dicho esto, empujó cien mil dólares de su propio dinero al centro de la mesa.

—Subiré la apuesta a otros cien mil dólares —dijo el primero de sus oponentes.

—Yo pago por ver —afirmó el otro.

El viejo miró sus cartas y el rostro le cambió de color en cuestión

de segundos. Un quejido grave y tembloroso emergió de sus labios, y se le vio dudar por mucho tiempo, mientras daba todos los posibles indicios de una espantosa lucha interna. Al fin, se armó de valor y, luego de sacar sus últimos cien mil dólares (que representaban todos los puros, la champaña y los demás placeres que le esperaban en el futuro), se lamió los labios varias veces y anunció:

—Pago por ver.

—Cuatro reyes —reveló el primer oponente, poniendo sus cartas sobre la mesa.

—¡Rayos! —se lamentó el segundo—. Cuatro reinas.

—Y yo —se quejó el viejo— tengo cuatro jotas. —Dicho esto, se dio media vuelta y agarró a su hijo por las solapas de la chamarra, para después sacudirlo como un terrier a una rata—, ¡Maldigo el día en que me convertí en el padre de este idiota!

—Te juro que pensé que eran reyes —exclamó el joven.

—¿Qué no sabes que la “J" equivale a “jota"? —lo reprendió su padre.

—¡Dios mío! —respondió el hijo—. Pensé que la “J” tenía que ver con los reyes de Inglaterra. Ya sabes, Jacobo, Jorge, Juan. ¡Oh, qué pena que nunca fui a la universidad!

—¡Vete! —exclamó el viejo—. Vete a la universidad, o al infierno, o adonde te plazca. No quiero volverte a ver ni saber de ti.

Dicho eso, salió furioso de la habitación antes de que su hijo u otra persona pudieran pronunciar una palabra, ni siquiera para decirle que era un juego de altas y bajas, y que las cuatro jotas se habían llevado la mitad del pozo.

El joven, tras embolsarse su parte de las ganancias, reflexionó sobre el hecho de que la ignorancia de cualquier clase es deplorable y, tras despedirse de sus compañeros, abandonó París sin más preámbulos. Poco después, ingresó a la universidad.

DE REGRESO PARA NAVIDAD

—DOCTOR—propuso el comandante Sinclair— tienes que visitarnos para Navidad.

En ese momento se servía el té, y la sala de estar de los Carpenter estaba repleta de amigos que habían ido a despedirse del doctor y su esposa de último minuto.

—Él volverá —aseguró la señora Carpenter—, Se los prometo.

—No es un hecho —intervino el doctor Carpenter—. Pero, por supuesto, nada me agradaría más.

—A fin de cuentas —comentó el señor Hewitt—, te contrataron sólo tres meses como profesor invitado.

—Cualquier cosa puede pasar —manifestó el doctor Carpenter.

—Pase lo que pase —dijo la señora Carpenter, radiante—, regresará a Inglaterra para la Navidad. Créanme.

Todos le creyeron. Hasta el doctor estuvo a punto de creerle. A lo largo de diez años, ella había prometido la presencia de su marido en cenas formales, eventos al aire libre, comités y Dios sabe qué otras cosas, y siempre había cumplido su palabra.

Entonces comenzaron las despedidas, y hubo un estallido de cumplidos sobre los arreglos de Hermione. Su esposo y ella conducirían a Southampton esa noche y zarparían al día siguiente. No habría trenes ni ajetreo ni preocupaciones de último minuto. Sabía que el doctor contaría con los mejores cuidados. Y su visita a Estados Unidos sería un gran éxito. Sobre todo, con Hermione a su lado, haciéndose cargo de todo. Ella también la pasaría de maravilla y vería los rascacielos, pues no había nada que se le pareciera en el pueblito de San Quitón. De cualquier forma, tenía que asegurarse de que su marido volviera.

—Sí, lo traeré de vuelta. Pueden contar con ello.

—No deben persuadirlo. Ni prolongar su contrato. Nada de ofrecerle un puesto de ensueño en un magnífico hospital americano. Nuestra enfermería lo necesita. Y debe regresar para Navidad.

—Sí —le aseguró la señora Carpenter a la última visita que estaba por irse—, yo me encargaré de ello. Regresará para Navidad.

Los últimos arreglos para cerrar la casa se ejecutaron con gran eficiencia. Muy pronto las criadas terminaron de lavar los platos que se usaron para la merienda: luego entraron a la sala de estar, se despidieron y salieron a tiempo para alcanzar el autobús a Devizes.

Sólo quedaban algunos últimos detalles: cerrar las puertas, ver que todo estuviera limpio y ordenado.

—Ve arriba —solicitó Hermione— y ponte los pantalones de tweed color marrón. Y, por favor, vacía los bolsillos del pantalón del traje que traes puesto antes de meterlo a la maleta. Yo me encargaré de lo demás. Lo único que tienes que hacer es no estorbar.

El doctor subió y se quitó el traje que traía puesto, pero, en vez del pantalón de tweed color marrón, se puso una bata de baño vieja y sucia, la cual extrajo del fondo del armario. Luego, tras hacer un par de arreglos, se asomó por el rellano de las escaleras y llamó a su esposa.

—¡Hermione! ¿Tienes un minuto?

—Por supuesto, cariño. Justo terminé.

—¿Puedes subir un momento? Hay algo sumamente extraordinario aquí arriba.

De inmediato, Hermione subió.

—¡Cielo santo, querido! —exclamó al ver a su esposo—, ¿Por qué te paseas con esa bata vieja y asquerosa? Hace mucho que te sugerí que la quemaras.

—¿Quién demonios tiró una cadena de oro al desagüe de la tina? —señaló el doctor.

—Por supuesto que nadie —respondió Hermione—. Nadie usa una cosa así.

—Entonces, ¿qué hace ahí? —insistió el doctor—. Agarra esa linterna. Si te inclinas un poco, verás cómo brilla desde las profundidades de la tina.

—Seguro es un brazalete de Woolworth's de alguna de las criadas —especuló Hermione—. No puede ser otra cosa.

Sin embargo, agarró la linterna y se inclinó sobre la tina, fijando la vista en el desagüe. El doctor alzó un tubo de plomo corto y golpeó a su esposa dos o tres veces en la cabeza con mucha fuerza y precisión; luego tomó el cuerpo de su esposa por las rodillas y lo empujó a la tina.

Entonces se quitó la bata de baño y, desnudo y de pie. desenvolvió una toalla llena de implementos que puso dentro del lavabo. Extendió varias hojas de papel periódico sobre el piso y luego volteó a atender a su víctima una vez más.

Por supuesto, estaba muerta; doblada en una postura horrible, como una contorsionista, en una esquina de la tina. Se quedó mirándola un largo rato, sin pensar en absolutamente nada. Luego vio la cantidad de sangre que había, y su mente se activó de nueva cuenta.

Primero empujó y jaló el cuerpo de su esposa hasta que pudo enderezarlo en la tina, para luego quitarle la ropa. Era una tarea sumamente complicada de ejecutar en una tina tan angosta, pero al fin lo logró, y luego abrió las llaves del agua. El agua salió con fuerza hacia la tina, pero después menguó un poco y al final dejó de salir, y el último chorro se fue por el desagüe.

—¡Cielo santo! —exclamó él—. Hermione cerró la llave de paso.

Sólo había una cosa por hacer: el doctor se secó las manos con una toalla, abrió la puerta del baño con una sección limpia de la toalla, la aventó al taburete de la tina y corrió escaleras abajo, descalzo y tan ligero como un gato. La puerta del sótano se encontraba en un rincón del pasillo de la entrada, abajo de las escaleras. Él sabía a la perfección en dónde se ubicaba la llave de paso. Tenía motivos para saberlo, pues había pasado algunos ratos de ocio ahí abajo, dizque buscando un contenedor para vino (o al menos eso le había dicho a Hermione). Empujó la puerta del sótano para abrirla, bajó los escalones empinados y, justo antes de que la puerta se cerrara y dejara el sótano en completa oscuridad, puso las manos sobre la llave y la abrió. Luego encontró el camino de regreso, recomendó la mugrienta pared con las manos hasta llegar al fondo de las escaleras. Estaba a punto de subir cuando sonó el timbre.

El doctor apenas si registró el sonido. Pero sintió que le perforaban el estómago con una punta de hierro, en un movimiento ascendente. Esa sensación le llegó hasta el cerebro. Luego algo se rompió. Se dejó caer sobre el polvo de carbón en el piso y exclamó:

—¡Estoy acabado! ¡Estoy acabado! ¡No tienen ningún derecho a venir! —se quejó. Luego se escuchó jadeando—. Nada de esto —dijo para sus adentros—. Nada de esto. —Comenzó a revivir. Se puso de pie. y cuando volvió a sonar el timbre, el sonido casi indoloro lo atravesó—. Déjalos que se vayan —expresó. Luego escuchó que se abría la puerta principal. Entonces dijo—: No me importa. —Alzó el hombro como lo haría un boxeador para cubrirse el rostro—. Me rindo —admitió.

Escuchó que alguien gritaba.

—¡Herbert! ¡Hermione! —Eran los Wallingford.

—¡Malditos sean! Vienen a entrometerse. Maldita gente en busca de un poco de emoción. ¡Y yo estoy desnudo! ¡Y manchado de sangre y polvo de carbón! ¡Ya no puedo más! ¡Me rindo! ¡No puedo hacerlo!

—¡Herbert!

—¡Hermione!

—¿Dónde diablos estarán?

—El auto sigue ahí.

—Tal vez fueron a visitar a la señora Liddell.

—No pueden irse sin que nos despidamos de ellos.

—O tal vez fueron a las tiendas. Alguna compra de último minuto.

—Hermione sería incapaz. Pero, ¡escucha! ¿No es alguien dándose un baño? ¿Debería gritar? ¿y si golpeo la puerta?

—¡Shhh! No lo hagas. Podría ser indiscreto.

—No hay nada de malo en un gritito.

—Mira, cariño. Mejor lo intentamos cuando vengamos de regreso. Hermione dijo que no se irían antes de las siete. Cenarán en el camino, en Salisbury.

—¿Tú crees? Está bien. Es sólo que quisiera tomar un último trago con el viejo Herbert. De lo contrario, me lo reprocharía.

—Si nos apuramos, podremos volver a las seis y media.

El doctor los oyó salir y escuchó la puerta cerrarse silenciosamente tras de ellos. Pensó: “A las seis y media Puedo lograrlo”.

Atravesó el pasillo, cerró el pestillo de la puerta principal, subió al baño, agarró sus instrumentos del lavabo y terminó la tarea pendiente. Volvió a bajar a la planta principal, vestido con su bata de baño, transportando una parcela tras otra de tela de toalla o papel periódico perfectamente envueltos. Luego los acomodó con cuidado dentro del estrecho y profundo agujero que había cavado en una esquina del sótano, lo cubrió de tierra, esparció polvo de carbón encima, satisfecho de tener todo en orden, y volvió a subir las escaleras. Después limpió el baño de forma minuciosa, se duchó, limpió de nuevo el baño, se vistió y llevó la ropa de su esposa junto con su bata de baño al incinerador.

Después de unos toques finales, todo quedó en orden. Eran sólo las seis y cuarto. Los Wallingford siempre llegaban tarde, así que lo único que tenía que hacer era subirse al auto e irse. Era una pena no poder esperar hasta después del anochecer, pero quizá podía desviarse un poco para evitar pasar por la calle principal, y, aunque lo vieran conduciendo solo, la gente pensaría que Hermione había partido antes por alguna razón y se olvidaría del asunto.

Aun así, le alegró poder al fin salir de la casa sin ser visto, y llegó a la carretera cuando el crepúsculo se avecinaba. Tuvo que conducir con mucho cuidado; notó que por alguna razón era incapaz de calcular distancias, pues su tiempo de reacción era más lento de lo normal, pero ese era un mero detalle. Cuando hubo oscurecido lo suficiente, se permitió detener el auto en la cima de las colinas para pensar un poco.

Las estrellas lucían magníficas. A lo lejos se alcanzaban a ver las luces de un par de pueblos en la llanura cercana. Estaba exultante. Lo que ocurriría a continuación sería muy sencillo. Marión lo esperaba en Chicago. Desde hace tiempo, ella creía que él era viudo. Y sería fácil convencer a la gente de la institución. Lo único que tenía que hacer era establecerse en un pueblo estadounidense próspero pero apartado de la civilización, y entonces estaría a salvo para siempre. Por supuesto, todavía tenía que deshacerse de la ropa de su esposa que llevaba en las maletas, pero podría arrojarla por la escotilla del barco. Gracias al cielo, Hermione escribía sus cartas en máquina de escribir, pues una nimiedad como la caligrafía de su mujer podría haberle arruinado los planes.

—Pero, ¿qué se le va a hacer? Estaba actualizada con los tiempos y era eficiente de pies a cabeza. Administraba todo. Tanto que se administró hasta la muerte, ¡maldita sea!

"No hay motivos para emocionarse", pensó. "Escribiré algunas cartas a su nombre, y luego irán siendo cada vez menos. Después escribiré con mi nombre, siempre con la esperanza de volver, pero nunca con la capacidad de lograrlo. Conservaré la casa un año, y luego otro, y luego otro; la gente tendrá que acostumbrarse a ello. Incluso podría volver solo en un par de años y sacar las cosas que faltan. No podría ser más sencillo. ¡Pero no regresaré para Navidad!" Encendió el motor y arrancó.

En Nueva York se sintió libre por primera vez. libre de verdad. Estaba seguro. Podía recordar el pasado con una especie de placer; aquel minuto que pasó en el sótano escuchando el timbre, la puerta y las voces. Podía emocionarse ante la idea de ver a Marión.

Mientras paseaba por el lobby de su hotel, un sonriente empleado le entregó su correspondencia: era el primer montón de cartas proveniente de Inglaterra. Pero bueno, ¿eso qué importaba? Le pareció que sería divertido mecanografiar algunas líneas imitando el estilo de Hermione, con su firma garabateada, contándoles a sus amigos cuán exitosa había sido la primera conferencia. cuánto les apasionaba Estados Unidos pero que. con todo y eso. obligaría a su marido a regresar a Inglaterra para Navidad. Ya podría dar indicios de dudas más adelante.

Les echó un vistazo a las cartas. La mayoría eran para Hermione: de los Sinclair, de los Wallingford. del vicario, y una carta de negocios de la compañía Holt & Sons, Constructores y Decoradores.

Se quedó de pie en el salón, mientras otros huéspedes lo rozaban al pasar. Abrió las cartas con el pulgar y leyó uno que otro fragmento con una sonrisa. Todos parecían estar muy seguros de que él regresaría para Navidad. Confiaban en Hermione.

—Pero ahí está su punto ciego —dijo el doctor, que cada vez

empleaba más frases coloquiales. Dejó la carta de los constructores para el final. Seguro se trataba de una factura. Y sí que lo era:

> Querida señora:
>
> Hemos recibido su amable confirmación de la cotización que aparece más abajo y también la llave de su propiedad.
>
> Queremos reiterarle que puede confiar en que todo estará listo a tiempo para el regalo de Navidad, como se discutió en ocasiones previas. Esta semana mandaremos a los trabajadores a su casa para que pongan manos a la obra.
>
> Sin más por el momento, le enviamos un cordial saludo,
>
> Paul Holt & Sons

Se realizarán trabajos de excavación, construcción y revestimiento de un contenedor de vino en el sótano, como se indica, utilizando los mejores materiales, haciendo reparaciones, etcétera.

…, £1800.

OTRA TRAGEDIA AMERICANA

UN joven entró al consultorio de un distinguido odontólogo y se recostó en la silla. Con cierto desaire, hizo a un lado el espejo y la sonda periodontal con los que el dentista sonriente se le aproximó.

—Sáquemelos todos —le exigió.

—¡Pero si sus dientes se ven perfectamente bien! —exclamó el dentista.

—¿Sabe qué también se ve bien? —respondió el joven—. Mi dinero.

El dentista dudó un momento.

—De ninguna manera es ético extraer dientes en perfecto estado —concluyó—. A menos que haya una muy buena razón para hacerlo.

El joven, quien empezó a sonreír al escuchar la palabra "ético", ensanchó la sonrisa hasta que su boca formó una cueva, mostrando la parte más remota de su dentadura, al tiempo que sacaba del bolsillo de su chaleco un fajo de billetes que sostuvo ostentosamente entre las manos.

El dentista ignoró olímpicamente el ademán.

—Si quiere que le saque esa excelente dentadura —dijo—. usted debe de estar loco de remate. Ahora bien, tengo una teoría: el desajuste mental podría derivarse de un desajuste dental. Eso es señal de que hay algo mal más allá de las raíces, en especial en la dentadura superior, en cuyo caso…

—Bueno, ya. sáquelos todos —lo interrumpió el joven, impacientado por tantos tecnicismos.

El dentista se encogió de hombros y obedeció. Como si temiera que el joven de pronto entrara en razón al final del procedimiento, agarró el fajo de billetes con un giro un tanto ridículo de los fórceps del número treinta y tres.

El joven no hizo comentario alguno: sólo pidió un espejo en el que examinó con visible satisfacción las piezas ausentes y las encías

adormecidas. Preguntó cuándo quedaría lista su dentadura postiza, agendó una cita posterior y se fue.

—¡Caramba! —pensó el dentista—. Quizás el problema no eran los dientes, después de todo. Sin duda alguna, el tipo sigue chiflado.

Pero el dentista se equivocaba. El joven estaba perfectamente cuerdo y tenía intenciones muy claras. Resulta que había gastado su dinero durante unos años de disipación, pero tenía un plan ambicioso e infalible para obtener más. Su visión acerca del tema dental contradecía por completo la que se suele tener sobre los seguros: él sostenía que era mejor no tener dientes y necesitarlos, que tenerlos y no utilizarlos.

El joven regresó con el dentista en la fecha acordada, y éste lo equipó con una dentadura postiza que crujió de la manera más ordinaria cuando movió la quijada. Pagó por ella con los billetes que le quedaban, salió, se subió a su convertible y abandonó la ciudad como si lo persiguiera una compañía de cobranza (lo cual habría ocurrido si lo hubieran visto).

Condujo hasta el anochecer y al día siguiente continuó su trayecto. Por la tarde llegó a la zona provincial donde viven los tíos avaros, en casas remotas y descuidadas. Nuestro joven amigo era más o menos afortunado de tener al más rico de esos tíos, cuya casa era la más remota y descuidada de todas.

Al llegar a ese recóndito paradero, nuestro héroe se estacionó frente a una fachada en la que hacía años que no se invertía ni un centavo.

“La avaricia rompe el saco", razonó el sobrino mientras tocaba la puerta.

Se desconcertó al escuchar unos taconazos dentro de la casa, en lugar del sonido de una andadera, y casi se le salen los ojos cuando, al abrirse la puerta, apareció una rubia despampanante, una muñeca de unos treinta años y sesenta y ocho kilos. Sus labios eran rojos y jugosos, como una rebanada de sandía; tenía las pestañas y las cejas espesas y muy maquilladas, y el abundante y falso cabello dorado le caía sobre los hombros como a una niña. Nuestro amigo se sintió un poco aliviado al darse cuenta de que la mujer vestía lo que podría describirse como un uniforme de enfermera, pero la falda extremadamente corta y los ligueros color escarlata, adornados con moños, le hicieron preguntarse si de verdad su tío estaría bajo el mejor de los cuidados.

No obstante, siempre es importante caerle bien a la enfermera, en especial cuando está plantada con firmeza en la entrada.

Nuestro héroe se quitó el sombrero y sonrió de manera tan teatral que casi se le sale la dentadura de la boca.

—Vengo desde la gran ciudad —dijo—. para ver a mi pobre tío, tan querido y tan enfermo. ¡Que Dios lo bendiga! No esperaba encontrarme con una enfermera tan encantadora. —Sin inmutarse, la enfermera respondió con una mirada hosca y suspicaz—. Temo que esté en las últimas —continuó el sobrino—. De hecho, tuve una premonición, como si recibiera una llamada de auxilio que me apremió a venir antes de que fuera demasiado tarde. Debo estar a su lado cuanto antes.

La enfermera vaciló, pero en ese momento se escuchó un sonido peculiar, parecido al croar de la rana toro gigante, que provenía de las profundidades de la casa. Era la voz del tío chimuelo que vociferaba exigiendo ver a su sobrino, cuyas expresiones de afecto y consternación se habían escuchado hasta en el último rincón de la residencia. El anciano sabía muy bien que su joven pariente andaba tras su fortuna y le entusiasmaba la idea de rechazarlo.

La enfermera se hizo a un lado de mala gana, y nuestro héroe caminó deprisa al dormitorio, con un chillido de complacencia.

No hay nada más conmovedor que ver a dos miembros de la misma familia rencontrarse después de mucho tiempo, en especial cuando son tan cercanos como estos dos.

—¡Mi queridísimo tío! —exclamó el sobrino—, ¡Qué gusto verte de nuevo! Pero, ¿por qué te tiembla tanto la mano? ¿Y por qué tienes los ojos tan hundidos? ¿Por qué estás tan pálido y flaco?

—Si a ésas nos vamos —replicó el tío—, tú no te ves muy bello y lozano que digamos. Sí, te ves bastante maltrecho, muchacho. Tienes el cabello todo gris y ralo, y tienes ojeras, manchas y arrugas en toda la cara. Si no fuera por tus dientes perfectos, creo que te verías tan viejo como yo.

—Ese —explicó el sobrino— es el efecto de andar de un lado a otro. Es muy pesado vivir bien en estos tiempos, tío, en especial si no tienes capital.

—Entonces, ¿ahora sí estás viviendo bien? —preguntó el tío—, ¿Ya no bebes?

—No, tío, ya nunca bebo.

—Bueno, eso complica todo —dijo el tío mientras sacaba una ánfora enorme de abajo de su almohada—. En ese caso no puedo pedirte que me acompañes. —Dicho eso, tomó un sorbo grande, se lamió los labios y continuó—. Tengo, gracias a Dios, un buen doctor. Uno de esos grandes, fuertes y robustos, típicos de la vieja guardia. Lo llamamos “doctor Garañón”. Él me mandó esta medicina.

—Tal vez por eso te tiembla tanto la mano —comentó el sobrino.

—La tuya no es muy firme que digamos —alegó el tío—. Se nota que trabajas muy duro. Dime, sobrino, ¿sigues jugando a las cartas?

—Por Dios, ¡no! —se escandalizó el sobrino— Me curé de ese vicio hace mucho tiempo.

—Lamento escuchar eso —le respondió el tío—. Podríamos haber jugado una buena partida. El doctor Garañón dice que la emoción del juego me mantiene vivo. Con frecuencia nos quedamos jugando hasta después de medianoche.

—Por eso tienes los ojos tan hundidos —advirtió el joven.

—Yo creo que los tuyos se ven igual de huecos —señaló el tío—. Deberías tomarte un descanso de cuando en cuando. Supongo, querido sobrino, que todavía tienes aventuras con algunas muchachas.

—¡Muchachas! —exclamó el sobrino, levantando las manos—. Qué suposición tan infame. Han pasado años desde la última vez que miré a una chica.

—Qué mal —expresó el tío—. El doctor Garañón tiene un punto de vista más moderno. Él me mandó a Barbie —dijo y, girándose hacia la enfermera, que en ese momento convenientemente acomodaba sus almohadas, le hizo una caricia, de ésas que no aparecen en ninguna parte de la farmacopea.

—¡Con razón! —profirió el sobrino—, ¡Con razón, tío querido, estás tan flaco y pálido!

—Tú también lo estás —se defendió el tío—. Y apenas tienes la mitad de mi edad.

—Bueno —dijo el sobrino, y decidió intentar otra estrategia—, quizá tu doctor esté en lo correcto. Quizá me convendría probar tu tratamiento.

—Lo recomiendo mucho.

—El único problema —se lamentó el sobrino— es que se me complicaría trabajar al mismo tiempo. Supongo que no te molestaría regalarme unos centavos para que pueda gozar los beneficios de ese sistema.

—Claro que me molestaría —respondió el viejo—. No lo haré. De ninguna manera.

—Eso pensé —se resignó el sobrino—. Supongo entonces que tendré que seguir de aquí para allá. ¡Qué decepcionado estaría el doctor Garañón! Pero, dime una cosa, por mera curiosidad: ¿hay alguna forma de hacerme de tu dinero? ¿Me tienes considerado en tu testamento?

—¡Ay, por favor! —lo disuadió el tío—, ¿Para qué llenarse la cabeza con esos asuntos?

—Anda, dime —lo instó el sobrino—. No tienes idea de lo mucho que me interesa.

—Bueno, si realmente quieres saberlo —expresó el tío—, le dejaré todo al doctor Garañón, un hombre honesto, justo, imperturbable y

sensible. De esos médicos de la vieja escuela. No tienes ¡dea de lo bien que me ha hecho su tratamiento.

—¿De verdad? —inquirió el sobrino—. He de confesar que me imaginaba algo así. Por fortuna preparé un plan para esta contingencia. Permíteme, tío…

Tras decir eso, le arrebató una almohada al tío y se la puso sobre la cara. El anciano dio una o dos patadas, pero, como sus vicios le consumían buena parte de su energía, pronto se desvaneció.

El sobrino echó una mirada cautelosa a la puerta y se apresuró a quitarse las prendas, las cuales ocultó debajo de la cama. Después, seguramente porque tenía frío, se tomó la libertad de agarrar prestado el camisón de su tío. Luego arrastró el cadáver debajo de la cama también, y ocupó su lugar entre las sábanas. Al final expectoró la dentadura postiza en un pañuelo que había traído especialmente para la ocasión y se recostó en las almohadas. Era la viva imagen del anciano.

—¡Barbie! ¡Barbie! —gritó mientras encendía una pipa.

La enfermera acudió a su llamado.

—¿Qué ocurre, corazón? —preguntó—. ¿Adonde se fue tu sobrino bueno para nada?

—Salió a dar un paseo por el lugar —gruñó nuestro héroe—. Y creo que no deberías decir esas cosas de él. No, no, juzgué muy mal a ese jovencito. Es más, quiero que llamemos a mi abogado para hacerle justicia en mi testamento.

—¿Por qué, papi? —se extrañó la enfermera—. ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—¿Cambiar de opinión? —contestó el sobrino de inmediato—. No he cambiado de opinión, querida, sólo que quizá siento el fin muy cerca. Por lo demás, sigo igual. —Para reafirmar lo dicho, le hizo una caricia igual a la que le había hecho el tío anteriormente. Ella soltó una risita y se fue sonriendo.

El sobrino se recostó a sus anchas y esperó al abogado. "Redactaré un nuevo testamento", pensó. "Y lo firmaré frente al abogado, con manos temblorosas como las del viejo. Después diré que quiero que me dejen solo para dormir una siesta, acomodaré a mi tío en su cama, me vestiré y pondré la dentadura, y me escabulliré por la ventana para regresar como si hubiera terminado mi paseo. ¡Cuántas lágrimas soltaré cuando descubramos que mi pobre tío ha fallecido durante su siesta!"

Pronto escuchó fuertes pisadas en el porche, y un individuo grande y fornido entró por la puerta del dormitorio cargando una maleta grande y negra.

—¡Qué gusto tenerte aquí! —exclamó nuestro héroe—. Quiero

hacer un nuevo testamento. Me gustaría dejarle todo a mi sobrino.

—Mi viejo amigo —respondió el recién llegado—, me temo que tu enfermedad ya te está afectando las neuronas. ¿Quién pensaría que mi hermano del alma me confundiría con su abogado? Déjame revisarte. —Dicho eso. le quitó la sábana y comenzó a examinar al sobrino con un estetoscopio de bocina. El joven se dio cuenta muy tarde de que ese no era ningún abogado, sino el mismísimo doctor Garañón, y soltó un profundo quejido—. Esto me temía —dijo el doctor Garañón— Algo está muy mal en esta zona. Debo actuar de inmediato si queremos que recuperes la cordura. —Al tiempo que decía esto, volteó al sobrino sobre la cama y sacó una enorme jeringa de su maletín—. Por fortuna —explicó—, siempre vengo preparado para cualquier emergencia. —Nuestro héroe intentó protestar, pero no sabía bien qué decir; temía que descubrieran a su tío debajo de la cama y las circunstancias cambiaran en detrimento suyo. En un segundo, el doctor le inyectó medio litro de una sustancia gélida en la parte baja de la espalda que le insensibilizó la mitad del cuerpo y le paralizó todos los músculos, excepto los de los ojos, los cuales el joven no paró de mover—. Aunque sólo soy un doctor Garañón de la vieja guardia — señaló el doctor—, me mantengo al tanto de las novedades médicas. El desajuste mental muchas veces es causado por un desajuste abdominal. Si me pasa mis instrumentos, enfermera. creo que podremos llegar a la raíz de este problema. —De un momento a otro, el desafortunado sobrino se encontró abierto frente a sus propios ojos, los cuales nunca dejó de girar. El doctor lo desempacó como a una maleta mientras seguía haciendo comentarios.

"Toma esto —le decía a la enfermera—. Ponlo sobre el tocador. Pon éstas en la silla. No los mezcles porque, de otro modo, me va a costar un trabajo tremendo ponerlos de nuevo en su lugar. Es una lástima que el sobrino no esté aquí; siempre es más ético hacer esto con el consentimiento de un pariente. No le veo nada mal al páncreas, considerando la edad del paciente. Ponlo sobre la cajonera. Cuelga éstos en la cabecera.

"Acerca un poco la luz —continuó—. Aún no encuentro la causa de su locura. No dejes que la vela escurra; no sería higiénico. Bueno, sin duda está loco. Si no, no habría considerado dejarle su fortuna al canalla de su sobrino. Qué bueno que me dijiste, querida, en lugar de molestar al abogado. En cuanto todo esto termine, tú y yo tenemos que hacer un viajecito."

Tras decir eso, le hizo una caricia a la enfermera, similar a las que le habían hecho tanto el tío como el sobrino. Esa escena no sólo impactó a nuestro héroe, sino que lo deprimió sobremanera y disminuyó su poder de resistencia. "Qué poco profesional", pensó. "Y lo peor es que esto se siente como una conspiración." Este

pensamiento le hizo girar los ojos por última vez, pero al minuto siguiente se había desvanecido.

—¡Santo cielo! —se lamentó el doctor—. Creo que he perdido a mi paciente. A veces envidio a los doctores de la ciudad, con sus anfiteatros bien montados. Sin embargo, sus biografías venden muy poco. Al final del día. hice lo que pude por el anciano y me recordó en su testamento. Si hubiera vivido, lo habría cambiado. ¡Qué truco tan extraordinario del destino! Pásame los órganos, preciosa, para meterlos otra vez. pues el sobrino volverá pronto, e imagino que odiaría verlos regados por ahí.

COLABORACIÓN

Había una vez un tal Ambrosio que se enorgullecía de su superioridad social y su extraordinario buen gusto. De hecho, se suponía que su esposa era ejemplo de ambas cosas. Su mujer era una rubia despampanante, de labios carnosos y mirada seductora, más exquisita que un tazón de fresas con crema, pero demasiado simplona como para encajar en cualquier papel que no fuera el de esposa trofeo, que fue justo el que Ambrosio le asignó. A pesar de su simpleza, el marido logró enseñarle a pedir siempre una copa de jerez y a desdeñar los cocteles, aunque a veces se preguntaba si sus suspiros se debían a que fantaseaba con beber un Manhattan.

Tenían una casita en Long Island y otra al sur de Francia. Un día, mientras Ambrosio abría la correspondencia, le anunció a su esposa:

—Todo va bien, así que viajaremos a Provenza el mes que viene. Visitaremos nuestra hermosa casa, nuestra terraza, nuestro jardín en perfectas condiciones que diseñé con estas manos. Te transportaré a otro mundo con nuestra pequeña Movida —dijo y agitó la cabellera rizada—. Y luego tú me transportarás a mí.

—Sí, mi amor —contestó ella.

—Si tan sólo tuviéramos un par de hijitos ideales, hechos a imagen y semejanza de su padre. Podríamos sacarlos a pasear aquí en Long Island y presumirlos a nuestras amistades de Provenza: podríamos sacarlos a pasear en Provenza y presumirlos a nuestras amistades de Long Island. No entiendo por qué no has engendrado un par de hijitos ideales. Sabes que es lo que más deseo.

—Ya renuncié a los cocteles porque era lo que más deseabas —respondió ella—. Y sólo bebo jerez.

Ambrosio se llevó la mano al ceño.

—Mientras yo hablo de hijitos ideales —gruñó—, tú contestas con nimiedades estúpidas sobre cocteles. Vete de aquí. Eres fastidiosa. Abriré el resto de la correspondencia solo.

La esposa se retiró obedientemente, pero un alarido amargo la hizo

volver casi de inmediato.

—¿Qué pasó, mi amor? —preguntó—. ¿Estás bien?

—Lee esto —contestó Ambrosio—. Y no hables más sobre cocteles. Lee esto, por favor.

—¿Qué? —exclamó ella—. ¡Te quedaste sin dinero!

—Intenté duplicar mi fortuna —respondió—. Pensé que sería algo bueno. Pero todo es culpa de mi alma de artista, de soñador. Por favor, ahórrate los reproches.

—Nos tenemos el uno al otro —dijo ella, mientras una enorme lágrima redonda le caía por la mejilla, como suele ocurrirles a las mujeres afligidas por este tipo de circunstancias específicas.

—Sí, claro —contestó él—. ¿También quieres que nos filmemos en la miseria y les presumamos esas películas a nuestros amigos? No, tú quédate con eso si quieres. Yo me quedo con mí orgullo.

—También tengo mis joyas —agregó ella— Podríamos vivir de eso mientras escribes el libro ese del que siempre hablas.

—¿Del que siempre hablo? No sé a qué demonios te refieres. Aun así, muchos idiotas escriben libros y venden miles de copias. ¿Cuánto sería de las regalías de quinientos mil ejemplares? Pon una hoja del papel fino sobre mi escritorio y diles a todos que tienen prohibido interrumpirme. Si tan sólo tuviéramos un par de hijitos ideales, podrías ocuparte de mantenerlos callados mientras trabajo. Podrías contarles lo que su padre está haciendo.

No tardó en encerrarse en su estudio, lo cual impresionó a los visitantes. A veces se asomaba y paseaba entre ellos con un aire de sofisticación vaga. El único problema era que esa misma vaguedad persistía cuando volvía al escritorio, y la página de papel fino permanecía en blanco, salvo por bocetos de perfiles humanos. “Es que en realidad tengo alma de pintor, pensó. “No me apetece en absoluto la materia burda que conforma los argumentos narrativos. A mí me interesa el estilo. Pero entonces no habrá libro, terminaremos siendo indigentes, y Daphne dejará de adorarme. Tengo que salir a ver el mundo. Tal vez ahí encuentre un argumento.”

Se fue entonces a pasar el rato al café bohemio de Greenwich Village, donde había incontables escritores, pero poca vida y ningún argumento a la vista.

Al final se recluyó en el más barato y sórdido de los escondrijos, de esos que frecuentan quienes no pueden terminar sus libros, no tienen dinero, han dejado de ser la adoración de su esposa y, por ende, tienen cada vez menos posibilidades de engendrar un par de hijitos ideales.

Estaba abarrotado, pues no era descabellado que hubiera tantos escritores en una posición igual de deplorable. Ambrosio tuvo que

compartir mesa con un joven que parecía gato callejero con las orejas mordisqueadas durante cientos de peleas. Tenía cabeza de bala, nariz ancha, dentadura de estrella de cine y mirada famélica. Llevaba la camisa hecha jirones, y en el pecho ostentaba un buen puñado de vello genuino.

Sus manos estaban maltratadas.

—Este pulgar me lo destrozó la bala de una dama —le contó a Ambrosio—. Mientras sostenía una vela. En un espectáculo de circo. Su puntería era perfecta; nunca fallaba. Pero estaba celosa. Este dedo me lo arrancó un cocodrilo. Éste, un punzón. Tercero al mando, víctima de un motín. Éste se me congeló mientras pedía aventón en Labrador, durante una tormenta de nieve. Empujando un trineo. He perdido dedos a manos de damas, caballos y lobos.

—Usted sí que ha visto el mundo —dijo Ambrosio.

—He visto el mundo, la vida, la muerte y la pasión descamada —reviró el otro—. Pero ahora preferiría ver una hamburguesa. —Mire, justo están haciendo una en la parrilla —comentó Ambrosio—. ¿De casualidad es usted escritor?

—Heredero de Jack London —contestó el otro—, Pero me rechazó la industria. Les di sudor, sangre, lujuria, muerte y todo lo demás. Pero ellos no hacen más que hablar de estilo. —Enunció esa última palabra con un aire de desprecio.

—Así que el estilo es noventa por ciento del negocio —dijo Ambrosio, con cierto reproche—. Y yo soy estilista de corazón. Mesero, tráiganos esa hamburguesa. Eso es lo que desea, ¿verdad, amigo?

—Gracias —respondió el joven.

—Bien —continuó Ambrosio—. Ahora puede observarla de cerca. Yo tengo la capacidad, o podría decirse que el poder, de complacer a mis amistades, dado que soy un estilista sofisticado. Confío en que mi próximo libro venderá medio millón de copias. Pero coma la hamburguesa, por favor, que para mí no es ninguna molestia.

—De acuerdo —contestó el joven y se enfrascó en la comida.

—Veo que le gustan las hamburguesas —observó Ambrosio—. Y yo necesito una especie de secretario con mucha experiencia de vida. Necesito un aprendiz, como los que tenían los grandes maestros, que pueda esbozar los argumentos para que luego yo los desarrolle. Y usted parece tener un suministro infinito de materiales, mientras que yo tengo un suministro interminable de hamburguesas.

—¿Y ser un vendido? —exclamó el joven, indignado— ¿Por una hamburguesa? ¡Jamás!

—También podrían ser filetes jugosos… —propuso Ambrosio.

—Pero…

—…con salsa de champiñones —agregó— Pollo frito. Tartas. Ropa nueva. Una habitación cómoda. Tal vez hasta un dólar semanal para gastos personales…

—Que sean dos —lo interrumpió el joven—. Uno no alcanza para llevar a una dama a pasear.

—Imposible —dijo Ambrosio—. Nada de damas. Toda su energía debe inyectársela a los argumentos.

—¡Qué injusto!

—Tómelo o déjelo —argumentó Ambrosio.

Después de una breve lucha interna, el joven sucumbió y firmó un contrato a largo plazo en la casita de Long Island. Ambrosio se lo presentó a su esposa como su secretario y omitió los detalles del acuerdo por temor a quedar mal ante sus ojos.

El joven, cuya vestimenta nueva le sentó muy bien, comió y bebió hasta el hartazgo, y se deleitó con cualquier cosa que le pusieran enfrente, salvo que fuera jerez. Despreciaba el jerez y exigía que le sirvieran un coctel.

—Sírvele un old-fashioned —le ordenó Ambrosio a su esposa, pues sentía que ayudaría a enriquecer el argumento lleno de vida en bruto.

Su adorada esposa abrió los ojos como platos, viendo primero a su esposo y luego al secretario, y finalmente el coctel, sin poder contenerse de darle un sorbo discreto.

“¡Qué exquisito!”, pensó. “¡Qué exquisita es la vida a fin de cuentas! Tan pronto llega este muchacho, de inmediato obtengo aquello que tanto he anhelado. Me pregunto si él anhelará algo. Parece estar lleno de vida. Se ve que pide lo que quiere o simplemente lo toma. ¡Oh, cielos!"

Le entregó entonces el coctel al joven, quien lo recibió con timidez y agradecimiento, pero también como si fuera su derecho divino. Lo bebió con contundencia, como buen hombre, pero sin disimular el deleite profundo, primitivo y simplón que le generaba sostener el vaso, echar la cabeza hacia atrás. No hay palabras suficientes para describir la elegancia y el porte con que aquel joven bebió ese coctel.

Todo empezó a funcionar bien en la casa. Ambrosio dejó de preocuparse y su esposa dejó de suspirar. Al poco tiempo, el argumento quedó listo. Tenía todo lo indispensable.

—Usted se quedará aquí —le indicó Ambrosio al secretario—, y nosotros viajaremos a nuestra casita en Provenza, donde transformaré este barro en un jarrón griego. Mientras tanto, vaya pensando en el siguiente.

Partieron entonces, y Ambrosio no dejó de frotarse las manos con deleite. Luego de abordar el barco, su esposa volvió a ostentar la perversa tendencia a suspirar. Pero su esposo no pareció percatarse de

ello, pues pronto tendría sus propios motivos para suspirar: al empezar a trabajar en la comodidad de su regio camarote descubrió que su estilo no era tan perfecto como había imaginado. De hecho, para cuando llegaron a su destino, el papel fino seguía tan en blanco como antes.

Ambrosio volvió a hundirse en las profundidades de la desazón. Al llegar a París, salió desesperado del hotel y se dirigió al café más sórdido que encontró, donde se reunían los escritores más pobres, carentes de argumentos, dinero, esposas trofeo, hijos ideales y todo lo demás.

Ese tipo de cafés abundan en los callejones de París, donde se han vuelto una especie de atracción turística. Ambrosio terminó sentado junto a un joven inglés de facciones angulosas y casi traslúcidas, dado su estado de desnutrición extrema. Ambrosio notó que el joven tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué tiene los ojos llenos de lágrimas, amigo? —le preguntó Ambrosio.

—Porque soy escritor —contestó el joven—. Pero los desgraciados editores no tienen estima alguna por el estilo y sólo insisten en que desarrollemos argumentos sobre hombres y mujeres bestiales. Se imaginará que por eso llevo una vida tan sobria. Mi frugal cena de esta noche consistía en percibir el aroma de las tripes á la mode que el caballero gordo de allá está comiendo, pero entonces llegó a nuestro barrio un abominable periodista, se sentó y empezó a vomitar un mar de verborrea periodística que me obligó a salir huyendo. ¡Pero muero de hambre!

—¡Qué pena! —dijo Ambrosio—. Le diré algo: yo pediré una porción que usted podrá olisquear cuanto guste.

—¡Le estaré eternamente agradecido! —respondió el otro—. No sé por qué es usted tan generoso con un desconocido.

—No es molestia —afirmó Ambrosio—. ¿Alguna vez ha probado un trozo de pan remojado en jugo de carne?

—¡Oh, sí! —exclamó el otro—. El año pasado, en Navidad. Le dio un buen empujón a mi estilo durante la primera mitad de este año.

—¡Imagine cuánto beneficiaría a su estilo que alguien le convidara de su *boeuf en daube*!

—¡Escribiría una Ilíada completa! —contestó el otro.

—¿Y si fuera un plato de *bouillabaisse*?

—Una Odisea.

—Verá: necesito alguien que me ayude a darle unos toques finales a una creación mía que es más bien moderna, pero no por eso menos extraordinaria. Tengo una casita aquí en Provenza, con una cocina extraordinaria…

Al poco rato ya tenía al desgraciado atado de manos con un contrato plagado de opciones y préstamos dignos de siervo en latifundio.

Al principio, el joven vivió a base de olfatear, luego se acostumbró al pan remojado en jugo de carne y finalmente empezó a comer todo lo que le ponían enfrente, en beneficio de su complexión física y su estilo. No obstante, se negaba a probar el jerez de Ambrosio.

—Preferiría un coctel —decía—. Le dará un toque más realista y moderno a mi prosa, que es quizá lo más deseable para las escenas que transcurren en suelo americano.

“Y no sólo eso”, pensó Ambrosio, "sino que creará un vínculo entre éste y aquel.” Llamó entonces a su esposa y le ordenó que le preparara un old-fashioned a su joven acompañante. Al verla, el joven se llenó de vida con su aroma

Al igual que antes, la esposa abrió los ojos como platos, viendo primero al esposo, luego al secretario y finalmente el coctel, al cual le dio un sorbo discreto. En ese instante, volvió a experimentar aquella exquisita sensación. “Tal vez estuvo mal que volviera a suspirar, pensó. “Tal vez muy rara vez hay verdaderas razones para suspirar. Este muchacho se ve que ha suspirado mucho, lo cual da mucha pena, pues es muy agraciado y delicado. Me pregunto si sabrá cuál es la cura para tanto anhelo.”

No obstante, no es la vida lo que nos compete ahora; el libro progresó con rapidez y pronto se conformó como un clásico atemporal de cuatro estrellas, cuyo argumento era capaz de interesar al más ramplón de los lectores, y cuyo estilo provocaría la admiración de los más conocedores.

Se vendió como pan caliente, y Ambrosio recibió loas por doquier. Llenó su cava de los jereces más superlativos, y su esposa dejó de suspirar durante los viajes de Long Island a Provenza, y de Provenza a Long Island.

—Este libro te cambia la vida —les dijo a los periodistas.

No tardó mucho en coronar la felicidad de Ambrosio con un bebé saludable.

—Pronto podrá correr a recibirme —comentó Ambrosio—, y nos transportarás a otro mundo con la Movida. No se parece tanto a mí como quisiera, pero supongo que es por culpa de tu ascendencia provincial. Pero quizá mejore con el tiempo, o quizás el próximo te saldrá mejor.

En efecto, hubo un siguiente hijo.

—Éste también dista un poco de ser ideal —dijo Ambrosio—. Tiene facciones muy delicadas, como las tuyas. Pero al final conjugan las virtudes de su padre, y eso es más de lo que cualquiera podría esperar.

El tiempo siguió pasando, y nadie en el mundo estaba tan satisfecho con su vida como Ambrosio.

“Soy un hombre muy feliz", pensaba, “gracias a mi fama, mi riqueza, mi esposa que me adora, mis argumentos contundentes, mi estilo exquisito, mis casas, mis dos secretarios y mis dos hijos ideales.”

Había mandado pedir que llevaran la Movida para transportarse al mundo del cine, cuando llegó de pronto un visitante inesperado, un peregrino literario que había ido a rendirle homenaje. El afamado escritor siempre recibía con gusto a ese tipo de lisonjeadores.

—Sí —le dijo—. Aquí trabajo. Este es mi estudio. Esos son mis libros. Ahí, en la hamaca, está mi esposa. Allá abajo, en el jardín, mis dos hijitos ideales. Lo llevaré a que los conozca y los verá correr a los brazos de su padre.

—Dígame una cosa —le preguntó el visitante—, ¿heredaron el genio del padre?

—Es probable —contestó Ambrosio—. Al menos en parte.

—Entonces debemos acercarnos con cautela y espiar su conversación —sugirió el visitante—. Quizá se están contando historias entre sí. Me gustaría contarle al mundo que heredaron la grandeza de su padre, señor.

Ambrosio era de naturaleza indulgente, así que se acercaron a hurtadillas hasta la orilla del jardín, donde los pequeños, en cuclillas sobre la tierra, estaban muy ocupados rompiéndose la cabeza con sus historias.

—Y el monstruo —dijo el mayor— se le vino encima como loco, sacando fuego por la boca…

—Y el aterrador dragón —agregó el menor— se le abalanzó, frenético, expulsando llamas por el hocico…

—Y el héroe se quitó de un brinco, y le enterró la espada en la panza…

—Y el héroe lo esquivó con destreza, y le apuñaló el corazón negro como la noche…

—Y el dragón cayó…

—Y el villano languideció…

—…muerto.

—…sin vida.

AZUL DE MEDIANOCHE

EL señor Spiers llegó extremadamente tarde. Cerró la puerta con cuidado, encendió la luz y se quedó parado un buen rato sobre el tapete de la entrada. El señor Spiers era un próspero contador de cara larga y enjuta, pálido por naturaleza, muy callado y de mirada fría. Tras los huesos de su mandíbula se percibía un movimiento muy sutil, como el de las branquias de los peces.

Se quitó el bombín, lo revisó por dentro y por fuera, y lo colgó en la percha de siempre. Se quitó la corbata, que era oscura y con lunares grandes, la sometió a un cuidadoso escrutinio y la colgó en otra percha. Por último, colgó su gabán, el cual examinó de forma aún más minuciosa, y subió deprisa las escaleras.

En el baño pasó mucho tiempo mirándose al espejo. Giraba la cabeza de un lado a otro y la ladeaba para que se le vieran el cuello y la mandíbula. Revisó el cuello de su camisa, se aseguró de que el broche de la corbata estuviera alineado, inspeccionó las mancuernas y los botones, y al final procedió a desvestirse. De nuevo, examinó cada prenda muy de cerca. Al menos la señora Spiers no lo vio en ese momento, pues habría pensado que su marido buscaba algún cabello largo o residuos de maquillaje. Pero la señora Spiers llevaba dormida un par de horas. Después de haber escudriñado cada costura, el hombre se deslizó al vestidor por un cepillo para ropa, el cual se pasó incluso sobre los zapatos. Por último, les echó un vistazo a sus manos y uñas, y las talló con dedicación.

Después se sentó en el borde de la bañera, apoyó los codos sobre las rodillas y la barbilla sobre las manos, y se dejó llevar por el hilo de sus pensamientos. De cuando en cuando, tachaba pasos de una lista mental, y al hacerlo levantaba el dedo y lo volvía a poner sobre su mejilla o detrás de su mandíbula, donde sentía aquel movimiento similar al de las branquias de los peces.

Al fin. el señor Spiers se sintió satisfecho, por lo que apagó la luz y se dirigió a la habitación conyugal, la cual estaba decorada con tonos

dorados, rosados y crema.

A la mañana siguiente, el señor Spiers se levantó a la hora de siempre y bajó al comedor con su expresión habitual. Su mujer, quien era todo lo contrario a él (como algunos dirían que debe ser una esposa), ya preparaba el café. Era regordeta. rubia, alegre y atolondrada, como debe ser cualquier esposa a la hora del desayuno, o quizás hasta más. Los dos hijos menores ya estaban ahí; a los dos mayores, en cambio, se les había hecho tarde.

—¡Aquí estás! —lo recibió la mujer con entusiasmo—. Llegaste muy tarde anoche.

—Como a la una —respondió su marido mientras tomaba el periódico.

—Debió de ser más tarde, porque escuché la campanada de la una —replicó la señora.

—Entonces debo de haber llegado a la una y media.

—¿Te trajo el señor Benskin?

—No.

—Está bien, querido, sólo preguntaba —dijo la esposa.

—Dame mi café.

—Una cena está bien. Los hombres deben tener reuniones con sus amigos de cuando en cuando. Pero necesitas descansar. Harry. No es que yo descansara mucho anoche. ¡Tuve un sueño horrible! Soñé que…

—Si hay algo que detesto en este mundo —la interrumpió su marido—, es que se derrame el líquido de mi taza. ¿Ya viste qué desastre?

—Ay, mi amor—le contestó su mujer— Es que me pediste tu café con tal brusquedad que…

—¡Papá tiró su café! —chilló el pequeño Patrick—. Sacudió la mano así.

La señora Spiers fulminó a su hijo más pequeño con la mirada, y el niño se calló de inmediato.

—Como decía —continuó el señor Spiers—, si hay algo que deteste más que el líquido derramado de mi taza es que cualquier tonto cuente su sueño en la mesa del desayuno.

—¡Ah, mi sueño! —prosiguió la señora Spiers con el mejor de los ánimos—. Está bien, cariño, si no quieres escucharlo. Nada más era sobre ti. —Dicho eso. terminó de desayunar.

—Bueno, o lo cuentas o no lo mencionas —gruñó el señor Spiers.

—Pero dijiste que no querías escucharlo —alegó la señora, no sin razón.

—No hay idiota más desagradable y ofensivo —dijo el señor Spiers —, que una mujer que crea un misterio y lo deja para después…

—¡Pero si no hay ningún misterio! Tú fuiste el que dijo que no quería escuchar…

—¿Podrías, por favor, terminar de una buena vez y contarnos la tontería que soñaste? Imagina que estás mandando un telegrama.

—Señor T. Spiers, Normandene, Avenida Radclyffe, Suburbio de Wrexton Garden —dijo su mujer—. Soñé que eras colgado.

—Que te colgaban, mamá —la corrigió la pequeña Daphne.

—Hola, ma —saludó la hermana mayor, quien llegó en ese momento—. Hola, pa. Perdón por llegar tarde. Buenos días, niños. ¿Qué pasó, papi? Tienes cara de que te van a cobrar un nuevo impuesto.

—Por un asesinato —continuó la señora Spiers—. durante la madrugada. ¡Fue tan vivido, cariño! Me alivió tanto que dijeras que llegaste a la una y media.

—A la una y media, y nada sereno —se burló la hija mayor.

—Mildred —la regañó su madre—, deja de hablar como en las películas.

—Mi papá es un pillo —comentó Mildred mientras le pegaba al cascarón de huevo—. Freddy y yo llegamos del baile a las dos y media, pero ni su sombrero ni su abrigo estaba ahí.

—Estaban —la corrigió Daphne.

—Si esa niña corrige a su hermana o a ti enfrente de mí otra vez… —amenazó el señor Spiers.

—Guarda silencio, Daphne —le advirtió su madre—. Bueno, eso es todo, querido. Soñé que cometías un asesinato y que te colgaban por eso.

—¿Mi papá? ¿Colgado? —preguntó Mildred emocionada—. Ay, mami, ¿a quién quebraba? Cuéntanos los detalles más espeluznantes.

—Bueno, fue muy espeluznante —relató su madre—. Me desperté deprimida, la verdad. La víctima era el pobre señor Benskin.

—¿Qué? —exclamó el marido.

—Sí, matabas al señor Benskin —respondió la señora Spiers—, Aunque no sé por qué matarías a tu propio socio.

—Porque insistía en ver las bitácoras —intervino Mildred—. Siempre que alguien insiste en ver las bitácoras, termina matado. Y mi papá sabía que sólo podía terminar de dos maneras: colgado o matado.

—*Muerto* —dijo Daphne—. Y lo asesinaba, no lo *quebraba.*

—¡Guarda silencio! —le espetó el padre—. Estos niños me van a volver loco.

—Bueno, cariño —continuó la señora Spiers—, ahí estabas, con el señor Benskin, muy entrada la noche, y él te estaba llevando a casa en su auto, y venían hablando de negocios. Ya sabes cómo uno puede

soñar los diálogos más complicados sobre cosas de las que no sabe nada, y suenan bien, pero no tienen sentido. Es lo mismo que con los chistes: a veces sueñas con el chiste más gracioso del mundo, pero cuando despiertas…

—Sigue con el relato —le exigió su marido.

—Bueno, corazón, platicaban hasta que llegaban a su cochera, que era tan angosta que las puertas del coche sólo abrían de un lado: entonces tú salías primero y le decías: Aguarda un segundo" y te inclinabas hacia el asiento delantero de su Chevrolet, y te metías en la parte de atrás donde estaban los abrigos y los sombreros. ¿Acaso mencioné que no traían puestos los abrigos porque era una de sus noches de parranda?

—Continúa —la instó el señor Spiers.

—Bueno, sus abrigos y sombreros estaban en la parte trasera, y el señor Benskin se apoyó en la llanta, y ahí estaban la gabardina oscura que siempre trae y el suéter de lana que te pusiste ayer, y sus corbatas de seda y sus sombreros y todo, y tú tomabas una de las corbatas (las dos tenían lunares blancos), porque creo que él traía una igual a la tuya la última vez que vino a desayunar en domingo. Pero la suya era de color azul. Bueno, tú agarrabas una de las corbatas mientras le hablabas, y le atabas un nudo y de la nada se la ponías en el cuello y lo estrangulabas.

—Porque te pidió revisar las bitácoras —agregó Mildred.

—Esto es… es demasiado, en verdad —dijo el señor Spiers.

—También fue demasiado para mí —respondió su esposa—. Me sentí muy agobiada en el sueño. Después agarrabas un pedazo de cuerda y la amarrabas al otro extremo de la tela, y después a la barra que está en el techo de la cochera para que pareciera que él mismo se había ahorcado.

—¡Dios mío! —exclamó el señor Spiers.

—Fue tan vivido. No puedo decirte cuánto —se lamentó la señora Spiers—. Luego se revolvió todo, como pasa en sueños, y yo te veía con la corbata puesta y no dejaba de enrollarse en tu cuello. Y después te juzgaban, y traían… la corbata. Pero, al verla a la luz del día, nos dábamos cuenta de que era la del señor Benskin, porque era azul oscuro. Bajo la luz artificial lucía negra.

El señor Spiers partió su pan en pedacitos.

—Qué extraordinario —dijo.

—Es muy tonto, claro —suspiró su mujer—, Pero querías que te lo contara.

—Me pregunto si en verdad es tan tonto —comentó su marido—. De hecho, ayer sí me trajo el señor Benskin. Tuvimos una plática muy seria. Para no entrar en detalles, resulta que descubrí algo muy raro en

el despacho. Bueno, le saqué la sopa. Nos sentamos a hablar un buen rato. Tal vez anoche sí llegué un poco más tarde de lo que creía. Cuando me fui, ¿sabes?, tuve una horrible premonición. Pensé: “Mi amigo se va a suicidar". Eso pensé. Casi me doy la vuelta. Me sentí… Me sentí responsable. Es algo muy serio. Le hablé muy fuerte.

—¿Insinúas que el señor Benskin hizo un fraude? —preguntó la señora Spiers—. ¿Estamos arruinados, Harry?

—Arruinados no —respondió su marido—. Pero ha ocurrido algo muy grave.

—¿Estás seguro de que fue él? —dudó la mujer—. Se ve tan… honesto.

—Él o yo. Y yo no fui.

—Pero no creerás que se habrá… ¿colgado? —susurró su esposa.

—¡Que Dios no lo quiera! —prorrumpió el marido—. Pero, considerando la sensación que tuve anoche… Bueno, quizás el sueño provino de esa sensación.

—Es cierto: Rose Waterhouse soñó con agua cuando su hermano estaba en altamar —titubeó la señora Spiers—. Pero no se ahogó.

—Existen miles de casos similares —explicó su marido—. Por lo regular los detalles son erróneos.

—¡Eso espero, de verdad! —lloriqueó su mujer.

—Por ejemplo, ambos trajimos puestos los abrigos y las corbatas todo el tiempo. La atmósfera no era tan intima.

—Espero que no —replicó la señora Spiers—, ¿Quién se lo habría imaginado del señor Benskin?

—Su esposa, pobre, seguramente no se lo imagina —dijo el señor Spiers muy serio—. He decidido no involucrarla. Entonces, Mildred, niños, sin importar lo que haya pasado, de esto ni una palabra, ni una sola, a nadie. ¿Me oyeron? A nadie. No saben nada. Cualquier cosa podría llevar a esta familia a la ruina.

—Tienes razón, cariño —dijo la mujer—. Yo me encargaré de los niños.

—Buenos días, mamá —saludó Fred. quien recién entraba a la estancia—. Buenos días, amo y señor. No hay tiempo para el desayuno. Apenas alcanzaré el tren si tengo suerte. ¿De quién es esta corbata, por cierto? Es azul oscuro. ¿Puedo tomarla prestada? ¿No es tuya, papá? Pero, ¿qué le pasa a todo el mundo?

—Ven acá, Fred —le ordenó su madre—. Ven acá y cierra la puerta. No te preocupes por el tren.

GAVIN O'LEARY

Había una vez un piojo joven, valiente, activo y particularmente guapo que vivía tan dichoso como un pastor de Arcadia sobre el divino cuerpo de Rosie O'Leary. Rosie era una nana de dieciocho años que trabajaba en el cómodo hogar de un médico en Vermont, y ningún piojo ha tenido mejor pastura que ésta desde los inicios del mundo. Se consideraba a sí mismo un terrateniente en un país rebosante de leche y miel, y se maravillaba con cada ondulación del paisaje. Rosie era la criatura más alegre, ardiente, risueña, ¡nocente y entusiasta que jamás hubiera pisado la tierra, de donde se deriva que nuestro piojo había sido igualmente bendecido en temperamento y estado físico general. Es bien sabido que el piojo absorbe más de la mitad de su peso en una sola comida. por lo que no sólo la salud corporal, sino también las condiciones nerviosas, las emociones, las inclinaciones e incluso los estándares morales de quien provee el alimento se le transmiten directamente al diminuto huésped.

Por ende, sucedió que ese piojo en particular saltaba más alto que la mayoría y alababa sin cesar su buena fortuna. Todo su alimento llegaba fresco y carmesí del corazón tranquilo de Rosie, y nunca hubo un piojo tan feliz, bobo, deslumbrante, saltarín y bien desarrollado como Gavin O'Leary. Gavin era su nombre de pila: el apellido lo tomó de Rosie. pues un noble toma su título de sus dominios.

Hubo una ocasión en la que Gavin percibió un efecto embriagante en su bebida, y su ser se llenó por completo de deliciosos sueños. La noche del jueves, esa sensación aumentó hasta volverse un delirio activo. Alguien había llevado a Rosie al cine.

Nuestro piojo en ese momento no tenía gran interés por el arte cinematográfico. Durante la primera mitad de la proyección, se acomodó en un recoveco desde el cual no se veía lo que estaba sucediendo. A las diez de la noche, empezó a sentirse listo para cenar y, como Rosie no daba señales de que volvería a su casa a dormir, decidió hacer un picnic, por así decirlo, ahí mismo, en el cine. Insertó

su probóscide privilegiada en un barrio cercano al corazón, pero la euforia previa debió haberle advertido que se avecinaban grandes cambios en la naturaleza y calidad del néctar del que vivía. Sin embargo, como Rosie era ingenua y despreocupada. Gavin O'Leary también lo era. Por lo tanto, lo tomó por sorpresa que su sustento ligero y burbujeante pasara a ser un almíbar cálido y soporífero, con una llamarada que ardía tras la dulzura, lo que le arrebató su energía saltarina. Se estremeció de la cabeza a las patas, entrecerró los ojos y, cuando de pronto su tímido refugio fue invadido sin razón por una mano extraña, no se sorprendió ni saltó de furia, sino que se alejó con cierta reticencia y sólo volteó de repente con una sonrisa lánguida, como si fuera un simple bicho.

Gavin se refugió en una ranura del afelpado asiento y se rindió a la punzante intoxicación que le inundaba las venas. Despertó de su embriagante sueño varias horas después, con una ligera sensación de vergüenza. Era de mañana. Rosie y su compañero se habían ido. el cine estaba vacío y no había comida a la vista. Gavin esperó con ansias a que reabrieran el lugar, pues su apetito era inmenso. Cuando llegó la hora de abrir, la gente empezó a entrar. En el asiento de Gavin se sentó un joven pálido que estuvo inquieto hasta que empezó la proyección y que, una vez que empezó, soltó un suspiro. Gavin se limpió la probóscide con las patas delanteras, como un borracho que se pasa la mano por la boca antes de dar un trago, se metió por entre dos botones del chaleco y, sin ninguna intención de bendecir la mesa, picó a su nuevo anfitrión entre la cuarta y la quinta costilla, para asegurarse de beber la sangre más fresca y pura posible.

Creo que es Dante quien describe la sangre de un amante que corre pálida y ardiente como el vino viejo. En comparación con eso, el torrente que chupó Gavin era por lo menos vodka o ajenjo. Tan pronto como hubo deglutido la potente pócima, empezó a jadear, gemir y girar los ojos como un loco, y fue incapaz de escalar lo suficientemente rápido como para salir de la camisa del joven y buscar un punto alto donde pudiera echarle un vistazo al objeto de su ahora adoración conjunta. Era nada más y nada menos que la señorita Blynda Blythe, cuyo rostro infinitamente famoso y glamoroso llenaba en ese momento gran parte de la pantalla.

Al contemplarla, nuestro piojo sintió como sí hubiera recibido una comida completa hecha sólo de poción de amor. La sangre de su anfitrión le hervía dentro. Estaba aniquilado, exaltado, histérico; su probóscide ardía, palpitaba y se estremecía al ver esa piel satinada: lloró, rio y terminó rimando como un demonio, pues su anfitrión era poeta; de otra forma, no habría podido ser tan buen amante. En suma, jamás un piojo había amado, anhelado y deseado como Gavin la primera vez que vio a la señorita Blynda Blythe (excepto aquel,

querida dama, que el jueves pasado se estaba valiendo de mi hospitalidad cuando usted pasó junto a mí en su auto).

La película terminó demasiado pronto, y Gavin se fue a casa, a un cuartito estrecho en el cuello del abrigo del joven, donde pasó la noche, mirando por encima del hombro los fanzines que ese joven estudiaba sin cesar. Cada tanto, tomaba un trago rápido de esa mezcla abrasadora que era la causa de su furiosa pasión. Varios piojos inferiores y otras criaturas de menor calaña se refrescaban con la misma fuente y compartieron una bacanal que duró toda la noche. Su anfitrión enamorado, confundido por la comezón, estaba demasiado perdido como para rascarse. Los bebedores locos tenían libertad absoluta para tomar el peligroso líquido, por lo que aquella escena era peor que cualquier fumadero de opio. Algunos lloraban y gemían por su vida en los rincones; otros, sucios, desaliñados y abstraídos, yacían abandonados en febriles ensoñaciones; otros más saltaban desde la ventana y se ahogaban en la cubeta de desechos. Muchos, locos de deseo, achataban sus probóscides en alguna de las brillantes fotografías de Blynda Blythe que adornaban la repisa y la pantalla.

Aunque Gavin sorbió y sorbió hasta que el potente licor se fusionó con todos los tejidos de su ser, estaba hecho de un material más resistente. No en vano había pasado su juventud en la flor más bella del indómito mundo de los inmigrantes. Para cuando amaneció, su plan estaba listo. Su anfitrión se levantó de su sueño intranquilo, garabateó algunas líneas y fue por su desayuno a una farmacia. Gavin montó con valentía el borde de su sombrero y se orientó a partir de la posición del sol.

El poeta caminó dos o tres cuadras hacia el oeste, y Gavin le agradeció el aventón. Sin embargo, tan pronto el compañero viró hacia el norte en busca de su café y su dona. Gavin descendió hasta la banqueta y saltó con furia durante la primera fase de su trayecto de cinco mil kilómetros hacia la costa. Tomó aventones cuando pudo, pero, conforme fue dejando atrás la civilización, las oportunidades disminuyeron. El polvo lo ahogó y la superficie dura resultó lacerante para sus patitas sensibles, acostumbradas a nada inferior a la piel sedosa de Rosie O'Leary. No obstante, cuando el rojo atardecer alumbró el punto en que el largo camino se cruzaba con las montañas distantes, el ojo avispado habría podido distinguir la motita de polvo que era Gavin avanzando a brincos torpes pero valerosos.

Sólo Dios sabrá después de cuántas aventuras en praderas, desiertos y montañas, el viejo, cansado y demacrado Gavin llegó a Hollywood. Su estado no se debía únicamente a sus incontables esfuerzos, sino al ascetismo de caballero errante que practicó durante los miles de kilómetros hambrientos que había recorrido. Por temor a que una comida completa lo llenara de un humor

más lánguido y extraño, se había acostumbrado a beber traguitos nimios, salvo cuando estaba seguro de que su anfitrión también era fanático de Blynda Blythe.

Entonces se apresuró y recorrió el Hollywood Boulevard en busca del famosísimo Teatro Chino. Ahí, hincado en una rodilla, presionó con reverencia su larga probóscide contra cierta amada huella, impresa en el cemento para la eternidad. Un productor de buen ojo que pasaba por ahí notó el gesto caballeresco e inmediatamente concibió la idea de hacer una nueva versión de Cyrano de Bergerac. Gavin, tras cumplir su homenaje, tomó el equivalente a un inocente vaso de leche del terso hombro de una estrella en ciernes y empezó a sopesar cómo hacer contacto con su ídolo.

De entrada, pensó en presentarse ante algunos de los abotagados, ociosos y decepcionados piojos citadinos para que le contaran a qué lavandería enviaba Blynda su ropa, lo que le permitiría llegar como una versión masculina de Cleopatra. enrollado en alguna prenda íntima de su colección. Pero su orgullo le impidió ese tipo de acercamiento furtivo. Coqueteó por un momento con la feroz tentación de posarse en el puño de un cazador de autógrafos y dar un salto a la Fairbanks cuando ella estuviera firmando el libro.

—¡Saltar hacia ella! —murmuró—. ¡Imponerle mi voluntad, aunque grite y forcejee! ¡Hundir mi cruel probóscide en su delicada epidermis!

Sin embargo, Gavin O'Leary no era un violador brutal y cobarde. Su naturaleza franca y masculina le exigía conocer al objeto de su afecto como amiga y como igual. Estaba totalmente consciente del inmenso abismo social que separaba a un pobre piojo desconocido de una estrella de cine famosa y rica, pero, por doloroso que fuera el pensamiento, no apartó su mirada de la barrera racial. No obstante, para Gavin, las barreras estaban hechas para franquearse. Sintió que debía ser reconocido como un igual y respetado como… ¿como qué?

—¡Sí, eso es! —gritó al recibir un golpe de inspiración—. ¡Respetado como un artista! ¿Quién no ha oído hablar de los piojos actores? ¿Cuándo una compañía de artistas ha viajado sin el vasto acompañamiento de mi oscura, frágil y vivaz parentela?

Una vez tomada la decisión, lo único que quedaba era asaltar los estudios, como lo formulan los ambiciosos. Gavin le tenía cierto recelo a permitir que un agente lo manejara. La única alternativa era mezclarse con las filas de extras harapientos que merodeaban las puertas del estudio de Blynda, con la esperanza de que los llamaran en una emergencia. Pero la fortuna está del lado de los valientes: no tuvo que esperar muchas semanas para que un asistente de director saliera gritando con urgencia:

—¡Hey! ¿Alguno de ustedes tiene un piojo que actúe? ¿Alguien

sabe dónde puedo contratar alguno?

Se corrió la voz. Los extras de la banqueta empezaron a frotarse las manos con desesperación. Domadores profesionales de piojos patrullaron los bulevares, pastoreando y reuniendo a los insectos de su compañía, a los que habían sacado, con la inhumanidad propia de su especie, para que consiguieran su propia comida en tiempos de vacas flacas. Mientras aquel revuelo estremecía la ciudad y los gritos hacían eco de la calle Gower a Culver City, Gavin entró con audacia al estudio y tomó un lugar ventajoso en el escritorio del productor. "Por lo menos soy el primero de la fila", pensó.

Pronto entraron algunos domadores de piojos con sus artistas recapturados a cuestas en cajas y frascos de medicinas. Gavin supervisó a sus rivales y vio que todos tenían la indefinible marca del actor secundario. Apenas si pudo contener la risa burlona.

Cuando todos estuvieron reunidos, el productor alzó la voz.

—Tenemos un papel para el piojo correcto. No es grande, pero va al grano. Miren, el piojo tendrá la oportunidad de actuar con Blynda Blythe. Es una escena de alcoba con una toma de cerca de los dos personajes. Él le va a morder el hombro, el escenario es una pensión. A ver, tú, ¿de dónde son tus piojos?

—Son mexas, jefe —contestó el emprendedor al que se había dirigido—. Piojo mexicano, ágil, brinca y brinca…

—Con eso basta —contestó con frialdad el productor—. Esta escena sucede en el este del país, y, cuando yo grabo una escena, tiene que ser auténtica. Al público ya no se le puede engañar. Venga, chicos, necesito un piojo de Nueva Inglaterra.

Mientras hablaba, extendió el contrato frente a él. De entre los amos de piojos surgió un barullo; todos juraban que sus piojos habían sido criados en Plymouth Rock y que habían crecido en nada menos que Lowells, Cabots y Lodges. Mientras ellos discutían, Gavin hundió su probóscide en el frasco de tinta y garabateó su diminuta firma sobre la línea punteada.

El efecto fue electrizante.

—¡Qué tal el cabroncito! —dijo el productor—, ¡Este tipo tiene agallas! Mientras todos ustedes parlotean, él se abre espacio y pone su nombre en el contrato. Me recuerda a cuando yo mismo me colé en esta industria —agregó en dirección de un adulador que sólo asentía, con una sonrisa.

Llevaron a Gavin corriendo al set, donde se esperaba con ansias su llegada.

—¿No querría que su doble hiciera esta escena, señorita Blythe? —preguntó un asistente demasiado servil. Gavin sintió que el corazón se le paralizaba.

—No —respondió la señorita Blythe—. Cuando es una escena de champaña, quiero champaña de verdad, y, cuando me pica un piojo, espero una verdadera picadura de piojo.

—Apunta eso y pásaselo al departamento de publicidad —le dijo el productor a otro parásito. Luego se dirigió al director— Listo, Jack. Te veo filmar.

—Mejor lo ensayamos un par de veces antes —sugirió el director —. Que alguien esté listo con una copa de brandy para la señorita Blythe.

—Está bien. Benny —contestó Blynda—. Es por mi arte.

—Esta es la escena, Blynda —le dijo el director, con el guión en mano—. Acabas de terminar con Carew sólo porque estás loca por él. Quieres ver si te seguirá a las profundidades. Lo anhelas. Estás acostada en la cama de la pensión, llorando. Y sientes un piquete justo donde él te besó en la escena anterior, que vamos a filmar cuando el maldito departamento de arte consiga el set del country club. ¿Entiendes, Blynda? Sientes el piquete; por un instante, crees que es Carew.

—Sí, Jack, creo que sí entiendo.

—Y, ¡ay, Dios!, volteas, esperando contra todo pronóstico que sea él…

—¡.. pero es sólo el piojo! —asintió ella con seriedad—. Sí, ya lo imaginé. Y lo puedo interpretar.

—¡Por supuesto que puedes! Muy bien, ponte en la cama. ¿Dónde está el maquillaje? ¿Tienen listas las lágrimas de la señorita Blythe? —preguntó el director.

Pero Blynda hizo a un lado el frasco de cristal. Meneó la cabeza y le sonrió con seguridad al director.

—No necesito lágrimas falsas, Jack. No cuando se trata de Carew.

Al oír esas palabras, corrieron toda clase de miradas y murmullos entre la compañía. Actores y técnicos por igual sintieron simpatía y admiración por la valiente muchacha, pues su pasión no correspondida en la vida real por el guapo y desdeñoso hombre del papel principal no era ningún secreto. De hecho, era tema de los frecuentes boletines del departamento de publicidad.

Se murmuraba que “Carew el Reprimido”; como le apodaban los más jóvenes de Hollywood, que sabían un poco de psicología. era un hombre que desdeñaba el amor en cualquiera de sus formas. Sólo quienes lo habían visto mirarse al espejo sabían que hacía una excepción cuando se trataba de su propio perfil arrogante.

Tal era el hombre que Blynda adoraba sin esperanza, y Blynda era la chica a la que Gavin estaba a punto de morder.

Enseguida, el director le dijo algo en voz baja a su asistente, y él,

como megáfono humano, esparció la orden hasta la esquina más recóndita del vasto escenario:

—¡Silencio!, la señorita Blythe y el señor Gavin O'Leary están ensayando.

El corazón de Gavin se hinchó. Convertirse de golpe en un actor de cine exitoso y en un amante feliz basta para embriagar a cualquier personalidad más aterrizada que la de un piojo. Blynda hundió la cara contra la almohada y lloró. Sus deliciosos omóplatos se mecían con emoción, y Gavin se preparó para el salto. Sólo le habría gustado tener un delicado trozo de toalla con el que pudiera limpiarse la probóscide y luego lanzarlo hacia unas manos expectantes. Sintió que ese gesto habría tenido un buen efecto.

Pero pronto una frase crispada cortó sus ensoñaciones.

—¡Señor O'Leary! —gritó el director, y Gavin dio un gran salto en el aire, aterrizó y mordió hondo—. ¡Caray! ¿Viste ese brinco? —le dijo el director al productor—. ¡Míralo morder! Ese chiquillo lo entrega todo.

—Toma nota y recuérdame que le haga un contrato a largo plazo —le ordenó el productor a su secretario.

—¿Qué demonios estoy haciendo en el hombro de esta fulana? —murmuró Gavin con voz petulante— ¿Cuándo irá a hacer su entrada el tal Carew?

¡Perdónelo, lector! Aquello fue consecuencia de la bebida.

En ese preciso momento se oyó una voz profunda y burlona.

—¡Hey! ¿Qué pasa? Nuevo talento, ¿eh? ¡Y robándose mi escena!

Todo mundo volteó a ver con respeto al recién llegado: Blynda y Gavin, en cambio, lo miraron con algo más que eso. Blynda se zambulló en la cama de la forma más seductora posible: Gavin, con un salto que se acercó (si no es que superó) al récord mundial, se lanzó al pecho de su nuevo ídolo y sollozó con una mezcla de éxtasis y vergüenza.

—Parece que le gusto al chiquillo —dijo el actor con buen humor —. Vamos a ser amigos, ¿eh? Buen material para el departamento de publicidad, Jack.

Esas palabras marcaron el inicio y, por lo menos para Carew, la motivación de una amistad entre ese par tan dispar. Al poco tiempo. Gavin y Carew se volvieron inseparables.

El biógrafo prefiere no develar la siguiente etapa de la carrera de Gavin. Saberlo todo es perdonarlo todo, pero, en este tipo de casos, saber menos es tener menos que perdonar. Basta decir que el amor propio de Carew dio continuidad a lo que el amor de Blynda por Carew había iniciado, y, como estaba marcado por un fervor y una constancia muy inusuales en Hollywood, fervorosa y constante fue la

pasión no consagrada de Gavin por Carew.

No pasó mucho tiempo antes de que empezaran a circular feos rumores sobre el piojo estrella. La gente susurraba sobre su vestimenta, sus trajes de noche color violeta, su afeminada ropa interior, sus duchas aromatizadas y las raras fiestas en su casa miniatura en Bel Air. Sin mencionar nombres, un periódico del medio señaló que, si el Departamento de Estado consideraba a los individuos de cierta estirpe como graves riesgos a la seguridad, el riesgo sería peor si formaban parte de la más influyente de todas las industrias estadounidenses. Parecía sólo cuestión de tiempo para que Gavin terminara metido en un escándalo y sus fotos cayeran en manos de los guardianes de nuestra moral.

Pero el tiempo opera de formas misteriosas, y la cara del actor se marchitó aún más pronto que la reputación de Gavin. Pronto lo empezaron a rechazar para cualquier papel de amante, y entonces tuvo que empezar a aceptar papeles secundarios o participar en la producción. Como lo secundario nunca había sido su punto fuerte, sintió que encajaba mejor como productor. Ahora se considera que los productores son criaturas semejantes a Dios, pero en lo que se asemejan es en que, si no crean estrellas nuevas, no tienen público.

Carew, por supuesto, tenía a Gavin como as bajo la manga. Papeles espléndidos, llenos de humor ágil y sátira mordaz, se escribían para el piojo actor, pero por ningún lado se podía encontrar a una nueva belleza que fuera digna de actuar con él. Los buscadores de talento peinaron hasta el más recóndito de los rincones, pero sus elegías develaban falta de convicción. Sin embargo, al fin se concretó una breve lista. Carew la leyó, meneó la cabeza y la aventó sobre su tocador.

—De todas ellas no haces una —murmuró—. Eso quiere decir que no soy un genio como productor.

Se fue a dormir, profundamente insatisfecho consigo mismo por primera vez en muchos años. Esa noche. Gavin sintió que su cena era una bofetada de amargura limpia y saludable. Se le estabilizaron los nervios y se le aclaró la mente: vio a Carew como era en realidad. El momento de salvación había llegado. En circunstancias así, la mente suele recurrir a la nostalgia del pasado, de los días lejanos, de la juventud, la inocencia y los resplandecientes rostros del pasado.

Gavin O'Leary se levantó y se arrancó el atuendo de noche ligero y decadente que había adoptado hacía poco. Buscó, con un salto mucho menos afeminado, la lista que estaba en el escritorio. El tintero seguía abierto; para Gavin, sus profundidades color azabache representaban el río Jordán y, si se sumergía siete veces en él, podría dejar de ser un marginado. Se sumergió con un escalofrío y, reptando de vuelta hacia la superficie, se detuvo un momento en el oscuro borde del tintero,

desnudo, temblando, resoplando, pero tensando los músculos para saltar hasta cierto lugar en la cima de la lista. Lo logró, lo logró sin salpicar ni manchar. Con la precisión de un patinador artístico, pero con la lenta dificultad de una mosca atrapada en melaza, escribió el nombre “Rosie”, imitando a la perfección la caligrafía del buscador de talentos en jefe.

Tras otro salto doloroso, volvió a ahogarse entre gemidos en la amarga y pegajosa tinta. El clima cálido la había espesado. Esa vez, completó el apellido “O’Leary”. Cinco veces más, y la dirección quedó escrita. Gavin, quien estaba exhausto, había quedado negro como la noche y se sentía un poco envenenado por la tinta, se hundió en el secante. Sin embargo, una alegría inmensa iba floreciendo en su corazón.

La treta fue exitosa. Llevaron a Rosie a la costa oeste para una audición, y sobra decir que la aprobó triunfante. Gavin, con profundo agradecimiento, se volvió a acurrucar junto a su corazón y bebió con ganas de su cosecha purificadora y vivificante. Con ayuda de ese torrente, se desprendió de la última pizca de aberración que le quedaba, como si fuera una prenda gastada y de mal gusto. El pasado había muerto. Era un piojo nuevo y se había ganado el derecho de ser el amante de la chica irlandesa más hermosa. la mejor actriz y el ser humano más importante del mundo. Y, como la señorita O’Leary pronto empezó a mirarse a sí misma de esa forma, les puedo asegurar que vivieron felices para siempre.

SI LA JUVENTUD SUPIERA; SI LA VEJEZ PUDIERA

Al ver a Henri Maurras, era inevitable fijarse antes que nada en su nariz española, delgada y quijotesca, flanqueada por un par de ojos enormes, oscurísimos y melancólicos, pero capaces de emitir fuego. Por desgracia, a esas armas románticas las traicionaban su boca infantil y petulante de parisino y su ridículo bigotito.

Por lo demás, era un hilillo de muchacho, una auténtica uñita. y usaba un traje gris delgado, como hoja de papel, bajo el cual sus nalguitas adquirían la apariencia de un pasador para el cabello. Trabajaba como asistente de contabilidad en una tienda departamental en Marsella y tenía el ardiente deseo de casarse.

Con frecuencia perdía la cuenta durante el cálculo de una columna de cifras y alzaba los ojos oscuros mientras visualizaba a la novia de sus sueños: joven, fiel, apasionada, de voluptuosidad exquisita y, sin embargo, de una reputación incólume. A nuestro apasionado *petit bourgeois* le interesaba en particular la reputación incólume.

Su bigotito se retorcía al imaginar los paseos que darían los domingos, envidiados por cualquiera que los contemplara. Ella se le colgaría con cariño del brazo, empujando al resto de los hombres a la desesperación; él usaría un traje elegante de Marquet y portaría un bastón a la moda.

—El placer está muy bien —les decía a sus compañeros cuando le proponían algún jolgorio el día de paga—, pero, ¿qué placer puede compararse con estar casado? Digo, con una esposa hermosa, alegre, agradable, simpática y… —Trazaba cierta silueta en el aire con las manos—. Para conseguir eso hay que ahorrar. Hay que esperar.

—No digas tonterías —argumentaban los demás—, Acompáñanos con madame Garcier. A lo mejor te cuesta más trabajo ahorrar, pero la espera se vuelve mucho más tolerable. Después de todo, los jóvenes tenemos derecho a un poco de felicidad a cuenta.

—No, no —decía él—. Yo tengo ideales. No lo entenderían.

Sus ideales, tan elevados como su puente nasal, lo cuidaban de los placeres veniales, tan populares entre la juventud de Marsella. No obstante, esa frasecita. “un poco de felicidad a cuenta", echó unas raíces letales en su mente. Bajo su influencia sucumbió al atractivo de un soberbio bastón de ratán exhibido en el escaparate de la tienda más cara de toda la rué St. Ferréol.

—Tendré que comprarme uno tarde o temprano —se dijo—, ¿Por qué no ahora?

En cuanto pagó quiso matarse, pues así de mortificante era su extravagancia. Sin embargo, tembló de alegría al girar su nuevo tesoro, recargarse en él y colgárselo del brazo. Al salir de la tienda, se imaginó que varios hombres bien vestidos lo espiaban con un interés envidioso.

“Esperen a verme con un traje de Marquet", pensó, “y con mi hermosa esposa caminando a mi lado."

Al llegar a casa, guardó su nueva adquisición en el armario. No soportaría que se raspara ni que perdiera el más mínimo brillo antes de sus nupcias. Aquel día, todo debía estar inmaculado; todo debía tener un brillo absolutamente perfecto.

Sin embargo, por las noches, antes de desvestirse, se volvía a poner el sombrero y sacaba su bastón unos minutos para sostenerlo de una y otra forma frente al espejo. Lo blandía con toda la gracia que le permitía la estrechez de su cuarto y, sentado en su cama, dibujaba un corazón en la alfombra.

Ese bastón tenía una contera en cuerno de la más alta calidad. Era más lisa y redonda de lo imaginable, y estaba ceñida con una delgada tira de oro, casi como si fuera un anillo de bodas.

Ahora que tenía un bastón así, Henri ya no se resistía a echarles miradas a las muchachas, aunque sus ahorros estuvieran en una etapa demasiado temprana como para justificar tal osadía. Le preocupaba un poco cierta expresión en la cara de las más atractivas, la cual sólo podía describir como una insinuación de experiencia mundana.

“¿Dónde encontraré a una novia tan fresca, inmaculada y resplandeciente como mi bastón?”, pensaba.

Pero no reparaba en que el bastón no había llegado a sus manos cubierto de hojas, directamente del pantano donde había crecido la madera, sino lijado y elegante por obra del pulidor.

No obstante, Henri aún albergaba esperanzas, y en las tardes volvía en autobús a su morada en el extremo lejano del Prado. A esa hora, a inicios de mayo, las calles de Marsella están llenas de una luz dorada: las hojas nuevas de los innumerables sicómoros exudan un amarillo suave con el fulgor del sol poniente.

Una tarde, una muchacha se subió al autobús. Henri alzó la mirada, irguió su magnífica nariz, los ojos oscuros le chispearon, el bigotito le tembló y la boquita infantil hizo un puchero, como si le hubiera picado una abeja. Era una marsellesa de estilo italiano, preciosa como una uva negra. Tenía una suerte de rubor en la piel, un rubor crepuscular que se concentraba en una delicada y adorable hendidura a lo largo de la línea del labio superior, erguido de forma cautivadora. Tenía ojos de gacela, mejillas suaves y una figura a la vez jovial y abundante que cualquier hombre admiraría, pero sobre todo aquel cuyas nalgas se ven tan flacas como un pasador de cabello bajo sus reveladores pantalones.

La cereza del pastel fue que estaba vestida de forma muy modesta, con uno de esos vestidos negros anodinos que tanto les gustan a los campesinos adinerados, quienes tienen una vida mucho más holgada que los asistentes contables. Llevaba también guantes negros de algodón, lo que denotaba que su familia debía de ser cuidadosa, chapada a la antigua, pues parecía haberla criado lejos de las garras de la moda turbia. Además, esa gente chapada a la antigua suele ser muy escrupulosa con respecto a la dote nupcial. Por ende, Henri la admiró, la aprobó y la amó.

“Es cierto", pensó, “que aún debo ganarme su afecto, la aprobación de su familia y ahorrar una montaña de francos. No es nada descabellado, pero, ¿cómo podré conocerla? En cualquier momento podría bajar del autobús. Si le hablo, quizá me conteste. en cuyo caso no sería tan virtuosa como aparenta, o puede que no conteste, y entonces no volveré a verla nunca.”

Henri sufría uno de los mayores dilemas conocidos por la humanidad, que por desgracia los filósofos han pasado por alto. Sin embargo, el destino estaba de su lado. El autobús se detuvo un minuto entero en una esquina donde había una familia de gitanos dando su espectáculo tradicional: una cabra montada de forma precaria en una escalera; un oso sarnoso parado a su lado, dando zancadas melancólicas que eran meros residuos de su entrenamiento; un mono nervioso que extendía un pandero miniatura para recoger los centavos de los viandantes.

La muchacha, simplona como niña, quedó cautivada por el espectáculo familiar. Pegó la cara contra el vidrio, sonrió embelesada y dirigió la mirada brillante hacia el resto de los pasajeros para ver si también lo estaban disfrutando. Henri se inclinó hacia ella, envalentonado, para ofrecerle los comentarios de un hombre de mundo.

—Muy divertido el changuito —dijo.

—Sí, monsieur, muy divertido.

—El oso es gracioso.

—Pero claro, monsieur, muy gracioso.

—La cabra también. Para ser un animal doméstico, también es graciosa.

—Sí, monsieur, de verdad es graciosa.

—Los gitanos son muy pintorescos, pero son de baja ralea.

En ese momento, el autobús volvió a arrancar. Aunque había interrumpido una conversación brillante, había logrado conocerla. y de una forma tan simple e inocente que ni siquiera el futuro marido más quisquilloso le encontraría objeciones. Henri se aventuró a sentarse junto a ella, y las sacudidas del autobús le brindaron los contactos más breves y deliciosos. Se había establecido una conexión: sus lenguas pronunciaban banalidades, pero sus hombros tenían una elocuencia exquisita.

—Mademoiselle —dijo Henri al fin—, ¿puedo albergar la esperanza de que me acompañe a dar un breve paseo este domingo?

—Ay, me temo que no será posible —contestó la muchacha, con una adorable expresión confusa.

Henri insistió con todo el sentimentalismo que pudo invocar, y al cabo de un rato la encantadora muchacha, que se llamaba Marie. llegó a la conclusión de que podría superar los obstáculos que sin duda se debían a la excesiva respetabilidad de su crianza.

Se acordó la cita. Henri siguió solo en el autobús hasta dejar muy atrás su destino, perdido en un éxtasis que trascendía cualquier descripción. La tarifa extra fue de dos francos.

Aquella noche pasó una hora entera frente al espejo, moviendo el bastón como esperaba pavonearlo el domingo.

—No cabe duda —se dijo—, que un bastón y una muchacha así exigen aquel traje nuevo de Marquet. Mañana mismo iré a visitarlos. —Dibujó varios corazones, todos traspasados por flechas y rodeados de iniciales—. La llevaré a las Calanques. Y ahí, sentado junto a ella en una roca, dibujaré algo así en la arena. Ella adivinará mis intenciones.

El domingo, todo transcurrió como cualquier amante habría deseado. Henri llegó primero al lugar de la cita, y no tardó en ver a Marie acercarse con paso ligero. Esa vez traía un vestido de verano y guantes blancos de algodón, y tenía el aire feliz de una niñita a la que dejaron salir de la escuela.

“Sus padres han de ser muy estrictos", pensó Henri. “Mejor así. Me pregunto con qué pretexto torpe habrá conseguido escaparse."

Su saludo fue todo lo que podría desear un corazón. Los amantes verdaderos (y algunos con intenciones menos respetables) conocen la deliciosa promesa de esos primeros encuentros, en los que ambas partes se comportan con la franqueza y la sencillez de los niños, y se

toman de la mano de camino al autobús. Los días que así empiezan siempre deberían pasarse al aire libre, y ningún lugar bajo el cielo les es más propicio que los arroyos profundos entre aquellos acantilados que hay a las afueras de Marsella, a los que llaman Calanques. Las rocas blancas como la nieve descienden hacia el agua clara como el cristal, bordeada de diminutas playas arenosas, perfectas para trazar flechas y corazones. Las colinas están cubiertas de pequeños pinos, y, cuando el sol de la tarde calienta, hay más razón aún para aprovechar su sombra.

Justo eso hicieron Henri y Marie.

—Quítate los guantes —le pidió—, y te leeré la fortuna.

Ella se quitó con gusto el guante de la mano derecha y se la extendió con una gracia total.

—No —dijo él—. Te ruego que te quites ambos. —Marie se sonrojó y vaciló, y empezó a quitarse el otro con una lentitud seductora—. No parece salir muy fácilmente —señaló Henri.

—Pides demasiado —respondió ella—. Apenas es la primera vez que salgo contigo. No creí que fueras a pedirme que me quitara los guantes.

“Por fin", pensó Henri, encontré a una muchacha de una sencillez y una virtud que han de ser únicas en el mundo de 193…".

—¡Marie! —exclamó y se llevó las manos de la joven a los labios —. Te adoro con todas las fibras de mi ser. Te imploro que seas mía. El anhelo me hace arder y morir de ansias por casarme contigo.

—Ay, no —contestó ella— Eso es imposible.

—Entonces no me amas —dijo él—. Hablé demasiado pronto.

—No. bueno —respondió ella—. Quizá sí te amo. Pero, ¿cómo puedo contestarte? No podría suceder antes de un año, o quizá dos. Tal vez hasta tres.

—¿Y eso qué? —exclamó él—. Esperaré. De hecho, aún me falta ahorrar mucho dinero.

Le contó sobre los prospectos del negocio de los muebles y de la situación de su vieja madre, a quien algunos parientes habían tratado de forma abominable.

Marie fue menos explícita al describir sus orígenes. No obstante, dijo que en su hogar eran muy estrictos y que le sería difícil presentar en casa a un joven a quien había conocido de manera tan poco convencional, en el autobús.

—Resulta inconveniente —argumentó Henri—, pero así debía ser. Tarde o temprano se nos ocurrirá algo. Hasta entonces, estamos comprometidos, ¿de acuerdo? Vendremos aquí todos los domingos.

—Me costará mucho trabajo escaparme —dijo ella.

—No te preocupes. Ya se arreglará. Mientras tanto, estamos

comprometidos. Por lo tanto, puedo abrazarte.

Siguió un interludio durante el cual Henri experimentó la felicidad que sólo se les revela a los jóvenes de magras proporciones que se encuentran en compañía de muchachas de una figura tan exquisita como la de Marie. Al terminar el día. Henri había invertido casi tanto en su futuro matrimonio como en su disfraz y su bastón.

"Tienen razón", pensó. "Tenemos derecho a un poco de felicidad a cuenta."

Se fue a casa sintiéndose el hombre más feliz de Marsella, o de toda Francia incluso, y al día siguiente decidió llevar el bastón a la oficina porque no soportaba despedirse de él.

Aquella noche, en el autobús, fijó la mirada en la gente que esperaba en cada parada, pues sentía que la fortuna podría concederle un vistazo inesperado de su amada. Y. en efecto, después de una falsa alarma o dos. atisbo su hombro y la línea de su cuello en medio de un nudo de gente, a doscientos o trescientos metros de distancia. Reconoció esa única curva de inmediato.

Le trepidó el corazón, le temblaron las manos y casi se le cae el bastón. El autobús se detuvo, y él se giró para saludarla mientras subía al vehículo. Para su terror y desolación, ella pareció no reconocerlo y, al verlo acercarse a trompicones, le frunció el ceño en señal de advertencia.

Henri vio que detrás de ella venía un viejo de casi ochenta años, una ruina colosal de hombre, con los ojos apagados y hundidos; un bigote blanco, desgreñado y horriblemente manchado, y dos o tres colmillos amarillentos que se asomaban de una boca cavernosa. Se sentó junto a la adorable Marie y dobló las manos enormes, mugrientas y venosas, apoyadas sobre el mango de un bastón barato y horrible, una atrocidad desgastada, hecha de bambú. Usaba el paño fino, caro y feo del campesino adinerado.

Henri clavó la vista en la pareja.

"Tal vez sea su padre", pensó.

Sin embargo, es difícil engañar al ojo de un amante. Henri sabía a la perfección que ese anciano no era su padre, pero trató de reprimir una sensación de inquietud aguda.

"Es muy viejo. Es más probable que sea su abuelo. Tal vez la pobre tenga que tolerarle muchas cosas. Parece estar sentado junto a ella de forma muy familiar. ¡Cómo me gustaría que ya estuviéramos casados!"

En ese momento, el conductor se acercó al viejo y meneó la maquinita de los boletos frente a su cara.

—Pídaselo a madame —ordenó el viejo con voz grave y estruendosa.

Henri sintió que lo partía un rayo.

“Es imposible”, se dijo para sus adentros una y otra vez. “Afín de cuentas, ¿no es lo más natural referirse a una acompañante femenina como madame, sin importar si está casada o no, al hablar con un mesero, un conductor de autobús o alguien parecido? Además, el viejo está senil: no sabe qué está diciendo. Cree que es su esposa, la abuela de Marie; su mente vive en el pasado.”

Mientras tanto, ante sus ojos se desplegó la imagen de la mano izquierda de su amada, sosteniendo los guantes blancos que antes se quitó despacio y trabajosamente.

“Es una chica pura, sincera, seria y franca”, pensó. “Pero por eso le costó tanto trabajo quitarse ese guante. Una muchacha astuta se habría quitado el anillo antes de ir a verme. ¡Cuánto peor! Pero no, no, me estoy volviendo loco. Es su abuelo, tal vez su bisabuelo. ¡Qué viejo está! Deberían matar a la gente antes de alcanzar esa edad. ¡Qué boca, qué dientes! ¿Y si fuera su esposo y la acariciara? ¡Tonterías! Estoy loco. La idea es absurda”.

Sin embargo, vivió atormentado hasta el fin de semana, cuando le llegó una nota que decía que Marie podría escaparse un par de horas el domingo. Lo vería en el mismo lugar a las dos de la tarde.

Nada podía ser más sencillo y reconfortante que una nota así, que exudaba inocencia y afecto. Y tenía por ahí un par de inocentes errores de ortografía, lo que siempre denota sinceridad. Gracias a eso, las sospechas de Henri se esfumaron con la misma celeridad con que habían llegado.

“¡Qué animal fui!”, pensó de camino a la cita. “Le rogaré que me perdone. Me pondré de rodillas. Pero no, no con este traje. En general, mejor será no decir nada. ¿Qué clase de esposo creerá que voy a ser si a estas alturas sospecho de un viejo decrépito? ¡Ah, ahí viene! ¡Qué preciosa es! ¡Qué radiante! No cabe duda de que merezco que me apaleen con mi propio bastón.”

Ella se le acercó, sonriendo, y le tendió la mano con el guante blanco de algodón puesto. Los ojos de Henri cayeron sobre ese guante y su saludo gallardo murió en sus labios.

—¿Quién era ese viejo que te acompañaba? —preguntó con voz amarga. Marie dejó caer la mano y se le quedó viendo a Henri—, No es tu padre —continuó Henri, en un tono de furia y desolación.

—No —contestó ella, sin poder disimular el miedo.

—¡Ni tampoco es tu abuelo! —chilló Henri—, ¡Es tu esposo!

—¿Cómo supiste? —exclamó ella.

—¡Me engañaste! —gritó Henri—, Creí que eras pura. fiel, ingenua, sin mácula. Yo… yo… yo… Olvídalo. ¡Adieu, madame! Tenga la bondad de revisar el periódico por la mañana, para ver si algún desafortunado se tiró de la muralla del Château d’lf.

Dicho eso, le dio la espalda y se alejó a zancadas, en la dirección ominosa del puerto, donde las lanchas llevan a los turistas al Château d'If. Marie gritó, corrió tras él y le agarró el brazo con ambas manos.

—No hagas nada impulsivo —le rogó—. Créeme, te adoro.

—Aun así —dijo él—, estás casada con un viejo asqueroso.

—Pero eso fue antes de conocerte.

—Es lo que es. madame. Le deseo toda la felicidad.

—Pero, amado mío —dijo ella—, no seas injusto. Él es rico. Yo era joven. Mis padres me presionaron. No puedes creer que lo ame.

—¡Suéltame, puta! —gritó Henri.

—¡No seas grosero! —le recriminó ella—. ¿De qué tienes celos? Tú eres joven. Estás vestido a la moda, con todo y bastón. Eres guapo. Eres mi sueño. ¿Cómo puedes amenazar con cometer un acto desesperado? El viejo no va a vivir para siempre, y tú y yo seríamos ricos. Y podríamos ser felices. ¿Acaso no fuimos felices el domingo pasado, Henri, en las Calanques? Sigo siendo la misma.

—¿Qué? —gritó Henri—. ¿Crees que me importa su sucio dinero? ¿Cómo podría volver a ser feliz contigo pensando en ese viejo?

—Pero, Henri —dijo ella—, son casi un millón de francos.

—¡Al diablo con eso! —exclamó Henri—, Suponiendo incluso que nos hospedáramos en los mejores hoteles, que viajáramos y hasta tuviéramos un departamento en París, ¿cómo podría disfrutarlo imaginándote con él?

—Pero está viejísimo —argumentó ella—. Está casi ciego. Apenas puede hablar. Está sordo. Ya perdió todos sus sentidos. Sí, Henri, todos.

—¿A qué te refieres con todos? —preguntó Henri, deteniéndose de golpe.

—A todos —respondió ella, volviéndose y asintiendo con seriedad —. Todos. Todos. Todos. Tiene ochenta años. ¿Quién tiene celos de un octogenario? ¿De qué puedes tener celos? De nada. De nada en absoluto.

—Eso da igual —dijo Henri—. A veces son los peores. Sí, mil veces peores. Vete. Déjame irme.

—Es un pedazo de leña —exclamó ella con firmeza—. ¿Se pueden tener celos de un pedazo de leña, Henri? Quizá no es lo que preferirías, ni yo, pero al final no es nada. No se puede decir lo mismo de un millón de francos.

Henri exigió diez mil garantías, y ella se las dio todas. Su parisino interior lo instó a ver la situación con sentido común.

"A fin de cuentas, hay que mantener la mente abierta", pensó. "Siempre y cuando, por supuesto, de verdad no pase nada entre ellos. ¡Absoluta y definitivamente nada!"

—Podré verte los domingos por la tarde —dijo Marie—, Le sugerí que saliera a pasear y a tomarse un café entre las dos y las seis. Usé pretextos muy malos para no acompañarlo, pero para mi sorpresa accedió con avidez. ¡Creí que me metería en problemas!

—Entonces, ¿es celoso? —exclamó Henri—, Un pedazo de leña no es celoso.

—Claro que sí, mucho más de lo normal—respondió Marie—, Claro que ahora tendría razones para estarlo.

—No obstante —dijo Henri—, no entiendo por qué habría de sentir celos. Yo tengo celos; es natural, pero un pedazo de leña…

Marie lo tranquilizó de nuevo con otras diez mil garantías, y, cuando al fin se despidieron, su felicidad se había restaurado por completo.

Sólo quedaba una mosca en su sopa.

“Cuando pienso en lo extremadamente escrupuloso que he sido, más que cualquier otro joven de Marsella, sí que parece muy injusto", pensó. “Nunca he gastado dinero en muchachas. Nunca he visitado un establecimiento como el de madame Garcier. Y ahora me voy a casar con una chica que… Pero es verdad que tiene ochenta años. A los ochenta, un hombre no es más que un pedazo de leña. Sin embargo, siempre existirá una diferencia entre Marie y yo. Eso generará una miríada de amargas reflexiones cuando estemos casados. Es muy hermosa. ¡Y tiene un millón de francos! ¡Qué pena sería tener motivos para amargarse! ¡Y qué preciosa se veía hoy! Ojalá que nos hubiéramos reconciliado bajo aquel pinito en las Calanques. Así podría considerar las cosas con más calma."

En ese instante, le vino cierta idea a la mente. Es imposible decir de dónde. Tal vez de su parisino interior.

—Sin duda alguna, eso saldaría las cuentas entre nosotros —se dijo —. Ayudaría a prevenir la amargura. Y ella estaría más contenta. Afín de cuentas, no es mi culpa que no hayamos podido ir a las Calanques.

Tras reflexionarlo en esos términos, encaminó sus pasos hacia el famoso establecimiento de madame Garcier, tan loado por sus compañeros de trabajo. Aquel discreto refugio tenía toda la pinta de una casa privada; una criada abría la puerta y hacía pasar a los visitantes a una antesala.

—La madame estará con usted de inmediato —le anunció la criada a Henri.

Tomó su sombrero y bastón, y los depositó en un perchero anticuado. Lo acompañó a la antesala y se fue sin cerrar la puerta.

“Qué idea excelente tuve”, pensó Henri. “Ahora estaremos en igualdad de condiciones, pero yo seré el peor de los dos, ¡como corresponde al hombre! Así no me sentiré amargado. ¡Qué felices

seremos! A fin de cuentas, ¿qué más da que nos permitamos ciertos gustos si vamos a heredar un millón de francos?"

En ese momento, oyó pasos en las escaleras y la voz, que debía ser de la madame, que acompañaba hasta la puerta a uno de sus parroquianos preferidos.

—Qué sorpresa tan encantadora —decía—. Cuando me enteré de su matrimonio, anuncié que no volveríamos a verlo. Delphine y Fifí estaban inconsolables.

—Pero, ¡qué dice! —llegó la respuesta con una voz grave y estruendosa que le puso los pelos de punta a Henri—. Un hombre debe sentar cabeza, madame. en especial si ya no es tan joven como antes. Es, por así decirlo, un deber con la república. Pero, madame. gracias a Dios sigo en mis mejores días y, cuando un hombre está en sus mejores días, exige variedad. Además, madame, las muchachas de hoy en día…

Henri casi se desmaya. Oyó cerrarse la puerta principal y los pasos de la propietaria acercándose a la antesala en que se encontraba. Sintió que tenía que salir de ahí cuanto antes.

—Discúlpeme, madame —balbuceó—. Me temo que cambié de parecer. Una indisposición repentina.

—Como prefiera, monsieur —dijo la vieja—. En este establecimiento no se obliga a nadie. Pero, si el monsieur al menos quisiera inspeccionar a una de las chicas…, intercambiar comentarios agradables…

—No, no, gracias —respondió Henri, desesperado, acercándose al pasillo—. Me tengo que ir. Ah. ahí está mi sombrero. Pero, ¡mi bastón! ¿Dónde está mi bastón?

Miró por todos lados, pero su bastón había desaparecido. En su lugar el último visitante había dejado un viejo palo de bambú barato, horrible y desgastado.

ASI NIEGO A BELCI

—YA sonó la campana del TÉ —dijo la señora Cárter—. Espero que Simón la escuche Ambas mujeres se asomaron por la ventana de la sala de estar. El extenso jardín, en su agradable abandono, culminaba en un vertedero de residuos. Ahí había una casita de verano que cada día distaba más de ser bella y empezaba a ser decadente. Aquel era el refugio de Simón. Estaba protegida casi en su totalidad por las ramas enredadas del manzano y del peral, que habían sido plantados muy cerca el uno del otro, como suele suceder en los suburbios. De cuando en cuando lo divisaban por ahí, corriendo de un lado a otro, balbuceando y gesticulando, actuando con la tonta solemnidad típica de los niños que pasan largas tardes en los confines olvidados de sus extensos jardines.

—¡Ahí está el pobrecito! —indicó Betty.

—Entregado a su juego —añadió la señora Cárter—. Ya no quiere jugar con los otros niños. Y, si bajo a verlo, se pone de muy mal humor. Y luego regresa agotado.

—¿No duerme la siesta en la tarde? —preguntó Betty.

—Ya sabes cómo piensa Simón Grande —se quejó la señora Cárter —, "Déjalo escoger por sí solo", dice. Eso es lo que escoge y, al volver, está blanco como papel.

—¡Mira! Sí escuchó la campana —señaló Betty. Su asombro era justificado, pues la campana había dejado de sonar hacía un minuto. Simón Chico se paró en seco, como si el tintineo apenas hubiera alcanzado su oído. Lo vieron realizar algunos barridos y trazos en la tierra con su varita, y caminar despacio en dirección a la casa, sobre el pasto caliente y lleno de carrizo.

La señora Cárter bajó al cuarto de juegos, que también era el galpón y se usaba como sala del té en los días calurosos, aunque antaño hubiera sido la enorme trascocina de esa imponente casa georgiana. Ahora las paredes estaban encaladas y las ventanas estaban cubiertas por gruesos mosquiteros de plástico azul, y había sillones de

lona sobre el piso de piedra y una reproducción de *Los girasoles* de Van Gogh colgada sobre la chimenea.

Simón Chico entró un poco distraído y le concedió a Betty un saludo mecánico. Su rostro formaba un triángulo casi perfecto, con la punta en el mentón, y en esa ocasión se veía más pálido de lo normal.

—¡El pequeño niño-elfo! —exclamó Betty.

Simón la miró.

—No —respondió él.

En ese momento, se abrió la puerta, y entró el señor Cárter, frotándose las manos. Era dentista, y siempre se lavaba las manos antes y después de cualquier actividad.

—¿Tú? —inquirió su esposa—. ¿Tan temprano en casa?

—Espero ser bienvenido —aventuró el señor Cárter, asintiendo en dirección de Betty—. Dos pacientes cancelaron sus citas, así que decidí volver a casa. Dije que espero ser bienvenido.

—No seas tonto —afirmó su esposa—. Por supuesto que sí.

—Simón Chico parece dudoso —continuó el señor Cárter—. Simón Chico, ¿te molesta verme a la hora del té?

—No, papi.

—No, ¿qué?

—No, Simón Grande.

—Exacto. Simón Grande y Simón Chico. Eso es más de amigos, ¿no crees? En otros tiempos, los niños tenían que decirle "señor a su padre. Si olvidaban hacerlo, se ganaban una buena tunda. ¡En las posaderas, Simón Chico! ¡En las posaderas! — aseveró el señor Cárter, lavándose las manos otra vez con su jabón y agua invisibles.

El niño se sonrojó hasta volverse carmesí, pero era imposible saber si era por vergüenza o rabia.

—En estos tiempos, en cambio —agregó Betty, para aligerar la tensión—, puedes llamar a tu padre por el nombre que quieras.

—¿Y qué ha estado haciendo Simón Chico esta tarde mientras Simón Grande estaba en el trabajo?

—Nada —farfulló su hijo.

—Entonces te aburriste —afirmó el señor Cárter—. Aprende de la experiencia. Simón Chico. Mañana, haz algo divertido, y así no te aburrirás. Quiero que aprenda por experiencia. Betty. Esa es mi forma de educar, la nueva forma.

—Pero sí he aprendido —aseguró el niño, hablando como un hombre viejo y cansado, como suelen hacer los niños.

—Dudo que así sea —continuó el señor Cárter— si te la pasas sentado toda la tarde, sin hacer nada. Si mi padre me hubiera encontrado sin hacer nada, habría pasado días sin poder sentarme cómodamente.

—Estuvo jugando —intervino la señora Cárter.

—Un poco —aceptó el niño, moviéndose en su silla.

—Demasiado —lo corrigió la señora Cárter—. Luego entra todo nervioso y confundido. Debe descansar.

—Tiene seis años —dijo su esposo— Es un ser razonable. Debe elegir por sí mismo. Pero, cuéntame, Simón Chico, ¿de qué se trata ese juego que amerita tanto nerviosismo y confusión? Hay muy pocos juegos así de buenos.

—No es nada —respondió el niño.

—Oh, vamos —lo instó su padre—. Tú y yo somos amigos, ¿o no? Puedes contarme. Alguna vez fui un Simón Chico, como tú, y jugué los mismos juegos que tú. Claro que. en aquellos días, no había aviones. ¿Con quién juegas este excelente juego? Vamos, todos tenemos que responder preguntas civilizadas, o de lo contrario el mundo dejaría de girar. ¿Con quién juegas?

—El señor Belci —confesó el niño, incapaz de resistirse.

—¿El señor Belci? —dijo su padre, arqueando las cejas y mirando a su esposa de forma inquisitiva.

—Es un juego que inventó —comentó ella.

—¡No lo inventé! —exclamó el niño—. ¡Tonta!

—Esos son puros cuentos —recalcó su madre—. Además de una grosería. Lo mejor será que hablemos de otras cosas.

—Que no te sorprenda que sea grosero —afirmó el señor Cárter— si dices que miente y luego insistes en cambiar de tema. Él te cuenta sus fantasías y tú siembras un sentimiento de culpa. ¿Qué puedes esperar? La aparición de un mecanismo de defensa y luego una verdadera mentira.

—Como en *Esos tres* —contribuyó Betty—. Sólo que diferente, por supuesto. Ella era una mentirosa sin vergüenza.

—Yo le habría provocado vergüenza —sugirió el señor Cárter—, pero en la parte correcta de su anatomía. Sin embargo, Simón Chico está en la etapa de la fantasía. ¿No es así, Simón Chico? Sólo inventas cosas.

—No. no es cierto —contestó el niño.

—Claro que sí —reviró su padre—. Y, dado que inventas cosas, no es demasiado tarde para tratar de hacerte entrar en razón. Fantasear no tiene nada de malo, muchacho. Un poco de imaginación no tiene nada de malo. Sólo que debes entender la diferencia entre la fantasía y la realidad; de lo contrario, tu cerebro nunca madurará. Nunca se convertirá en el cerebro de un Simón Grande. Así que, anda, cuéntanos sobre tu señor Belci. Vamos. ¿Cómo es él?

—No es como nada —respondió el niño.

—¿Como nada en este mundo? —preguntó su padre—. Qué tipo

más terrible.

—No le tengo miedo —afirmó el niño, sonriendo—. Ni siquiera un poquito.

—Más te vale —dijo su padre—. De lo contrario, tendrías miedo de ti mismo. Siempre le digo a la gente, a personas mucho mayores que tú, que se temen a sí mismos. ¿Es un hombre gracioso? ¿Es un gigante?

—A veces lo es —aceptó el niño.

—A veces es una cosa, a veces otra —reflexionó su padre—. Suena muy vago. ¿Por qué no puedes describirnos con claridad cómo es?

—Yo lo amo —afirmó el niño—, Y él me ama a mí.

—Esa es una palabra de mucho peso —dijo el señor Cárter—. Sería mejor sólo destinarla a cosas reales, como Simón Grande y Simón Chico.

—Él es real —aseguró el niño con convicción—. No es un tonto. Es real —Dime algo —pidió su padre—. Cuando bajas al jardín, no hay nadie más ahí, ¿o sí?

—No —respondió el niño.

—Entonces piensas en él, en tu cabeza, y él aparece.

—No —afirmó Simón Chico—. Tengo que hacer algunas marcas. En el piso. Con mi varita.

—Eso no tiene importancia.

—Sí la tiene.

—Simón Chico, estás siendo obstinado —lo reprendió el señor Cárter—, Estoy tratando de explicarte algo. Llevo más tiempo en este mundo que tú, así que, naturalmente, soy más viejo y más sabio. Te explicaba que el señor Belci es una fantasía tuya. ¿Escuchaste? ¿Entendiste?

—Sí, papi.

—Él es un juego. Es un “finjamos que”.

El niño bajó la mirada hacia su plato y sonrió resignado.

—Espero que me estés escuchando —amenazó el padre—. Lo único que tienes que hacer es decir: “He estado jugando un juego de “finjamos que” con alguien que inventé, que se llama señor Belci". Entonces nadie te acusará de decir mentiras, y entenderás la diferencia entre la fantasía y la realidad. El señor Belci es una fantasía —El niño mantuvo la mirada fija en su plato—, A veces está aquí y a veces no está aquí —prosiguió el señor Cárter—. A veces es como una cosa, y a veces es otra. No puedes verlo en realidad. No como me ves a mí. Yo soy real. No puedes tocarlo como puedes tocarme a mí. Ni como yo puedo tocarte. — El señor Cárter extendió su enorme mano blanca de dentista y sujetó a su pequeño hijo de la nuca. Guardó silencio unos segúndos y lo estrujó. El niño bajó la cabeza todavía más—. Ahora

sabes cuál es la diferencia —continuó el señor Cárter— entre algo fingido y algo real. Tú y yo somos una cosa, él es otra. ¿Cuál es la fingida? Vamos, contéstame. ¿Cuál es la fingida?

—Simón Grande y Simón Chico —respondió el niño.

—¡No lo hagas! —exclamó Betty. y de inmediato se cubrió la boca con la mano, ya que, ¿por qué habría una visita de gritar: “¡No lo hagas!" cuando un padre intenta explicarle algo a su hijo de forma científica y moderna? Además, al padre podría molestarle.

—Bueno, muchacho —señaló el señor Cárter—, Siempre digo que debes tener la oportunidad de aprender de la experiencia. Ve arriba. Directo a tu habitación. Aprenderás si es mejor razonar o ser perverso y obstinado. Sube. Yo te seguiré.

—No lo golpearás, ¿o sí? —exclamó la señora Cárter.

—No —contestó el niño—. El señor Belci no se lo permitirá.

—¡Anda de una vez, arriba! —gritó su padre.

Simón Chico se detuvo frente a la puerta.

—Él dijo que no permitiría que nadie me lastimara —lloriqueó—. Dijo que vendría como un león, con todo y alas, y que los devoraría.

—¡Ya verás cuán real es! —vociferó su padre—. Si no puedes aprenderlo a la buena, tendrás que aprenderlo a la mala. Te bajaré los calzones. Pero primero terminaré mi taza de té —les dijo a las mujeres.

Ninguno de los tres habló. El señor Cárter se acabó su té y salió de la habitación sin prisa alguna, lavándose las manos con su agua y jabón invisibles.

La señora Cárter se quedó callada. A Betty no se le ocurría nada que decir. Quería mantener la conversación viva, porque tenía miedo de lo que podrían oír.

De repente, sucedió. Pareció desgarrar el aire.

—¡Dios mío! —exclamó Betty—. ¿Qué fue eso? Le ha hecho daño. —Se paró deprisa de la silla, mientras sus ridículos ojos brillaban bajo los anteojos—. ¡Voy a subir! —dijo, temblando.

—Sí, subamos —consintió la señora Cárter—, Subamos. Ese no fue Simón Chico.

En el rellano del segundo piso encontraron el zapato, con el pie del hombre aún metido dentro, como si fuera el último bocado de ratón que queda colgando sin pena ni gloria del hocico de un gato.

ENTREGA ESPECIAL

Fue CON LOS OJOS bien abiertos y una reticencia que rayaba en el terror, que Albert Baker se rindió ante la pasión que iba a cambiarle la vida entera. "¿Estoy loco?", se preguntó. Abordó esta pregunta al final de una larga carta dirigida a un tal Gran Hermano Frank, quien daba consejos honestos en la columna "Correspondencias del corazón", del famoso periódico *Optimismo semanal*. Los editores decidieron imprimir su carta completa.

Estimado señor:

Disculpe que le escriba, pero usted dice que escribamos nuestros conflictos. Estoy en un conflicto y no puedo consultar a nadie más, o dirán que estoy loco. Estoy enamorado. Sólo que la joven en cuestión no es como las otras. Es diferente. ¿Alguna vez ha recorrido la calle Oxford a las ocho de la mañana? Yo tengo que hacerlo todas las mañanas porque ahí trabajo. En los aparadores uno ve a los muchachos cargando a las jóvenes que vestirán ese día. Se les puede admirar a lo largo del aparador de cristal, como la antigua pintura de los romanos y las mujeres raptadas, sólo que no tan gordas. Algunas forcejean, otras rodean con sus brazos los cuellos de los muchachos, aunque miran a través de la ventana. Ella, en cambio, no forcejea ni mira a través de la ventana. Ella es una de esas jóvenes, y yo soy uno de esos muchachos.

Seguramente no dista mucho de enamorarse de una estrella de cine. Llevo cuatro años viviendo en Londres, con este trabajo, sin nadie con quien hablarlo. Pero ella parece saber todo lo que intento decir. Tiene unos enormes ojos azules, como si proviniera de la Riviera, pero más amables.

Afín de cuentas, ¿qué quiere uno con una joven si no es algo más elevado? Más allá de lo de la Riviera, cuido de ella en todos sentidos, y cualquiera creería que ella lo sabe. Las chicas

ordinarias no lo saben, se lo aseguro.

La llevo y la cubro hasta que está completamente vestida; nadie hablará de ella. Como sea, no entiendo por qué es algo tan complicado. No estoy loco, ella es lo que quiero: no todos queremos tanta charla o una familia. Uno querría a alguien que lo comprendiera para ser feliz. La cuidaría, pero cuesta treinta libras: daría lo mismo si pido el cielo, la luna y las estrellas. Además, si tuviera treinta libras, me dirían que es una locura o que tengo intenciones inmorales. No es así.

En la tienda me escucharon hablar con ella y me molestan todo el tiempo. Sabré qué hacer si sé lo que soy. Y estoy decidido a hacer algo al respecto. Por favor, Gran Hermano, dígame si cree que ellos tienen razón. ¿Estoy loco?

Sinceramente,
Albert Baker

La respuesta del Gran Hermano Frank venía impresa debajo. “Toma baños fríos y ejercítate al aire libre", escribió el amable consejero. “Cambia de ocupación. Si descubres que eres incapaz de abandonar este distorsionado y perverso apego, consulta a un psiquiatra confiable y, de ser necesario, intérnate para recibir tratamiento.”

“Así que estoy loco”, pensó Albert cuando recibió el periódico el viernes por la mañana.

—Pues bien, ya decidí hacer algo al respecto. —Su voz tenía un toque de arrogancia. El único plan de Albert era quedarse callado y ver qué podía hacer.

A las siete y media de la mañana hay sólo una cosa que un asistente de compras puede hacer; eso es. apresurarse para llegar al trabajo cuanto antes, en especial si tiene que caminar desde Paddington. Estar loco es una cosa, pero llegar tarde a Rudd & Agnew Ltd. es otra. La locura de Albert no llegaba a tanto.

Así que emprendió el camino desde sus aposentos con la boca y los ojos bien abiertos. “Si llego tarde, alguien más la sujetará", se dijo. “La inclinarán. Harán lo que sea. Debo darme prisa."

—Llegaré a tiempo —le dijo a Eva, hablando a través de la gloria desoladora del amanecer de un nuevo día. el día en que confirmaba su locura y todo era posible; el amanecer en el que ella y él podían estar absoluta y tremendamente solos—. Jamás te decepcionaría.

Por desgracia. Albert se abandonó a un sueño, el sueño de su prisa matutina por llegar a Rudd & Agnew para entrar al salón vacío y levantar la sábana protectora. “Despierta", solía decir. “¿Está todo bien? Pon tus brazos alrededor de mi cuerpo. Estás indefensa. ¿verdad? Aquí está tu sostén. Aquí están tus cosas." (Las modelos de

Rudd & Agnew eran sumamente realistas; perfectas en casi cualquier aspecto.) “Vamos. Nadie puede verte. Apúrate y tendremos un momento a solas antes de que entren. ¿Qué soñaste? ¿Soñaste con la casa?”

Al abandonarse a sí mismo en este ensayo, Albert volvió a bajar el ritmo sin notarlo. Cuando reaccionó, estaba frente a los ladrillos de la entrada para empleados y fue devorado por el aroma seco de las tiendas departamentales frente al reloj que marcaba tres minutos después de las ocho. “Ya deben de estar aquí.”

Atravesó las catacumbas volando, entró a la tienda principal, bajó y subió las escaleras y cruzó un puente interior. Desde la galería, veía al otro lado los pasillos tras las ventanas principales. Como hormigas cargadas en un hormiguero aplastado, los hombres corrían de arriba abajo con sus cargas inmóviles y pálidas. Albert vio con claridad cómo el chiste del día se transmitía de los labios de unos a los ojos de otros cuando sus caminos se cruzaban, mientras cargaban a sus céreas circasianas, esas encantadoras y orgullosas princesas de caras afligidas y ojos separados, a quienes llevaban de su misteriosa noche al odioso aseo de preparación para el largo día de esclavitud mercantil. Luego se escucharon una cachetada y una carcajada.

—No, nada de eso —dijo el gerente del almacén sin poder contener la sonrisa malévola que le despertó lo que Clarkie estaba haciendo.

Al pasear por la galería, Albert distinguió que había tres o cuatro modelos juntas en el rincón donde yacía Eva, donde la había acomodado para que durmiera la noche anterior después de que todos se hubieran ido. Estaban fuera de la vista del gerente, agachadas. La odiosa voz de Miller sonó desde el centro del grupo.

—Ay, ¡por Dios! —gritó Albert—. La tienen.

Bajó las escaleras corriendo como uno haría en una pesadilla, sin fijarse en los escalones; pasó las telas de satén y llegó a las modelos francesas.

—La estatua viviente número tres —escuchó decir a Miller—. El idilio de Albert o…

Vio sus propias manos abalanzarse frente a sí mismo, sin esperar instrucción alguna; con los dedos rodeó la nuca de Miller. Pero se le resbalaron por culpa de la cera para el cabello. Aun así, le enterró las uñas.

Enseguida. Miller se levantó y lo confrontó.

—¿Qué te hace pensar que puedes hacerme eso? —inquirió Miller —, ¡Eres un pobre lunático!

Se escuchó un chasquido devastador y estrepitoso; Miller le había soltado una cachetada.

—Déjala en paz —declaró Albert—, o juro que te mataré.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó el gerente mientras se acercaba deprisa.

—Me enterró las uñas en el cuello, eso es lo que pasó —contestó Miller con malicia para defender sus derechos, con justa razón—. Creo que me sacó sangre.

A Albert le temblaba el labio inferior, como si algo ajeno a él lo hubiera poseído.

—La había agarrado —dijo al fin.

Todos miraron a Eva, desnuda, cuya mirada fija trascendía cualquier vergüenza, como los ojos de un león que ven más allá de los barrotes y la multitud. Albert se agachó y la colocó en una posición más adecuada. Ella lo ignoró. Furiosa de que la hubiera decepcionado, lo ignoró.

—¿Y qué si la agarró? —interrogó el gerente—, ¿Crees que Rudd & Agnew espera a que tú vengas a cualquier hora a arreglar las vitrinas?

—Perdón, señor—susurró Albert.

—Tendré que reportarte. Sigue con tu trabajo.

Albert se quedó a solas con Eva.

—Si me despiden, ¿quién te cuidará? —susurró—. No seas tan dura. Eva. No lo pude evitar. Y tenía algo que decirte. ¿No quieres saber qué es? ¿Sí quieres? ¿En serio? De acuerdo, escucha…

Eva le lanzó una mirada inconfundible de empatía y perdón que elevó a Albert a un estado de precaria exaltación. De hecho, se arriesgó dos veces para salir por la entrada principal, desde donde alcanzaba a ver de reojo su mirada. Le parecía imposible que pudieran despedirlo.

Sin embargo, después de la hora del almuerzo, las cosas cambiaron. Albert pasó su descanso caminando de un lado a otro frente a la tienda: era un ejercicio que no estaba prohibido porque nadie había pensado jamás en hacerlo. Poco después de que entró, Miller llegó entero, triunfante, cargando una copia del *Optimismo semanal*. Cuando pasó junto a Albert se lo enseñó y esbozó una amplia sonrisa.

—¡Qué tonto! —se reprochó Albert—. ¡Qué tonto he sido!

—¡Miren aquí, muchachos! —gritó Miller tan fuerte como pudo—. Vengan acá atrás. ¡Clarkie! ¡Sid! Vengan. Aunque sea un momento. Lo vale.

—Regresen a sus mostradores —lo interrumpió el gerente al percibir la agitación—. ¿Ahora qué, Miller? Por Dios.

—Sólo es algo que prueba una cosa —contestó Miller con un aire de rectitud mientras le entregaba al gerente esa página fatal.

—¡Esto es serio! —exclamó el gerente, mirando a Albert—. Este es un asunto para el secretario. Me llevaré esta hoja, Miller. Se la llevaré

al señor Schilberg yo mismo.

Se fue, y Albert se quedó solo, de pie. en el ojo del huracán de miradas, como un hombre a punto de ser ejecutado. “Está bien que me despidan”, dijo para sí. “O quién sabe. Tal vez me obliguen a renunciar."

Ese pensamiento puso sus piernas en marcha.

—No te vayas. Es mejor que te quedes cerca —clamó un hombre de apariencia bondadosa—. Te llamarán en un momento.

—Que lo hagan —respondió Albert—. Yo me voy.

—Bueno, pues no veo que te vayas —dijo el otro a la defensiva.

—¡Me voy! —gritó Albert mientras dejaba atrás al resto de sus colegas. —Todos voltearon a verlo y luego desviaron la mirada. Subió las escaleras, rodeó la galería y recorrió los pasillos hasta llegar a donde estaba el guardia—. Me voy —repitió Albert mientras marcaba su tarjeta una última vez.

—Eso veo —contestó el guardia con indiferencia.

Salió a la calle y dio vuelta en la calle Oxford: cruzó la avenida con la esperanza de poder hacerle una seña a Eva que fuera incompresible para el mundo. Tan pronto la vio, supo cuál era su propósito. Caminó manteniendo el ritmo y entró por la puerta más lejana al área de herramientas, donde era poco probable que hubieran llegado las noticias y podría pasar desapercibido.

Entró por la puerta del personal, cruzó unos pasillos laberínticos y encontró un rincón en un almacén en el que podría permanecer oculto hasta la hora del cierre. Ahí se acostó, con los ojos cerrados y las manos dobladas como un muerto, pero el tictac de un reloj retumbaba en su cerebro.

A las siete en punto se levantó y salió en silencio. Estaba relajado, tranquilo, muy diferente. El lugar entero era diferente. Un rayo de luz se colaba entre las persianas del fondo: el cristal del domo comenzaba a azularse, y las galerías se inundaron de oscuridad; aparecían escaleras voladoras cuando la luz les pegaba y se esfumaban en el aire cuando la oscuridad las devoraba. Sombras apiladas, fachadas ladeadas de sueños apilados se ensamblaban como los rascacielos de una nueva ciudad, de piso en piso y sin cimientos, hasta llegar al domo mismo. El velador, un ser de sombras, vagaba con calma a través de los menguantes territorios luminosos. Albert, oculto en una sombra más densa, lo siguió, más oscuro y más silencioso que el velador, y actuando con más sutileza que la oscuridad circundante.

El velador entró a la sala principal, atravesó la zona de las modelos francesas y desapareció en un grueso paisaje de oscuridad en el extremo opuesto. Albert, adueñándose de la situación, supo exactamente con cuántos minutos contaba antes de que el velador

diera su rondín de nuevo: después de eso, avanzó en silencio.

Hizo a un lado las sábanas protectoras. Las modelos estaban amontonadas, reunidas como si fueran las víctimas de una ciudad olvidada dentro de un costal. Algunas estaban de pie, incapaces de relajarse; otras, en cuatro puntos, veían hacia el suelo, buscando el consuelo de las lágrimas. Otras cuantas, con el ingenio deslavado por el horror, estaban sentadas con las piernas estiradas y los brazos vencidos a los costados, mirando estúpidamente hacia una oscuridad más profunda que la noche.

—¡Eva! —susurró Albert—. ¿Dónde estás? —La encontró un poco apartada de las demás, sentada, como si esperara que alguien llegara por ella—. Sabías que vendría —dijo Albert al levantarla. La cara de Eva se apoyó sobre la de él, y con los labios le rozó la mejilla—. Estás fría. Estás acostumbrada a tu cama.

Tomó la sábana y la acomodó sobre su cuello. Los dobleces pálidos cayeron sobre ambos.

Esa doble figura encapotada, ese abrazo caminante de vida y muerte, esa hermosa pesadilla bajo un caparazón de algodón ahora corría en silencio, un tanto tambaleante, hacia las espirales de luz de hierro corrugado, sobre los puentes colgantes, ora tragada por la oscuridad, ora avistada más arriba, todavía subiendo cual araña, hasta que llegó a los corredores superiores y al santuario de la bodeguita.

Albert cerró la puerta, tendió una cama de envoltorios, recostó a Eva, apoyó la cabeza sobre su regazo y los cubrió a ambos con la sábana. Eva lo miró. Aún entraba algo de luz por una ventanita circular, como un portillo. Él la veía mirándolo, con los ojos fijos y tranquilos, como si lo analizara: su rostro débil de perfil trémulo y enclenque, su pelo sedoso e insignificante. De cualquier forma, él era su salvador. Más que eso. porque eso apenas era un trabajo; para ella era el único hombre en el mundo. Si alguna vez amara, debía amarlo a él. Cualesquiera que fueran sus recuerdos, ya no había nadie más. El resto eran monstruos cegados por la furia. A pesar de los pesares, él era la única criatura que ella podía amar. "¿Qué puedo hacer?", pensó Albert, abrumado por las responsabilidades que había adquirido con este tremendo acto azaroso que le impuso a Eva la necesidad de amarlo y a él la obligación de ser digno de ella.

El alba, amenazante, lo hizo volver de un millar de espléndidos asuntos espirituales a uno muy práctico:

—No te puedo dejar aquí. ¿Qué haré?

Albert no era un hombre de acción. Su mente era débil, cerril, limitada por los cientos de hábitos de su tímido servilismo. Se agachó, con la cabeza entre las manos, consciente, pero no tanto del problema, sino de los ojos azules de Eva que esperaban su decisión.

De pronto Albert se levantó.

—Ya sé. Me han orillado a esto. Pero no importa. Sólo haz lo que te digo. Confía en mí. —Hizo un énfasis sustancial en esa última palabra. Luego levantó a Eva y la acomodó en una esquina, como si fuera un mero maniquí—. Guarda silencio. Te voy a entregar, como si fuera el protagonista de un libro.

Salió al crepúsculo de la inmensa tienda; un crepúsculo matutino, muy distinto al del mundo exterior. Albert estaba igual de transformado. Ya no era la sombra escurridiza de un ratón que corre de tiniebla en tiniebla. sino un joven audaz y determinado. Estaba perfectamente preparado para noquear al velador con un rollo de linón si se lo topaba cerca de las telas, o para encapucharlo con una faja si sus caminos se cruzaban en la sección de lencería, o para amordazarlo con unos guantes en la sección de guantes, o para estrangularlo con una media en la sección de calcetas y medias, o para derribarlo con un pepino en la sección de frutas y verduras. Sólo suplicó con devoción que el encuentro no ocurriera en la sección de herramientas ni en la de cocina, pues Albert era la criatura más tibia y gentil que hubiera respirado jamás, y aborrecía la sangre. Como el velador creía imposible que hubiera un asalto a las seis en punto en una mañana de junio, se encontraba en su cuartito lejos del sótano, enfocado en la placentera preparación de una taza de chocolate caliente que le ayudaría a mantener a raya los efectos nocivos del aire nocturno.

Albert, que ignoraba esto y estaba decidido a lidiar con una docena de veladores de ser necesario, estaba embriagado por su primer y único acto de valentía, así que se levantó con la espalda erguida y la frente en alto.

Una vez que armó un atuendo completo para Eva. mucho más alegre que el que tenía antes, se dirigió a la oficina principal con osadía, al escritorio donde llenaban los formularios para entregas especiales y, de la libreta que encontró, escogió un nombre de la lista de clientes: “Lie. Raymond Pinckney, Mulberry Grove 14. Hampstead”. Copió los datos en el formulario y lo completó con las palabras: “Una modelo. Arreglo especial. Entregar a las nueve de la mañana”.

—Pero, ¿qué día es hoy? —murmuró Albert. Se le estrujó el corazón; estaba acabado. Se había topado con el punto ciego que lleva a los criminales a la perdición. ¡O tal vez no! Había un calendario: ayer había sido viernes porque tuvo que lavar la ropa: hoy, por lo tanto, era sábado—. ¿Quién dice que estoy loco? “Entregar a las nueve de la mañana. Sábado 4 de junio, sin falta.” Ahora, el sello. —Buscó en el cajón de en medio, y ahí estaba Todo fluía como el agua. Contento, sacó dinero de la caja para sus gastos y regresó deprisa con

Eva. Ella lo miró inquisitivamente— No te preocupes —le dijo—. He sido valiente. Ven, te voy a envolver. Después de vestirte, claro está.

Albert vistió a Eva. lo cual no fue una tarea difícil. Luego, la envolvió con un papel grisáceo, aunque dejó un orificio para que entraran luz y aire. Finalmente, se dispuso a esperar que el reloj marcara las ocho. Durante ese largo intervalo se quedó igual de quieto que Eva. No se atrevía a moverse ni a pensar, y apenas si respiraba. Se quedó sentado, apretando un torniquete alrededor de su valentía, que empezaba a menguar. No escuchó cuando el reloj marcó las siete ni el choque de los baldes de agua para trapear ni el zumbido de las aspiradoras; sólo escuchaba una dorada reverberación que continuó hasta que el reloj marcó las ocho.

Levantó a Eva y bajó las escaleras corriendo hacia un tosco elevador de servicio que, a su vez, lo llevó al patio de mercancías, donde, sin parar, caminó en línea recta y le mostró el formulario al guardia indiferente.

—Entrega especial. Necesito tomar un taxi.

Albert miró a su alrededor: ¡había llegado a la calle!

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho? —se lamentó. La gente lo miraba: en cualquier segundo se darían cuenta y lo perseguirían. Olvidó por completo lo del taxi; toda su voluntad y pensamientos se enfocaron en el único propósito de no echarse a correr.

En automático, tomó el camino que llevaba a su hogar. En cuatro ocasiones vio a un policía a la distancia y caminó con pies de plomo bajo su mirada inquisitiva hasta rebasarlo; cruzó la línea entre la aproximación descarada y la huida que delataría su culpa, sintió los ojos en la espalda y esperó el grito.

Pasó junto a un grupo de niños que iban camino a la escuela

—¡Miren lo que lleva! —gritaron—. ¡Es Jack el Destripador!

No había almorzado ni cenado ni desayunado ni dormido. Para entonces, el sol de la mañana ya era sofocante. Eva, a quien había podido cargar sin problemas, como un caballero o un ladrón, se había vuelto un peso insoportable. Le dolía cada articulación, las rodillas se le doblaban, la cabeza le daba vueltas; alguna persona en la calle podría empezar a perseguirlos en cualquier momento. Nunca una criatura había sido tan universalmente perseguida ni se había movido con una lentitud tan lamentable.

Al fin, dio vuelta en su peligrosa calle y trastabilló por el corredor apestoso. Su casera, que lo había espiado a través de la ventana del sótano, lo llamó desde las escaleras que llevaban a la cocina.

—¿Es usted, señor Baker? —gritó.

Albert se paró en seco. Su habitación estaba dos pisos arriba, pero ya se la imaginaba como si estuviera en la puerta: la penumbra, la

suciedad, la promesa de unas cuantas horas de sosiego con Eva. No había pensado en lo que vendría después. Lo único que quería eran unas cuantas horas en ese cuarto. Había atravesado las calles infernales para eso, y ahora, por el tono en la voz de la casera, sabía que nunca vería su cuarto de nuevo. Comenzó a llorar.

—Sí, soy yo, señora Budgen —contestó con la voz entrecortada por los sollozos.

—Señor Baker, me preguntaron por usted —vociferó la casera—. Me parece que eran policías vestidos de civiles. Quisiera hablar con usted, ahora mismo. Yo…

—De acuerdo, señora Budgen. Bajaré en un segundo. Sólo debo ir al baño. —Se tomó unos segundos para respirar, luego cargó a Eva de nuevo y salió por la puerta principal, hacia la calle monstruosa. Llegó a la esquina y vio varios taxis pasar en la calle Praed—. Debo tomar un taxi —dijo en voz alta, como si todavía le estuviera hablando al guardia del patio de mercancías—. No sé adonde iré—. ¡Hey! —llamó Albert a un taxi que pasaba. El taxi pasó sin percatarse de su existencia— ¡Hey! Para, ¿quieres? ¿Estás loco?

Con un lamentable tambaleo espabiló las rodillas cansadas y alcanzó al taxi unos metros más adelante, en el cruce donde se había detenido. El conductor lo miró mientras él jadeaba a su lado.

—Aquí estás —dijo Albert mirando el papel de entrega que había tenido todo el tiempo en la mano—. Pinckney, Mulberry Grove 14, Hampstead.

—De acuerdo —respondió el conductor. Albert se dejó caer en el asiento y arrancaron.

Albert abrazó a Eva contra su cuerpo y cerró los ojos. Un estertor, como el que los moribundos sienten antes de su último aliento, lo hizo volver en sí. Había sol, pero no se parecía en nada a la mirada amenazante en las calles ruidosas, pues estaba filtrado por las hojas de los tilos. Había un glorioso silencio, una reja verde, un camino de grava, una fachada sonriente…, pacífica, próspera y para nada hostil.

Albert se quedó de pie en el porche, rodeando a Eva con un brazo. Un hombre de rostro amable, con pantalones azules de sarga y chaleco, estaba de pie en la entrada.

—¿Nunca has oído hablar de la puerta de servicio? —preguntó con afabilidad.

—Esto de aquí es especial —contestó Albert mientras sacaba la hoja.

—Bueno, pues viniste al lugar equivocado —dijo el hombre—. El señor Pinckney vive en Hall. Two Rivers Hall, Baddingly, Suffolk. Deberían saberlo en la tienda. Regrésalo de inmediato.

—Pero es un pedido muy especial —murmuró Albert desesperado,

ofreciéndole la hoja al señor.

El hombre sopesó la situación por un momento.

—Déjalo aquí. El chofer vendrá pronto. Él lo llevará.

—Tengo que entregarlo en persona —agregó Albert—. Esto es especial.

—De acuerdo. Pero tendrás que regresar por tu cuenta.

—No se preocupe por mí.

Luego de eso siguió otro sueño: Albert estaba sentado en la parte trasera de un auto amplio junto a Eva. quien tenía la envoltura un poco abierta para recibir el aire fresco y ver los campos pasar. No se dijo ni una palabra. Albert ya no siguió tratando de encajar las piezas en su cabeza. Deseaba que el viaje durara para siempre, pero, como tenía que terminar, se alegró de que terminara frente a una casa tranquila, ubicada en una loma de Suffolk, rodeada de paredes rojas y jardines verdes a la sombra de los viejos árboles.

—El señor está en el estudio —le informó una vieja al chofer.

—Tú ven conmigo —le ordenó el chofer a Albert.

Albert lo siguió con su preciada carga hasta el patio adoquinado de un establo. El chofer tocó la puerta.

—Un joven de Rudd & Agnew. Entrega especial —anunció.

—¿Qué es? —preguntó una voz—. Hazlo pasar. —Albert se encontró en un cuarto gigante. Era un ático y un establo al mismo tiempo, con una amplia ventana en un costado. Un gran lienzo reposaba sobre un caballete: había cientos de pinceles, paletas y cajas de pinturas de colores. Un joven descansaba muy cómodo en un sillón de bejuco y leía una novela. Aquel joven miró a Albert. Tenía cara de mono y era tan feo que espantaba, con suspicaces ojos cafés y pelo que le caía sobre la frente, suéter de algodón, pantalones playeros, zapatos de paja y una pipa—. Bueno, ¿qué es?

—Le traigo… —respondió Albert—. Le traigo…, le traigo esto. —Jaló un poco más la envoltura.

—Yo no pedí nada parecido a eso. La has traído al lugar equivocado.

—Pero aquí está escrito —dijo Albert, enseñándole la hoja.

—Yo no uso ese tipo de modelo. Aunque no sería mala idea. Pero bueno, de todos modos, pide que te den un poco de cerveza en la cocina y después la regresas.

—No —Albert se opuso. Empezó a temblar y a estremecerse. Miró al señor Pinckney con la desesperación de un conejo. El señor Pinckney le devolvió la mirada.

—¿Qué diablos está pasando?

—Señor, ¿alguna vez se ha enamorado?

—No voy a hablar de eso —contestó el espantoso joven.

—Si no sabe de lo que hablo, no tiene caso seguir. Está bien, me iré. Vamos, Eva. No lo puedo evitar. Debemos irnos.

—Espera un momento —lo detuvo el señor Pinckney—, Tranquilo. Cuéntamelo y entenderé.

—La cosa está así… —Albert comenzó a contarle su extraña historia.

—Estás muy loco —concluyó Pinckney.

—Eso dicen. Pero soy un ser humano, ¿no? Podría ser feliz.

—Me gusta tu filosofía. Loco pero feliz.

—¿Alguna vez he sido feliz? —se preguntó Albert.

—Continúa.

—Además, ¿qué hay de ella? Pero bueno, usted se está riendo. Se está burlando de mí —alzó la voz peligrosamente.

—¿Qué harías con ella?

—La cuidaría, pero no para que se burlen de ella. No. En fin, me iré.

—Escucha. Si quieres cuidarla, no la dejes así en la mesa. Acomódala en el sillón.

—Sí, señor, lo haré. Me daba pena preguntar.

—Quítale esa envoltura voluminosa —ordenó el señor Pinckney con aspereza. Albert le sonrió.

—Así que estás enamorado de ella y quieres ser feliz. ¿Cómo te llamas, por cierto?

—Albert Baker. Y ella es Eva.

—Bueno, Baker—dijo Pinckney en tono mandón—. No te prometo nada; estás aquí en paz y silencio, pero sólo por ahora. La cantidad de tiempo dependerá de muchas cosas: más que nada de cómo te comportes. Estás loco, no lo olvides. Y me importa un comino, pero tienes que ser sensato al respecto. Escucha esto: si alguna vez sientes un impulso arrollador, si alguna vez sientes que debes hacer algo, lo que sea. me lo debes decir antes, ¿escuchaste?

—Sí, señor—exclamó Albert—. Si me permite, debo… debo ir al baño. No quepo de felicidad.

—¡Excelente! Ve y siéntate debajo de ese árbol de ahí. Eva estará de maravilla. Está descansando.

—Está bien. Confía en usted.

Cuando se fue. Pinckney tomó el teléfono y llamó a su abogado.

—Lo mantendré aquí —concluyó—. Bueno, eso haré, eso es todo… Sí, pero diles que deben pagar por su maldita modelo.

Es todo lo que les importa… Sí. Me hago responsable de él… Eso es todo, nuestro respetado cliente… Mientras lo arregles… Oh, es terrible, absolutamente terrible… Aunque funcionaría pintarrajearla

por diversión… Bien, ¿me mantendrás al tanto? ¡Gracias, buen hombre! De acuerdo.

Pinckney colgó. “Él lo arreglará”, pensó para sus adentros. “Pero me guardaré ese detalle, por si acaso hay que mantener al tipo a raya. Si se ve deprimido, se lo diré.”

Albert, sin embargo, no parecía deprimido. La travesía por las calles de Londres le había dejado ciertas lagunas mentales y se veía un poco aturdido; tenía la boca entreabierta, y por momentos los ojos se le llenaban de lágrimas, pero luego llegó a una feliz conclusión que se transformó en un sentimiento, como un capullo que florecía en su mente. Aunque a ojos del mundo no pareciera estar pasando nada.

—Es un poco raro, ¿no? —le comentó Mabel a la mucama.

—Una crisis nerviosa. Eso es lo que dice el señor Pinckney. El hijo de mi hermana tuvo una de ésas. Lo metieron a un manicomio.

—Pero no da problemas —agregó Mabel—. Limpia su propio cuarto, cuando menos. Es curioso que cierra la puerta como si resguardara las joyas de la corona.

—Es muy complaciente y acomedido. Lo mejor será dejarlo en paz.

A Albert le dieron el cuarto de un antiguo chofer, hasta el fondo de los establos. Boleaba los zapatos y le ayudaba a la mucama. a quien le indicaron que nunca debía mandarlo al pueblo. La mayor parte del tiempo ayudaba a los jardineros en los campos verdes que prácticamente eran puro pasto y árboles. Desde la ventana opaca, Eva lo veía trabajar por ella bajo la sombra amarilla de los tilos, bajo la sombra negra de los morales y bajo la sombra verde de las inmensas hayas.

Al atardecer, Albert merendaba en el cuarto de la mucama.

—Gracias, señora —decía cuando terminaba—. Gracias, señorita —le decía a Mabel Era muy educado, pues, para él, ellas eran ángeles menores, instrumentos del gran poder que mantenía el mundo bajo control. Después se apresuraba a su cuarto para contarle a Eva—, Hoy se me acercó —solía decirle—. Eva, es un hombre tan amable. No sabes cuánto. Siempre habla golpeado, pero en broma. Cuando te menciona, es de lo más respetuoso. Sabe lo que eres. Debí contarte antes, pero fue su idea que te trajera rosas. Es sólo que creí que te gustaría que hubiera sido mi idea.

Eso era apenas el inicio de su tarde, que se extendía hasta la amena noche de verano, pues Albert dormía muy poco y, cuando lo hacía, Eva cobraba vida en sus sueños.

—¿Eres miserable? —él le preguntaba—. ¿Todavía añoras la Riviera?

—Ya no —respondía ella con dulzura.

—Esto es mejor que la tienda, ¿no? —decía él, ansioso.

—Es agradable estar contigo.

—¿Lo dices en serio? —preguntaba Albert con desesperación—. ¿Conmigo?

Estos tiernos pasajes entre ellos sucedían en sueños tan entremezclados con la vigilia veraniega, que Albert pasaba de una cosa a otra con tanta facilidad y disimulo como lo hacía de la sombra del haya a la del tilo. A veces, Albert y Eva no se acostaban, sino que pasaban la noche pegados a la ventana, viendo el resplandor desvanecerse sobre los tejados del pueblo, al pie de la ladera, y no se movían de ahí hasta que el amanecer los iluminaba de nuevo.

Una tarde, bajo uno de estos amigables tejados rojos, se llevó a cabo una reunión que tenía que ver con la organización del festival de flores y la fiesta del pueblo. Durante la reunión se seleccionó a un grupo de funcionarios que estaría a cargo de la carpa para el evento, el portón, las casetas y la recolección de inscripciones.

—Propongo que le pidan al señor Ely que recolecte las inscripciones —sugirió el jardinero del cura.

—Secundo la moción —dijo el herrero.

—Si el señor Ely fuera tan amable… —dijo el secretario mientras le lanzaba una mirada inquisitiva al alguacil del pueblo, cuyo puesto le impedía participar en esas decisiones.

El señor Ely asintió de manera formidable, la propuesta fue aceptada por voto unánime, se incluyó en las actas, y se levantó la sesión.

A la mañana siguiente, el señor Ely montó su bicicleta y pedaleó con lentitud hacia Hall.

—¡Por Dios! —gritó Albert. que espiaba detrás del cerco—. Nos han encontrado. —Agachado, corrió a su habitación—. Vamos, Eva. Esto no es bueno. No podía durar para siempre. El buen hombre no nos puede salvar de nuevo. Es la policía.

Tomó a Eva y corrió entre los campos de setos hacia una arboleda lejana, y ahí, a campo traviesa, junto a las orillas polvorientas de los baldíos de verano, gateó entre los maizales, se adentró en la arboleda cuando era posible, se escabulló por los caminos cuando se le atravesaban, aguantó los gritos de un par de hombres en los campos, escapó de un perro que se le aventó por pasar junto a una casita en un claro y fue observado por unos terribles ojos desde arriba. A su alrededor, sentía la presencia de la red de autos y hombres, policías y vigilantes, y hasta el mismísimo secretario, que los buscaban a él y Eva.

Cayó la noche. Apenas si podía arrastrarse menos de cien metros seguidos, y después debía descansar un largo tiempo, pues sentía que la tierra le daba vueltas y la red de persecución lo arrinconaba.

—Eva. tendremos que avanzar toda la noche. ¿Aguantarás? —Eva no contestó—. Eres débil —le dijo Albert—. La cabeza te da vueltas y sientes que tu corazón se rinde, pero debemos seguir. Te he decepcionado otra vez, Eva. Debemos seguir. —Albert no guardó recuerdo de la última parte de la travesía nocturna, pero tuvieron que haber llegado a un acuerdo. Al despertar, estaba echado en una bahía profunda, sobre una mata de aulaga. Eva estaba recostada junto a él, con una actitud terrible, como la que tuvo aquella mañana fatal en el almacén—. Estírate, volveré en un minuto. Te voy a cuidar. —Pero el sol ya estaba alto cuando volvió a sentarse, y Eva seguía recostada igual que antes. Un insecto amarillo se posó en la mejilla de Eva: antes de que Albert pudiera hacer algo al respecto, el insecto caminó sobre su ojo azul, inmóvil—. ¡Eva! —exclamó—. ¿Qué pasa? Despierta. ¿Fue demasiado para ti? Di algo, hazlo. ¡Está muerta! —gritó al mundo entero—. Cargándola como lo hice…, la he matado.

Se abalanzó sobre la figura tendida. Le abrió el vestido y escuchó su corazón. Se quedó así un rato. El sol los cubría, reflejándose en el traje azul desgastado, quemando el pelo sedoso, devorando las mejillas enceradas, decolorando los ojos fijos azules.

La cara de Albert se veía tan inerte como la de Eva, hasta que de pronto cobró vida con una expresión distraída y fugaz que se semejaba muy poco a la esperanza. Pum. pum, pum, escuchó: pensó que era el corazón de Eva. latiendo de nuevo. Después se dio cuenta de que eran unas pisadas que se acercaban.

Levantó la cabeza. Había alguien del otro lado de los arbustos.

—No te molestarán, mi amor —le dijo a Eva, y se levantó y dio la vuelta para encarar a los intrusos.

No era la policía: eran dos hombres ordinarios, sucios, sin rasurar, que miraban a Albert con ojos perversos.

—Bien hecho —dijo uno de ellos.

—Te vimos —agregó el otro.

—Hay una ley contra este tipo de cosas —dijo el primero. Miró al cielo—. Puede costarte un par de libras que no te ejecuten por esto.

—Por una chica decente yo sí lo pagaría —agregó una vez más el otro.

—Que no te arrastren a la estación con sus gomas colgando junto a tus tobillos.

—Aléjense —advirtió Albert—. No tengo dinero. Es en serio. Pueden esculcarme si quieren.

—Tal vez la señorita traiga —sugirió el primer hombre una vez que se acercó a Albert.

—Si de verdad es una señorita, yo creo que sí trae —añadió el segundo.

—Y si no —continuó el primero—. Si no, Alf, ¿qué opinas? Para mi gusto se ve bien. ¡Qué pedazo de culo!

—Estoy puesto —dijo Alf mirando a su alrededor.

Los hombres se acercaron. Albert se puso frente a ellos con los brazos extendidos.

—Atrás —repitió, pero supo lo ligeras, planas e inútiles que eran sus palabras.

—Siéntate en él, Alf. Después me toca a mí.

Hubo un enfrentamiento. Albert, Dios sabe cómo, se zafó de Alf y se fue contra el primer hombre, lo tomó del cuello y le golpeó la cabeza.

—¡Basta! —gritó el hombre—. Quítamelo de encima. Alf, que me está humillando.

Albert sintió una mano. Al voltear, vio la cara sonriente de Alf.

—Suéltalo, insecto —exclamó Alf.

Albert cedió por un momento, pero luego lo pateó tan fuerte y vilmente como pudo. Se escuchó un aullido terrible. Alf cayó y se retorció en el suelo.

“¿Qué me van a hacer?", pensó Albert.

—¡Eva! Lo hice por ti —gritó.

—¡Me ha dado! —lloró Alf—. Me ha dado. Mata al…, ¡mátalo!

Albert sintió un golpe en la mandíbula, y algo retumbó en su cerebro.

—El knock-out —exclamó el primer hombre y se dio vuelta para ir adonde estaba Eva.

—Deja que le dé con mis botas —dijo Alf, mientras intentaba levantarse.

—¡Verdad de Dios! Mira, Alf. Es un estúpido maniquí.

—Vuelve acá —ordenó Alf—. Le diste muy duro. ¡Yo no fui!

—¿Qué pasa? —gritó el otro y se acercó deprisa.

—Lo reventaste. Yo me largo.

—Espera tantito, amigo. Piensa un poco. Estás tan metido en esto como yo. Mira, lo pateaste, ¿o crees que estoy ciego? Olvídalo. Hay que esconderlo. Eso es lo más importante.

—Aviéntalos al blanquizal, a los dos. ¡Vamos! Así parecerá que se cayeron. Nunca los hemos visto, ¿de acuerdo?

Minutos después, los dos hombres se fueron de ahí. El sol cubría el campo y calentaba todo, salvo el fondo fresco del blanquizal donde Eva y Albert yacían cómodos, sin que nadie los persiguiera. En otoño, cuando la ladera se desgajó sobre ellos. Albert quedó prensado junto a Eva para siempre.

SUFICIENTE CUERDA

Henry Fraser. quien tenía la convicción de que se podía lograr casi cualquier cosa con espejos, aceptó un trabajo en India. Tan pronto puso un pie en la costa, rompió en unas carcajadas incontrolables. Quienes lo recibieron preguntaron alarmados cuál era la causa de su alegría, y él les contestó que le había dado mucha risa recordar el truco indio de la cuerda.

Emitió sonidos similares y tuvo que dar la misma explicación durante el almuerzo de bienvenida que le organizaron; aquello también ocurrió en el parque Maidan, durante la degustación de chota pegs, en los rickshaws, en los bazares, en el club y en el campo de polo. En poco tiempo, de Bombay a Calcuta se le llegó a conocer como el hombre que se reía del truco indio de la cuerda, y él se vanagloriaba de la fama que eso le concedía.

No obstante, un día se encontraba sentado en su búngalo, tremendamente aburrido, cuando de pronto entró su sirviente y, tras las reverencias correspondientes, anunció que afuera había un charlatán que ansiaba tener el honor de entretener al sahib con una versión propia del truco indio de la cuerda. Tras una fuerte carcajada. Henry accedió y sacó su silla a la veranda.

Bajo el balcón, en el patio polvoriento, había un pobre diablo famélico que venía acompañado de un joven ágil, y traían una enorme canasta de mimbre y una espada gigantesca. De la canasta sacó alrededor de nueve metros de cuerda, hizo uno o dos pases y la lanzó por los aires. La cuerda se quedó colgando en el aire, lo cual hizo reír a Henry.

Luego, el joven hizo una cabriola, agarró la cuerda con fuerza y la trepó con pies y manos, como un changuito. Al llegar a la cima, se esfumó como si nunca hubiera existido. Henry soltó un bufido.

Entonces el hombre, con la mirada ansiosa en lo alto, empezó a gritarle al muchacho que bajara. Lo llamó por su nombre, le ordenó que volviera, le suplicó que bajara y empezó a maldecir como nunca

en la vida. Al parecer, el muchacho no tenía forma de inmutarse. Las risas de Henry se convirtieron en carcajadas.

El pobre ilusionista se puso la cimitarra enorme entre los dientes, agarró la cuerda y empezó a treparla como un marinero. Al llegar a la cima, desapareció también. Henry estaba fascinado.

De pronto se escucharon aullidos y chillidos provenientes de la nada, seguidos de un grito capaz de helarle la sangre a cualquiera. Del aire cayó una pierna que rebotó en el suelo; luego un brazo, un muslo, una cabeza y otras partes de un cuerpo, hasta que al final cayó un culo desnudo (y por fortuna no había damas presentes), el cual retumbó en la tierra como una bomba. Henry empezó a llorar de la risa.

Descendió entonces el ilusionista, agarrándose con una sola mano y farfullando de emoción. Hizo una reverencia y le presentó el arma hedionda a Henry para que la inspeccionara. Pero Henry se quedó paralizado en su asiento.

El hombre, al parecer abrumado por el remordimiento, reunió los fragmentos de su pequeño Patiño mientras enunciaba cientos de lamentaciones y súplicas dirigidas a cada uno de los grotescos miembros y los guardaba en el canasto enorme.

En ese instante, Henry, que sintió que era hora de revelar el truco y estaba dispuesto a apostar mil pavos a que habían plantado un montón de espejos en su patio antes de pedirle que saliera, sacó el revólver y disparó las seis balas en direcciones distintas, con la idea de quebrar al menos uno de los espejos engañosos.

Pero nada de eso ocurrió, y el ilusionista, tras una veloz pirueta de alarma, bajó la mirada al polvo a sus pies y alzó una pequeña serpiente del grosor de un lápiz de carbón que había muerto a causa de una de las balas perdidas de Henry. Soltó un suspiro de alivio, se tocó el turbante con gesto cortés, se dio media vuelta y rodeó un par de veces el canasto. Al instante, el muchacho salió del canasto, culebreando y retozando, y se veía entero, vivo, sonriente, lleno de vida y satisfecho.

El ilusionista le dio un fuerte jalón a la cuerda y se acercó tímidamente a Henry, rebosante de agradecimiento porque lo hubiera salvado de la picadura de la viborita venenosa, que era ni más ni menos que un húngaro; con una sola mordida, cualquiera saldría girando como rueda de la fortuna y. segundos después, caería muerto como un árbol.

—¡De no ser por la gracia de las divinidades —exclamó el hombre —, habría perdido la vida, y este pequeño diablo, que es mi más grande orgullo, se habría quedado desmembrado en el canasto hasta que los sirvientes del sahib decidieran lanzarlo a los cocodrilos! Nuestra despreciable vida y nuestros frugales dioses están desde ahora a disposición del sahib.

—No es necesario —dijo Henry—. Sólo le pido que me muestre cómo hizo ese truco, pues de otro modo me volveré el hazmerreír del país.

—¿No preferiría el sahib que le compartiera una extraordinaria fórmula secreta para detener la caída del cabello?

—No, no —contestó Henry—, Me conformo con el secreto del truco.

—Pero es que tengo en mis manos la receta de un tónico secreto muy particular que al sahib podría servirle…, tal vez no ahora, pero más adelante, cuando…

—¡El truco! —exclamó Henry—, ¡De inmediato!

—De acuerdo —respondió el ilusionista—. No hay nada más sencillo en el mundo. Se hace un pase así…

—Espere un segundo —lo interrumpió Henry—. ¿Así cómo?

—Justo así —dijo el ilusionista—. Luego lanza la cuerda de este modo. ¿Lo ve? Y ahí se queda.

—Eso veo.

—Cualquier muchacho podría treparla —agregó el ilusionista—. Anda, muchacho. Muéstrale al sahib cómo lo haces. —El muchacho sonriente trepó la cuerda y volvió a esfumarse—. Ahora bien, si el sahib me disculpa, volveré en un parpadeo. —Dicho eso, trepó la cuerda, el muchacho cayó en pedazos, y el hombre bajó deprisa por la cuerda—. Eso, todo eso lo puede hacer cualquiera. Pero el pase que hago en este punto tiene cierta maña. Si el sahib me hace favor de mirar de cerca… Justo así.

-¿Así?

—Exacto. Ya lo tiene dominado —lo animó el ilusionista.

—Qué interesante —comentó Henry—, Y, dígame, ¿qué hay al final de la cuerda?

—Ay, sahib, lo que hay ahí es algo extraordinario —contestó el ilusionista con una gran sonrisa.

Después de eso, se despidió con una reverencia y se fue, llevando consigo la cuerda, el canasto, la enorme cimitarra y al muchacho travieso. Henry se quedó un tanto taciturno. Del paso Jáiber a la meseta del Decán. se le conocía como el hombre que se burlaba del truco indio de la cuerda, pero después de ese día no volvería a darle risa.

Decidió guardar el secreto, pero por desgracia no bastó con eso. En el almuerzo, en la degustación de chota pegs, en el club, en el parque Maidan, en el bazar y en el campo de polo, la gente esperaba que se riera como caballo, y cuando estás en India tienes que hacer lo que la gente espera de ti. A partir de entonces. Henry se volvió muy impopular, las élites le dieron la espalda y al poco tiempo perdió su

trabajo.

Fue una época terrible para él, pues además había encontrado una esposa de facciones fuertes, respetable, elegante, directa y un poco mandona, que además era más celosa que un demonio, pero que aun así era una memsahib en toda la extensión de la palabra y tenía muy claro qué merecía de la vida. Por ende, le dijo a Henry que lo mejor sería que emigraran a Estados Unidos para hacerse de una fortuna. Él accedió, empacaron sus cosas y emprendieron el viaje.

—Espero realmente hacer esa fortuna —dijo Henry mientras observaban el paisaje urbano de Nueva York.

—Claro que la harás —contestó ella—. Sólo debes insistir.

—Muy bien, querida mía, lo haré —prometió él.

No obstante, una vez que aterrizó el avión, Henry descubrió que en Estados Unidos todas las fortunas ya habían sido hechas, lo cual suele descubrir cualquiera que llega a ese país con esa misma intención. Después de errar de un lugar a otro durante semanas, decidió conformarse con un simple empleo, luego con trabajos ocasionales y luego con cualquier cosa que le permitiera pagar comida y hospedaje diario.

Llegaron a ese punto en un pequeño poblado del oeste medio.

—No hay mucho más por hacer, querida mía —le dijo Henry a su esposa—. Tendremos que hacer el truco indio de la cuerda.

Su esposa gritó indignada de sólo pensar en una memsahib haciendo un truco tan pedestre en un pueblucho norteamericano, ante una audiencia de pueblo. Le reprochó haber perdido el trabajo, ser tan poco hombre, haber permitido que atropellaran a su perrito y haberle echado el ojo a una muchacha parsi en Bombay. No obstante, la razón y el hambre prevalecían; por ende, empeñaron su último objeto de valor e invirtieron en una cuerda con buen agarre y una monstruosa cimitarra oxidada que encontraron en una tienda de segunda mano.

Al ver eso último, la esposa de Henry se negó rotundamente a seguir con el plan, a menos que le diera el papel estelar y él desempeñara el del Patiño.

—Pero no sabes hacer los pases —exclamó Henry mientras deslizaba el pulgar aprehensivo por la sierra de la navaja oxidada.

—Pues enséñame a hacerlos —contestó ella—. De ese modo, si algo sale mal. será tu culpa y de nadie más.

Henry le mostró el truco, y ha de decirse que al hacerlo le dio instrucciones muy detalladas. Al final, la esposa dominó la técnica a la perfección, de modo que lo único que quedaba por hacer era maquillar a Henry para hacerlo pasar por indio. Luego improvisaron un turbante y un taparrabos; ella se puso un sari y un par de ceniceros que tomó prestados del hotel. Luego buscaron un terreno baldío que

fuera conveniente, reunieron una gran multitud y dieron comienzo al espectáculo.

La cuerda salió disparada por los aires. Y se quedó colgando en el aire, como era de esperarse, pero la multitud incrédula empezó a susurrar que todo lo hacían con espejos. Henry, no sin ciertas dificultades, la trepó hasta la parte más alta. Cuando llegó ahí. se olvidó de la multitud, del acto, de su esposa y hasta de sí mismo, pues quedó sorprendido y fascinado con lo que se desplegó ante sus ojos.

Salió gateando de lo que parecía ser un pozo y llegó a tierra firme. El paisaje a su alrededor era muy diferente al de la tierra; era como un paraíso indio, lleno de hondonadas, enredaderas, ibis escarlata y toda clase de maravillas. No obstante, la sorpresa y la fascinación no eran producto de estos detalles tanto como de la presencia de una joven mujer en la más cercana de las enredaderas, la cual había crecido tanto y se había extendido tanto, que formaba un dosel frondoso, entretejido con flores de la pasión.

Aquella criatura deleitosa, que sin duda era una hurí que llevaba encima muy poca ropa, parecía estar esperando a Henry, pues lo recibió en un estado de embelesamiento.

Henry, quien tenía una naturaleza bastante afectuosa, le puso los brazos alrededor del cuello y la miró directamente a los ojos. La mirada de ella era muy elocuente, pues parecía decirle: “¿Por qué no hacemos ñiqui ñiqui mientras brilla el sol?"

A él le pareció una propuesta de lo más agradable, así que le plantó un largo beso en los labios, y apenas se percató con cierta molestia despreocupada de que su esposa estaba trepando por la cuerda entre gritos y alaridos.

“¿Qué clase de persona gritaría y aullaría en un momento como éste?”, pensó él, pero de inmediato la olvidó.

Imaginarán la mortificación de Henry cuando la exquisita damisela de pronto se zafó de su abrazo. Al mirar por encima del hombro, vio a su esposa trepando por la orilla del pozo, con la cara toda enrojecida y la furia de mil demonios en la mirada, y sosteniendo la poderosa cimitarra con los dientes.

Henry intentó ponerse de pie, pero para entonces la esposa ya estaba a su lado: aunque aún tenía el pie izquierdo en el suelo, ella le cortó el otro a la altura de la ingle con la enorme cimitarra, la cual lo dejó cojo al instante. Henry cayó a los pies de su mujer.

—¡Dios de los cielos! —exclamó—, ¡Es sólo un truco! ¡Es parte del espectáculo! No significa nada. ¡Recuerda a nuestro público! El espectáculo debe continuar.

—Y continuará —contestó ella mientras arremetía contra sus brazos y la otra pierna.

—¡Ah, esas malditas muescas! —gritó Henry—. Cuando menos podrías afilarla un poco con una piedra.

—Ni siquiera eso te mereces, gusano —le reclamó ella y siguió haciéndolos pedazos. Al poco rato, Henry no era más que un torso sin extremidades.

—Por amor de Dios —le dijo—, espero que recuerdes los pases. Te los puedo volver a explicar.

—¡Al diablo con los pases! —contestó ella y, tras asestar el último golpe, lanzó la cabeza de su marido por los aires, como un balón de fútbol.

No tardó en recoger los pedazos desperdigados del pobre Henry para lanzarlos hacia la tierra, lo que despertó aplausos y risas en el público que seguía convencido de que todo lo hacían con espejos.

Finalmente, con la cimitarra entre los dientes, decidió que era hora de emprender el regreso, pero no con la intención cariñosa de rearmar los trozos de su desafortunado esposo, sino de cortarlos en pedacitos aún más pequeños. En ese instante, cayó en cuenta de que había alguien a sus espaldas, un joven divino con la apariencia de un maharajá de la casta más alta que bien podría haber sido el propio Valentino, cuya mirada parecía decirle: “Es mejor perder la cabeza en el lecho de la pasión que en la silla eléctrica".

Aquella idea le resultó sumamente atractiva a la mujer, pero antes hizo una pequeña pausa para asomar la cabeza por la abertura.

—Eso les pasa a los cerdos que traicionan a su esposa con una cualquiera —gritó antes de agarrar el extremo de la cuerda, jalarla hacia arriba y empezar a conversar con el encantador.

La policía no tardó en llegar a la escena del crimen. Lo único que se escuchaba en los cielos era un arrullo, como si una paloma invisible estuviera volando en círculos de amor. Abajo, las distintas partes de Henry estaban desperdigadas por el terreno, y las moscas carroñeras habían empezado a posarse sobre ellas.

La multitud le explicó a la policía que aquello no era más que un truco hecho con espejos.

—Pues parece entonces que el más grande se rompió en pedazos y le cayó encima a este pobre diablo —concluyó el sargento.

UN RECUERDITO

UN joven que caminaba con prisa salió de una vereda sumida hacia la amplia cima de un cerro, donde había un poblado contiguo a un prado. El escenario incluía un lago, patos y la posada Waggoner, pintada de blanco y con un letrero colgante; de hecho, tenía la frescura, la pulcritud, el silencio y los accesorios ordinarios de un poblado en Somerset.

El camino seguía, y lo mismo hizo el joven, hasta la mera orilla del terreno elevado, donde una verja blanca daba acceso a un largo jardín repleto de árboles frutales, al final del cual había una casita acogedora que gozaba de vista al valle y estaba protegida por un matorral. Ahí, un viejo de apariencia sorprendentemente benevolente se entretenía haciendo trabajos en el jardín.

El viejo alzó la mirada a la vez que el caminante, Eric Gaskell, se acercaba a la verja.

—Buenos días —saludó—. ¡Qué mañana de septiembre tan agradable!

—Buenos días —respondió Eric Gaskell.

—Saqué mi telescopio esta mañana —dijo el viejo—. A últimas fechas no bajo la colina, porque el camino de regreso es muy empinado para mí. Aun así, tengo ojos y tengo mi telescopio. Creo que estoy al tanto de lo que pasa.

—Eso suena muy bien.

—Así es. ¿Usted es el señor Gaskell?

—Sí. Nos conocimos en la vicaría.

—Así es. Y sé que pasea por aquí seguido. Lo veo cuando pasa. Hoy pensé; ¡hoy es un buen día para platicar un poco con el joven señor Gaskell! Pase.

—Gracias. Lo haré, por un momento.

—¿Y les gusta Somerset? —preguntó el viejo mientras abría la puerta—. Es decir, a usted y a la señora Gaskell.

—Muchísimo.

—Mi ama de llaves me dijo que vienen de la costa este. Qué energizante. Es que su sobrina es la mucama de ustedes. ¿No les parece aburrido el lugar? ¿Muy atrasado? ¿Muy anticuado?

—Pero si esa es la parte que más nos gusta —respondió Eric tras sentarse con su anfitrión en una banca blanca bajo uno de los manzanos.

—En la actualidad, a los jóvenes les gustan las cosas antiguas. Así no era en mis días. La mayoría de los que vivimos aquí somos ya unos vejestorios, ¿sabe? Está el capitán Felton, claro, pero el vicario, el almirante, el señor Coperus y el resto…, todos unos vejestorios. ¿No les molesta?

—Nos gusta.

—Tenemos pasatiempos, claro está —añadió el viejo—, Coperus está por convertirse en anticuario, y el almirante tiene sus rosales.

—Y usted tiene su telescopio —intervino Eric.

—Ah, sí, mi telescopio. Sí, sí, tengo mi telescopio. Pero mi principal afición, lo que en realidad me enorgullece, es mi museo. —¿Tiene un museo?

—Sí, un museo. Me gustaría que le eche un vistazo y me diga lo que piensa.

—Será un placer.

—Pase a la casa entonces —dijo el viejo y se puso de pie—. Rara vez tengo oportunidad de mostrarle mi colección a alguien nuevo. Debería traer a la señora Gaskell un día de estos. ¿Diría que se entretiene en esta zona tan tranquila?

—Le encanta. Aunque no puede ver mucho del campo desde aquí. Por eso sale casi a diario en el auto.

—¿Ella sola, en ese pequeño vehículo rojo? ¿Le gusta la casa?

—Bueno, no sé. Le gustaba cuando la elegimos la primavera pasada. Le gustó mucho.

—Es una casa muy linda.

—Me temo que a últimas fechas la encuentra opresiva. Dice que necesita salir a respirar.

—Es la diferencia del aire, después de vivir en la costa este.

—Tal vez sea eso.

Para ese entonces ya habían llegado a la puerta principal. El viejo escoltó a Eñe al interior, y entraron a una habitación muy acogedora, un cuartito arreglado, con los muebles bien barnizados y todo acomodado de forma meticulosa.

—Esta es mi salita. Mi comedor también, a últimas fechas. El salón y el pequeño estudio de atrás los he convertido por completo en museo. Henos aquí.

Abrió una puerta. Eric dio un paso al frente, miró a su alrededor y quedó asombrado. Esperaba algo ordinario: una o dos vitrinas con monedas romanas, instrumentos de piedra, una víbora en alcohol, tal vez un pájaro disecado o algunos huevos. Pero el cuarto y el estudio, vistos desde la entrada que los conectaba, estaban retacados con la colección de baratijas y basura más inservible, deteriorada y desordenada que había visto en su vida. Lo más raro era que ninguno de los objetos en aquel desastre pasaba por una antigüedad genuina. Era como si hubiera recolectado varias cargas misceláneas del basurero del pueblo y las hubiera aventado sobre las mesas, los aparadores, las sillas y los pisos de esos dos cuartos.

El viejo recibió el asombro de Eric con el mejor de los humores.

—Sé que está pensando que esta colección no es la que uno encontraría por lo regular en un museo. Y está en lo correcto. Pero, déjeme decirle, señor Gaskell, que cada objeto tiene una historia. Estas son piedras erosionadas por el paso del tiempo que corre por los pueblos de nuestro tranquilo distrito. Juntas son un… un registro. Aquí hay un recuerdo de la guerra: un telegrama para los Bristow de Upper Médium que dice que mataron a su hijo. Eso fue años antes de que pudiera comprárselo a la pobre señora Bristow. Le di una libra por él.

—Qué interesante —dijo Eric.

—Esa carreta —continuó el viejo, señalando unos trozos de madera astillada— fue la causa de dos muertes. Rodó cuesta abajo hacia el camino, justo cuando un auto venía pasando. Salió en los periódicos como "Tragedia local".

—¡Extraordinario!

—Todo esto integra la vida. Aquí hay un cinturón que se le cayó a un granjero irlandés cuando se enfrentó a unos gitanos. Este sombrero de acá era del dueño de la granja Church, cerca de donde viven ustedes. Ganó un premio de la lotería Irish Sweep y se ahogó en alcohol hasta morir. ¡Pobrecillo! Estos son ladrillos de la choza de mi jardinero. Se quemó, ¿sabe? Y nadie sabe dónde empezó el incendio. Esta es una serpiente que de alguna forma se coló a la iglesia en plena misa el año pasado. El capitán Felton la mató. Es un hombre muy apuesto, ¿no le parece?

—Sí, supongo. Casi no lo conozco.

—Qué curioso. Pensé que usted y la señora Gaskell eran muy amigos del capitán Felton.

—¿Qué le hizo pensar eso?

—Tal vez sólo fue mi imaginación. Aquí hay un objeto que me da mucha nostalgia. Estos cuernos eran de un toro que Lawson llevó a mi pradera. Alguien dejó la verja abierta, se salió y embistió a un hombre

en el camino.

—Casi no conocemos al capitán Felton. Lo conocimos cuando llegamos al pueblo, pero…

—Ya. ya. Aquí tengo una carta sin remitente. Nos llegan de cuando en cuando al distrito, como en casi todos los lugares. El señor Coperus me dio esto.

—¿Y esas cartas sin remitente hablan de lo que pasa aquí?

—Al parecer sí. Es como si alguien supiera lo que pasa. Aquí hay algo que no creo que dure mucho: un bejín gigante del cementerio. Ahí crecen más que en cualquier otro lugar. Sienta qué ligero es.

Se lo lanzó a Eric, quien estaba jugando con su pipa y su bolsa de tabaco, las cuales tuvo que hacer a un lado para tomar el bejín.

—Muy ligero. Es increíble.

—Venga por aquí —le pidió el viejo con entusiasmo—. Se me olvidaban mis botas.

Eric lo siguió, sosteniendo el hongo gigante.

—Estas botas vienen de una trampa que encontraron al fondo del lago. El laguito cerca de la casa del capitán Felton.

—¿Qué hace Felton?

—Tiene ingresos. Se divierte.

—¿Con qué se divierte? —preguntó Eric en tono muy casual.

—Me temo —contestó el viejo guiñando el ojo— que el capitán Felton es el tipo de hombre que disfruta la compañía femenina.

—Ah. ¿sí?

—Hay rumores. El capitán es muy discreto, pero ya sabe cómo es eso. El cristal grande de ahí arriba, ese lo encontraron en la cantera que está como a ochocientos metros de nuestro sendero. Pero bueno, esa cantera lleva años cerrada. Se puede entrar manejando desde la calle, y me han dicho que para el capitán es un punto de encuentro muy escondido. Ah, no debería andar de chismoso. Pero se sabe que los pastores se asoman desde arriba, y los rumores corren. A la gente le encanta hablar sobre esos asuntos. Temo que un día alguno de los honorables caballeros en cuyas relaciones se ha entrometido el capitán, por decirlo de alguna manera, eche un vistazo desde arriba y, bueno…, hay piedras muy grandes por ahí. Aquí hay un gato que yo mismo disequé. Este gato tiene una historia extraordinaria — Cuénteme, ¿Felton está en el pueblo o anda de viaje?

—Está aquí. Vi su auto pasar hace una hora. Es un auto rojo. Un auto rojo no se ve seguido, aunque, de hecho, atrás del suyo venía otro auto rojo.

—Creo… Creo que debo irme.

—¿Debe irse? Estaba a punto de contarle la historia de este gato infeliz.

—En otra ocasión.

—En otra ocasión, pues. Será un placer para mí. Déjeme acompañarlo a la verja Eric salió deprisa.

—¿No regresará por donde vino? —preguntó el viejo—. Es más rápido.

—No, no. Debo ir por este lado.

—Pero entonces pasará frente a la cantera del capitán. Bueno, hasta luego. Vuelva pronto.

El viejo vio a Eric dar zancadas cuesta abajo, e incluso se trepó a un banco para alcanzar a ver hasta dónde llegaba. Cuando lo vio salirse del camino y dirigirse de frente hacia la loma que daba a la cantera, regresó plácidamente a su museo.

Una vez ahí, tomó la pipa y la bolsa de tabaco de Eric, y las acarició con infinito afecto. Pasó un largo rato antes de que los acomodara con cuidado en una repisa y volviera a sus actividades en el jardín.

PENSAR EN VERDE

Y aniquilar hasta el presente,
por verdes sombras y pensamientos verdes.
MARVELL

Entre los bienes de su amigo, quien falleció bajo condiciones misteriosas durante la expedición, le enviaron la orquídea. O quizá se la había traído en el revoltijo de cosas "no clasificadas" que sobraron al final de la subasta. No recuerdo, pero estoy seguro de que fue de una de esas dos maneras. Además, a pesar de su estado marchito y terroso, y de tener raíces muy débiles, esa orquídea poseía cierta cualidad siniestra. Las sombras rugosas e irregulares que producía la hacían lucir como una mano horrorosamente torcida que llamaba a quien la viera, o como una cara arrugada y amenazante, muy grotesca. ¿De casualidad sabrá usted qué clase de orquídea sería?

El señor Mannering no lo sabía, pero de igual modo leyó mil y un catálogos y libros sobre fertilizantes. Desempacó su nueva adquisición con una diligencia bastante ridicula para cualquier orquídea en el siglo xx, o incluso para cualquier gerbera, pero que fue notablemente absurda y hasta ofensiva e impertinente por tratarse de una orquídea con esas características. Con su habitual testarudez, la plantó en lo que él mismo denominó guardería de observación", un invernadero que estaba en el ala sur de su casita roja. Siempre ponía ahí los especímenes más recientes que añadía a su colección, en especial los más pequeños y escuálidos, pues había un ventanal en su estudio que le permitía observar el invernadero y acudir al rescate de las plantitas más débiles en caso de crisis.

Esta planta, no obstante, resultó ser todo lo contrario. Al final de sus gruesos tallos se abrieron inflorescencias con hojas brillantes y oscuras que pronto se desperdigaron por doquier y usurparon tanto espacio, que el señor Mannering se vio obligado a ir trasladando las plantas vecinas una por una a otro recinto al final del jardín. Según su

prima Jane, se trataba de brotes regulares. Al final de los tallos, justo donde empiezan las hojas, colgaban de manera ociosa racimos de zarcillos que no tenían oficio ni beneficio. El señor Mannering supuso que serían órganos vestigiales, heredados de algún periodo en el que esas plantas fueron trepadoras. Pero, ¿cuándo se habían visto capullos vestigiales tan fuertes y gruesos en una trepadora?

Después de un tiempo, en el extravagante follaje comenzaron a salir capullos por todas partes. A los pocos días se abrieron y dieron paso a unas miserables floréenlas que parecían cabezas de mosca. Naturalmente, uno esperaría una eclosión enorme, llamativa y hasta siniestra de cualquier orquídea importante; algo que parezca una anémona, o una lámpara china, o un bostezo de hipopótamo. Y, aunque se tratara de un espécimen no clasificado, me parece que uno tendría todo el derecho de exigir eso también.

Sin embargo, eso no le importó en absoluto al señor Mannering. Sí, aparte de la alegría y la felicidad de descubrir y ser el padrino de una nueva clase de orquídea, le provocaba una intriga de índole científica el hecho de que las florescencias parecieran cabecillas de mosca. ¿Seria para atraer moscas y alimentarse de ellas? Pero, entonces, ¿por qué sólo se parecían a la cabeza y no a la mosca entera?

Unos días más tarde, desapareció el gato de la prima Jane. Aunque aquello fue un golpe muy duro para ella, al señor Mannering no le dolió tanto, en el fondo. En realidad, no le tenía mucho afecto al gato, pues era imposible abrir siquiera unos centímetros cualquier ventana o puerta de la casa porque el animal se escurría por las aberturas para acostarse bajo el sol, y así había roto varias cosas. No obstante, antes de que la prima Jane pudiera lamentarse mucho más, dos días después pasó algo que absorbió tanto al señor Mannering que no tuvo tiempo para siquiera solidarizarse por su aflicción ni para hacer preguntas hipócritas sobre el gato a la hora del desayuno. Apareció un capullo nuevo y diferente en la orquídea. Era evidente que había dos clases distintas de inflorescencias en esa planta, como sucede algunas veces en rincones fantásticos del mundo vegetal, y también era evidente que la nueva flor sería muy distinta en tamaño y forma a las anteriores. El capullo creció y creció hasta volverse del tamaño de un puño.

Justo entonces —y no pudo haber sido en un momento más inoportuno—, una noticia sumamente agobiante obligó al señor Mannering a viajar a la ciudad. Se trataba de su miserable sobrino, quien otra vez se había metido en problemas. Pero esta vez las circunstancias eran tan complejas que se necesitaría toda la generosidad y las influencias del señor Mannering para liberar al sobrino. Por supuesto, en cuanto vio el estado de la situación, le dijo al pródigo que sería la última vez que lo ayudaría, que sus vicios y su ingratitud habían aniquilado cualquier cariño entre ellos y que ese

gesto de apoyo sólo era producto de una lealtad a la memoria de su madre, así que tenía prohibido volverlo a buscar a menos que se hubiera arrepentido por sus fechorías. Además, le escribió a la prima Jane para desahogarse y le contó todo el asunto, haciendo hincapié en que lo único que quedaba por hacer era cortar lazos con el joven.

Cuando volvió a Torquay, su prima se había ido, lo que le resultó sumamente molesto. El único miembro de la servidumbre que quedaba era la cocinera, quien era muy vieja, muy tonta y muy sorda Además, estaba obsesionada con el hecho de que el señor Mannering nunca había entablado una conversación con ella que no fuera un claro recordatorio de que siempre debía tener la estufa de la cocina prendida, con la lumbre a determinada temperatura. Y no era sólo porque la estufa proveía agua caliente para toda la casa, sino porque calentaba las pipas de la guardería de observación, de las cuales el jardinero sacaba agua para el resto de los invernaderos. Para la cocinera, aquella instrucción se había convertido en su razón de ser. por lo que era muy difícil trascender su sordera con cualquier tema que su estupidez y su obsesión no convirtieran en algo relacionado con la estufa. Como era de esperarse, eso ocurrió cuando el señor Mannering le preguntó por su prima. Lo único que logró deducir era que la cocinera se había preparado para recibirlo, y que no habían visto a su prima en tres días, pues se había ido sin decir nada. El señor Mannering se quedó perplejo y algo molesto con la noticia, pero, dado que era un hombre muy sensato, pensó que era mejor posponer las demás preguntas para cuando se hubiera refrescado, después de aquel viaje largo y agotador. Se necesitaba mucha energía para extraerle a la cocinera cualquier clase de información, además, seguramente su prima había dejado una nota por ahí. Por tanto, antes de ir a su habitación, el señor Mannering se asomó al invernadero para asegurarse de que su maravillosa orquídea no hubiera sufrido ningún daño durante la desconsiderada ausencia de su prima Jane. En cuanto abrió la puerta, lo primero que vio fue que uno de los capullos había cambiado considerablemente de forma y había crecido hasta volverse del tamaño de una cabeza humana. No exagero al decir que el señor Mannering se quedó enraizado al lugar en el que estaba parado, con los ojos clavados en ese extraordinario botón, durante más de cinco minutos.

Ahora bien, cabe preguntarse, ¿acaso no vio la ropa tirada en el suelo? Bueno, de hecho (y es que es un tema complicado), no había ropa en el piso. Aunque la prima Jane era respetable en todos los aspectos y pasaba de los cuarenta, era muy dada a las prácticas modernas sobre la cultura dual de la mente y el cuerpo (como las ideas suecas, alemanas, neogriegas y demás). Y el invernadero de la orquídea era el lugar más templado de la casa. Pero bueno, quizá deba

proceder con el recuento de los eventos.

El señor Mannering por fin dejó de mirar el estupendo capullo y decidió que más bien debía prestar atención a las grises exigencias de la vida cotidiana. Sin embargo, aunque su cuerpo subió las escaleras, se quedó adorando la planta en mente, corazón y alma. A pesar de que su objetividad frente a las flores previas había rayado en la insensibilidad, le complació el tamaño del nuevo capullo como nos habría complacido a usted y a mí, de haber estado en sus zapatos. Por lo tanto, no fue extraño que, mientras se bañaba, el señor Mannering se regodeara en las visiones más entusiastas de la futura eclosión de la niña de sus ojos, su ahijada vegetal. Sería, por mucho, la más grande jamás vista, tan compleja como un sueño o deslumbrantemente simple. Se abriría como una bailarina o como el cielo al amanecer. ¡Y podría estar floreciendo en ese mismo instante! El señor Mannering no pudo aguantar más: se levantó de la humeante tina y, tras envolverse en su bata de baño, corrió hacia el invernadero, apenas secándose el cuerpo pese a que se resfriaba con frecuencia.

El capullo aún no había florecido y seguía escondiendo la cabeza entre el brillante y jugoso follaje, pero entonces el señor Mannering notó lo que antes había pasado por alto: la exuberancia con que había crecido la planta. Con asombro, cayó en cuenta de que ese botón no era el que había brotado antes de su partida a la ciudad, pues aquel había salido en la parte inferior del tallo. Entonces, ¿dónde estaba ahora? Bueno, pues el nuevo brote y el frondoso follaje lo habían escondido. Avanzó un poco y lo encontró. Ya se había abierto, y mientras el señor Mannering admiraba la nueva flor, su asombro se convirtió en estupefacción, e incluso podría decirse que en petrificación, pues se quedó plantado en el piso, con los ojos fijos en la flor durante quince minutos. Era una réplica exacta de la cabeza del gato de la prima Jane. La similitud era tan precisa, tan realista, que lo primero que hizo el señor Mannering fue tomar su bata de baño y taparse con ella, pues era un hombre pudoroso, y el gato, a pesar de ser macho, había dado indicios de no serlo tanto. Relato esto para mostrar cuánto carácter, espíritu o presencia —usted puede llamarlo como quiera— tenía esta cara felina en medio de la flor. No obstante, aunque el señor Mannering logró cerrarse la bata de baño, ya era demasiado tarde. El follaje lujurioso lo había atrapado sin que se diera cuenta: las ramitas que antes subestimó ahora le rodeaban el cuerpo entero. Pronunció unos cuantos gemidos lastimeros y se hundió en la tierra, y ahí es cuando el señor Mannering, como lo conocimos hasta ahora, desaparece de nuestra historia.

El señor Mannering cayó en una especie de coma, una insensibilidad tan profunda que una oscura eternidad lo absorbió antes de que su cerebro pudiera reordenar cualquier conciencia de lo

ocurrido. Y es que su cerebro se convirtió en el centro de un nuevo capullo. Pasaron dos o tres días antes de que su irremediable y primitivo brote madurara lo suficiente como para que se le pudiera identificar como el señor Mannering. Esos días, que pasaron bastante rápido en el mundo exterior, con una emoción liviana y nada desagradable, a los ojos de un cerebro tan débil como el que se encontraba en el capullo, parecían resumir la historia de la humanidad dividida en distintas épocas.

En ese momento tenía lugar un proceso análogo al de las mutaciones del embrión. Finalmente, la absurda rapidez con que se le mostraron las eras humanas comenzó a frenar hasta parar casi por completo en el presente. Las siete edades del señor Mannering se le presentaron como una serie de primeros planos, como en una película educativa; luego, su conciencia quedó enfocada y despejada. El capullo había madurado y estaba listo para abrirse. En ese punto, me parece, el estado mental del señor Mannering era igual al de un paciente que, tras despertar de un sueño producido por narcóticos, se pregunta: “¿Dónde estoy?" Entonces el capullo floreció, y el señor Mannering lo descubrió.

Estaba en el invernadero, pero lo estaba viendo desde un ángulo inusual. A través del ventanal se alcanzaba a ver el estudio. Debajo de su flor estaba la cabeza del gato, y a su lado la prima Jane. El señor Mannering descubrió que era incapaz de pronunciar palabra alguna, pero al parecer su prima tampoco. Tal vez era mejor así, pues cuando menos habría tenido que aceptar que ella estaba en lo correcto aquel día que discutieron sobre la orquídea; ella sostenía que al final nada bueno podía salir de su preocupación por esas flores antinaturales”.

He de decir que el señor Mannering no estaba tan disgustado con ese giro tan extraordinario que dio su vida cotidiana. Y me parece que fue porque estaba fascinado con esa metamorfosis, y no sólo en un aspecto personal y privado, sino también en un espectro más amplio y general, o hasta podría decirse que biológico. Por lo demás, sus reacciones eran vegetales, simplemente por el hecho de que él era un vegetal. La imposibilidad de movimiento, por ejemplo, no le molestó en absoluto, como tampoco lo hizo la ausencia de cuerpo y extremidades. Lo que sí le fastidiaba era privarse de té y tocino, de galletas y vasos de leche, de chuletas para el almuerzo y demás manjares, con los cuales su paladar se había deleitado durante más de cincuenta años y que habían sido sustituidos por una alimentación continua y casi imperceptible desde la raíz. La poderosa influencia física sobre lo mental le hacía inclinarse hacia la tranquilidad. Pero la parte física no lo era todo. Aunque ya no era un hombre, seguía siendo el señor Mannering. Y, debido a esta anomalía, en cuanto su interés científico menguó, emitió un profundo lamento de una naturaleza más

bien subjetiva.

Le inquietaba, por ejemplo, que no podría ponerle nombre a su orquídea y, por si eso fuera poco, empezó a convencerse cada vez más de que. en el momento en que se descubriera su situación, sería a él mismo a quien nombrarían y clasificarían, y se convertiría entonces en objeto de análisis -e incluso de crítica-en el ámbito científico. Como cualquier coleccionista de orquídeas, era sumamente tímido y sensible, cualidades que se habían exacerbado en su estado actual, así que la mera idea de recibir esa cantidad de atención estuvo a punto de marchitarlo. Le aterraba aún más la idea de ser trasplantado, de que lo echaran a un lugar extraño, vulnerable e incluso público. ¡Que lo desenterraran! ¡Aj! Un fuerte estremecimiento recorrió el follaje que envolvía la sección de la planta en donde se encontraba el señor Mannering. A partir de entonces, se volvió consciente de sensaciones remotas y fantasmales, provenientes del tallo inferior y algunas matas de hojas. Le recordaban de alguna manera a la columna y el corazón y las extremidades. Se sentía como una dríade.

A pesar de todo, la luz del sol le resultaba bastante agradable. El potente aroma de la tierra caliente y picante inundaba el recinto. Y un ligero vapor manaba de un arreglo especialmente diseñado para el invernadero en las pipas de agua caliente. El señor Mannering comenzó a sumirse en la sensación de dejarse ir. Justo en ese momento, en un rincón del techo de cristal, junto al ventilador. se oyó un zumbido persistente. Luego la nota pasó de ser irritante a ser un sonido más placentero; una abeja había logrado meterse, no sin cierta dificultad, por uno de los huecos de la herrería. La visitante iba de aquí para allá en medio de la atmósfera verde y serena, como si se encontrara en un mundo subacuático, y se posó en uno de los pétalos que formaban las cejas del señor Mannering. La abeja empezó a explorar sus rasgos faciales uno por uno, y finalmente se acomodó en el labio inferior, el cual colgaba por el peso, lo que le permitió arrastrarse hasta la boca del señor Mannering. Esto, claro, era muy impactante, pero la sensación completa no era tan alarmante ni desagradable como uno esperaría.

“Sí", pensó el caballero vegetal, “puedo acostumbrarme a esto.”

Sin embargo, el señor Mannering dejó de lado el soñoliento análisis de sus sentidos al ver que la abeja partía y daba un par de vueltas para posarse en los castos labios de la prima Jane. Un simple principio botánico pasó por la mente del desdichado hombre orquídea de manera tan ominosa como un relámpago. La prima Jane también estaba al tanto de esto, aunque, al ser más joven que él, podría haber sido más afortunada e ignorante si no hubiera sido por su primo (¡su primo estúpido, vanidoso y proselitista!), quien durante años se esmeró en transmitirle interés por los rudimentos de la botánica.

¡Cómo se arrepentía ahora! Observó que dos ramos de hojas justo debajo de la flor temblaron y se movieron con delicadeza. Parecían un par de manos que protestaban, aterradas. Notó que los pétalos suaves e inmaculados de la cara de su prima se fruncían y sonrojaban por la furia y la vergüenza, y después se volteaban como los de una gardenia con aspecto enfermizo por el horror y la angustia. Pero, ¿qué podía hacer él? Toda la rectitud implantada en su educación formal y la caballerosidad de un buen coleccionista de orquídeas hirvieron y se desbordaron, a pesar de su apariencia calmada y paralizada. Hizo un gran esfuerzo por activar los músculos de la cara, por esbozar una mueca de dolor, de arrepentimiento masculino, de impotencia frente al destino, de deseo de proceder de manera honorable, permeado con cierto dejo de optimismo consolador. Pero fue en vano. Una vez que se tensó hasta el punto de sentir que los nervios se le quebrarían, el único movimiento que logró hacer fue un ligero guiño en el ojo izquierdo, que era peor que nada.

Este incidente sacó al señor Mannering de su letargo vegetal. Se rebeló contra las limitaciones de la forma en la que había quedado sujeto, pues en el fondo seguía sintiéndose humano. ¿Acaso no tenía el corazón de un hombre, con la esperanza, los ideales y las aspiraciones de un hombre? ¿Acaso no era capaz de sufrir?

Cuando cayó el sol. y las siluetas siniestras y opulentas de la planta se oscurecieron y crearon una atmósfera más sugerente e impresionante que la que irradiaba el lujoso brillo del día. y el ambiente de bosque tropical inundó el invernadero de la orquídea como el sueño de un exiliado o la nostalgia que produce el saxofón; cuando se relajaron los bigotes del gato, e incluso los ojos de la prima Jane comenzaron a cerrarse, el hombre infeliz se mantuvo despierto, observando la oscuridad. De pronto se prendió la luz del estudio, y dos hombres entraron a la habitación. Uno de ellos era su abogado; el otro, su sobrino.

—Este es su estudio, como por supuesto sabrá —dijo el ingrato sobrino—. No hay nada aquí. Busqué el miércoles, cuando vine.

—Me he sentado en este lugar varias veces —comentó el abogado con cierta expresión de disgusto—. Me sentaba de este lado de la chimenea y él del otro. “Mannering”, pensaba yo, “me pregunto cómo terminarás. ¿Drogas? ¿Perversión sexual? ¿Asesinato?” Bueno, tal vez pronto sepamos la respuesta. Mientras tanto, supongo que tú, por ser el pariente más cercano, deberás hacerte cargo.

Dicho eso. el abogado se dio vuelta para salir, y el señor Mannering alcanzó a ver la maliciosa sonrisa en la cara del joven. La inquietud que lo embargó al ver a su sobrino se volvió tan intensa que se transformó en miedo y pavor al contemplar su sonrisa macabra.

Tras mostrarle la salida al abogado, el sobrino regresó al estudio y

miró a su alrededor con alegre y siniestra satisfacción. Después dio un brinco sobre el tapete de brezo. El señor Mannering pensó que nunca había visto nada tan diabólico como la expresión solitaria de ponzoñosa alegría ante la posibilidad de poder ilimitado en quien otrora fuera un marginado. Visto desde esa perspectiva, ¡qué vulgar parecía ese triunfo! ¡Qué asqueroso, mezquino y rencoroso! ¡Qué venganza tan atroz y qué rigidez del corazón! De pronto recordó que su sobrino, durante su repugnante infancia, fue particularmente cruel con las moscas, a las que les arrancaba las alas, así como violento con los gatos. Cierto rocío penó la frente del buen señor Mannering. Le pareció que en cualquier momento su sobrino voltearía y descubriría todo, pero debió haber recordado que era imposible ver hacia el interior del invernadero cuando la habitación estaba iluminada.

Sobre la chimenea había una foto sin enmarcar del señor Mannering. Su sobrino pronto advirtió este detalle y caminó hacia ella con paso firme para confrontarla con una sonrisa triunfante e insolente.

—¿Qué me ves, viejo fariseo? Te la llevaste de viaje a Brighton, ¿verdad? ¡Dios! ¡Espero que nunca regreses! ¡Cómo me gustaría que te hubieras caído por un precipicio, o que una ola te hubiera arrastrado o algo por el estilo! De todos modos, aprovecharé mientras la vida me sonría. ¡Aj. viejo tacaño!

La luz del estudio se filtraba hasta el invernadero y bañaba al señor Mannering y a su prima Jane como si se tratara de un sol artificial y barato. Si usted ha visto a algunos ásteres insomnes en el parque a medianoche, parados con firmeza bajo un haz de luz cuya radiación química les blanquea el color, podrá hacerse una idea de cómo fue aquella noche para este infeliz par.

Al amanecer, ocurrió un incidente de lo más trivial, pero que bastó para colmar la incomodidad de la pobre prima Jane y la vergüenza y el remordimiento de su pariente. Por el borde de la maceta donde estaba plantada la orquídea se metió un ratón. Sus ojos rojos eran malévolos; y su nariz, lampiña y perversa; tenía unas orejas enormes y grotescas, tan extrañas como las de los murciélagos. La criatura corrió por las hojas inferiores de la sección de la prima Jane, lo cual fue sumamente espantoso. El delgado tallo principal se encogió como cabello quemado, y las hojas se contrajeron en un agónico espasmo, como una mimosa marchita; el sobresalto fue tal que la horrorizada dama casi se desentierra del terror. Me parece que lo habría hecho si el ratón no hubiera pasado de largo.

Sin embargo, no había recorrido ni medio metro cuando alzó la mirada y vio una flor que en algún momento se había llamado Tib. El ratón obviamente se paralizó de miedo, pero el gato no pudo hacer más que mirarlo fijamente. Los humanos, que observaron la escena

con fascinación, vieron que el follaje empezaba a envolver con suavidad a la hipnotizada criatura.

“Bueno, por lo menos desaparecerá y nunca más nos molestará”, pensó la prima Jane complacida. Pero luego le vinieron a la mente las otras posibilidades. Con toda la energía que fue capaz de reunir, logró hacer un ligero movimiento espástico que bastó para sacar al ratón de su trance; entonces, como un muñeco de cuerda, se dio la vuelta para huir. No obstante, uno de los brazos de la orquídea ya se había alargado para agarrarlo. El ratón saltó sobre ella. Prestos como una ráfaga, cinco tallos se extendieron y atraparon al fugitivo, lo sostuvieron con fuerza y engulleron su cuerpo. La prima Jane estaba aterrada, y de forma lenta y dolorosa empezó a mover la cara de un lado al otro, ansiosa por saber dónde aparecería el nuevo capullo. Una especie de ventosa verde y babosa, que se retorcía alrededor del tallo principal y asomaba una cabecilla que parecía punta de espárrago, empezó a moverse de la manera más sospechosa cerca de ella. Fascinada y horrorizada por igual, entrecerró los ojos para observar mejor. ¿Sería su imaginación? No, no lo era.

Al día siguiente, por la tarde, la puerta del estudio se abrió de nuevo, y otra vez dio paso al sobrino. Esa vez iba solo y era evidente que venía de almorzar. En las manos traía un decantador de whisky, con un vaso volteado sobre la tapa, y bajo su brazo se asomaba un sifón. Tenía la cara especialmente sonrojada, y sus labios dibujaban una sonrisa que se había vuelto famosa en varios bares y tabernas. Dejó las cosas y se volteó hacia el gabinete de cigarrillos del señor Mannering. Acto seguido, sacó un montón de llaves, con las cuales procedió a intentar abrir la cerradura, maldiciendo por lo bajo en cada intento fallido, hasta que por fin abrió la puerta y se procuró el mejor contenido. Para el señor Mannering, era muy molesto ser testigo de semejante apropiación de sus cosas, además de que el deleite que manifestaba el joven con cada bocanada era humillante, por lo que el buen hombre se agobió aún más al pensar que su abominable sobrino ahora tenía acceso a todas sus pertenencias.

En ese momento, el usurpador parecía no tener la menor intención de investigar lo que le había ocurrido a su tío; se sirvió un whisky doble en el vaso alto y se recostó con actitud de extravagante comodidad. Sin embargo, después de un rato el joven pareció aburrirse de su propia compañía Todavía no había tenido tiempo de invitar a sus compañeros de fiesta a casa de su tío, y había recurrido al whisky en un intento de aliviar su monotonía. Volteó a ver el aposento de la orquídea, lo que tarde o temprano tenía que ocurrir. ¿Ese pensamiento consuela al hombre condenado cuando tocan a la puerta de su celda para conducirlo a su fatal destino? No lo creo. Como tampoco consoló a los aterrados primos que estaban en el

invernadero.

Mientras el sobrino buscaba con torpeza la manija de la puerta de vidrio, la prima Jane alzó dos frondas de hojas que crecían a sus costados y escondió el rostro. El señor Mannering observó, con súbita esperanza, que esa estrategia disimulaba bien sus facciones a simple vista, por lo que se apresuró a seguir su ejemplo. Por desgracia, no había adquirido suficiente control de sus ¿extremidades? y, a pesar de sus esfuerzos, fue incapaz de alzarlas lo suficiente. La puerta ya se había abierto, y el sobrino estaba tanteando la pared en busca del interruptor de luz. Era momento de entrar en pánico, pero el señor Mannering estaba preparado. De pronto, con un esfuerzo indescriptible, logró levantar la fronda derecha, aunque no con el tallo completamente recto, sino con una serie de curvas en distintas direcciones que ascendieron de forma gradual, hasta que tomó la forma de un brazo que le cubrió el rostro. Luego, mientras se prendía la luz. un manojo de hojas al final de su fronda se desplegaron como un abanico, más bien como hojas de castaño, y ocultaron su expresión de ansiedad. ¡Qué alivio! El sobrino avanzó por el recinto de la orquídea, y al mismo tiempo los primos recordaron la inconveniente presencia del gato. Además, la savia se les congeló en las venas. El sobrino se paseó junto a la planta. El gato, esa bestia sagaz, "supo" por su infalible intuición felina que se trataba de un haragán, de un parásito, un asqueroso y brutal sensualista que no respetaba la edad de nadie, insolente ante la debilidad y violento con los gatos. Por lo tanto, se quedó muy quieto y confió en su posición retirada en la planta, su camuflaje protector y esas cosas, así como en la condición de embriaguez del sobrino para evitar que lo notara. Pero todo fue en vano.

—¿Qué? —dijo el sobrino en cuanto lo vio—. ¿Qué? ¿Un gato? — entonces alzó la mano para darle un manotazo a la inofensiva criatura. Algo en el digno y ecuánime comportamiento del gato debió de haberlo hecho cambiar de opinión, pues nunca soltó el golpe, y el bravucón, que en el fondo era un cobarde, como suelen ser los bravucones, desvió la mirada para escapar de los ojos fulminantes del valiente gato. Y entonces…, ¡ay! Sus ojos se posaron en algo brillante y blancuzco detrás del oscuro follaje. Era la prima Jane.

—¡Oh! ¡Ah! —exclamó el joven, confundido—. Entonces tú volviste. Pero, ¿para qué te escondes ahí?

Se quedó con la mirada avergonzada fija en un punto y abrió la boca de la impresión; luego la dimensión de las cosas alboreó en su mente. Cualquiera de nosotros habría intentado comunicarse o ayudar a los cautivos de algún modo, o por lo menos nos habríamos arrodillado para agradecerle al creador que habíamos quedado exentos de este destino, o quizás habríamos huido del lugar para

evitar accidentes. Pero el alcohol había enardecido el ya de por sí duro carácter del joven, por lo que no sintió el más mínimo miedo ni admiración ni gratitud. Mientras digería la situación, una sonrisa diabólica le iluminó el rostro.

—¡Ja, ja, ja! —rio en forma burlona—. ¿Y dónde está el viejo?

Se asomó a la planta y buscó a su tío. emocionado. En menos de un minuto ya lo había encontrado; entonces apartó la capa de hojas y vio la cara de nuestro héroe, sobrecogido por mil y un emociones.

—¡Hola, Narciso! —lo saludó. Tras un largo silencio, el malvado rufián se mostró complacido al notar que su tío no podía hablar. Se frotó las palmas, se relamió los labios y lo observó como un niño con juguete nuevo—. Bueno, ahora sí te dejaron plantado, ¿verdad? Sí, parece que te salió el tiro por la hojarasca. ¿Recuerdas la última vez que nos vimos? —La flor experimentó un breve lapso emocional que se reflejó en su rostro y traicionó su conciencia—. Sí, ya veo que entiendes lo que digo. Supongo que también puedes sentir. ¿Qué te parece esto?

Mientras decía eso último, estiró la mano, agarró un delicado filamento que crecía como bigotes en la parte interior de la flor, y le dio un jalón. Sin detenerse a observar los matices más sutiles de la reacción del tío, ni siquiera por el bien de la ciencia, y contento por el poco esfuerzo que requirió ese gesto que causó tanto dolor, el infeliz soltó una risa de satisfacción y, aspirando con fuerza lo último que quedaba del puro que había robado, soltó todo el humo directamente en los ojos de su víctima. ¡Qué cretino!

—¿Qué opinas de eso. Juan Bautista? —se regodeó el sobrino—. Es bueno para la plaga, ¿sabes? ¡Justo lo que querías!

En ese momento, algo crujió cerca de su manga. Miró hacia abajo y vio un tallo largo, con varias ramificaciones amenazantes que se arrastraban por la superficie monótona y farragosa. En menos de un segundo, la rama lo agarró de la muñeca, y el joven sintió cómo se la estrujaba, pero se la quitó de encima como si se tratara de una sanguijuela.

—¡Aj! Entonces eso es lo que pasa, ¿eh? Yo creo que me quedaré afuera hasta que entienda un poco mejor cómo funciona esto. No quiero que jueguen a la tía Sally conmigo. Aunque no creo que te atrapen con la ropa puesta. —De pronto se le ocurrió una idea y volteó a ver primero a su tío y después a la prima Jane; luego a la prima Jane y después a su tío. Buscó en el piso y vio una bata de baño arrugada, tirada junto a una sombra—, ¡Vaya, vaya! ¡Ja, ja, ja! — Después, con una mirada libertina, salió del invernadero.

El señor Mannering sintió que su sufrimiento no podía empeorar. Sin embargo, temía lo que pudiera ocurrir en la mañana, y su imaginación inundó su noche de pesadillas y visiones fantásticas de

humillación y tortura. ¡Tortura! Era absurdo, por supuesto, temerle a la sangre fría del sobrino atroz, pero le aterraba cualquier gesto caprichoso que pudiera hacerle gracia al patán y que lo llevara a cometer alguna estupidez, en especial si estaba borracho en ese momento. Pensó en gusanos y caracoles, en espalderas y podadas artísticas. ¡Si tan sólo el monstruo pudiera evitar los gestos obscenos y el desperdicio de sustancia! ¡Si tan sólo pudiera dejar de destrozar sus pertenencias frente a sus ojos, incluso aunque le jalara los bigotes de cuando en cuando! Quizá sería más fácil para él dejar atrás la humanidad que le quedaba, suprimir sus pasiones, dejar las cosas fluir y yacer en el nirvana de un sueño vegetal. Sin embargo, en la mañana descubrió que aquello no era tan sencillo.

El sobrino llegó y, tras detenerse sólo para saludar a sus parientes de la manera más teatral, se sentó en el escritorio y abrió el primer cajón. Era evidente que estaba buscando dinero, pues su entusiasmo lo delataba. No cabía duda de que ya se había gastado lo que había encontrado en los bolsillos de su tío y no había hallado la manera de tomar control absoluto de sus cuentas bancarias. No obstante, en el cajón había una cantidad suficiente como para que el sobrino se frotara las manos con satisfacción, llamara al ama de llaves y le ordenara al oído que le trajera una dotación de vinos y licores.

—¡Llevarme bien contigo! —le gritó cuando por fin logró que la vieja le entendiera—. Necesito una persona más adecuada para cubrir mis necesidades: de eso no hay duda. Sí —agregó para sus adentros mientras la pobre señora se encaminaba a la puerta, herida por los modos tan groseros del muchacho—. Sí, una damita de compañía.

Buscó en la agenda telefónica el número de la oficina del registro civil local. Esa misma tarde, entrevistó a una serie de sirvientas en el estudio de su tío. A las que parecían aburridas o demasiado respetables, las trató de manera fría y cortante. Sólo cuando alguna le resultaba atractiva (esto es, según los estándares depravados del sobrino, claro está) y se comportaba con descaro y atrevimiento, la entrevista se prolongaba. En esos casos, el sobrino concluía el encuentro de una manera que no disimulaba sus verdaderas intenciones. En una ocasión, por ejemplo, se inclinó hacia delante y tomó a una de las chicas de la barbilla.

—No hay nadie más aquí, así que sería tratada como alguien de la familia. ¿Me explico, querida? —le dijo, sonriendo, mientras que a otra le abrazó la cintura y le preguntó—: ¿Crees que nos llevaríamos bien tú y yo?

Después de que esa conducta confundiera a dos o tres prospectas, llegó una joven de apariencia lamentable, cuyo carácter, sugerido por sus galas rimbombantes, su pesado maquillaje y su cabello teñido, se evidenciaba aún más en sus gestos y sonrisa fácil. El sobrino no perdió

el tiempo llegando a un acuerdo con esa criatura. Su naturaleza era tan obvia que el depravado joven sólo siguió con la farsa de una entrevista normal para condimentar la experiencia, pues disfrutaba el contraste entre el diálogo convencional y las miradas desenfrenadas. Le pidió que volviera al día siguiente. El señor Mannering temió más por el infeliz de su sobrino que por sí mismo. "¿Cuántas escenas no habrá visto ya. con esas pálidas mejillas tan maquilladas?", pensó en cuanto la joven se fue. ¡Si tan sólo hubiera podido decir una palabra!

Pero esa tarde, cuando el sobrino fue al estudio a relajarse, era obvio que estaba más embriagado que antes. Su cara, hinchada por el licor, esbozaba una sonrisilla; una ominosa luz irradiaba de su mirada borrosa mientras murmuraba para sus adentros. Ese enemigo con forma humana se conoce en las calles como borracho peleonero"; no quedaba duda de que alguna nimiedad lo había enfurecido.

Es interesante señalar que, para ese entonces, las reacciones del señor Mannering habían cambiado de forma sustancial. Ahora parecían del todo ególatras y sólo provenían de estímulos asociados directamente con cuestiones físicas. El sobrino pateó una pantalla y, en su colérica ebriedad, le hizo un agujero; luego, aventó una colilla prendida a la alfombra y prendió fósforos sobre la mesa pulida. Su tío atestiguó aquello con la calma de alguien cuyo sentido de la propiedad y la dignidad se ha paralizado y entumecido; de hecho, no sintió furia ni mortificación. ¿Había alcanzado su meta durante uno de esos pasos agigantados que hay en cualquier desarrollo de la vida? ¿Se había vuelto completamente vegetal? La consternación por la modestia amenazada de la prima Jane, que lo impulsó antes, debió ser el último parpadeo de su exhausto altruismo: esa cualidad tan humana terminó de desvanecerse. Sin embargo, el cambio en su estado actual tenía sus bemoles. Al reducir el amplio espectro emocional de su cerebro, su conciencia ahora estaba libre no sólo de orgullo y altruismo, los cuales habían sido responsables de buena parte de su sufrimiento, sino también de fortaleza y desapego, que, citando a los antiguos griegos, habían sido de gran ayuda ante tanta calamidad. Además, en aquel círculo tan constreñido, su ego no se redujo, sino que se enfocó: su serena indiferencia floral hacia el mal uso de sus cosas se equilibraba con la obsesión, también floral, que provenía del terror que le producía pensar que también hicieran mal uso de él.

En el estudio, el sobrino seguía exhalando humo y maldiciendo. Encima de la chimenea había un sobre dirigido a la prima Jane, con la letra del señor Mannering. Dentro de él estaba la carta que le había enviado desde la ciudad, en la que describía la vergonzosa conducta del sobrino. El joven la vio y la agarró sin escrúpulos, curioso por averiguar su contenido. Mientras leía, su rostro se ensombreció mil veces más.

—¿Qué? —murmuró—. “Un vago apostador…, sin oficio ni beneficio… Un sinvergüenza malagradecido." ¿Y qué es esto?”… cortar lazos para siempre – ¡¿Qué?! ¿Me ibas a cortar para siempre? ¡Pues vas a ver que este juego es de dos, viejo demonio!

Entonces sacó un par de tijeras del escritorio y se dirigió al invernadero. Dicen por ahí que. de entre los peces, el de san Pedro es el único que grita cuando lo capturan los pescadores. Entre los insectos, se dice que la cabeza de la oruga emite chillidos después de haber sido separada del resto del cuerpo. En el reino vegetal, por su parte, la mandrágora era la única que podía emitir sonidos de agonía…, hasta ahora.

EL ROMANCE PERSISTE, LA AVENTURA VIVE

hay un alto grado DE maldad en las medianoches brillantes y airosas de marzo. Una lunita desnuda cabalga en las alturas de la avenida Fairlawn, en el corazón del desarrollo inmobiliario Sweetholme. Las casas nuevas y calcáreas parecen enmascaradas por su luz, de no ser por las ventanas oscurecidas que observan con una mirada asesina, como ojos hundidos o simples cuencas vacías. Hay algunos almendros jóvenes que parecen dibujados por una mano infantil. Cuando el viento hace temblar sus débiles ramas, parecen rayones chamánicos sobre los huesos blancos de la brillante noche quebradiza.

El viento hace que un hombre esconda la barbilla bajo el cuello del abrigo, que se convierta en un mero trapo ondeado por el viento. Su sombra lunar con sombrero de bombín, al parecer hecha de una lámina de hojalata, se abre paso como una guadaña implacable por el asfalto, y pareciera ser el mejor de los dos hombres, probablemente el auténtico, el verdadero señor Watkins. A la vuelta de la esquina, fuera de su vista, camina otra figura, también con sombrero de bombín y silueta curveada, como guadaña, que cercena el aire gélido al atravesarlo. Podría ser la sombra de la sombra. Podría ser la muerte. No obstante, en realidad sólo es el señor Gosport.

El carruaje del tren de medianoche del que bajó era el más alejado de la barrera de la estación. Además, se le desató la agujeta del zapato. Pero todo tiene una explicación, y a veces hasta dos. Estas dos explican por qué el señor Gosport iba unos cien metros detrás del señor Watkins.

El señor Watkins, con la sonrisita oculta como el broche de una bufanda bajo las solapas del abrigo, observó con una superioridad atormentada y desilusionada la monotonía de las casas de la avenida Fairlawn. Aquello era muy ingrato y vil, pues la uniformidad se debía

a que cada una era la mejor casa posible del conjunto. No obstante, tras haber pasado la noche del sábado bebiendo y cantando en compañía de puros varones, al señor Watkins le ardía la sangre con malicia, incapaz de ser tolerante o agradecido. Decidió que el siguiente lunes robaría el banco en el que trabajaba y volaría a Sudamérica. donde pondría un serrallo.

Qué distintos eran, en cambio, los pensamientos del señor Gosport: a la vuelta de la esquina, alejado del señor Watkins, seguía cortando el viento mientras observaba también la monotonía de la avenida Fairlawn. El buen Gosport reconocía que cada una de esas casas valía lo que costaba y sabía también que cada uno de esos montículos calcáreos era una vértebra de la columna del país; había leído que la vida del hombre común estaba tan llena de romance y aventuras como la de los bucaneros de antaño; además, los columnistas decían que las avenidas Fairlawn del mundo eran sus joyas, sus gargantillas hechas de alegrías y penas sencillas, sus rosarios en donde cada casa bien decorada es una perla. El único problema era que no sentía un gran aprecio por la joyería y deseaba estar muerto.

—No soy apto para apreciar lo mejor de todas las vidas posibles en el mejor de todos los desarrollos inmobiliarios posibles — afirmó—. Mañana pondré mis asuntos en orden y seré especialmente bueno con Milly. Y el lunes me iré lejos, donde haya árboles más grandes que estos enclenques almendros, y me colgaré de una rama.

Watkins. quien iba muy por delante de él, seguía en el subibaja imaginario de los deleites que habría en su serrallo. Se detuvo de pronto ante la aparición de una luz tenue tras la puerta de un pasillo.

—Henos aquí —dijo. Subió las escaleras y abrió la puerta, y de inmediato lo recibieron la calidez de la domesticidad y la belleza de una sala de tres piezas con patrones muy populares entre los habitantes de la avenida Fairlawn.

En cuestión de segundos, el vigoroso Watkins colgó su sombrero y su abrigo en el perchero, apagó la luz del vestíbulo y arrastró los pies por las escaleras para irse a la cama.

El señor Gosport. quien seguía afuera, atravesando el viento ártico con su nariz sensible, pasó frente a la casa que ahora estaba apagada. Cuatro puertas más adelante, sus ojos llenos de lágrimas percibieron una luz tenue tras la puerta principal.

—¡Heme aquí! —anunció con un suspiro.

En el piso superior de la primera casa. Watkins atravesó el cuarto de puntitas para no despertar a su esposa, se quitó la ropa, estiró el pecho, se rascó el trasero, se puso el pijama y se metió a la cama. Su esposa soltó un ligero quejido al percatarse de su llegada.

Eran dos orugas humanas, inmóviles en su capullo de algodón, que

esperaban el sueño de la crisálida, las alas oníricas.

No obstante, hay un alto grado de maldad los sábados a medianoche. ¿Qué inspiró a la mujer a salir de los brazos de Morfeo como la deslumbrante reina africana Saba para arrancar al caballeroso Salomón de la contemplación de su serrallo? ¿Fue lo mismo que llevaba tres años moribundo o fue algo del todo distinto? A plena vista, parecía algo del todo distinto.

Básicamente lo mismo —es decir, algo del todo distinto— estaba ocurriendo al mismo tiempo en casa del señor Gosport.

Ambas parejas durmieron hasta tarde el domingo, y, cuando despertaron, las esposas hicieron algo que no hacían desde sus días de recién casadas. Es decir, se levantaron con una sonrisa en medio de la oscuridad de las cortinas cerradas y bajaron deprisa a preparar el café de la mañana.

Watkins despertó con el tintineo de las tazas en la cocina. Sonrió, se estiró, olisqueó, estiró el pecho y, con una sonrisa tímida. se entregó a la cálida corriente de la felicidad. Como una marejada, sus pensamientos abandonaron Sudamérica y se plantaron junto a los almendros en flor de la avenida Fairlawn.

Watkins bajó las escaleras y entró a la cocinita. El café humeaba: la silueta de la mujer que adoraba, envuelta en una bata floreada. estaba inclinada sobre la estufa de gas. Watkins le dio un pellizco travieso pero afectuoso, y agarró el periódico.

“¡Qué varonil!”, pensó ella.

En ese mismo instante, el señor Gosport iba bajando las escaleras, también de muy buen ánimo. También lo recibió el aroma del café recién hecho y la dulce silueta de la amada, envuelta en una bata floreada e inclinada sobre la estufa. Le dio un largo y tierno beso en la parte de la nuca donde se encrespa el cabello y tomó el periódico.

“¡Qué refinado!”, pensó ella.

—¿Qué es esto? —preguntó el señor Watkins tras dar el primer sorbo a su café, mientras leía con una sonrisa el relato de un banquero fugitivo a quien habían arrestado en Southampton—. ¿Es una broma? ¿Dónde está la nota roja del *Telegram* de este domingo?

—Pero si ese no es el *Telegram* —contestó la mujer y volteó a verlo desde la estufa—, Y tú… —agregó con voz aguda—, ¡Tú no eres mi marido!

Dicho eso. cayó al suelo tras un desmayo de tercer grado.

—Me metí a la casa equivocada anoche —murmuró Watkins—. Más vale que me vaya de aquí.

Agarró su ropa deprisa y salió de ahí. De camino a su casa, se cruzó con el señor Gosport, a quien no tenia el gusto de conocer. Ambos estaban demasiado ocupados ideando pretextos que explicaran

su ausencia nocturna como para prestarle atención al otro.

El señor Watkins encontró a la señora Watkins tal y como el señor Gosport encontró a la señora Gosport: ambas estaban sumamente molestas por la ausencia inexplicable de sus maridos, pero tan aliviadas por su regreso que no le dieron la menor importancia a la credibilidad de sus pretextos.

Cada uno comió un buen corte de carne en el almuerzo dominical y tras el almuerzo tomó una siesta, mientras sus esposas miraban por la ventana. No tuvieron sueños desagradables, y, al despertar, la avenida Fairlawn ya no les pareció tan monótona como para justificar sus robos o sus suicidios. No obstante, es imposible saber cuánto les habría durado la alegría sin un empujón. Por fortuna, poco después la señora Gosport conoció a la señora Watkins mientras buscaban a un gatito perdido, y ambas familias se volvieron grandes amigas, al grado de pasar las tardes, los fines de semana y las vacaciones de verano juntas.

Esa feliz relación acabó por completo con la monotonía de la avenida Fairlawn, y habría persistido hasta la fecha de no ser porque la primavera pasada hubo un ligero desencuentro entre los maridos, ya que el señor Gosport se rehusó a prestarle su podadera al señor Watkins.

AVE DE PRESA

Aquella que se conoce como la “casa del ingeniero" ha quedado desierta. El último inquilino, proveniente de Baton Rouge, la abandonó antes de pasar siquiera un mes en ella y se construyó una choza de dos estancias con su propio dinero en el extremo más recóndito del terreno de la empresa.

El techo de la casa del ingeniero se desplomó, y la mayoría de las ventanas están rotas. Curiosamente, ningún ave ha hecho su nido bajo el cobijo de los aleros ni ha aprovechado la privacidad de las habitaciones abandonadas. Las casas abandonadas suelen ser refugio de ratas, ratones y murciélagos, pero ningún chillido, correteo o aleteo perturba el silencio de ésta. Sólo criaturas muy rastreras, del extremo opuesto al humano en el reino animal, viven ahí: termitas, tarántulas, escorpiones.

En apenas unos cuantos años, el jardín de Edna Spalding se deterioró tanto que es como si nunca hubiera existido. El pórtico donde Jack y ella se sentaban alegremente por las noches se ha ido pudriendo bajo el peso de las ramas y la arena. Un árbol joven y fuerte rompió los tablones que están bajo la ventana que da al salón, y sus ramificaciones se extienden como un abanico hecho de los dedos rígidos de alguien temeroso. En esa esquina, sigue en pie una percha de perico robusta, cuya madera no ha sido víctima de las termitas ni de los escarabajos aburridos.

Los Spalding llevaron consigo un perico cuando recién se mudaron ahí. Era una especie de regalo de bodas que les dio la madre de Edna de último minuto. Para que Edna se llevara algo de su primer hogar a su nueva casa en la selva.

El perico, Tom, era bastante viejo. Y, al igual que otros pericos, disfrutaba pasar el día en su percha, silbando y riendo y diciendo cosas que. en muchas ocasiones, eran muy apropiadas. Edna y Jack le tenían mucho cariño, como también se tenían mucho cariño entre sí. Les gustaban su casa, el país y los colegas de Jack, y todo en la vida

les parecía encantador.

Una noche, cuando recién se quedaron dormidos, los despertó un graznido aterrador y un aleteo incesante en el pórtico. —¡Jack! ¡Jack! —gritó Edna—. ¡Levántate! ¡Apúrate! ¡Corre! Seguro uno de los gatos del campamento atrapó al pobre Tom. Jack se levantó de un brinco, pero se le atoró un pie en la sábana y cayó sobre un codo. Entre la necesidad de sobarse el codo y desenredarse el pie. perdió varios segundos antes de volverse a levantar. El porche estaba iluminado de cabo a rabo por la brillante luz de la luna llena, y al fondo, en el suelo bajo la percha, estaba tirado el pobre Tom. sobre una cama hecha de sus propias plumas, boqueando y gimoteando.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Al menos estaba vivo. Jack miró en todas direcciones en busca del atacante, y de inmediato vio que las pesadas y largas ramas de la enredadera se mecían con fuerza, a pesar de que no estuviera soplando el viento. Se acercó al barandal y se asomó, pero no vio al gato por ninguna parte. Claro que habría sido extraño que siguiera ahí. A Jack le llamó más la atención que se agitaran las ramas de la enredadera, pues eran demasiado largas y pesadas como para que la huida de un simple gatito las hubiera mecido de esa manera. Finalmente, alzó la mirada y le pareció ver un ave —un ave grande, un ave enorme— que salía volando. Apenas si alcanzó a vislumbrarla cuando pasó frente a la brillante luna circular.

Jack volteó entonces y levantó al pobre Tom. Se había roto la cadena que lo ataba a la percha y el corazón le latía con furia, pero no dejaba de gimotear, como una criatura herida y asustada por algo capaz de arrebatarle la vida.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Lo más extraño de todo era que el viejo pajarraco rara vez aprendía una frase nueva, lo cual en otras circunstancias habría hecho reír a Jack, de no ser por lo patético que sonaba. Examinó al pobre pájaro con detenimiento, pero no encontró herida alguna. salvo por el puñado de plumas que le habían arrancado del cuello, y lo puso de nuevo en la percha. Se dio media vuelta para ir a tranquilizar a Edna. pero ella ya estaba en la puerta.

—¿Lo mató? —preguntó.

—No —contestó Jack—, Sólo está asustado. Algún animal lo agarró.

—Le traeré un terrón de azúcar —dijo Edna—, Eso le gustará y lo hará sentir mejor.

Edna le llevó el azúcar cuanto antes, y Tom agarró el terrón con una de sus garras. En general, acostumbraba darle mordisquitos ávidos, pero esta vez, en cambio, lo miró una sola vez con desdén,

soltó una especie de risotada amarga y desesperada, y lo dejó caer.

—Déjalo descansar—sugirió Jack—, Lo zarandearon bastante.

—¡Seguro fue un gato! —exclamó Edna—. Tuvo que ser uno de esos malditos gatos del campamento.

—Quizá —contestó Jack—. Por otro lado, no estoy tan seguro. Me pareció ver un pájaro enorme que salió volando.

—No pudo haber sido un águila —dijo Edna—. Nunca se ha avistado un águila aquí.

—Lo sé —respondió Jack—, Además, no vuelan de noche. Tampoco los buitres. Quizá fue un búho, supongo, pero…

—Pero, ¿qué? —preguntó Edna.

—Pero era más grande que un búho.

—Seguro fue tu imaginación —afirmó Edna—. Tuvo que ser uno de esos malditos gatos.

Durante los días subsiguientes, discutieron ese tema con frecuencia. Consultaron a medio mundo, y cada quien tenía una opinión particular. Al principio, Jack se mostró titubeante, porque apenas había visto de reojo a la criatura que pasó volando frente a la luna, pero la resistencia a creerle no hizo más que reafirmar su convicción, por lo que a veces las discusiones subían bastante de tono.

—Charlie asegura que todo fue producto de tu imaginación —le dijo Edna un día—. Que nunca se ha visto que un búho ataque a un perico.

—¿Cómo diablos va él a saberlo? —preguntó Jack—. Además, era más grande que un búho.

—Dice que eso demuestra que te lo imaginaste —contestó Edna.

—Eso querrías, ¿verdad? Creo que es lo que ambos querrían.

—¡Ay, Jack! —exclamó Edna. Sonaba profundamente herida, y no sin justa razón, pues demostraba que Jack seguía pensando en un error ridículo que había cometido, un error de verdad, de esos que a veces los jóvenes esposos cometen cuando entran de pronto a una habitación y la gente se desconcierta sin motivo. Charlie era joven y libre y amable y atractivo, y podía ponerte la mano en el hombro sin siquiera pensarlo, y a nadie le molestaba.

—Perdón por decir eso.

—Ojalá no lo hubieras hecho —dijo Edna.

El perico, en cambio, guardó silencio. Llevaba tantos días gimoteando y sufriendo que parecía haber olvidado incluso cómo pedir azúcar. Sólo gruñía y gemía para sus adentros, agitaba las plumas y a veces meneaba la cabeza de la forma más patética y miserable del mundo.

No obstante, un día, cuando Jack volvió a casa del trabajo, Edna se llevó un dedo a los labios y le indicó que se asomara a la ventana.

—Mira a Tom —susurró.

Jack se asomó. El viejo pajarraco se movía de forma ominosa de un lado a otro de la percha, picoteaba las ramas marchitas de la enredadera y las arrastraba hasta la orilla donde la barandilla se encontraba con la pared, donde las soltaba encima de las que ya tenía reunidas ahí. Brincaba de un lado a otro, llevando ramitas, siempre con la misma expresión afligida, poniendo mucha atención a la disposición de sus plumas, de las remas y de algún fragmento de celofán que hubiera encontrado por ahí. Era extraordinario.

—Es extraordinario —dijo Jack.

—¡Está haciendo un nido! —gritó Edna.

—¡Pero es macho! —exclamó Jack—, ¡Es macho! Qué simpático. ¡Maldita impostora! ¡Hacerse pasar por macho! Seguro va a poner un huevo. Así que a partir de ahora la llamaremos Tomasa.

Y Tomasa la llamaron. Dos o tres días después, todo quedó claro. Una mañana, en el nido hechizo, encontraron un huevo.

—Pensé que estaba enferma de tanto que temblaba —dijo Jack—. Pero estaba gestando y nada más.

—¡Es un huevo monstruoso! —exclamó Edna—. Pobre pajarita

—¿Qué esperas, después de tantos años? —dijo Jack entre risas—. Algunas aves ponen huevos de su tamaño, como el kiwi, creo. De cualquier modo, hay que reconocer que no es poca cosa.

—Y Tomasa se ve enferma —agregó Edna.

Era cierto que la vieja perica se veía muy enferma, pues para que un perico se vea enfermo tiene que estar más enfermo que cualquier otro ser vivo. Tenía los ojos cerrados y la cabeza gacha; y, si alguien le acercaba un dedo para acariciada, desviaba el pico con expresión dolorida. No obstante, empollaba con determinación el huevo prodigioso que había puesto, aunque, con cada día que pasaba, su fragilidad ere más notoria.

—Tal vez debamos quitarle el huevo —sugirió Jack—. Podríamos vaciarlo y guardar el cascarón de recuerdo.

—¡No! —exclamó Edna—. Déjaselo. Es el único que ha tenido en la vida. —Pero Edna no tardaría en arrepentirse de su decisión. Al poco rato, llamó a su marido—. ¡Jack! ¡Ven! Es Tom…, digo, Tomasa. Creo que está agonizando.

—Deberíamos quitarle el huevo —dijo Jack al salir con un bocado del desayuno en la boca—. Está exhausta. Además, no servirá de nada que lo siga empollando. Está condenado a ser estéril.

—¡Pero mírala! —le suplicó Edna.

—Ya no tiene remedio —dijo Jack, y en ese instante la vieja pajarraca perdió el equilibrio y cayó al suelo, sin vida—. El huevo ¡a matá —sentenció Jack y lo alzó—. Te lo dije. ¿Quieres conservarlo?

¡Dios! —exclamó y volvió a ponerlo en su lugar de inmediato—. ¡Está vivo!

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Sentí que se agitaba —contestó Jack—. Es extraordinario. ¡Es antinatural! ¡Hay un polluelo picoteando ese cascarón!

—¡Hay que dejarlo salir! —declaró Edna—. ¡Rompe el cascarón!

—Tenía razón —dijo Jack—. Te dije que había visto un pájaro. Supongo que era un perico salvaje. Pero era enorme.

—Voy a darle un golpecito al cascarón con una cuchara —dijo Edna y fue corriendo a la cocina.

—¡Será un pájaro con suerte! —le respondió Jack cuando volvió—. ¡Nacido en cuna plateada! Je. je. Ten cuidado.

—Eso haré. ¡Ay, ojalá que no se muera!

Dicho eso, le dio un golpecito contundente al cascarón, y entonces el picoteo interno se hizo más intenso. Al poco rato, se asomó un pico bien desarrollado, y segundos después presenciaron el nacimiento de un polluelo.

—¡Virgen del huerto! —exclamó Jack—, ¡Es monstruoso!

—Así son todos los polluelos —argumentó Edna—. Pero cuando crezca se pondrá precioso. Como su madre.

—Tal vez. En fin, debo irme. Ponlo en el nido y dale de comer papilla. Procura que no se enfríe. Y no lo manipules demasiado. Adiós, amor mío.

Esa mañana. Jack llamó un par de veces desde el trabajo para preguntar cómo seguía el polluelo y si había comido. A la hora del almuerzo, volvió a casa corriendo. Por la tarde, todos sus colegas fueron a conocer al polluelo y a ofrecerles consejos.

Chame también estaba ahí.

—Hay que alimentarlo al menos una vez cada hora —sugirió—. Así lo hacen las pájaras.

—Tiene razón —dijo Jack—, Al menos durante el primer mes. Es lo que haría su madre.

—Parece que andaré de niñera un rato —dijo Edna con cierto recelo.

—Pasaré a visitarte de camino a casa para aliviar un poco tu soledad —intervino Charlie.

—Y yo volveré temprano siempre que sea posible —dijo Jack, un poco meditabundo.

Al parecer, al polluelo le sentó bien comer cada hora, pues empezó a crecer a una velocidad alarmante. Al poco tiempo, se cubrió por completo de plumas. En unos meses, terminó de madurar, pero no se parecía en absoluto a su madre. Para empezar, era negro como el carbón.

—Debe de ser un híbrido —comentó Jack—. Hay pericos negros en los zoológicos. Aunque no se parecen mucho a éste. He considerado tomarle una foto y enviársela a un ornitólogo.

—Es tan extraño.

—Parece maligno. Te apuesto que ese pájaro sabe todo. Y que pronto empezará a hablar.

—Lo escuché reír —dijo Edna—. Se me olvidó contarte.

—¿Cuándo? —preguntó Jack con impaciencia—. ¿Se rio?

—Algo así —contestó Edna—. Pero fue una risa horrible. Charlie casi se va de espaldas.

—¿Charlie? No me contaste que había venido.

—Bueno, ya sabes que viene cada que se le antoja —respondió Edna.

—Ah, ¿sí? No sabía que lo sabía. ¡Dios! ¿Qué fue eso?

—Esa es la risa que te decía.

—¡Qué graznido tan espeluznante!

—Mira, Jack, no me gusta que pienses mal de Charlie. Eres todo para mí, y lo sabes.

Jack la miró a los ojos.

—Lo sé. Lo sé cuando te miro. Pero luego pienso que podría dejar de serlo. Esa duda me atormenta, y hasta el más mínimo detalle la trae a colación. Quizás he perdido un poco la cabeza.

—Bueno, pero a Charlie lo transferirán pronto —argumentó Edna —, Y no volverás a verlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Me contó hace unas horas —contestó Edna—, Venía regresando a casa después de pasar por la oficina de correos. De otro modo, supongo que te lo habría contado a ti primero. Pero para ese entonces no te había visto aún. ¿Ves a qué me refiero?

—Sí, lo veo —dijo Jack—, Ojalá me psicoanalizaran o algo así.

Días después, Charlie se despidió y se fue a trabajar para la empresa en otra sede. En el fondo, Edna estaba contenta de que se fuera, pues no quería problemas con Jack, aunque fueran infundados. Días después, sintió que todos sus problemas se habían solucionado para siempre.

—i Jack! —exclamó al verlo llegar a casa del trabajo.

—¡Heme aquí! —dijo él.

—Hay noticias. No juegues con el pájaro. ¡Escúchame!

—Se llama Polly —respondió Jack. Le habían puesto Polly para no errar—. No te refieras a él como “el pájaro". Ay, Polly, la señora de la casa no te quiere.

—¡Ya sabes que no! —exclamó Edna con una vehemencia inusual

—. ¡No me agrada en absoluto, Jack! Hay que regalarlo.

—¿Qué? ¿Por qué diablos? ¿Un Polly tan negro y especial? ¿Este inusual producto de la pasión aviaria? ¿El Polly más listo que ha puesto un pie en…?

—¡Basta! —lo interrumpió Edna—. Es demasiado listo, Jack. Lo detesto. ¡Es horrible!

—¿Qué? ¿Te dijo algo que te hizo sentir mal? —preguntó Jack entre risas—. Seguro que lo hará cuando aprenda a hablar. En fin, ¿cuál es la noticia?

—Entra a la casa. No me atrevo a contarte si el pájaro nos está escuchando —Edna se dirigió a la habitación—. La noticia es que tendrás que hacer mi voluntad. Si no me gusta algo, hay que regalarlo. No quiero que nazca con pico sólo porque a su madre la asustó un perico monstruoso.

—¿De qué hablas? —dijo Jack.

—¿De qué crees que hablo? —contestó Edna con una sonrisa y asintió.

—¿Un bebé? —gritó Jack. entusiasmado—. ¡Será niño! ¡O niña! Tiene que ser uno de esos dos. Mira. Edna, tenía mucho miedo de decirte lo mucho que quería ser padre. ¡Cielos! ¡Es la mejor noticia del mundo! Pero recuéstate, por favor. Estás delicada. Te pondré una almohada bajo los pies. Y te haré algo de cenar. Tengo que practicar. No te muevas. ¡Cielos! ¡Cielos! ¿Será niño o será niña? —Salió al salón para llegar a la cocina. Al pasar por la ventana, vio al perico que estaba en el porche y se asomó para hablarle—, ¿Escuchaste la noticia? ¡Voy a ser padre! Pero tendrás que irte, amiguito. Vamos a regalarte. ¡Sí. señor, voy a ser papá!

El perico soltó un chiflido agudo.

—¿En serio? —preguntó con voz rasposa. Sonaba preocupado, pero su voz era casi idéntica a la de Charlie—. ¿Qué hay de Jack?

—¿De qué hablas? —preguntó Jack, desconcertado.

—Creerá que es suyo —susurró el perico, imitando a Edna—. Es un idiota que creerá cualquier cosa. Bésame, amor. ¡Qué alivio! ¿Verdad? ¿Qué hay de Jack? Creerá que es suyo. Es un idiota que creerá cualquier cosa. Bésame, amor. ¡Qué alivio!

Jack fue a la cocina, se sentó y se quedó largo rato con la cabeza entre las manos.

—¡Apúrate! —le gritó Edna desde el cuarto— ¡Apúrate, papá!

—¡Ya voy! —contestó Jack.

Al salir de la cocina, fue a su escritorio y sacó el revolver. Luego entró al cuarto.

Tras escuchar el grito y el disparo, el perico soltó una carcajada. Luego alzó una garra, se llevó al pico la cadena que lo ataba y la

masticó como si fuera de papel.

Jack salió, con la pistola en alto, tapándose los ojos con la otra mano.

—¡Es un idiota que creerá cualquier cosa! —exclamó el perico y volvió a reír.

Jack se llevó la pistola a la sien. En el ínfimo intervalo entre el comienzo y el final del movimiento del dedo sobre el gatillo, vio que el ave extendía las enormes alas negras, lo volteaba a ver con los ojos rojos como llamas y arremetía contra él.

La pistola se disparó, y Jack cayó al suelo. El perico, o lo que sea que fuera, descendió en picada, agarró lo que le salió a Jack de la boca ensangrentada, viró al llegar a la ventana y se alejó deprisa. Sólo fue visible durante un instante, cuando planeó con sus inmensas alas frente a la luna llena.

VARIACIÓN SOBRE UN TEMA

UN hombre joven, con sombrero de bombín, bastón, bigote rubio y traje azul, estaba viendo a un gorila en un zoológico. A su alrededor había jaulas con suelo desértico, y las sombras de las rejas se cernían sobre aquellos compartimentos amarillos que parecían reproducciones falsas de latitudes ecuatoriales. Adentro había cáscaras de nuez y de plátano, y lechugas marchitas: estaban también los graznidos de las aves que creían que las habían encerrado por locas, la obediencia de las jirafas, el bostezo de los leones. Como peñascos lunares, los ojos innobles de las cabras blancas recorrían su propia jaula. Los elefantes grises, rodeados de la humedad del pasto y el estiércol, alternaban entre una pata y otra. Los días jurásicos, al parecer, muy probablemente no volverían. Los ratones, que se movían a la velocidad de un tic nervioso, se mostraban audaces gracias a la libertad que les concedía aquella catástrofe de valores.

Al percatarse de que estaban solos, el gorila se dirigió al joven y le habló con un fingido acento americano, elegido por motivos personales.

—Amigo, pareces un tipo decente. Consígueme un traje como el tuyo, pero más grande, un bombín y un bastón. Creo que me las puedo arreglar sin el bigote. La cosa es que quiero salir de aquí. Tengo ambiciones.

El joven quedó atónito al oír hablar al gorila. Sin embargo, el sentido común le recordó que estaba en una ciudad donde muchas criaturas gozaban de dicha facultad, a pesar de que, a primera vista u oída, difícilmente se pudiera creer que contaran con la inteligencia suficiente para desarrollarla. Por ende, se recuperó de su asombro, pero, como seguía teniendo claras las diferencias, le contestó al gorila:

—No creo poder hacer eso. pues un gorila debe estar en una jaula o en el Congo. En la sociedad de los hombres sería como un pez fuera del agua, un chivo en cristalería o una piedrita en el arroz. Sería causa de vergüenza y, por lo tanto, usted mismo se avergonzaría. Lo

tratarían como a un marciano, lo desdeñarían por su complexión y lo despreciarían por su ángulo facial.

El gorila quedó muy mortificado por la respuesta, pues era un simio muy vanidoso.

—Mira, no digas ese tipo de cosas sobre mí. Soy escritor. Puedo escribirte lo que quieras. Escribí una novela.

—¡Eso cambia la situación por completo! —gritó el joven, entusiasmado—. Yo mismo soy novelista y siempre estoy dispuesto a echarle la mano a un colega. Sólo dime una cosa y te prestaré mis servicios. ¿Tienes genio?

—Sí —respondió el gorila—, claro que tengo.

—En ese caso —continuó el hombre— mañana a esta hora te traeré traje, sombrero, bastón, zapatos y ropa interior. También te traeré una lima y te esperaré bajo el gran castaño de la puerta oeste cuando se ponga el sol.

El gorila no esperaba la lima. De hecho, en realidad no había pedido el atuendo para escaparse, sino para causar sensación en el público. Era como uno de esos prisioneros que escribían desde la vieja España y a quienes les interesaba más lo que tenían dentro que encontrar la manera de salir. Sin embargo, no le gustaba desperdiciar nada, así que. lima en mano, le dio el uso necesario para reunirse con su benefactor bajo el oscuro árbol de verano.

El joven, embriagado por su buena acción, le dio un cálido apretón de manos al gorila.

—Querido amigo —le dijo—, no sabes lo feliz que estoy de verte afuera, entre nosotros. Estoy seguro de que escribiste una gran novela ahí dentro: de cualquier forma, las rejas a largo plazo son muy peligrosas para los literatos. Mi casa te parecerá mucho más propicia para tu genio. Pero no vayas a creer que somos aburridos; los domingos llega todo mundo, y entre semana organizamos una o dos cenas en las que conocerás al tipo de gente que debes conocer. Por cierto, espero que no se te haya olvidado tu manuscrito.

—Un tipo llegó a husmear justo cuando estaba preparándome para la fuga —comentó el gorila—. Así que lo tuve que dejar. —Era la mentira más vil del mundo, pues aquel simio sin escrúpulos no había escrito una sola palabra en su vida.

—¡Pero qué lástima! —gimió el hombre, consternado—. Imagino que querrás regresar por él.

—No —contestó el gorila, que había estado viendo pasar unos autos espléndidos por donde estaban y había notado los bellos rostros y atractivos atuendos de las damas a quienes esos autos transportaban de una fiesta a otra—. No —repitió—. Olvídalo. Lo tengo todo en la cabeza. Tú me hospedas; yo la escribo de nuevo. Así que no te

preocupes.

—¡Dios mío, admiro tu temple! —gritó su salvador con entusiasmo —. Eso es tan poco comercial que me atrae más de lo que soy capaz de expresar. Estoy seguro de que tienes razón; la obra será aún más magistral por haber sido escrita otra vez. Miles de pequeñas alegrías que seguro quedaron fuera en el primer apresurado torrente de creatividad ahora exigirán su sitio. Tus personajes aparecerán, por así decirlo, más completos que antes. Olvidarás algunos pequeños detalles, pero, claro, inventarás otros aún más reveladores; muy bien, lo que olvides serán las sombras verdaderas que darán esa redondez superior a tus personajes. ¡Ah, no hay nada como la literatura! Tendrás un pequeño estudio en el segundo piso, tranquilo, austero, pero cómodo, donde podrás reconstruir tu gran obra sin que te molesten. Sin duda será elegida por la Sociedad del Libro, y no veo por qué no podríamos pensar en el premio Hawthornden también.

Para ese entonces, iban andando bajo los árboles adormilados por el abrumador empacho de calor del día. que seguían sin digerir, y recibían sus condimentadas exhalaciones mientras pasaban por debajo.

—Ya estamos cerca —señaló el entusiasta—. Mi esposa estará encantada de conocerte. Van a ser grandes amigos. Esta es la casa. Es pequeña, pero por suerte pertenece al periodo correcto y, como podrás observar, tenemos las mejores glicinias de Londres.

Al decir eso, empujó una cerquita de madera, una de las seis que había en un callejoncito tranquilo que seguía conservando la serenidad y el encanto de la época de la reina Ana. El gorila, que miraba insatisfecho hacia unos bloques de departamentos modernos y elegantes que se apilaban hacia ambos lados, no dijo una palabra.

El jardín delantero era muy pequeño. Tenía adoquines, lirios y un agradable jarrón rebosante de geranios rojo ardiente cuyas orillas aterciopeladas se carbonizaban con el sol, tal y como se consume la punta de los cigarrillos de los dioses menores.

—Tenemos un terreno más grande atrás —le explicó el hombre— donde hay pasto, nicotianas y camastros a la sombra de una higuera. ¡Pasa, querido amigo, pasa! Joanna. ¿dónde estás? Ya llegó nuestro nuevo amigo.

—Espero —dijo el gorila en voz baja— que no le hayas dicho todo sobre ya sabes qué.

—No. no —susurró su anfitrión—. Guardé nuestro secreto: un caballero de África, le dije, que tiene genio. —No dio tiempo para más; la señora Grantly venía bajando las escaleras. Era alta, de cabello claro, recogido en un chongo espontáneo por detrás, y una falda larga artística, pero no pasada de moda—. Él es Ernest Simpson —dijo el esposo—. Querida, el señor Simpson escribió un libro que va a causar

revuelo. Por desgracia, perdió el manuscrito, pero (¿qué crees?) aceptó quedarse con nosotros mientras lo reescribe. Lo tiene todo en la cabeza.

—¡Es un absoluto deleite! —exclamó la señora Grantly—. Me temo que nuestra vida aquí es muy simplona, pero al menos tendrá silencio. ¿Se quiere lavar las manos? Nos espera la cena en el comedor.

El gorila, que no estaba acostumbrado a ser tratado con tanta consideración, se refugió en un silencio casi hosco. Durante la comida, casi habló en puros monosílabos. También se devoró una cantidad ingente de plátanos y a su anfitriona. con dientes y ojos, respectivamente.

La joven pareja estaba tan contenta con su visita como dos niños con juguete nuevo.

—Su dinamismo y originalidad son incuestionables, y lo caracteriza esa auténtica simplicidad que es quizá la marca más clara del genio —comentó el hombre cuando estaban solos en la cama—. ¿Viste cómo reaccionó a los plátanos?

La señora Grantly tomó a su esposo entre sus brazos, que eran de una longitud y una tersura exquisitas.

—Será maravilloso —dijo—. No puedo esperar el día en que los libros de ambos estén publicados. Tiene que conocer a los Boole y a los Terry. ¡Imagino las discusiones que tendrán! Qué agradable es la vida para los que gustan del arte.

Los esposos se besaron, hablaron de la época en que se conocieron y se quedaron dormidos con una sonrisa.

En la mañana desayunaron copiosamente, con jugo de fruta, cereales, tocino, champiñones y los periódicos matutinos. Al gorila le habían mostrado el que sería su pequeño estudio; probó las sillas y el sofá, y se miró al espejo.

—¿Crees que estarás contento aquí? —preguntó el señor Grantly con ansias—. ¿Crees que la habitación sea propicia para el estado de ánimo adecuado para la escritura? Hay cigarrillos en esa caja y un cuarto de baño al otro lado del pasillo. Si quieres probar una pipa, tengo un frasco de tabaco que te puedo mandar. ¿Y el escritorio? ¿Tiene todo lo que podrías necesitar?

—Me las arreglaré —dijo el gorila, sin dejar de observarse en el espejo.

—Si necesitas algo, no dudes en tocar esa campana —concluyó el anfitrión—. Les dije a las sirvientas que ahora eres parte de la familia. Yo estaré en la sala del piso inferior, por si me necesitas. Bueno, supongo que te comen las ansias por poner manos a la obra. ¡Hasta la hora del almuerzo! —Dicho eso, se despidió del gorila, quien seguía viéndose en el espejo.

Cuando se cansó de verse, cosa que no ocurrió de inmediato, se comió algunos de los cigarrillos, abrió todos los cajones, se asomó por la chimenea, estimó el valor de los muebles, mostró los dientes de forma abominable, se rascó y por último se tiró en el sofá, donde empezó a hacer planes.

La de aquel simio era una naturaleza que califica cualquier rasgo de civilidad desinteresada como signo de debilidad. Además, creía que su anfitrión era un novelista espurio y afeminado, pues no había oído una sola palabra sobre porcentajes desde que entró a esa casa.

—¡Un fracasado! ¡Un intelectual de ceja alzada! —criticó—. Un tipo como él dándole limosna a un tipo como yo. ¿eh? Muy pronto será al revés. La pregunta es cómo.

El gorila quería trajes de un gris muy claro, alfileres de perla para la corbata, un automóvil llamativo, compañeras rubias y colegas con los cuales pasar el rato. No obstante, su vanidad era en sí misma avara, así que trataba de apoderarse hasta de la última migaja: fue incapaz de resistirse al entusiasmo del joven por su novela inexistente, y en lugar de buscarse la fortuna como boxeador de peso pesado, se convenció de verdad de que era un escritor injustamente minimizado por el mecenazgo y los aspavientos de un pseudointelectual parásito. Hojeó las páginas de la mitad de los libros del estante para ver el tipo de cosas que debía hacer, pero le pareció bastante pesado dar el primer paso. “Este maldito lugar me sofoca”, pensó.

—¿Cómo es tu trama? —le preguntó al joven un día. poco después, cuando estaban sentados a la sombra de la higuera.

Grantly le recitó con gentileza su trama entera.

—Suena muy insignificante —aclaró—, pero es que depende mucho del estilo.

—¿Estilo? ¡Al diablo con el estilo! —comentó el gorila, mostrando los dientes.

—¡Pensé que dirías eso! —gritó su animador—. Sin duda tienes la vitalidad de la que yo conscientemente carezco. Me imagino tu obra muy cercana a los instintos básicos de la vida, a las pasiones abrasadoras, a las lujurias vulgares, a los deseos vitales, a lo cruel, lo crudo, lo dinámico, lo que en esencia es fecundo y primitivo.

—Así es —contestó el gorila.

—Las oraciones —continuó el rapsoda—, cortas al punto de la brusquedad, en sintonía con el arrogante arte de los gemidos, gruñidos y gritos de las mujeres con grandes tetas primitivas, y los hombres…

—Claro —dijo el gorila.

—Se derriban los unos a los otros —siguió su admirador—, mientras prueban la sangre salada que sale de sus labios o ven la forma femenina surgir de pronto bajo la influencia de innumerables

puñetazos, ganchos de derecha, rectos de izquierda, y se vuelven conscientes de otra emoción…

—¡Sí! —exclamó el gorila con entusiasmo.

—Y con un grito que es mitad sollozo…

—¡Eso! —prorrumpió el gorila.

—…saltan, se aterran, forcejean y, en un éxtasis que es también dolor explosivo, abrasador, agotador, destructivo…

El gorila, incapaz de contenerse por más tiempo, mordió la mejor rama de la higuera del señor Grantly.

—¡Ya lo dijiste! ¡Ese es mi libro! ¡Sí, señor! —anunció, con la boca llena de astillas. No me agrada tener que poner esto por escrito, pero el gorila corrió de regresó a la casa y asió a su anfitriona con una manaza férrea—. Estoy de un humor creativo — murmuró con voz ronca.

La señora Grantly no estaba del todo libre del culto al héroe

y había creído en la palabra de su esposo cuando le dijo que el gorila era uno de los más grandes genios. Admiraba sus facciones y sus ojos, y no le molestó el contacto de su manaza férrea.

Al mismo tiempo, era una joven refinada y con buena educación.

—No puedo evitar pensar en Dennis —dijo—. No querría lastimarlo.

—Ah. ¿sí? —gritó el maleducado antropoide—. ¿A ese pobre bobo? ¿A ese escritor sobreactuado? ¿A ese zángano? No te preocupes por él. Le voy a dar una paliza, nena. Le…

La señora Grantly lo interrumpió con cierta dignidad. Era una de esas mujeres muy nobles que jamás soñaría con traicionar a su esposo, salvo ante la promesa de una pasión genuina. con expresiones del cariño más tierno.

—¡Suéltame, Ernest! —le ordenó con tal seguridad que el gorila la obedeció. Este simio, como cualquier arribista, era muy sensible a cualquier indicio de que estaba mostrando su bajeza—. No creas que te tendré en mejor estima si difamas a Dennis — continuó—. Eso apenas demuestra que te falta juicio, no sólo sobre los hombres, sino sobre las mujeres.

—Ah. basta, Joanna —suplicó el humillado gorila—. Mira, perdí el control. ¡Ya sabes cómo somos los genios!

—Si no fueras un genio —dijo Joanna— te echaría de la casa. Pero te daré otra oportunidad.

Al gorila no le alcanzaba la mente para interpretar estas últimas palabras con la generosidad con que las tomaríamos nosotros. Quizás era porque había vivido mucho tiempo tras las rejas, pero a sus oídos llegaron como a los de un cobarde maltratado que resoplaba en el banquillo de los acusados. El tímido fortachón no encontró invitación

alguna en la sonrisa de la señora Grantly, y el pánico se apoderó de él ante la idea de perder sus acogedores aposentos.

—Di que no me vas a delatar, hermana —murmuró.

—No, no —contestó la señora Grantly—, Hay que tomar estas nimiedades con sentido común. Pero tendrás que comportarte mejor.

—Claro —dijo él. muy aliviado—. Empezaré a trabajar en este instante. —Subió directo a su cuarto, se miró al espejo y, de ese modo inesperado, recuperó su autoestima dañada—. Les enseñaré a esos güeros a tratar a un caballero —musitó—. ¿Qué dijo ese pobre gusano? "Saltar-aferrarse-forcejear…" ¡Uf! Este libro se va a vender como pan caliente.

Empezó a garabatear como el mismísimo diablo. Su letra era atroz, pero, ¿qué importaba? Su estilo no era el mejor del mundo, pero estaba escribiendo sobre la vida en bruto. Una sucesión de manazas férreas (como la que se había visto obligado a aflojar), de consumaciones violentas, de interrupciones y de golpizas emanaron de su pluma, intercaladas con algunos ataques mordaces a la civilización decadente y muchos elogios a lo primitivo.

—Esto los dejará callados —anunció—. Esto va a ser grande.

Cuando bajó a cenar, notó cierta frialdad en el comportamiento de la señora Grantly que. sin duda, se debía a su cobarde comportamiento de esa tarde. Desconfiaba del mundo entero y empezó a temer que ella fuera a acusarlo con su esposo: en consecuencia, crecieron sus ansias de acabar el libro para poder ser independiente y estar en posición de vengarse. Después de cenar subió a su estudio de inmediato y escribió sin parar hasta después de la medianoche, como quien confiesa indiscreciones para un diario dominical.

Antes de que pasaran muchos días así, y conforme se aproximaba al final de su obra, los Grantly le anunciaron, con toda la pinta de estar reprimiendo su emoción, que el más vendido de los novelistas iría esa noche a cenar a la casa. El gorila se entusiasmó igual que ellos, pues ansiaba pescar un par de consejos literarios.

El gran hombre llegó; su coche resplandecía lo suficiente para alguien de su envergadura. El enorme simio lo miró con el más grande respeto durante la cena. Después, pasaron al salón a tomar café, como la gente ordinaria.

—Oí —le dijo el supervenías a Grantly— que estás terminando una novela.

—¡Ah, una cosa de nada! —contestó el bondadoso colega—. Simpson es el hombre que va a hacer que arda el Támesis. Me temo que mis textos son demasiado triviales. Es una especie de sátira social, que toca un poco la Iglesia, la guerra, la paz. el fascismo, el

comunismo, un par de cosas por el estilo, pero sin suficiente vigor. Me gustaría poder escribir algo más primitivo: mujeres fecundas, el ansia de la lujuria, odio sangriento, todo eso, ya sabes.

—¡Por Dios, querido Grantly! —exclamó el gran hombre—. Eso te pasa por vivir tan alejado del mundo. Deberías mudarte a algún lugar más céntrico. Los gustos están cambiando. Te aseguro que antes de que impriman tu libro, el señor P. —(mencionó al crítico que hace o deshace carreras)— ya no será un problema, pues se habrá casado con una joven de proporciones excelsas. ¿Qué tan bien crees que le vaya al ansia de la lujuria con el pobre de P. un mes después de su matrimonio con esa magnífica joven? No, no, chico, quédate con la sátira social. Agrégale algo de feminismo, si le cabe. Ridiculiza el culto al macho y su efecto en las mujeres engañadas, y te asegurarás una buena reseña. Tu carrera estará hecha.

—Algo de eso hay en mi libro —dijo Grantly, sumamente agradecido, pues las carreras novelísticas son como las camas, y hasta las más artísticas se tienen que hacer.

—¿Quién te va a publicar? —continuó su benevolente mentor— Déjame darte una carta para mi editor. Nada es más desesperanzador que estar tratando de vender un libro y que te lo regresen sin leer. Pero Sykes es bastante bueno como para darle cierto peso a mis juicios; de hecho, me atrevería a decir sin presunción que puedes dar por cerrado el trato.

—Tendrás que darme una carta a mí también —gritó el gorila, que había estado oyendo con consternación el discurso del gran hombre.

—Encantado, señor Simpson —contestó el respetable con gentileza —. Pero ya sabe cómo son los editores. “Cabeza dura” les queda corto. Bueno, Grantly, me debo ir. ¡Qué noche más deliciosa! Señora Grantly —dijo, y le dio una palmada en el hombro al anfitrión—, he aquí al hombre que nos dejará sentados a los fósiles. Cuídelo bien. Dele un poco más de ese delicioso sabayón. ¡Buenas noches!

El gorila quedó muy impresionado con la actitud del gran hombre, su confianza, sus pronunciamientos, sus anteojos, su auto y, sobre todo, por el desdén con que lo trató, pues esas criaturas siempre se impresionan con ese tipo de cosas.

—Ese tipo conoce el medio— murmuró con desaliento—. Y yo he estado rezándole al santo equivocado. Tengo que apuntarle al estilo.

Los Grantly volvieron de la puerta, hasta donde habían acompañado a su visita y, por su expresión, era obvio que ellos también habían puesto mucha confianza en sus palabras. Incluso puede ser posible que el señor Grantly se haya frotado las manos.

—¡Por supuesto! —exclamó—. Suena muy probable ¿Has visto a la prometida del pobre P? Es evidente que sus opiniones van a cambiar.

¡Ja! Imagínate, querida, que me vuelvo bestseller.

—¡Qué emocionante! —gritó Joanna—. ¿Eso cambiaría tu idea de irnos de crucero apenas salga el libro?

—No, no —dijo él—. Creo que un autor debe distanciarse de eso. por más gratificante que se pueda volver. No quiero saber nada del libro desde el instante en que salga a la venta, hasta que caiga en el olvido.

—¿Qué? ¿Van a pasar un par de días en Brighton? —intervino el gorila con amargura.

—¡Ja! ¡Serías muy bueno escribiendo sátiras! —gritó Grantly con absoluta bondad—. No. Pensamos irnos de viaje por el mundo. Sé que una ausencia más corta duraría más tiempo que cualquier revuelo que el libro pudiera causar; sin embargo, queremos ver las atracciones turísticas más famosas del mundo.

El gorila no escribió una sola palabra esa noche. La mortificación lo había derrotado. No soportaba pensar en los Grantly navegando por el mundo mientras el libro que tanto había despreciado acumulaba enormes regalías en casa. Mucho menos soportaba la idea de quedarse atrás, sin un mecenas, y con un libro propio que no generaba ni una pizca de regalías. Consideró una especie de insulto que su anfitrión “se llevara el premio mayor, como él lo llamó, y luego le diera la espalda de esa forma.

—¡Ese tipo no se merece el botín! —exclamó, angustiado. De hecho, manifestó ese sentimiento tantas veces durante la noche que al final le surgió una idea por la mera repetición.

Durante los siguientes días, acabó deprisa y sin el menor cuidado su propia obra maestra para tenerla lista el día del golpe que había planeado. En pocas palabras, el vil simio había resuelto cambiar los manuscritos. Mecanografió páginas de título alternativas, con los nombres de los autores intercambiados, y las tenía listas. Cuando Grantly por fin anunció que su obra estaba terminada, el gorila anunció lo mismo; prepararon los dos paquetes la misma noche, y el conspirador insistió en ser él quien los llevara al correo.

Grantly estuvo muy dispuesto a permitirlo, pues él y su esposa ya estaban ocupados preparando su partida. Poco después, se despidieron del gorila y, poniéndole en la mano una considerable suma de dinero para que satisficiera sus necesidades inmediatas, le desearon el mayor éxito a su libro y le aconsejaron que el siguiente fuera una sátira.

El astuto simio les dijo que disfrutaran el viaje y subió a sus aposentos en Bloomsbury, donde poco tiempo después tuvo el placer de recibir una carta de los editores que decía que aceptaban la novela satírica que les había enviado.

Después de eso, desarrolló ínfulas de escritor y consiguió toda la

publicidad posible. En cierta ocasión, sin embargo, en una fiesta contempló a una mujer de proporciones excelsas en compañía de un enclenque nauseabundo. Era una fiesta salvaje, así que no tuvo escrúpulos en asirla con su manaza férrea, sin importar la furia del acompañante. Ese incidente no causó una fuerte impresión en su memoria, pues asistió a muchas otras fiestas en Bloomsbury.

De cualquier manera, nada carece por completo de importancia. Resulta que el enclenque nauseabundo era nada menos que R, el mejor de los críticos, y la dama excelsa era su prometida. El crítico evaluó muy mal la conducta de su prometida, cancelaron la boda y, sin lugar a dudas, anotó el nombre del autor de su infortunio.

Al fin se publicaron los dos libros: el de Grantly, que el gorila había plagiado, y la verborrea en bruto del gorila, que ahora aparecía firmada bajo el nombre de Dennis Grantly. Por coincidencia, salieron al mercado el mismo día. El gorila abrió el más influyente de los diarios dominicales y vio el estimulante encabezado: “Libro del año".

—¡Soy yo! —exclamó, tronando los labios y con la mirada hambrienta sobre el texto, pero descubrió, para su horror, que sí era él. El crítico, aún célibe, y para entonces bastante amargado, había descrito el pesado original del antropoide como “crudo, revelador. a veces tan franco que es peligroso, y en todo momento una obra maestra del genio y la pasión”. Mucho más abajo, en las profundidades más insignificantes de la columna, la sátira robada quedó deshecha en tres palabras: “sosa e ilegible".

Como si este infortunio no bastara, al día siguiente, cuando el pobre gorila dejó su alojamiento, un joven de camisa negra le tocó el hombro y le preguntó si era el señor Simpson. Como el gorila contestó que sí, el de camisa negra le presentó a una docena de amigos suyos, igualmente ataviados y armados con macanas y nudilleras. Parece que los caballeros condenaban ciertas referencias que Grantly había hecho sobre su asociación y decidieron darle al desgraciado Simpson una paliza a modo de reconocimiento.

El gorila peleó como un demonio, pero lo vencieron las cifras. Al final, quedó apaleado y tirado en el callejón donde había acontecido la ceremonia. No fue sino hasta la mañana siguiente que logró arrastrarse hasta la casa. Cuando llegó, encontró a una manada de abogados y policías preguntando por él. Resulta que Dennis. a pesar de su delicadeza y compostura, era culpable de blasfemia, libelo ordinario, libelo obsceno, libelo criminal, sedición y otras cosas por sus referencias al Estado, la Iglesia, etcétera.

—¿Quién hubiera pensado que podía haber todo eso en un poquito de estilo? —gimió el gorila con amargura.

Durante los juicios, permaneció sentado en un silencio taciturno, pensando sólo en revisar los periódicos que publicitaban el libro que

había sustituido por el de Grantly. Cuando las ventas superaron los cien mil ejemplares, se tornó violento e insultó al juez. Cuando duplicaron la cifra, hizo un desesperado intento de confesión, pero fue interpretado como una torpe simulación de locura. Al final, las sentencias sumaron un libro completo que se dio a conocer por entregas. Después de eso, lo esposaron y lo pusieron tras las rejas.

"Todo esto me pasó por querer un traje para que el público me viera. Ya tengo la ropa, pero no me gusta el público y, de todas formas, no tiene permitido entrar aquí."

Eso le produjo un odio genuino contra la literatura, y cualquiera que odie la literatura y además se encuentre en la cárcel por un periodo interminable de años está en una situación profundamente miserable.

En cuanto a Dennis Grantly, para cuando regresó de su viaje ya era un autor tan loado que nunca encontró un momento para volver a abrir el libro y, por ende, permaneció en la feliz ignorancia del fraude. Su esposa, cuando reflexionaba sobre la fama y riqueza conseguidas por su marido, y cuando recordaba esa tarde en que estuvo a punto de dejarse impresionar por la manaza férrea del primate, buscaba a su esposo y le daba un abrazo y un beso no solicitados, y esos besos y abrazos le daban a él una satisfacción exquisita.

LA NOCHE, LA JUVENTUD, PARÍS Y LA LUNA

Furioso con el mundo, renté un estudio de buen tamaño en Hampstead. donde decidí que viviría en absoluta soledad hasta que el mundo se me acercara de rodillas y, llorando, me suplicara perdón.

Era un estudio grande y de techo alto, tan alto como la renta. Por fortuna, era un tipo de buen talante que nunca se cansaba de comer arenque. Ahí vivía feliz y frugalmente, satisfecho con la habitación amplia y sombría, y con una ridicula galería de trovadores en la que acomodé el fonógrafo. También me gustaban la cocinita. el baño, el jardincito y hasta el sendero húmedo y enmarcado de árboles perennifolios que llevaba a la calle. Nunca me cruzaba con nadie. Lo cual era bueno, pues mi humor era una pequeña bomba, aunque por el momento no tenía la intención inmediata de explotar.

No obstante, aunque no tuviera la intención inmediata de explotar, no pude evitar comprar un baúl voluminoso que vi apoyado en la pared, afuera de una tienda de segunda mano. Me atrajo su apariencia anticuada; también su tamaño, pues soy un hombre de baja estatura; su tapa curveada, pues siempre me han atraído las curvas, y en particular el comentario del vendedor, quien se quedó parado en el triste umbral de su tienda, sacándose los mocos.

—Una cosa de esas siempre viene bien —dijo.

Pagué cuatro libras por él, y pedí que me llevaran aquel enorme íncubo negro a mi estudio en una carretilla. Luego lo puse en la pequeña galería que. sin razón aparente, atravesaba la pared del fondo.

Como la transacción me dejó sin dinero, consideré necesario subarrendar mi estudio. Aquello fue un engorro, por decir lo menos. Llamé a los agentes inmobiliarios, quienes al poco tiempo acordaron que llevarían a un cliente de nombre Stewart Musgrave a inspeccionar mi humilde morada. Accedí, pero con cierto reparo.

—Preferiría ausentarme durante su inspección. Encontrarán la llave en la puerta. Después me avisarán ustedes si se rentó el estudio. —Más tarde, me avisaron que el estudio se había rentado—. Me iré el viernes a las cuatro. El inquilino puede venir a las cuatro y media. Encontrará la llave en la puerta.

El viernes, justo antes de las cuatro, enfrenté un serio problema Al rentar el estudio donde uno vive, uno debe guardar bajo llave su ropa en un contenedor pensado para ese propósito. Como eso hice, me quedé desnudo. Luego, uno debe empacar su valija. Tenía una valija, pero nada que meter en ella. Me había despedido ya de todo. Mi estudio había quedado subarrendado y sólo me restaba el mundo. Pero, para fines prácticos, no era gran cosa.

Dio la hora. Corté el nudo gordiano, crucé el río Rubicón, quemé las naves, abrí el baúl y me metí en él. A las cuatro y media, el inquilino llegó. Con la respiración entrecortada, me asomé por el agujerito por donde entraba el aire que me permitía respirar. Y me llevé una gran sorpresa. Había apostado por un joven inquilino sin mucho encanto personal. Pero Stewart Musgrave resultó ser una mujer con muchos atractivos.

Le echó un buen vistazo a su alrededor, sacó todos los cajones y se asomó por todos los rincones. Luego se recostó en la enorme cama diván. Incluso subió al inútil balconcito interno, se asomó y recitó un par de diálogos de Julieta, y al final se acercó a mi modesto refugio.

—A ti no te abriré —amenazó—. No vaya a ser que dentro haya un cuerpo.

Me pareció que su instinto era impecable. Y su apariencia era divina.

Es muy interesante observar a una hermosa y joven mujer que supone que está sola en un estudio de gran tamaño. Nunca sabes qué hará después. Con frecuencia, cuando yo vivía ahí, no sabía qué haría después. Pero en ese entonces estaba solo. Y ella también creía estar sola, pero yo sabía la verdad. Eso me hacía sentir poderoso, como un dios.

Por otro lado, no tardé en enamorarme de ella. Pero mi penitencia era tener la sospecha de que ella no me amaba. ¿Cómo podía amar a quien no había visto jamás?

Por las noches, mientras ella dormía en posiciones sugerentes, yo bajaba de puntitas a la cocina y lavaba los platos, le limpiaba los zapatos y sacaba el pollo del congelador.

—Hay un duende en este departamento —le contó un día a una amiga suya.

—Pues déjale un vaso de leche afuera —contestó la amiga.

Todo iba de maravilla. Nada era más frágil que el amor silencioso

que se iba gestando entre el poeta desilusionado del mundo y la hermosa y joven artista, con su frescura, naturalidad y absoluta carencia de autoconciencia.

Debo admitir que un día me tropecé con un tapete.

—¿Quién anda ahí? —gritó al despertar de forma repentina de un sueño en el que un coleccionista de arte halagaba su obra.

—Un ratón —le hice entender con un chillido, sin moverme de mi lugar. Después de eso. volvió a quedarse dormida Días después, el sueño le vino de forma más agresiva. Tras ausentarse casi toda la tarde, volvió a casa acompañada de un hombre que me desagradó de inmediato. El instinto jamás me falla: no llevaba ni media hora en el estudio cuando ella exclamó: —¡No, por favor!

—¡Sí! —respondió él.

—¡No!

—¡Tengo que!

—¡No, no tienes que!

—Pero lo haré.

—¡Que no! —contestó ella.

Un vestigio de refinamiento le hubiera permitido entender al tipo que la felicidad habría sido imposible entre personas tan distintas entre sí. Entre cualquier pareja debe haber al menos un punto de acuerdo entusiasta; por ejemplo, la leche. Pero, si sus intenciones tenían una cualidad, no era el refinamiento.

—¿Por qué me trajiste aquí entonces? —le preguntó él, frunciendo el ceño.

—Para que vieras mis bocetos —contestó ella y se mordió el labio —. Pensé que eras un comprador.

—Lo soy. Un comprador muy exigente —dijo y le dio un golpe en la sien que la tumbó al piso, muda e inerte—. ¡Mierda! —exclamó—. ¡La maté! ¡Ya se la cargó el payaso! A menos que… huya. —Tuve que reconocer que. aunque fuera fría, su lógica era impecable. Pero no era más que la postración irracional del poeta ante un hombre de acción, de mundo. El tipo la desvistió de inmediato—. ¡Cielos! ¡Qué pena que le di tan duro! —Se la echó al hombro y la sostuvo de las piernas. La subió por las escaleras al balcón sombrío. Abrió el baúl y, sin asomarse, la aventó.

“¡Qué maravilla”, pensé. “Hela aquí, en su traje de Eva. a solas conmigo, en mi traje de Adán. Si supiera que está muerta, le daría gusto." Debo admitir que era un pensamiento amargo.

Cuando empezó a amanecer, el tipo bajó a buscar un taxi. El conductor lo acompañó al departamento, y juntos cargaron el baúl al vehículo que esperaba afuera.

—¡Carajo, cómo pesa! —señaló el conductor—. ¿Pues qué trae ahí?

—Libros —contestó el asesino con absoluta serenidad.

Si se me hubiera ocurrido contestar "*EI paraíso perdido* en dos volúmenes", cosa que debí hacer en ese instante, esta historia habría llegado a su fin. Pero, en cambio, nos subieron al taxi que condujo en dirección de la estación de tren de Victoria.

Por el agujero del baúl entraba el frío de la noche. La joven, a quien había dado por muerta, lo inhaló y suspiró. Al poco rato, recobró la conciencia.

—¿Tú quién eres? —preguntó, alarmada.

—Me llamo Emily —contesté con voz serena.

—Es broma, ¿verdad? —dijo ella.

—¿Tú cómo te llamas?

—Stewart —contestó.

No pude evitar hacer una broma.

—Ah. ¿sí? Entonces yo soy Flora McDonald.

Con esos simples pasos introduje el inquietante tema de mi amor desolado.

—Antes muerta —respondió.

—En cierto modo ya lo estás —le dije—. Además, soy tu duende. O quizá sólo fue un sueño del que no eres responsable. Como sea, espero que este tipo nos lleve a París.

—Cierto —coincidió ella—. Siempre he soñado con ir a París de luna de miel.

—¡La luna de París! —exclamé—. Las librerías itinerantes en el muelle. Los restaurantitos en el barrio latino.

—¡El Cirque Medrano! —añadió ella.

—¡La Ópera!

—¡El Louvre! ¡El Petit Palais!

—¡La Boeuf sur le Toit!

—Cariño —me dijo—, si no estuviera tan oscuro, te mostraría mis bocetos… Si los tuviera aquí.

Estábamos completamente arrobados el uno con el otro. Escuchamos luego la compra del boleto a París y nos subieron al tren. Era casi como estar casados, y, mientras nuestro contenedor traqueteaba, nosotros reíamos. Más tarde, sin embargo, nos subieron por unas escaleras.

—*Mon Dieu, mais que c'est lourd*! —exclamó el portero del hotel—, *Qu'est-ce qu'il* y a *dans cette malte*?

—Des libres —contestó el asesino impasible con acento nasal.

—*Paradis Retrouvé, édicion complète* —susurré, y me recompensaron con un beso.

Una vez que el asesino creyó estar solo, aunque en compañía de su

víctima inerte, preguntó con desprecio: —¿Cómo va todo ahí dentro?

Se acercó entonces al baúl. Abrió un poco la tapa y asomó la cabeza. Vimos entrar la silueta esférica; no obstante, mientras parpadeaba, le agarramos la cabeza y bajamos la tapa de golpe.

—*La guillotine*? —dije con voz mordaz.

—*La Defarge*! —señaló mi adorada, con el ceño fruncido.

—*Vive la France*!

Salimos del baúl y lo metimos a él, no sin antes quitarle la ropa para vestirme. Con una sábana de la cama, el cordón de la cortina y un retazo de tapete, ella se confeccionó un hermoso vestido. Y juntos salimos a la calle.

¡La noche! ¡La juventud! ¡París! ¡Y la luna!

EL GATO DE ACERO

El bixbee es un hotel tan comercial como cualquier otro de Chicago. Un barandal de latón corona la balaustrada; una escupidera resplandece de forma discreta a la sombra de una palma en su maceta. El aire de los pasillos está muy quieto, y parece que lo desodorizaron hace pocos días. El precio es moderado.

El taxi de Walter Davies se orilló afuera del Bixbee. Davies era un hombre con abundantes canas en el pelo y con cierto brillo de angustia en el rostro, como acostumbran tener los predicadores rurales que padecen cierta pobreza y cierta esperanza. Pero Davies no era predicador. El portero tomó su maleta, y habría tomado también la caja negra que tenía sobre las piernas si Davies no le hubiera puesto una mano encima con gesto nervioso.

—No —advirtió—. Yo me la llevo.

Entró al hotel cargando la caja como si fuera un bebé. Era una caja oblonga, de poco más de medio metro de largo, y quizás unos treinta centímetros de ancho y de alto, que estaba tapizada con una piel falsa de alta calidad. Tenía un asa en la parte de arriba, pero Davies prefería acunarla en sus brazos en vez de traerla colgando de la mano.

En cuanto se registró y le mostraron su cuarto, colocó la caja en el escritorio y fue directo hacia el teléfono. Llamó al servicio a la habitación.

—Hablo del 517 —dijo—. ¿Qué tipos de queso tienen?

—Pues tenemos Camembert, suizo, Tillamook…

—Bueno, el Tillamook —se decidió Davies—, ¿Está bueno y rojizo?

—Supongo —dijo el hombre al otro lado de la línea—. Está como siempre.

—Muy bien, mándeme una porción.

—¿Con qué pan lo acompaña? ¿Una hogaza? ¿Blanco? ¿De centeno?

—Sin pan. Sólo el queso.

—De acuerdo. Enseguida subo.

Un par de minutos después, llegó un botones con la rebanada de queso en una charola. Era un hombre de color, de una edad similar a la de Davies, y tenia la cara extraordinariamente redonda y la cabeza en forma de bala.

—¿Es correcto, patrón? ¿Nada más quería un pedazo de queso?

—Es correcto —respondió Davies mientras abría los broches de su caja negra—. Póngalo en la mesa.

Mientras esperaba a que firmara el recibo, el botones observó a Davies doblar la cara frontal de la caja, que se llevó consigo parte de la tapa. Una vez abierta, se reveló un interior revestido de terciopelo negro, contra el cual resplandecía una extraña estructura esquelética de metal cromado.

—¡Mire nada más! —exclamó el botones, intrigado—. A que eso que trae ahí es un invento.

—Es interesante, ¿no? —dijo Davies—. ¿Llama la atención?

—Pero claro —contestó el botones—. No hay nada mucho más interesante que un invento. —Se asomó con reverencia a la caja para ver el extraño aparato—. ¿Y qué clase de invento diría que es ese?

—Este —respondió Davies con orgullo— es el Gato de Acero.

—¿El Gato de Acero? —gritó el botones—, ¿En serio? —Meneó la cabeza: era un hombre sencillo, perplejo ante las maravillas de la ciencia—. ¡Así que es el Gato de Acero! ¡Mire nada más!

—¿Se le hace un buen nombre? —preguntó Davies.

—¡Caray, es todo un título! —contestó el botones—. Oiga, ¿cómo es que nunca había oído hablar de este tal Gato de Acero?

—Es único en el mundo —reveló Davies—, Hasta ahora.

—Yo soy de Ohio —dijo el botones—, Y tengo familia en Ohio. Y les voy a contar cómo conocí al primer y único Gato de Acero.

—Qué bueno que le guste —contestó Davies—. Espere. ¿Le gustan los animales? Le voy a mostrar algo. —Mientras hablaba. abrió un pequeño compartimento instalado en un extremo de la caja. Adentro había un nido redondo, hecho de papel de baño. Davies apoyó los dedos contra él—. Ven, Georgie —dijo—. ¡Pip! ¡Pip! ¡Ven, Georgie!

Un ratoncito ordinario, gordo como bola de sebo, sacó su veloz cabeza del nido, apuntó sus ojos negros como moras en todas direcciones y se trepó en el dedo de Davies. se le subió por la manga hasta el cuello y se estiró para tocarle el lóbulo de la oreja con la nariz.

—¡Vaya, patrón! —gritó de gusto el botones—. ¡Qué ratón tan bien amaestrado y amigable!

—Me conoce —dijo Davies—. De hecho, este ratón conoce casi todo.

—¡Seguro que sí! —afirmó el botones con convicción.

—Es lo que podría llamarse un ratón de demostración —continuó Davies— Él presume al Gato de Acero. ¿Entiende la idea? Cuelgo la carnada de este gancho. Don Ratón sube por esta tira en el centro e intenta agarrar la carnada. Su peso inclina la barra y se cae en este frasco. Va lleno de agua, por supuesto.

—¿Y así se llama? ¿Georgie? —preguntó el botones, con los ojos aún clavados en el ratón.

—Así le puse —contestó Davies.

—¿Sabe qué, patrón? —dijo pensativo el botones—. Si yo tuviera ese ratón, se me hace que le pondría Simpson.

—¿Sabe cómo conocí a este ratón? —dijo Davies—. El invierno pasado estaba en Poughkeepsie (de ahí soy), y una noche puse a llenar la tina, pero no sé por qué me quedé sentado leyendo el periódico y se me olvidó. Sentí como que algo me incitaba a entrar al baño. Así que fui y ahí estaba la tina de la que me había olvidado. Y ahí estaba don Georgie, a punto de hundirse por tercera vez.

—¡Hey! ¡Hey! —gritó el botones angustiado—. ¡Que no sean tres veces para el presidente Simpson!

—¡Ah, no! —dijo Davies—. ¡Salvavidas al rescate! Lo saqué, lo sequé y lo metí a una caja.

—¡Es la mejor historia! —gritó el botones—. Oiga, ¿le puedo dar nomás un cachito de queso?

—No. Ese es queso de demostración —dijo Davies— A los ratones no les gusta tanto el queso como la gente cree. Después del espectáculo le doy su comida de verdad. Una dieta balanceada. Bueno, como le decía, un par de días después ya era de lo más amigable.

—Pues claro —respondió el botones—. Él sabe quién lo salvó.

—¿Sabe qué? Cuando pasa algo así —continuó Davies—, te pone a pensar. Y lo que pensé fue que…, se me ocurrió el Gato de Acero.

—¿Se le ocurrió ese gato por ver al ratón en la tina? —exclamó el botones, rebasado por los procesos de la mente científica.

—Sí —aceptó Davies—. Todo se lo debo a Georgie. Lo dibujé en un papel, tomé prestado un poco de dinero, mandé a hacer los planos: luego, este modelo. Y ahora viajamos juntos, haciendo demostraciones. Cleveland. Akron, Toledo…, a todos lados. Y a ninguno.

—Casi está barriendo el país. Ese es un ratón de la suerte, le digo. En serio debería ponerle Simpson.

—Pues mire —dijo Davies—, Se necesita el apoyo de un consorcio realmente grande para que los demás quieran parte del pastel. Si no. se esperan. Por eso estamos en Chicago. ¿Sabe quién va a venir esta tarde? El señor Hartpick, de Lee & Waldron. No sólo fabrican: ¡son

dueños de las tiendas! ¡Seiscientos cincuenta establecimientos por todo el país! No hay intermediarios, si me entiende. Si ellos lo promueven, ¡uf!

—¡Uf! —el botones hizo eco con entusiasmo.

—Llegará muy pronto —aseguró Davies—. A las tres. Yo hice la cita. Y Georgie le mostrará todo.

—¿Y no se amilana? —inquirió el botones—. ¿No le da miedo ahogarse?

—¿Georgie? Nunca —contestó Davies—. Confía en mí.

—¡Ah, por eso! —dijo el botones—. Confía en usted.

—Claro que le pongo el agua tibia —añadió Davies—, De todos modos, sólo un ratón con carácter se echa el clavado siempre. Olvídelo: si Georgie me consigue este trato, le voy a mandar a hacer una correa.

—Patrón —intervino el botones—, yo quiero ver a ese ratón con correa. Debería sacarle una foto. Podría dársela a quien sea y esa persona se la mandaría a su familia. Sí, señor, seguro que su gente se muere de risa cuando le llegue la foto de ese ratón con correa.

—Tal vez lo haga —dijo Davies, sonriendo.

—Hágalo, patrón —insistió el botones—. Bueno, me tengo que ir. ¡Adiós, Georgie! —Salió, pero de inmediato volvió a abrir la puerta—. Con todo y todo —agregó—, si yo tuviera ese ratón, seguro que le pongo Simpson.

Una vez solo. Davies dispuso su parafernalia de aseo, se lavó, se rasuró y se puso talco en la cara. Cuando no tuvo nada más que hacer, sacó la cartera y puso seis billetes de un dólar uno por uno sobre el escritorio, contándolos como si esperara descubrir que eran siete. Añadió treinta y cinco centavos que sacó de un bolsillo y una moneda de cinco centavos que sacó del otro.

—Hoy sí lo tenemos que cerrar —le dijo al ratón, que lo observaba con ojos brillantes desde arriba de la caja—, ¡Nunca te desanimes, Georgie! Esa caterva de pueblerinos miopes y cerrados no importa. El de hoy es el que cuenta. Y es nuestra última oportunidad. Así que haz bien lo tuyo, amigo, y llegaremos a la cima del mundo.

De pronto sonó el teléfono. Davies lo contestó deprisa.

—Lo busca el señor Hartpick —dijo el recepcionista.

—Que suba —contestó Davies.

Guardó el dinero, metió a Georgie a su nido y se secó las palmas húmedas con el pañuelo. Justo cuando sonó el golpe en la puerta, recordó que debía borrar la ansiedad de su rostro y esbozar una sonrisa agradable.

El señor Hartpick era un hombre orondo y cuadrado, con dedos el doble de gruesos que los normales, cuyas falanges inferiores estaban

cubiertas de un vello áspero y rojizo.

—Señor Hartpick —dijo Davies—. Aprecio mucho que haya venido.

—Siempre y cuando no sea para perder el tiempo —replicó el señor Hartpick—. Veamos la mercancía. Me di una buena idea por su carta.

Davies puso la caja sobre la mesa. Se metió en su papel y eligió hablar con un tono persuasivo y afable, de vendedor.

—Seguro conoce el viejo dicho, señor Hartpick: por la mejor trampa para ratones, la gente acudirá a montones. Usted ha sido tan amable de acudir a mi puerta y…

—Muéstreme una idea y yo acudiré a ella —lo interrumpió el señor Hartpick— Por muy descabellada que suene.

—… y hela aquí: el Gato de Acero —continuó Davies y abrió la caja.

—¡Me gusta el nombre! Ese nombre vende —afirmó Hartpick—. Tal vez por lo menos pueda usar el nombre.

—Esta es la idea, señor Hartpick —dijo Davies y empezó a contar sus puntos con los dedos—. Más ratones atrapados, de forma más humana. No mutila ratones como las trampas inferiores. No ensucia. No tiene resortes que te machuquen los dedos. Porque hay mujeres a las que les aterran esos resortes, déjeme decirle. Pero se acabaron las discusiones en casa, señor Hartpick. Esa perspectiva es importante. Abordé el asunto desde el lado psicológico.

Su visitante dejó de hurgarse una muela y se le quedó viendo.

—¿Eh?— preguntó.

—El lado psicológico —repitió Davies—, La perspectiva femenina, la perspectiva masculina. Y, bueno, a la señora de la casa por lo regular no le gusta ver a un gato jugando con un ratón.

—Los podría envenenar —argumentó Hartpick.

—Eso dice ella —respondió Davies—, porque esa es la perspectiva femenina. Son envenenadoras desde hace siglos. Lucrecia Borgia, por ejemplo…, y muchísimas más. Pero muchos maridos son alérgicos a que sus mujeres anden jugando con veneno. Yo creo que un sondeo a nivel nacional demostraría que la mayoría de los jefes de familia prefieren un gato. Recuerde que fue Nerón (un hombre) quien echó a los cristianos a los leones. Así que así empiezan las peleas. Además, al gato hay que dejarlo salir, hay que conseguir quien lo alimente cuando uno se va de vacaciones…

—Todos los ratones que atrapamos en casa los tira mi mujer al escusado —dijo el señor Hartpick, encogiéndose de hombros.

—Otra vez la perspectiva femenina —subrayó Davies— Cleopatra echaba a sus esclavos a los cocodrilos. Pero muchas mujeres no tienen

el aplomo de la señora Hartpick; no se atreven a sacar a los ratones de la trampa ni a deshacerse así de ellos.

—Ah. no sé —dijo el señor Hartpick en un tono de tedio total.

—De cierta forma es algo parecido —continuó Davies, y empezó a hablar con más rapidez—. Sólo que más científico y sin tanto trabajo. Mire: relleno el frasco de vidrio con agua, agua tibia. En este modelo de demostración, el frasco es de vidrio, para que podamos ver el interior. En el producto final sería de hojalata, para mantener el precio bajo, como le mencioné en mi carta. El marco tampoco tiene que estar cromado. Bueno, una vez lleno, lo pongo en posición, justo aquí. Mire qué sencillo. Tomo un trozo de queso ordinario y lo pongo de carnada en el gancho. Si la economía es un problema, un pedazo de pan untado con manteca es igual de efectivo. ¡Ahora mire! ¡Mire, por favor, señor Hartpick! Le mostraré lo que hace el ratón. ¡Ven, Georgie!

—Con que un ratón de verdad, ¿eh? —comentó Hartpick, con un destello de interés.

—Mus domesticus, el ratón doméstico —dijo Davies—. Como el que se encuentra en todos los hogares. ¡Ahora, mírelo! Ya encontró la entrada. ¡Véalo subir por la tira del centro! Directo hacia la camada, ¿ve? Su peso inclina la…

—¡Cayó! —gritó Hartpick, cuyo interés se había renovado de nuevo.

—Y la trampa —anunció Davies. triunfante— se reacomoda de forma automática para atraer al siguiente ratón. En la mañana sólo tendrá que retirar los cadáveres.

—¡No está mal! —aceptó Hartpick—. Dios mío… ¡está tratando de nadar! Creo que dio con algo bueno, amigo.

—Ya conoce el dicho, señor Hartpick —dijo Davies con una gran sonrisa—. ¡Es la mejor trampa para ratones!

—¡Sí que lo es! —coincidió Hartpick—. Es una locura, ni más ni menos. Pero, como siempre digo: hay un mercado de locos para inventos de locos. Hay que hablar de la perspectiva humana … animar a las señoras…

—¡Genial! —dijo Davies—. Estaba empezando a… Bueno, ¡olvídelo! ¡Disculpe! Sólo lo tengo que sacar.

—Espere un momento —pidió Hartpick y lo agarró de la muñeca con su manaza.

—Creo que se está cansando un poquito —contestó Davies.

—Mire —dijo Hartpick, sin dejar de ver al ratón—, tenemos un machote de contrato para productos de esta naturaleza. Una tarifa base de regalías. Pregúntele a su abogado si quiere; le va a decir lo mismo.

—Ah, no creo que haya problema. Seguro que no —respondió

Davies—. Sólo déjeme…

—¡Espere! ¡Espere! —exclamó Hartpick—. Estamos haciendo un trato, ¿no?

—Pues claro —contestó Davies, incómodo—. Pero se está cansando. Verá, es un ratón de demostración.

La mano del señor Hartpick pareció volverse más pesada.

—¿Y esto qué es? —preguntó—. Es una demostración, ¿no?

—¿Que si es una demostración? Sí —respondió Davies.

—¿O está tratando de verme la cara? ¿Cómo sé que no se va a salir? Le iba a sugerir que se diera una vuelta por la oficina en la mañana, para que firmemos. Si es que le interesa.

—Por supuesto que me interesa —contestó Davies, temblando en serio—, pero…

—Bueno, si le interesa —dijo Hartpick—, déjelo.

—¡Pero se está ahogando, Dios mío! —gritó Davies, mientras forcejeaba para liberar su muñeca.

El señor Hartpick giró su carota hacia Davies durante un instante, y Davies dejó de jalonearse.

—El espectáculo —dijo Hartpick— continúa. ¡Ya está! ¡Mire! ¡Mire! ¡Se va! —Dejó caer la mano del brazo de Davies—, ¡Se va! ¡Se va! ¡Se fue! ¡Pobrecito! Muy bien, señor Davies, ¿qué le parece a las diez y media de la mañana?

Dicho eso. salió de la habitación a trancos. Davies se quedó helado un momento y luego se acercó al Gato de Acero. Extendió la mano para tomar el frasco, pero se giró de forma abrupta y empezó a caminar por el cuarto. Llevaba un rato así cuando oyó otro golpe en la puerta. Seguro contestó: “Pase”, pero no fue consciente de ello. En cualquier caso, entró el botones con un plato cubierto en una charola.

—Disculpe —preguntó con una sonrisa cubriéndole la cara—. Cortesía de la casa, patrón. ¡Un elote con mantequilla para el hermano George Simpson!

LA BELLA DURMIENTE

EDWARD Laxton tenía todo lo que deseaba en el mundo, excepto una novia, una prometida o una esposa.

Tenía una gran residencia en el campo, cuya fachada de marfil se reflejaba en unas cuantas hectáreas de agua ornamental. Había un pequeño parque, tan verde como el musgo, y bien adornado con sobrios árboles. Sus tierras se extendían a lo largo de varias de las colinas más frondosas en el sur de Inglaterra. Los campos arados se hallaban en la parte pequeña, y los rodeaban bosques profundos. Una granja y una o dos cabañas de campo dejaban salir su humo azul al cielo del atardecer.

Con todo, sus ingresos eran muy bajos, aunque nunca perdía el buen gusto, por lo que se contentaba con una comida sencilla. Su cena consistía en una perdiz asada, una botella de Hermitage. un pay de manzana y una rebanada de queso Stilton. Como pintura tenía un pequeño Constable que le había dejado su tío abuelo. Su pistola era la vieja Holland & Holland de su padre, que le quedaba como anillo al dedo. Sus perros eran retrievers de pelo rizado, uno de color marrón y otro negro. Esos perros ahora se consideran muy anticuados, y así, por los que lo conocían, era su amo. Ya tenía más de treinta años, y había empezado a decirle a su sastre que le hiciera exactamente los mismos trajes que el año anterior, y cuando sus amigos se iban al extranjero no se le ocurría buscar otros.

Se rendía cada vez más a la plácida belleza de su casa, y a la rica y áspera belleza de las granjas de las tierras altas. Un hombre debe cuidarse de entregarse demasiado a este tipo de cosas, pues la belleza de un lugar puede ser tan posesiva como otras bellezas. Aunque no lo creas, cuando Edward se encontraba con una chica que le atraía, cierta colina interponía entre ellos su gran hombro, cubierto de robles, como un perro celoso. Enseguida se hacía evidente que la chica era débil de tobillos y llevaba demasiado maquillaje. La fachada simple y rústica de la cabaña de un capataz, así como la cara de desaprobación

de un viejo sirviente. podían hacer que una chica alegre pareciera demasiado inteligente, y había un pequeño y descolorido cuarto de niños, cuyo recuerdo podía hacer que cualquier mujer joven de hoy pareciera poco real.

Así, Edward se vio en la necesidad de sentarse a solas después de la cena y decirse a sí mismo, con convicción, que era el hombre más afortunado del mundo. A esta felicidad llegó una carta: era de su más viejo amigo, invitándolo a pasar una temporada en su rancho de Nuevo México. Edward pensó que nunca había tenido el placer de ver su propia casa después de una larga y nostálgica ausencia. Telegrafió, hizo las maletas y se puso en marcha.

Llegó a Nuevo México y admiró profundamente las hermosas extensiones de ese estado. Sin embargo, pronto empezó a anhelar con desesperación ver cierto rincón en cierto sendero de su casa; una esquina muy ordinaria, en la que nunca había reparado con atención mientras estaba ahí. Se despidió de su anfitrión y partió hacia Nueva York, pero, deseando ver algo del país antes de irse, compró un viejo coche y tomó la carretera.

Su camino transcurría por la zona norte de lo que entonces se conocía como "la cuenca de polvo", un paisaje que. tras varias horas de conducir, la vista parece contemplar con incredulidad. Esta es una predisposición muy peligrosa, sobre todo en alguien que añora un camino lejano. Edward tomó una pequeña curva que resultó estar a unos seis mil quinientos kilómetros de distancia y luego se encontró paralizado en un callejón, con un fuerte dolor de costillas, una sandía a un lado y la impresión de haber chocado contra una pequeña tienda del campo. "Ahora sí que estoy en problemas"; pensó Edward. Pronto descubrió que se encontraba en Heeber's Bluff. Arkansas, y que, para arreglar los daños y reparar su coche, probablemente estaría ahí algunos días.

Heeber's Bluff es el pueblo más lúgubre que jamás haya existido en la devastada pradera. Los árboles secos, los postes caídos y el alambre oxidado no dejan ver la grandeza de la interminable llanura. El suelo ha sido arrasado por las sequías; los campos no son más que una horrible arcilla, con el esqueleto de un caballo o una vaca por aquí y por allá. Un arroyo hundido, lleno de latas, pasa alrededor de unos cientos de chozas cuyas proporciones son tan limitadas como los materiales con que están construidas. Los tenderos tienen cara de cocodrilos: el resto de la gente tiene cara y voz de rana.

Edward dejó sus maletas en el hotel Mergler, que se encuentra frente a la funeraria. Al cabo de uno o dos minutos salió y revisó los señalamientos. Después fue al comedor del hotel y se topó con un picadillo de carne enlatada más terrible que la propia ciudad, porque, a fin de cuentas, no tenía que comerse la ciudad. Alentado por esta

consideración, salió a pasear por la calle principal.

Tras caminar algunos metros, tuvo el fuerte presentimiento de que estaba perdiendo la cabeza, así que regresó al hotel Mergler. Ahí pronto se encontró mordiéndose las puntas de los dedos, y lo sacudió un fuerte impulso de salir corriendo de nuevo. Lo detuvieron un temblor y un miedo que se apoderaron de él cuando pasaba por la puerta. “Este es un lugar en el que uno sufre al mismo tiempo de claustrofobia y agorafobia. Ahora entiendo el sentido de la entrada y el movimiento de la mecedora”, pensó.

Se apresuró a sentarse en uno de estos agradables dispositivos, y así oscilaba cada pocos segundos entre los horrores del hotel y los terrores de la calle. Al tercer día. hacia las once de la mañana, esta terapia dejó de surtir efecto, y algo en su interior se rompió. “Debo salir de aquí. ¡Y rápido!"

Su dinero había llegado. La multa estaba pagada y sus costillas vendadas. Todavía tenía que llegar a un acuerdo con el dueño de la tienda, pero lo que le había parecido desproporcionado en concepto de daños y perjuicios le pareció baratísimo cuando lo vio como un rescate. Lo pagó y fue libre de irse. Recogió su coche en el taller donde lo estaban reparando y se encontró con una pequeña decepción. Volvió al hotel, hizo la maleta y pidió la cuenta.

—¿A qué hora sale el próximo tren de esta ciudad? —preguntó.

—A las ocho —contestó con serenidad el encargado del hotel.

Edward miró su reloj, que ahora marcaba el mediodía. Miró al encargado del hotel y luego miró al otro lado de la calle, a la funeraria.

—¡Ocho horas! —dijo con la voz baja y quebrada de la desesperación— ¿Qué voy a hacer?

—Si quiere hacer tiempo —sugirió el encargado—. puede echar un vistazo al carnaval. Se abre a la una.

A la una. Edward estaba en el torniquete, y la primera ráfaga de música lo envolvió al pasar.

“Debo contenerme", pensó, “para no lanzarme con demasiada locura a todas las atracciones. Veré al becerro a la una y media, a la dama gorda a las dos, al niño de la cola de cerdo a las dos y media, y al propio circo a las tres. A las cuatro y media veré el glamour de la danza del abanico, cuyo recuerdo pervivirá con la rata gigante a las cinco y media, y a las seis y media veré a la bella durmiente, sea lo que sea. y eso me dejará media hora para recoger mis maletas, y una hora feliz en el lugar donde estaría el andén si lo hubiera. Espero que el tren no se retrase.”

A la hora señalada. Edward inspeccionó con detenimiento las cabezas del becerro de dos cabezas, las piernas de la dama gorda y el

trasero del niño de la cola de cerdo. Se alegró con los abanicos cuando llegó el momento del baile de los abanicos.

Miró a la rata gigante, y la rata gigante miró a Edward.

—Yo —dijo Edward— me iré en el tren de las ocho.

La rata gigante inclinó la cabeza y se dio la vuelta

La carpa que albergaba a la bella durmiente se estaba llenando cuando Edward se acercó.

—¡Vamos! —gritó el pregonero—. Estamos levantando el telón para ver el rostro y la figura glamorosa de la chica que no puede despertar. Vestida con su traje de noche. Dormida durante cinco años. ¡En la cama! ¡En la cama! ¡En la cama!

Edward pagó sus veinticinco centavos y entró en la carpa abarrotada. Un tipo de aspecto maligno, vestido con una bata blanca de cirujano y con un estetoscopio colgado al cuello, hacia señas para que se levantara el telón.

Había una tarima y sobre ella una cama de hospital, al lado de la cabecera se encontraba una siniestra mujer vestida con uniforme de enfermera.

—Aquí tenemos —dijo el falso doctor— el milagro que ha desconcertado a los científicos de todo el mundo. Y continuó con su discurso.

Edward miró el rostro en la almohada. Sin duda, era el rostro más hermoso que había visto en su vida.

—Bien, amigos —continuó el dueño del espectáculo—, sólo quiero que sepan, por el bien de la reputación de la profesión científica, que no ha habido absolutamente ningún engaño en el anuncio que se les ha hecho de que esta joven es. uno, bella, y dos, durmiente. Para que no se pongan a especular sobre si su postura recostada, mantenida día y noche durante cinco años, ha sido causa de encogimiento o desgaste de los miembros, las caderas o el busto… Enfermera, tenga la bondad de quitar esa sábana.

La enfermera, sonriendo como un bulldog. retiró el mugriento algodón y reveló la forma completa de la maravillosa criatura, vestida con un diáfano camisón, y tumbada en la postura más grácil y parecida a un cervatillo que se pueda imaginar.

“Si todos mis bosques y campos”, pensó Edward, “en lugar de dar jacintos y prímulas y rosas silvestres y madreselvas, hubieran concentrado sus esencias a través de los siglos para dar una sola flor, esta sería la flor.” Hizo una pausa para permitir que el espíritu protector del lugar, que había sido tan arbitrario en otras ocasiones, formulara cualquier objeción que pudiera tener. No hubo ninguna.

—Amigos míos —decía el abominable hombre que dirigía el espectáculo—, al no haber conseguido la ciencia mundial despertar a

esta hermosa joven de su trance que ha durado cinco años, quiero recordarles una pequeña historia que tal vez hayan oído en el regazo de esa vieja y querida madre, sobre cómo la bella durmiente se despertó diciendo: "¡Qué alegría!", cuando el príncipe azul apareció con su beso.

"No hay duda", pensó Edward, ~de que si todos los besos de buenas noches y las visiones a la luz de las velas y los sueños y los deseos que han brillado y se han desvanecido en aquel pequeño y descolorido cuarto para niños desde el día en que se construyó se fundieran en una sola presencia angelical, estaría frente a ella."

—La atención médica superior cuesta mucho, como bien saben —continuó el hombre del espectáculo—: estamos dispuestos, por el precio de una moneda depositada en la vasija del buró, a permitir que cualquier caballero del público se acerque y haga su intento de ser el príncipe azul. Respeten su lugar en la fila, muchachos, y eviten las aglomeraciones.

Meneando la cabeza, Edward salió a empujones de la tienda y regresó al hotel Mergler, donde se sentó en su habitación devorado por la rabia y la vergüenza.

—¿Por qué debería avergonzarme? ¿Porque no hice un esfuerzo por acercarme? No —dijo—. eso sería ridículo. De todos modos, hay algo… algo repugnante. No es, no puede ser. que yo mismo quiera besarla. Eso sería vil, bajo, despreciable. Entonces, ¿por qué. en nombre de todo lo que es tímido, salvaje, encantador e inocente, aquí voy de regreso a este innombrable espectáculo? Iré sólo un momento. Luego llevaré mis maletas a la estación y me sentaré en ellas y esperaré ese tren. En una hora estaré de camino a casa. Pero, ¿qué es mi casa? —gritó casi en voz alta—, ¿Para qué fue hecha, sino para ser un refugio, una morada para esta criatura y ninguna otra? Es su imagen, un sueño con ella, su recuerdo, lo que podría llevar a casa en mis labios y vivir con ella para siempre, si la besara sólo una vez. Y eso es lo que voy a hacer, por Dios. —Entonces llegó al escenario, justo cuando se dispersaba un público que se relamía los labios—. Muy bien —dijo Edward—, El telón se bajará mientras la carpa se llena de nuevo, y me las arreglaré para tener un momento a solas con ella.

Encontró la entrada trasera y se coló por una estrecha apertura de la lona. El médico y la enfermera estaban tomando un pequeño refrigerio entre las funciones.

—Tiene que entrar por otro lado, amigo —le indicó el médico—. A no ser que venga de la prensa, claro.

—Mire —dijo Edward—, quiero pasar unos minutos a solas con esta chica.

—¿Qué? —respondió el médico, observando el rostro sonrojado de

Edward y cómo se quedaba sin aliento.

—Puedo pagarle —afirmó Edward.

—Tenemos a un espía de la policía de las buenas costumbres —dijo la enfermera en tono bajo.

—Mire, amigo —contestó el doctor—, no le conviene meterse aquí con una propuesta tan inmoral como esa.

—¡Soy inglés! —gritó Edward—, ¿Cómo voy a ser miembro de la policía de las buenas costumbres o algo parecido?

La enfermera examinó a Edward con mucha atención.

—De acuerdo —dijo al fin.

—De acuerdo, nada —dijo el médico.

—De acuerdo, cien dólares —propuso la enfermera.

—¿Cien dólares? —preguntó el médico—. Mira, hijo, todos hemos sido jóvenes alguna vez. Quieres una entrevista privada, tal vez seas la prensa, con esta interesante joven. Bueno, podría ser. Cien dólares, en efectivo en la tapa del barril, por…, ¿qué dices tú, enfermera?

La enfermera volvió a examinar a Edward.

—Diez minutos —sugirió ella.

—Diez minutos —le confirmó el doctor a Edward—. Después de las doce de la noche, cuando cerremos.

—No. Ahora —dijo Edward—. Tengo que tomar un tren.

—¿Qué? —preguntó el médico—, Y luego que haya un tipo metiendo su gran nariz para ver por qué no empezamos a tiempo. ¡No, señor! Hay ética en esta profesión: el espectáculo sigue adelante. ¡Largo! A las doce en punto. ¡Abre, Dave!

Edward pasó una buena parte del tiempo observando a la creciente multitud que entraba en la carpa. Al anochecer se alejó y se sentó junto al pestilente arroyo, sosteniendo la cabeza entre las manos y esperando que pasaran las interminables horas.

El agua hundida escurría, oscura. La noche sobre la gran planicie de arcilla sin vida estaba cargada de un calor rancio y estéril. las luces de la feria brillaban a la distancia, y el agua negra serpenteaba.

Por fin se extinguió el resplandor de las luces. Quedaban unas pocas; comenzaron a apagarse una tras otra, como chispas en un trozo de papel humeante. Edward se levantó como un sonámbulo y se dirigió a la feria

El médico y la enfermera estaban comiendo con voracidad y en silencio cuando él entró. La única luz fuerte de la carpa que caía sobre sus rostros mal parecidos y sus falsos uniformes les daba el aspecto de muñecos de cera, o de cadáveres venidos a menos, mientras que la muchacha que yacía en la cama, con el rubor de la salud en las mejillas y el cabello en un desorden encantador, parecía una criatura del viento fresco, atrapada en esta horrible parálisis a causa de algún

encantamiento, y a la espera de un libertador.

—Aquí está el dinero —dijo Edward—. ¿Dónde puedo estar a solas con ella?

—Empuja la cama atrás del telón —respondió el doctor—. Encenderemos el radio.

Entonces Edward se quedó a solas con la belleza para la cual toda su vida y su casa y su tierra y él mismo estaban hechos. Humedeció su pañuelo y le limpió el lápiz labial borroso de la boca.

Intentó despejar la mente, dejarla en blanco como el negativo de una película, para poder fotografiar en ella cada línea infinitamente delicada de la mejilla y el labio, la extensión de las pestañas de ensueño y los mechones del cabello encantado.

De repente, horrorizado, se dio cuenta de que sus ojos se empañaban por las lágrimas. Había dejado su mente en blanco para fotografiar a una diosa, y ahora todo su ser estaba invadido de compasión por una niña. Se inclinó hacia delante y la besó en los labios.

El destino de los que besan a las bellas durmientes es que ellos mismos despierten: Edward apartó de un tirón el telón y llegó al otro lado.

—Justo a tiempo —dijo el doctor con aprobación.

—¿Cuánto aceptaría por esa chica? —preguntó Edward.

—¿Oíste eso? —dijo el médico a la enfermera—. Quiere comprar el acto.

—Véndeselo —respondió la enfermera.

—Nunca te gustó, ¿verdad? —dijo el médico.

—Doce mil dólares —propuso la enfermera.

—¿Doce mil dólares? —preguntó Edward.

—Eso dijo —acotó el médico.

No era cuestión de regatear. Edward envió un telegrama a su abogado para que consiguiera el dinero. Llegó, y esa noche Edward y su maravillosa protegida partieron hacia Chicago. Ahí rentó una habitación de hotel para que ella descansara entre un tren y otro. Escribió algunas cartas y bajó a enviarlas. Observó que un hombre y una mujer estaban junto al escritorio. Le pareció que tenían un aspecto muy desagradable.

—Este es el caballero —dijo la recepcionista.

—¿Señor Laxton? —preguntó el hombre.

—¡Mi hija! —gritó la mujer con un tono desgarrador—. ¿Dónde está mi pequeña? ¡Mi bebé!

—¿Qué significa esto? —gritó Edward. dirigiéndose con ellos a una estancia vacía.

—Secuestro, trata de blancas y violación de la Ley Mann —aclaró

el hombre.

—¡Vendida como un bien mueble! —gritó la mujer—. ¡Como una esclava blanca!

—¿Qué es la Ley Mann? —preguntó Edward.

—Si trasladas a una dama, cualquier dama que no sea tu esposa o tu hija, de un estado a otro —dijo el hombre—, eso es la Ley Mann y son dos años.

—Demuestre que es su hija —exigió Edward.

—Mire, sabelotodo, si media docena de personas del pueblo no son suficientes para usted, lo serán para el fiscal de distrito. ¿Ve a ese tipo que está junto al mostrador de ahí? Es el vigilante del hotel. Sólo tengo que chiflar.

—Quieres dinero… —dijo por fin Edward.

—Quiero a mi Rosie —contestó la mujer.

—Cobramos veinte por Rosie —dijo el hombre—. Así es. ella mantuvo a sus padres.

Edward discutió con aquellas personas durante un largo rato. Querían veinte mil dólares. Volvió a telegrafiar a Inglaterra, y poco tiempo después pagó el dinero, y recibió a cambio un documento en el que renunciaban a todos los derechos parentales y lo nombraban verdadero y legal tutor de la niña durmiente.

Edward se quedó perplejo. Se trasladó a Nueva York en una especie de sueño. Las frases de aquel espantoso encuentro se repetían con frecuencia en su mente. Luego, tras una horrible conmoción, se dio cuenta de que esas mismas frases, u otras muy parecidas, le llegaban desde el exterior. Un clérigo sórdido, pero de aspecto muy ejecutivo, lo acorraló en el vestíbulo de su hotel.

Hablaba de la juventud americana, de la pureza, de dos humildes miembros de su rebaño, de las normas morales del estado de Tennessee y de una chica llamada Susie May. Detrás de él había dos figuras silenciosas que estaban hechas para quitarle el habla a cualquier hombre.

—¿Es cierto, entonces, lo de los hillbillies? —preguntó Edward.

—Esa palabra, señor —dijo el clérigo—. no es apreciada en la región montañosa de…

—¿Así que su verdadero nombre es Susie May? —comentó Edward —. ¿Y la tengo arriba? Entonces los otros padres eran unos estafadores. ¡Lo sabía! Y estos quieren recuperar a su hija. ¿Cómo se han enterado?

—Su acto inmoral, señor—dijo el clérigo—, se ha publicado en la prensa nacional durante los últimos tres días.

—Debería leer los periódicos —aceptó Edward—, Esta gente quiere llevarse a la chica a una cabaña inmunda…

—Humilde —corrigió el clérigo—, pero pura.

—…y sin duda venderla al próximo bribón que pase —continuó Edward y habló largo rato de la pureza de sus intenciones y del esmerado cuidado que se proponía darle a Susie May.

—Señor Laxton —dijo el clérigo—, ¿ha pensado alguna vez lo que significa en realidad el corazón de una madre?

—La última vez —dijo Edward— significó veinte mil dólares.

Uno nunca debe creerse chistoso, ni siquiera cuando se está en lo más profundo de la desesperación. Las palabras "veinte mil" retumbaron como si salieran de una caverna de la montaña, de la profunda boca del padre, cuyos ojos envejecidos adquirieron un brillo severo.

A partir de ese momento la conversación fue mera palabrería. Edward pidió permiso para caminar durante un rato a solas, para pensar y respirar con más libertad.

"Esto me hará perder el último centavo de mi capital", pensó. "No tendré nada para vivir. Susie necesitará los médicos más caros. Pero bueno, puedo ser feliz con ella si vendo la finca y me quedo sólo con la cabaña del guardia. Entonces tendremos cuatrocientos o quinientos al año. tantas estrellas como antes, y los bosques profundos a nuestro alrededor. Lo voy a hacer."

No lo hizo del todo, pues se dio cuenta de que las ventas apresuradas no suelen tener precios proporcionales a la belleza y el valor de las propiedades. También había que pagar algunos honorarios legales, uno o dos pequeños regalos que había que hacer en aras de la rapidez, y algunos gastos fuertes de hospedaje y viajes.

Cuando todo terminó, Edward descubrió que su fortuna se había reducido a poco más de doscientos al año, pero tenía la casa de campo, con Orion elevándose sobre ella y los majestuosos bosques a su alrededor. Caminaba de un lado a otro y observaba la luz amarilla de las velas a través de la pequeña ventana, y se regocijaba al saber que toda la belleza del mundo se encontraba ahí. En esos momentos era el más feliz de los hombres.

Sólo había una mosca en la sopa. El hombre que había comprado la finca resultó ser algo menos que simpático.

De alguna forma parecía poco apropiado para el lugar. No había duda de que Edward era prejuicioso, pero le parecía que aquel hombre tenía la voz más escandalosa, intimidante y vanidosa que jamás se hubiera escuchado, que su ropa era demasiado nueva, su manicura demasiado llamativa, su anillo demasiado grande y brillante. Sus rasgos, además, carecían de delicadeza. Como decía Edward, tenía la apariencia de un cerdo, aunque era claro que se trataba de un cerdo extremadamente rico. Al poco tiempo le hizo saber que tenía

intenciones escalofriantes para lo que él consideraba pequeñas mejoras en la propiedad.

En comparación con el destino de su amada tierra, los demás problemas de Edward no tenían mayor importancia. A pesar de la tutela legal de su adorable responsabilidad, uno de los periódicos locales lo condenó como libertino, mientras que el otro trató el asunto con indignante ligereza. Sus parientes más ricos renunciaron a seguir frecuentándolo; los más pobres lo llamaron para sermonearlo. Una dama de fuertes principios morales lo golpeó varias veces con un paraguas en la calle principal de Shepton-Mallet.

Mientras todo esto ocurría, mediante una diligente investigación encontró a un endocrinólogo de reconocido talento. El admirable hombre resultó ser un apasionado, y siempre dejaba de lado los compromisos importantes en Londres para ir corriendo a revisar a Susie May. Edward temblaba al pensar en la factura que le pasaría.

Por fin llegó un día en que el doctor bajó la estrecha escalera y, quitándose una telaraña de la manga, miró a Edward con una sonrisa.

—Le tengo buenas noticias —dijo—. Ayer me llegaron noticias de Viena. de Wertheimer.

—¿Buenas noticias, dice? —preguntó Edward y su corazón comenzó a latir con mucha rapidez—. ¿Quiere decir que puede despertarla?

—No sólo despertarla —respondió el especialista—, sino mantenerla despierta. Aquí está el preparado, elaborado por la gente de Wertheimer de acuerdo con los informes que he estado enviando. Cápsulas de aspecto ordinario, como ve; sin embargo, indican un horario. ¿Ve la etiqueta? Para administrarse a las nueve de la mañana y a las seis de la tarde. No más o menos a las nueve o alrededor de las seis. ¿Entendido? —inquirió el médico.

—Lo entiendo —dijo Edward—, Hay que dárselas a la hora exacta.

—O volverá a dormirse rápidamente —continuó el médico con severidad.

—Ahora dígame cuándo se despertará —exigió Edward.

—Pueden pasar veinticuatro horas, o cuarenta y ocho —respondió el médico—. O puede ser incluso más tiempo.

Agregó un buen número de pequeñas instrucciones, repitió su advertencia sobre la dosificación puntual una media docena de veces o así, se quitó otra telaraña de la manga y se fue.

Edward pasó los dos días siguientes en un estado de exaltación, aunque de pronto sentía desconfianza. Sobre todo, temía que ella se asustara al despertar y encontrarse en un lugar extraño, sola con un hombre desconocido. Pensó en pedirle a la muchacha del pueblo, quien la atendía de día. que se quedara toda la noche y se sentara a su

lado, pero no podía renunciar al derecho de estar con ella cuando se despertara.

La segunda noche y la tercera se sentó junto a su cama, mareado y con los ojos enrojecidos por la falta de sueño, pero observando a cada momento el más leve parpadeo de sus ojos cerrados. Transcurrió la tercera noche; la vela se apagó. La ventana palideció por la llegada del amanecer. Pronto los primeros rayos de sol entraron por la pequeña ventana y cayeron en diagonal sobre la cama. La durmiente se movió, suspiró y abrió los ojos. Eran sin duda los ojos más hermosos del mundo. Vieron a Edward.

—Hola —dijo Susie May con inseguridad.

—¿Cómo estás? —preguntó Edward—. Al menos… Quiero decir…, supongo que te preguntas dónde estás.

—Dónde estoy y cómo diablos llegué aquí —afirmó su encantadora huésped sentándose en la cama.

Se frotó la frente, obviamente tratando de recordar.

—Debo de haberme desmayado —dijo, y agregó con tono acusatorio—: y tú pareces un hijo de puta que se aprovecharía de mí.

—Te aseguro —dijo Edward en voz baja— que te equivocas.

—Espero que sí —respondió la joven—. Pero si lo hiciste, lo vas a pagar caro.

—Creo que será mejor que me dejes contarte exactamente lo que ha pasado —pidió Edward.

Y así lo hizo.

—¿Quieres decir que…? —preguntó Susie May cuando terminó— ¿Quieres decir que me sacaste del mundo del espectáculo y me trajiste a este basurero?

—Pero mi querida niña, estabas dormida, estabas enferma —explicó Edward.

—¡Caray! —dijo ella—. Me hubiera despertado. Apuesto a que me hubiera despertado en el momento en que el show llegara a Hollywood. ¿Y ahora qué voy a hacer?

—Es muy fácil responder a esa pregunta —dijo Edward—. Comerás la comida que te pongan delante o morirás de hambre. Pasarás unos días aprendiendo a caminar de nuevo o pasarás el resto de tu vida sentada. En cuanto puedas cuidar de ti misma, hablaremos de lo que debes hacer. Para entonces, conocerás este lugar y me conocerás a mí mucho mejor que ahora.

Dijo estas palabras con tal contundencia que ambos se sorprendieron. Susie. algo intimidada, y tal vez abrumada por la vivacidad de sus primeras impresiones al despertar, no respondió nada, sino que pronto dejó caer sus delicados párpados y se sumió en un ligero sopor.

Al observarla. Edward descubrió que todos sus delicados sentimientos, tan bruscamente dispersos, resurgían: "Acabo de ver las cicatrices de una infancia atroz", pensó. “En algún lugar, muy, muy por debajo de la triste superficie, debe haber un alma a la altura de ese hermoso rostro. Esa es la verdadera durmiente, pero va a ser muy difícil despertarla."

Los días siguientes se abocó a su tarea y la procuró con un afecto dulce y cálido. Le ofreció, como se pone un juguete tras otro en la mano de un niño malhumorado, una sonrisa, una flor, una palabra de cariño o un cigarrillo americano adquirido especialmente en Londres. La invitó a sentir el sabor de la trucha pinta que había pescado para ella, la fragancia del panal de miel de septiembre y el brillo de las gotas de lluvia en el cristal de la ventana, que resplandecían bajo el brillo del sol, superior al de los diamantes.

Si algún cínico le hubiera dicho que estaba perdiendo el tiempo, Edward le habría contestado con una lógica aterradora. “¡Mira esa cara!", habría dicho. “Parece apropiada para este lugar, ¿no es así? Debería serlo, ya que se hizo aquí. Ese. mi estimado señor, es un rostro salido directamente de la Inglaterra del siglo xviii, y se ha conservado inalterado (como en un sueño de doscientos o trescientos años) en las montañas Cumberland de Kentucky. Créalo, la belleza de su alma dormida es de la misma altura, y despertará, si es que despierta, en respuesta a un entorno como éste, del que surgió en un principio. Espere a que la lleve al bosque."

Pasaron los días y las fuerzas de la joven volvieron con rapidez, y pudo caminar alrededor del pequeño jardín, donde las flores rezagadas del final del verano se asomaban para llamar su atención, pero sin mucho éxito. Por fin, Edward logró tomarla del brazo y la llevó al gran bosque que antes había sido suyo.

La paseó a lo largo de un kilómetro y medio, sobre un césped mordisqueado por conejos, tan suave como el terciopelo verde. Unas inmensas hayas rodeaban el camino; detrás de ellas, los troncos de verano se conservaban en una penumbra plateada, atentos a la dríade. Más abajo, donde se encontraba su antigua casa, las hayas daban paso a frondosos robles, cobrizos, con líquenes y grandes ramas, virgilianos. La hizo contemplar los claros de epilobios encendidos y otros de helechos rojizos. Los conejos se escabulleron en todas direcciones; la liebre se alejó mirando hacia atrás; el faisán pardo voló, repiqueteando como un dragón, con su larga cola ondeando detrás de él. El gran pájaro carpintero, riendo a carcajadas por una u otra cosa, saltó de árbol en árbol ante ellos en el camino a casa.

Durante todo este tiempo. Edward apenas había dicho una palabra y apenas se había atrevido a mirarla a la cara para ver lo que sentía. Ahora, en el umbral de la casa, la tomó de las manos y mirándola

fijamente a los ojos le preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué te pareció?

Ella respondió:

—Horrible.

El disgusto de Edward fue tan intenso que por un momento desfalleció. Al recuperarse, vio a Susie encogida de miedo, como un gato a la defensiva. Y se dio cuenta de que su mano derecha estaba levantada en el aire con un gesto amenazador. La bajó.

—No tengas miedo —dijo sin aliento—. Soy incapaz de golpear a una mujer.

Susie debió de creerle, pues no dudó en darle algunas razones muy poco halagadoras de esta incapacidad. Curiosamente, él mismo no estaba tan convencido, y su conciencia lo mordía y desgarraba tanto que apenas oía lo que ella decía Esperó hasta las seis, le dio su cápsula y luego salió de la casa y se alejó por las oscuras y ventosas colinas como un hombre perseguido. Después de varios kilómetros a gran velocidad, la agitación en su interior se calmó un poco, y llegó a una conclusión: “Me enfurecí porque ella no aceptó mis normas: las normas de un hombre que es capaz (pues mentí cuando dije que no lo era) de golpear a una chica indefensa. Sólo queda una cosa por hacer”.

Es una triste reflexión sobre la vida que cuando sólo hay una cosa que hacer siempre es extremadamente desagradable. Al día siguiente, Edward dispuso que la muchacha que le ayudaba se quedara con Susie durante la noche, mientras él iba a la ciudad para ver a su abogado.

—¿Cuánto obtendría si vendiera todo lo que tengo? —preguntó Edward, con voz un tanto brusca.

—¿Incluyendo la pequeña casa en la que vive?

—Todo el maldito paquete.

El abogado consultó sus archivos, garabateó en un bloc, restó la depreciación del mercado y al final le dijo a Edward que podría esperar entre cuatro y cinco mil libras.

—Entonces, venda —le dijo Edward y, haciendo a un lado cualquier posibilidad de diálogo, se dirigió a un hotel, y al día siguiente tomó el tren de vuelta a casa.

Justo cuando se acercaba a la cabaña, vio a su Susie aproximándose a él por el camino que salía del bosque. Tenía las mejillas sonrojadas, los ojos brillantes y el pelo un poco desordenado.

—¿Qué pasa? —preguntó él, cuando se encontraron—, ¡No me digas que has estado en el bosque!

—No sé adonde más se puede ir—respondió ella.

—Entra —dijo Edward—, te hablaré de otro lugar. ¿Te gustaría que fuéramos a Hollywood, California?

—¿Estás bromeando? —preguntó ella, asombrada—, creía que

estabas en quiebra.

—Estoy vendiendo lo que me queda —contestó Edward—. No dará lo suficiente para vivir ahí mucho tiempo, ni con grandes lujos, pero ya que eso es lo que quieres, creo que deberías tenerlo.

Susie guardó silencio durante un rato.

—¡Vaya! —respondió al fin—, no si es tu último centavo.

Edward, asombrado por su benevolencia, intentó explicar las razones de su cambio de opinión. Sin embargo, ella lo interrumpió.

—Olvídalo —dijo—. Prefiero quedarme aquí. Al menos por un tiempo.

Edward escuchó esto con la emoción de un hombre rescatado, si no de la horca, al menos de la deportación.

—¿Qué pasó? —gritó—, ¿Es posible que ambos hayamos cambiado, sólo que en direcciones opuestas? Ah, ya sé. Has estado en el bosque. Algo te conmovió ahí.

—Será mejor que cierres tu gran boca —dijo ella casi enfadada—. No sabes de qué demonios estás hablando.

—Soy consciente de que estos sentimientos pueden ser muy delicados y privados; vacilaciones que uno prefiere no discutir. Por ejemplo, creo que no habrías sentido lo que sentiste hoy si yo hubiera estado ahí. Mi presencia el lunes fue un error, por mucho que esperara compartir estas sensaciones contigo. En el futuro irás sola.

Así que a partir de entonces ella iba sola al bosque cada tarde, mientras Edward se quedaba en casa, y cada día volvía sonriendo con más dulzura que antes.

“El bosque está funcionando”, pensó Edward, y su imaginación la seguía como un perro. Le parecía verla en el sol y a la sombra de los grandes árboles, o remando en el arroyo, o abanicándose con una fronda de helecho, o manchándose la boca con zarzamoras. Al final, sintió que no podía vivir más tiempo sin ver esas bellas cosas con sus propios ojos, así que una tarde la siguió a escondidas entre los árboles.

Se mantuvo a una buena distancia detrás de ella, pensando en acercarse en silencio cuando ella se detuviera a descansar, pero en lugar de detenerse, ella siguió avanzando más y más rápido, y al final se fue corriendo, y la perdió por completo durante un buen rato. Siguió avanzando hasta que oyó un graznido a la distancia; cuando se aproximó miró a su alrededor, pero no vio ninguna señal de ella. De pronto escuchó su risa. “¡Debe de haberme visto todo el tiempo!", pensó.

Su risa tenía una cualidad suave, dulce y atractiva que hizo que su corazón latiera con ímpetu. El sonido provenía de una pequeña hondonada cercana, donde el suelo caía al borde del bosque. Edward se acercó con cuidado a la parte superior de la hondonada. expectante,

pero sin confiar del todo en que la encontraría ahí viéndolo y con los brazos abiertos. Separó las ramas y miró hacia abajo. Y en efecto, ahí estaba ella con los brazos abiertos, pero hubiera sido mejor abrazar a la corpulenta y detestable vecina de Edward.

Edward se alejó en silencio y volvió a la cabaña. Ahí esperó a Susie. quien regresó muy tarde, y sonriendo con más dulzura que nunca.

—Puedes quitarte esa sonrisa de la cara —dijo Edward—. Pequeña ramera sucia y traicionera…

Ella de inmediato quitó su sonrisa.

—Vaya, bastardo despreciable y fisgón —reviró, y la conversación se prolongó con gran ímpetu.

Edward perdió la cabeza hasta el punto de proferir una o dos amenazas, que ella respondió con la más descarada burla, como si estuviera segura de la protección de su amante

—Tiene una gran compañía cinematográfica en Londres —dijo ella —, y ha prometido incluirme en una película.

—Olvidas —dijo Edward— que resulta que yo tengo tu contrato.

—¿Quieres decir que lo vas a impedir?

—¿Porqué no?

—Porque voy a ir a la policía ahora mismo —amenazó Susie—. ¿Y sabes lo que les voy a contar? Lo que ocurrió mientras estaba dormida.

Y así estaba a punto de comenzar con su historia cuando la interrumpió un enorme bostezo.

Edward miró su reloj y vio que ya habían pasado las seis hacía tiempo sin que se diera cuenta.

—¿Y bien? —preguntó él—, ¿Qué?

—Lo suficiente como para… meterte en la cárcel por… —murmuró ella con una voz como la de un viejo disco que se ralentiza, y volvió a bostezar. Su cabeza se hundió y cayó hasta que su mejilla quedó sobre la mesa.

—¡Dulces sueños! —dijo Edward, tomó la cajita de cápsulas de la repisa de la chimenea y la arrojó al fuego. Susie observó la acción con ojos vidriosos. Una pequeña llama de furia coincidió con la llama que se agitaba en la chimenea. Se apagó y los ojos se cerraron. Su aspecto era cautivador.

Edward la acostó y bajó a escribir una carta a una empresa que anunciaba caravanas y casas rodantes. El siguiente verano viajó a BlackpooL Ahí, con una impecable bata blanca, se dirigió a la multitud bajo un cartel que decía:

El doctor von Stangelberg presenta:
“La maravilla de la ciencia moderna”
Sólo para adultos

LA BELLA DURMIENTE

Entrada: seis peniques.

LA INTERPRETACIÓN DE UN SUEÑO

UN joven entró a la oficina de un psiquiatra famoso y lo abordó con las siguientes palabras:

—¡Sálveme, doctor!

—Con mucho gusto —dijo el especialista, con absoluta serenidad —. Afín de cuentas, para eso estoy aquí.

—Pero es que no va a poder —exclamó el joven algo distraído—. ¡No va a poder! ¡No va a poder! ¡Nada puede salvarme!

—Como quiera que sea —continuó el psiquiatra en tono reconfortante— no le hará daño hablar de sus problemas. —Al hablar, el médico movía sutilmente las manos y sonreía con una expresión más bien estéril y condescendiente. No obstante, en cuestión de segundos el joven se sentó en un diván bajo, alzó la cara hacia la luz y soltó la sopa.

—Me llamo Charles Rotifer —dijo—. Trabajo en las oficinas de un contador, que se encuentran en el piso superior de un rascacielos. Tengo veintiocho años, soy soltero y estoy comprometido a casarme. Mi prometida es la joven más dulce e increíble del mundo: es bella como un ángel y tiene una hermosa cabellera dorada. Menciono estos detalles porque son relevantes para la historia.

—Sin duda —intervino el psiquiatra—. El color dorado simboliza dinero. ¿Tiene usted una actitud retentiva frente al dinero? Por ejemplo, dice que trabaja en una oficina. ¿Ha ahorrado buena parte de su salario?

—Claro que sí —contestó el joven—. He ahorrado bastante.

—Continúe entonces, señor Rotifer —dijo el psiquiatra con benevolencia—. Hablaba de su prometida. Más adelante le haré una o dos preguntas íntimas al respecto.

—Y yo se las contestaré —reviró el joven—. En nuestra relación no hay ningún detalle que sea necesario ocultar, mucho menos de un psiquiatra. Todo entre nosotros está en perfecta armonía, y no hay nada que quisiera cambiarle, salvo quizás el mal hábito de gesticular

demasiado mientras habla.

—Tomaré nota —dijo el especialista y escribió algo en su cuadernillo.

—No tiene la menor importancia —agregó el joven—. En realidad no sé por qué lo traje a colación, salvo que haya sido para enfatizar lo perfecta que es. Pero mire, doctor, hace treinta y ocho noches tuve un sueño muy particular.

—¡Treinta y ocho! De acuerdo —señaló el médico y anotó la cifra —. Dígame una cosa, cuando era niño, ¿de casualidad tenía una niñera, profesora o pariente del sexo femenino por quien sintiera una inusual fijación y que tuviera treinta y ocho años?

—No. doctor —respondió el joven—. Pero el rascacielos donde trabajamos tiene treinta y ocho pisos.

El psiquiatra le lanzó una mirada penetrante.

—Y dígame, ¿la forma y la altura de este edificio le hacen pensar en algo?

—Lo único que sé —contestó el joven, obstinado— es que soñé que estaba afuera de la ventana de nuestras oficinas, en el último piso, y que caía por los aires.

—¡Caía! —exclamó el psiquiatra, arqueando las cejas—. ¿Y qué sintió en ese momento?

—Estaba tranquilo —dijo el joven—. Supongo que iba cayendo a la velocidad normal, pero mi mente estaba muy acelerada, así que tuve tiempo de sobra para reflexionar y mirar a mi alrededor. La vista era extraordinaria. En cuestión de segundos, llegué a la franja de piedra de la fachada que separa nuestro piso del que está justo abajo. Y entonces desperté.

—Y, entonces, ¿ha estado obsesionado con ese sueño tan simple, ordinario e inofensivo? —preguntó el psiquiatra con tono jovial— Pues verá, señor…

—Espere un momento —lo interrumpió el paciente—. La noche siguiente soñé lo mismo, o más bien una continuación de lo mismo. Estaba en el aire, con los brazos y las piernas abiertas, y pasé junto a la franja ornamental de piedra y me asomé al ventanal del piso inferior, el cual también le pertenece a nuestro despacho. Vi a mi amigo, Don Straker, que trabaja en el departamento fiscal. Estaba apoyado contra su escritorio. Me vio. y su expresión era de una incredulidad absoluta. Hizo un gesto, como para ponerse de pie y correr hacia la ventana. Pero, en comparación con los míos, sus movimientos eran lentísimos. Recuerdo haber pensado: “Llegará demasiado tarde”. Luego llegué al pie de su ventana y empecé a atravesar la línea divisoria entre ese piso y el siguiente. Y entonces desperté.

—Muy bien —dijo el especialista—. ¿Qué tenemos aquí? El sueño de una noche se termina en la siguiente. Es algo bastante habitual.

—Quizá —contestó el joven—. Sin embargo, a la noche siguiente, volví a estar en la línea divisoria entre el piso treinta y siete y el treinta y seis. Ahora estaba viendo hacia arriba, con una pierna ligeramente alzada, justo así…

—Sí, sí —intervino el psiquiatra—. Ya veo. No es necesario que me lo demuestre, que casi tira mi cenicero.

—Lo siento —se disculpó el joven—. Creo que es un hábito que aprendí de Maisie. Maisie es mi prometida. Cuando quiere mostrar cómo hizo algo, hace todos los gestos. Lo actúa, digamos. De hecho, nos comprometimos la noche en que me contó que se había resbalado y caído en la calle Setenta y Dos, en el pavimento helado. Bueno, como decía, ahí estaba, pasando junto a otro piso en el transcurso de mi caída, mirando a mi alrededor, en todas direcciones. Las colinas de Nueva Jersey se veían espléndidas. Y una paloma intrépida voló hacia mí y me miró con uno de sus ojos redondos e inexpresivos. Luego apresuró el paso y se fue. Vi a la gente en la calle, o más bien sus sombreros, que estaban tan pegados los unos a los otros que parecían guijarros negros en una playa Mientras los veía, uno o dos de los guijarros se tornaron blancos. Me di cuenta de que estaba llamando la atención.

—Dígame una cosa —intervino el psiquiatra— Parece tener mucho tiempo para meditar las cosas. ¿Recuerda por qué estaba cayendo? ¿Se aventó o se resbaló o qué pasó?

—Mire, doctor, la verdad es que no lo sé —contestó el joven—. A menos que mi último sueño, que fue el de anoche, pueda revelar algo. La mayor parte del tiempo me la paso mirando a mi alrededor, y cada vez caigo más rápido, pero también se acelera mi pensamiento. Naturalmente, intenté pensar en todos los temas importantes, dado que sería mi última oportunidad. Por ejemplo, entre los pisos diecisiete y dieciséis estuve pensando mucho en la democracia y la crisis mundial. Y me pareció que en lo que la mayoría de la gente se equivoca es que…

—Quizá convenga acotarnos por lo pronto a la experiencia de la caída —lo interrumpió el psiquiatra.

—Bien —continuó el joven—, en el piso quince me asomé por la ventana y vi algo que jamás creí que pudiera ocurrir, al menos no en una oficina. Al día siguiente decidí visitar el piso quince, por mera curiosidad. Y resulta que esas oficinas las renta un agente de teatro. ¿No cree que eso confirma que mi sueño es real, doctor?

—Tranquilícese —le dijo el especialista—. Los nombres de las empresas que rentan las oficinas de este edificio figuran en el directorio que está en la pared de la entrada principal. No dudo que

haya retenido un recuerdo inconsciente que luego insertó con destreza en su sueño.

—Bueno, después de eso, comencé a mirar hacia abajo cada vez más —continuó el joven—. Sólo echaba un vistazo a cada ventana al pasar, pero la mayor parte del tiempo miraba hacia abajo. Para entonces ya eran más grandes las manchas blancas entre los sombreros negros. De hecho, al poco tiempo las caras y los sombreros se volvieron discernióles. Vi dos taxis que se embistieron y chocaron. El grito de una mujer se alzó por encima del murmullo colectivo. Sentí que entendía su desesperación. Yo estaba como reclinado y empecé a sentir el dolor anticipatorio en las partes del cuerpo que se estrellarían primero contra el piso. Así que me puse boca abajo, justo así. pero fue algo horrible. Entonces mejor me enderecé, pero me dolieron los pies. Intenté caer de cabeza para que aquella pesadilla acabara cuanto antes, pero no me satisfizo. No podía dejar de girar y voltearme, justo así.

—Relájese, por favor —insistió el psiquiatra—. En serio no es necesario que lo actúe.

—Lo siento —contestó el joven—. Es un hábito que le aprendí a Maisie.

—Siéntese y continúe —pidió el psiquiatra.

—Anoche fue la trigésima octava noche —comentó el hombre con desazón.

—Entonces ya debe de haber descendido hasta este piso, que es el mezzanine.

—¡Exacto! —exclamó el joven—, Y justo al llegar aquí, a una velocidad obscena, me asomé por la ventana, doctor. ¡Y lo vi a usted! ¡Tan claro como lo estoy viendo en este instante!

—Señor Rotifer—contestó el psiquiatra con una sonrisa modesta—, con mucha frecuencia aparezco en los sueños de mis pacientes.

—Pero en ese momento yo no era su paciente —argumentó el joven—. Ni siquiera sabía de su existencia. No sabía que usted trabajaba aquí, hasta esta mañana, cuando vine a ver quién ocupaba esta oficina. ¡Ay, doctor, no sabe el alivio que sentí al descubrir que usted no era un agente teatral!

—Pero, ¿por qué lo alivia? —preguntó el especialista sin inflexión en la voz.

—Porque usted no estaba solo. Es decir, en mis sueños. Había una joven aquí. Una joven con una hermosa cabellera dorada. Y estaba sentada en sus piernas, doctor, y lo abrazaba del cuello. Estaba seguro de que debía ser otra agencia teatral. Pero luego pensé que esa joven tenía un cabello muy hermoso. Como el de mi Maisie. En ese momento, ambos se asomaron a la ventana. ¡Y era ella! ¡Era Maisie!

¡Mi Maisie!

El psiquiatra soltó una risotada franca.

—Ay, muchacho, pues déjeme decirle que no tiene nada de que preocuparse.

—De cualquier forma, esta mañana, cuando llegué a la oficina, me inundó una curiosidad insoportable y unas ansias casi irresistibles de aventarme por la ventana para saber qué vería durante mi caída.

—Pues habría descubierto que no había necesidad de mortificarse ni sustento para llevar a cabo un acto tan impulsivo. Su prometida no es mi paciente; por ende, no habría podido experimentar una de esas pequeñas transferencias inofensivas, como les llamamos en psiquiatría, que se sabe que provocan comportamientos apasionados de parte del sujeto. Además, nuestra profesión se rige por cierta ética, y nunca ocurren cosas en el consultorio. No, querido muchacho, lo que usted me está describiendo es un padecimiento bastante sencillo, un sueño recurrente, una compulsión neurótica…, pero no es nada que el tiempo no cure. Si me visita tres o cuatro veces por semana, le aseguro que en unos años mostrará una mejoría notable.

—¡Pero, doctor, voy a estrellarme contra el piso en cualquier momento! —gritó el joven, desesperado.

—Sólo en su sueño —contestó el psiquiatra, en un intento por reconfortarlo—. Le pido que trate de recordarlo con claridad y que tome nota si acaso rebota. Mientras tanto, vuelva a su oficina, siga con su trabajo y no se preocupe tanto por esto.

—Lo intentaré —prometió el joven—, Pero es que es tan parecido a la versión de usted con la que soñé… Hasta el alfilercito de la corbata…

—De hecho —dijo el psiquiatra mientras lo escoltaba a la salida con una reverencia y una sonrisa—, me lo regaló una dama muy famosa que siempre se caía en sus sueños. —Dicho eso, cerró la puerta una vez que el visitante partió, quien se fue meneando la cabeza con una melancolía implacable. El psiquiatra se sentó después en el escritorio y juntó las puntas de los dedos, como suelen hacer los psiquiatras mientras ponderan la situación de un paciente nuevo.

Su secretario interrumpió sus cavilaciones al abrir la puerta y asomarse de golpe.

—La señorita Mimling está aquí —anunció—. Tiene cita a las dos y media.

—Dígale que pase —contestó el psiquiatra y se levantó para saludar a la recién llegada, quien resultó ser una joven de apariencia ratonera, en cuya cabeza alguien roció cantidades sustanciales de peróxido.

—Ay, doctor —dijo la joven—, tenía que llamarle cuando vi su

nombre en el directorio, porque supe que era usted. Vi su nombre en la puerta. En mi sueño, doctor. En mi sueño.

—Háblemе al respecto —respondió el sanador de almas, mientras intentaba guiarla al diván. Sin embargo, la joven iba muy nerviosa y se sentó en la esquina del escritorio del médico.

—No sé si crea que los sueños significan algo —dijo ella—, pero este fue extraordinario. Soñé que llegaba a su puerta y que veía su nombre, justo como está allí. Por eso lo busqué en el directorio telefónico, y entonces lo vi de nuevo. Por eso sentí que tenía que venir a verlo. En fin, soñé que entraba a su consultorio y que me sentaba en el escritorio, y que hablaba con usted, y que de pronto… Claro que sé que sólo fue un sueño, pero de pronto tuve la sensación de que… Ay, no sé muy bien cómo expresarlo. Me pareció que usted era mi padre, mi hermano mayor y un chico al que conocí alguna vez, que se llamaba Hermán Myers, todo en uno. No sé por qué me sentí así, mucho menos en un sueño, pues estoy comprometida con un joven al que amo con toda mi conciencia, y creo que también con mi inconsciencia. ¡Ay, soy una bruja!

—Venga, señorita —le susurró el psiquiatra—. Eso no es más que aquello a lo que llamamos transferencia. Le puede pasar a cualquiera. De hecho, le pasa a cualquiera.

—Sí —contestó ella—, pero eso me hizo transferirme a sus piernas, justo así, y abrazarlo del cuello, justo así.

—¡Hey! ¡Hey! —murmuró el psiquiatra con gentileza—. Me temo que está actuando a partir de un impulso neurótico.

—Siempre actúo las cosas —dijo ella—. Por eso dicen que soy el alma de las fiestas. Pero luego, doctor, miré hacia la ventana. justo así, y entonces… ¡Cielos! ¡Ahí está! ¡Ahí estuvo! ¡Era Charlie! ¡Ay, qué feo nos miró al pasar!

MARY

EN aquella época, había un pueblo llamado Ufferleigh entre las colinas y valles de North Hampshire (espero que siga ahí). En el jardín de cada cabaña había un manzano gigante, y en una ocasión, cuando de estos árboles colgaban los frutos rojos, y las papas recién salidas de la tierra relucían entre las judías verdes y las coles, un joven que nunca había estado ahí llegó caminando al pueblo.

Se detuvo justo frente a la entrada de la señora Hedges y volteó a ver su jardín. Rosie. que estaba recogiendo judías verdes, lo escuchó carraspear cortésmente, y se volteó e inclinó sobre la cerca para escuchar lo que el joven quería.

—Me preguntaba si alguien en el pueblo tendría una posada. —Miró a Rosie. cuyas mejillas estaban más rojas que las manzanas, y cuyo cabello era del dorado más suave que se pudiera imaginar—. Me preguntaba —rectificó— si tú tendrías una posada.

Rosie lo miró fijamente. Vestía un suéter azul de marinero, aunque no parecía marinero. Su piel era morena, y su expresión simple y agradable, y su cabello era negro. Se veía tímido y desaliñado, pero algo en su apariencia revelaba que no era un vagabundo.

—Preguntaré —contestó Rosie.

Dicho eso, corrió en busca de su madre, tras lo cual la señora Hedges salió a entrevistar al muchacho.

—Tengo que estar cerca de Andover durante una semana, pero por alguna razón no se me antojó quedarme en la ciudad.

—Hay una cama —dijo la señora Hedges—, Si no le molesta comer con nosotras…

—En absoluto, señora. Nada me agradaría más.

En breve llegaron a un acuerdo. Rosie recogió otro puñado de judías verdes, y una hora después se sentaron los tres juntos a cenar. El joven mencionó que se llamaba Fred Baker, pero, salvo por eso, se mostró tan educado que apenas se atrevió a hablar, así que al final la señora Hedges tuvo que preguntarle directamente a qué se dedicaba.

—Bueno, señora —respondió, viéndola a la cara—, he hecho muchas cosas desde pequeño, pero una vez escuché un antiguo proverbio sobre cómo crecer en el mundo. Aliméntalos o entretenlos, decía. Así que eso es lo que hago, señora. Viajo con un cerdo. —La señora Hedges dijo que nunca antes había oído nada por el estilo—. Me sorprende. Hay unos cuántos en Londres, según me han dicho, amasando grandes fortunas en los salones. Pero que esperen a ver a Mary —exclamó con una enorme sonrisa.

—¿Así se llama tu puerco? —preguntó Rosie.

—Bueno —contestó Fred con timidez—, así le llamo en privado. Para su público, ella es Zola. Quería que sonara algo afrancesado. Picante, por así decirlo. Pero en la caravana la llamo Mary.

—¿Vives en una caravana? —inquirió Rosie, emocionada y fascinada ante la idea de vivir en una casa de muñecas.

—Vivimos. Ella tiene su litera y yo, la mía.

—No creo que eso esté bien —respondió la señora Hedges—, No. ¿Dormir con un puerco? No.

—Ella es más limpia que un recién nacido. Y, en cuanto a su compañía, bueno, casi me atrevería a decir que es humana. Como sea, llevamos una vida errante: del tingo al tango, como dice el dicho. Acá entre nos, no estaré satisfecho hasta que logremos presentarnos en un teatro londinense. ¡Imagínennos en el West End!

—Preferiría la caravana —interrumpió Rosie, quien, de la nada, parecía tener mucho que aportar.

—Es linda —contestó Fred—. Ya sabes, tiene cortinas, un jarrón con flores, una pequeña estufa. En cierto modo es a lo que estoy acostumbrado. No me imagino vivir en uno de esos grandes hoteles. Como sea. Mary tiene una carrera en la cual pensar. No puedo ser un obstáculo para su talento, así que, pues así son las cosas.

—¿Es grande?

—Su tamaño no tiene nada que ver. No es más grande que Shirley Temple, por ejemplo. Pero tiene una gran inteligencia y personalidad. ¡Tiene tanta astucia como un vagón lleno de primates! Te caería bien. Y tú le caerías bien, creo. Sí, creo que sí. A veces me preocupa que su compañía me haya vuelto torpe, ya que nunca he tenido mucha interacción con las señoritas.

—No me diga —señaló la señora Hedges con malicia, como lo dictaban las convenciones sociales.

—Sí le digo. Verá, siempre estoy en movimiento, desde que era un crío. Vendí cestos y escobas, ollas y sartenes, después hice un poco de acrobacia y ahora tengo a Mary. Nunca permanezco dos días en un mismo lugar. No me da tiempo de conocer gente.

—Pero estarás aquí una semana entera —dijo Rosie con

naturalidad, aunque de inmediato sus mejillas se colorearon mil veces más que antes, pues la señora Hedges le lanzó una mirada mordaz que la hizo darse cuenta de que sus palabras podrían malinterpretarse.

Fred, sin embargo, no lo notó.

—Sí —contestó él—. Estaré aquí una semana. ¿Y saben por qué? Porque Mary se enterró un clavo en la pata cuando estábamos en el mercado de Andover. Terminó su acto y colapso. Ahora la pobre está en el veterinario.

—¡Pobre criatura! —exclamó Rosie.

—Me daba miedo que se le complicara la lesión, pero parece que se está recuperando sin problemas, y entonces aproveché para llevar a reparar la caravana, así que pronto volveremos a estar en marcha. Mañana iré a visitarla. Tal vez encuentre unas zarzamoras que pueda llevarle como golosina, por decirlo de alguna manera.

—Gorsley Bottom. Ahí crecen las zarzamoras más grandes y jugosas —sugirió Rosie.

—¡Ah! Si tan sólo supiera dónde queda eso —contestó Fred vacilante.

—Tal vez, si mañana en la mañana tiene tiempo, Rosie podría acompañarlo —respondió la señora Hedges, quien comenzaba a sentir buena disposición hacia el muchacho.

Sin duda alguna. Rosie tuvo tiempo al día siguiente en la mañana y llevó a Fred a Gorsley Bottom y le ayudó a escoger las zarzamoras. Más tarde, cuando Fred volvió de Andover, les informó que Mary había devorado el regalo y que él estaba seguro de que. si pudiera hablar, les habría mandado un agradecimiento especial. Nada es más conmovedor que la gratitud de un animal tonto, así que Rosie sintió el impulso de acompañar a Fred los siguientes días por la mañana a recoger más zarzamoras para el puerco inválido.

Durante las excursiones. Fred le contó muchas cosas sobre Mary. otras sobre la caravana y unas cuantas sobre él mismo. Ella notó que él era muy intrépido y picaro para ciertas cosas, pero inesperadamente modesto y tímido para otras. Y sintió que era muestra de su buen corazón.

El final de la semana se fue acercando, hasta que de pronto volvieron de Gorsley Bottom por última vez. Fred dijo que siempre recordaría Ufferleigh y los días tan agradables que pasó ahí.

—Deberías mandarnos postales de tus viajes —dijo Rosie.

—Sí, buena idea. Lo haré.

—Sí, hazlo.

—Sí —repitió Fred—. Lo haré. ¿Sabes? Me da tristeza irme, pero una parte de mí quiere tomar la carretera de nuevo. Para mandar esas postales de una vez.

—A este ritmo, quizás incluso podrías enviarnos una carta —dijo Rosie desviando la mirada.

—¡Ah! ¿Y sabes qué me gustaría poner al final de la carta? Si fueras mi enamorada, claro está. Lo cual evidentemente no eres, porque nunca nadie ha sido mía.

—¿Qué cosa? —preguntó Rosie.

—Mi enamorada.

—Digo, ¿qué cosa pondrías?

¡Ah! ¿Qué pondría? ¿Sabes lo que pondría si… si fueras mi enamorada?

—No. ¿Qué?

—No sé si decírtelo.

—Anda, no tengas miedo.

—De acuerdo. Sólo recuerda que es hipotético. —Con una rama, trazó tres equis en la tierra.

—Si fuera la enamorada de alguien, no le vería nada de malo a eso. A fin de cuentas, tenemos que modernizarnos.

Ninguno dijo una palabra más por dos de las mejores razones del mundo. La primera: no podían. La segunda: no era necesario. Caminaron con las caras rojas como tomates en medio de una agónica felicidad.

Fred habló con la señora Hedges. a quien la idea le agradó desde el principio. No es que nunca hubiera menospreciado a la gente que anda en caravanas, y es verdad que se hubiera escandalizado meses antes si alguien le hubiera sugerido que su hija querría casarse con alguien así. Pero lo que es justo es justo: este tal Fred Baker era diferente, como cualquier persona con dos ojos habría podido ver. Era muy reservado, casi en exceso, y sus conversaciones revelaban que era tan inocente como un recién nacido. Además, varias personas del pueblo que sabían de lo que hablaban coincidían en que sus ambiciones con respecto a Mary, su puerco, estaban fundamentadas. Todo el mundo había escuchado que había criaturas tan talentosas como ésa, que dormían sobre sábanas níveas en los mejores hoteles de la metrópolis, bebían champaña como si fuera leche y generaban ganancias de diez o hasta veinte pavos por semana para sus afortunados dueños.

Así que la señora Hedges dio su consentimiento con una sonrisa en el rostro, y Rosie se convirtió en la verdadera enamorada de Fred. como debía ser. Él ahorraría todo lo posible durante el invierno, y ella cosería y cantaría. En la primavera, él volvería para la boda.

—En Pascua —dijo Fred.

—No —contestó la señora Hedges mientras hacía cuentas con los dedos—. En mayo. Así no habrá chismes, con o sin caravana.

Fred no tenía idea de qué hablaba, ya que había vivido solo durante mucho tiempo y nadie le había explicado ciertas cosas que cualquier muchacho debería saber. Sin embargo, percibió que era un compromiso inusualmente corto para las costumbres de Ufferleigh y que representaba una gran concesión para el brío de la industria del entretenimiento, así que accedió de buena gana y se puso en marcha.

> Mi querida Rosie:
>
> Me encuentro en Painswick después de haber pasado una buena noche en Evesham. Mary anda más astuta que nunca: está de más decir que puede deletrear cuatro nuevas palabras, treinta y seis en total, y cuando le pregunto: "Mary, ¿qué te parece Painswick o Evesham o donde sea que estemos?, ella escribe: "Lindo", y eso le agrada a la gente. Está muy bien de salud, y espero que tú también lo estés. Parece que entiende cada palabra que digo. Cada día que pasa parece más un ser humano. Bueno, supongo que debo preparar la cena porque siempre empieza a llorar por eso, sobre todo cuando te estoy escribiendo.
>
> Con amor,
>
> Fred
>
> xxx

En mayo, los manzanos florecían, por lo que la boda estuvo colmada de flores de manzanos, que en esas partes simbolizan un porvenir próspero. Después, tomaron el autobús hacia el mercado para recoger la caravana que estaba estacionada en el patio de un establo. En el camino, Fred le pidió a Rosie que esperara un momento y entró a una tienda de dulces. Luego, salió con una caja gigante de chocolates. A Rosie se le iluminó la cara con una sonrisa.

—¿Son para mí?

—Sí, para que se los des a Mary en cuanto te vea Son su debilidad. Quiero que sean verdaderas amigas.

—Está bien —contestó Rosie, que era la muchacha más bondadosa del mundo. Poco después, llegaron al patio. Y ahí estaba la caravana —. Ay, ¡es encantadora!

—Al fin la verás —dijo Fred, y empezó a hablar con una voz inusualmente aguda—, ¡Ya llegamos, viejita! —exclamó mientras abría la puerta— Viene conmigo una amiga que me ayudará a cuidarte. Mira, te trajo algo que te gustará.

Rosie vio a un puerco mediano, color carne, limpio y con un collar elegante. Tenía ojos pequeños y calculadores. Rosie le ofreció los chocolates, que fueron recibidos sin efusividad ni agradecimiento.

Entraron todos a la caravana y partieron hacia el oeste, por en

medio de las colinas. Rosie se sentó junto a Fred en el asiento delantero: Mary, mientras tanto, tomó su siesta de la tarde. Pronto el cielo se arreboló justo donde el camino partía el bosque en el punto más alto de la montaña. Fred viró en un sendero verde, y ahí acamparon.

Fred encendió la estufa, y Rosie puso las papas a hervir. Pelaron bastantes, pues Mary tenía muy buen diente. Luego, Rosie metió un enorme pudín de arroz al horno, y pronto el resto de la comida estuvo lista.

Fred puso la mesa y preparó tres lugares.

—¿Cómo?—preguntó Rosie.

—¿Cómo qué? —dijo Fred.

—¿Va a comer con nosotros? ¿Un puerco?

Fred palideció y le hizo señas a Rosie para que se saliera de la caravana.

—No digas esas cosas. Nunca le caerás bien si dices ese tipo de cosas. ¿No viste cómo te miró?

—Sí, sí lo vi. De todos modos… Bueno, no importa. Fred. No me importa, en serio. Sólo pensé por un momento que sí me importaba.

—Espera. Es que estás pensando en cerdos ordinarios. Pero Mary es diferente.

En efecto, Mary parecía ser una comensal muy pulcra. No obstante, le lanzó a Rosie un par de miradas extrañas por debajo de sus suaves pestañas color paja. Y parecía que empujaba el pudín de arroz con su trompa

—¿Qué pasa, viejita? ¿No le puso suficiente azúcar al pudín? No te preocupes, que no todo puede salir bien a la primera.

Mary, con un hipo persistente, se acomodó en su litera después de la cena.

—Salgamos a ver la luna —sugirió Rosie.

—Supongo que no tendría nada de malo. No tardaremos, Mary. No rebasaremos la reja al final del camino.

Mary aceptó con frialdad y giró la cara hacia la pared. Rosie y Fred salieron y se recargaron en la reja. La luna, por lo menos, cumplió con todas sus expectativas.

—Parece divertido estar casada y esas cosas —dijo Rosie con dulzura.

—Para mí está bien —contestó Fred.

—¿Recuerdas las equis que trazaste en la tierra del camino ese día?

—Sí, las recuerdo.

—¿Y las que pusiste en las cartas?

—Todas. Recuerdo todas y cada una de ellas.

—Besos, se supone que eso representan.

—Sí, eso dicen.

—No me has dado ni uno desde que nos casamos. ¿No te gustan?

—Sí, sólo que…, no sé…

—¿Qué?

—Me siento raro cuando te beso. Como si quisiera…

—¿Qué?

—No lo sé. No sé si es como si quisiera comerte toda o qué.

—Inténtalo y lo averiguarás, dicen por ahí.

Después de eso, vino un momento exquisito. Pero justo a la mitad, un chillido penetrante emergió de la caravana. Fred saltó como si le hubieran disparado.

—¡Ay, por Dios! —gritó Fred—. Se está preguntando qué pasa. ¡Allá voy, viejita! ¡Allá voy! Verás, es que es su hora de dormir. ¡Ya voy a arroparte!

Mary, con cierto aire petulante, permitió que Fred la arropara. Rosie se quedó a un lado, mirando.

—Creo que es mejor que apaguemos las luces. Como su cerebro está siempre activo, le gusta dormir mucho.

—¿Y en dónde dormimos nosotros? —preguntó Rosie.

—Preparé la litera para ti esta mañana. Yo dormiré abajo. Tengo un saco lleno de paja.

—Pero…, pero…

—Pero, ¿qué?

—Nada. Nada.

Volvieron a entrar. Rosie siguió despierta una o dos horas, pensando quién sabe qué. Tal vez pensaba en lo adorable que era que Fred hubiera vivido tantos años de una forma tan sencilla y tímida y recluida, y que aun así supiera tantas cosas, y que aun así fuera tan inocente y no anduviera en malos pasos. Pero es imposible saber lo que pensaba.

Al fin se quedó dormida, pero luego la despertó un grito estremecedor que parecía provenir de las mismísimas gaitas del demonio. Rosie se enderezó, aterrada. Era Mary.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —La voz de Fred se escuchó desde las profundidades, como los fantasmas de Hamlet—. Dale un poco de leche.

Rosie sirvió leche en un tazón. El estruendo demoniaco de Mary se detuvo mientras bebía, pero, en el instante en que Rosie apagó las luces y se acomodó de nuevo en la cama. Mary chilló mil veces peor que antes.

Unos ruidos sordos provenían de abajo de la caravana. Fred

apareció en la puerta medio vestido, con paja en el pelo.

—A mí sí me hará caso —dijo Fred, alterado.

—¿Y no puedes… no puedes dormir tú aquí?

—¿Qué? ¿Y que tú duermas abajo? —contestó Fred sorprendido.

—Sí —dijo Rosie después de una pausa—. Y yo duermo abajo.

Fred se sintió abrumado por la mezcla de gratitud y remordimiento. Rosie no pudo evitar sentir lástima por él. Incluso intentó sonreírle antes de bajar para intentar descansar sobre el costal de paja.

En la mañana. Rosie despertó cabizbaja. Debían preparar un desayuno majestuoso para Mary; después, Fred la apartó.

—Mira, esto no va a funcionar —dijo él—. No puedo tenerte durmiendo en el suelo como indigente. Te diré lo que haremos: retomaré la vida de acróbata Solía ganar buen dinero con eso, y me gusta. Volteretas, dobles mortales, un poco de ilusionismo: me iba bien, la verdad. Es sólo que por cuidar a Mary no tenía tiempo de practicar, pero, si tú la cuidas, haría doble turno y pronto tendríamos buenos ahorros. Y después…

—¿Sí?

—Después te podría comprar un remolque.

—Bueno —contestó Rosie y se dio media vuelta. Minutos después, volteó a verlo de nuevo, con una mirada incendiaria—. Podrás saber mucho de puercos —le dijo con cierto rencor—, y de dobles mortales y de ilusionismo y de cestos y escobas y de no sé qué más, pero hay una cosa que no sabes. —Dicho eso. se fue a llorar detrás de una barda.

Después de un rato logró ver el lado positivo de aquel arreglo y regresó a la caravana. Fred le enseñó a bañar a Mary por las mañanas, a depilarla (lo que era muy agresivo para las manos) y a untarle crema facial, pero no sólo en la cara: después, había que polvearla y hacerle manicura y pulir sus manitas.

Rosie, decidida a sacarle provecho a la situación, se sobrepuso a la repugnancia que sentía y no tardó en dominar aquellas tareas de doncella. Al inicio, la tranquilizó que el puerco malcriado aceptara sus servicios sin protestar. Después se dio cuenta del aire presuntuoso en sus ojos pequeños y calculadores.

Sin embargo, no había tiempo para pensar en eso. Tan pronto terminaba de asearla, era hora de prepararle el almuerzo. Después del almuerzo, Mary debía salir a caminar, salvo que fuera sábado, cuando tenía que dar la función vespertina, y después del paseo descansaba. Fred le explicó a Rosie que, mientras Mary descansaba, le gustaba que le hablaran y le rascaran el lomo. Mary había decidido con absoluta certeza que quería que le rascaran el lomo por el resto de su vida.

Después venía la hora de su masaje; después, un té; después, otra corta caminata o la función vespertina, dependiendo de dónde estuvieran, y después era hora de la cena. Al final del día, Rosie agradecía poder acurrucarse en su mísero costal de paja.

Cuando pensaba en la litera de arriba, y en Fred y en su sencillez, el corazón se le agrietaba. El detalle era que ella lo amaba y sentía que, si tan sólo pudieran pasar una hora a solas, podrían besarse un poco, y un rayo de luz disiparía la oscuridad de esa excesiva inocencia.

Cada día buscaba esa hora, pero nunca llegaba. Mary se encargaba de eso. Un par de veces, Rosie le sugirió a Fred que dieran un paseo, pero de inmediato el odioso puerco gruñó con alguna exigencia que la mantuvo ocupada hasta muy tarde. Fred. por su parte, también estaba bastante ocupado practicando. Tenía buenas intenciones y trabajaba muy duro, pero, ¿a cambio de qué? ¡De un remolque!

Con el paso de los días. Rosie se fue volviendo cada vez más esclava de la gruñona y arrogante marrana. Le dolía la espalda. las manos se le agrietaron e irritaron, y nunca tenía tiempo de arreglarse, por no hablar de un momento a solas con su amado. Siempre tenía el vestido manchado y arruinado; la sonrisa se le había extinguido, y su temperamento empeoraba. Su cabello se llenó de rastas y nudos, pues nunca tenía tiempo para cepillarlo.

Intentó hablar con Fred, pero todo era discusiones y confusión. Él trató de demostrarle con pequeñas acciones que la amaba, pero a Rosie le parecían una burla, por lo que empezó a ser cortante. Después. Fred dejó de intentarlo, y ella pensó entonces que ya no la amaba. Pero, por si fuera poco, empezó a sentir que ella ya no lo amaba.

Así se les fue el verano, y las cosas sólo siguieron yendo de mal en peor. De hecho, cualquiera que hubiera visto a Rosie la habría confundido con una indigente.

La temporada de zarzamoras llegó de nuevo, y Rosie encontró un arbusto cargado de fruta. Cuando probó una, todo tipo de recuerdos inundaron su cabeza. Fue a buscar a Fred.

—Fred, ya es temporada de zarzamoras. Te traje algunas. —Le mostró las que sostenía con la mano sucia, y Fred las tomó y las probó. Rosie esperó su reacción.

—Sí, están maduras. No le disgustarán. Llévala esta tarde y escoge unas para ella.

Rosie se fue sin decir palabra alguna, y en la tarde atravesó el rastrojo con Mary para llegar adonde crecían las zarzamoras. Cuando las vio, Mary olvidó sus modales y empezó a comer a manos llenas. Rosie. sin tener nada que hacer, se sentó en un banco y lloró

amargamente.

En pleno llanto, escuchó una voz que le preguntaba qué le pasaba. Levantó la mirada y vio a un granjero gordo, astuto y alegre.

—¿Qué pasa, mi niña? ¿Tienes hambre?

—No —contestó—. Estoy hasta el gaznate.

—¿De qué?

—¡Del puerco! —dijo Rosie con un sollozo.

—Esa no es excusa para berrear. No hay nada como un buen puerco. Estaría dispuesto a que me diera indigestión por eso. cualquier día de la semana.

—No hablo de carne de puerco. Es un puerco. Un puerco vivo.

—¿Lo perdiste?

—Ojalá. Así de miserable soy. No sé qué hacer.

—Cuéntame lo que te acongoja. Un poco de empatía no hace daño.

Así que Rosie le contó sobre Fred y sobre Mary, sobre las esperanzas que había albergado y a lo que habían llegado, sobre cómo se había convertido en la esclava de un puerco insolente, malcriado y celoso: le contó todo, salvo por un pequeño detalle que no se atrevía a decir en voz alta, mucho menos al más amable de los granjeros gordos.

El granjero se bajó un poco el sombrero y se rascó la cabeza, pensativo.

—¿De veras? Me cuesta creerlo.

—De veras. Cada palabra es cierta.

—Digo, un muchacho…, una muchacha…, la muchacha durmiendo sobre un costal de paja…, una muchacha tan linda como tú. Debidamente casada y todo. No es por ofender, pero, señorita, ¿qué la cama no es lo suficientemente ancha o qué?

—Es que él no sabe —sollozó Rosie—. Es más ingenuo que un bebé. Y ella no nos deja solos ni un minuto, así que él no tiene oportunidad de averiguarlo por sí mismo.

El granjero se rascó la cabeza con más ansias que antes. Era difícil dudar de Rosie al ver su cara empapada de lágrimas. Por otra parte, parecía imposible que un puerco supiera tanto y un muchacho, tan poco. Pero en ese momento Mary llegó trotando entre los arbustos, con el semblante egoísta embarrado de jugo de zarzamora.

—¿Este es tu puerco? —preguntó el granjero.

—Bueno, sólo la traje a caminar.

El astuto granjero notó de inmediato la mirada que el insolente puerco le lanzó a Rosie cuando escuchó la frase “tu puerco”. Aunado al nervioso desconcierto de Rosie. el hombre se convenció de que la historia que acababa de escuchar estaba bien fundamentada.

—¿La trajiste a caminar? —dijo él, contemplativo—. ¡Pero mira nada más! Si mañana vienes a la misma hora, me encontrarás dando un paseo con varios amigos míos, jóvenes y muy queridos, y parecidos a ella. Podría unírsenos. Son dos marranas, preciosas, aunque tal vez no tan preciosas como ésta, y tres jabalíes en la flor de su salud y juventud. Quizá no debería decirlo, pero uno de ellos está soltero. Es un príncipe. ¡Ah, qué hermoso es ese joven jabalí!

—¿No me diga? —dijo Rosie.

—Es un príncipe tanto en apariencia como en pedigrí. La cosa es que cumplen años y los llevaré al pueblo para celebrar.

Pero supongo que esta joven tendrá algún otro compromiso mañana.

—Tiene que tomar la siesta a esa hora —respondió Rosie, ignorando el gruñido enojón de Mary.

—¡Qué lástima! Hubiera sido el alma de la fiesta. ¡Se van a divertir tanto! ¡Y los tentempiés que habrá! Manzanas, pasteles, galletas, una cubeta llena de helado. Todo de la mejor calidad, claro, pero en abundancia. Y no es exageración…, ¡es abundancia de verdad! Y ese joven jabalí…, ¡es que no te lo imaginas! Si ella anduviera caminando por aquí…

—Me temo que no.

—¡Es una pena! En fin, me tengo que ir.

Dicho eso. se quitó el sombrero para darle las buenas tardes a Mary, quien lo siguió con la mirada un rato y después caminó enfurruñada hacia la casa, balbuceando cosas durante el camino.

A la tarde siguiente, Mary se veía ansiosa por recostarse en su litera y, por primera vez. en lugar de requerir las numerosas atenciones de Rosie, cerró los ojos y durmió. Rosie aprovechó para tomar una cubeta e ir a comprar una ración de leche fresca. Cuando regresó, Fred seguía practicando junto al camino, así que Rosie fue hacia la parte trasera de la caravana, donde encontró la puerta abierta de par en par y la litera vacía.

Llamó a Fred. Buscaron por doquier y recorrieron los caminos con miedo de que un auto hubiera atropellado a Mary. Se adentraron en el bosque y la llamaron, con la esperanza de que se hubiera quedado dormida bajo un árbol. Buscaron junto a los estanques y en las zanjas, detrás de los pajares, debajo de los puentes, en cualquier rincón posible. Rosie recordó la charla con el granjero, pero no le quiso decir nada a Fred.

Gritaron su nombre una y otra vez toda la noche, sin siquiera parar para descansar. También la buscaron al día siguiente. Cuando oscureció, Fred perdió las esperanzas, así que volvieron desganados a la caravana.

Fred se sentó en la litera y apoyó la cabeza en una mano.

—Nunca la volveré a ver—declaró—. La hicieron chicharrón, seguramente. Cuando pienso en los planes que tenía para ella…, ¡y cuando pienso en lo que has hecho por ella! Y lo que ha significado para ti. Sé que tenía sus defectos, pero era parte de ser artista. Era temperamental. Eso pasa cuando tienes talento. ¡Y ahora se ha ido! —Dicho eso. estalló en llanto.

—Ay, Fred, ¡no!, ¡no! —De repente, Rosie se dio cuenta de que lo amaba muchísimo, mucho más que nunca. Se sentó junto a él y lo abrazó—. Querido Fred. ¡no llores!

—Ha sido difícil para ti, lo sé. Nunca quise que así fuera.

—Tranquilo, tranquilo. —Le dio un beso, y luego otro. Había pasado mucho tiempo desde que habían estado así de cerca. No había nadie más que ellos dentro de la caravana, salvo por la lamparita y la oscuridad que los rodeaba; y Rosie envolvió su dolor con besos.

—No me sueltes. Lo hace más llevadero.

—No te soltaré.

—Rosie, siento… ¿Sabes cómo me siento?

—Lo sé. No hables.

—Rosie —volvió a decir Fred después de un rato—, ¿Quién lo hubiera pensado?

—En efecto, ¿quién lo hubiera pensado?

—¿Por qué no me dijiste?

—¿Cómo podría habértelo dicho?

—Ya sabes. Tal vez nunca nos hubiéramos enterado. ¡Nunca! Si no se hubiera ¡do.

—No hables de ella.

—No lo puedo evitar. Aunque sea mórbido, no lo puedo evitar… Me da gusto que ya no esté. Vale la pena. Ganaré lo suficiente como acróbata. También haré escobas. Y ollas y sartenes

—¡Sí! ¡Pero mira! Ya es de mañana Me imagino que estás cansado, Fred…, por correr de arriba abajo todo el día de ayer. Acuéstate e iré al pueblo para traerte algo de desayunar.

—De acuerdo. Y yo iré por el tuyo mañana.

Así que Rosie fue al pueblo y compró leche, pan y demás. Cuando pasó por la carnicería, vio unas salchichas de puerco recién hechas, rollizas y apetitosas. Compró algunas, y resultó que olían de maravilla mientras las cocinaba.

—Esto es algo que no podíamos tener con ella —dijo Fred mientras se terminaba su plato—. Nunca comimos salchichas de puerco por consideración hacia sus sentimientos. Nunca pensé que llegaría el día en que me diera gusto que se hubiera ido. Sólo espero que esté con alguien que la aprecie.

—Seguro que sí. Come más.

—Lo haré. No sé si es la novedad o cómo las cocinaste o qué, pero nunca había comido unas salchichas más deliciosas. Si nos hubiéramos ido a Londres con ella, ni en los mejores hoteles habríamos probado salchichas tan exquisitas como éstas.

NO HAY PEOR INFIERNO QUE UN DEMONIO DESPECHADO

Tan pronto Einstein declaró que el espacio era finito, el costo de los sitios de construcción, tanto en el cielo como en el infierno, se disparó de forma escandalosa. Algunos demonios mezquinos, quienes habían vivido en la cómoda miseria de las provincias infernales más remotas, fueron desalojados de sus tristes chozas, y además carecían de los medios para comprar nuevos terrenos tras la subida de los precios. No tuvieron más opción que emigrar, así que se dispersaron por los distintos planetas habitables de nuestro universo; uno de ellos llegó a Londres en octubre del año pasado, cerca de la medianoche.

Algunos ángeles que se hallaban en la misma situación tomaron medidas similares, y, por mera coincidencia, uno de ellos bajó del cielo a la misma hora y al mismo suburbio del norte de la capital.

Los seres de esta orden, al adoptar la apariencia de un humano, tienen el privilegio de elegir el sexo que asumirán. En vista de eso y, dado que tanto los ángeles como los demonios saben cómo funciona el mundo, ambos decidieron transformarse en mujeres jóvenes de unos veintiún años. El demonio, en cuanto tocó la tierra, se convirtió en Bella Kimberly, una chica de cabello castaño, y el ángel se convirtió en la igualmente hermosa y rubia Eva Anderson.

Por los límites de su propia naturaleza, es imposible que un ángel reconozca la maldad con tan sólo verla, como es igual de inverosímil que un demonio conciba la existencia de la virtud angelical. De hecho, durante la reunión en la que coincidieron, que se llevó a cabo en Lowndes Crescent, St. John's Wood, el ángel, en su infinita inocencia, se sintió atraído hacia la enorme fuerza e intensidad de la naturaleza diabólica, mientras que el demonio experimentó ese delicioso interés que uno siente al percibir el aroma de una chuleta de cordero sobre la parrilla.

Las dos chicas se abordaron, y cada una le preguntó a la otra si

conocía una casa de huéspedes en el vecindario. Primero rieron a carcajadas al darse cuenta de que compartían la misma necesidad, y luego decidieron compartir cuarto y destino. Bella sugirió que quizás era demasiado tarde para hacer una solicitud formal de alojamiento, así que pasaron la noche de paseo por Hampstead Heath, conversando sobre cómo se ganarían la vida, sobre cómo se divertirían juntas, y luego sobre el amor y el desayuno, esta última una transición bastante natural.

Comieron huevos pechados en el pequeño local de Express Dairy en Heath Street y luego encontraron un cuarto agradable en el tercer piso de una casona en Upper Park Road. Después salieron en busca de empleo. Bella pronto encontró un trabajo como instructora de baile, y Eva. con algo más de dificultad, consiguió un puesto como arpista en una orquesta de mujeres.

Una vez establecidas, comenzaron a divertirse como lo hacen las chicas, parloteando y riendo a todas horas. Es cierto que algunas de las cosas que Bella decía hacían que Eva se sonrojara desde la coronilla hasta la planta de los pies, pero se había encariñado con su oscura amiga, y su humor atrevido le parecía irresistible. Hicieron una distribución amistosa de los cajones y decidieron compartir la misma cama, algo que a nadie le pareció extraordinario, como tampoco les hubiera resultado extraño de haberlas conocido en su forma natural, pues nada es más común que encontrar a un ángel y a un demonio entre las mismas sábanas. De lo contrario, la vida sería endiabladamente aburrida para algunos de nosotros.

Resulta que en esa casa de huéspedes vivía un joven apenas mayor que Bella y Eva, que estudiaba para ser arquitecto y que nunca había conocido el amor ni nada que se le pareciera. Su nombre era Harry Pettigrew, y su cabellera castaña era de un tono intermedio, ni muy oscura ni muy clara.

Tenía poco dinero, y su cuarto se ubicaba en el último piso, pero no tanto más arriba de la habitación que ocupaban las dos chicas como para no escuchar sus deliciosas risillas a esa hora de la noche en la que se suponía que debía estar estudiando. Ansiaba bajar y tocar a su puerta para preguntarles cuál había sido la broma, pero era demasiado tímido.

Sin embargo, cuando tres personas jóvenes viven bajo el mismo techo, no pasa mucho tiempo antes de que se conozcan. En una ocasión, Bella olvidó cerrar la puerta del baño, lo cual quizá se debió a que en el infierno no hay baños, por lo que tampoco hay puertas para cerrarlos.

Era domingo. El joven bajó en bata para darse su remojón matutino, y hubo un pequeño y delicioso contratiempo en el que, por fortuna, no logró ver más de lo que cualquier joven decente querría

ver. De cualquier modo, se retiró un poco confundido, puesto que no estaba familiarizado con los deseos de las mujeres jóvenes y decentes. Su confusión fue tal que no logró contar siquiera los escalones ni los rellanos, y, al abrir una puerta pensando que era la de su habitación, descubrió a Eva en la tercera posición del ejercicio de Midler para el abdomen, vestida igual que como su contraparte bíblica llegó al mundo.

Ahora bien, como es sabido por cualquier hombre, los ángeles a veces son, en virtud de su propia inocencia o de la simplicidad de su atuendo celestial, mucho menos modestos que los alborotadores de su oscura hermandad. Deprisa, pero sin entrar en pánico, Eva se cubrió los hombros con un chal.

—Te ves un poco alterado —observó ella— No hay motivos para preocuparse. ¿Se te ofrecía algo?

—No… —respondió él—. A mí, no. De hecho, entré por error. Gracias por no gritar ni enojarte conmigo.

Intercambiaron un par de cortesías más y, finalmente, Harry se armó de valor y propuso que dieran un paseo por el parque Heath. Antes de que Eva pudiera responder, Bella entró en la habitación y, sin notar que él se encontraba ahí, soltó una risita.

—¿Qué crees que me acaba de pasar? —Al verlo, su risa se transformó en confusión.

Esto le robó un poco de exquisita naturalidad al otro encuentro, algo que Harry no apreció tanto como hubiera querido, de haber sabido hacia qué lado, y de qué lado, lo estaban tratando de seducir. El hecho es que, cuando un hombre joven ve a un ángel y a un demonio, ambos convertidos en mujeres, y viviendo en las mismas circunstancias, cincuenta o cincuenta y cinco veces de cien, elegirá al ángel, si es un caballero… y si tiene el tiempo suficiente.

Así pues, cuando los tres estaban en Hampstead Heath esa tarde, Harry se dirigió a Bella con palabras muy agradables, pero sólo con palabras, mientras que a Eva le lanzaba ciertas miradas. Bella no tardó mucho en entender lo que sucedía ahí. Ella ansiaba pasar un largo rato en pecado mortal con ese atractivo joven, para luego llevarse su alma al infierno. El alma de un arquitecto, sobre todo si tiene fuertes tendencias palladianas, vale por lo menos lo mismo que una hermosa villa, con jardines bien distribuidos a lo largo de poco más de una hectárea, en la zona residencial más codiciada del infierno. Es fácil imaginarse la preocupación que sentía ese demonio indigente, la cual podría equipararse con la furia de una mujer engañada, dado que ambas emociones residían en la misma anatomía.

Día con día veía que Harry se encariñaba más con su compañera rubia, así que se le ocurrió la idea de añadir a la ecuación a un cuarto en discordia, un joven casi tan castaño como ella, a quien había

conocido en el salón de baile y con quien ya estaba bastante familiarizada.

Bella le insinuó que Eva probablemente heredaría una gran cantidad de dinero. Esto, sumado a sus rizos rubios y aire inocente, fue más que suficiente para el Rodolfo Valentino del salón de baile, quien sólo pidió una oportunidad para conocerla.

—No sirve de nada secuestrarla como el jeque de la película de George Melford —aseveró Bella— puesto que ya está loca por Harry Pettigrew, quien: para fines prácticos, debería ser mi novio. Lo que debes hacer es sembrarle a él la idea de que tú y ella son supercercanos. Eso lo hará marcharse de inmediato, si conozco bien a su señoría.

Cabe señalar que Bella usó palabras sumamente vulgares, lo cual es una deficiencia muy común entre los demonios.

Su compañero de baile, a quien había introducido al mundo de los celos, muy pronto encontró la manera de hacer lo mismo con Harry. Por ejemplo, un domingo en el que los cuatro caminaban bajo la sombra selvática de Kenwood. dejó que Bella se quedara atrás con Harry por algún pretexto u otro, y, cuando Eva y él se adelantaron una o dos curvas por el camino sinuoso, puso el brazo detrás de la espalda de ella, sin tocarla en lo más mínimo (de lo contrario la reprimenda hubiera sido severa), pero de tal manera que, cuando Harry doblara la curva, lo viera retirar el brazo de forma precipitada, pensando que éste había estado abrazando la permisiva cintura de Eva.

Y eso no fue todo. Un par de veces hizo un movimiento repentino y fingió estar nervioso cuando Harry entró a una habitación en la que Eva y él se habían quedado a solas, gracias a las acciones de su cómplice. Incluso era capaz de imitar el sonido de un beso con sus labios perjuros en cuanto escuchaba a su rival pararse afuera de la puerta. En una ocasión, Bella se fue de fin de semana, y el joven llegó al extremo de lanzar un calcetín a la ventana de Eva para que Harry lo encontrara en el cuarto.

Y esa fue la gota que derramó el vaso. Harry, tras regresar de una caminata con Eva, se abrumó tanto al ver el calcetín que ya no aguantó sufrir más tiempo en silencio; sin embargo, primero que nada, preguntó (podría decirse que un poco a la ligera) de quién podría ser ese calcetín y al poco rato explotó con el cúmulo de sospechas que había albergado durante las últimas semanas. En ese momento experimentó el placer infinito de escuchar a Eva negarlas con franqueza, énfasis, claridad y, sobre todo, una cualidad angelical.

Entonces sobrevino una escena hermosa en la que descubrieron que su amor era producto de la naturaleza de la perfección. De hecho, el único atributo que faltaba era la integridad, algo que muchos de los filósofos antiguos, varios padres de la Iglesia y todos los amantes

jóvenes consideran esencial para la perfección. En la naturaleza del hombre está perseguir la perfección, y en la de los ángeles está obtenerla. Los miembros de nuestra joven pareja le hacían honor a su especie, por lo que, luego de una discusión amistosa, acordaron que se esforzarían por alcanzar la perfección en la habitación de Eva esa misma noche, cuando el resto de los huéspedes se hubiera ido a dormir. Si la perfección misma no es suficiente para los censores, a ellos se les recuerda que en el cielo no existen el matrimonio ni el compromiso nupcial, mucho menos entre estudiantes de arquitectura.

Sucedió que Bella había regresado esa misma tarde y se reunió con su cómplice para idear un ingenioso plan mediante el cual ambos pudieran lograr sus impacientes fines. Al final, aceptaron el plan más intrépido de todos. Bella visitaría a Harry en su recámara esa noche, y el bailarín de pelo castaño interpretaría el papel de rey en la habitación de Eva.

Esa noche, en punto de las doce, se reunieron en Hampstead. La noche era negra como la brea, y no había luna, sólo una bruma que cubría las estrellas: no había luces encendidas en los cuartos del resto de los inquilinos, puesto que todos dormían; no había luz en la recámara de Harry, porque él no se encontraba ahí; ni tampoco había luz en la de Eva. porque Harry había ¡do de visita.

En su ignorancia. Bella subió al último piso, notó la ausencia de Harry y se metió en su cama para sorprenderlo en cuanto regresara.

El bailarín hizo su entrada más adelante, subió a tientas por las escaleras y, deteniéndose afuera de la puerta de Eva, escuchó un murmuro adentro, que no era más que nuestra joven pareja expresándose mutuamente su inmensa admiración por la perfección de la perfección. Concluyó que aún le faltaba un piso, así que ascendió, abrió la puerta del cuarto de Harry y, sin encender la luz, agarró a la expectante Bella que. fascinada por su entusiasmo, dio la batalla por perdida de forma muy convincente.

Transcurrieron varias horas, durante las cuales los buenos disfrutaron la felicidad que es la recompensa de la virtud; y los malvados, esa ilusión de felicidad con la que el vicio los consuela.

Con el primer destello del amanecer, nuestro querido Harry enunció un bello discurso de agradecimiento a su hechicera, en el cual le dijo que era un ángel que lo había transportado al mismísimo cielo.

Por su parte. Bella y su compañero se maldijeron con más pasión que gracia Sin embargo, eran lo bastante realistas como para aceptar que una buena ilusión es mejor que nada y decidieron perpetuar su error, buscándolo en una eternidad de oscuridades, aunque me parece que no tuvieron mucho éxito.

SI LO DICEN LAS CARTAS

El sistema Vascal es el método científico más confiable Y actualizado para predecir el futuro por medio de una baraja. Si bien es cierto que el operador no puede predecir su propio futuro, los otros métodos comparten esa misma desventaja, y, en cualquier otro ámbito, los éxitos del sistema Vascal han sido prodigiosos.

Un día, una esposa que estudiaba el sistema Vascal en su tiempo libre le barajó las cartas a su esposo en la mesa durante el desayuno. Le reveló entonces que se vería involucrado en un choque desafortunado y que, como mínimo, sufriría una fuerte conmoción si por algún motivo volvía a casa entre las tres y las cinco de la tarde. A partir de entonces, el esposo le pide con frecuencia que le lea las cartas, y nunca vuelve a casa antes de la hora que ella le dice que es propicia, de modo que ha sido casi la única persona en la cuadra que no ha sufrido accidentes durante el periodo en cuestión.

Una jovencita, receptora del diploma A. Vascal, pudo advertirle a su hermanita menor que esa noche perdería algo que había poseído toda la vida a manos de un hombre alto y moreno, pero que. aunque al principio le afectaría, al final derivaría en felicidad y satisfacción duraderas. Tal y como lo predijo, esa noche su hermana salió en una cita a ciegas con tanta prisa que olvidó cerrar la puerta de la casa. Un ladrón artero se metió a la casa y robó el collar de perlas que le regalaron cuando era niña, el cual era bastante cursi en realidad, y por fortuna la hermanita pudo sacarle a la aseguradora tres veces el valor del collar, con lo cual se compró el mismo broche de brillantes que llamó la atención del señor Jerry Horrabin. quien ahora es su futuro esposo.

El señor Brewster, quien apenas iba a la mitad del curso Vascal, le leyó las cartas a su esposa y le dijo que sería un error insistir en ir al teatro esa noche, pues el espectáculo sería un fiasco. La mujer insistió, y el espectáculo fue un fiasco.

Convencida por éstos y otros testimonios provistos por usuarios

reales, Myra Wilkins decidió que lo mejor que podía hacer era inscribirse al curso. Tenía grandes planes y quería jugar bien sus cartas. Pensaba que. tarde o temprano, entre los muchachos que gravitarían hacia su consultorio, encontraría alguno cuyo futuro incluyera la llegada próxima de una enorme fortuna, proveniente de una fuente insospechada No tenía intención de incordiar al muchacho con esas noticias, sino que en vez de eso le advertiría que se cuidara de cualquier reina de corazones o de diamantes que intentara seducirlo, y con sutileza lo guiaría a casarse con una espada de alto grado, como Myra. que era morena.

Se graduó con honores y puso su consultorio en un cuchitril sombrío en la calle Cuarenta y Tantos Oeste, justo arriba del local de una instructora de baile a la que conocía. Supuso que los jóvenes que de pronto decidieran tomar clases de baile estarían ansiosos de conocer su futuro, y esperaba con eso ir forjando una cartera de clientes.

Myra no tenía mucho dinero, pero se lo gastó todo en decorar el cuchitril con una cortina de cuentas, bolas de cristal, imágenes de Suda y ese tipo de imposturas para crear una atmósfera que convenciera a los visitantes. Luego puso una tarifa muy baja para que llegara gente de toda índole y aumentaran sus probabilidades de encontrar a un futuro millonario.

Revolvió y barajeó las cartas grasientas, y a incontables jóvenes insignificantes les predijo detalles de un futuro tan nimio como su pasado, que algún día también sería pasado. En cuanto a la fortuna inminente, su negocio era como un juego de solitario que nunca se terminaba. La riqueza futura promedio de sus clientes era como de un dos de diamantes, y el trabajo y las angustias se cernían sobre ella como un arcano.

Los meses se convirtieron en años, y el polvo se acumuló en las bolas de cristal y las estatuillas de Suda. A Myra sólo le quedaban sus sueños de riqueza, los cuales, como una vieja navaja, mantenía afilados con agudeza. Finalmente, una noche, cuando las sombras estaban en su punto más álgido, las escaleras crujieron bajo el peso de un visitante rollizo, el cual intentó entrar de frente por la cortina de cuentas que daba paso a la alcoba.

El nuevo cliente era muy feo, y una adivinadora más próspera seguramente le habría dicho que volviera al zoológico. Myra, en cambio, no podía darse el lujo de rechazar ese dólar, así que, fatigada, sacó su baraja. El dos de bastos apareció con suficiente frecuencia en un contexto que le daba el significado del bastón de cobre. Vislumbró que el tipo corría el riesgo de visitar un edificio grande, lleno de hombres con vestimentas extrañas, pero influencias vagas parecían indicar que dicha necesidad se pospondría.

De pronto, Myra tuvo que apretar los labios para contener el grito que le subió por la garganta. Era como si el futuro del hombre, oscuro como un rey caníbal, le hubiera sonreído y dejado entrever su dentadura de oro. Vascal declaraba sin lugar a dudas que ese joven recibiría una fortuna sustancial tras la muerte de alguien muy cercano.

—¿Tienes gente cercana? —le preguntó—. Es decir, ¿tienes parientes… que sean pudientes?

—No —contestó el hombre— A menos que el tío Joe haya escondido algo antes de que lo agarraran.

"Eso debe ser", pensó ella.

—Bueno —dijo—, no importa. No hay indicios de que tu tío vaya a dejarte nada. Esta carta indica que tendrás problemas financieros. Ésta de acá significa que te traicionará una rubia. Aquí se ve que te van a golpear. Y no sé qué están haciendo estos dos uniformados.

Siguió balbuceando y tirando las cartas, mientras su mente trabajaba como un circo de tres pistas. En una pista estaba la historia que le estaba contando al visitante; en la segunda, la lectura del verdadero futuro que se iba desplegando; en la tercera, se preguntaba qué podía hacer al respecto.

Miró de reojo una vez más al cliente repulsivo. Por lo visto, su fortuna sería de más de un millón, pero el visitante tenía una apariencia más simiesca que humana. Myra no esperaba encontrar el amor, pero hay cosas que hacen dudar a cualquier muchacha decente, y él era una de ellas.

Mientras ponderaba, seguía tirando cartas como un autómata. De repente, le brillaron los ojos. Observó la fortuna más de cerca. Sus problemas se habían terminado. Las cartas indicaban inequívocamente que su cliente moriría de forma violenta unos cuantos meses después de heredar el dinero. Y eso lo convertía en un soltero codiciado. Por ende. Myra dio comienzo a las maniobras.

—Al parecer—le dijo—, estás en una encrucijada. Un camino lleva a la miseria, la pobreza, la enfermedad, la desesperanza, la cárcel…

—Tomaré el otro entonces —contestó el joven.

—Se ve que eres un hombre muy juicioso —aseveró Myra—. Pero déjame decirte que no será nada fácil. El otro camino, el cual lleva a la riqueza y la felicidad, sólo se puede transitar de la mano de una buena mujer. ¿Conoces alguna buena mujer?

—¡Ah. demonios! —exclamó el cliente, acongojado.

—¡Qué pena! —dijo Myra—, Además, si fuera una morena de buen ver y usara zapatos talla cinco, bastaría con que te casaras con ella para que fueras rico por siempre. Muy rico. Mira, aquí está. Dinero, dinero, dinero… proveniente de una persona muy cercana. O sea. si te casas con esa muchacha. Mira, en esta carta se puede ver que estás en

el Waldorf. Y aquí estás en Palm Beach. Y aquí, en Saratoga. ¡Dios! ¡Qué buena suerte!

—Dime una cosa —intervino el cliente—, ¿qué talla de zapato usas?

—Eh, bueno —respondió Myra con una sonrisita—, si me esfuerzo puedo meter el pie en un zapato de talla cuatro, pero en general…

—Mira, muñeca —la interrumpió y la tomó de la mano—, somos tú y yo. Así nada más. ¿Ves? —Dicho eso, le tendió la otra mano con los dedos cruzados, en señal de dicha conyugal.

Mary disimuló su repulsión. “Cuando el tipo muera”, pensó para sus adentros, “tendré un millón y podré conseguirme una estrella de cine para olvidarme de todo esto."

Poco después se casaron y se asentaron en una casucha en un barrio decrépito de Long Island. Al parecer, Lew tenía razones de peso para vivir discretamente aislado del mundo. Myra se trasladaba largas distancias al trabajo y empezó a trabajar más duro que nunca en la adivinación para mantenerlos a ambos hasta que la muerte los separara y ella se convirtiera en una viuda millonada.

Pasó el tiempo y la fortuna siguió sin materializarse, y Myra empezó a resentirse con su marido simiesco, cuya mente atrofiada era tan impaciente como la de un niño y empezaba a sospechar que había sido embaucado por su mujer. Además, era un poco sádico.

—Tal vez no eras la mujer adecuada —le decía mientras la pellizcaba y le dejaba moretones—. Tal vez no eres talla cinco. Se me hace que eres talla seis. Dame el divorcio para que me busque otra morena. El dinero nomás no llega, y tú estás toda llena de moretones. Y no me gustan las mujeres amoratadas. Ándale, dame el divorcio.

—Nunca —contestaba ella—. Los matrimonios son para siempre.

Entonces peleaban, pues él aseguraba tener evidencia que demostraba lo contrario. Al final, Lew se enredaba en sus propios argumentos idiotas y la aventaba al piso mientras la maldecía. Luego se iba al patio trasero y cavaba un agujero grande y profundo, lo miraba largo rato y al final volvía a llenarlo de tierra.

Esa situación duró varios meses, y hasta Myra misma empezó a preguntarse si el sistema Vascal había fallado.

—¿Y si nunca llega el dinero? Seguiré siendo la señora de King Kong. además de que seguiré manteniéndolo. Quizás el divorcio no sea tan mala idea.

Aquellas ideas derrotistas se le metieron en la cabeza una noche de invierno mientras caminaba a casa desde la estación del ferry. Al cruzar el patio oscuro de la casucha. se tropezó y cayó en otro de los agujeros enormes que cavaba su marido idiota.

“Ya no puedo más”, pensó.

Al entrar a la precaria cocineta, Lew la saludó con una sonrisa inusual.

—Hola, hermosa. ¿Cómo está mi adorada esposa esta noche?

—No me vengas con falsas lisonjas. Ni tampoco me digas esposa. No sé qué mosco te picó, gorilón, pero ya tomé una decisión. Te daré el divorcio en este instante.

—No digas eso, cariño —contestó él—. Eran puras bromas. Jamás me divorciaría de ti, ni por todo el dinero del mundo.

—Tal vez no, pero yo sí me divorciaré de ti. Cuanto antes.

—Necesitarías tener buenos motivos para hacerlo —señaló su marido, con el ceño fruncido.

—Claro que los tengo —dijo ella—. Cuando le muestre al juez todos estos moretones, me dará el divorcio de inmediato. Estoy segura.

—Escucha —la interrumpió—. Mira esta carta que te llegó. Tal vez esto te haga cambiar de opinión.

—¿Por qué abriste mi correspondencia? —preguntó Myra.

—Para ver qué traía adentro —contestó él con absoluta ingenuidad —. Ándale, léela.

—El tío Ezra —leyó Myra. con los ojos puestos en el papel— ¡me dejó millón y medio de dólares! ¡Sólo para mí! ¡Caray, supongo que el anciano no era tan tonto! Pero entonces las cartas se equivocaron, porque se suponía que el que recibiría el dinero serías tú.

—No importa —dijo Lew mientras le acariciaba la nuca—. Como marido y mujer somos uno mismo, ¿cierto?

—No por mucho tiempo —anunció Myra con voz triunfal—. ¡Ahora soy rica! ¡Soy libre! O al menos lo seré.

—¿Y qué será de mí? —preguntó el marido.

—Trépate a un árbol si quieres —contestó Myra—, O vuelve al zoológico del que saliste.

—Supuse que dirías algo así —confesó él y la agarró con fuerza del cuello—, Y sé que me estafaste el día que te conocí. Pero bueno, antes de que vuelvas a hacerlo, las cartas me harán justicia. ¿No dijiste que me haría rico tras la muerte de alguien cercano? Supongo entonces que tenían razón.

Myra se quedó sin aliento. Ya nunca podría dar testimonio de la fiabilidad del sistema Vascal ni advertirle a su marido de la muerte violenta y repentina que le esperaba.

LA INVISIBLE ENCANTADORA DE PALOMAS DE STRATHPHEEN ISLAND

Volví al Hotel Doyle, en Ballymalley, Connemara, y desempaqué las maletas en un cuarto que olía a salmuera y toallas húmedas. Había un montoncito de arena en la rejilla que se había desprendido de los zapatos de alguien más. Afuera, había viento y dunas, y el mar estaba picado. Abajo, el bar.

Doyle estaba atrás de la barra, hablando de las maravillas de Strathpheen Island

—Ahí —le dijo a su interlocutor—, ahí está el caballero que puede contarle con lujo de detalle por qué este lugar es una de las maravillas del mundo para la observación de aves marinas y sus lugares de apareamiento.

—No lo dudo —le contesté.

—Un hombre originario de Estados Unidos —me explicó Doyle y señaló al forastero—. Ha estado recorriendo la isla y llorando en las tumbas de sus ancestros.

El estadounidense me estrechó la mano con fuerza.

—Thomas P. Rymer, para servirle —dijo—. Quiero decirle una cosa, señor. Este es el tipo de lugar sobre el que uno lee en libros de cuentos. Es difícil creer que en realidad existe.

—Yo también soy sólo un visitante —contesté— Es un rincón romántico, sin duda.

—Ah, no hablemos de romance —dijo—. Soy lo que algunos llamarían un empresario empedernido, pero en esta vieja isla esmeralda he descubierto el verdadero romance. Pero no me refiero a algo inmoral, por supuesto. No me malinterprete.

—¿La señora Rymer vino con usted?

—No, señor. Lamento informarle que no hay una señora Rymer. Pero no vaya a creer que soy un sentimentalista o un idealista. pues cualquier hombre que trabaje en mi industria será muy quisquilloso

con su noción de refinamiento femenino. Es indispensable. Prendas íntimas como fajas, corsés, sostenes… Y, bueno, no es el único nivel de perfección que mis ojos han gozado, ¿me explico?

—Pues eso no lo encontrará en Strathpheen Island —argumenté—. En fin, ¿por qué no vamos juntos? Aquí nos prestan equipo, y el viejo Danny puede ayudarnos con el bote. Y Doyle nos preparará algo de almorzar.

—¡Qué idea tan extraordinaria! —contestó.

—¡Genial! —dije—. Nos vemos mañana entonces, si el clima lo permite.

Y lo permitió. El mar estaba tan apacible como un espejo de agua y tan azul como un ramo de hortensias. No tardamos en levar anclas en el bote de madera destartalado y emprendimos el viaje de casi cinco kilómetros hasta la isla. Rymer estaba encantado.

—Para mí, como empresario, esto parece como si *El hombre de Aran* hubiera invadido la serie documental *The March of Time*. ¡Caray! ¡Mire esas rocas! ¡Mire ese color! ¡Mire esas aves!

Planeaban por los cielos. El cielo azul se llenaba de aleteos y graznidos.

—Venga a tierra firme —le pedí—. Esto es sólo el botón de muestra.

—Deme un minuto —contestó Rymer, quien seguía de pie en la playa—. Estoy intentando escuchar lo que este islote fantástico me está comunicando. No vaya a creer que soy poético, pero si acaso hubiera un lugar donde la atmósfera concentrada y el romance parecieran tener la intención de comunicarme un mensaje especial, sería éste. ¿De casualidad la isla está a la venta?

—No lo creo —respondí— De hecho, sé que no lo está.

—Qué mala noticia. En fin, no importa. Tal vez fue sólo una sensación pasajera. ¿Alguna vez ha sentido como que se ha perdido de algo importante toda la vida? ¿Como que quiere salir al mundo, huir…? No sé. Sigamos.

Nos abrimos paso entre helechos y campánulas, donde encontramos nidos con huevos de charranes adonde volteáramos, así fuera en las laderas de las colinas o en terreno plano. Al llegar a nuestro destino, estábamos listos para almorzar.

Cuando estábamos por terminar. Rymer avistó algo por encima de mi hombro, se quedó callado a media oración y clavó la mirada en ello.

—¿Qué es? —pregunté y me volteé.

—¿Qué clase de aves ignotas son esas? —preguntó—. ¿Qué están haciendo?

—Ah, el caballero se refiere a las palomas de esta isla —intervino

el viejo Danny—. Es un tipo de pájaro muy sorprendente, la verdad.

—Sin duda alguna —dije, pues había cinco palomas blancas volando juntas por el aire; cuatro de ellas planeaban y caían en picada y volvían a ascender, mientras que la quinta sobrevolaba por encima, más como un halcón que como una paloma, y siempre se mantenía en el medio.

—Y ahora les explicaré por qué —intervino Danny—. Es por una vieja finca, cuyos muros hasta la fecha siguen en pie, apenas después de aquella loma. He oído historias de que la esposa del granjero era la que criaba toda clase de palomas, ya fueran blancas, con cola de abanico, con patas peludas o de esas que se tambalean en el aire. Pero los señores ya se murieron, la casa quedó en ruinas, no hay otra granja en la isla y los pájaros que quedaron se mezclaron con las palomas silvestres de estos lares, así que muchas veces salen palomas blancas y alguna que otra que vuela raro.

—¡Qué fascinante! —dije.

Rymer me tomó del brazo.

—No vaya a pensar que estoy loco. pero… pero… estoy familiarizado con las medidas. Es a lo que me dedico. Y, aunque no la veamos, hay una encantadora de palomas entre esas aves.

—¿Encantadora de palomas? —preguntó Danny—. ¿Y qué es una encantadora de palomas? —Le hablé entonces de la Feria Mundial y el símbolo culminante de la paz y la libertad—. Aviéntele a esa la piedrita que trae en la mano, su señoría. Haga que la zorra vuele más alto.

—¡No se atreva! —gritó Rymer—. ¿Acaso no tiene respeto por nada?

—Tiene razón —contestó Danny—. Pensé que podría ser una bruja, señor. ¡Que los santos nos protejan!

—¡Ochenta y seis centímetros y fracción! —dijo Rymer.

—¿Qué tiene ochenta y seis centímetros? —pregunté.

—Esas caderas —respondió—. Noventa, sesenta, noventa…, por ahí va. ¡Dios! ¡Es perfección pura!

—Escuche —le dije—, creo que se ha insolado un poco. Aquí no hay más que palomas.

—Mírelas volar —contestó—. Ahora estoy en el corsé y la orilla de la faja. Y mire que tengo buen ojo para las medidas, ¿eh? He ido a la Feria Mundial y sé identificar a una encantadora de palomas cuando la veo. amigo mío. Y hasta cuando no la veo. Seguro que baila como las diosas. ¡Qué encanto! ¡Qué sofisticación! ¡Es la Venus de las encantadoras de palomas! Mire, ahora se están alejando.

—Así es —intervino Danny—. Y en formación, como aviones militares.

—Perdone —dijo Rymer—. No lo puedo dejar pasar. No puedo permitir que esta increíble dama invisible se escape de mi vida.

Dicho eso. se enderezó y empezó a seguir a las palomas, las cuales aceleraron el vuelo. Nosotros dos nos quedamos paralizados por el desconcierto, pero lo vimos tropezarse, caer, ponerse en pie de nuevo y perseguir a las aves con más avidez que antes. Al poco rato, le perdimos el rastro al otro lado de la loma.

—¿Alguna vez había visto algo así? —me preguntó Danny.

—Mire, quizá nuestro amigo pase por debajo del acantilado, así que lo veré desde acá arriba. Usted sígalo por acá, en caso de que se vaya por el otro lado.

Corrí hasta la orilla del acantilado, pero no vi a Rymer por ningún lado. Después de una larga espera, vi a Danny trepar hasta donde yo estaba.

—Se quedó tirado en la maleza —dijo—. Como el viento dejó de soplar, se le quebró el corazón, y no para de repetir números como reverendo que reza el rosario, de medirse las manos como un pescador ni de llorar como un chiquillo. ¿Será un tipo de locura, su señoría, o será que sí alcanzó a ver algo y sólo intentaba verlo en su totalidad?

—Debe de ser el sol —contesté—. Lo mejor sería llevarlo de regreso al hotel.

Bajamos hasta donde Rymer estaba acostado. Lo encontramos en un estado deplorable.

—Estoy derrotado —aseveró—. No fue el acercamiento correcto. ¿Cómo pude correr así hacia ella? ¡Cómo no le iba a causar una mala impresión!

—Vamos al hotel —intervine.

Una vez en el bote, remamos en silencio. Al llegar a tierra firme. Rymer volteó a ver la isla.

—Si tan sólo me hubiera dado una oportunidad… —suspiró—, ¡La oportunidad de explicarme!

—Vaya a su habitación y recuéstese —le sugerí.

—Eso es justo lo que haré —respondió—. No tengo cabeza para nada más.

Se quedó en su habitación el resto del día, y no salió al día siguiente, ni al siguiente. Al tercer día, salí un rato del hotel. Al volver, le pregunté a Doyle si el estadounidense estaba bien.

—Me da pena el pobre diablo, porque se la ha pasado como plañidera sobre una tumba.

Me detuve al pie de las escaleras y puse atención al supuesto llanto.

—No pasa nada —le dije a Doyle al volver al bar—. Está interpretando una canción. “De día y de noche, eres la elegida[7]. Hay

cierto optimismo al final del verso. Me da la impresión de que se está preparando.

Tal y como lo predije, al poco rato oímos sus pisadas en las escaleras. Venía del mejor ánimo posible.

—Hola, colega —nos saludó Rymer—, Sé que he sido un peso muerto los últimos dos o tres días, pero es que esa mujer me dejó sin aliento. ¡Lo juro! Me dejó la mente completamente en blanco. Señor Doyle, quiero pedirle que me ayude a reunir bastones o ramas de mimbre o algo así, y que le pida a Danny que me ayude a construir un armatoste que se me ocurrió. —Le guiñé un ojo cómplice a Doyle, y él anotó los detalles de lo que el estadounidense le solicitó—. ¿Entiende por dónde va? Quiero hacer estas dos jaulas, que están inspiradas en las trampas para aves que solíamos hacer en el Medio Oeste cuando era niño. En la más pequeña pondré maíz hervido porque esa es para las palomas. La grande es para ella.

—¿Qué anzuelo pondrá ahí?

—Al final del día. es una mujer—contestó Rymer—, Será divina, pero sigue siendo una dama. —Dicho eso. sacó un estuche de cuero del bolsillo y, al abrirlo, nos mostró un relojito de muñeca muy elegante, adornado con diamantes—. Lo compré en París —agregó con falsa modestia—. Tenía la intención de regalárselo a una jovencita de Cleveland. Pero tiene noventa y un centímetros de cadera. Aquí, en cambio, ¡tenemos unas medidas de alrededor de noventa, sesenta y noventa! Así que este será el anzuelo, ¿lo ve? La atraerá. Y, cuando lo levante, jalaré la cuerda y tendré a las palomas en una jaula y a ella en otra. Entonces podremos hablar. Nada inmoral, por supuesto. Quiero declararle mi afecto y pedirle que sea la señora de Thomas P. Rymer.

—Pero, si es invisible… —intervine.

—Espere a que la someta a la magia de los estudios Max Factor. Será una especie de trabajo pulido, pero en tecnicolor, ¿sabe? —Luego empezó a canturrear el himno de su país— Amanece: ¿no veis la luz de la aurora…?" No quiero ser antipatriótico; sólo me pareció pertinente. —Sin dejar de cantar, salió al cobertizo, donde se escucharon martillazos durante el resto del día.

A la mañana siguiente, mientras me rasuraba, se me ocurrió asomarme a la ventana y vi el bote que se alejaba de la playa, con Danny en los remos. Rymer en la proa y dos enormes aparatos que se mecían a babor. Lo llamé a gritos: Rymer se despidió con la mano, y siguieron su camino hacia la isla.

Esa noche, casi llegando al hotel, vi el bote encallado en la playa y corrí a buscar a Rymer. Lo encontré sentado en la barra, con un gran vaso de whisky enfrente y una expresión sombría.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—No me pregunte eso —contestó con amargura, pero luego se suavizó—. Está bien, se lo contaré. Me temo que la dama se está burlando de mí, y me irrita mucho.

—¿Qué hizo?

—Le pedí a Danny que me dejara en la isla y que luego se alejara un poco de la costa para no abrumarla. Acomodé las jaulas y las carnadas, me escondí tras una roca y esperé un rato. Luego vi que las aves se acercaban volando y descendiendo en picada a toda prisa. Me pareció un espectáculo extraordinario, salvo por que la vieja paloma del medio estaba aleteando como desesperada para seguirles el paso. Cuando vieron las trampas, bajaron la velocidad. Era obvio que había atraído la atención de la dama.

—Continúe, por favor.

—Bueno, primero entraron a la primera trampa, y la paloma de la esquina superior izquierda descendió y tomó unos granos de maíz para alimentar a las demás.

—¡Qué increíble! —exclamé.

—Luego se fueron a la jaula grande, y la paloma de la derecha entró volando, agarró el reloj con el pico e hizo una especie de danza burlesca con él y, frente a mis propios ojos, lo lanzó por el risco que da al mar. ¿Qué opina de eso?

—¡Qué grosería! —dije.

—¡Fue un acto sumamente desconsiderado! —exclamó y le dio un golpe a la mesa—. Si esa dama cree que puede burlarse de Thomas P. Rymer, entonces… Señor Doyle. otro jaibol, por favor.

—¿Por qué no le da aire y ya? —pregunté.

—Le habría dado el mundo entero —contestó—. Sigo dispuesto a hacerlo. Pero tiene que entrar en razón. Tendré que hacerla entender de algún modo. Sólo necesito tenerla al alcance de mis manos. Señor Doyle, me llevaré una botella de esto a mi habitación porque necesito pensar un poco. Me despido, colega, porque esta noche no seré buena compañía. Esa dama sacó al cavernícola que llevo dentro, por desgracia. No digo que yo sea una especie de jeque, pero esa hechicera irlandesa tiene que aprender que no puede verle la cara a un empresario estadounidense franco. ¡Buenas noches!

Lo escuché caminar de un lado a otro de su habitación buena parte de la noche. Cuando por fin concilié el sueño ya era bastante tarde, y, tras un sueño muy pesado, desperté pasado el mediodía. Al bajar al vestíbulo, busqué a mi amigo.

—¿Qué tal, Doyle? ¿Sabe dónde está el señor Rymer?

—Sólo Dios sabe —contestó—. ¿Acaso no lo escuchó gritar como desesperado poco antes del amanecer?

—¿Qué?

—Me desperté y lo escuché mascullar algo —dijo Doyle—. Luego, soltó un grito: "¡Una licencia matrimonial! ¡Eso la convencerá!" Después de eso guardó absoluto silencio, así que pude volverme a dormir. Esta mañana, cuando bajé, ya se había ido. Su auto ya no estaba. Sólo había una nota en la barra: Vuelvo en unos días".

—Se habrá ido a Galway a conseguir la mentada licencia.

—Es probable —comentó Doyle—. Debe estar muy afligido, sin duda.

Como era de esperarse, días después me despertó el ruido de un auto que llegó al hotel a primera hora del día. Me asomé por la ventana y, a pesar de que aún no salía bien el sol, reconocí la impresionante silueta del enorme descapotable de Rymer. A la hora del desayuno, bajé corriendo las escaleras, pues ansiaba hablar con él.

Me topé a Doyle en el pasillo.

—Ya volvió el señor Rymer. ¿verdad? —pregunté.

—Si —contestó Doyle—, Y volvió a irse.

—¿Se fue? ¿Adonde?

—Supongo que a la isla —dijo Doyle—. Debió conducir toda la noche, y llegando agarró el bote de inmediato. Envié a Danny a pedirle prestado a Murphy su bote de pesca y le dije que remara hasta la isla para velar por la seguridad del desafortunado caballero.

En todo el hotel no había un solo par de binoculares. Esperamos con impaciencia a que Danny volviera remando el bote prestado y sacara ambos botes a la playa. Pero venía solo.

—¿No lo encontraste? —gritó Doyle.

—No estaba por ningún lado —contestó Danny mientras desataba el bote recién remolcado—. Seguro fue una de las brujas tras las que andaba. El hombre se esfumó sin dejar rastro.

—¿No creen que haya caído por un risco? —pregunté.

—Vi a las palomas —contestó Danny, meneando la cabeza—. Vi a las cuatro palomas, sentadas cada una en un arbusto, por ahí por donde las vimos la primera vez. y se veía que estaban afligidas.

—¿Y la quinta? —indagué.

—La pobre palomita estaba tirada en el pasto, en medio de todas las demás —contestó Danny—. Tenía el cuello torcido.

EL LADO ADECUADO

UN joven que se veía muy pálido cruzó el puente de Westminster hasta la mitad y se trepó al pretil. Un caballero de tez morena, varios años más grande que él, con su traje de gala, un clavel rojo, abrigo McFarlane, monóculo y bastón, apareció de la nada y lo agarró del tobillo.

—¡Suélteme, maldita sea! —murmuró el potencial suicida mientras forcejeaba con él.

—Bájate y acompáñame —le advirtió el desconocido—, O el policía que está allá y que viene para acá sin duda alguna te va a arrestar. Finjamos que somos amigos; usted de pronto tuvo ganas de arriesgarse, mientras que a mí me dio temor que te cayeras.

El joven, que ansiaba ahogarse en el Támesis. sentía una profunda aversión por el encarcelamiento. Por ende, bajó del pretil con ayuda del desconocido y, con una sonrisa (pues justo iba pasando el policía), le dijo:

—¡Maldito sea! ¿Por qué se mete donde no lo llaman?

—Ah, querido Philip Westwick —contestó el otro—, ¿cómo no voy a meterme en tus asuntos?

—¿Quién es usted? —gritó el joven con impaciencia—. No lo conozco. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Me vino a la mente hace una media hora —respondió el acompañante—, cuando tomaste la decisión apresurada de quitarte la vida.

—Es imposible —contestó Philip—. Pero me da igual.

—A ustedes, los amorosos, no les sorprende nada, salvo que su amada los quiera y que después se enamore de alguien más.

—¿Cómo sabe que eso es justo lo que me ocurrió? —exclamó el pobre Philip.

—Sé eso y muchas más cosas igual de absurdas —respondió el otro —. ¿Qué me dirías si te recuerdo que hace no más de un mes, cuando

creías estar en el paraíso, aunque en realidad estuvieras en los brazos de Millicent, discerniste el sutil aroma a aburrimiento en su nuca y en el fondo deseaste que se transformara en la morena que sirve té en el Ritz? Ahora, en cambio, estás al borde del suicidio porque Millicent te dejó, mientras que. hasta donde sabemos, la morena sigue sirviendo té en el Ritz. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Creo que no está consciente de que lo que un hombre desea cuando está en brazos de su mujer y lo que desea cuando se trata de alguien más son dos cosas muy distintas —contestó Philip—. Por lo demás, reconozco que su conocimiento de estos detalles es inquietante.

—Es de esperarse —respondió el otro con una sonrisa complaciente que hizo que Philip se diera cuenta de inmediato de que estaba en compañía de ni más ni menos que el diablo mismo.

—¿Qué se trae entre manos? —inquirió mientras retrocedía un poco. El diablo, con una mirada de absoluta benevolencia, le ofreció un cigarrillo—. Supongo que no está adulterado —agregó mientras lo olisqueaba con suspicacia.

—¡Ay! ¿Cómo crees? —contestó el diablo con una risa burlona— ¿Crees que necesitaría recurrir a esas tonterías para controlarte? Tengo la razón de mi lado. ¿Quieres fuego? —Sin esperar respuesta, le tendió el dedo medio y, con la punta en llamas, le encendió el cigarrillo.

—Usted tiene fama de usar la razón a su favor —dijo Philip—. Y en realidad no se me antoja mucho la condena eterna.

—¿Qué otra cosa esperabas si pensabas suicidarte? —le preguntó el diablo.

—Pero si eso no tiene nada de malo —contestó nuestro héroe.

—Tampoco es malo el cachorro que destroza la pantufla de su amo —respondió el diablo—, Pero igual se le castiga.

—No puedo creerlo —dijo Philip, obcecado.

—Ven conmigo entonces —le propuso el diablo y lo llevó a una feria en el barrio de Tottenham Court. Ahí, algunos de los más repugnantes condenados de la tierra se divertían con juegos de azar; otros se asomaban por estereoscopios que mostraban escenas de la vida nocturna parisina. Los demás hurtaban carteras, piropeaban a las damas de la localidad, maldecían y se deleitaban con toda clase de conversaciones inmundas.

El diablo los observó como quien ve las flores cultivadas en el jardín trasero de su casa tras haber pasado por un campo de amapolas y otras flores silvestres. El vigilante se bajó el sombrero, como si fuera un jardinero; el diablo dio respuesta al saludo y, tras sacar una llave, condujo a Philip a una puertecita en la pared que, tras ser abierta,

daba paso a un ascensor privado.

Se metieron y descendieron durante varios minutos a una velocidad inenarrable.

—Querido señor diablo —dijo Philip tras darle una fumada a su cigarrillo, el cual sí estaba adulterado y le provocó la alucinación de ser un hombre de negocios—. mi muy querido señor diablo, si seguimos así, pronto llegaremos al infierno mismo.

Y no podría haber dicho verdad más grande. El ascensor se detuvo, y ambos salieron a un vasto recibidor que se parecía un poco a los vestíbulos de los teatros colosales o de las salas de cine de antaño. Había dos o tres taquillas, y frente a ellas estaban expuestos los precios de entrada: platea-gula: palcos-lujuria: balcón-vanidad: galería-pereza: etcétera, etcétera. También había un bar, donde un par de rufianes sin uniforme conversaban con las camareras, entre las que estaba, para sorpresa de nuestro amigo, la morena que servía té en el Ritz.

De cuando en cuando se abría la puerta del enorme auditorio, al parecer la obra o película en progreso era bastante entretenida.

—Tenemos una sala de baile por aquí —comentó el diablo—, y tengo un especial interés en mostrártela.

Se abrió una puerta, y entraron a una estancia bastante grande que se asemejaba a una gruta, con todo y helechos y falsos motivos rocosos, donde el aire era fresco y húmedo. Una banda de música interpretaba con torpeza una pieza de Scarlatti, y en la pista varias personas bailaban con desgano. Philip notó que la mayoría era grotescamente oronda.

El diablo lo guio hasta donde estaba una muchacha esbelta y pálida, a quien le susurró algo al oído, y Philip, sin tener nada que hacer, hizo una reverencia, le tendió el brazo y empezó a bailar con ella alrededor de la habitación.

Ella bailaba con pasos muy lánguidos y mantenía los ojos casi completamente cerrados. Philip le hizo uno o dos comentarios triviales.

—¿Vienes seguido? —le preguntó. Ella esbozó una sonrisa débil, pero no contestó. Su apatía (conjugada con el cigarrillo que el demonio le había regalado) despertó la curiosidad de Philip—, ¡Tienes helada la mano! —dijo mientras se la estrujaba Y era verdad. Finalmente, llevó de la mano a su compañera indiferente hasta una esquina, donde la tomó de la cintura con más fuerza de la necesaria para bailar. Sintió entonces la gélida humedad que le subía por la manga del saco y le pareció percibir por un instante el inconfundible olor del fango. La miró entonces de cerca y vio algo muy aperlado en sus ojos—. No sé cómo te llamas.

La joven apenas si movió los labios descoloridos.

—Ofelia —contestó.

—Discúlpame —le dijo Philip y la soltó. Al instante, volvió a reunirse con el diablo.

—Bien —afirmó el bribón—, ¿sigues sin creer que quienes se ahogan por convicción se salvan de la maldición eterna? — Philip tuvo que darle la razón—. No tienes idea de lo aburrida que está la pobre muchachita —agregó el diablo en tono compasivo—. Y eso que no lleva más que unos cuantos siglos aquí, que no es nada en comparación con la eternidad.

—Es muy poco, sí, sin duda —coincidió Philip.

—Y ya ves qué tipo de parejas encuentra aquí —continuó el archidemonio—. En cada baile se revelan mutuamente alguna de sus cualidades grotescas, como aquella que tanto te inquietó.

—Pero, ¿por qué tienen que estar en un salón de baile? —preguntó Philip.

—¿Por qué no? —contestó el diablo y se encogió de hombros—. Ten otro cigarrillo. —Le propuso entonces que fueran a su oficina para discutir la situación más a fondo—. En fin. querido Westwick —dijo una vez que estuvieron cómodamente sentados en sillones elegantes —, ¿a qué arreglo habremos de llegar? Claro que puedo anular todo lo ocurrido, y en ese caso volverás a estar en el pretil, a punto de saltar, justo como estabas cuando te agarré del tobillo. Poco después llegarás al salón de baile que acabas de conocer; si llegas gordo o llegas flaco dependerá del capricho de las aguas.

—Es de noche —respondió Philip—, El río corre a unos seis kilómetros por hora. Probablemente llegue hasta el mar sin que nadie se dé cuenta. Supongo entonces que sería uno de los gordos. Me dio la impresión de que padecen una gran carencia de eso, de actividad coital, ¿me explico?

—Sí, por supuesto —contestó el diablo con una sonrisa—. Toma un habano.

—No. gracias —respondió Philip—. ¿Cuál sería la alternativa?

—Este es el contrato estándar—dijo el diablo—. Pero toma un habano, por favor. Como puedes ver, es riqueza ilimitada, cincuenta años de vida, Helena de Troya… Ah, no, eso ya es obsoleto. Digamos…, la señorita… —y mencionó el nombre de una escultural estrella de cine.

—Supongo —comentó Philip— que habrá una cláusula en letra chiquita sobre la posesión de mi alma. ¿Es indispensable?

—Bueno, es lo habitual —contestó el diablo—, Y mejor dejarlo así. Puedes firmar aquí.

—Eh, no sé. Creo que no firmaré.

—¿Qué? —exclamó el diablo. Pero nuestro héroe sólo apretó los labios— No quiero presionarte, querido Westwick, pero, ¿has pensado en la diferencia entre llegar aquí mañana como un suicida ahogado o llegar dentro de cincuenta gloriosos años como miembro del personal? Los que conversaban con la morena del bar son mis empleados. Y ella es una muchacha divina.

—No importa —respondió Philip—. Creo que no firmaré. Pero muchas gracias.

—De acuerdo —concluyó el diablo—. De vuelta a la tierra entonces.

Philip se hizo consciente de una sensación turbulenta: al parecer, salió disparado hacia arriba, como un cohete. No obstante, mantuvo la conciencia, el peso sobre los tobillos, y, cuando por fin llegó al pretil, brincó, pero hacia el lado adecuado.

FIEBRE DE RESORTES

Había un joven escultor llamado Eustace cuya obra era demasiado realista para el gusto moderno. Por lo mismo, siempre se veía en la necesidad de pasar por casa de sus amigos a eso de las siete de la tarde, con la esperanza hambrienta de que lo presionaran para quedarse a cenar. "Soy capaz de labrar la piedra", se dijo a sí mismo, "pero sería más útil labrar la tierra. Cuando sea rico no me preocuparé por el alimento."

Aspiraba con entusiasmo los olores de estofados chorreantes y de nutritivos guisos que reptaban desde la cocina y, emocionado por el aroma, se regocijaba en sus incorruptibles ideales y despotricaba furioso contra los abstraccionistas. Pero arte y naturaleza se unían contra el desafortunado Eustace, pues los estimulantes vapores actuaban con potencia en sus glándulas salivales, y los modernos contra los que escupía con más encomio eran Brancusi, Lipchitz y Brzeska.

Eran por lo general las esposas, para quienes los escupitajos se parecían a las cataratas del Niágara, las que exigían que sus maridos despidieran a Eustace lo más pronto posible. Para tal fin, empleaban varios artilugios, y uno de los más humanos era regalarle un boleto para algún espectáculo y apurarlo para que partiera deprisa y llegara antes de que empezara la función.

Una noche, tras un fracasado asado de siete costillas, Eustace terminó de forma inesperada en la función de Charlie McCarthy, a quien veía con el ojo crítico y serio de un escultor hambriento.

—No sé por qué le aplauden tanto —le comentó al hombre que estaba a su lado—. Esos chistes no son suyos, y no es más que un simple ventrílocuo. Pero…, ¿considerarlo una obra de arte? Bueno, es que da la casualidad que yo soy escultor, y le puedo asegurar que esto representa el punto más bajo de nuestra disciplina.

—Da lo mismo —replicó el extraño—. Ese muñeco llena los bolsillos de su dueño con no sé cuántos cientos de miles de dólares al

año.

—¡Por Dios! —gritó Eustace mientras se ponía de pie y blandía los puños—. Pero, ¿qué tipo de civilización es esta? Basta un muñeco tosco, mal pintado y patético a la vista, al que ni siquiera se le podría llamar escultura, para ganar quién sabe cuántos cientos de miles al año, mientras que la obra más realista del siglo… —En ese momento, los acomodadores lo levantaron de su asiento y lo sacaron a patadas del auditorio.

Eustace se levantó y caminó hacia Brooklyn. donde se ubicaba el viejo garaje que alguna vez había sido su morada y su estudio. En el barrio vecino había una pequeña librería ruinosa con una bandeja de libros de segunda mano en la entrada. Uno de ellos llevaba el conspicuo título de *Ventriloquia práctica*. Eustace posó la mirada sobre el título; se detuvo, lo levantó y lo observó con desdén. “El arte y el ideal”, pensó para sus adentros, “me pusieron en esta situación. Si las cifras de aquel hombre son correctas, la ventriloquia y lo práctico me pueden sacar de ella.” Echó un vistazo al interior de la tienda y se dio cuenta de que nadie lo estaba viendo. En un parpadeo, deslizó el libro bajo su saco y se fue. “Ahora soy un ladrón”, pensó. “¿Qué se siente ser un ladrón, Eustace?” A lo que se respondió: “Se siente bien”.

Al llegar a casa, estudió el libro con suma concentración. “Esto es muy sencillo”, pensó. “Sólo tomas tu voz y la haces rebotar, como si fuera una pelota, e inmovilizas la mandíbula mientras tanto. Cuando era joven rebotaba pelotas, y mi mandíbula tiene práctica quedándose quieta. Aquí hay una imagen de la laringe, con A, B. C, D, todo. Puedo ser tan buen ventrílocuo como cualquiera y, con un muñeco que sea una verdadera obra de arte, no tardaré en hacer una fortuna.”

En un instante, desempolvó sus obras que llevaban mucho tiempo arrumbadas hasta encontrar una que pudiera hacerle la competencia a Chame McCarthy. Y es que. aunque hubiera renunciado a sus ideales, algo del viejo artista seguía viviendo en su interior.

—Todas son maravillosas —declaró—, pero puedo hacer algo mejor. Haré algo tan realista que el público jurará que es mi Patino, y entonces los tendré que invitar al escenario para que le claven alfileres.

Buscó material para crear su obra maestra, pero llevaba tanto tiempo al borde del despeñadero que no le quedaba una sola piedra firme en la cual trabajar.

—No importa —se dijo—. Lo modelaré en arcilla, que tiene la ventaja de ser más ligera y menos fría, y eso cederá un poco a las puntas de los alfileres. Será una sensación agradable para los que suban a hacer la prueba, en especial para quienes tengan inclinaciones sádicas.

A la mañana siguiente, salió al patio trasero de su estudio y cavó

con pala y pico hasta llegar a una capa de arcilla roja, de calidad muy superior a la que se vende en las tiendas de arte. Con ella modeló una figura masculina de apariencia singular y atractiva: cabello rizado y perfil grecorromano. Pensó que la cara tenía una expresión un tanto arrogante y trató de modificársela, pero, a pesar de sus habilidades, sus intentos fueron en vano.

—A fin de cuentas —comentó—. es una genialidad y, como tal, tiene derecho a ser un poco arrogante.

Para otorgarle suficiente flexibilidad a su creación, unió las extremidades y cuello con resortes de cama viejos, de esos que son endémicos al suelo de los patios traseros de Brooklyn. El experimento fue tan exitoso que decidió entonces romper dos o tres despertadores que sus vecinos les habían arrojado a los gatos, y con los resortes le arregló los dedos y los párpados. Escarbó en los escombros y encontró otros resortes de todas formas y tamaños que usó con el máximo provecho, sin descuidar siquiera los detalles que el público apenas notaría. Al final, la figura tenía muy buenas razones para mostrarse arrogante.

Luego calentó su viejo y oxidado horno hasta que llegó al punto de incandescencia, y coció la arcilla para que adquiriera una textura ligera, porosa y definitiva. La había esmaltado un poco y pintado con los colores más agradables. Por último, pidió prestado algo de dinero y fue a rescatar su mejor traje de la casa de empeños. Para su gran satisfacción, al muñeco se le veía perfecto, a diferencia de cuando él lo usaba. Nuestro amigo admiró el efecto durante una hora o dos; luego tomó el teléfono y le habló a Sadie.

—Sadie —le pidió—, quiero que vengas ya. Te tengo una gran sorpresa.

—No creo poder ir, a menos que nos vayamos a casar —exigió ella —, A una chica no le conviene que la vean entrando al estudio de un escultor.

—No te preocupes —contestó él—, los años de espera terminaron. Ahora podremos desdeñar las convenciones, pues pronto estaré ganando no sé cuántos cientos de miles al año.

—En ese caso —dijo ella— voy para allá de inmediato. —Muy pronto tocó a la puerta, y Eustace le abrió deprisa—. No lo puedo creer. ¡Ay, Eustace, la separación me ha parecido eterna!

—No importa —respondió él—, porque ya acabó la espera. Permíteme presentarte al autor de nuestra buena fortuna, el señor Bertie McGregor.

—Uy, ¿cómo le va? —preguntó ella, sonrojada y sonriente—. Si lo que dice Eustace es verdad, usted es mi autor favorito de ahora en adelante. Sí. creo que usted es maravilloso.

—Maravilloso es la palabra —declaró Eustace—. Sin embargo, no lo tienes que ensalzar a él; es sólo un muñeco, y los elogios los merezco yo.

—¿Un muñeco? —exclamó—. ¡Y yo hablando con él todo este tiempo! ¡Qué guapo es para ser un muñeco! Pero, Eustace, cuando lo saludé, me pareció ver que sonreía y asentía.

—Es guapo —coincidió Eustace— porque me costó mucho trabajo hacerlo así. La sonrisa y el movimiento de cabeza son muy probables, pues le puse resortes. Es perfecto en todos los aspectos.

—¿Lo dices en serio? —preguntó ella.

—Sí —contestó él—. Te explicaré a detalle cuando nos casemos. Pero, dime una cosa, ¿no crees que su expresión es un poquito demasiado arrogante?

—¡Oh, no! —replicó ella—. Creo que se ve lindo y masculino; un poco como… Te lo explicaré cuando nos casemos. Pero, Eustace, si de verdad es un muñeco, ¿cómo puede ser el autor de nuestra buena fortuna? Me suena un poco a ficción.

—Te prometo —respondió él, sonriendo— que es un destino seguro. —Luego le contó su plan maestro—, Y aquí —concluyó — está el cartel que estoy diseñando para anunciarnos ante el público. Pensé que podríamos usar tus ahorros y empezar por contratar un auditorio. Creo que la tipografía será muy efectiva. Y mira cómo invito al público a clavarle alfileres al final de la función para que se aseguren de que no está vivo, a pesar de su apariencia realista y su ingenio.

—¿De verdad ganaremos no sé cuántos cientos de miles al año? —preguntó ella—. No sabes cuánto tiempo me ha tomado ahorrar este colchoncito.

Eustace señaló su creación con orgullo.

—¿Cuál de los dos es más realista? —inquirió.

—De cierta forma, él; de otra forma, tú —contestó Sadie.

—¡Por favor! —le dijo Eustace—, me refería a él y a Charlie McCarthy.

—¡Ah, él! —respondió Sadie—. De eso no cabe duda.

—Entonces no cabe duda del dinero —afirmó Eustace—. Y, en cuanto a tu mísero tesoro, estoy seguro de que lo recuperaremos la primera noche. —Dicho eso, la tomó entre sus brazos con la maestría que su debilitada condición le permitió. De pronto, Sadie lanzó un chillido y lo empujó.

—Eustace —le dijo—. no quiero que me pellizques así, aunque vayamos a ser ricos. Afín de cuentas, todavía no estamos casados.

—¿Pellizcarte? —le preguntó— No me atrevería ni a soñarlo.

—No dije que sea algo con lo que no puedes soñar —contestó ella con voz sugerente—. Estás enamorado. Eres joven. Eres un artista. No

tiene nada de malo soñar.

—Me alegra que pienses así —dijo él—, pues tú debes de haber soñado que te pellizcaba.

—No. Yo jamás soñaría tal cosa —respondió ella—, porque soy una chica sana y normal, y, por lo tanto, sueño con otras cosas. Pero si tú eres sano y normal, como creí que eras, muy bien podrías soñar con eso, porque eres hombre. ¿Eres un hombre o un ratón?

—Soy un hombre. Sadie —aseveró él—. Pero hasta ahora también he sido un artista, y esa clase de cosas quedaron subsumidas por el impulso creativo. Ahora soy del todo práctico y espero poder soñar como un demonio. No discutamos, querida. A fin de cuentas, ¿qué es un pellizco, ya sea real o imaginario? Quizá lo hice de forma inconsciente, ¿quién sabe? Vamos al banco a sacar tu dinero y luego a apartar el auditorio.

Días después, las caras de Bertie y Eustace quedaron plasmadas por todo el barrio en carteles de letras grandes. La funesta noche llegó, y Sadie se sentó en primera fila. Por poco se le zafa la cabeza de voltear para contar a los asistentes, pues la verdad era que le preocupaba mucho haber perdido su colchoncito.

Sus temores pronto se apaciguaron, pues el auditorio estaba bastante lleno, y al poco rato, cuando se levantó el telón, Eustace salió haciendo reverencias y sonriendo como un encantador de serpientes. Bertie también respondió graciosamente al aplauso. “Qué maravillosos resortes le habrá puesto Eustace", pensó Sadie. "Pareciera que no hay nada que no sea capaz de hacer. Y claro que es mucho más guapo que Charlie McCarthy.”

Entonces empezó el espectáculo y una ligera complicación salió a la luz casi al instante, lo cual renovó la angustia de Sadie. Eustace se sentó al muñeco en las piernas y le contó un par de chistes viejos y zonzos que había leído en las últimas páginas del libro sobre ventriloquia. Pero de inmediato quedó claro que no había estudiado bien las primeras páginas, pues su voz rebotaba menos que un pedazo de plomo. Además, los resortes de la mandíbula del muñeco se negaron a funcionar, y no hubo una sola persona que no se diera cuenta de que Eustace era un terrible ventrílocuo.

El público empezó a abuchearlo y a chiflar. Eustace, sin la menor idea de lo que sucedía, lo tomó como signo de que el espectáculo les estaba pareciendo demasiado bueno para ser verdad, así que avanzó sonriendo hacia las luces y los invitó a subir al escenario para clavarle alfileres al muñeco.

Siempre hay gente a la que le parecen irresistibles este tipo de invitaciones, y esos fueron los que llenaron el escenario, donde les entregaron alfileres gigantes que podían llevarse como recuerditos. Sin embargo, tan pronto el primero tocó a Bertie. un “¡auch!” agonizante

retumbó en el auditorio y los convenció de que ni siquiera era un muñeco genuino.

Eso terminó de disgustar al público, que sintió que le habían tomado el pelo hasta dejarlo calvo. Al instante empezaron los disturbios, llegó la policía y se tuvo que reembolsar a los asistentes. Eustace. que había llegado en taxi, tuvo que volver a pie, abrumado por el peso de Bertie y por las reprimendas de Sadie, que no eran más ligeras.

Al llegar a casa, depositó al muñeco en el diván y se quedó de pie como un hombre derrotado, con la cabeza gacha. Sadie seguía reprochándole la pérdida de su dinero, pues ya no creía en los no sé cuántos cientos de miles al año.

—Lo hiciste a propósito —le reclamó—. Lo arruinaste todo a propósito.

—No. querida —contestó él—. No lo hice a propósito. Admito que mi ventriloquia no fue muy efectiva.

—No seas tan descarado —le dijo ella—. No seas desvergonzado. Ese último “auch" fue una obra maestra. Sólo presumiste tus poderes cuando más daño podían hacer.

—No. No —respondió él—. Yo no solté ese “auch”. Me sorprendió tanto como a los demás.

—Si tú no lo hiciste, ¿quién fue? —preguntó ella.

—¿Yo qué voy a saber? —reviró él—. A menos que haya sido Bergen, que quizás estaba ahí con una barba falsa, ansioso por arruinar a un rival tan prometedor.

—Tonterías —contestó ella—. Tú lo hiciste y lo sabes.

—Es posible —dijo él—. A fin de cuentas, clavaron ese alfiler en el producto de mi genialidad, y soy un hombre de naturaleza sensible, aunque ahora sea un ventrílocuo práctico. Pero, si fue así, Sadie, te aseguro que fue inconsciente.

—Tan inconsciente como el pellizco que me diste —respondió Sadie con una mueca.

—Te juro que fue un pellizco inconsciente —insistió Eustace.

—Ah, no, no fue inconsciente —intervino Bertie. que había estado observando la lamentable escena con su sonrisa arrogante—. Sadie tiene razón, como de costumbre. Yo fui quien la pellizcó. Además, fue un acto muy consciente…, y el recuerdo aún permanece.

—Pero no estamos casados —chilló Sadie—. Ni siquiera estamos comprometidos. ¿Qué podemos hacer? —Soltó una risa nerviosa, se tapó la boca con la mano y miró al muñeco con los ojos muy abiertos y llenos de reproche.

—¿Qué eres? —gritó Eustace, completamente atónito— ¡Habla! ¡Habla!

—Yo hablo cuando quiero y me callo cuando quiero —contestó la figura.

—¿Eres un alma en pena que salió en libertad condicional del infierno, se coló en mi horno para entrar en calor y se encontró ahí a mi obra maestra? —gritó Eustace. El muñeco sonrió con arrogancia— ¿Es posible que la arcilla de mi patio trasero sea la arcilla original con que Dios creó a Adán? Pero eso implicaría que el Jardín del Edén estuvo en Brooklyn. —El muñeco se rio con descaro—. ¿O acaso logré lo que los científicos no han logrado y convertí tierra muerta en materia orgánica coloidal, cargada con vitalidad y energía? Supongo que será eso. Eso significa que… ¡soy un dios de la escultura! — concluyó Eustace.

—Da igual —le dijo el muñeco—. Como sea. eres un terrible ventrílocuo, y la ventriloquia es lo que trae los no sé cuántos cientos de miles al año.

—No estás del todo equivocado —concordó Eustace—. Pero, dado que sabes hablar tan bien, podríamos dar espectáculos magníficos.

—Pero me niego a ser tu Patiño —contestó Bertie—, Yo soy el guapo y el simpático, así que me niego a volverme a sentar en tus piernas. Tú te puedes sentar en las mías, si quieres, y yo dirigiré el espectáculo y sacaré el dinero.

—¿Yo, sentarme en tus piernas? —gritó Eustace—. ¡Jamás!

—¡No es tan terrible! —argumentó el otro—. Anda, ¿por qué no lo intentas? ¿No quieres? Bueno, quizá la dama quiera intentarlo.

—Claro que sí —dijo Sadie— No les voy a hacer el feo a los no sé cuántos cientos de miles al año. —Dicho eso, se sentó en las piernas del muñeco.

—¿Te gusta, cariño? —le preguntó la figura.

—Creo que nos tendríamos que comprometer—respondió ella—. De hecho, creo que nos tendríamos que casar.

—No pienses así —dijo la figura, acariciándole la barbilla—. Lo que pasa en el escenario es distinto. Nosotros los actores experimentados somos prácticos.

—Entonces llévate tu practicidad fuera de mi estudio —sentenció Eustace—. Yo me regreso a los ideales. No más ventriloquia. ni más arcilla, ni más resortes. Voy a hacer lápidas, y las voy a hacer muy pesadas.

—Como gustes —contestó la figura—. Sadie y yo nos vamos a entender muy bien como pareja.

—No creo que le gusten los alfilerazos —le comentó Eustace.

—No los permitiré en nuestro escenario —dijo la figura con una mirada que tranquilizó a Sadie—. Sólo un poquito de esto — agregó, y le dio otro pellizco, igual que el primero, pero esta vez el chillido fue

mucho más grave y denso.

—Tus chillidos son muy graves y densos —le indicó Eustace mientras abría la puerta con frialdad para que se fueran—. Que no se te olvide que algunos de los resortes que usé estaban abominablemente oxidados y viejos.

Dicho eso. cerró la puerta y. a pesar de sus intenciones expresas, tomó un pedazo de arcilla que estaba a la mano y empezó a modelar una figura de Eva muy cautivadora. Sin embargo, a medio camino volvió a cambiar de idea y, finalmente, se decidió por un terrier muy lindo.

LA JUVENTUD EN VIENA

Los jóvenes de mirada transparente, cachetes rosados y pelo castaño se comportan todos igual, y nadie en el mundo podría ser más razonable que ellos. Aceptan un empleo o un romance con la máxima disposición y entusiasmo. Si la industria petrolera o Lola los decepcionan, no tardan en consolarse con la acerera o con Ester.

Otros jóvenes parecen haber nacido para una sola pasión o quizá dos; un empleo y una mujer. Y se mantienen así para siempre. pero, si el uno o la otra les fallan, los resultados pueden ser catastróficos. Los jóvenes de ese tipo a veces son muy altos, enjutos, con cara cadavérica, ojos hundidos, mirada intensa y lengua terriblemente sensible o terriblemente cruel, aunque a veces es difícil distinguir cuál. Si son pobres, no se parecen a nadie más en este mundo; si son ricos, se parecen a Lincoln en su etapa de cortador de durmientes.

Esos jóvenes suelen dedicarse a la ciencia, a veces, a la medicina. En pocas palabras, la investigación les atrae. Si son lo bastante brillantes y lo suficientemente adinerados, estudian con las máximas autoridades del mundo. Si les interesan ciertas funciones de las glándulas, por ejemplo, eso los lleva a Lilley's o a la Fundación Ford, pero en los viejos tiempos, en los tiempos de nuestra juventud, los llevaba a Viena.

Antes de irse a Viena, Humphrey Baxter fue a cenar con un matrimonio de conocidos. Como ellos no tenían nada que decir sobre las glándulas, se habían abastecido de boletos para el teatro. La obra resultó ser una comedia romántica ligera que también trataba de forma muy tangencial el tema de las glándulas. Humphrey la estaba viendo con indiferencia hasta que. en un momento bien elegido al inicio del primer acto, Caroline Coates entró en escena. Humphrey se inclinó hacia el frente en su asiento, pero su movimiento pasó desapercibido porque el resto del teatro también se inclinó hacia el frente.

Se preguntarán con justa razón por qué esa gente gastó tanta

energía en ver a una chica que sólo se salvaba de ser la peor actriz del mundo por el hecho evidente de que en realidad no era actriz. La verdad era que Caroline Coates era una diosa. Creo que fue Alexander Woollcott quien escribió: “Inquirir por su capacidad histriónica sería como preguntar, en el caso de una actriz real, por su destreza en el trapecio. En esa joven, el talento sólo serviría para diluir el resto, como agua mineral en un jaibol; cuanto menos, mejor. Cuando la divina Afrodita entra en escena, no queremos que actúe como la divina Sarah”.

El mismo año en que dejó Bennington, Caroline se coló en el elenco de una obra por un error fantástico. De inmediato quedó claro que era una de esas chicas —sólo hay una en cada generación— cuya fortuna consiste en representar algo mayor que el talento y mayor que la belleza, y, de ese modo, ser adoradas por el universo entero. Su cualidad esencial era su juventud, que despertaba en el espectador una sensación entusiasta, vivaz y exquisita de alegría pura, la sensación más rara y excelente del mundo. Además —lo sé por fuentes privadas —, Caroline era una chica buena, bien educada, sincera, sencilla, amable, alegre y espontánea, y olía a florería, lo que no siempre ocurre con las diosas.

Humphrey observó el fenómeno con una concentración que hasta entonces sólo había reservado para las secciones menos conocidas de las glándulas, montadas en un portaobjetos bajo el microscopio. Al salir del teatro, se volvió hacia sus anfitriones.

—¿De casualidad conocen a esa chica? —Vio que la pregunta los desconcertó, así que continuó sin esperar la respuesta—. ¿O conocen a alguien que la conozca?

—No. Humphrey. Ella pertenece al gran mundo. Es completamente ajena a nuestra clase. Vive rodeada de gente con nombre de edificios y platillos de desayuno. Y cuando no está en el escenario, está en yates y canchas de polo y demás, y ni siquiera nos enteraríamos de eso si no leyéramos los semanarios del domingo.

A Humphrey no lo desalentó en absoluto esa respuesta. Sabía muy bien que cualquier persona en cualquier parte del mundo está a sólo dos o tres conocidos de distancia. Así que preguntó entre todos los suyos, declarando sus propósitos con absoluta claridad. y, antes de que hubieran pasado varias semanas, se encontraba en cierta terraza que daba al Long Island Sound. observado con curiosidad por homónimos de edificios y platillos de desayuno, y conversando con Caroline Coates. Descubrió que su ignorancia sobre el funcionamiento de las glándulas endocrinas era asombrosa, así que sintió un placer entusiasta al contarle los pasos agigantados que prometían los nuevos descubrimientos en materia de salud humana, felicidad y longevidad. Se imaginarán el efecto que tuvo en un ¡dolo popular de veintitrés

años la perorata de ese joven cadavérico, torpe y de mejillas hundidas, que vestía el tipo de saco completamente erróneo entre la multitud elegante y hablaba sobre los efectos de ciertos fluidos repugnantes en niñitas horribles y dementes que se revolcaban en su propio estiércol. Como era de esperarse, ella se enamoró loca, feroz e insensatamente de él, y, antes de que terminara el mes, anunciaron que se habían comprometido.

Algunos edificios se sacudieron un poco: de igual modo, algunos platillos de desayuno crujieron y se enfriaron con más irritación que de costumbre. No obstante, en general la gente sentía que eso demostraba que Caroline era una buena chica y que aquello no representaba ninguna amenaza, pues no había manera de que durara. Por ejemplo, ¿qué pasaría cuando Humphrey se fuera a Viena a trabajar con el célebre Vingleberg?

—Estaré allá tres años —dijo Humphrey. Y, si llego a salir de ese laboratorio durante cuarenta y ocho horas seguidas en algún momento de mi estancia, será porque se incendió. No podré venir a verte.

—Tal vez yo vaya a verte entre obras.

—Ojalá cambiaras de opinión.

—Me gustaría casarme ya. querido, igual que a ti. Pero no puedo abandonar una obra nueva y dejar a todos colgados. Además…

—Sólo quieres una más.

—Sí. Tal vez pueda ir cuando termine.

—Dicen que va a durar años.

—Tal vez se acabe en seis meses. Humphrey, ya sé que crees que lo único que me interesa es causar revuelo.

—Yo nunca he insinuado tal cosa.

—Pero lo crees. Y, si no lo creyeras, estarías loco. Porque sí me interesa, aunque sólo un poquito. Pero, si alguna vez siento que de verdad se está apoderando de mí…

—¿Y cómo crees que se siente que se apoderen de ti? ¿Así?

Con eso acabó la conversación, justo cuando iban llegando a un punto importante, lo que fue una lástima. El barco de Humphrey zarpó; la obra de Caroline se estrenó; la idolatraron más que nunca y todo mundo confió en que se enamoraría de alguien más. Pero pasó el primer año, y el segundo, y el tercero, y Caroline le seguía siendo fiel. Dos razones excelentes lo explicaban: quería muchísimo a Humphrey, pero también se quería muchísimo a sí misma.

Al terminar el tercer año, Humphrey Baxter abordó el barco, y el barco atracó en su destino. Durante semanas había imaginado cómo se vería Caroline al recibirlo, y la tenía tan presente que, cuando leía un libro, su cara flotaba como una ilustración en la página contraria. Como eran los años veinte, la imaginaba vestida de zorro plateado y

violetas. Observó el muelle de desembarco y vio bastantes pieles y flores, pero ni un solo indicio de Caroline.

Bajó por la pasarela y cruzó la barrera. Dos personas se acercaron y lo tomaron de ambas manos. Eran Dick y Stella Archer, los mismos que le habían presentado a Caroline y, por lo tanto, tenían cierto derecho sobre la relación. Lo tomaron de las manos y lo miraron a los ojos, y pronunciaron la más agradable y amable de las bienvenidas. Humphrey miró en todas direcciones.

—¿Dónde está Caroline? —preguntó.

La emoción se esfumó como una burbuja reventada. Tres personas que en cuestión de minutos se volvieron más grises se erguían contra el viento del este, en la enorme depresión del muelle de desembarco.

—Carrie no pudo venir—contestó Stella.

No cabía ninguna duda de que la lengua de Humphrey era sensible, extremadamente sensible.

—¿Está enferma? —inquirió.

—Pues… —dijo Dick.

—No está enferma —respondió Stella—, Pero no pudo venir. Recoge tus cosas, Humphrey, iremos a almorzar al Revestel y te lo contaremos todo.

—De acuerdo —accedió Humphrey.

Fueron al Revestel, donde en los viejos tiempos acostumbraban comer juntos, y ordenaron el almuerzo.

—Creo que es hora de que me expliquen qué está pasando —les suplicó Humphrey.

—Humphrey —intervino Stella—, tienes que entender.

Afín de cuentas, quizá sí era bastante difícil distinguir si la lengua de Humphrey era muy sensible o más bien un poco cruel.

—Continúa —exigió él.

—Somos viejos amigos —dijo Dick—. y sabes que los conocemos a ti y a Carrie desde hace mucho tiempo.

Humphrey volteó a ver a Stella.

—Carrie se enamoró —reveló ella.

Humphrey cerró los ojos. Parecía estar dormido, o muerto. Esos hombres de cara cadavérica a veces dan la impresión monstruosa de estar muertos. Sin embargo, tras unos largos segundos los abrió de nuevo. Dick estaba diciendo algo.

—¿Cuándo? —le preguntó Humphrey a Stella.

—El mes pasado, Humphrey. Pero ya era demasiado tarde para escribirte.

—¿De quién?

—Es un tipo bastante decente —contestó Dick—. De hecho, es

Brodie.

—Alan Brodie, el campeón de tenis —explicó Stella.

—Ocho veces campeón nacional de singles —agregó Dick—, Los últimos seis años seguidos.

—Habla así porque está asustado y abatido —dijo Stella.

—Alan Brodie hizo una gira en Europa durante mi primer año allá —compartió Humphrey—. Fue a Viena. Hubo una suerte de alboroto en su hotel. Una muchedumbre de mujeres peleando. Esas cosas no suceden muy seguido por allá.

—Es un ídolo popular—dijo Stella

—¿Como Carrie?

—Es una criatura hermosa. Humphrey. Despierta la misma clase de emociones en la gente que Carrie. ¡Y los dos juntos…!

—Ha de haber cambiado mucho.

—No tanto, Humphrey. Yo creo que se dio cuenta de su destino.

—Su destino no es ese en absoluto —argumentó Humphrey, sin alzar la voz ni ser intransigente, pero con una rotundidad absoluta.

—Tendrás que esperar a verlos juntos, Humphrey.

—Puedo esperar.

En Nueva York, rara vez es necesario esperar demasiado tiempo. Humphrey tenía que publicar un libro y, por lo tanto, tenía un editor, y, por lo tanto, una invitación a almorzar en cierto restaurante frecuentado por gente conocida entre sí y por los columnistas de escándalos. Una mujer por cuyas glándulas habría pagado una pequeña fortuna estaba sentada en la mesa de al lado. De pronto emitió una suerte de chillido. Entonces Humphrey, con una sensación que lo convirtió en un oponente eterno de la silla eléctrica, la oyó pronunciar estas palabras:

—¡Ay, miren! ¡Los enamorados!

Humphrey no tenía motivos para girar la cabeza. Vio a otras personas mirar hacia la puerta y tuvo tiempo suficiente para observar, en las caras horriblemente embarradas de éxito, una expresión de placer tal que volvía atractivos hasta a esa clase de rostros. Humphrey no sólo lo observó, sino que reflexionó al respecto.

“Cualquier cosa que transfigure así caras como éstas”, pensó, “debe ser buena.”

Durante todo ese tiempo, las susodichas caras giraron como reflectores que convergían en un objetivo invisible, siguiendo a Caroline y a su Alan Brodie. De pronto, Humphrey se sintió, por así decirlo, atrapado en la llamarada, lo que significaba que ella estaba cerca. Se dio la vuelta, y sus miradas se encontraron.

Todo fue muy agradable, animado y alegre. Caroline y Brodie se sentaron con Humphrey y su editor; otras personas fueron a saludarlos, y las invitaron a sentarse también. Todos hablaron bastante, salvo Humphrey, de quien no se esperaba que hablara mucho en realidad.

La verdad era que tenía que tomar una decisión. Estaba preparado para creer en esa nueva impresión suya: que el inminente matrimonio de Caroline era algo bueno. Quería creerlo, por lo menos tanto como puede esperarse que lo haga un hombre casi loco de celos. De hecho, hasta donde se lo permitía esa debilidad tan humana, y sabiendo en el fondo que todo aquello no era más que un delirio imbécil y narcisista, podría decirse que sí creía que ese matrimonio era algo bueno, que su impulso de destrozarlo a patadas y sacar a Caroline de él a rastras era bárbaro, cavernícola, y que de ninguna manera debía entregarse a él.

Caroline le ayudó en esa noble empresa. Sus palabras y sus miradas fueron las correctas para la ocasión. No se anduvo con rodeos y le pidió al editor que se moviera para sentarse junto a Humphrey. Le habló con la máxima ternura y preocupación, mientras su mirada le rogaba que comprendiera. Su sonrisa, y el aura que tenía, proclamaban que. aunque él no lo entendiera, hay valores y glorias en la vida que hay que respetar por sobre todas las cosas. Y, cuando volteaba a ver a su enamorado, quedaba perfectamente claro cuáles eran esas glorias. “¡Está bien!”, pensó Humphrey. “Es algo bueno.” Y se unió a los demás en la contemplación de la pareja feliz, y la luz que se reflejaba en los rostros ajenos se reflejó en el suyo, aunque sin duda de una manera un tanto resquebrajada.

Luego vino un *divertissement* de los que suelen tener lugar en los restaurantes frecuentados por celebridades. Llegaron jóvenes amarillentos con cámaras y bulbos de flash: Caroline y Alan tuvieron que juntarse y ponerse primero en esta pose y luego en aquella otra. El proceso fue más elaborado que una sesión de fotos común en un restaurante, en parte porque había una revista importante involucrada y en parte porque hubo mucha acción secundaria con el gerente y con los comensales de otras mesas. Era la clase de cosas que son un fastidio, a menos que las disfrutes, en cuyo caso son muy gratificantes.

Cuando se volvió a sentar junto a Humphrey, Caroline se veía sonrojada, sonriente e inmensamente agradecida. En esos estados de emoción feliz a uno se le escapan palabras muy distintas de las que en realidad quiere decir, palabras que cualquier persona. salvo un científico de sangre fría, tendría la decencia de ignorar.

—¿Y bien? —dijo Caroline—. ¿Qué opinas de nosotros?

En ese instante se detuvo en seco y miró a Humphrey, sonrojada de vergüenza, pues tales palabras no deberían ser oídas por un psicoanalista, y mucho menos por un amante traicionado.

—Opino —respondió Humphrey— que los dos son encantadores y espero que seamos amigos. ¿Por qué no pasas a visitarme con tu hombre?

—Ay, nos vamos el viernes —dijo Caroline. aún confundida—. Y antes de eso sería imposible.

—Pero, ¿vendrán cuando regresen?

—Claro. Nos encantaría. Pero pasarán al menos dos meses.

—Puedo esperar—contestó Humphrey.

Más o menos una semana antes de que Alan y Caroline volvieran de su luna de miel, Humphrey, quien había estado pensando mucho durante la espera, contactó a un hombre de apellido Morgan. Se trataba de Albert Morgan, cuya vocación consistía en tomar los balbuceos ambiguos e inciertos de los científicos y transformarlos en artículos claros, directos y muy emocionantes para los semanarios.

—Morgan —dijo Humphrey—, han pasado tres meses desde la última vez que me hostigó para que le diera información privada sobre los experimentos de Vingleberg. —Morgan le explicó por qué se había dado por vencido—. Si de verdad cree que las almejas hacen semejantes cosas —contestó Humphrey—, comprendo por qué sus artículos son tan inexactos. Pero, en fin, yo no soy una almeja, y para demostrarlo le llamo para contarle que recién recibí una carta de Vingleberg. Trata de algunas pruebas que iniciamos justo antes de que yo emprendiera el regreso. Escuche: no le diré nada que sea lo más mínimamente confidencial, porque sé muy bien que lo veré en los titulares mañana por la mañana, pero si quiere oír veinte palabras elegidas con mucho cuidado…

—¡Espere! —pidió Morgan—. Voy para allá.

Era extraordinario lo que Morgan podía hacer con veinte palabras elegidas con mucho cuidado. O quizá Humphrey, al ser un científico ingenuo, había caído en la trampa de proferir veinticinco o hasta treinta. En todo caso, la noticia no apareció en los titulares, es cierto, pero sí en artículos muy impresionantes en secciones importantes de los diarios que afirmaban que el bajo, fornido y calvo endocrinólogo vienés Vingleberg y Humphrey Baxter, de la Universidad Johns Hopkins, habían logrado aislar la V.B. 282. Y la V.B. 282, al parecer, era ni más ni menos que la secreción glandular que controla el envejecimiento de los tejidos. Y dado que todos tenemos tejidos que envejecen, la promesa de esos párrafos fue absorbida con avidez por el público lector.

Mientras tanto, Caroline y Alan volvieron, y pronto —muy pronto — visitaron a Humphrey en su departamento para tomar con él una copa. Humphrey los recibió con absoluta cordialidad y les planteó una miríada de preguntas sobre su vida que ellos contestaron con absoluta

sinceridad, como quien no tiene nada que esconder. Estaban tan ansiosos por darle cualquier información que pudiera interesarle, que ninguno de los dos prestó mucha atención a sus reacciones. De haberlo hecho, habrían notado que, ante ciertas respuestas, en particular las de Caroline, su boca cruel y sensible se tensaba con la dolorosa satisfacción con que un patólogo observa el portaobjetos que le dice que su temible diagnóstico es correcto hasta el más mínimo detalle y que su mejor amigo necesita cirugía de urgencia.

Ahora bien, no quiero dar a entender que la conversación de la pareja de recién casados haya sido del todo egoísta. Antes de que pasara siquiera una hora. Caroline misma propuso un nuevo tema.

—Humphrey, querido —dijo—, oímos que te volviste famoso. ¿Es cierto?

—Es cierto si lo oyeron —contestó—. En eso consiste la fama.

—Pero, ¿es cierto lo de la eterna juventud y todo eso?

—Ah, pequeña —respondió él—, yo creo que tú ya venciste a cualquier científico en ese tema. Te veías de dieciocho cuando te conocí y tenías veintitrés. Ahora tienes veintiséis…

—Cumplí veintisiete la semana pasada, Humphrey.

—Y te sigues viendo de dieciocho.

—Pero eso no va a durar para siempre.

—Yo no me atrevería a afirmar que me siento más lento —dijo Brodie—, pero algunos de esos jóvenes de la costa oeste… — Meneó la cabeza con la melancolía que siempre embargaba a los tenistas cuando alguien mencionaba la costa oeste.

Humphrey ignoró la interrupción. Tenía los ojos clavados en Caroline.

—Claro que no serás joven para siempre —aseveró—. Me imagino que ni siquiera querrías serlo. Esa gente que hay por ahí, que no parece madurar nunca, pertenece a una clase particular de frígidos, inhibidos, narcisistas… Y, dado que están enamorados de sí mismos, no pueden amar a nadie más. Por eso no viven de verdad; por eso no envejecen.

—Sí, sí. Pero, ¿qué hay de eso que descubriste…?

—¡Ah! —dijo Humphrey, y meneó la cabeza, sonriendo.

—Entonces, ¿es falso? —chilló Caroline. Su decepción habría conmovido hasta al más pétreo de los corazones.

—Te dije que eran patrañas —dijo Brodie.

—Esos periodistas siempre evitan mencionar las complejidades —agregó Humphrey.

—Y escribieron como si de verdad lo hubieras descubierto —se lamentó Caroline.

—Es una absoluta mentira —contestó Humphrey—, Fue

Vingleberg, él y sólo él.

—Entonces sí lo descubrió —exclamó Caroline, con la cara iluminada de nuevo.

—Yo no se los dije a los periodistas —aseguró Humphrey—. Sin embargo, así quisieron entenderlo. —Su tono se tornó de pronto muy frío y duro—. Pero quiero que comprendan una cosa: esto es algo que nadie en el mundo debe saber.

—¡Ah, sí! ¡Sí!

—¿Entiende lo que le digo, Brodie?

—Puede confiar en mí.

—Muy bien —dijo Humphrey.

Se quedó muy quieto un instante, como si intentara sobreponerse a una última pizca de duda. Luego se levantó de forma abrupta y salió de la sala.

Caroline y Alan ni siquiera se voltearon a ver. Se quedaron ahí, mirando la puerta por la que había desaparecido y esperando que volviera con un crisol o con un alambique, por lo menos. En vez de eso, volvió casi de inmediato, balanceando un pedazo de cordel muy ordinario.

Les sonrió a sus invitados. Le dio un tirón o dos al cordel y, por la puerta entró un gatito, dando saltos y brinquitos, y manoteando el cordel con las garritas. Humphrey lo atrajo hacia donde estaba sentada Caroline y lo hizo brincar una o dos veces. Luego lo levantó y se lo entregó.

—Qué lindo —aceptó Caroline—. pero…

—La semana pasada fue su cumpleaños —reveló Humphrey—. Cumplió cinco. —Caroline soltó al gatito como si le quemara—. Ojalá que la gente lograra superar esa suerte de prejuicio instintivo —comentó Humphrey mientras lo levantaba para devolvérselo—. En poco tiempo, el mundo tendrá que acostumbrarse a esta clase de cosas.

—Pero, Humphrey —dijo Caroline. muy agitada—, supongo que será un enano o algo así.

—Te aseguro que este minino es tan normal como cualquier otro que hayas visto en la vida —le explicó Humphrey.

—Pero, ¿qué le va a pasar? ¿Se mantendrá así para siempre? —Cuando Humphrey negó con la cabeza, agregó—: ¿Va a estallar o se va a pulverizar o algo por el estilo?

—Estoy casi seguro de que morirá por un paro cardiaco —aseveró Humphrey—. pero después de cuarenta años de gloriosa juventud. Eso son doscientos para un ser humano. Sin embargo, hay una cosa que deben recordar…

Hizo una pausa para impresionarlos.

—¿Sí? ¿Sí?

—Yo viajé a Viena —continuó Humphrey con voz lenta y clara— hace exactamente tres años y cuatro meses. Este minino tiene cinco años. Eso no deja lugar a dudas de que fue un descubrimiento de Vingleberg.

—Ah. sí, por supuesto. Pero en el periódico decían que era para seres humanos.

—Yo le estaba ayudando a Vingleberg a adaptarlo a seres humanos.

—¿Y lo lograron?

—Recuerden que me prometieron no mencionárselo a nadie. Ni un alma. Sí, lo logramos. Hasta cierto punto, al menos.

Alan intervino con una voz a la vez impaciente y formal.

—A ver, Baxter, usted dijo que en poco tiempo el mundo…

—Puedes decirme Humphrey —lo interrumpió Humphrey con una sonrisa amigable.

—Sí… Humphrey. Pero…, pero, ¿cuándo?

—Es cuestión de encontrar una nueva fuente para el extracto —contestó—. O tal vez hacerlo de forma sintética, aunque dudo que lo logremos. Yo diría que en unos treinta años. Con suerte, veinte.

—¡Ah! —exclamó Caroline—. Pensé que iba a ser ya.

—Para conseguir esta cosa —gruñó Humphrey— es indispensable hacer una operación muy delicada, que por desgracia es letal para el animal del que la extraemos. Así que es difícil y un tanto espeluznante.

—¿Qué animal? —preguntó Alan.

—Uno bastante común —dijo Humphrey—: el hombre.

—¡Ah!

—Creo que descubrimos otra fuente, pero nos tomará años probarla, y más años aún producir un suministro adecuado. Ese es el punto. Por eso les pedí que juraran guardar el secreto. Ardería Troya si la gente se enterara de que sólo existe un poco y que se reserva para algunos privilegiados.

—Entonces, ¿sí hay un poco? —inquirió Caroline.

—Ya se hizo el extracto —dijo Humphrey—. pero en circunstancias muy extrañas de las que no les diré ni pío… Se hizo tres veces.

—¡Tres! —exclamó Alan, como si le impresionara la coincidencia, porque había tres personas ahí mismo.

—Yo tuve la fortuna de tomar una dosis —reveló Humphrey con una sonrisa.

—¿Y las demás? —chilló Caroline.

—Por fortuna, con una dosis basta —continuó Humphrey—, pero

no quiero aburrirlos con tecnicismos, aunque sea algo muy interesante. De hecho, esta secreción cambia las funciones de dos glándulas distintas, ninguna de las cuales es la glándula de la cual la extrajimos. Ahora bien…

—Humphrey, querido, ¿qué pasó con las otras dos dosis?

—Vingleberg se tomó una. Tiene sesenta y ocho años, y es feo como un macaco. Se quedará de sesenta y ocho, e igual de feo, durante doscientos años.

—¡Ay, por Dios! —exclamó Alan con amargura.

—¿Y la tercera? —preguntó Caroline.

—Verás, Caroline querida —contestó Humphrey—, la traje conmigo. No necesito explicarles porqué. —Mientras hablaba, abrió un cajoncito de su escritorio—. Hela aquí —anunció, sosteniendo un frasquito ordinario lleno de un líquido incoloro—. ¡Vida, juventud, amor, durante casi doscientos años! Quizás hasta más, porque en ese tiempo descubriremos toda clase de cosas. Casi la tiro al drenaje el día que desembarqué, al no verte…

—Ay, Humphrey, yo…, ¿qué puedo decir?

—Pero me arrepentí —continuó Humphrey—. De hecho, estoy en paz desde el instante en que los vi juntos. Así que me gustaría dárselas, si la quieren. Digamos que es un regalo de bodas atrasado. Aquí tienen. Para los dos. —Les ofreció el frasquito y, al encontrar dos manos extendidas para recibirlo, las juntó—. ¿Aceptan solemnemente nunca decir una palabra de esto? —les preguntó.

—Acepto —dijo Caroline.

—Sí, acepto —contestó Alan.

—Pareciera que los estoy casando —dijo Humphrey con una sonrisa y colocó el frasquito en sus manos unidas—, Pero, por supuesto, no es así. Bueno, ahí lo tienen, para los dos.

—Nos tomaremos la mitad cada quien —anunció Caroline.

—¡Cien años por cabeza! —exclamó Alan.

—¡Hey! ¡Esperen! ¡Alto! —prorrumpió Humphrey—. Me temo que no me entendieron. Supongo que uno trabaja un tema durante años y lo ve tan de cerca que se le olvida que los demás no saben ni lo más básico. Hubo un ejemplo interesante de eso…

—¿Por qué no nos podemos tomar la mitad cada uno? —preguntó Caroline. irritada.

—Ah, querida, porque las glándulas no entienden de aritmética. Una glándula cambiada a medias no te daría la mitad de doscientos años de juventud y belleza. ¡Ah, no! ¿Recuerdas que cuando nos conocimos te conté cómo se transforma la gente cuando se le desquician ciertas glándulas?

—¿Te refieres a esas idiotas horribles?

—Exacto. Esto es una dosis y sólo una dosis. Puede tomarse de un trago: tiene un poco de sabor, pero no es muy desagradable. Es sencilla, pero también puede ser peligrosa si uno juega con ella, como la dinamita. Quédensela como una curiosidad. No sirve para nada ni es bonita: es sólo un regalo de bodas. Pero es un regalo único.

—Vaya. Muchas gracias, Humphrey. Muchas, muchas gracias.

Entonces. Caroline y Alan se fueron a su casa, donde pusieron esa interesante botellita sobre la cornisa de la chimenea. Luego la miraron largo rato y se miraron largo rato entre sí. De haber sido posible, se habrían mirado también en el enorme espejo que es el ojo público, ante el cual —si no es que dentro del cual— vivían su vida, donde eran la pareja perfecta.

—Debes tomártela de inmediato —dijo Alan—. Te traeré un vaso de agua para después.

—No voy a hacer tal cosa. Quiero que tú te la tomes, Alan.

—Querida, ven acá y mírate al espejo. ¿Te ves? Estoy siendo egoísta. Quiero que seas así para siempre.

—También te veo a ti, Alan. Y así tendrías que ser.

Intercambiaron cumplidos sinceros y entusiastas que no hicieron más que intensificarse. Al final, habían olvidado por completo la botellita. pero a la mañana siguiente seguía ahí.

Alan y Caroline seguían más decididos que nunca a que el otro se tomara la preciada poción. Es imposible decir en qué medida sus protestas indicaban que habían pensado un poco al respecto durante la noche.

—No podemos pasar el resto de nuestra vida haciendo una suerte de Tase usted. No, pase usted —argumentó Caroline—. Te lo juro por lo que más quiero, y que si no me parta un rayo: quiero que tú te la tomes. Por favor.

—Entiéndelo de una vez por todas —contestó Alan—. Tú te la vas a tomar, no yo. Voy a ser como el tipo ése. ¿cómo se llama? El que se enamoró de…, ya sabes, de la diosa.

—¡Pero, querido, piensa en tu remate!

—¿Qué tiene de malo? ¿Me estás diciendo que ya no me sale?

—Claro que no. Es maravilloso lo bien que te sale. Todo el mundo lo dice. Pero en agosto vas a enfrentarte a ese chico horrible de California, y lo sabes.

—Puedo despacharme a ese mocoso sin ayuda de una glándula de mono —contestó Alan—. La verdad, me sorprende que creas lo contrario.

—Yo no creo que no puedas —dijo Caroline—, pero…

—¡Ah, hay un pero!

—Pero sí me llevas seis años.

—¡Oye! Un buen hombre le lleva por lo menos diez a su mujer.

—No a cualquier mujer. Hay algunas a las que les gusta pasearse con hombres tan viejos que podrían ser sus padres. — Luego lo estudió, pensativa—. Aunque creo que te verías distinguidísimo con canas.

Alan se miró descontento en el espejo. Luego volteó a ver a Caroline.

—Yo no te puedo imaginar con canas. Así que, como comprenderás, si sólo me la tomo para complacerte…

—Ojalá lo hicieras —chilló Caroline, cuya bondad y gentileza estaban bien documentadas— No quiero ver que te pones viejo, Alan. No quiero que seas feo ni que te enfermes… ni que mueras. Prefiero que me pase a mí. En serio. Prefiero que me pase a mí a que mueras y yo me quede sin ti.

—Lo mismo pienso, pero a la inversa —aseveró Alan con el mismo énfasis, pero de una forma que hizo que ella lo observara de forma inquisitiva.

—Pero, ¿me amarías? —preguntó—, ¿Incluso si me pusiera vieja? ¿Me amarías? —Y luego, sin darle ni un instante para contestar, agregó—: ¿O no?

—Ya sabes que sí, Carrie.

—No, no me amarías. Pero yo a ti sí.

—Si eso es lo que tú crees —dijo Alan—. mejor tómatela tú. Es obvio. Anda, tómatela. Y déjame envejecer.

—¡Ojalá que Humphrey nunca nos hubiera dado esta porquería! —gritó Caroline—. Hay que tirarla al caño. ¡Vamos! ¡Ahora mismo!

—¿Estás loca? —gritó Alan y le arrancó el frasquito de la mano—. ¡Es la única botella en todo el mundo! Según lo que dijo Baxter, un hombre murió para producir lo que hay ahí dentro.

—Y le dolería mucho que la tiráramos —murmuró Caroline.

—Al diablo con él —dijo Alan—. A fin de cuentas, es sólo un regalo de bodas.

Así que lo dejaron justo ahí, en la cornisa de la chimenea, que es un buen sitio para un regalo de bodas, y siguieron adelante con su maravillosa vida.

El único problema era que, con el paso del tiempo, ambos eran cada vez más conscientes de su edad, a tal grado que poco a poco se convirtió en obsesión. Caroline se volvió muy disciplinada en sus visitas al salón de belleza Era patético ver a Alan dilatarse frente al espejo, tratando de decidir si aquel pelo decolorado en la sien era por el sol o si era una cana. Caroline lo observaba. y él la veía observarlo a través del espejo. Se miraban a sí mismos y entre sí, y quien observa la vida de esa forma siempre encuentra algo. Por ende, no hablaré de

aquella tarde en la que el pastel de cumpleaños de Alan llegó con la cantidad incorrecta de velas.

Sin embargo, los dos trataron con desesperación de tomarlo con valentía, y, de hecho, Caroline podría haberlo logrado.

—No será tan malo —dijo—. Afín de cuentas, podremos envejecer juntos.

—¡Una linda pareja de ancianos! —añadió Alan—. ¡Canosos, con dentadura postiza…!

—Aun así, si aún nos amamos… —sostuvo Caroline.

—¡Claro! ¡En un porche! ¡Con rosas!

Ese mismo día, a medianoche. Alan despertó de golpe. Caroline había encendido la luz y estaba inclinada sobre él, mirándolo.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Qué me ves?

—Nada, sólo te estaba mirando.

La mayoría de los hombres, si despertaran a medianoche y encontraran a Caroline cerniéndose sobre ellos, creerían que habían muerto y estaban en el cielo, pero Alan se lo tomó a mal. Pareció pensar que ella estaba examinándolo en busca de poros más grandes, arrugas más profundas, tejidos más flácidos, líneas más desdibujadas y otros indicios de deterioro incipiente, y a ella le costó trabajo negarlo de forma convincente porque eso era justo lo que había estado haciendo.

—Creo que voy a agarrar esa cosa y tragármela en este instante —exclamó Alan, furioso.

—Sí, suena a algo que tú harías —reviró Caroline.

Se puede apreciar que se había gestado una dinámica en la que casi cualquier cosa que hiciera uno de los dos ofendía sin duda al otro.

Las cosas siguieron así hasta el último día del torneo en Forest Hills, que fue el día en que Alan se enfrentó al niño maravilla de California. Notó, como había notado antes, que el mocoso tenía un juego con una evidente falta de refinamiento. Tenía una fuerza tremenda y mucha velocidad, pero nada de refinamiento. Sus reflejos eran insólitos, por lo que era imposible engañarlo con un cambio de ritmo. Pero una cosa son los reflejos; el refinamiento es otra muy distinta. “¿Por qué rayos no dejo de pensar en su refinamiento?”, se dijo Alan antes de que acabara el primer set. Al terminar el último, la respuesta era tan clara como el marcador. El correoso niño californiano le puso la mano en el hombro mientras salían juntos de la cancha. Para un hombre con el que han jugado hasta paralizarlo, la mano del vencedor es una carga pesada.

Sin embargo, Alan se tomó muy bien su derrota y pasó aquella noche descartando las excusas que le inventaron sus amigos.

—Ese hijo de puta simplemente me aplastó en la cancha —les dijo

con una sonrisa triste.

Incluso a pesar de que Caroline les explicó que Alan había estado muy tenso y nervioso a últimas fechas, él no demostró ni el más mínimo indicio de la furia y desolación que aullaban en su interior.

Esa noche, a pesar de la dolorosa fatiga, se quedó despierto durante largo rato después de que Caroline hubiera conciliado el sueño. Por fin, se levantó y se deslizó con una cautela infinita hacia la sala. Levantó el frasquito, desenroscó la tapa y bebió el contenido de un solo trago. Luego fue al grifo detrás de la barra y rellenó el frasquito con agua. Estaba a punto de taparlo de nuevo cuando le vino a la mente un pensamiento urgente, así que buscó entre las botellas y se decidió por un licor amargo. Le añadió varias gotas al agua del frasquito y luego lo asentó de nuevo en la cornisa de la chimenea. Encima había un espejo; Alan lo miró un largo rato y sonrió.

Luego sucedió que Caroline debía representar el papel de una chica agobiada con la carga que representaba su simpática e idiota hermana menor. La joven que interpretaba a la hermana se marchó después de un berrinche, así que tuvieron que conseguir a una nueva de improviso. Uno de los productores, sin siquiera la excusa de un motivo vil, sino por pura buena voluntad embrutecida, nominó a la sobrina de un amigo suyo. Tuvieron que mandar a buscar a la chica, y de inmediato les quedó claro que era la hermanita loca encarnada, pues era ni más ni menos que una versión larguirucha, bocona y de ojos brillantes de una Caroline vulgar, por así decirlo, con una mueca en vez de sonrisa y un tambaleo en vez del maravilloso andar de Caroline; además, en lugar de la expresión alegre de una mañana de primavera que caracterizaba a Caroline, la recién llegada irradiaba un desconcierto feliz, como si el mundo le jugara una serie de bromas demasiado divertidas.

A todos les pareció encantadora y aceptaron la decisión, Caroline incluida. La primera vez que entró en escena. Caroline se quedó entre bastidores para ver cómo le iba. Sólo de verle la espalda notó que la chica se transformaba al entrar en contacto con el público. Apenas si fue una premonición, pero Caroline dio un paso al frente y observó atenta cómo la muchacha interpretaba a trompicones la agradable rutinita que exigía su papel. Era una escena que siempre merecía una ronda larga y afable de aplausos. Aquella vez, cuando la chica salió del escenario, Caroline pensó: “¡Ay, Dios mío! Esos deberían ser mis aplausos”.

Y tenía toda la razón. El sonido que inundaba la sala era de un timbre mucho más febril y más cargado de elogios humanos que el aplauso que premia una buena actuación. Era el sonido de una audiencia enamorada, y Caroline sabía reconocerlo. Lo había oído todas las noches durante muchos años, y lo oyó esa misma noche

cuando, minutos después, hizo su propia entrada. Pero, con razón o sin ella, le pareció que faltaba algo, y para ella ese algo correspondía al extra que el público le había concedido a la larguiruchita.

En el pasillo, afuera de su camerino, un grupito escuchaba con un respeto renovado al productor que descubrió a la muchacha.

—¿Qué opinas de ella, Carrie? —le preguntó con gentileza al verla acercarse.

—Creo que es un amor —contestó Caroline.

—Carrie —dijo—, es el mayor descubrimiento desde que tú saliste a escena aquella noche en Newport.

Caroline sonrió y entró a su camerino. A través de la puerta entreabierta oyó que alguien decía:

—Pero, ¿cree que será buena actriz?

—Déjame decirte algo, muchacho —contestó el afortunado descubridor—. Yo estuve allá afuera durante todo el segundo acto. Cuando hablas con esa niña como estoy hablando contigo, sólo es una niña. Pero, cuando sale a escena…, ¡es la juventud andando! ¡Es la loca, adorable, vertiginosa, desafortunada y torpe juventud de nuestros tiempos! Y te roba el corazón. Así que me importa un carajo si alguna vez aprende a actuar. De hecho, ojalá que nunca aprenda. He montado muchas buenas obras durante los últimos quince años, y recuerdo lo que dijo Wolcott Gibbs sobre cierta dama hace ya bastante tiempo: “Cuando la juventud y la belleza entran en escena, al diablo con Sarah Bernhardt”.

Caroline cerró la puerta.

Aquella noche le comían las ansias por llegar a casa. Sentía que necesitaba a Alan. Se sentía como un animal herido que de forma instintiva busca una hierba amarga, pues es lo único que puede curarlo. Sabía, por así decirlo, qué sabor tenía lo que necesitaba de él: una curación profunda y astringente de su ego magullado, la emanación acre de… ¿cuál de sus cualidades?

“En fin. en él lo encontraré", pensó en el elevador. “Ahí, en su sonrisa fea; en la manera en que…”. Se detuvo en seco. “¿Fea, la sonrisa de Alan? Sí que estoy confundida. ¡Olvídalo! Al menos llegué a casa.”

Entró, pero el lugar estaba vacío. El vacío de la casa propia a medianoche, cuando huiste de otro lugar para ir a ella en busca de consuelo, es una abominación y una injuria, y Caroline se lo tomó así, aunque fuera lo más normal del mundo que Alan saliera mientras ella estaba en el teatro y que volviera después que ella. En tiempos recientes, lo había hecho casi todas las noches, y ella ni siquiera había reparado en ello. Pero esa noche se sintió herida y furiosa.

Caminó de un cuarto a otro, vio la fotografía más grande que

tenían de Alan y se sintió insatisfecha con su sonrisa.

—No es madura —dijo. Se miró en el espejo e intentó, con una dificultad considerable, esbozar una sonrisa propia. Ésa le pareció aún más insatisfactoria, pero por la razón contraria—. Tengo que admitirlo —dijo la hipocondriaca de veintisiete años—: estoy vieja.

Se quedó viendo su reflejo mientras bajaba las comisuras de los labios, y, en el mutismo del departamento, sintió y casi hasta escuchó la erosión inclemente del tiempo. De un instante a otro, las partículas de piel se desgastaban; los folículos de cabello se rompían, se astillaban y se pudrían, como raíces de árboles muertos. Los kilómetros de canales filiformes en los órganos internos se estaban encenagando. como ríos condenados. Y las glándulas, las imprescindibles glándulas, se estaban asfixiando, tapando, corroyendo, desmoronando. Sintió entonces que su matrimonio se desmoronaba y que iba a perder a Alan, además de perder la vida.

Ya tenía los ojos puestos en el frasquito. Lo levantó, desenroscó la tapa y se bebió el contenido. Se mantuvo muy tranquila y controlada cuando fue al baño a rellenarlo con agua y le añadió un poco de quinina para darle un gusto amargo. Puso el frasquito en su lugar, le echó un vistazo a su reflejo mientras lo hacía y se llamó por un nombre tan vulgar y ofensivo que es casi increíble que una chica tan encantadora como ella pudiera enunciar esa palabra.

Cuando Alan volvió esa noche, no le preguntó dónde había estado, sino que lo abrumó de ternura, sintiendo, por supuesto, como si lo acabara de traicionar de una forma inenarrable y como si fuera a abandonarlo e irse a una primavera eterna a la cual él no podría acompañarla.

Siguió de ese ánimo durante las siguientes semanas, y cualquiera creería que Alan habría respondido con una ternura arrepentida equivalente, pero las cosas no siempre son como deberían ser. De hecho, la única inconveniencia que él padeció a causa de su secretito fue que empezó a pensar que estaba casado con una mujer mayor, lo que siempre hace que un hombre se sienta como un gigoló.

Pero el tiempo, que era el culpable de todos esos problemas, siguió pasando, y tanto Caroline como Alan, seguros de su juventud imperecedera, veían en el otro, como con lupa, cada vez más signos de su acelerado deterioro. Alan empezó a sentirse usado y se hizo a la idea de que Caroline al menos debía procurarse una hermana menor. Una noche pasó por el teatro y descubrió que, de cierta forma, ya lo había hecho.

Poco después, Alan empezó a ganar sus partidos de nuevo y con el mismo margen cómodo de antes. Los expertos comentaron que había recobrado su antiguo ardor y agresividad, y esperaban confiados que recuperara su título al año siguiente.

Todo ese tiempo, Humphrey, quien estaba entrenado en la paciencia que requiere cualquier científico para aguardar los resultados de sus experimentos. esperó con paciencia. Cualquiera se preguntaría cómo sabía que los dos se tomarían la poción, pero la respuesta es que le daba lo mismo si los dos se la tomaban o si sólo lo hacía uno o ninguno. Confiaba en que un buen matrimonio sobreviviría al frasquito, y uno malo terminaría destrozado por él, sin importar cómo.

Una noche, muy tarde, sonó el timbre de su casa tres o cuatro veces seguidas. Humphrey arqueó las cejas y se apresuró a abrir. Era Caroline. Su sombrero, cabello, vestido y lo demás se veían igual que siempre: sin embargo, daba la impresión de haber corrido hasta allá. Humphrey la recibió con su fea sonrisa y, sin decir una palabra, la guio hacia la sala, donde ella se sentó, se levantó, caminó un poco y al final se volvió hacia él.

—Dejé a Alan —anunció.

—Esas cosas pasan —dijo Humphrey.

—Fue tu culpa —agregó—. Quizá no en realidad, pero fue esa cosa horrible que nos diste. Humphrey, soy la rata más inmunda y despreciable; soy la peor hipócrita y traidora que puedas imaginarte.

—Lo dudo mucho —dijo Humphrey—. Supongo que eso significa que te la tomaste.

—Sí, a sus espaldas.

—¿Y qué te dijo cuando se lo confesaste?

—No se lo he confesado, Humphrey. No me atrevo. No. La rellené con agua y le puse un poco de quinina, y…

—Dime porqué le pusiste quinina.

—Para darle ese sabor amargo.

—Ya veo. Continúa.

—Ay, me sentí horrible después. No te puedo decir lo horrible que me sentí. Traté, traté con todas mis fuerzas de amarlo más que nunca para compensarlo. Pero es imposible compensar algo así. Además…

—¿Sí?

—Ay, lo arruinó todo, en todos sentidos. Supongo que lo he estado observando… No puedes evitar observar a una persona que está envejeciendo ante tus ojos. Y, cuando observas a alguien así, le encuentras cualquier cantidad de defectos. Y sé que él se sentía así porque… Bueno, a últimas fechas no ha sido muy amable conmigo. Pero es mi culpa, porque yo ya no lo amo. Quizá nunca lo amé.

Al decir eso. empezó a sollozar, lo que era prueba de su auténtica decencia.

—No me digas que ya no quieres ser eternamente joven.

—No, si no puedo volver a amar.

—Bueno, siempre te tendrás a ti misma.

—Qué cruel que digas eso. Qué cruel, aunque sea cierto.

—Ser así implica mucha soledad —afirmó Humphrey—. Pero ese es el precio que pagamos por nuestra pequeña inmortalidad. Tú y yo, y, por supuesto, el viejo Vingleberg. somos animales de una nueva especie. Estamos nosotros —con la mano trazó un círculo a su alrededor— y el resto del mundo. —Se quedaron sentados bastante rato en silencio, aislados del mundo, pero juntos en ese círculo imaginario. La sensación no era desagradable en absoluto—. Claro que —añadió Humphrey— yo solía creer que éramos así por una razón muy distinta.

—Si pudiera… ¡Ay, pero no valgo nada! Te fallé. Y ahora le fallé a él.

—Lo primero fue un error, y se puede remediar.

—Pero lo segundo, no. No podemos vivir con eso.

—Yo creo que sí. ¿Dices que te supo amargo? ¿Estás segura?

—Sí, sí. Era muy amargo.

—Bueno, verás, eso tiene implicaciones importantes. Yo sólo le eché una pizca de sal al agua…

LA POSESIÓN DE ÁNGELA BRADSHAW

Había una vez una joven muchacha, hija de un coronel retirado, que vivía en uno de los suburbios más selectos de Londres y estaba comprometida a casarse con el señor Angus Fairfax. un abogado que cada año ganaba más dinero que el anterior. Esa joven se llamaba Ángela Bradshaw; acostumbraba usar un suéter verde y tenía un Aberdeen terrier, y, cuando las sandalias se pusieron de moda, empezó a usar sandalias. Angus Fairfax era tan ordinario como ella, y por ende sus días transcurrían en circunstancias ordinarias y agradables.

No obstante, un día de septiembre la joven muchacha desarrolló síntomas de una enfermedad terrible. Con un fósforo les prendió fuego a las cortinas del salón y empezó a patear, morder y maldecir como carretonero cuando la sometieron.

La gente cercana creyó que había perdido la cabeza, pero quizás el más preocupado era su prometido. Mandaron llamar a un afamado alienista, quien concluyó que la joven estaba en perfecto estado mental. Le hizo una serie de pruebas habituales para ese tipo de exámenes y determinó que no tenía ninguno de los síntomas más comunes de la demencia.

Sin embargo, cuando terminó de examinarla, Ángela se deshizo en carcajadas, lo llamó idiota y le señaló una o dos cosas que había pasado por alto. Ha de decirse que eran cosas sumamente oscuras que difícilmente sabría una muchacha que en su vida había estudiado psicoanálisis, biología o algo por el estilo.

El alienista se desconcertó y sorprendió muchísimo, y tuvo que reconocer que no era normal que una joven tuviera conocimientos tan vastos; no obstante, el término con que ella lo llamó era indicativo de su ignorancia y mal gusto, pero no era suficiente argumento para diagnosticarle un problema mental.

—¿No la pueden diagnosticar por haber quemado mis cortinas? —

preguntó la madre.

—No. salvo que yo encontrara síntomas de locura —contestó el especialista—. Pero la puede acusar de provocar un incendio premeditado.

—¿Qué? ¿Y mandarla a prisión? —exclamó la madre—. ¡Imagine la vergüenza!

—Yo me encargaría de su defensa, sin costo, y podría lograr que la dejaran ir con un mero regaño —intervino el señor Fairfax.

—Pero igual saldría en los periódicos —comentó el coronel, meneando la cabeza—, Al mismo tiempo, me parece extraordinario que no se pueda hacer nada al respecto. —Dicho eso. le entregó al eminente alienista su cheque y lo fulminó con la mirada. El especialista se encogió de hombros y se fue.

Casi de inmediato. Ángela subió los pies a la mesa (ha de decirse que tenía las piernas bien torneadas) y recitó una serie de coplas vulgares y detalladas para conmemorar la ocasión, lo que despertó la ira de sus padres y su prometido. Eran tan, pero tan vulgares, que no me atrevo a reproducirlas aquí.

En el transcurso de los siguientes días, Ángela hizo toda clase de travesuras irritantes e indignas, pero lo peor fue que siguió declamando rimas pedestres a diestra y siniestra, como la protagonista de una farsa. Su familia mandó llamar a incontables médicos, pero todos concluyeron que su comportamiento no era producto de una pérdida de la razón.

Los padres recurrieron entonces a curanderos que, además de ser incapaces de hacer diagnósticos oficiales, tampoco fueron capaces de curarla. Al final, visitaron a una madama de mala pinta que aseguraba poder ver el alma de la gente.

—Está todo muy claro —les explicó la vieja bruja—. Su hija está poseída por un demonio. Son dos guineas.

Le suplicaron que exorcizara al intruso demoniaco, pero ella dijo que eso les costaría diez, así que los padres contestaron que lo pensarían y llevaron a Ángela de regreso a casa en un taxi.

—Si hubieran tenido la decencia de preguntármelo —les dijo Ángela durante el camino a casa—, les habría dicho desde el principio cuál era el problema. —Después de un interminable regaño por haberles permitido hacer tantos gastos innecesarios, le preguntaron cómo lo sabía—. Es muy sencillo. Se me aparece con frecuencia.

—¿Cuándo? —preguntó el coronel.

—¿Dónde? —gritó la madre.

—¿Cómo es? —inquirió el prometido.

—Es joven y de muy buen ver —contestó Ángela—. Y su conversación es muy entretenida. En general se presenta cuando estoy

sola. Y rara vez estoy sola, salvo que esté en mi alcoba, así que ahí se me aparece, entre las once de la noche y las siete de la mañana.

—¿Y qué te dice? —intervino el padre, estrujando con una mano el ánfora que llevaba en el saco.

—¿Es negro? —exclamó la madre.

—¿Qué es lo que…? ¿Cómo sabe que no es una mujer demonio? —intervino el prometido.

—¿Cómo se te aparece? —preguntó la madre.

—Con frecuencia lo veo a mi lado, después de meterme a la cama —respondió Ángela sin perder la compostura.

—Llevo años pidiéndote que pongamos una cama más grande en esa habitación —le dijo la madre al coronel.

—Hay que exorcizar a ese demonio de inmediato —señaló Angus Fairfax—. pues, una vez que nos casemos, no habrá cama lo suficientemente grande como para albergar a tres.

—No creo que quiera que lo exorcicen —afirmó Ángela—, En todo caso, lo mínimo que puedo hacer es preguntárselo primero.

—Coronel Bradshaw—intervino Angus Fairfax—, espero que comprenda la posición en que me están poniendo. Ante estas revelaciones y todo lo que implican, no tengo más remedio que dar por terminado mi compromiso con su hija.

—¡Pues que te vaya bien! —dijo el demonio, alzando la voz por primera vez.

—Calma, querido —le pidió Ángela.

El señor Fairfax dio un golpecito al cristal del taxista y le pidió que se detuviera.

—En vista de lo que acabo de escuchar —dijo Fairfax—, sería imposible que me demanden por incumplimiento de promesa.

—Los Bradshaw no acostumbramos demandar por incumplimiento de promesa —contestó el coronel—, así como tampoco te demandaremos por no pagar tu parte del viaje en taxi.

Mientras el señor Fairfax buscaba dinero en sus bolsillos, el demonio le recitó una copla de despedida bastante obscena.

Para no hacer el cuento largo, al fin llegaron a casa. El coronel de inmediato le llamó a la vieja madama para que les hiciera una visita domiciliaria, sin importar el costo.

—Quiero a este demonio fuera de la casa antes de las once, señorita —le exigió el padre a su hija, quien contestó con una carcajada.

La vieja madama llegó con una enorme caja llena de polvos, hierbas, huesos, símbolos y sólo Dios sabe qué otras cosas. Oscureció el salón principal y desconectó los aparatos eléctricos. Al final, se le ocurrió mandar al coronel a la calle con una lata de sardinas para que

atrajera un gato callejero.

—No sé por qué. pero a los demonios les gusta meterse en los gatos. —Después de sentar a Ángela en el centro de la habitación y quitar la cobertura ornamental de la chimenea, porque a los demonios con frecuencia les gusta escaparse por la chimenea. la vieja encendió un par de inciensos y empezó a murmurar frenéticamente. Una vez que terminó de decir lo indispensable, encendió un sahumerio lleno de bengalas—. ¡Ven aquí, Asmodeo! —exclamó.

—¡Incorrecto! —contestó el demonio entre risas.

—¡Maldición! —gritó la anciana furiosa, pues las bengalas dejaron ver que el gato se estaba comiendo uno de los huesos que ella había traído consigo—. Era un hueso de san Eulalia, que para los demonios es peor que el polvo de Keating, y me costó veinte guineas —afirmó—. Ahora ningún demonio se querrá meter en ese gato, tendré que cobrarles el hueso, y el coronel tendrá que salir a la calle a buscar un gato nuevo. —Una vez que volvieron a estar listos, la madama empezó de nuevo y encendió otro sahumerio—. ¡Ven aquí, Belcebú!

—Incorrecto de nuevo —respondió el demonio y se rio con más fuerza que antes.

—Nunca lo adivinarán, querido —le dijo Ángela.

La vieja lunática insistió, gastando una gran cantidad de esas bengalas que se suponía que eran especiales. Convocó a Belial, Belfegor, Amón, Paimón, Mammón, Rammón y cualquier otro demonio conocido, pero lo único que recibió en respuesta fueron burlas y risas.

—Entonces, ¿qué demonio eres, desgraciado? —preguntó el coronel finalmente, desesperado.

—William Wakefield Wall —contestó el diablo.

—Podrías habérselo preguntado desde un principio —murmuró Ángela.

—¿Y quién diablos es William Wakefield Wall? —preguntó la madre, indignada— Aunque es un alivio que no sea uno de esos demonios extranjeros, querido mío —le comentó al coronel.

—Debe ser un charlatán —dijo la vieja— Nunca había oído hablar de él.

—Muy pocos filisteos han oído hablar de mí —intervino el demonio con absoluta serenidad—. No obstante, si por alguna razón alguien de este suburbio está familiarizado con los desarrollos más recientes en materia de poesía moderna, sugiero que le pregunten a esa persona.

—¿Eso significa que eres poeta? —exclamó el coronel.

—No soy trovador, si a eso se refiere —contestó el otro—. Tampoco describo en coplas sacarinas las escenas que aparecen en

calendarios llenos de corazones. Si, en cambio, se refiere a la poesía como cierta precisión, intensidad y claridad de…

—Sí, es poeta, padre —dijo Ángela—, Y es muy bueno. Le publicaron un poema en una revista parisina, ¿verdad. Will?

—Si el rufián es poeta —anunció el coronel—, tráiganme una botella de whisky. Con eso lo sacaremos, sin duda alguna. Conozco bien a los de su calaña.

—¡Típica idea militar! —contestó el poeta—. Tal vez la única que tienen. No. coronel, no es necesario que traiga whisky, salvo que quiera beber usted, y puede mandar a volar a esa vieja bruja que lo único que logra es hacerme reír. Saldré bajo mis propios términos o me quedaré aquí por siempre.

—¿Y cuáles son esos términos? —preguntó el coronel.

—Que me permita casarme con su hija —respondió el poeta— Y la entrega de una dote considerable, digna de la profesión con que honraré a esta familia.

—¿Y si me niego? —exclamó el padre, indignado.

—Me quedaré cómodamente aquí —contestó William Wall— Ángela puede comer por dos, y ambos estamos contentos así. ¿Verdad, Ángela?

—Sí, querido —respondió ella—, ¡Pero no seas mano larga frente a mi familia!

—Y seguiremos divirtiéndonos como hasta ahora, claro está —añadió el poeta.

—Querida, creo que hay que consultarlo con la almohada —dijo, dirigiéndose a su esposa.

—Creo que lo mejor sería llegar a un acuerdo antes de las once, querido —contestó su esposa.

No parecía haber otro remedio que llegar a un acuerdo con el demonio. Una vez que el poeta salió y demostró ser un joven bastante presentable, aunque de lenguaje un poco libertino, cumplió con las expectativas de sus suegros al demostrarles que venía de una familia de renombre.

Les explicó que conoció a Ángela en el vestíbulo de un teatro durante el intermedio, la miró a los ojos (pues le atraía mucho) y quedó tan prendado y fascinado que no tuvo más remedio que tomar posesión de ella. Eso derivó en una pregunta incómoda por parte de la señora Bradshaw que el poeta no tuvo más remedio que contestar de forma afirmativa, pero ha de decirse que los jóvenes tienen estándares diferentes en estos tiempos. Se casaron casi de inmediato y, cuando el escritor cambió de rubro y empezó a producir novelas, su situación financiera mejoró considerablemente y les permitió pasar todos sus inviernos en la Costa Azul.

CANCELE TODO LO QUE DIJE

¡Denle la primavera al viajero! Porque, ahí donde los muros blancos se agolpan entre las rocas y el bosque, el primer narciso es un portento admirable: porque entre los techos amigables hay más planos, más diversidad de tonos lilas, ciruelas y rosas donde la última escarcha puede humedecer, deslumbrar, empañar: por el tintineo de las voces infantiles, similar a la ruptura del hielo, y el atractivo de sus botitas para la lluvia; por el desconfiable fulgor del cielo que se cierne sobre Tarrytown, y el aire oriental que lucha sobre la llanura: por el alegre y angustioso cuchicheo en la mesa del desayuno, y la cuenta por pagar sobre el plato, ¡denle la primavera al viajero!

A Henry Sanford II, un hombre ligeramente encorvado, de tez oscura, esbelto y con el abdomen hueco, que vestía un holgado traje gris con un toque de tweed —un tweed bastante gastado, por cierto—, se le concedió la totalidad de esa deliciosa estación. Era la última mañana de abril. La linde del bosque, que rodeaba ambos lados del jardín, humeaba y resplandecía en medio del aire impoluto, y los capullos brotaban, las ramas relucían, los pájaros entraban y salían volando en un abrir y cerrar de ojos, y sus cantos viajaban como rumores líquidos entre el despertar de los árboles. Edna había puesto un pie sobre el escalón. A ella también se le había hecho temprano para el desayuno.

La noche anterior se había sentido tan cansada, pues había viajado desde California —y con la pequeña Joyce inquieta durante todo el trayecto—, que incluso podría decirse que aún no había llegado a casa: sin embargo, luego de haber dormido, por fin sintió que estaba llegando, y que esta mañana primaveral se había dispuesto a recibirla. “Después del desayuno”, pensó Henry, “habrá tiempo de pasear juntos por el jardín, antes de tomar mi tren.”

La pequeña Joyce, la más madrugadora de los tres, ya se encontraba afuera. Con sus rizos dorados flotando en el aire, parecía un narciso, una pequeña hada que corría chirriando entre un manzano

y un peral y un ciruelo recién plantados, y miraba sus pequeñas y frágiles ramas como si esperara encontrar alguna flor por ahí. Dado que los árboles frutales recién plantados poseen los trazos ingenuos e inseguros de un dibujo infantil, era como una Proserpina en el jardín de niños, deseosa de añadir ella misma las flores. De hecho, puesto que era más optimista de lo que suponía su padre, y mucho menos poética, la niña en realidad buscaba fruta.

Joyce entró corriendo a la casa mientras Edna bajaba las escaleras, y la familia se sentó a desayunar, sonriendo como en un comercial. Había muchas noticias que compartir, así que aquello era como recibir una enorme montaña de correspondencia. Edna había vuelto de visitar a sus padres.

—Mi padre decidió posponer su año sabático —dijo Edna: su padre era profesor en la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA)—. Quiere esperar a que terminen las guerras. Tal vez se tome esa pausa un año antes de jubilarse. Entonces sí podrá conocer China como se debe.

—¡Viejo suertudo! —comentó Henry—. Desearía que nos dieran un año sabático en el museo. Dios mío, en una mañana como ésta, y contigo de vuelta, me serviría mucho tomarme un día sabático. Es una pena que hayas estado tan cansada ayer en la noche. ¡Maldito museo!

—Eso me recuerda una cosa —añadió Edna—, Tengo que confesarte algo terrible, querido.

—¿Terrible? —preguntó Henry—. Espero que no se trate de ningún gasto exorbitante. Estamos bastante apretados de dinero.

—No es eso —le aseguró ella— Aunque quizás es peor. En aquel momento, me pareció una enorme ridiculez. Ya sabes que las cosas se ven muy distintas cuando estás allá.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —insistió Henry—. ¿A qué quieres llegar con todo esto?

—Joyce —dijo Edna—, ¿ya te terminaste la leche? Sal al Jardín, cariño. Ve a ver si tu mesita y tu sillita siguen ahí.

—Mami, quiero saber qué fue esa cosa ridicula que hiciste.

—Tú no puedes escuchar esto, cariño. No es apto para los oídos de una niña.

—¡Pero, mamá!

—Joyce —le advirtió Henry—, Tu madre te pidió que salieras. Sal ahora mismo, por favor. De inmediato. Eso es. Y bien,

Edna, ¿qué rayos sucede?

—Pues bien, fue cuando pasé esa semana en la casa de los Dickinson. Un día había un hombre ahí, a la hora del almuerzo…

—Ah, ¿sí? A ver, continúa.

—Trabaja en el mundo del cine.

—¿Es actor? —exclamó Henry—. ¡Dime que no era actor!

—No, no era actor. Aunque, después de todo, ¿por qué no? Sin embargo, trabajaba en una de las compañías grandes. Se veía bastante decente. Bueno, sé que fue una ridiculez de mi parte…

—Continúa —la animó Henry.

—Se fijó en Joyce. Ella se estaba luciendo un poco: ya sabes cómo le gusta lucirse. De cualquier forma, me rogó que le permitiera hacerle una audición.

—¿A Joyce? —preguntó Henry—. ¡Vaya, vaya, vaya! ¿Eso es todo? ¡Ja, ja, ja!

—Pero sí lo hice. La llevé al estudio. Lo dejé hacerle la audición.

—Bueno, después de todo, ¿por qué no? —dijo Henry— Si te produjo placer. Claro que no hay forma de que te vuelvas escrupulosa, querida, cuando se trata de desperdiciar el tiempo y dinero de la gente. Lo mismo sucede cuando vas de compras. ¿Te dieron alguna foto?

—No. No te dan ninguna foto. No sé por qué los dejé hacerlo. Fue una tontería. No quería parecer estirada.

—Desearía que no lo hubieras hecho —confesó Henry—. No es apropiado para una niña. Ya de por sí es insegura. En serio no sé cómo pudiste hacer algo así, Edna. Uno no tiene derecho a ser tonto, como tú lo llamas, cuando los niños van de por medio. —Siguió largo rato haciendo énfasis en ese argumento.

—Tienes toda la razón —aceptó Edna— Pero ya deja de meter el dedo en la llaga. He aceptado que fui una tonta y que lo siento mucho. Ahora ya es tarde; ya no veremos el jardín. Debes irte para alcanzar el tren.

—Es tu culpa —la regañó él— por haber llevado a la niña a ese maldito estudio de cine. El jardín tendrá que esperar. Adiós, me voy.

Henry abordó su tren y disfrutó mucho el paisaje hasta las afueras de la ciudad, donde la bruma primaveral se había vuelto espesa y grisácea, y el día había perdido su floración. Afuera de la oficina de Henry, en el edificio del museo, el parque se veía pálido y amenazante y aburrido en comparación con el vecindario de Tarrytown. La mañana fue tediosa, y el almuerzo, aburrido: después de la comida, sonó el teléfono de Henry.

—¿Señor Sanford? Hablamos de la oficina de Cosmos Films, en Nueva York.

—Si, dígame.

—Señor Sanford, ¿supo de la prueba de pantalla que le hicimos a su adorable chiquilla? Bueno, pues le he estado llamando a su casa, señor Sanford. Pero al parecer no había nadie ahí. Por fortuna, pudimos localizarlo en su oficina.

—Ya veo. Pero, ¿por qué?

—Le tengo muy buenas noticias, señor Sanford. De hecho, debo extenderle mis más sinceras felicitaciones. Me pregunto si podríamos reunirnos para conversar un poco.

—Será mejor que me lo diga de una buena vez —dijo Henry, al intuir lo que vendría después—. Me temo que me encuentra en un momento muy ocupado de mi vida.

—La realidad es que —continuó el otro— nuestra oficina en Hollywood está muy interesada en los resultados de la prueba de pantalla de su pequeña. Creo que. si me concede una reunión, podría decirle algo de sumo interés para usted.

—Me resulta imposible de creer —respondió Henry, con un sadismo ostentoso—. Muchas gracias. Adiós.

—Señor Sanford. Señor Sanford —insistió la voz al otro lado del teléfono—. Es que usted no lo entiende. Por favor, no cuelgue.

—¿Entiendo que le está ofreciendo a mi hija un… un contrato fílmico? —preguntó Henry.

—Bueno, sí. señor Sanford. Creo que puedo conseguir eso.

—Y yo creo que puedo conseguir rechazarlo —respondió Henry.

—Pero, señor Sanford. ¿se da cuenta? ¿Se da cuenta de la cantidad de dinero que implica esto, de lo mucho que puede aumentar en el futuro? La fama. El prestigio internacional… Señor Sanford. sólo le pido que lo piense un poco, que lo considere

—Mi querido señor —prosiguió Henry—, considero que todo esto es una broma de muy mal gusto.

—Le aseguro que no —dijo la otra voz con la angustia propia de la sinceridad—. Esto es Cosmos Films. Si tiene dudas, vuélvame a llamar. Soy Maurice Werner. Sólo devuélvame la llamada.

—Quiero decir —explicó Henry— que la fama, el prestigio y todas esas cosas me parecen bromas de muy mal gusto. No quiero que mi hija esté involucrada en su industria. Odio a los niños histriónicos. Ahora, debo despedirme.

Tras decir esto, colgó el teléfono, con lo cual ahogó un grito de protesta al otro lado de la línea.

Retomó su trabajo, el cual, curiosamente, estaba relacionado con licitaciones para la instalación del cableado eléctrico de las vitrinas del museo. El gusto con que había reprendido los poderes de la oscuridad espiritual menguó un poco de cara a aquellas cifras estratosféricas del alumbrado cultural. Acarició la escama de un fósil que le servía de pisapapeles, el cual, durante el invierno, había irradiado en la grisura de su oficina un poco de luz solar almacenada a lo largo de cuatro mil años. Sin embargo, hoy sólo parecía un pedazo de piedra. No obstante, en la grisura quedaba algo (muy vago, muy

elusivo): el simple recuerdo de un resplandor dorado.

De pronto recordó el chaleco amarillo. O, más bien, lo vio. Vio el chaleco, y se vio a sí mismo dentro del chaleco, en las escaleras de una pequeña pero sólida casa de campo: un hombre con pasatiempos, un académico, un caballero.

Ese chaleco llamativo pero secreto, de un color maíz profundo pero brillante, como el amarillo canario, no era del todo imaginario. Hacía siete años, durante su luna de miel, Henry y Edna visitaron Europa, incluyendo Inglaterra, y en Inglaterra fueron al hipódromo. En el potrero, Henry vio a un hombre mayor con la cara roja y el pelo blanco. Mientras lo observaba escuchó a alguien decir "¿Ves a ese viejo con la cara roja y el pelo blanco? Es lord Lonsdale. El que trae puesto el chaleco amarillo".

Henry lo había observado con detalle y le pareció que su enrojecida señoría era mucho más interesante que los caballos. Se percató de cuán ancha era su ropa de tweed color blanco con gris, la cual, junto con los bigotes laterales y las mejillas redondas como manzanas, hacían que el viejo pareciera un granjero cualquiera junto a la elegante multitud. Henry, que tenía muy buen gusto, reconoció este toque bucólico como la marca de un verdadero príncipe.

Sin duda alguna, el chaleco amarillo era tanto la clave como la firma de su obra maestra. "Si eres gordo", pensó Henry, "sin duda tendrías que ser príncipe para poder ponerte un chaleco de ese color. En cambio, si un hombre delgado fuera extremadamente rico y viviera de la forma apropiada…"

—¿A quién miras con tanto interés? —le preguntó Edna en aquel entonces.

—A nadie en particular —contestó él—. ¿Ves a ese viejo con la cara roja? Creo que escuché a la gente decir que era lord Lonsdale.

—Debe ser un viejo encantador —comentó ella.

Desde entonces, cuando Henry estaba meditabundo y ausente, se imaginaba el chaleco amarillo, lo cual le producía un efecto similar a leer el poema de Wordsworth sobre los narcisos. Cuando se enteró de que lord Lonsdale había muerto, casi se sintió como un heredero perdido.

Una vez, en el aparador de Abercrombie & Fitch, vio un chaleco que no era tan arrogantemente inservible, pero casi. Pensó en la larga historia de la humanidad y en los miserables setenta años que llevaba formando parte de ella. Y en todo ese tiempo, no había habido ningún chaleco amarillo.

¿Quién más lo usaría? Henry analizó la trivialidad de la vida y las apariencias insatisfactorias de los millonarios. Era difícil imaginar al señor Ford vestido con un chaleco de esa clase. Su alma clamaba por

el chaleco, y el chaleco clamaba por él. Se necesitaban el uno al otro. Un pedazo de vidrio y un mísero par de millones de dólares los separaban por completo.

"Ese hombre, el flaco de cabello oscuro y brillante, es Henry Sanford, el arqueólogo millonario."

"Debe de ser encantador."

El chaleco amarillo nunca antes había destellado con tanta insistencia en los rincones más oscuros de la mente de Henry; todo el ocio, la posición social, la buena vida y el encanto que simbolizaba no le había quedado tan claro como esa tarde. Había pasado una hora, y Henry no había podido avanzar con sus informes de trabajo. Entonces volvió a sonar su teléfono.

—¿Habla el señor Sanford? ¿Podría esperar en la línea? Hablamos de Cosmos, en Hollywood. El señor Fishbein desea hablar con usted.

—¡Con un demonio! —masculló Henry.

—Señor Sanford, decidí llamarle directamente para ofrecerle mis más sinceras disculpas.

—¿Cómo? Ah, no se preocupe.

—Supe que nuestra filial en Nueva York le hizo perder su tiempo, que lo ha hostigado.

—Oh, no. De verdad. Sólo me llamaron por teléfono.

—Sabemos lo que representa el museo, señor Sanford. Para varias de nuestras estrellas, es su primera parada en cuanto pisan Nueva York. En Hollywood nos hemos dado cuenta de lo que significa un museo en términos de historia, autenticidad. Me temo que nuestra oficina de Nueva York fue un poco brusca.

—Para nada —aseveró Henry—. En absoluto.

—*A* menudo me pregunto lo que la gente pensó cuando el primer griego esculpió la primera estatua —continuó la voz imperturbable, suave e irresistible, como la de un conferencista que lee sus notas después de la cena—. Supongo que lo hicieron menos, pensando que se trataba de algo pasajero, algo que no había llegado para quedarse. Supongo que a un aristócrata griego no le hubiera gustado la idea de que su hijo actuara como una ninfa o un querubín. Señor Sanford, le aseguro que hay una gran diferencia entre el prodigio malcriado de la época del teatro Victoriano y el niño genio natural, simple, sano y normal de las películas, que. para fines prácticos, no está consciente de la presencia de la cámara.

—Sí, claro, claro —respondió Henry.

—Me hubiera gustado que se reuniera con algunos de nuestros niños actores de Hollywood —continuó el señor Fishbein—. Me refiero a los dos más importantes, que han sido criados bajo la supervisión de sus padres, además del apoyo de un psiquiatra calificado. Le aseguro

que disfrutaría mucho pasar un rato con esos educados jóvenes. ¿Alguna vez ha pensado, señor Sanford, que en cualquier escuela moderna le pedirán a su hija que participe en obras de teatro infantiles con el fin de fomentar la inclinación por las artes dramáticas?

—Hay una diferencia enorme entre una cosa y la otra —afirmó Henry.

—Claro que hay una diferencia —continuó el señor Fishbein—, de entre dos y tres millones de dólares. Y no me refiero al sueldo, señor Sanford. aunque estamos ofreciendo un gran papel que me atrevería a decir que se trata de la oportunidad más grande para cualquier actor infantil en la historia del cine. Pero, ¿alguna vez ha pensado en los patrocinios, las regalías sobre juguetes. ropa interior infantil y esa clase de cosas? Sin embargo, no esperaría que a un hombre de su categoría le interesara esa fase de la producción. Sé que piensa que la publicidad y la propaganda arruinarían a su pequeña hija. Pero, si viera a las madres con las que tenemos que lidiar en el set, entonces sabría quiénes son las verdaderas culpables de maleducar a sus hijos. Con padres como usted, su pequeña podría ir a la Universidad de Bryn Mawr cuando termine de trabajar aquí, y, de no ser por su vestimenta. nadie podría distinguirla de cualquier otra joven que vive en el campus. Bueno, pues ha sido un verdadero placer conversar con usted, señor Sanford. Espero que me deje visitarlo en su museo la próxima vez que vaya de viaje al este; me encantaría echarles un vistazo a esas espléndidas fotos y bustos. Por cierto, ¿ustedes que pertenecen al mundo artístico qué opinan sobre la situación en que se encuentra el cine en la actualidad?

—Bueno… —dudó Henry.

Quince minutos después, seguía diciendo “bueno”. Al parecer el señor Fishbein tenía mucho que decir.

—Sin duda, tiene mucho que decir al respecto —señaló Henry—, Debo admitir que no había pensado en algunos de esos puntos antes. Le llamo mañana en la mañana, señor Fishbein. Y le daré una respuesta definitiva.

Henry colgó el teléfono. Se dio cuenta de que estaba muy emocionado y respiraba más rápido que de costumbre. Su mente parecía girar a toda prisa, pese a que no producía ningún pensamiento.

—Para un niño —se dijo al fin—, hay una diferencia enorme entre tener un padre abrumado por el trabajo, mediocre, quebrado y eternamente malhumorado, y el tipo de padre en el que podría convertirme.

“¿Quién es ese arqueólogo millonario de cabello oscuro, delgado y distinguido con el chaleco amarillo? Se ve encantador.”

“Es mi papi."

(Eso fue en el campus de Bryn Mawr. Las jovencitas fueron particularmente encantadoras ese año.)

—¡Diablos! —exclamó Henry—. Debo sacármelo de la cabeza. En más de un sentido. También debería sacarme los prejuicios.

Finalmente, se levantó de su asiento para ir a tomar el tren de siempre y por poco lo arrollan cerca de la entrada a la estación Grand Central, algo bastante más común de lo que cualquiera creería.

“Si hubiera muerto arrollado por ese taxi”, pensó Henry, “¿qué habría sido de mi vida?”

Bates se encontraba en el tren. Bates era editor, e iba acompañado de otro hombre del distrito de Tarrytown, de apellido Cartwright, un hombre rechoncho y alegre que usaba lentes brillantes. Poco después de que Henry se sentara, llegó un cuarto hombre. Nadie sabía su nombre porque rara vez abría la boca, pero tenía la piel cetrina, la mandíbula puntiaguda, una sonrisa torcida y una mirada atenta y comprensiva. Al parecer lo conocían muy bien, pero Dios sabe cómo; siempre los acompañaba cuando viajaba en el tren, sin iniciar nunca una conversación, respondía con monosílabos y asentía de forma cordial cuando ellos se bajaban en Tarrytown. Él se quedaba en el tren. Cuando no estaba ahí, lo extrañaban. Valoraban su asentimiento y su sonrisa astringente.

El tren arrancó, y Henry esperó a que salieran de la estación. Luego compartió sus noticias y observó las reacciones de los demás con detenimiento.

—¿No van a creer quién me llamó hoy? —dijo él—. El gran Fishbein. En persona, como les encanta decir. Me llamó desde Hollywood. Habló durante casi media hora. Al parecer quieren que mi mocosa, Joyce… Bueno, pues quieren convertirla en una estrella infantil. “La estrella infantil de los próximos siete años”, declaró él.

Los demás se rieron de buena gana.

—¿Cómo superas eso? —preguntó Cartwright—, ¡Qué absoluto descaro!

—Seguro creyó que aceptarías sin pensarlo —añadió Bates—. ¡Cuando recuerdo lo que hacen con nuestros libros!

—Ya imagino a Sanford siendo un papi hollywoodense —propuso Cartwright—. Sobre todo, si se deja las canas. ¿Qué le dijiste? Que preferirías ver a tu hija muerta a tus pies, ¿o qué?

—Bueno —titubeó Henry—, le dije que lo pensaría.

—Ah. pero… Bueno, por supuesto, es asunto tuyo, viejo —contestó Cartwright—. Pero no creo que sea algo que se tenga que pensar mucho.

—Mi reacción fue la misma que la tuya… en un inicio —agregó

Henry—, De cualquier forma, habló de dos o tres millones de dólares, y me da la impresión de que el tipo no es un mentiroso descarado. Hay que pensarlo un poco antes de rechazar una oferta como ésa. Y ni siquiera para ti mismo, sino para alguien más.

—Es mucho dinero —reconoció Cartwright—. Supongo que no están buscando a un hombre viejo para actuar de mayordomo o clérigo, ¿o sí? A mí me gustaría que me dieran la oportunidad. Pero una niña…

—Hubo un par de cosas que dijo Fishbein que me impresionaron —continuó Henry—. El hombre no es nada tonto, ¿saben? Estuvo de acuerdo con mis opiniones sobre algunas de estas estrellas infantiles, pero dice que los culpables son sus padres. Al parecer los estudios cinematográficos son muy cuidadosos con los mocosos. Hasta tienen psiquiatras en el set…

—¡Maldita sea! —exclamó Bates—. Mira, yo he estado ahí un par de veces, para ver cosas de mis libros.

—Pero muestra sus buenas intenciones —argumentó Henry—. Me dijo también otra cosa. Al parecer el IQ de esos jóvenes siempre está muy por encima del promedio.

—Tanto peor—agregó Bates— para el IQ.

—El IQ no lo es todo —apuntó Cartwright—. ¿Cómo son al convertirse en adultos?

—Es demasiado pronto para saberlo —respondió Henry—, Tal vez muy bien. Después de todo, es una experiencia más. Si un niño tiene esa clase de talento…

—¡Ay, por favor! —se quejó Bates.

—Ella tiene derecho a desarrollarse a su manera —argumentó Henry, obstinado—. A fin de cuentas, mi esposa y yo estaríamos presentes.

—Henry —señaló Bates—. te pareces a algunos de nuestros autores cuando reciben ofertas para aventurarse por su cuenta. ¡Esos pobres diablos lo tienen todo resuelto en el papel!

—Creo que hay una diferencia significativa —dijo Henry—. Dos o tres millones de dólares son…

—La cantidad da igual —arguyó Bates— cuando la calidad del dinero es pésima. No es dinero de verdad. Henry. Son hojas muertas, eso es todo.

—Muertas, pero de envidia —dijo Henry, mirando a su silencioso compañero en busca de aprobación—. Pienso que, cuando Joyce sea mayor, lo verá de otra manera. Debo admitir que no me agrada mucho tu reacción. Ni la tuya, Cartwright. Si te miras al espejo, verás que estás atrasado como una década. La rigidez y estrechez de miras son reales. En estos días, la gente del cine suele ser culta. A fin de cuentas,

de cierta forma son artistas.

—Dicen que con dinero baila el perro —señaló Bates—. Creo que ya lo veo bailar, Henry, y sus pasos son horribles.

—La envidia también es algo horrible —reviró Henry—. Debo decir que… —Guardó silencio un segundo—, ¿Tú qué piensas? —le dijo al hombre silencioso.

—No lo sé —respondió el hombre, sobándose la mandíbula puntiaguda y torciendo la boca de forma abominable—. No lo sé. ¡Por Dios santo! Aprendo mucho de lo que ustedes hacen. ¡Maldita sea! Yo vivo en una cabañita con cuatro estancias. Es lo único para lo que me alcanzó. ¿Saben por qué? Porque quería que fuera sólida. Quería comprar un poco de madera seca, eso es todo. Quería saber lo que era usarla para construir. Ustedes, en cambio, hablan de hijos, esposas y Dios sabe qué otras cosas. ¿Cómo pueden con todo eso? Seguro comen margarina. Todo es margarina, casi todo. Una anciana me hizo de comer, y le dije: "No me des nada de eso, no me gusta. No me gusta que me insulten. No me des comida enlatada, no me des comida hecha con margarina". Todo el sueldo se me va en mantener la cabaña de cuatro estancias. ¡Esposas! ¡Familias! ¡Conexiones con Hollywood! ¡A mí me huele a margarina!

Luego de ese sorprendente arrebato, retomó su silencio habitual. Era obvio que no había escuchado ni entendido nada sobre la estupenda oferta. La noticia había pasado por el filtro de sus prejuicios. El tren comenzó a desacelerar al acercarse a Tarrytown.

—Bueno, caballeros —dijo Henry, cáustico, mientras recogía sus pertenencias—. Si antes tenía dudas, ustedes me han ayudado a tomar la decisión. Gracias. ¡Y hasta luego! Mañana mismo aceptaré la oferta del señor Fishbein. —Apretó los labios y asintió con amargura para despedirse.

Bates y Cartwright, ambos rojos de furia, respondieron con la misma rigidez y esperaron a que Henry fuera el primero en bajar. El hombre de mandíbula puntiaguda lo miró con aparente desconcierto. Henry desvió la mirada y se bajó del tren.

Luego condujo a casa, todavía echando humo.

—¡Hola, querido! —dijo Edna.

—¡Hola, papi! —exclamó la pequeña Joyce, corriendo hacia él y esbozando una enorme sonrisa que mostraba sus hoyuelos, con los brazos extendidos y jalándose los rizos: realmente su acto era muy efectivo.

—¡Hola, Narcisa! —le devolvió el saludo, abrazándola—. ¿Te gustó California, cariño? ¿Te gustaría regresar ahí?

—¿Qué dijiste? —preguntó Edna.

—Olvídalo —respondió él—. Mira nada más, ya son las siete. Esta

niña debería estar en la cama. Debe mantener ese talento para la coreografía.

—Escúchame —comenzó Edna.

—No puedo —contestó él—. Tengo que escribir y despachar una carta. Ahora mismo la haré. Pide que retrasen la cena un poco, ¿sí? Eres un ángel.

Fue al escritorio que se encontraba en su recámara, movido por un impulso sobrecogedor de hacer algo definitivo, categórico. Tenía que propinar un único golpe que destruyera el mundo de Westchester y los museos.

—¡Maldito esnobismo intelectual y mezquino! —se dijo a sí mismo mientras agarraba el bolígrafo.

Le escribió a su jefe en el museo. El documento empezó siendo una carta de renuncia, en la que solicitaba que algunos de sus días de vacaciones pendientes coincidieran con el periodo normal de notificación, de tal forma que Henry no tuviera que volver a poner un pie en la oficina.

Henry se recargó en su asiento e inspeccionó los formales párrafos que acababa de redactar, pero le parecieron algo negativos. “Esta no era la manera”, pensó, “en que el hombre del chaleco amarillo debía despedirse de las mentes grises”. Torciendo un poco el labio, agregó un par de frases urbanas y aterradoras para que no quedara la menor duda de la clase de hombre con la que estaban tratando.

Bajó deprisa las escaleras.

—¿Pueden servir la cena? —inquirió Edna—. De lo contrario, se echará a perder.

—Traigamos la cena nosotros mismos —propuso él—. Quiero que May vaya rápido al pueblo a llevar esto. Que sólo vaya a la oficina de correos.

Poco después, se sentaron a la mesa.

—Henry —dijo Edna—. no es necesario que bromees sobre ese incidente.

—¿Cuál incidente? —preguntó él—. ¿Bromear sobre qué?

—La forma en que te referiste a su “talento para la coreografía” —respondió Edna—, Esta mañana te di la razón. Hoy. al estar de vuelta en casa, estuve pensando al respecto y me arrepiento más que nunca. Pero, Henry, algunas personas pueden cometer una tontería una vez, y eso no significa que dejen de importarles sus principios o las cosas. Es lo que significa ser una mujer débil. Me alegra que tú no seas una mujer débil, Hen.

—Edna —continuó Henry—, El instinto existe. Desde nuestro punto de vista, nuestro anterior punto de vista, estás equivocada porque hiciste lo que hiciste sin saber algunas cosas que lo

justificaban. De hecho, hoy he estado investigando todo el asunto y he descubierto que tu instinto iba por muy buen camino.

—No entiendo —confesó Edna.

—Hoy —dijo Henry, sonriendo— he decidido aceptar una increíble oferta para Joyce. he renunciado al museo, y…

—¿De qué hablas? —exclamó Edna—, ¿Te refieres a una oferta para que Joyce salga en películas? ¡No!

—Pues sí —afirmó Henry— Justo a eso me refiero. La ayudará a desarrollarse. El sistema es maravilloso. Hablé al respecto con el mismísimo Fishbein. ¡En persona! Psiquiatras, nutriólogos, toda la cosa.

—¡Esas son puras sandeces! —se quejó Edna—. Henry, ¿qué te está pasando?

—¿Recuerdas ese abrigo de visón? —preguntó Henry.

—¿Estás bromeando? —respondió Edna—, ¡No! ¡Hablas en serio! ¿Quieres decir que debería dejar que Joyce se vaya a hacer películas para que yo pueda tener un abrigo de visón? ¿Tú? ¿Henry? Dios santo, llevamos diez años de casados y…

—No seas tonta —comentó Henry—. No se trata de un abrigo de visón. Sólo lo utilicé como una especie de símbolo para toda clase de cosas.

—Y qué buen símbolo —señaló Edna—. No, gracias. —Se puso de pie y caminó hacia la ventana—. Espera un minuto —dijo ella, dándose la vuelta mientras Henry empezaba a hablar—. Todo esto me parece un poco irreal, como si se tratara de una terrible obra de teatro o algo por el estilo. Pero ahí está. Has destruido todo. Todo. Nuestra forma de vida, nuestros valores… y también a ti mismo. Ya no sé ni quién eres. No sé con quién he estado viviendo.

—Esto es absurdo —observó Henry—. Ya veo que no tiene sentido discutir contigo en este momento. Cuando analices la situación a detalle, cambiarás de parecer.

—¿Eso crees? —preguntó Edna con voz sombría.

—No importa lo que hagas —contestó Henry—, está decidido. He renunciado al museo. Y aceptaré la oferta.

—Yo soy la madre de Joyce —subrayó Edna.

—Y yo soy su padre —puntualizó Henry—. Y tu esposo.

—No —dijo Edna—. ¡Dios mío! ¡Qué curioso es todo esto! Podrías haber tenido una amante, podrías haberte vuelto alcohólico. Hubiéramos vivido entre lágrimas, peleas y miseria durante meses y años. Aun así, no hubieras dejado de ser mi esposo. Pero ahora dices unas cuantas palabras tontas y ya no lo eres. Simplemente ya no lo eres.

—Baja la voz —pidió Henry—. Escuché entrar a May. —May entró

directamente al comedor—, ¿Alcanzaste al correo? —inquirió Henry —. Mi renuncia —le aclaró a Edna.

—Tendrás que retractarte —exigió Edna.

—Deberías haberla leído —dijo él. sonriendo.

—Sí, señor —dijo May—, y el chico de Western Union me alcanzó para entregarme este telegrama. —Le entregó el telegrama a Henry.

—Seguro es de Hollywood —observó él, mientras lo abría. Hay una enorme diferencia entre la forma en que la gente de distintos ámbitos sociales abre sus telegramas, pero Henry enfrentó esta tarea con la superioridad de quien ya traía puesto el chaleco amarillo. El telegrama, sin embargo, lo dejó desnudo. Sí que era de Hollywood:

CANCELE TODO LO QUE DIJE
FISHBEIN

EL PERSEGUIDOR

Nervioso como un gatito. Alan Austen subió unas escaleras oscuras que crujían a su paso en el vecindario de la calle Pell, y durante largo rato miró las puertas desde el sombrío rellano hasta encontrar el nombre que buscaba escrito de forma ilegible en una de ellas.

Empujó la puerta, como le habían indicado, y entró en una habitación minúscula sin muebles, salvo por una mesa de cocina, una mecedora y una silla común y corriente. En una de las paredes sucias color ocre había un par de repisas que contenían quizás una docena de botellas y frascos. Un anciano estaba sentado en la mecedora leyendo el periódico. Alan, sin pronunciar palabra, le entregó la tarjeta que le habían encomendado.

—Siéntese, señor Austen —le indicó el viejo con mucha cortesía—. Encantado de conocerlo.

—¿Es cierto que posee una mezcla que tiene… eh… efectos bastante extraordinarios? —preguntó Alan.

—Querido señor —respondió el viejo—, no cuento con miles de productos (por ejemplo, no vendo laxantes ni pastas dentales). Sin embargo, mi oferta es única y variada. Además, nada de lo que vendo tiene efectos que pudieran describirse como ordinarios.

—Bueno, el hecho es que… —empezó a decir Alan.

—Por ejemplo, aquí —interrumpió el viejo, tomando una botella de la repisa—. Aquí tengo un líquido transparente como el agua, igual de insípido, casi imperceptible si se agrega al café, la leche, el vino o cualquier otra bebida. Es igualmente imperceptible durante una autopsia, sin importar el método.

—¿Quiere decir que es veneno? —exclamó Alan, horrorizado.

—Si lo prefieres, puedes llamarle líquido para limpiar" —comentó el viejo con indiferencia—. La vida requiere limpieza.

También puedes llamarle “removedor de manchas”. “¡Fuera, mancha maldita!" ¿Eh? “¡Fuera, vela breve!”

—No quiero nada por el estilo —afirmó Alan.

—Quizá sea lo mejor —dijo el viejo—. ¿Sabes cuánto cuesta esto? Por una cucharadita, que es más que suficiente, pido cinco mil dólares. Nunca menos. Ni un centavo menos.

—Espero que sus otras mezclas no sean igual de costosas —señaló Alan, con preocupación.

—No, claro que no —aseguró el viejo—. Sería inútil, por ejemplo, cobrar esa cantidad por una poción de amor. La gente joven que requiere una poción de amor rara vez tiene cinco mil dólares. Si los tuviera, no necesitaría una poción de amor.

—Me alegra escucharlo decir eso —afirmó Alan.

—Así lo veo yo —continuó el viejo—. Si complaces a un cliente con un artículo, seguro volverá cuando necesite otro. Incluso si es más costoso. De ser necesario, ahorrará para comprarlo más adelante.

—Entonces —prosiguió Alan—, ¿de verdad vende pociones de amor?

—Si no vendiera pociones de amor—dijo el viejo, agarrando otra botella—, no habría mencionado los productos más costosos. Es sólo cuando uno está en posibilidades de complacer a alguien que puede darse el lujo de la confidencialidad.

—Y esas pociones —comentó Alan— no son sólo para… sólo para… eh…

—Oh, no —continuó el viejo—. Sus efectos son permanentes y duran mucho después del encuentro casual. Pero lo incluyen. Ah, sí que lo incluyen. En abundancia. Con insistencia. Para siempre.

—¡Caray! —exclamó Alan, intentando disimular un desapego científico—, ¡Qué interesante!

—Pero piensa también en el lado espiritual —subrayó el viejo.

—Si lo hago —respondió Alan.

—Sustituyen la indiferencia —continuó el viejo— por devoción. El desdén por adoración. Dale una pequeñísima porción de esto a una señorita (su sabor es indetectable en el jugo de naranja, la sopa o cualquier coctel), y, sin importar cuán alegre y frívola sea. cambiará por completo. Sólo deseará su soledad, y a ti.

—Casi no puedo creerlo —confesó Alan—, Ella ama las fiestas.

—Pues ya no las amará —afirmó el viejo—. Le dará miedo que puedas conocer otras chicas bonitas.

—¿En verdad sentirá celos? —exclamó Alan, extasiado—. ¿Por mí?

—Sí, querrá serlo todo para ti.

—Pero ya lo es. Aunque a ella no le importe.

—Le importará, una vez que beba esto. Le importará intensamente. Será su único interés en la vida.

—¡Maravilloso! —exclamó Alan.

—Querrá saber todo lo que haces —prosiguió el viejo—. Todo lo

que te ha sucedido a lo largo del día. Cada palabra. Querrá saber lo que piensas, por qué sonríes de pronto, por qué te ves triste.

—¡Eso es el amor!

—Sí —dijo el viejo—, ¡Con cuánto cuidado velará por ti! Nunca te permitirá estar cansado, sentarte cerca de una corriente de aire ni descuidar tu alimentación. Si llegas una hora tarde, se sentirá aterrorizada. Pensará que te asesinaron o que alguna sirena te atrapó.

—¡No puedo imaginar a Diana comportándose así! —exclamó Alan.

—Pues no tendrás que recurrir a tu imaginación —aseguró el viejo —. Y, por cierto, dado que siempre habrá sirenas, si por casualidad más adelante tuvieras un pequeño desliz, no tienes de qué preocuparte. Al final, ella te perdonará. Se sentirá muy herida, por supuesto, pero te perdonará… al final.

—Eso no sucederá —afirmó Alan con fervor.

—Claro que no —lo tranquilizó el viejo—. Pero, si sucede, no debes preocuparte. Nunca se divorciará de ti. ¡Ah, no! Y, por supuesto, ella nunca te dará motivos para considerar el divorcio: vamos, ni siquiera te hará sentir inseguro.

—¿Y cuánto cuesta esa maravillosa mezcla? —inquirió Alan.

—No es tan cara —respondió el viejo— como el removedor de manchas, como acordamos llamarlo. No. Ese cuesta cinco mil dólares: nunca un centavo menos. Uno debe ser mayor que tú para disfrutar ese tipo de cosas. Uno tiene que ahorrar para darse esos gustos.

—Pero, ¿la poción de amor? —preguntó Alan.

—Ah, eso —dijo el viejo y abrió el cajón en la mesa de la cocina, del cual extrajo un pequeño y sucio frasco—. Sólo cuesta un dólar.

—No puedo agradecerle lo suficiente —admitió Alan, viendo al viejo llenar el frasco.

—Me gusta complacer —reiteró el viejo—. Los clientes regresan, más tarde en la vida, cuando han logrado juntar más dinero y quieren comprar cosas más costosas. Aquí tienes. Verás que es muy efectivo.

—De nuevo, muchas gracias —dijo Alan— Adiós. —*Au revoir—se* despidió el viejo.

JOHN COLLIER (1901-1980) nació en Londres y comenzó su carrera literaria publicando sus primeros poemas en 1920. A principios de los años treinta, dio un giro hacia la ficción y escribió la popular y controversial novela *His Monkey Wife*, sobre un hombre casado con una chimpancé. En 1935 abandonó Inglaterra y se mudó a Hollywood, donde se convirtió en un guionista prolífico, tanto de cine como de televisión, y ejerció una gran influencia en el desarrollo del estilo subversivo y exquisitamente escalofriante de clásicos como *Alfred Hitchcock presenta* y *La dimensión desconocida*. En 1973 se publicó su adaptación de *El paraíso perdido* de John Milton —*Paradise Lost: Screenplay for Cinema of the Mind. Fantasías y buenas noches*, publicado por vez primera en 1951, es la obra cumbre de su producción literaria.

FANTASÍAS Y BUENAS NOCHES

Los irónicos y provocativos relatos de John Collier poseen una agudeza inusual, una perspectiva curiosa e implicaciones aterradoras, a la vez que suponen uno de los pináculos de la literatura extraña. Con su amplio catálogo de personajes, que van desde flores comehombres a demonios insatisfechos y oficinistas suburbanos, los fascinantes cuentos de Collier exploran la lógica implacable de la locura y revelan un paisaje surreal cuya inestable superficie oculta una profunda estela de sorpresas.

«Con la intensidad de un poema y la condensación de un epigrama, los relatos breves suelen inclinarse hacia lo lírico y lo mordaz. Pero ningún relato ha sido más agudo ni ha sido escrito con más garbo que los cuentos de John Collier. Cuando conocí su obra, hace veinticinco años, me pasmaron sus tramas y me fascinó su crueldad: ahora, en cambio, me deleita la oscuridad sedosa de su estilo y me conmocionan su ejecución impecable y su maestría literaria. Si no conoces su obra, te debes el placer, *el indispensable placer*, de leer a John Collier.»

MICHAEL C HABON

«El de Collier es un mundo de luz de luna y locura, de suburbios invadidos por demonios y ángeles, de hechizos, melodramas grotescos y farsas perturbadoras, tan sorprendente como disparatado y aterrador.»

The New York Times